

Teatro completo

Luis Alberto
Heiremans

Luis A. Heiremans



Compilación y prólogo:
Norma Alcamán Riffo

Teatro

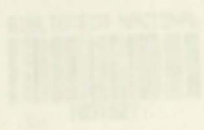


 **RiL**
editores

AN 19-167

700202

64/731



370
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Compilación y prólogo:
Norma Alcamán Riffo

Teatro Completo de
**Luis Alberto
Heiremans**



Luis A. Heiremans



Ch862 Alcamán Riffo, Norma.

A Teatro completo de Luis Alberto Heiremans /
compiladora, Norma Alcamán Riffo. -- [Santiago] :
RIL editores; Corporación del Patrimonio Cultural
de Chile, 2002.

450 p. : il.

1 DRAMAS CHILENOS. 2 LITERATURA CHILENA.
I. Alcamán Riffo, Norma. II. Heiremans, Luis
Alberto. III. t.

© Copyright 2002, by Luis Alberto Heiremans
© Copyright 2002, de la introducción by Norma Alcamán

Inscripción N° 128.037
Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN 956-284-210-X

RIL editores®

El Vergel 2882, of. 11, Providencia
Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com - www.rileditores.com

Baldomero Fernández Moreno 1217
Buenos Aires, Argentina
Tel. (54-11) 4432-2840

Composición e Impresión: RIL editores
Diseño de portada y diagramación: Cristián Silva Labra

Impreso en Chile - Printed in Chile

Derechos reservados

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Prólogo	9
Cronología de su vida y obra	13
Traducciones y adaptaciones	23
Referencias bibliográficas sobre el dramaturgo y su obra	25
NOCHE DE EQUINOCCIO	33
LA HORA ROBADA	55
LA ETERNA TRAMPA	79
LA JAULA EN EL ÁRBOL	107
¡ESTA SEÑORITA TRINI!	135
LOS GÜENOS VERSOS	167
SIGUE LA ESTRELLA	179
ES DE CONTARLO Y NO CREERLO	195
LA RONDA DE LA BUENA NUEVA	227
MOSCAS SOBRE EL MÁRMOL	231
VERSOS DE CIEGO	263
EL PALOMAR A OSCURAS	301
EL ABANDERADO	327
BUENAVENTURA I “EL AÑO REPETIDO”	357
BUENAVENTURA II “EL MAR EN LA MURALLA”	369
BUENAVENTURA III “ARPEGGIONE”	379
EL TONY CHICO	391
CUENTOS Y CANCIONES DE LA MAMA	427

AGRADECIMIENTOS

- A la Sra. Techa Heiremans Despouy, por su estrecha y permanente colaboración, además de la amistad que desarrollamos en estos cuatro años y medio de trabajo ininterrumpido.
- A don Eugenio Heiremans Despouy, por su buena disposición frente a este proyecto.
- A la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, en la persona de su Vicepresidenta Ejecutiva, Cecilia García-Huidobro Freifrau zu Knyphausen, por respaldar mi iniciativa de recuperar el patrimonio cultural chileno que significa la obra de Luis Alberto Heiremans Despouy.
- A Cristina Larraín Heiremans, por su apoyo, préstamo de material inédito y amistad.
- A mi maestro, el Doctor en Literatura y Director del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile, Sr. Eduardo Thomas Dublé, por darme a conocer durante sus clases la *Trilogía* de Luis Alberto Heiremans, hecho que más tarde me llevó a dedicar años a la investigación de la obra completa de este destacado dramaturgo chileno.
- A las personas que colaboraron en fotografía: a mi hermana Isabel, a Fernanda Larraín Morel y a Isabel Browne Braun.
- A mi equipo de colaboradoras: Constanza Giménez Salinas, mi ayudante más cercana, fiel y constante colaboradora desde el inicio del proyecto, hasta el final; también a Rebeca Errázuriz y Constanza Errázuriz.
- Por último, pero no por ello menos importante, a RIL Editores, en las personas de Eleonora Finkelstein, Daniel Calabrese y Cristián Silva, por su confianza y por el apoyo brindado tanto a mí como al proyecto de publicación.

N. A. R.

PRÓLOGO

La compilación de la obra dramática completa de Luis Alberto Heiremans (1928-1964), integrada por dieciséis títulos que van desde 1951 con “Noche de Equinoccio”, hasta 1964, con “El Tony chico”, constituye el resultado de una ardua tarea de investigación. Fueron necesarios años de búsqueda para recuperar parte de un patrimonio cultural que parecía destinado a perderse. En efecto, en más de una ocasión, se trataba de rescatar el único ejemplar que quedaba en Chile y, en otras, las obras estaban en posesión de diferentes miembros de su familia, así como en bibliotecas públicas, universitarias y privadas. Afortunadamente, todo pudo recuperarse a tiempo.

El valor de la obra de Heiremans no podría apreciarse sin una previa consideración de sus antecedentes históricos, así como de sus ideas estéticas e intelectuales. Para algunos críticos, entre ellos Enrique Lafourcade, Heiremans perteneció al movimiento conocido como *Generación del '50*, caracterizado por su oposición al realismo tradicional predominante hasta entonces en la literatura chilena. Estos escritores buscaban una nueva estética, de corte universal. Según el profesor Eduardo Thomas, las principales características de aquel movimiento las constituían *la exigencia de rigor profesional en el escritor; la consideración de la obra como objeto estético; la atención a los movimientos culturales de las grandes metrópolis; la experimentación formal; la preferencia por la temática proveniente por las corrientes existencialistas y la interiorización del mundo representado en los relatos...*¹. Por lo tanto, se intentaba conseguir un ambiente teatral sólido, protegido por una serie de medidas y políticas culturales que amparasen e incrementasen la producción artística y su difusión.

Evidentemente, este anhelo se traducía también en la búsqueda de un teatro nacional, de raíces propias, que incorporase lo costumbrista y lo folclórico, *pero sometiéndolos a una codificación simbólica que los hace trascender su significación realista, para conformar otra realidad nueva, poética, esencia*². La concepción simbólica debía ir acompañada de la idea de “autonomía del autor” como sujeto creador, padre de una realidad simbólica universal. Esta idea encontró especial eco en nuestro autor, como muy bien expresa Fernando Debesa al definir el aporte de la trilogía de Heiremans como:

*(...) la creación de un mundo teatral puro, sin otra lógica que el pensamiento poético del autor, ni otra psicología que la estrictamente indispensable para el devenir dramático*³.

En efecto, Heiremans otorgó especial privilegio a la expresión personal del escritor a través de su obra, como él mismo dijo en una ocasión:

*(...) en toda creación, ya no sólo teatral sino literaria, lo que más cuenta es la expresión de una personalidad. Sentir a través de una forma dada el pensamiento de otro ser que podrá ser muy distinto o muy semejante al nuestro pero que es, y nada más que por eso merece que se le considere y respete*⁴.

¹ Thomas, Eduardo. *La poética teatral de Luis Alberto Heiremans*, (Santiago, RIL Editores, 1992); pág. 9.

² *Ibíd.*, pág. 10.

³ Debesa, Fernando. “Apuntes sobre la obra dramática de Luis Alberto Heiremans”, *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre de 1964.

⁴ Heiremans, Luis Alberto. “La creación personal y el trabajo en equipo en la dramaturgia chilena actual”, *Atenea*, N° 381-382, 1958.

Esta concepción personalista se vincula con el profundo sentido cristiano de Heiremans, que lo llevó a concebir la creación poética como un modo de comunicación íntima, comunicación de experiencia, de sentimientos, de vida. Tal visión, por cierto, se encontraba unida a la fuerte influencia que en él cobró el existencialismo cristiano de Gabriel Marcel (1889-1973), así como le debe a Paul Ricoeur (1913) la estructura del lenguaje simbólico y la posibilidad de encontrar en él un lenguaje de la fe⁵.

La influencia de Marcel se vislumbra ya en "Moscas sobre el mármol" (1958), retrato de una sociedad materialista y decadente que acaba en la destrucción. Heiremans tomó del filósofo el binomio *Tener y Ser*, dos opciones de vida, excluyentes entre sí, que conducen por rumbos opuestos. La pregunta radical de todo filósofo, de toda búsqueda por develar el misterio de la realidad, debe conducir a la pregunta por el ser. Tal pregunta cuestiona mi propio ser, pues yo soy. Si pienso el ser objetivamente, como algo distinto de mí me traslado al plano del tener, y sólo lo capto como idea o concepto (algo que tengo), pero no como ser, de modo que no lo conozco y pierdo el contacto con la raíz de la realidad. Para Marcel, el ser no se piensa sino que se vive, se siente, se intuye en una compenetración emotiva, en un sentir lo real desde la interioridad. Sólo así es posible captar el ser de toda la realidad. Este pensamiento se vincula en Marcel con su trabajo como crítico literario y musical, autor de varias obras de teatro. Heiremans adopta la visión del autor francés al plantear en sus personajes la elección entre el mundo como problema (actitud existencial del "tener") y el mundo como misterio (actitud existencial del "ser"). Los que lo perciben como problema (Pepa de Oro, Teniente Donoso, Capitán) poseen un mundo plano, unívoco, práctico y pobre, que gira en torno a la avaricia (impresiona la insuperable desolación de Pepa de Oro frente a la destrucción de su ponchera). Por el contrario, quienes perciben el mundo como misterio, como una realidad que exige compenetración y búsqueda, captan lo real como *presencia* no objetivable a "otro orden". Aquí la realidad aparece como irracional y poética, lo que se traduce en su valor simbólico. La sensación de la realidad como *presencia* conlleva a la vez una ausencia, la ausencia de lo que se ha perdido "y que, pese a todo, abre expectativas infinitamente esperanzadoras"⁶. Tal es el caso de los músicos ambulantes en "Versos de ciego", que deciden desprenderse de sus amados instrumentos para poder continuar su viaje tras la estrella, que los conduce a Belén.

Con respecto a la influencia de Ricoeur, sobresale la valorización que Heiremans le otorga al lenguaje simbólico, como ya hemos dicho, y al mito, pues ambos apuntan a una cierta "precomprensión" de la realidad, necesaria para rescatar la cultura moderna de la racionalidad atea del lenguaje científico y técnico, cerrado en la lógica de lo necesario. La idea de Ricoeur consiste en oponer a este lenguaje "el círculo hermenéutico querigmático", que "se abre hacia la creación de una posibilidad en el corazón de la imaginación de nuestro lenguaje"⁷. La posibilidad constituye la brecha por la que accedemos a un segundo sentido del lenguaje, más espiritual y de tipo existencial. Ricoeur propone una hermenéutica general que, sin invalidar las demás teorías hermenéuticas, considere la existencia misma como un texto que debe ser leído, como un relato que debe aspirar a la congruencia y a la unidad, al sentido que otorga un vivir coherente. Lo simbólico y lo mítico constituyen estupendos materiales para ilustrar el carácter potencial de la existencia, su exigencia creadora, que impulsa a la libre constitución de la propia vida. Estos elementos se hallan, en efecto, en toda la obra de Heiremans, especialmente en la *Trilogía*. Es notable la simbología presente en "El Tony chico", que ha sido tema de la tesis de licenciatura de la autora de esta recopilación⁸. Como ejemplo de la riqueza simbólica del "El Tony...", los

⁵ Cfr. Thomas, Eduardo, *ob. cit.*; pág. 14.

⁶ *Ibid.*, pág. 17.

⁷ Ricoeur, Paul. "La crítica de la religión y el lenguaje de la fe", en *El lenguaje de la fe*, texto citado por Eduardo Thomas.

⁸ Alcamán, Norma. *La presencia del niño: clave de la estructura simbólica y del sentido en "El Tony chico"*, de L. A. Heiremans, (Santiago, Universidad de Chile, 1988).

presentamos el siguiente pasaje, en el que Landa, hablando con Juanucho de su visión de los ángeles, confiesa:

LANDA.— *Un día... de repente... los verás como yo. Y entonces todo cambiará y no podrás seguir viviendo debajo del cielo... Tendrás que vivir encima. ¡Encima! O si no acostumbrarte a vivir con este dolor sordo... aquí (se toca el corazón)*⁹.

La visión de los ángeles representa la conversión de Landa. Su vivir "sobre el cielo", su peregrinación hacia lo absoluto y eterno. Pero tal itinerario se encuentra obstruido para Landa, quien elige precipitarse en el dolor del sinsentido que caracteriza el mundo del payaso ambulante.

Con respecto a la distinción de etapas correspondientes a su evolución artística, la crítica ha señalado básicamente dos: la primera va desde el comienzo de su carrera literaria y acaba en 1961, fecha en que escribe "Buenaventura". Esta obra cambiará para siempre el rumbo de su creación dando paso a su segunda etapa, la cual culminará en la famosa *Trilogía* ("Versos de ciego", "El abanderado" y "El Tony chico"). También se ha hablado de una etapa intermedia, dedicada a la experimentación teatral ("Los güenos versos", "Sigue la estrella" y "La ronda de la buena nueva"). Desde este estadio intermedio se manifiesta ya con toda claridad el influjo de lo religioso, lo que se advierte en el empleo de la alegoría, en la fuerte carga representativa de sus personajes y en el notable manejo bíblico que subyace en sus historias. Se da también la representación del pueblo como lugar de unión con lo trascendente y sagrado. Como expresa Romano Guardini, en su análisis del universo religioso de Dostoievski, el pueblo, lo popular se halla, de algún modo, en directo contacto con el Creador, al encarnar de un modo puro el mundo primitivo del hombre y su vinculación con la naturaleza¹⁰.

La temática de un autor de semejantes antecedentes, como es de esperar, abarca tópicos profundos, centrados en la intimidad del espíritu. La soledad, la búsqueda del sentido de la vida y el devenir del hombre, expresados con indudable talento, constituyen temas recurrentes en el itinerario artístico del autor y dotan a su obra de una tonalidad trascendente, universal y de constante actualidad.

La Corporación del Patrimonio Cultural de Chile decidió apoyar este trabajo de investigación y recopilación, dados los méritos valóricos y estéticos de la obra de Heiremans y la relevancia que ésta posee para la conservación de nuestra memoria colectiva e histórica en el ámbito literario y teatral. Y es que, si tuviésemos que señalar dos elementos cautivantes de la obra de Heiremans, seleccionaríamos la belleza de su escritura y el amor a la nación chilena. Su pluma es elegante, en el mejor sentido del término: las líneas brotan fluidas, con decisión y delicadeza, con claridad y belleza, armonizando a la vez con un variado archipiélago de lenguajes. Es así como, por ejemplo, logra retratar con naturalidad la idiosincrasia del pueblo chileno desde sus raíces más elementales, sin desmedro de la singularidad y autonomía de cada personaje. En este clima folclórico florecen, en efecto, figuras tan emblemáticas como el campesino, aferrado a su sentido común y siempre ajeno a las complicadas sofisticaciones de la ciudad; la prostituta, con toda su oculta feminidad llena de penas ahogadas en risas cantarinas; los artistas ambulantes, con su mundo ideal de magia y penuria, perfecto símbolo de la existencia errante del hombre; el criminal arrepentido, de pasado equívoco y misterioso. Y es que las figuras universales de Heiremans, lejos de caer en estereotipos abstractos y trillados, brotan todas de la tierra chilena, de nuestro folclore más íntimo, aquél que se oculta en nuestro lenguaje, costumbres, valores y hasta en nuestro sentido del humor. Poco importa lo mucho que la sociedad haya cambiado, las múltiples influencias del mundo circundante, la irrupción de las comunicaciones con todas sus consecuencias. Heiremans se sitúa por sobre las cambiantes circunstancias de los tiempos imperantes, apuntando a la génesis última de nuestro

⁹ Heiremans, Luis Alberto. "El Tony chico", pág. 389 de esta edición.

¹⁰ Cfr. Guardini, Romano. *El universo religioso de Dostoievski*, (Buenos Aires, Emecé, 1954).

carácter, a aquella base sobre la que inevitablemente se sustenta una nación. Puede decirse que toda la obra de Heiremans nace en Chile y se desarrolla en las esferas de la universalidad más poética para retornar siempre a Chile, donde cobra su sentido más profundo.

Por todas las razones expuestas anteriormente, no exhaustivas por cierto, los invitamos a adentrarse en estas páginas, que constituyen la merecida publicación de la obra dramática completa de Luis Alberto Heiremans. Por cierto que esta recopilación debió realizarse hace años... pero el resurgimiento de un clásico nunca es inoportuno o tardío.

Norma Alcamán Riffo



El dramaturgo trabajando en la terraza de su casa de Avda. Apoquindo 2770, Las Condes, Santiago.

CRONOLOGÍA DE SU VIDA Y OBRA

- 1928.- 14 de julio: nace en Santiago de Chile. Hijo menor de Óscar Heiremans y de Lucienne Despouy, de orígenes belga y francés, respectivamente. Sus dos hermanos mayores son Esther (Techa) y Eugenio. Viven en Toesca 2245, Santiago Centro.
- Durante su infancia juega al teatro haciendo títeres, máscaras y vestuarios con su prima, Violeta Vidaurre Heiremans, que más tarde será actriz de teatro y televisión.
- Escribe y dirige la obra "Atahuicha, la Reina de la Selva", interpretada por su prima.
- 1936.- Inicia sus estudios en The Grange School, hasta obtener su grado de Bachiller en Ciencias y Letras.
- 1938.- Vive un año en París. Asiste a la École Gerson, 31 rue de la Pompe, 75016.
- 1940.- A los 12 años publica por primera vez. En la revista *Margarita*, aparece su cuento "La muerte". Además, colabora con la publicación oficial del colegio, *The Gryphum*. Desde sus primeros escritos comienzan a perfilarse los que serán más tarde los temas centrales de su obra.
- 1942.- Escribe "La simple historia", poesía inédita.
- En el N° 1 de la revista *Prólogo*, editada en Santiago por los alumnos del Grange School, publica un cuento, "El retorno", que aparece posteriormente en la revista *Margarita*, el 5 de diciembre de 1944.
- Publica el cuento "El despertar", en el N° 3 de la revista *Prólogo*.
- 1944.- Fallece su padre, Óscar Heiremans Brockmann, en Estados Unidos.
- 1945.- Publica el cuento "Estefanía" en la Revista *Prólogo* N° 4, de junio.
- 1946.- En marzo ingresa a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Vive en la calle Capullo N° 2254, Providencia, con su familia.
- El 3 de octubre publica el cuento "El libro de la vida" en la revista *Margarita*.
- Sus protagonistas son Tony Perico y León Heliópalo, antecedentes del tema del circo, que desarrollará posteriormente en diversas obras.
- 1947.- El 13 de febrero publica el cuento "El cuadro negro", en la revista *Zig-Zag*.
- El 6 de marzo publica "El cuento" en la revista *Margarita*.
- El 25 de diciembre publica el cuento "El eslabón de luz" en la revista *Margarita*.
- 1948.- El 4 de noviembre publica el cuento "Fechas a recordar" en la revista *Margarita*.
- El 16 de diciembre publica el cuento "El patio vacío" en la revista *Margarita*.
- El 30 de diciembre publica el cuento "Los grandes destinos" en la revista *Margarita*.
- 1949.- Viaja a Europa (1949-50). Toma cursos en la École de Médecine, en París.
- 1950.- Regresa a Chile.
- Primera actuación teatral: "Calígula", de Albert Camus. Trabaja junto con Miguel Frank y Tobías Barros. Estrena en el Teatro L'Atelier.
- Después actuará en "Carlos III" y "Ana de Austria".
- Publica su primer volumen de cuentos: *Los niños extraños*, Editorial Rapa-Nui, Santiago de Chile. Contiene: "La red", "Sangre azul", "Un poema sin palabras", "El primer complot", "Las sombras", "El eslabón de luz", "La Mueca" y "La pampa florecida". Aquí realiza un estudio de la psicología infantil, hecho que resulta significativo por cuanto en esta época el autor estaba considerando la posibilidad de especializarse en psiquiatría infantil.
- Se vincula con un grupo de gente joven que iniciaba un activo movimiento en pro de una mayor actividad teatral a través de los llamados "teatros de bolsillo".

- 1951.— Publica el artículo “Lenormand entra en los fantasmas” en revista *Pro Arte* s/n, del 28 de febrero.
- Estrena su primera obra dramática: *Noche de equinoccio*, con la Compañía de Eduardo Naveda en el Teatro Petit Rex. Desde los comienzos de su dramaturgia, podemos advertir el esfuerzo por encontrar su modo personal de expresar estéticamente su visión de mundo. Por el hecho de ser primerizo, se pueden encontrar ciertas imperfecciones técnicas de la obra, aun así, fue bien recibida por la crítica.
- Realiza otras actuaciones.
- 1952.— Estrena *La hora robada* (teatro), Compañía de Tobías Barros en el teatro de la Petit Rex de Santiago. Obtiene el Premio Municipal de Teatro. Esta obra, que aborda sutilmente el tema de la muerte, las fantasías, las relaciones humanas, la soledad de los seres humanos, resulta ser un paso adelante en su dramaturgia y fue bien recibida por la crítica.
- Realiza otras actuaciones.
- Publica su segundo volumen de cuentos: *Los demás*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile. Contiene: “La visita del sobrino”, “La primera mentira”, “El secreto de Pedro Idel”, “El gran silencio”, “La estancia sorprendida”, “La señorita Estefanía”, “La muerte”, “Una carta para Juanita”, “Los grandes destinos”. Esta obra contiene ciertos elementos comunes con *Los niños extraños*, lo cual va perfilando su mundo narrativo: los sueños, visiones, sensaciones, impulsos, ansias inexpresables de personajes que se van enredando en la soledad y en las sombras de sus psiquis.
- Publica el cuento “La muerte del viejo adolescente” en la revista *Atenea*, N° 341-342.
- 1953.— Estrena *La eterna trampa* (teatro), Compañía de Américo Vargas. En este período comienza a adquirir forma definida su mundo dramático, al explorar una vez más esa zona irracional e indeterminada en la existencia de los seres humanos: las fantasías, las aspiraciones no realizadas, el choque del mundo interior con el exterior, la presencia de la muerte, el paso del tiempo, el dolor, el deseo de irse del aquí y del ahora, la complejidad de las relaciones humanas y símbolos tales como el mar y el sueño, todo lo cual conducirá más tarde al planteamiento de su fórmula dramática: la utilización del realismo poético.
- 1954.— Se titula de médico cirujano en la Escuela de Medicina. Tesis: “Estudio de las causas de la mortalidad en cuatro maternidades de Santiago”. Jamás ejercerá. El título se lo regaló a su madre. A partir de ese momento, se dedicará de lleno a la literatura y el teatro.
- Adapta la obra *Nôel sur la Place*, de Henry Ghéon, con el título “Navidad en el circo”, que estrena el Teatro de Ensayo con Mario Montilles, Nelly Meruane, Mario Hugo Sepúlveda y Monserrat Julió, entre otros.
- Publica los cuentos “La novena luna” y “El cuerpo restante” en la *Antología del Nuevo Cuento Chileno*, Enrique Lafourcade, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile.
- Actúa en el rol protagónico de “Martín Rivas”.
- Viaja a Europa. Se radica en París hasta 1956.
- Traduce la comedia *Dial M for Murder*, de Frederick Knott, como “Crimen perfecto”.
- 1955.— Sigue cursos en la École de Madame Bussane con el fin de perfeccionar sus conocimientos de técnicas interpretativas.
- Luego, estudia en Londres en la London Academy of Dramatic Art. Esto, realizado en concordancia con su pensamiento: “Para que un autor pueda escribir obras posibles de ser estrenadas, creo que debe conocer la técnica de teatro hasta en sus más mínimos detalles. Por eso, en lo posible, debería ser actor, para ver de cerca las limitaciones y disponibilidades del escenario.”
- En la London Academy of Dramatic Art, actúa en “Noche de Reyes” (en el rol de Malvolio), de Shakespeare, y en “El jardín de los cerezos”, de Chéjov.

1956.— En este período de metódica y concienzuda formación, continúa estudiando en el Actor's Studio de Nueva York, Estados Unidos, durante tres meses.

En estos cursos aprende actuación, técnicas de dirección y adquiere conceptos más actuales del teatro. De esta manera, regresará a Chile con ideas más claras y definidas sobre los movimientos teatrales de Francia, Inglaterra y Estados Unidos que pueden ser aplicadas en Chile. A su regreso de Europa y Estados Unidos, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica lo nombra director y profesor de su Academia de Arte Dramático. Todo lo aprendido en el exterior lo aplicará en el teatro chileno como dramaturgo, profesor y director, dándole nuevas orientaciones para la renovación y desarrollo requeridos en esos momentos. De Francia acogió la utilización de nuevos recursos técnicos tales como la iluminación condensada y el minimalismo escenográfico, que implicaba simplicidad de decorados con eliminación de los elementos accesorios, presentando así un escenario de pureza esencial. También se interesó en la experimentación de Barrault y Villar, para quienes el escenario era una especie de tribuna desde donde los artistas teatrales entregaban un mensaje ético e ideológico al público. De Inglaterra aprendió la importancia de contar con una larga, continua y sólida tradición teatral. De Estados Unidos, trajo el concepto de trabajo en equipo, del teatro como arte colectivo de un grupo de artistas que entregan su producción a la sociedad.

Publica el cuento "Historia Clínica" en la revista *Atenea*, N° 372.

1957.— Estrena "La jaula en el árbol" (teatro) con el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Sala Camilo Henríquez. Dirección de Eugenio Guzmán y Escenografía de Alfredo Celestón. Se trata de una obra con un ambiente chileno, pero que trasciende los límites de esta realidad para abordar problemas esenciales del hombre. Obtiene el Premio de la Crítica otorgado por el Círculo de Críticos de Arte, que la consideró la mejor obra del año.

Traduce tres obras para ser estrenadas por grupos teatrales profesionales y universitarios: "Cabezas de jibaros", de Max Reigner; "Baile de ladrones", de Jean Anouilh y "Las tres sabidurías del viejo Wong", de Henri Ghéon.

En julio enseña en la IV Escuela de Temporada auspiciada por la Universidad de Chile en Antofagasta. El curso que dictó fue "Tres figuras importantes del teatro contemporáneo", con el siguiente temario:

1. Jean Anouilh: las piezas rosas y las negras.
2. Anouilh y el amor castigado.
3. T. S. Eliot: la poesía y el drama.
4. Tennessee Williams en el teatro actual norteamericano.
5. Tennessee Williams y la dificultad de ser.
6. Vista panorámica del teatro chileno actual.

Aquí se advierte la calidad de la contribución que realizó Heiremans a través de la cátedra, permitiendo la difusión de las nuevas corrientes en Chile.

1958.— Presenta la ponencia "La creación personal y el trabajo en equipo en la dramaturgia chilena actual" en la I Reunión Nacional de Escritores, efectuada en el marco de la IV Escuela de Verano de la Universidad de Concepción, que aparecerá publicada en la revista *Atenea*, N° 380-381.

Estrena "¡Esta señorita Trini!", primera comedia musical chilena, escrita en colaboración con Carmen Barros. Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Recibió el Laurel de Oro como la mejor obra chilena de 1958.

Escribe "Es de contarlo y no creerlo", comedia en tres actos.

Publica *Moscas sobre el mármol* (teatro), Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile. Aquí nos encontramos con una observación de la alta sociedad chilena.

Estrena "Los güenos versos" (teatro). Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.

Estrena "Sigue la estrella" (teatro).

Estas dos últimas obras marcan el inicio de una búsqueda por alcanzar una fórmula dramática que le permitiese comunicar su mensaje.

Publica el cuento "La estancia sorprendida" en la *Antología del Cuento Moderno Chileno*, María Flora Yáñez, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile.

Éste será su último año de actuación escénica.

Traduce "Look Homeward Angel", de Thomas Wolfe, que titula "El ángel que nos mira".

Se reestrena "La hora robada".

1959.- Estrena "Es de contarlo y no creerlo" (teatro). Teatro de Ensayo Universidad Católica. Sala Camilo Henríquez. Dirección de Eugenio Dittborn y escenografía de Bernardo Trumper.

Publica *La jaula en el árbol y dos cuentos para teatro*, Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile. Contiene "La jaula en el árbol", "La hora robada" y "Es de contarlo y no creerlo".

Publica el cuento "Miguelito" en la antología *Cuentos de la Generación del '50*, Enrique Lafourcade, Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile.

Traduce y adapta del francés, junto con Gabriela Roepke, la obra "El diálogo de las Carmelitas", de Georges Bernanos.

Adapta "The Reclutant Debutant", de William Douglas Holmes, como "Juani en sociedad", obra de gran éxito, interpretada por Silvia Piñeiro (en el inolvidable rol de Bebé Mackay de Moller) y Emilio Gaete.

Viaja a Inglaterra becado por el Consejo Británico; estudia Teatro en la Universidad de Bristol. Ahí presentan dos de sus obras: "Los güenos versos" y "La jaula en el árbol", en inglés.

1960.- Viaja por Alemania, Francia y España.

Se publica en Estados Unidos su tercer volumen de cuentos: *Seres de un día*, Monticello Press, Godfrey, Illinois, USA. Contiene: "Teresa", "Eduardo", "Pablo" y "Maira".

1961.- Regresa a Chile con nuevas ideas tras haber estado en contacto con las últimas tendencias teatrales del momento.

Estrena "La ronda de la buena nueva" (teatro).

Estrena "Moscas sobre el mármol" (teatro), en Münster, Alemania. Luego, se presenta durante tres meses, en una temporada de repertorio. Traducción de Katherine Hock.

Estrena "Versos de ciego" (teatro), obra que marca el inicio de su madurez dramática. Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile en la Sala Camilo Henríquez. Dirección de Eugenio Dittborn. Escenografía, iluminación y vestuario de Bernardo Trumper. Música incidental y canciones, Juan Orrego Salas. Esta obra obtiene el Premio Municipal de Teatro y es seleccionada por el Teatro de Ensayo para ser llevada a España, donde se presenta en el Teatro Español de Madrid, junto con "Deja que los perros laldren", de Sergio Vodanovic y "La Pérgola de las Flores", de Isidora Aguirre. Es seleccionada también como la única obra chilena a presentarse en el V Festival de Teatro de las Naciones en París (*Le Théâtre des Nations*).

Viaja a Europa por tres meses acompañando al Teatro de Ensayo. Con esta obra, lleva a cabo sus ideas acerca de lo que debía ser el trabajo en equipo y plantea definitivamente lo que será parte de su poética teatral. El teatro chileno había agotado el realismo y debía ahora continuar con la estilización de la realidad, pero sin llegar a lo abstracto. Los personajes debían ser reales, pero llevar dentro de sí un símbolo, como un fruto interior que ilumine la obra. Estos planteamientos ideológicos, junto con las innovaciones técnicas que introdujo (idealización del espacio, utilización de música, introducción de coreografía, esencialidad en la iluminación, todo esto unido a elementos folclóricos nacionales), suscitó una verdadera polémica en Chile.

Obtiene el 1° Premio en el Concurso de Teatro convocado por el Instituto de Teatro de la Universidad de Chile, por su obra “El Abanderado”.

- 1962.— En enero vuelve a Europa por cuarenta días, para asistir al estreno de “El palomar a oscuras” (teatro), en el Zimmertheatre, Münster, Alemania. Traducción de Katherine Hock (“Die Taubenhäuser”).

Viaja a Buenos Aires, Argentina, donde se presenta “Versos de ciego”.

Posteriormente, viaja a Las Bahamas, invitado a un simposio de escritores americanos.

Adapta “Les Fourberies de Scapin”, de Molière, como “Las travesuras del ordenanza Ortega”.

Se estrena “El Abanderado” en el Teatro Antonio Varas por el Instituto de Teatro de la Universidad de Chile. Dirigida por Eugenio Guzmán y protagonizada por Mario Lorca.

Se estrena “Es de contarle y no creerlo” en Guatemala.

Estreno de “Buenaventura” (teatro), en el Stadtische Bühnen Kammer Theatre de Friburgo, Alemania. Traducción de Katherine Hock.

Se publica “La ronda de la buena nueva”, en la revista *Apuntes*, N° 4, Santiago de Chile, octubre de 1962, págs. 12-38.

Publica *Versos de ciego* y *El Abanderado*, edición del autor, Santiago, Imprenta Mueller.

- 1963.— En enero obtiene una beca de la “Rockefeller Foundation” para hacer estudios de teatro en forma libre y dictar conferencias sobre Teatro Chileno e Hispanoamericano en Estados Unidos. Es así como estuvo estudiando tres meses en el Actor’s Studio de Nueva York.

Luego, se dirige a Washington DC para trabajar en la preparación de “La imagen de Chile”, evento cultural organizado por el embajador de Chile. La idea es presentar una imagen cultural del país a través de su música, pintura, literatura y teatro.

En su condición de becario, viaja a California para dar una serie de charlas sobre teatro chileno en las principales universidades del Estado.

Durante su estadía en Estados Unidos, termina su novela *Puerta de salida* y comienza a escribir “El Tony chico”, su última obra dramática.

Viaja a un simposio de escritores americanos en Puerto Rico.

Escribe libretos para Canal 13. Se trata de un personaje popular que tiene gran éxito en el público televisivo: “El Guaripola”, interpretado por Andrés Rojas Murphy.

- 1964.— Traduce del inglés “El motociclista”, de George Savage y George Savage Jr.; “Jaque”, de Lawrence Oswood y “El último día de Franz”, de Richard Schechne. Del francés, traduce “Amies-Amies”, de Pierre Barillet y J. P. Gredy, como “Íntimas, íntimas”.

En Estados Unidos, mientras toma una ducha, se descubre un extraño lunar en la axila izquierda. Decide ir al médico y hacerse unos exámenes, de esta manera, le descubren linfocarcinoma. Se somete entonces a una intervención quirúrgica, que sólo sirve para constatar la devastadora expansión de la enfermedad.

Publica el cuento “The Swan” en la revista *Contac* (mayo), San Francisco, California, USA. Regresa a Chile.

Publica el artículo “Edward Albee y la violencia”, en una revista capitalina (28 junio).

Publica el artículo “Algunas notas sobre teatro norteamericano actual”, y la traducción de las obras “El Motociclista” y “Jaque”, en *Apuntes*, N° 40.

Publica *Puerta de salida* (novela), Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile.

Publica *Puerta de salida* en traducción alemana de Katherine Hock: *Die Dinkle Teil*, Merlin Verlag, Hamburgo, Alemania.

Finaliza la temporada del personaje televisivo “El Guaripola”. El último libreto lo crea enfermo, en cama, dictándolo a su sobrina Verónica Larraín Heiremans.

Al cuidado de su cuñada, Olivia Bunster, fallece con grandes dolores físicos en Santiago de Chile la mañana del 25 de octubre, víctima de un fulminante cáncer linfático, en su domicilio particular de Avenida Apoquindo 2770, Las Condes. Sus restos son velados en la Parroquia del Sagrado Corazón, en Avda. El Bosque 822, Providencia.

Posteriormente, el cortejo es encabezado por el presidente de la República don Jorge Alessandri Rodríguez. Sus restos reposan en el Cementerio General.

Estreno póstumo de "El Tony chico" (teatro), el 30 de octubre, por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, en su Sala Camilo Henríquez, Amunátegui 31. Dirigida por Eugenio Dittborn. Escenografía, iluminación y vestuario de Bernardo Trumper. Con Marcelo Gaete en el rol de Landa y Hugo San Martín en el de Juanucho.

- 1965.— Se publica *Seres de un día* (cuentos), Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile. Se publica "Cuentos y canciones de la mama" (teatro), revista *Apuntes* N° 53, octubre.

Se publica *Buenaventura*, ciclo teatral compuesto por "El año repetido", "El mar en la muralla" y "Arpeggione", en revista *Mapocho*, Santiago, Año III, Tomo III, N° I, págs. 64-106.

Adquiere existencia legal la "Fundación Luis Alberto Heiremans". Sus oficinas se encuentran en calle Amunátegui 38, Santiago Centro.

El 25 de octubre, con motivo del primer aniversario del fallecimiento del escritor, su madre, Lucienne Despouy, su hermana Techa, su hermano Eugenio y Andrés Rojas Murphy, plantan siete árboles en el Consultorio de El Salto, Santiago, en recuerdo de los siete libretos que escribió para "El Guaripola" (televisión). Junto a los árboles, se instaló una placa recordatoria.

Se presenta "El Tony Chico" en México.

- 1966.— Se publican *Los mejores cuentos de Luis Alberto Heiremans*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile. Selección de Luis Domínguez. Contiene: "El comienzo", "El tony chico", "Andrés y él mismo", "La azalea", "El recién llegado", "El hombre de la carretela amarilla", "La visita del sobrino", "La red", "Miguelito", "La estancia sorprendida", "El cuerpo restante", "Una carta para Juanita", "El gran silencio", "Las sombras".

Se publica *Sigue la estrella*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 79 págs.

- 1967.— Se publica "El Palomar a oscuras", en los Anales de la Universidad de Chile, N° 141-144, año CXXV, Santiago, enero-diciembre.

Se publica la segunda edición de *Puerta de Salida*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile.

Presentación de "Sigue la estrella" en el Atrio de la Catedral de Concepción el 23 de diciembre. Teatro Independiente Caracol, con dirección, escenografía y música a cargo del director teatral Hernán Letelier. Interpretada por siete actores y una comparsa de 50 niños, la obra finalizó con fuegos artificiales, como manifestación de júbilo ante el suceso del nacimiento del Niño Dios, motivo de la conmemoración navideña.

Se publica "Los güenos versos", en revista *La Honda*, N° 3, Santiago, julio-agosto-septiembre, págs. 47-60.

- 1970.— Se presenta "Moscas sobre el mármol", por el Conjunto Teatral Codesa, dirigido por el actor Alberto Rivera.

Se publica "La eterna trampa", en revista *Mapocho* N° 23, primavera 1970, págs. 259-301.

Se publica *El Abanderado. Versos de ciego*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 148 págs.

- 1971.— Se presenta "El Tony chico" en la Sala Ercilla, Antofagasta, en el mes de noviembre por el Teatro de la Universidad del Norte, sede Antofagasta. Dirección de Luis Ismerio Guardia.

- 1974.— Se presenta "Buenaventura" por el Teatro Nacional de Chile (de la Universidad de Chile), para conmemorar los diez años del fallecimiento del dramaturgo. Versión dirigida por Domingo Tessier en el Teatro Antonio Varas.

La revista *Apuntes* N° 81, del mes de octubre, rinde homenaje a la memoria de Luis

- Alberto Heiremans con motivo de cumplirse diez años de su fallecimiento, reeditando la obra "La ronda de la buena nueva", que había sido publicada en el N° 23 de dicha revista. Con motivo de cumplirse 10 años del fallecimiento del escritor, se ofreció una misa por el descanso de su alma, en la Iglesia de la Merced (Mac Iver esquina Moneda), Santiago.
- 1976.- Eugenio Dittborn, como profesor del curso de Actuación IV de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, prepara "El Tony chico" con sus alumnos.
- 1977.- Se presenta "El Abanderado" por el Teatro Iquique de la Universidad del Norte. Dirección de Guillermo Jorquera.
- Se presenta "El año repetido" en Arica por el Taller de Teatro del DUOC. Dirección de José Miguel Bravo.
- 1978.- Se presenta en noviembre "Moscas sobre el mármol" por el Teatro de Ensayo de la ciudad de Linares, en el II Encuentro Nacional de Teatro-Aficionados. Dirección de Germana Zavala.
- Se presenta en diciembre "Navidad en el circo", en el Teatro Antonio Varas. Dirección de Alejandro Cohen.
- 1979.- Se repone en televisión "Juani en sociedad", con Silvia Piñeiro y Emilio Gaete, obra que tuvo un gran éxito en los años '60.
- 1980.- Se presenta "Sigue la estrella" en Ovalle por el grupo de teatro "Río Adentro" de Los Molles. Dirección de Sergio Melo Contador.
- 1981.- Se presenta "El año repetido", en Iquique y Arica. Dirección de José Miguel Bravo.
- Se transmite "Navidad en el circo", el 25 de diciembre a través de Canal 13. Dirección televisiva de Regis Bartizzaghi y dirección general de Germán Becker.
- 1982.- Se publica la trilogía *Teatro: Versos de ciego, El Abanderado, El Tony chico*, en la Colección Teatro Chileno de la Editorial Nascimento, Santiago. Prólogo y notas bibliográficas de Juan Andrés Piña.
- Se publica "El Tony chico" en Luis Alberto Heiremans, Fernando Debesa, Egon Wolff. *Teatro Chileno Contemporáneo*. Contiene además "El árbol Pepe" y "Álamos en la azotea", Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 188 págs.
- 1984.- La "Compañía Luis Alberto Heiremans" rinde un homenaje al dramaturgo en el vigésimo aniversario de su fallecimiento, presentando "Testimonio de un sueño", collage basado en la obra de este autor nacional. Dirección de Manuel Gallegos.
- Se efectúa una ceremonia de recordación de los veinte años del fallecimiento del dramaturgo en el "Teatro de la Pontificia Universidad Católica", con una charla a cargo de Egon Wolff.
- 1985.- Se publica la trilogía *Versos de ciego, El Abanderado, El Tony chico*. Santiago de Chile, Ministerio de Educación, Departamento de Extensión Cultural, 178 págs.
- 1987.- Se presenta "El Abanderado" en el Teatro Antonio Varas. Versión dirigida por Willy Semler que causó polémica, puesto que, según quienes habían conocido al autor y su obra, se había desvirtuado su espíritu.
- 1990.- Fallece su madre, Lucienne Despouy, nacida en 1899. Sus restos descansan junto a los de su hijo en el Cementerio General de Santiago.
- Se presenta "El Tony chico", dirigida por José Andrés Peña en el I Festival de Teatro Klaim, realizado en el Estadio Israelita Maccabi, en Santiago. Actuaron alumnos del Instituto Teatro del Arte.
- Se publica *El Abanderado / Buenaventura*, Pehuén Editores, Santiago de Chile.
- 1993.- Se presenta "El Tony chico", obra escogida para conmemorar los cincuenta años del Teatro de la Universidad Católica. Versión dirigida por Cristián Campos. Escenografía e iluminación de Ramón López. El rol de Landa es interpretado por Francisco Reyes y el de Juanucho, por Pablo Schwarz.

- 1994.— Se presenta “Moscas sobre el mármol” en la capilla Las Verónicas del Barrio Vivaceta, en Santiago. Dirección de Alejandro Castillo. Actuación de María Cánepa, Cristián Campos, Francisco Reyes y Francisca Márquez.
Se presenta “El Tony chico” el 4 de noviembre en el Colegio San Luis de Antofagasta, por alumnos de III año de Enseñanza Media.
- 1995.— Se repone nuevamente en televisión (La Red) “Juani en sociedad”, bajo la dirección de Leopoldo Contreras Piñeiro, hijo de Silvia Piñeiro, con la actuación de su madre, Emilio Gaete, Nelly Meruane y Sonia Viveros.
- 1997.— Se presenta “El Abanderado” en el Galpón de la Quinta Normal (Santiago). Dirección de Rodrigo Marquet.
Se presenta “El año repetido” en el Club Valparaíso, por el grupo de teatro “Evolución”. Dirección de Flor Palacios.
- 1998.— Se presenta “Navidad en el circo” en una carpa instalada en el Parque Bustamante. Versión dirigida por Germán Becker. Actuación de Ramón Núñez, Nelly Meruane, Alberto Vega y Marcela Medel, entre otros.
- 2001.— Se presenta “El Tony Chico” en Estrasburgo, Francia, representada en francés con actores franceses. Fue tal la recepción del público, que en lugar de darse una sola función como estaba planeado inicialmente, tuvo que presentarse diez veces. Versión traducida el año 2000 por Beatriz Moraga, chileno-francesa residente en Estrasburgo.
- 2002.— Recuperación de su obra dramática en el libro *Teatro Completo de Luis Alberto Heiremans*, de la académica, investigadora y directora del Departamento de Literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez, Norma Alcamán Riffo, RIL editores, Santiago de Chile.



Fachada de la casa donde vivió tres años de joven universitario, ubicada en calle Capullo N° 2254, Providencia. Actualmente es la sede de la embajada de Bélgica.

Los hermanos Heiremans Despouy
junto a su madre. Eugenio,
que llegará a ser un destacado
empresario, Luis Alberto y Ester
(Techa), que como directora de la
página social de *El Mercurio* llegará
a ser una reconocida *socialité*.



Según sus amigos,
Luis Alberto Heiremans (Tito)
era inteligente, culto,
reservado y nostálgico.



Gran viajero, vivió en Santiago de Chile y París, en donde se tomó esta fotografía.



Para conocer el teatro en todos sus aspectos, el dramaturgo estudió actuación y durante un tiempo fue actor.

TRADUCCIONES Y ADAPTACIONES

Además de escribir una novela, alrededor de cuarenta cuentos, dieciséis obras de teatro y siete libretos para televisión, Luis Alberto Heiremans Despouy realizó once traducciones y cuatro adaptaciones de obras de teatro:

(I) TRADUCCIONES

A.- Del francés:

- 1.- "Anfitrión 38", de Jean Giroudoux.
- 2.- "Cabezas de jibaros", de Max Reignier (1957).
- 3.- "Baile de ladrones", de Jean Anouilh, traducido en colaboración con Eugenio Guzmán (1957).
- 4.- "Las tres sabidurías del viejo Wong", de Henry Ghéon (1957).
- 5.- "El diálogo de las Carmelitas", de Georges Bernanos (1959). Inspirado éste en el drama "Die letzte am Schafott" ("La última en el patíbulo"), de Gertrud von Le Fort, que más tarde fue llevado a la ópera (en tres actos y doce cuadros) por Francis Poulenc. Obra traducida en colaboración con Gabriela Roepke.

B.- Del inglés:

- 1.- "La importancia de ser constante" ("The importance of being Earnest"), de Oscar Wilde.
- 2.- "Crimen perfecto" ("Dial M for Murder"), de Frederick Knott (1954).
- 3.- "El ángel que nos mira" ("Look Homeward Angel"), de Thomas Wolf (1958).
- 4.- "El motociclista", de George Savage y George Savage Jr. (1964).
- 5.- "Jaque", de Lawrence Osgood (1964).
- 6.- "El último día de Franz", de Richard Schechner (1964).

(II) ADAPTACIONES

Heiremans adaptó exclusivamente textos dramáticos franceses:

- 1.- "Nöel sur la Place", de Henry Ghéon, como "Navidad en el circo" (1954).
- 2.- "The Reclutant Debutant", de William Douglas Holmes, como "Juani en sociedad" (1959).
- 3.- "Les Fourberies de Scapin", de Molière, como "Las travesuras del ordenanza Ortega" (1962).
- 4.- "Amies, Amies", de Pierre Barrillet y J. P. Gredy, como "Íntimas, íntimas" (1964).

(III) TRADUCCIONES DE SUS OBRAS

- 1.- "El palomar a oscuras" ("Die Taubenhäus"). Teatro. Traducción al alemán de Katherine Hock.
- 2.- "Buenaventura", teatro. Traducción al alemán de Katherine Hock.
- 3.- "Moscas sobre el mármol", teatro. Traducción al alemán de Katherine Hock.
- 4.- "Buenaventura", teatro. Traducción al inglés de Jerry Benjamin.
- 5.- "Los güenos versos", teatro. Traducción al inglés de George Brandt.
- 6.- "La jaula en el árbol", teatro. Traducción al inglés de Dunca Moir.
- 7.- "La novena luna", cuento. Traducción al inglés de Robert Losada.
- 8.- *Puerta de salida*, novela. Traducida al alemán por Katherine Hock y publicada con el título *Die Dinkle Teil*, por la Editorial Merlin Verlag, Hamburgo, en 1964.
- 9.- "El Abanderado" ("The Torch"), traducción al inglés realizada en Estados Unidos.
- 10.- "Moscas sobre el mármol". Traducción al francés de José Herrera, Viviana Laurin y María Rojas.
- 11.- "El Tony chico", teatro. Traducción al francés de Beatriz Moraga (2000).



Una de las escenas más simbólicas de "El Tony chico": cuando Landa le transmite a Juanucho su arte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS SOBRE EL DRAMATURGO Y SU OBRA

EN CHILE

- Aguilera, María Angélica. “‘Moscas sobre el mármol’, de Luis Alberto Heiremans”, en revista *Ecran*, s/n, Santiago, enero de 1959.
- Alcamán Riffo, Norma. “La presencia del niño: clave de la estructura simbólica y del sentido de ‘El Tony chico’, de Luis Alberto Heiremans”. Tesis para optar al grado de Licenciada en Humanidades con mención en Lengua y Literatura Hispánica. Universidad de Chile, Santiago, 1988, 167 págs.
- Basis Lawner, Isidoro. “Heiremans, un autor en busca de lo chileno”, en *Radiomanía*, s/n, Santiago, 18 de octubre 1961, págs. 4-7.
- Blanco, Guillermo. “El ‘Tony’ en serio”, en *El Sur*, Concepción, 14 de noviembre de 1965.
- Briseño, Roberto. “El sentido de la vida, una nueva temática”, en *El Mercurio*, Santiago, 28 de enero 1962, pág. 5.
- Cabrera Concha, Orietta Mireya. “Estructura y sentido de ‘El Tony chico’: claves para la comprensión de la obra de Luis Alberto Heiremans”. Memoria de prueba para optar al título de Profesor de Estado en la asignatura de Castellano, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1967.
- Cabrera Leyva, Orlando. “Heiremans salta del teatro a la novela”, en revista *Ecran*, 29 de mayo de 1964.
- Cajiao Salas, Teresa. *Temas y símbolos en la obra de Luis Alberto Heiremans*. Tesis Doctoral preparada en EE.UU., Case Western Reserve University, 1969 (L. E. Boyd) y publicada en Chile por la Editorial Universitaria, Santiago, 1970, 256 págs.
- Cajiao Salas, Teresa. “‘Buenaventura’, de Luis Alberto Heiremans”, en *El Mercurio*, Santiago, 8 de diciembre 1974.
- Carmona, Darío. “Empacho simbólico”, en revista *Ercilla*, Santiago, 23 de abril 1962.
- Castedo-Ellerman, Elena M. “La dramaturgia chilena 1955-1970”. Tesis Doctoral preparada en EE.UU., Harvard University, 1976 y publicada en Chile bajo el título *El teatro chileno de mediados del siglo XX*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1982, 240 págs.
- Celedón Bañados, Pedro. “Madurez e inconformismo teatral”, en sección “Análisis-Cultura” del diario *La Época*, Santiago, 31 de agosto 1993, pág. 11.
- Celedón, Jaime. “El Abanderado”, en revista *Mensaje* N° 195, Santiago, 1962.
- Cerda, Martín. “Luis Alberto Heiremans”, en “La Revista de los Sábados”, de *Las Últimas Noticias*, Santiago, 31 de octubre 1964, págs. 18-19.
- C. H. J. “‘El Tony chico’: obra póstuma de Luis Alberto Heiremans”, en *El Diario Ilustrado*, 3 de noviembre 1964.
- Critilo. “La jaula en el árbol” en la sección “Crítica Teatral” de *El Mercurio*, Santiago, 13 de mayo 1957.
- Critilo. “Versos de ciego”, en la sección “Crítica Teatral” de *El Mercurio*, Santiago, 29 de abril 1961.
- Critilo. “Los caminos de un escritor”, en “Arte y Cultura” de *El Mercurio*, Santiago, diciembre de 1964.
- Critilo. “El Tony chico”, en *El Mercurio*, Santiago, 3 de abril 1965.
- Cruz, Mario. “‘El Abanderado’: próximo estreno del ITUCH”, en sección “Teatro” de revista *Ecran*, N° 1629, 13 de abril de 1962; pág. 15.
- Cruz, Mario. “El Abanderado”, en *Ecran* N° 1635, Santiago, 25 de mayo 1962.
- Cruz, Mario. “Las travesuras del ordenanza Ortega”, en revista *Ecran* N° 1637, Santiago, 8 de junio 1962.
- Debesa, Fernando. “Apuntes sobre la obra dramática de Luis Alberto Heiremans”, en *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre 1964, págs. A-5 y A-6.

- Debesa, Fernando. "'Navidad en la plaza', de Henry Ghéon", en diario *El Mercurio*, 24 de diciembre 1978.
- Diógenes. "Una favorable acogida tuvo 'El Abanderado'", en diario *La Nación*, Santiago, 20 de mayo 1962, pág. 33.
- Dittborn, Eugenio. "Constantes en la trilogía de Luis Alberto Heiremans", *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 56, Santiago, mayo de 1965, págs. 70-80.
- Droggett Alfaro, Luis. "Una trilogía de Heiremans", en *La Nación*, Santiago, 13 de junio 1965.
- Ehrmann, Juan. "'Versos de ciego' en Buenos Aires", en *Ercilla* N° 1429, Santiago, 10 de octubre 1962, pág. 2.
- Espinoza, Mario. "Hablemos más de mí", en diario *La Nación*, Santiago, junio de 1959.
- Gertner, María Elena. "El ángel de la muerte", en *Ercilla* N° 1538, Santiago, 11 de noviembre 1964, págs. 17 y 19.
- Gevert, Lucía. "Manuel Gallegos. Luis Alberto Heiremans tenía una fe muy grande en el ser humano", en *La Segunda*, Santiago, 22 de junio 1984, págs. 43.
- Godoy, Eduardo. *La generación del '50 en Chile. Historia de un movimiento literario. (Narrativa)*, (Santiago, La Noria, 1992).
- Goic, Cedomil. "La estructura de la peregrinación", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de junio 1962.
- González Guzmán, Joaquín. "A diez años de la muerte de Heiremans", en diario *El Mercurio*, Calama, 26 de octubre 1974, pág. 3.
- Guerrero, Eduardo. "El Tony chico", en *La Época*, 25 de junio 1993.
- Haverbeck O. Erwin. "Teoría y 'praxis' en el teatro de Luis Alberto Heiremans", en *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua* N° 68, Santiago, 1988.
- H. D. A.. "El palomar a oscuras" en sección "Crónica Literaria" de *El Mercurio*, Santiago, 5 de marzo 1969.
- Herrera Allende, José; Laurin Rasczynski, Viviana y Rojas Olate, María. "Les mouches sur le marbre, L. A. Heiremans. Traduction. Analyse dramaturgique. Caracterisation des personnages." Tesis para optar al título de Profesor de Francés, Universidad Católica de Valparaíso, 1986, 220 págs.
- Heiremans, Luis Alberto. "La creación personal y el trabajo en equipo en la dramaturgia chilena actual", en revista *Atenea*, N° 380-381, 1958; págs. 199-205.
- Heiremans, Luis Alberto. "Edward Albee y la violencia", recorte sin mención del diario, en archivo familiar, 28 de junio de 1964.
- Heiremans, Luis Alberto. "Algunas notas sobre el teatro norteamericano actual", en revista *Apuntes*, N° 40, Santiago, julio de 1964.
- Hidalgo Castro, Teodosio. "Análisis de un proceso de construcción dramática: 'La jaula en el árbol' de Luis Alberto Heiremans. Presentación de su obra dramática y estudio de los personajes del drama." Tesis para optar al título de Profesor de Castellano, Universidad Católica de Valparaíso, 1981, 214 págs.
- Incinerador. "La visión de Luis Alberto Heiremans", en *Clarín*, Santiago, 8 de noviembre 1964.
- Ingunza Ayala, Luis Mauricio. "La acción y los símbolos en 'El Abanderado': traducción de una versión neocristiana del hombre en el universo". Tesis para optar al grado de Licenciado en Humanidades con mención en Lengua y Literatura Hispánica, Universidad de Chile, Santiago, 1988, 140 págs.
- J. M. R. "Luis Alberto Heiremans" en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de octubre 1964.
- Labra, Pedro. "El Abanderado", en sección "Teatro" de revista *Cosas* N° 278, Santiago, 29 de mayo 1987, pág. 82.
- Labra, Pedro. "Experimento sobre la inercia y la suspensión", en sección "Teatro" de *La Segunda*, Santiago de Chile, 3 de febrero 1994, pág. 87.
- Lafourcade, Enrique. "Adiós a Luis Alberto Heiremans", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 2 de noviembre 1964, pág. 4.
- Lafourcade, Enrique. "La Generación del '50 cumple medio siglo", en diario *El Mercurio*, febrero de 1999.

- Larraín Acuña, Hernán (S. J.). “‘Versos de ciego’: una obra discutida”, en *Apuntes* N° 11, Revista del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile, Santiago, mayo de 1964, págs. 1-23.
- Larraín Heiremans, Cristina. “Luis Alberto Heiremans Despouy”, en *El Mercurio*, Santiago, 25 de octubre de 1989.
- Larraín, Rosario. “Montaje García-Marquiano para obra de Luis Alberto Heiremans”, en suplemento “Wikén” de *El Mercurio*, Santiago, 30 de abril 1987, pág. W-3.
- Lavados Silva, Angélica. “Navidad en el circo”, en sección “Crítica de Teatro” de *El Cronista*, Santiago, 18 de diciembre 1978, pág. 32.
- Letelier, Hernán. “Mi amigo Tito”, en diario *El Sur de Concepción*, 1 de junio de 1969.
- Mac Hale, Tomás P. “Notas sobre Luis Alberto Heiremans”, en revista *Mapocho*, Santiago, Año III, Tomo III, N° 1, 1965.
- Mac Hale, Tomás P. “Una nueva obra de Heiremans”, en diario *El Mercurio*, Santiago, 15 de enero 1969.
- Marchant Lazcano, Jorge. “Luis Alberto Heiremans: un joven de 50 años”, en revista *Paula* N° 279, Santiago, 12 de noviembre 1978, págs. 14-15.
- Mayorga, Wilfredo. “Estoico Abanderado: montaje sin respeto del texto”, en diario *Las Últimas Noticias*, Santiago, 14 de mayo 1987, pág. 31.
- Merino Reyes, Luis. “Noche de equinoccio”, en diario *Las Últimas Noticias*, Santiago, 13 de noviembre 1951.
- Mohor, Emilio. “El joven doctor Luis Alberto Heiremans”, en diario *La Nación*, Santiago, 15 de noviembre 1964, pág. 5.
- Montecinos, Yolanda. “El Tony chico”, en sección “Teatro” del diario *La Tercera*, Santiago, 6 de abril 1965.
- Montecinos, Yolanda. “Homenaje a Tito Heiremans”, en diario *Las Últimas Noticias*, 10 de mayo de 1974.
- Montecinos, Yolanda. “Luis Alberto Heiremans”, en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 27 de octubre de 1974, pág. 28.
- Montecinos, Yolanda. “‘Buenaventura’: una ventana al tiempo de la creación”, en la sección “Yolanda Montecinos comenta” del diario *Las Últimas Noticias*, Santiago, 21 de noviembre 1974.
- Montecinos, Yolanda. “‘El Abanderado’ de Guillermo Semler”, en sección “Crítica de Teatro” del diario *La Nación*, Santiago, 5 de mayo 1987, pág. 31.
- Montecinos, Yolanda. “El cristianismo en ‘El Abanderado’”, en *Negro en el Blanco*, Santiago, semana del 11 al 17 de mayo 1987, pág. 7.
- Mundt, Tito. “Réquiem”, en diario *La Nación*, Santiago, 30 de octubre 1964, s/p.
- Muñoz H., Juan Antonio. “‘El Tony chico’: entre el cielo y el infierno”, en “Wikén” de *El Mercurio*, Santiago, 4 de junio 1993, págs. w-4 y w-5.
- Muñoz H., Juan Antonio. “Heiremans y la sociedad secreta”, en “Wikén” de *El Mercurio*, Santiago, 4 de junio 1993, págs. w-4 y w-5.
- O. C. L. “Chile pierde a otro de sus grandes dramaturgos”, en *Vea*, Santiago, 29 de octubre de 1964.
- Onfray, Jorge. “El Tony chico”, en sección “Crítica Teatral” de *Las Últimas Noticias*, Santiago, 3 de noviembre 1964, pág. 11.
- Onfray, Jorge. “‘El Tony chico’ de Luis Alberto Heiremans”, en diario *La Nación*, Santiago, 4 de abril 1965.
- Orbe. “El último mensaje del dramaturgo Luis Alberto Heiremans: ‘El Tony chico’”, en diario *Las Últimas Noticias*, Santiago, 3 de noviembre 1964, pág. 11.
- Otano, Rafael. “Los dramaturgos de la nostalgia”, en revista *Mundo* N° 34, abril de 1971, págs. 28-29.
- Oyarzún, Carola. “‘Moscas sobre el mármol’: una experiencia particular de gran intensidad”, en sección “Crítica de Teatro” del diario *El Mercurio*, Santiago, 14 de febrero 1994, pág. C-1.
- Palacios, José María. “Versos de ciego”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de mayo 1961.
- Palacios, Sergio. “El Abanderado”, en sección “Crítica Teatral” de revista *Análisis* N° 174, Santiago, semana del 11 al 17 de mayo 1987, pág. 55.

- Passalacqua C., Ítalo. "¿Dónde está 'El Abanderado'?", en sección "Espectáculos" del diario *La Segunda*, Santiago, 4 de mayo 1987, pág. 25.
- Peña Muñoz, Manuel. "Luis Alberto Heiremans: veinte años de un sueño", en "Artes y Letras" de *El Mercurio*, Santiago, 24 de junio 1984, pág. E-4.
- Petit, Magdalena. "La obra póstuma de Luis Alberto Heiremans", en diario *La Nación*, Santiago, 4 de noviembre de 1964.
- Piña, Juan Andrés. "Ese orden misterioso", en revista *Ercilla*, N° 2265, Santiago, diciembre de 1978.
- Piña, Juan Andrés. "Luis Alberto Heiremans: Teatro de lo poético y maravilloso" en Luis Alberto Heiremans. *Teatro. Versos de ciego. El Abanderado, El Tony chico*. Santiago, Editorial Nascimento, 1982.
- Piña, Juan Andrés. "Luis Alberto Heiremans: Viaje al paraíso perdido", en revista APSI N° 204, Santiago, semana del 18 al 24 de mayo 1987.
- Piña, Juan Andrés. "Sigue la estrella", en "Artes y Letras" de *El Mercurio*, Santiago, 20 de diciembre 1988, pág. E-12.
- Piña, Juan Andrés. "Lo poético y lo trascendente en el teatro de Luis Alberto Heiremans", en *El Abanderado / Buenaventura*, de Luis Alberto Heiremans, Pehuén Editores, Santiago, 1990, págs. 171-179.
- Piña, Juan Andrés. "'Buenaventura' y el retorno de Luis Alberto Heiremans", en revista *Mensaje* N° 236, Santiago, enero-febrero 1975.
- Poblete Varas, Hernán. "Versos de ciego y El Abanderado", en sección "Los Lunes Literarios", en *La Discusión*, Chillán, 12 de noviembre 1962.
- P. V. "Navidad en el circo", en suplemento "Wiken" de *El Mercurio*, Santiago, 27 de diciembre 1978, pág. W-7.
- Ramírez, Omar. "¿Quién manda? ¿El autor o el director?", en revista *Ecran*, Santiago, 17 de noviembre 1961.
- Sin autor mencionado. "Joven dramaturgo libra batalla por reflejar realidad chilena", en diario *Las Últimas Noticias*, Santiago, 13 de junio de 1958.
- Sin autor mencionado. "Lo importante es tener un teatro nuestro. Los autores chilenos deben ir a las cosas simples. Impresiones de Luis Alberto Heiremans", en revista *Ecran*, Santiago, 1956.
- Sin autor mencionado. "Escritora francesa publica en *Combat* sus impresiones de la obra 'Versos de ciego'", en *El Mercurio*, Santiago, 28 junio 1961.
- Sin autor mencionado. "'Versos de ciego' riman en Madrid", en revista *Ercilla*, Santiago, 28 de junio 1961, pág. 28.
- Sin autor mencionado. "Claroscuro de los 'Versos' en París", en Sección "Espectáculos" de revista *Ercilla*, Santiago, 13 de septiembre de 1961; pág. 28.
- Sin autor mencionado. "Teatro chileno debe buscar el camino social", en *El Siglo*, domingo 17 de septiembre de 1961; pág. 3.
- Sin autor mencionado. (Sin título), entrevista aparecida en revista *Ecran*, N° 1743, del 3 de julio de 1964; pág. 19.
- Sin autor mencionado. "Con 'El Tony chico', Heiremans dijo adiós desde la muerte", en *La Voz*, 8 de noviembre 1964.
- Sin autor mencionado. "La Buenaventura de Heiremans", en "Revista del Domingo" de *El Mercurio*, Santiago, 17 de noviembre 1974, págs. 4 y 5.
- Sin autor mencionado. "Willy Semler, director de 'El Abanderado': 'Este montaje se distingue porque en una misma escena existe un tratamiento de comedia y otro de tragedia'", en sección "Espectáculos" del diario *La Época*, Santiago, 22 de abril 1987, pág. 27.
- Szmulewicz, Efraín. *Diccionario de la literatura chilena*, (Santiago, Andrés Bello, 1977), pág. 183.
- Thanhuz, Sergio. "Rescatan obra completa de Luis Alberto Heiremans", en diario *El Metropolitan*, Santiago, 27 de enero de 2002, pág. 32.
- Thomas Dublé, Eduardo. "'Moscas sobre el mármol', de Luis Alberto Heiremans: el fantasma en la caballeriza", en *Revista Chilena de Literatura* (RCHL) N° 9-10, Universidad de Chile, 1977.
- Thomas Dublé, Eduardo. "La representación de lo absurdo en el teatro contemporáneo", Tesis

- para optar al grado de Ph. D. con mención en Literatura General, Santiago, Universidad de Chile, 1985.
- Thomas Dublé, Eduardo. “Ficción y creación en cuatro dramas chilenos contemporáneos”, en *RCHL*, N° 33, Universidad de Chile, 1989, págs. 61-70.
 - Thomas Dublé, Eduardo. “Contextos de ‘El Tony chico’”, en revista *Apuntes* N° Especial, Santiago de Chile, 1992.
 - Thomas Dublé, Eduardo. *La poética teatral de Luis Alberto Heiremans*, RIL editores, Santiago, 1992, 127 págs.
 - T. M. H. “Diálogo con Luis Alberto Heiremans”, en diario *La Unión*, Valparaíso, 23 de junio de 1964; pág. 10.
 - Ulibarri, Luisa. “El Abanderado”, en sección “Crítica de Teatro”, del diario *La Época*, Santiago, 6 de mayo 1987, pág. 26.
 - Valenzuela, Renato. “Es de contarlo y no creerlo” en “Crónica Teatral” de *La Nación*, Santiago, 20 de abril 1959.
 - Vantman Neves, Brana y Zúñiga Peñaloza, Carlos. “Luis Alberto Heiremans: el enigma de un sueño inconcluso”, Memoria de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, Santiago, 1986.
 - Villanueva, Ximena. “El año de Heiremans”, en el suplemento dominical N° 18 del diario *El Metropolitano*, Santiago, semana del 11 al 17 de junio 2000, págs. 48-49.
 - Vodanovic, Sergio. “Una ‘Juani’ anglo-chilena”, en sección “Crítica Teatral” de revista *Ecran*, N° 1471, Santiago de Chile, 3 de abril 1959, pág. 11.
 - Vodanovic, Sergio. “Tres ángeles y un solo diputado”, en sección “Crítica Teatral” de revista *Ecran* N° 1474, del 24 de abril 1959.
 - Wolff, Egon. “Charla en torno a Luis Alberto Heiremans”, presentada públicamente en la ceremonia de recordación de los veinte años del fallecimiento del escritor, el 5 de noviembre de 1984, en la Sala 2 del Teatro de la Universidad Católica de Chile y publicada en *Cuadernos de Teatro*, N° 12 de julio de 1985, por el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación.
 - Yáñez Silva, Nathanael. “El Abanderado”, en *La Nación*, Santiago, 23 de mayo 1962, pág. 16.
 - Yáñez Silva, Nathanael. “El Tony chico”, en *La Nación*, Santiago, 3 de noviembre 1964.
 - Yuras Y., Mateo. “Luis Alberto Heiremans”, en *La Provincia*, Ovalle, 24 de octubre 1971, pág. 3.
 - Z. E. “‘Sigo considerándome de la generación del ‘50’, declara el dramaturgo Luis Alberto Heiremans”, en diario *El Día*, La Serena, 7 de enero de 1962.

EN ALEMANIA

- Burschel, Rudolf. “Wir suchen alle ein Buenaventura”, en *Allgemein Zeitung*, N° 248, Freiburg, Alemania, 25 de octubre 1962, s/p.
- Buschkiel, Jürgen. “Sehnsucht nach dem sinnvollen Leben”, en *Die Welt*, Hamburg, Alemania, 31 de octubre 1962, s/p.
- E. H. “Suchende Hoffnungen und Verbeiblichkeit. Heiremans: Buenaventura und Sender: Das Foto-Zwei erstaufgeführte Einakter in Bielefeld”, *Wesfälische Zeitung*, N° 92, Bielefeld, 20 de abril 1963, s/p.
- Feuilleton. “Ein Schauspiel von Luis Alberto Heiremans in Kammerschauspiel St. Blasien”, *Badische Zeitung*, N° 179, 6 de agosto 1963, s/p.
- Giessler, Rupert. “Eine Uraufführung in Freiburg. Dreimal Buenaventura. Drei Stücke von Luis Alberto Heiremans im Kammertheater”, en *Badische Zeitung*, N° 246, 23 de octubre 1962, pág. 5.
- Haas, Helmuth de. “Das Phantom ist man selbst. Treibjagd des chilene Luis Alberto Heiremans uraufgeführt”, *Die Welt*, Hamburg, 27 de abril 1961.
- K. B. “Feuilleton Tristesse. Premieren von Tennessee Williams, Wseker, Pinter und Heiremans”, *Stuttgarter Zeitung*, Stuttgart, 24 de octubre 1962.
- Sin autor mencionado. “Tragödien der Einsamkeit”, en *Mannheimer Morgen*, Manheim, Alemania 25 de octubre 1962, s/p.

- Weisenbürger, Hansjörg. "Stille sehnsucht nach Buenaventura", en *Weser Kurier* N° 28, Bremen, 26 de octubre 1962.

EN ESPAÑA

- Marquerie, Alfredo. "El teatro chileno presentó en el Español *Versos de ciego*", en *ABC*, Madrid, 11 de junio 1961.
- Prego, Adolfo. Crítica de "Versos de ciego" en el diario *Informaciones*, Madrid, 12 junio 1961.
- Barquero, Arcadio. "'Versos de ciego', de Luis Alberto Heiremans por el Teatro de Ensayo chileno", en *El Alcazar*, Madrid, 11 de junio 1964.

EN ESTADOS UNIDOS

- Cajiao Salas, Teresa. "Temas y símbolos en la obra de Luis Alberto Heiremans". Tesis Doctoral preparada en Estados Unidos, Case Western Reserve University, 1969 (L. E. Boyd).
- Dauster, Frank. "Social Awareness in Contemporary Spanish American Theater", *Kentucky Romance Quarterly*, XIV, N° 2, 1967, págs. 120-125.
- Grey, Amalia. "'The Torch'": It subject and his author", en revista *Prologue*, september 1988.
- Olivencia Singer, Nelia. "The dramatic word of Luis Alberto Heiremans: a word of spiritual crisis". Tesis Doctoral preparada en EE.UU., Washington University, 1976 (J. F. Garganigo).
- Salzer, Beed. "Drama in Chile", *The New York Time*, New York, 1 noviembre 1958.
- Sayers Peden, Margaret. "The theater of Luis Alberto Heiremans" (págs. 120-132), en Lyday, León y Woodyard, George W. (recopiladores). *Dramatist in Revolt – The New Latin American Theater*, The Texas pan American Series, Austin, Texas and Lodon, University of Texas Press, USA, 1976.

EN FRANCIA

- Baineres, Claude. "Complaintes d'aveugle par le Théâtre d'Essai du Chili", *Le Figaro*, París, 25 de junio 1961.
- Cappron, Marcelle. "Au Vieux Colombier *Complaintes d'aveugle* par le Théâtre d'Essai du Chili", *Combat*, París, Francia, 27 de junio 1961.

EN LATINOAMÉRICA

- Eichelbaum, Edmundo. "Versos de ciego", en *El mundo*, Buenos Aires, Argentina, 5 de octubre 1962, s/p.
- Guibourg, Edmundo. "Versos de ciego", en *Clarín*, Buenos Aires, Argentina, 5 de octubre 1962.
- Menegasso, Jorge. "Versos de ciego", en *La Nación*, Buenos Aires, Argentina, 5 de octubre 1962.
- Potenze, Jaime. "Versos de ciego", *La Prensa*, Buenos Aires, Argentina, 5 de octubre 1962.
- Sin autor mencionado. "Es de contarlo y no creerlo", en *Prensa Libre*, Ciudad de Guatemala, 14 de marzo 1962, pág. 2.
- Sin autor mencionado. "Versos de ciego", en *La Razón*, Buenos Aires, Argentina, 5 de octubre 1962.
- Staif, Kive. "Versos de ciego", en *Correo de la Tarde*, Buenos Aires, Argentina, 6 de octubre 1962.

NOCHE DE EQUINOCIO

(1961)

Personajes

David

Isabel

Enrique

María

Francisco

PRIMER ACTO

Teatro Completo de

Luis Alberto Heiremans

NOCHE DE EQUINOCCIO

(1951)

Personajes:

REBECA
GUSTAVO
MAIRA
INÉS
PABLO

(Decorado único: En casa de Rebeca, cerca del mar. Una habitación amplia, de muros claros, con un gran ventanal que daría sobre una terraza. Todo es simple, estilizado dentro de ella. La puerta de la izquierda da hacia la calle, y la de la derecha, hacia el interior de la casa.)

PRIMER ACTO

(La escena está vacía. El ventanal, de par en par abierto, deja entrar el viento que se arremolina adentro. Se escucha algo como gritos muy lejanos, o tal vez es sólo el viento.)

REBECA.— ¡Ah! Cierra la ventana. Este viento me pone nerviosa.

GUSTAVO.— *(Obedeciendo.)* ¿Cómo dijiste que se llamaba la muchacha?

REBECA.— Maira.

GUSTAVO.— ¿Maira? ¡Qué nombre más raro!

REBECA.— Creo que en realidad se llama Marta o Margarita. Pero su padre, que es un borracho empedernido, se llama Pedro Maira. Y tú sabes cómo son las cosas aquí. Primero le deben haber puesto “la hija de Pedro Maira”, luego “la hija de Maira” y, por último, Maira a secas. *(Pausa.)*

GUSTAVO.— Ya no hay viento. Ha vuelto la misma quietud de antes.

REBECA.— Entonces déjate de mirar por las ventanas y ven a sentarte a mi lado. No sé, estas noches me enervan. El viento... Tú sabes lo supersticiosa que es la gente aquí. Viven entre ánimas. Todas las personas que viven cerca del mar creen en los espíritus. Parece que Maira... *(Vienta. Se escuchan gritos angustiados que parecen venir de la playa.)*

GUSTAVO.— Escuchaste, Rebeca, unos gritos. Parecen venir de la playa.

REBECA.— Es el viento. No hagas caso. ¿Cuántos terrones quieres?

GUSTAVO.— Dos. Esa muchacha me intriga.

REBECA.— Es natural que a un viejo le intrigue una muchacha.

GUSTAVO.— No soy viejo. Y por lo demás, nunca me han intrigado las muchachas... porque sí. Ésta tiene su justificación...

REBECA.— Sí, Gustavo, había olvidado decirte que la casa está embrujada. A medianoche, se desuelgan geniecillos por las lámparas y salen voces de todos los floreros.

GUSTAVO.— No se puede hablar en serio contigo.

REBECA.— Es mucho más importante que sigas hablando de eso que me contabas a la hora de comida.

GUSTAVO.— ¿Qué cosa?

REBECA.— Tu proyecto. En fin, tus planes.

GUSTAVO.— Ah, sí. Mis planes.

REBECA.— Pero dime, Gustavo, ¿hablabas en serio?

GUSTAVO.— Tú misma lo dijiste hace un rato. Soy serio y sensato. Nunca hago bromas.

REBECA.— ¡Gustavo! Siempre hablas como si el mundo se te cayese encima.

GUSTAVO.— Y tú como la mujer fuerte del Evangelio. *(Los dos se miran. Por un momento no saben si van a enojarse o a reír. Se deciden por lo último.)*

REBECA.— Ahora cuéntame tus planes.

GUSTAVO.— Pues bien, pienso dejar la medicina.

REBECA.— Pero Gustavo...

GUSTAVO.— Bien sabes que mi profesión nunca me ha satisfecho plenamente. Cuando uno es joven... bueno, cuando uno es joven, ve todo bajo otra luz. Estudiar medicina equivale a salvar la humanidad. Salta la imagen del médico por antonomasia, mascarilla y jeringa, y una cantidad de seres agradecidos alrededor de uno. Eso da ímpetu para aprender; pero una vez recibido, la realidad es otra. De inmediato surge la lucha, la lucha por la supervivencia del más hábil, y a veces también ¿por qué no decirlo? del más fuerte. Y uno que había seguido ese camino para salvar a los demás, tiene que defenderse de los otros, de sus propios colegas. La lucha es dura. La energía disponible se agota en esa batalla absurda y estéril. Cuesta sobrevivir.

REBECA.— Hablas como un adolescente cansado de la vida. Jorge tenía tus mismas ideas y jamás se le ocurrió pensar que había sido derrotado...

GUSTAVO.— Tu marido era un extraño idealista. Los errores, las injusticias, lo impulsaban a luchar. *(Pausa.)* Además, tú estabas a su lado.

REBECA.— Quieres decir que tú no tienes a nadie.

GUSTAVO.— Exactamente.

REBECA.— Siempre te lo dije, Gustavo. Debiste casarte.

GUSTAVO.— Cuando uno tiene veinte años, Rebeca, siempre hay un tío o un primo viejo que le aconseja: "No te cases todavía, hombre. Espera los treinta; es la edad de las grandes pasiones. Y éstos son los únicos amores que duran". Entonces uno espera y cuando cumple los treinta años, resulta que la mujer que despierta la gran pasión es siempre una que no está libre. *(Viento.)*

REBECA.— ¿Escuchas el viento?

GUSTAVO.— ¿Y para eso he estado hablando durante horas? Para que en el momento culminante de mi historia, me digas: "¿Escuchas el viento?"

REBECA.— Perdóname. He estado muy nerviosa todo el día. Estas tempestades secas m... me enervan. Viento y arena, nada más. Si al menos lloviese.

GUSTAVO.— Lloverá luego. *(Pausa, se oyen gritos.)*

REBECA.— ¿Escuchaste, Gustavo?

GUSTAVO.— Otra vez esos gritos. Ahora no es el viento, Rebeca. *(Se escucha otro grito, más cercano.)*

REBECA.— ¿Quién podrá ser? *(Maira se precipita dentro de la pieza. Está visiblemente asustada.)*
¡Maira! ¿Por qué estás tan pálida? ¿Qué te pasa?

MAIRA.— Yo...

REBECA.— Sí, habla... ¿Eras tú quien gritaba en esa forma?

MAIRA.— Yo.

REBECA.— Maira, ¡reacciona! ¿qué ha sucedido?

MAIRA.— Estaba en la cocina, con Teresa, cuando... *(Comienza a llorar.)*

REBECA.— Vamos... tranquilízate. No hay razón para que te pongas a llorar como una tonta. Al menos dime lo que pasó.

MAIRA.— Estaba en la cocina... y de repente miré por la ventana. Todo estaba callado, no había viento. Había algo raro en el aire. Estaba demasiado quieto. Supe que en cualquier momento iba a suceder...

GUSTAVO.— Suceder ¿qué?

MAIRA.— Eso.

REBECA.— ¿Qué es lo que viste?

MAIRA.— Sí, sí. Lo vi. O más bien dicho, vi una sombra que salía del mar y echaba a caminar por la playa.

GUSTAVO.— ¡Una sombra!

REBECA.— ¡Por Dios, Maira! Siempre estás viendo visiones. El otro día descubriste un fantasma en mi dormitorio y dos enanos en la despensa.

MAIRA.— Pero ahora es distinto. Ahora la vi. Era una sombra larga que se levantaba lentamente, como humo, hasta ponerse de pie y echar a caminar por la playa. También escuché que me llamaba "Maaiiira... Maiiiraaaaa"; y la voz era igual a esa que sale de las cornetas cuando se

pierden los botes en días de neblina... Maaiiraaa, y yo tuve que salir a la playa. Entonces vi que la sombra se acercaba...

GUSTAVO.— ¿Pero era una sombra en realidad?

MAIRA.— Sí, era una sombra; pero parecía un hombre, y entonces me puse a gritar... *(Llora.)*

REBECA.— Son ideas. Lo que pasa es que va a haber una tempestad. La atmósfera está pesada y todos estamos tensos desde esta tarde. Tú también, Maira, eso es todo. Y como te encanta ver cosas donde no las hay, descubriste una sombra en la playa. Mira, para que te convenzas de que no es verdad, acércate a la ventana y búscala.

MAIRA.— ¡No! ¡eso no!

REBECA.— Acércate, te digo.

MAIRA.— No, por favor, señora, no me obligue. Se lo suplico.

REBECA.— Acércate, ya está bueno que te dejes de tonterías. *(Por último, se acerca, mira y retrocede dando un grito. Sale corriendo por la puerta de la derecha. Rebeca y Gustavo se precipitan hacia la ventana. Pausa. Viento.)*

REBECA.— ¿Qué pasa?

GUSTAVO.— Se ha levantado un viento de los mil demonios. No se ve nada.

REBECA.— *(Dándose vuelta hacia él.)* Gustavo, somos dos pobres náufragos en un mar de arena.

GUSTAVO.— No creo que sea necesario hacer chistes. La muchacha parecía realmente asustada.

REBECA.— Pero Gustavo, si esa muchacha es medio loca. Siempre anda viendo ánimas y duendes.

GUSTAVO.— ¿De dónde la sacaste?

REBECA.— Ya te lo dije: es hija de un pescador. Todos los veranos la ocupo para que venga a ayudar a Teresa.

GUSTAVO.— ¿Siempre ha tenido estas “visiones”, como tú las llamas?

REBECA.— Ah, comprendo. El médico que ya no es médico y el escritor que todavía no es escritor comienza a interesarse.

GUSTAVO.— ¿Escritor? Dije escritor como podría haber dicho gáster o bombero. Lo que quería era irme, dejar el hospital, descansar...

REBECA.— Eso no. Si quieres descansar, es porque te sucede algo grave. ¿Qué ha pasado?

GUSTAVO.— Nada. Te digo que quiero descansar.

REBECA.— Pero si tú vives para el trabajo. Recuerdo que cuando venías a almorzar a casa, nunca alcanzabas a terminar el postre, siempre había un policlínico que atender, una consulta, qué sé yo.

GUSTAVO.— Ahora es distinto. Desde hace mucho tiempo, sólo vivía para los otros. Me gustaba trabajar para los demás. La idea romántica, del apostolado, la imagen de almanaque. En cambio ahora...

REBECA.— Gustavo, estoy segura de que ha sucedido algo. Cuéntame. ¿Algún disgusto serio en el hospital?

GUSTAVO.— ¿Cómo lo sabes?

REBECA.— ¡Ah! Entonces es eso. Dime lo que pasó.

GUSTAVO.— Sí, puedo contártelo. Me hará bien. *(Pausa.)* El martes por la mañana llegué al hospital temprano, como de costumbre. Me dirigí a la pieza donde están los casilleros. Había allí dos médicos. Daban la espalda a la puerta y no me sintieron entrar. Entonces... *(Pausa.)* Entonces descubrí que se confabulaban contra mí. Por ser uno de los ayudantes más antiguos de Iñiguez, yo era el indicado para llenar la vacante de profesor que se había producido. Me correspondía. Y sin embargo esos dos médicos jóvenes me hicieron comprender que todo estaba en contra mía; incluso Iñiguez que había estado demorando las cosas, con el propósito de que yo renunciara de antemano. En ese instante, Rebeca, comprendí que todo estaba perdido. No me importaba el puesto o la posibilidad de ser profesor, sino que me resultaba cruel ver cómo todos, todos estaban en contra mía.

REBECA.— Pobre Gustavo... ¡Qué niño eres!

GUSTAVO.— Debo parecerme muy infantil. ¿Verdad?

REBECA.— No. Eres un ser puro, has atravesado la vida, las cosas, y ellas no te han tocado. Yo también sufrí ese proceso, Gustavo. Apenas era una niña cuando las cosas empezaron a derrumbarse.

Entonces conocí a Jorge y él me hizo comprender por qué un sueño es siempre menos hermoso al despertarnos. Me enseñó a conocer la realidad. A través de lo que me decía y de lo que callaba, fui descubriendo que, después de la adolescencia, hay otro mundo, Gustavo. Después Jorge murió y quedé sola. Fue duro el comienzo, pero luego eso también pasó a ser un rumor, presente, pero lejano, y yo estuve más allá de las cosas que Jorge me había enseñado, más allá del deseo, del amor incluso, inmune a todo, viviendo otra vida: la que debía encontrar. Hoy ya he cerrado mi caudal de experiencias y estoy tranquila. Por eso soy fuerte. Ya lo ves. No estabas muy errado al llamarme la mujer fuerte del Evangelio. Es verdad, soy fuerte y ¿sabes por qué?; porque seguí el curso normal de las cosas, hasta alcanzar esto... donde ya nadie puede venir a perturbarme. Soy inmune, Gustavo, a todo sufrimiento, a toda dicha. Ahora sólo quiero vivir, así, simplemente, sin más.

GUSTAVO.— ¿Lo crees posible?

REBECA.— Por supuesto.

GUSTAVO.— Lo que sucede, Rebeca, es que tú encontraste a Jorge; otros tienen a Pedro o a Juana. Mira, esa muchacha que hace un momento gritaba ante una sombra, terminará por encontrarla algún día. En cambio yo...

REBECA.— Hablemos de otra cosa. Te juro que este clima me enferma. No sé por qué me he quedado hasta tan tarde este año en la playa.

GUSTAVO.— Rebeca... *(Se escuchan unos golpes en la puerta.)*

REBECA.— Parece que están golpeando. ¿Quien podrá ser a esta hora? Espera, voy a ver quién es. *(Sale. A los pocos segundos, vuelve con Inés, quien trae accesorios de pintura. Desde dentro.)*

INÉS.— ¡Electrizada! Te digo que estoy electrizada. De los pies a la cabeza, algo espantoso. Me dio tanto susto que me fuera a caer un rayo encima, porque estoy segura, de que van a caer rayos, que decidí hacerte una visita.

REBECA.— Con tal de que no atraigas los rayos sobre la casa.

INÉS.— En una casa no se corre peligro. La electricidad se esparce... Ah, pero estoy electrizada todavía. ¡Mira. Tócame el pelo! ¿No te da la misma sensación que cuando metes los dedos en el enchufe?

REBECA.— No te lo podría decir, Inés, ya que nunca meto los dedos en los enchufes.

INÉS.— Y haces mal, porque es un estupendo remedio para el reumatismo. Ya ves tú que Solveig, mi institutriz sueca, no podía más con sus dolores. ¡Qué salicilatos, que atofanes, que esto y lo otro! Dos sesiones de electricidad bastaron para dejarla como nueva. Ayer se bañó en el mar, ¿no la viste? Fue un espectáculo, imagínate, tiene ochenta años. Lo que es yo, nunca he podido comprobar en mí misma la eficacia del tratamiento, ya que no he tenido reumatismo; pero te aseguro que en Solveig hizo maravillas. ¡Ah! Y este muchacho tan simpático ¿quién es?

REBECA.— Es Gustavo...

INÉS.— ¿Gustavo? ¡Por supuesto! Ya me parecía... Recuerdo que la otra vez que nos vimos, usted me explicó todo lo concerniente a su colección de orquídeas.

GUSTAVO.— ¿Yo, señora...?

INÉS.— ¡Qué interesante! Todavía tiene esa grandota, roja, de que me hablaba.

GUSTAVO.— Es que...

INÉS.— ¡Claro! Bien me decía yo que esas cosas no pueden durar. No son para estas tierras. Una orquídea roja es demasiado pedir. Recuerdo que mi abuelo, que en paz descansa, aunque hartó gozó en vida y algún día tendré que hablarle de sus aventuras que el muy pícaro reunió en un tomo y la familia se negó a publicarlo por supuesto... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Mi abuelo coleccionaba hormigas. Imagínese, un pasatiempo de millonario. En ese tiempo todo el mundo era millonario; en cambio hoy día, yo no sé lo que ha sucedido. Bueno, mi abuelo coleccionaba hormigas y las tenía en una caja de vidrio, de cristal sin duda, ya que era inmensamente rico, y una vez él también consiguió una hormiga roja.

REBECA.— Inés, Gustavo no cultiva orquídeas. Es médico.

INÉS.— Médico. Ay, que lástima... No creo en los médicos. Y entonces qué se hizo ese Gustavo que cultivaba orquídeas.

- REBECA.— No lo sé. Ese Gustavo no lo conociste en mi casa. Éste es mi vecino. Tiene la casa en la esquina...
- INÉS.— ¡La grande, rosada! ¡Pero si es la casa de mi abuelo! Dieciocho dormitorios y un solo baño, como se hacían en ese tiempo. Pero grandiosa, un salón con cinco lámparas de lágrimas y un estrado para la orquesta.
- GUSTAVO.— Sí, justamente compré esa casa porque me encantó su aspecto, como diría... absurdo, de otro tiempo...
- INÉS.— ¡Absurdo! Escúchalo, Rebeca. Dice que la casa de mi abuelo es absurda.
- GUSTAVO.— Yo no he dicho tal cosa, señora.
- INÉS.— ¡Absurda! Una casa donde se podía patinar en el comedor, con miles de terrazas y una torre...
- REBECA.— Gustavo vive en la torre. El resto de la casa permanece cerrado.
- INÉS.— ¿Usted vive en la torre? ¡Pero si ésa es la biblioteca...!
- GUSTAVO.— Yo la transformé en dormitorio.
- INÉS.— Por suerte que mi abuelo está en su tumba y no puede ver lo que sucede hoy día... ¡Ah! pero estoy electrizada. Por favor, joven, tóqueme el pelo.
- GUSTAVO.— Este yo...
- INÉS.— ¿Qué dice?
- REBECA.— Háblale fuerte, es un poco sorda.
- INÉS.— No, Rebeca, no soy sorda cuando me hablan con claridad. Sucede que oigo menos, eso es todo.
- REBECA.— Pero Solveig me ha dicho...
- INÉS.— Sí. Que no oigo por teléfono; claro que eso es normal. Porque ¿cómo pretenden que uno se acostumbre a hablar por esa rejilla negra, sin ver a nadie? Ah, pero la electricidad que hay en el aire. La pieza está cargada. *(Pausa.)* Apostaría que Maira ha tenido revelaciones nuevamente.
- GUSTAVO.— ¿Cómo lo sabe?
- INÉS.— 20 de marzo.
- GUSTAVO.— ¿Cómo?
- INÉS.— Hoy es 20 de marzo. Equinoccio.
- GUSTAVO.— ¿Cómo?
- INÉS.— E-qui-no-cio. ¿No le enseñaron geografía física en el colegio? Nosotros lo aprendimos en astrología; pero creo que ahora lo enseñan en geografía física. Se llama Equinoccio la fecha en que el sol pasa por el Ecuador. Sucede nada más que dos veces al año. Qué pena, ¿no? La palabra es tan bonita. Y entonces el día tiene el mismo largo que la noche.
- REBECA.— Inés entiende mucho de ciencias ocultas y de...
- INÉS.— Espiritismo, dílo de una vez, si no es pecado. ¿A usted le gustan los espíritus?
- GUSTAVO.— Bueno... a mí...
- INÉS.— ¿Cómo dice?
- GUSTAVO.— Digo que nunca he hecho espiritismo, señora.
- INÉS.— No me grite... que no soy sorda. No sabe lo que ha perdido. Cualquier día que se le ocurra, me manda una notita y hacemos una sesión en su casa. Le mandaré a Solveig, en la mañana, con mi mesa de tres patas. Yo insisto en trabajar en mi mesa. No me acostumbro con otras y entonces... *(Trueno.)* ¡Por fin! Un trueno, lo escucharon.
- REBECA.— ¿Crees que lloverá?
- INÉS.— Por supuesto.
- GUSTAVO.— Lo dice con una seguridad que no admite réplicas.
- INÉS.— Soy Gemelos, mi amigo, ¡ge-me-los!
- GUSTAVO.— Ah, alguna hermana melliza en la oficina meteorológica.
- INÉS.— Gemelos, hombre. ¡Gemelos! Nací el 12 de junio, por lo tanto bajo el signo Gemelos. Gran intuición y capacidad para predecir el futuro. *(Aparte a Rebeca, pero a gritos.)* Rebeca, quién es este muchacho tan ignorante. *(A Gustavo.)* ¿Le gusta la pintura?
- GUSTAVO.— Yo... *(Trueno.)*
- INÉS.— Otro trueno. ¡Ah! Cómo alivia. Una se siente otra. ¿Entonces no le gusta la pintura?

GUSTAVO.— No he dicho tal cosa.

INÉS.— Entonces le gusta. Menos mal, Rebeca, un gusto en común. A mí me encanta la acuarela, porque eso de pintar con aceites no es cosa para mí. En cambio el agua, eso sí que es pintura. Había salido a hacer unos bosquejos; me encanta pintar en noches de tempestad, los rayos dan iluminaciones fantásticas, cuando vi las luces prendidas en esta pieza... ¡Pero de veras! No te había preguntado. ¿Todavía no has vuelto a Santiago, Rebeca?

REBECA.— Ya lo ves, aún estoy aquí.

INÉS.— ¿Y por qué?

REBECA.— Decidí prolongar mi veraneo. No tengo ningún apuro.

INÉS.— Ya veo, todo esto te está agarrando, ¿eh? Terminarás por seguir mi ejemplo y quedarte todo el año aquí. Búscate una Solveig, Rebeca, que se ocupe de la casa y tú... a los cerros, a pintar... Ah, de veras que tú no pintas. A tocar música entonces. De veras que tú no tocas música... ¿Pero entonces tú no haces nada, Rebeca? (*Trueno.*) Otro trueno. Ya está encima. Creo que me voy a ir antes que estalle la tempestad. Tengo que atravesar todo el pueblo y Solveig se va a asustar si me atraso. Es tan miedosa y tiene una imaginación... Siempre piensa que me he caído al mar o que me han raptado. Y por más que yo le repito... (*Trueno y rayo. Apagón. Un rayo cae muy cerca de la casa y los tres personajes se recortan en su luz verde-azul. La pieza queda a oscuras. Se siguen escuchando las voces.*)

REBECA.— Ya se apagarán las luces. Esa turbina se descompone con tanta facilidad. ¿Tienes fósforos, Gustavo?

INÉS.— No alumbrén todavía, ya volverá la luz, es cuestión de segundos. El invierno pasado esto ocurría a menudo y no duraba mucho. Me encanta la oscuridad, es tan reposante.

GUSTAVO.— No vayan a aprovecharse los espíritus de la oscuridad e invadan la pieza.

INÉS.— No creo que lleguen a ese extremo; pero hay uno detrás de la ventana.

GUSTAVO.— ¡Cómo!

INÉS.— Sí, hace un rato que anda rondando la casa. Yo creí que ustedes lo sabían.

GUSTAVO.— Pero, Rebeca, ¡hay que hacer algo!

REBECA.— Supongo, Gustavo, que no lo tomarás en serio.

GUSTAVO.— Podría ser la sombra que vio Maira.

INÉS.— ¿Cuál sombra?

REBECA.— La que vio la muchacha hace un rato.

INÉS.— ¡Ah!

GUSTAVO.— ¡Rebeca! Mira. ¿Qué hacemos? (*Rebeca a su vez, ahoga un grito. El muchacho golpea el vidrio. Habla, pero no se escucha su voz.*)

REBECA.— No sé.

INÉS.— Háganlo entrar, por Dios. Ese pobre fantasma puede pescarse una pulmonía.

REBECA.— Pero ¿no será peligroso?

INÉS.— ¿Peligroso?, ¿por qué? Ya lo están viendo, no es un ladrón, menos un asesino. (*Gustavo se retira y Rebeca queda sola frente a la ventana. Es ella quien abre. El muchacho entra y ambos permanecen durante algunos segundos frente a frente, sin hablarse. Los otros dos personajes están perdidos en la penumbra de la pieza.*)

REBECA.— ¿Quién es usted?

PABLO.— Pablo.

REBECA.— ¿Pablo? ¿Qué desea?

PABLO.— Tengo algo que decirle. (*Las luces han vuelto a encenderse.*)

GUSTAVO.— ¡Gracias a Dios! Odio la luz de las velas.

INÉS.— ¿Por qué? ¡Es maravillosa! A Solveig siempre le recuerdan las navidades de su país.

REBECA.— ¿Y qué tienes que decirme?

PABLO.— Hace horas que doy vuelta alrededor de la casa, sin atreverme a entrar. Tenía que verla.

REBECA.— Pero... pero ¿quién es usted?

PABLO.— Ya se lo he dicho: Pablo.

REBECA.— Pero eso no es suficiente. ¿De dónde viene?

PABLO.— Vengo de muy lejos.

INÉS.— ¡Me encanta la gente que viene de muy lejos! Es tan poco preciso.

REBECA.— ¡Ah! Es usted el que andaba por la playa.

PABLO.— Por la playa, por el jardín que hay detrás de la casa, por todas partes. Hace mucho rato que busco una oportunidad de encontrarla.

GUSTAVO.— Entonces la sombra que vio Maira...

INÉS.— Era una sombra y nada más. Este muchacho no tiene nada que ver en todo eso. Vamos, joven, ríndase ante la evidencia: los espíritus existen. No sólo hay orquídeas... ¡ah! de veras que usted no colecciona orquídeas sino enfermedades. Porque los médicos no son otra cosa que coleccionistas de enfermedades.

REBECA.— Pero ¿qué busca usted?

PABLO.— Quiero hablar con usted, a solas.

INÉS.— (A Gustavo.) ¡Hora de irse! Joven, es hora de irse. Usted sería tan amable como para acompañarme hasta mi casa. No es que tenga miedo, no, pero Solveig se sentirá más tranquila si me ve llegar con un hombre. Para ella todos los hombres son policías y significan protección.

GUSTAVO.— No, no, será mejor que esperemos un rato.

INÉS.— No. Este muchacho tiene que hablar con Rebeca.

GUSTAVO.— Pero...

REBECA.— Buenas noches, Gustavo.

INÉS.— ¡Sí! ¡Sí! Eso es, buenas noches. ¡Ah! Presiento que voy a electrizarme. La atmósfera debe estar cargada. Usted, ¿qué opina, joven?

PABLO.— Yo...

INÉS.— Claro, no dice nada. ¿Por qué habría de decir algo? No es conmigo con quien quiere hablar. Pero de todos modos sé que voy a electrizarme. Vamos, Gustavo. No se quede ahí como una estatua. Adiós, Rebeca. (*Sale. Gustavo se acerca a Rebeca y hablan, rápido.*)

GUSTAVO.— Rebeca, esto es una locura.

REBECA.— Buenas noches, Gustavo.

GUSTAVO.— Pero... ¿quién es este sujeto?

INÉS.— (*Desde afuera.*) Gustavo... Gustavo...

GUSTAVO.— Y esa vieja loca, ¿es necesario que vaya a dejarla?

REBECA.— Sería una falta de educación que no lo hicieras.

GUSTAVO.— Está bien. Voy a acompañarla y vuelvo. No voy a dejarte sola.

REBECA.— Tan pronto has olvidado nuestra conversación de hace un rato. Estoy más allá del miedo, ¿recuerdas?

GUSTAVO.— Rebeca... (*Pausa.*) ¿Prometes llamarme si pasa cualquier cosa? Ya sabes que tengo el teléfono en el velador, y ahora hay servicio toda la noche.

REBECA.— Sí, sí.

GUSTAVO.— ¿Prometido?

REBECA.— Prometido.

GUSTAVO.— Buenas noches, entonces.

INÉS.— (*Desde afuera.*) Gustavo... Gustavo...

REBECA.— Anda, no la dejes sola. Te acompañaré hasta la puerta. (*Sale. Pablo, al quedar solo, abre las ventanas y el viento inunda la pieza. Maira aparece en el ventanal.*)

MAIRA.— Soy Maira.

PABLO.— ¿Maira? No la conozco.

MAIRA.— Yo sí. Usted era esa sombra que caminaba por la playa.

PABLO.— ¿Dónde? Yo no la vi.

MAIRA.— Pero me escuchó.

PABLO.— Ah. ¿Era usted quien gritaba?

MAIRA.— Sí. De miedo y ansiedad.

PABLO.— Es verdad, quise hablarle; pero usted desapareció dentro de la casa y cerró la puerta.

MAIRA.— Ahora puede hablar.

PABLO.— No es con usted con quien debo hablar.

MAIRA.— ¿Con quién entonces?

PABLO.— ¿Por qué habría de contestarle?

MAIRA.— Teresa me dijo que usted respondería todas esas preguntas. Ella dibujó tres cruces sobre el fuego y dijo que usted respondería.

PABLO.— Se equivocó.

MAIRA.— Tal vez, pero ahora no tengo miedo.

REBECA.— (*Entrando.*) Maira, ¿Qué estás haciendo aquí? Anda a la cocina. Teresa te aguarda. ¿Dónde andabas?

MAIRA.— Salí a la playa por la puerta de atrás.

REBECA.— Teresa dice que te dejó acostada y cuando volvió, ya no estabas. Mañana mismo iré a hablar con tu padre.

MAIRA.— ¡No, por favor!

REBECA.— Sí, ya estoy cansada de tus peregrinaciones nocturnas y de tus gritos. Ahora se acabó. ¡Vuelve a tu pieza! (*Pausa. Maira sale.*) ¡Ah! ¡cuándo estallará la tempestad!

PABLO.— Se acerca.

REBECA.— (*Pausa.*) Ojalá. Todo el día he pasado esperándola. Ya no soporto esta tensión... ¿No sería posible que viniera usted mañana? Hoy me encuentro deshecha.

PABLO.— Como usted quiera.

REBECA.— Sí, será mejor que vuelva mañana.

PABLO.— Hasta mañana entonces.

REBECA.— (*Viéndolo salir hacia la playa.*) ¡Un momento! ¿Dónde va?

PABLO.— A la playa.

REBECA.— Pero si esa tempestad va a estallar de un momento a otro. Se va a empapar. Es preferible que vuelva a su casa.

PABLO.— No tengo casa.

REBECA.— ¿No vive usted aquí?

PABLO.— No. Vengo de muy lejos. He hecho un largo viaje. Pero no se moleste usted por mí.

REBECA.— Venga. Acérquese. Pero antes, cierre esa ventana. ¿Por qué quería verme?

PABLO.— Tendría que contarle una historia demasiado larga.

REBECA.— ¿Y no quiere hacerlo ahora?

PABLO.— Preferiría mañana, cuando usted se sienta más descansada.

REBECA.— Pero... ¿dónde va a pasar la noche? Ya terminó el verano. Todos los hoteles están cerrados.

PABLO.— Pediré alojamiento en cualquier casa.

REBECA.— No se lo darán. Los pescadores son muy desconfiados.

PABLO.— Y bien, entonces dormiré a cielo raso. Es un lujo, ¿sabe? Dormir bajo una tempestad.

REBECA.— No. Eso no. Podríamos pedirle a Gustavo que lo alojara... Pero no debe haber vuelto todavía. Hay un buen trecho hasta la casa de Inés. Pero... ¡qué tonta soy! ¿Por qué no habría de alojarse aquí? Será más sencillo, mañana podremos conversar largamente. Hay una pieza de huéspedes en el segundo piso. ¿Qué le parece?

PABLO.— Si usted quiere.

REBECA.— Llamaré a Teresa para que lo acompañe. ¿Dónde está su equipaje?

PABLO.— No tengo equipaje.

REBECA.— ¿No tiene equipaje?... Bueno, llamaré a Teresa. (*Se asoma a la puerta y grita.*) ¡Teresa! (*Maira aparece de inmediato; como si hubiera estado escondida detrás de la puerta.*) ¿Y tú qué hacías ahí? ¿No te dije que te fueras a tu pieza?

MAIRA.— Estaba en mi pieza, señora.

REBECA.— Te juro que mañana iré a hablar con tu padre. No... no digas nada. Acompaña al señor al dormitorio del segundo piso. Va a pasar la noche aquí. Anda a mi pieza, sacas un par de sábanas del armario y haces la cama.

MAIRA.— Ya está hecha, señora.

REBECA.— ¿Cómo?

MAIRA.— Teresa la hizo esta tarde.

REBECA.— ¿Para qué?

MAIRA.— Dijo que tenía el presentimiento de que alguien iba a venir. (A Pablo.) Es en el segundo piso. La escala es angosta, pero hay una lucecita en el descanso. Pasa prendida toda la noche. (Maira ya ha salido.)

PABLO.— Buenas noches, señora.

REBECA.— Hasta mañana. No se olvide, a primera hora lo estaré esperando en esta misma pieza. PABLO.— No me olvidaré.

REBECA.— *(Va a cerrar las cortinas del ventanal. Pablo, antes de salir, se da vuelta para mirarla y luego saca unos papeles de su bolsillo y los deja caer sobre la alfombra. Rebeca no ve este gesto. Una vez que ha cerrado las cortinas, comienza a apagar las luces, al hacerlo, descubre los papeles en el suelo, los toma y distraídamente, lee. Sigue apagando las luces; pero he aquí que un pensamiento tardío la inmoviliza. Se acerca a una lámpara y lee con avidez. En su expresión, nace algo de extraño, algo joven, incontenible, inmediato. Mira hacia la puerta, alcanza a dar un paso hacia ella; pero se detiene. Por último, decide hablar por el teléfono.)* Aló... Aló... señorita... Sí, sí... es muy importante. Déme el 62... ¿No contesta? Déme el 48 entonces; sí, el 4-8... ¿Aló Solveig? Habla con Rebeca... Muy bien, gracias... No, no sucede nada... Dígame... ¿Llegó Inés? ¿Cómo? Acaba de llegar ¿Y Gustavo?... Bueno, quiero hablar con él...

Telón

SEGUNDO ACTO

CUADRO PRIMERO. Rebeca y Gustavo. *(Gustavo se pasea nervioso. Pausa. Están alumbrados por las luces de los candelabros.)*

REBECA.— Te repito que eso es todo, Gustavo. Estaba muy cansada. Le pedí que volviera mañana; pero como no tenía dónde ir, le ofrecí que se alojara en la pieza de huéspedes.

GUSTAVO.— ¡Rebeca! Es un desconocido. No sabes de dónde viene ni por qué, y lo alojas en tu casa. ¿Estás loca? Puede ser un ladrón, un asesino, qué se yo!

REBECA.— Es un buen muchacho, y nada. Uno se da cuenta al verlo. Seguramente quiere que yo le dé una carta de recomendación para alguien en Santiago, un empleo, cualquier cosa...

GUSTAVO.— ¿Y si no fuera eso?

REBECA.— Mañana lo sabremos. He de confesarte que al comienzo me intrigó. No sé, su aparición fue tan extraña. Pero luego, cuando quedamos solos, vi que era un muchacho como todos los demás, un poco menos tímido quizás, y no obstante igual a todos los que han venido este verano a pedirme una recomendación.

GUSTAVO.— ¿Han venido muchos?

REBECA.— Sí. Toda esta gente de por aquí sueña con irse a Santiago. Todos los veranos invaden la casa, pidiéndome una carta... Y más ahora que han descubierto que Iván, mi cuñado, es Ministro. Casi todos son profesores primarios o hijos de algún empleado fiscal.

GUSTAVO.— Sin embargo, Rebeca, no es lo mismo una carta de recomendación que alojarlo en tu casa.

REBECA.— No podía dejarlo dormir en la playa.

GUSTAVO.— Pero podías haberlo mandado a algún hotel.

REBECA.— Todos están cerrados.

GUSTAVO.— Siempre tienes una respuesta para todo.

REBECA.— Gustavo: escucha. No te he llamado para hablar de él sino de ti.

GUSTAVO.— ¿De mí?

REBECA.— Sí, tengo que pedirte perdón.

GUSTAVO.— Perdón... ¿Por qué?

REBECA.— Por todo. Por la manera estúpida como te hable después de comida. En realidad, yo

quería explicarte esas cosas en otra forma. No quise ser brusca y sin embargo, estoy nerviosa: los gritos de esa muchacha, este aire pesado, esta luz que se corta a cada momento, me obligaron a decir frases que preferiría haber callado.

GUSTAVO.— No recuerdo exactamente lo que dijiste, Rebeca; pero te aseguro que no puede haber sido nada tan grave.

REBECA.— Sí, Gustavo. Te hablé con demasiada rudeza. Analicé, critiqué tu carácter. No era mi intención hacerlo. Uno no tiene ese derecho, y yo mucho menos con respecto al tuyo.

GUSTAVO.— Bien sabes que siempre has tenido ese derecho con todo lo mío.

REBECA.— Es verdad, Gustavo, sigues siendo el niño que necesita cuidado. Todo te ha resultado con demasiada felicidad. Ahí está la clave. Y por eso hoy, hoy que ves que algo se te derrumba, experimentas esa sensación de vacío. ¿Comprendes? Has excedido los límites de tu sueño. No tienes la culpa. Y yo no tenía derecho de reprochártelo.

GUSTAVO.— Rebeca...

REBECA.— Sólo quiero pedirte que tengas confianza en mí.

GUSTAVO.— Gracias, Rebeca. Es cierto. Hoy ya no cuento sino contigo. Eres la única persona junto a la cual me siento acompañado, comprendido, tal vez... Por eso el martes, cuando sucedió aquello, sólo tuve un pensamiento: decirte lo que pensaba hacer.

REBECA.— Y por ello también quiero que me perdones. Léí tus versos, Gustavo. Por eso te llamé.

GUSTAVO.— ¿Mis versos...?

REBECA.— Sí. Los encontré aquí. Al comienzo, no sabía de qué se trataba y por eso los leí. Te juro que me han emocionado.

GUSTAVO.— ¿Pero de qué versos estás hablando, Rebeca?

REBECA.— De los tuyos; éstos... (*Le pasa los papeles.*)

GUSTAVO.— Pero si yo no he escrito estos versos.

REBECA.— ¿Cómo? ¿No son tuyos?

GUSTAVO.— No.

REBECA.— Como tú mismo me dijiste que habías dejado el hospital, tu consulta, todo, para escribir un libro, yo creí...

GUSTAVO.— Eran excusas. Algo tenía que decir... Mi partida resultaba demasiado repentina... bien sabes que cuando joven me gustaba escribir. En realidad, lo único que deseaba era estar solo... y verte, Rebeca.

REBECA.— ¿Entonces estos versos no son tuyos...?

GUSTAVO.— Por supuesto que no.

REBECA.— (*De pronto.*) ¿Entonces son de Pablo?

GUSTAVO.— ¿Pablo?

REBECA.— Sí, Pablo, ese muchacho que viste hace un rato. Escúchame, Gustavo, tengo que hablar con él a solas. ¿Te importaría que siguiéramos conversando mañana?

GUSTAVO.— Pero Rebeca, tú no estás en tu sano juicio. Me llamas, me dices que me vaya, que vuelva, que... Ahora no me iré. Pasaré la noche aquí. Tráeme una frazada y dormiré en este sofá.

REBECA.— Tienes que irte. Debo hablar con ese muchacho cuanto antes.

GUSTAVO.— Pero, Rebeca.

REBECA.— No, es necesario que hable ahora, y a solas. (*Pausa.*)

GUSTAVO.— Está bien. Me voy.

REBECA.— Te acompañaré hasta la puerta. (*Maira aparece de inmediato. Apaga las velas de los candelabros y llama.*)

MAIRA.— Pablo... Pabloooo... (*Resistencia. En ese instante entra Rebeca.*)

REBECA.— ¿Quien apagó ese candelabro? ¿Usted? (*Rebeca descubre a Pablo junto a la ventana que está de par en par abierta. Maira ha desaparecido.*) ¿Qué hace usted ahí?

PABLO.— ¿Fue usted quien me llamó?

REBECA.— ¿Que yo lo llamé?

PABLO.— Sí, escuché una voz. Yo estaba arriba, en la pieza.

REBECA.— Pero...

PABLO.— Por eso bajé. ¿No quería verme?

REBECA.— No... es decir, sí. Por favor, cierre esa ventana. No soporto ese viento tibio y ese mar tan callado. Qué lástima. Parece que la tempestad se aleja.

PABLO.— Volverá.

REBECA.— Es lluvia lo que quiere.

PABLO.— Ya vendrá la lluvia.

REBECA.— ¿Cómo lo sabe?

PABLO.— Conozco el olor del aire cuando va a llover. Es un olor a humo.

REBECA.— Sí. Un humo que no pudiera nacer. ¿Cómo sabe todo eso?

PABLO.— Conozco el cielo y cómo cambia, conozco los ánimos de la tarde y puedo decirle, con sólo mirar el horizonte, si al día siguiente habrá sol o no.

REBECA.— Pablo, ¿estos papeles son suyos?

PABLO.— Sí.

REBECA.— ¡Ah!

PABLO.— ¿Por qué me lo pregunta?

REBECA.— Dígame. *(Pausa.)* ¿Qué es lo que desea de mí?

PABLO.— Nada. Verla, estar junto a usted.

REBECA.— Pero... no le comprendo. ¿Usted vino nada más que para verme?

PABLO.— Nada más. Y a explicarle. Yo vivía en un pueblo, lejos, en la montaña. Allí, las cosas son muy distintas a lo que son aquí, junto al mar. Me gustaba caminar, escalar. No sé. Yo era diferente a los demás. No me avenía con ellos. Sólo pensaban en... bueno, usted sabe lo que es el trabajo en la montaña. Yo, en cambio, quería otra cosa... *(Pausa.)* A veces, me quedaba dormido en las quebradas. De noche, son maravillosas. Se escuchan miles de ruidos, todos desiguales, y siempre hay el rumor de algún estero cercano. Entonces sentí nacer en mí sensaciones... ¿cómo explicarle? Primero, palabras... que luego formaban frases. Algo me obligaba a decirlas en voz alta, a gritarlas... Quería decir tantas cosas y no sabía cómo. Entonces llegó la señorita Amelia.

REBECA.— ¿La señorita Amelia?

PABLO.— Era la nueva profesora. Un día llegó con dos maletas y un cajón lleno de libros. Fue ella quien me sorprendió esa tarde hablando a solas en el fondo de la quebrada. Entonces me dijo que yo debía escribir. Me habló de mil cosas, cosas que yo sabía; pero... en fin, que nunca me las había tratado de explicar. También me prestó libros y así llegaron a mis manos "Quince Poemas".

REBECA.— ¿"Quince Poemas"? Cada vez entiendo menos.

PABLO.— Los he releído tantas veces. Cuando decidí venir a su encuentro, la señorita Amelia me regaló el libro.

REBECA.— ¡"Quince Poemas"! Pero... no, no puede ser.

PABLO.— Sí, son los suyos.

REBECA.— Son "mis" quince poemas. Esos que publiqué hace siglos. Pero no...

PABLO.— Están firmados por usted. Y además, el libro trae una fotografía suya.

REBECA.— Fue una locura; uno de esos momentos desesperados por los cuales uno atraviesa a los dieciséis años. Odiaba todo y decidí escribir esos poemas en un signo de rebelión. Como tenía dinero, pude publicarlos. Nadie habló de ellos; no se vendieron más que dos o tres ejemplares y, por fin, creo que mi padre los utilizaba para prender su chimenea. Por lo demás, eran horribles.

PABLO.— Son muy hermosos. Siempre los llevo conmigo. *(Pablo pasándole un libro delgado.)* Aquí están.

REBECA.— ¡Mis "Quince Poemas"!

PABLO.— A la señorita Amelia también le gustaban.

REBECA.— ¿Pero quién es esa señorita Amelia?

PABLO.— Ya se lo dije: una profesora.

REBECA.— ¿Joven?

PABLO.— No sé... Nunca se lo pregunté.

REBECA.— ¡Mis “Quince Poemas”...!

PABLO.— Me los sé de memoria.

REBECA.— Pero... si no fueron más que un arrebato. Deben ser imperfectos, absurdos... (*Pausa. Truenos.*)

PABLO.— ¡Escuche! La tempestad se acerca. Ya luego caerá la lluvia.

REBECA.— Es verdad. Qué silencio. Se diría que todo se apronta para recibirlo.

PABLO.— El viento se pierde, la playa está solitaria, hasta el mar ha hecho morir su última ola...

REBECA.— La última ola... ¿la última ola...?

PABLO.— Es el título de uno de sus poemas.

REBECA.— (*Consulta.*) Es cierto. ¡La última ola! Qué romántica es una a los dieciséis años.

PABLO.— No. Es la posibilidad de renacer. Usted lo dice en su poema: “Si todo muriera, las cosas podrían renacer, puras nuevamente.” (*Pausa.*)

REBECA.— Pero dígame, usted vino a verme para decirme que había leído mi libro.

PABLO.— No. Deseaba conocerla. La señorita Amelia me dijo que debía conocerla.

REBECA.— Pero usted algo debe buscar, algo necesita...

PABLO.— Nada.

REBECA.— ¿Está seguro?

PABLO.— Sólo quería verla, estar junto a usted.

REBECA.— Es la primera vez que alguien me pide eso.

PABLO.— No le entiendo.

REBECA.— La primera vez que alguien se me acerca sin pedirme nada.

PABLO.— ¿Por qué?

REBECA.— Porque dicen que soy fuerte.

PABLO.— ¿Usted lo cree?

REBECA.— Soy fuerte; estoy más allá de las cosas y puedo mirirlas sin miedo. (*Pausa.*)

PABLO.— ¿Está segura? (*Vacilación de Rebeca. Comienza a llover. Trueno.*)

REBECA.— (*Corriendo a la ventana.*) ¡La lluvia! Por fin... ¡qué gran descanso! (*Pausa.*)

PABLO.— Rebeca...

REBECA.— Y sin embargo hay algo extraño.

PABLO.— Rebeca...

REBECA.— Si uno pudiera ver morir la última ola. Y ver como todo renace.

PABLO.— Rebeca.

REBECA.— ¿Quién me llama?

PABLO.— Yo...

REBECA.— Es como una voz que llega desde la playa, viene del mar, del aire, del viento, de la lluvia...

PABLO.— Rebeca...

REBECA.— ¿Quién... quién me llama?

PABLO.— Yo, Pablo. (*Ella se da vuelta y, lentamente, camina hacia él, mientras cae el telón.*)

CUADRO SEGUNDO. (*Amanecer. Rebeca y Pablo están en escena.*)

PABLO.— Ya no llueve. Todo está callado nuevamente.

REBECA.— Pero es un silencio distinto ahora. No es la quietud de la espera, sino otra, plena, interminable.

PABLO.— Es el silencio de las primeras horas. Lo conozco. No es bueno perturbarlo. Cada minuto engrana al que lo sigue, como si fuesen manos lss que lo ayudaran a salir de la noche. (*Pausa.*)

REBECA.— Pablo...

PABLO.— ¡Calla todavía!... ¿No sientes cómo nosotros mismos, nuestros cuerpos se asustan ante la idea de despertar?

REBECA.— Pablo ¿qué vamos a hacer?

PABLO.— ¿No estás contenta?

REBECA.— Sí, pero...

PABLO.— Entonces no pienses más. (*Acercándose a la ventana.*) ¡Mira! La primera gaviota. Traza una línea sobre la superficie del mar. Es ella quien despertará las otras cosas. Suavemente... mira cómo se yergue esa ola... ¡Es la primera ola, Rebeca! Todo renace...

REBECA.— Dime, Pablo, ¿tú no dejas nada tras de ti?

PABLO.— Dejo cosas sin importancia.

REBECA.— ¿Ni siquiera recuerdos?

PABLO.— Ni siquiera recuerdos.

REBECA.— ¿Entonces te resulta fácil reiniciar tu vida aquí?

PABLO.— Sí.

REBECA.— Pero... para mí no lo es. Soy una mujer, Pablo, no una muchacha. Para mí, las cosas ya han sucedido. Y por otra parte, jamás podría olvidar lo que ha pasado...

PABLO.— ¿Y por qué tendrías que olvidarlo?

REBECA.— Es a otra vida a la que me llamas, Pablo. Una vida muy distinta.

PABLO.— Pero ¿para qué piensas en todo eso, si por fin hemos encontrado un momento único...?

REBECA.— ¿No eras feliz antes?

PABLO.— No; por lo menos no en esta forma. Mira... puedo cerrar los ojos y sentir todavía que estoy viviendo. Puedo estar cerca de ti, sin hablarte, y saber que tu pensamiento y el mío siguen un mismo camino.

REBECA.— Sí, es la dicha, Pablo. Una dicha inmensa que terminará por herirnos.

PABLO.— ¿Herirnos?

REBECA.— Escúchame... sube a tu cuarto y espera ahí.

PABLO.— ¿Para qué? Quiero estar a tu lado.

REBECA.— Sube a tu cuarto. (*En el momento que él va a salir, Rebeca lo llama.*) ¡Pablo!

PABLO.— ¿Qué?

REBECA.— Déjame mirarte... De pronto me pareciste tan irreal que tuve miedo... Pablo, dime algo.

PABLO.— Te quiero.

REBECA.— Esos son tus labios, yo que apenas los conocía. Se mueven, Pablo, y entre ellos se deslizan las palabras. ¿Existen, no es cierto, Pablo? Son reales, dime que son reales.

PABLO.— Te quiero.

REBECA.— Si pongo mis dedos sobre ellos, sentiré el paso de tu aliento. Así, así... (*Lo besa. Pablo permanece inmóvil.*) Y ahora sube... sube rápido.

(*Pablo sale. Durante algunos segundos, Rebeca vagabundea, indecisa. Se acerca a la ventana, retrocede, vuelve para cerrar las cortinas y la pieza queda iluminada sólo por la lámpara que ella encendió hace algunos instantes. Por último, va al teléfono.*) ¿Aló? ¿Aló?, señorita, deme el 62, por favor. Sí, 62... .. Aló, Gustavo, hablas con Rebeca. Sí, Gustavo, es muy temprano, pero quiero que vengas inmediatamente. Necesito hablar contigo. Es muy importante... ¿Vendrás? Gracias, Gustavo... (*Va a salir, cuando aparece Maira.*) ¿Y tú, qué andas haciendo tan temprano?

MAIRA.— Escuché voces, y...

REBECA.— ¿Desde tu pieza?

MAIRA.— Sí.

REBECA.— Estás mintiendo.

MAIRA.— Es que... es que quería pedirle permiso, señora, para salir.

REBECA.— ¿Dónde vas a ir a esta hora?

MAIRA.— A mi casa. Tengo que ir a buscar... algo.

REBECA.— ¿No puedes esperar hasta más tarde?

MAIRA.— Teresa dice que tiene que ser ahora.

REBECA.— ¿Teresa? ¿Qué vas a ir a buscar?

MAIRA.— Nada... algo.

REBECA.— ¿Pero qué? (*Maira se pone a lloriquear.*) Habla; ¿qué vas a ir a buscar?

MAIRA.— (*Lloriqueando.*) No puedo decirle, señora, no puedo decirle. (*En ese momento se escuchan golpes en la puerta.*)

REBECA.— Si no me dices... no te dejo salir. (*Golpes.*) Debe ser Gustavo. Anda a abrir. (*La muchacha sale. Y es Inés quien entra a los pocos segundos.*)

INÉS.— Buenos días. ¿Cómo está todo el mundo? ¿Qué tal noche pasaron?

REBECA.— ¡Pero, Inés, es sumamente temprano...!

INÉS.— ¿Y cómo estás en pie entonces?

REBECA.— Es que...

INÉS.— Claro, muy cierto. A mí me sucedió lo mismo. Nunca puedo dormir en las noches de Equinoccio. No sé si será la idea de que la noche y el día son iguales... pero me desvelo. A esa muchacha, cómo es que se llama, debe haberle pasado otro tanto. Estaba muy agitada; apenas me abrió la puerta, echó a correr.

REBECA.— ¿Maira, echó a correr?

INÉS.— Sí, como una liebre. No te extrañes: ya te lo dije, Equinoccio... Así es que han amanecido bien. ¡Tanto mejor! El día promete ser maravilloso, por eso me levanté tan temprano. Quería ir a pintar el amanecer a la Puntilla y antes pasé por tu casa; tal vez puedas acompañarme... ¿No? No importa. Solveig tampoco quiso. Dijo que iba a bañarse en el mar. Muy bien. Bueno, tendré que ir sola. Hasta la tarde, Rebeca. A la vuelta pasaré a hacerte una visita. Llevo sandwiches y un termo con café, ya que pretendo hacer un día de pintura... Qué divertido suena; ¡un día de pintura! Una de esas frases que a uno le dan ganas de comerse. Bueno, adiós, adiós... (*Inés sale. Casi inmediatamente entra Gustavo.*)

GUSTAVO.— ¿Qué hace esa vieja loca en tu casa? Ni siquiera fue capaz de saludarme. Supongo que lo que tienes que decirme no será algo relacionado con ella, porque en ese caso me voy.

REBECA.— Ah, Gustavo. Menos mal que llegaste.

GUSTAVO.— ¿Qué te pasa?

REBECA.— Perdóname que te reciba así, sin arreglarme, Gustavo... ha sucedido algo muy grave. Todo se ha precipitado.

GUSTAVO.— ¿Pero qué se ha precipitado? No comprendo, Rebeca.

REBECA.— Gustavo... (*Se pone a llorar. Gustavo se acerca a ella y la toma entre sus brazos.*)

GUSTAVO.— Vamos, no seas tonta. Cuéntame, ¿qué ha sucedido?

REBECA.— Gustavo... Este muchacho no venía en busca de una simple carta de recomendación. Comencé a interrogarlo y hablamos de mil cosas. Me contó algo de su vida, y de pronto sacó un libro de su bolsillo que resultó ser mis "Quince Poemas". ¿Te acuerdas?

GUSTAVO.— ¿Tus famosos poemas?

REBECA.— Y en ese instante comenzó a llover... Me llamó... Nunca había escuchado una voz como ésa. Tuve que obedecerla. Era... era mucho más fuerte que yo. Parecía cortar todas las raíces que me ataban a otras cosas... Como si yo hubiera estado viviendo en este mundo y en ese segundo, sólo para pertenecerle. Cerré los ojos y avancé a su encuentro. No pude resistirla, Gustavo.

GUSTAVO.— Pero, Rebeca... y sin embargo te decías fuerte. Estabas más allá del deseo. Más allá del amor.

REBECA.— No quiero perderlo, Gustavo. Y no puedo seguir viviendo junto a él. Es casi un niño, Gustavo, ¿comprendes? Y sin embargo, es el único hombre que vino a mí sin necesitar mi ayuda, mis consejos, mi protección.

GUSTAVO.— Tienes que decirle que se vaya. Yo mismo se lo diré.

REBECA.— ¡No! Te lo prohíbo.

GUSTAVO.— Entonces, Rebeca, si nada puedo hacer por ti. (*Inicia mutis.*)

REBECA.— No me dejes sola, Gustavo.

GUSTAVO.— Si te niegas a escuchar razones.

REBECA.— Ya lo ves, no sé qué hacer. (*Pausa.*)

GUSTAVO.— ¿Y acaso piensas que yo puedo decidir?

REBECA.— Ahora es Rebeca quien pide ayuda, Gustavo.

GUSTAVO.— Tú me pides ayuda... a mí. Pero, ¿no lo comprendes todavía?

REBECA.— Pero, Gustavo, ¿a quién acudir? Todo esto no debe continuar... y no puede perderse.
(*Inés entra en ese instante.*)

INÉS.— La puerta estaba abierta... (*Viendo a Gustavo.*) Buenos días. Rebeca, preséntame a tu amigo.

REBECA.— Pero si es Gustavo, Inés. Lo conociste anoche.

INÉS.— ¿Anoche?... Perdóneme, soy tan distraída. Pero si anoche era Equinoccio. ¡Claro! Cómo no se me ocurrió antes. Yo nunca creo en la gente que conozco en Equinoccio; es decir, no creo que sean seres reales, de carne y hueso, ya que en esas noches andan tantos fantasmas sueltos. Por eso nunca me fijo en las caras. Qué linda noche, ¿no? Tanto viento y trueno. ¿Pero qué venía a hacer yo? Ah, sí, ¿nadie ha visto un pincel por ahí?... No sé dónde lo he perdido y me es absolutamente necesario. Para los efectos de reflejos, ¿saben? (*Pausa.*) ¡Por Dios que están callados! Espero que no haya sucedido nada. ¿Ha sucedido algo, Rebeca?

REBECA.— No, Inés, nada.

INÉS.— ¿Cómo se llama tu amigo?

REBECA.— Gustavo, Inés.

INÉS.— Hasta luego, Gustavo. Mucho gusto de conocerlo, Gustavo. Gusto, Gustavo, ¿qué divertido, no? Los dejo. (*Pausa.*) ¡Ay! Pero casi me olvidaba. Venía a contarles una historia maravillosa. ¿A que no sabes lo que me pasó al venir acá? Imagínate que vi a un perro por el camino. Yo les tengo pánico a los perros, así que siempre me fijo bien dónde hay uno y dónde no lo hay. ¿Tú tienes un perro, Rebeca?

REBECA.— No.

INÉS.— Lo sabía. Por eso que siempre entro confiada a tu casa. Bueno, imagínate que venía por el camino cuando vi a un perro grandote, todo negro, que avanzaba en dirección contraria. Me detuve —hay que ser precavida— y esperé a que nos cruzáramos. Te digo que lo vi. Aún más, se acercó a mí, ¿comprendes? Y me lamíó los tobillos. Fue un momento de terror; pero después... desapareció ante mis propios ojos, se esfumó, se hizo nada. Tal como lo oyes. Desapareció ante mis propios ojos. ¿No lo hallas extraordinario Rebeca? (*Pausa.*) ¡¡Rebeca!!

REBECA.— (*Que no ha escuchado una palabra.*) ¿Cómo?... Sí, sí...

INÉS.— Claro que a mí no me asombran estas cosas ya que ayer fue Equinoccio. Todo puede acontecer en Equinoccio, porque los fantasmas... bueno, se pasean en rebaños.

GUSTAVO.— (*Que sí ha escuchado atentamente.*) Todo puede acontecer... en Equinoccio.

INÉS.— Todo. Ahora me voy. Si encuentran un pincel en la alfombra, me lo guardan. Lástima, no podré hacer los reflejos. Hasta la noche.

REBECA.— (*Una vez que ha salido Inés.*) Gustavo, cierra la puerta, ponle pestillo. No quiero que vuelva a entrar... (*Gustavo obedece y a los pocos segundos vuelve.*) ¡Qué mujer tan insoportable!

GUSTAVO.— (*Después de un tiempo.*) Rebeca... y si yo te dijera que ese muchacho no ha existido.

REBECA.— ¿Qué?

GUSTAVO.— Sí, que no ha existido. Que nunca existió.

REBECA.— ¡Estás loco! Tú también lo viste.

GUSTAVO.— No estoy seguro.

REBECA.— ¡Gustavo!

GUSTAVO.— Recuerda que apareció cuando se apagaron las luces. Todo eso fue muy extraño, Rebeca.

REBECA.— Sí, todo fue muy extraño.

GUSTAVO.— Uno puede haber creído que lo estaba viendo...

REBECA.— Es cierto, esta mañana, de pronto me pareció tan irreal...

GUSTAVO.— Ya lo ves. Hemos estado construyendo un personaje que nunca existió. Fue como la sombra que vió Maira, o ese perro que lamíó los tobillos de tu amiga. Imaginaciones, nada más.

REBECA.— Dijo que se llamaba Pablo.

GUSTAVO.— Han sucedido tantas cosas raras desde anoche. El viento, la tempestad, los gritos de Maira. Bien puedes haber imaginado todo eso.

REBECA.— ¡No, pero no, es absurdo! Tú mismo lo viste; aún más, lo viste cuando volvieron a encender las luces.

GUSTAVO.— Entonces... ¿por qué dudaste hace un instante?

REBECA.— No sé... porque cuando me llamó, su voz fue distinta a las que hasta entonces había escuchado. Y cuando le dije que subiera a su pieza... por un momento me pareció... Pero no, no puede ser. Has hablado tanto que tus palabras me confunden.

GUSTAVO.— Entonces, sube a su pieza y búscalo.

REBECA.— Pero si yo le he hablado.

GUSTAVO.— Tú lo llamaste, como quien grita, en un sueño, a un personaje de sueño. Tú quisiste que fuera Pablo y que llegara en una noche de tempestad, tú lo hiciste vivir unas cuantas horas, la mitad de un Equinoccio. Y cuando llegó el día, tal como había venido, como un ser mágico, tuvo que desaparecer...

REBECA.— ¡No! No te creo. ¡Estás mintiendo!

GUSTAVO.— Sube entonces. ¡Sube! *(Pausa.)* ¿Por qué titubeas? Anda a su pieza. La encontrarás en orden; las ventanas abiertas sobre el balcón que da a la playa; la cama ni siquiera deshecha. *(Pausa.)* Vamos, sube. ¿Tienes miedo?

REBECA.— Si todo fuera un sueño...

GUSTAVO.— Sí, Rebeca, un mal sueño. Todos hemos estado viviendo dentro de un mal sueño. La noche fue demasiado larga. Hubo tiempo de sobra para crear y hacer morir cualquier personaje. *(Abre las cortinas de golpe y el sol se desparrama dentro de la pieza con fuerza. Alumbrar. Rebeca retrocede.)* Ves, ahora hay sol. Tus sueños no pueden vivir bajo esta luz. Sube, Rebeca, sube y convéncete. *(Rebeca se decide. Sólo está afuera durante algunos segundos y cuando vuelve, camina como una sonámbula.)* ¿Te convenciste?

REBECA.— La pieza estaba en orden, las ventanas abiertas, la cama ni siquiera deshecha. *(Reaccionando.)* No, no puedo creerlo. Estás mintiendo, Gustavo; de pronto tu voz se ha hecho distinta, dura... Sé que estás mintiendo. ¿Por qué no me habías dicho todo esto antes?

GUSTAVO.— ¿Cuándo?

REBECA.— ¿Cómo cuándo? Cuando viniste acá hace un rato; quiero decir, anoche, cuando te llamé por teléfono, por primera vez.

GUSTAVO.— ¿Por primera vez?

REBECA.— Sí. Poco rato después que te habías ido. Cuando te llamé a casa de Inés.

GUSTAVO.— ¿A casa de Inés? ¿Dices que me llamaste a casa de Inés? Perdóname. Rebeca, pero creo que sería preferible que descansaras un poco.

REBECA.— ¡Pero, estás loco! Entonces ¿no recuerdas?

GUSTAVO.— Lo siento, Rebeca, pero sólo hemos hablado una vez por teléfono. Y eso fue hace unos instantes...

REBECA.— Gustavo...

GUSTAVO.— Tengo la impresión de que has inventado la mayor parte de esta noche.

REBECA.— ¡Gustavo! Tienes que decirme la verdad.

GUSTAVO.— La verdad... es lo que acabo de decirte. Tú misma viste que no había nadie en esa pieza...

REBECA.— Pero entonces... ¿Pablo?... ¡Pablo!... ¡Pablo!... *(Sale corriendo hacia la playa.)*

Telón

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO. *(Gustavo está solo en escena y abre una y otra puerta, como buscando a alguien. Poco después aparece Maira. Se asoma para ver si no hay nadie y comienza a atravesar sigilosamente la escena. En ese momento aparece Gustavo, la muchacha retrocede asustada, trata de esconderse, dejando caer un paquete que trae entre los brazos.)*

GUSTAVO.— ¿Ah, eres tú? ¿Dónde andabas?

MAIRA.— (*Recoge su paquete.*) Yo no he hecho nada. Se lo prometo, don Gustavo, no he hecho nada.

GUSTAVO.— ¿Qué traes ahí?

MAIRA.— Nada, don Gustavo. Yo...

GUSTAVO.— Déjame ver.

MAIRA.— ¡No!

GUSTAVO.— ¡Suelta...! (*Le arranca el paquete y caen al suelo unas algas; son algas petrificadas, duras y blanquizas.*) Pero ¿qué es esto? ¿Para qué quieres estas algas? Ni siquiera se pueden comer. ¿Y esto? ¿Un crucifijo?

MAIRA.— Por favor, don Gustavo, no le diga a la señora.

GUSTAVO.— ¿Para qué sirven estas algas y este crucifijo?

MAIRA.— Esteeeeee... para nada. Yo... voy a ponerlas en la cocina.

GUSTAVO.— ¿Para qué?

MAIRA.— Teresa me las pidió.

GUSTAVO.— ¿Pero para qué?

MAIRA.— No sé.

GUSTAVO.— Algo tiene que haberte dicho.

MAIRA.— No. No me dijo nada.

GUSTAVO.— ¡Estás mintiendo! Maira, te conozco cuando mientes. Se te ponen brillantes los ojos.

MAIRA.— (*Cerrando los ojos.*) No me mire así, don Gustavo. ¡Suélteme!

GUSTAVO.— Tienes miedo, ¿ah? Si no quieres contestarme, te voy a acusar a la señora.

MAIRA.— Por favor... Se lo suplico. Ya está enojada conmigo. Me dijo que iba a hablar con mi padre... Por favor, no le diga nada a la señora, don Gustavo. Mi padre me mataría.

GUSTAVO.— Y si yo no dijera nada...

MAIRA.— Le juro que haría lo que usted me pidiera. Siempre... don Gustavo, siempre.

GUSTAVO.— Está bien: te prometo no decirle una sola palabra.

MAIRA.— Gracias... Gracias... (*Trata de salir.*)

GUSTAVO.— Siempre que me jures una cosa.

MAIRA.— (*Lentamente.*) ¿Qué cosa?

GUSTAVO.— Escúchame. ¿Recuerdas a ese muchacho que llegó anoche?

MAIRA.— Sí.

GUSTAVO.— Tienes que olvidarlo. ¿Comprendes? Si la señora te pregunta por él, tu fingirás no comprender a qué se refiere. Ese muchacho no ha existido; tú no sabes cómo era, ni recuerdas haberlo visto jamás. ¿Me entiendes?

MAIRA.— Sí.

GUSTAVO.— Júrame que le dirás eso.

MAIRA.— Le juro. (*Pausa.*)

GUSTAVO.— Y ahora ándate. Después te explicaré.

MAIRA.— No necesita explicarme. Teresa ya me lo había dicho.

GUSTAVO.— ¿Qué te dijo?

MAIRA.— Eso... que debía olvidarlo, imaginarme que él nunca había existido. Para eso me mandó a buscar estas algas.

GUSTAVO.— ¿Cómo?

MAIRA.— Me dijo: "Pon una cruz de algas sobre un crucifijo y piensa que nunca lo viste".

GUSTAVO.— Cht... cállate. Y ahora, ándate. Y recuérdalo. Ni una palabra de esto a nadie.

MAIRA.— Sí, don Gustavo. No diré nada. (*Sale. A los pocos segundos, aparece Pablo. Entra por la puerta de la playa.*)

PABLO.— ¡Ah! Buenos días.

GUSTAVO.— Buenos días.

PABLO.— Me pareció oír que me llamaban. No sé... estaba lejos de aquí, en el extremo de la playa, y sentí que alguien gritaba mi nombre.

GUSTAVO.— No he escuchado nada. Debe haber sido el viento.

PABLO.— Quizás. Hay mucho viento en la playa. Es curioso, quién iba a pensarlo con este sol radiante. ¿Dónde está Rebeca?

GUSTAVO.— Escúcheme, joven, tengo que hablar muy seriamente con usted. Y muy rápido también. El tiempo apremia.

PABLO.— ¿Conmigo?

GUSTAVO.— Sí. Estoy al corriente de todo lo que sucedió anoche. (*Ante un gesto de Pablo.*) Sí, no se asombre. Rebeca me lo ha contado todo.

PABLO.— No tenía derecho.

GUSTAVO.— Sin embargo lo hizo. No le reproche nada. Los hechos están enmarañados, mi amigo, demasiado enmarañados, y es inútil que usted trate de descifrarlos. Tampoco pretendo explicarlos. Por lo tanto, le ruego que no me haga preguntas... y que se limite a seguir mis consejos.

PABLO.— No necesito que nadie me aconseje. Siempre he sabido lo que debo hacer.

GUSTAVO.— Ahora es distinto. Escúcheme, joven, tiene que partir inmediatamente; antes de que vuelva Rebeca.

PABLO.— Pero... ¿usted está loco? ¿Por qué quiere que acepte esa orden absurda?

GUSTAVO.— Trataré de explicarle. Pero le ruego que no me pregunte detalles. Tenemos poco tiempo. (*Pausa.*) Hasta ayer, Rebeca... cómo decirle... era una mujer que vivía de acuerdo consigo misma y con el mundo. Tenía planeada de antemano su existencia, y eso la hacía sentirse fuerte, invulnerable... hasta que llegó usted... No sé... Ayer era el Equinoccio de Otoño y en este lugar todo parece estar hechizado en esta fecha. La noche era extraña, y uno parecía estar viviendo en una atmósfera distinta... Usted vino, le habló... y su voz logró despertar a otra Rebeca, a la de antes... Quiero decir que su palabra fue como una magia que cayó sobre ella y la hizo sentirse joven... reconquistar el tiempo, hasta encontrarlo a usted que no es más que el poeta con que sueñan todas las muchachas...

PABLO.— Y sin embargo me llamó Pablo, como a un hombre.

GUSTAVO.— Ese poeta con que sueñan todas las muchachas también es un hombre, mi amigo. Pero cuando llega la mañana, las cosas cambian. (*Pausa.*) Rebeca me llamó, desesperada, y me contó todo lo que había sucedido.

PABLO.— ¿Desesperada? ¿Por qué?

GUSTAVO.— Porque por primera vez sintió que necesitaba de alguien. Usted había destruido su mundo. ¿Y ahora pretende que ella construya otro donde usted sea el principal personaje? Para eso, ya no hay tiempo. Es demasiado tarde. Ella ya no es joven como usted.

PABLO.— ¿Demasiado tarde? Hay poco tiempo, es cierto, para vivir el momento, pero en cambio la vida es larga.

GUSTAVO.— Justamente ahí radica la diferencia. Mientras usted vive los momentos, ella vive los años que le quedan.

PABLO.— No comprendo.

GUSTAVO.— Tampoco trate de comprender. Baste con que sepa que es imposible lo que exige de Rebeca. (*Pausa.*) Y ahora tiene que irse.

PABLO.— Pero... ¿cómo se le ocurre que voy a irme porque usted me lo pide, sin haber visto a Rebeca? Sin decirle que la quiero.

GUSTAVO.— Tiene que obedecerme y partir.

PABLO.— ¿Y quién es usted para que yo le obedezca?

GUSTAVO.— Nadie por cierto. (*Pausa.*) Pero tal vez alguien que sabe lo que tiene que hacer y decir. (*Pausa.*) Usted tiene otro mundo, Pablo. Mire esta pieza, esta casa, ¿cree usted que podría vivir aquí? Hay un abismo entre ustedes dos. (*Pausa.*) No es sólo la edad lo que los separa. (*Pausa.*) Esta mañana, cuando Rebeca me contó lo que había sucedido, cuando me dijo que no podía seguir viviendo con usted...

PABLO.— ¿Ella le dijo... eso...?

GUSTAVO.— Sí. Cuando me dijo eso, tuve una idea... Todo partió de algo que dijo otra persona. Eso fue la chispa; y yo urdí el resto. Pensé que la única solución era convencer a Rebeca de que usted no había existido jamás.

PABLO.— ¿Eh?

GUSTAVO.— Sí. Que era un producto de su imaginación, fruto de la tempestad, de las visiones de Maira, y de esa noche que duró doce horas y que fue capaz de enloquecer a cualquiera.

PABLO.— ¡Que yo no había existido!... ¿Y ella le creyó?

GUSTAVO.— Al comienzo, no. Pero yo le pedí que subiera a la pieza donde usted se había alojado. Al venir de mi casa, ya lo había visto a usted escalando las rocas al fondo de la playa y, por lo tanto, sabía perfectamente que usted no estaría en ese dormitorio...

PABLO.— ¿Usted le dijo que yo... que yo nunca había estado en esta casa? ¿Qué no le había hablado jamás?

GUSTAVO.— Exactamente.

PABLO.— ¿Pero qué derecho tenía usted para hacer eso?

GUSTAVO.— Es difícil explicarle. Pero escuche. Encontré a Rebeca desorientada, confusa, fuera de sí. Entonces jugué con los acontecimientos, corrí todos los riesgos. Ahora mismo, ella lo busca a usted por la playa. Pero el azar decidió que usted caminara en sentido contrario...

PABLO.— ¡Tengo que verla!

GUSTAVO.— (*Reteniéndolo.*) No antes que escuche lo que tengo que decirle. (*Pausa.*)

PABLO.— ¿Entonces era ella quien me llamaba?

GUSTAVO.— Sí, ella. Y sin embargo ya no estaba tan segura de que usted existiera; comenzaba a creer en mis palabras. (*Pausa.*) Vea usted, joven, todo esto podrá parecerle absurdo, pero cuando ella vuelva y no lo encuentre, tendrá que rendirse ante la evidencia. Resultará duro al comienzo, no lo niego; pero es preferible que crea en un sueño. La realidad... los años que los separan... son dos mundos que no podrían comprenderse.

PABLO.— Pero... ¿y yo?

GUSTAVO.— ¿Usted?

PABLO.— Sí, yo. Yo que la quiero. Pretende usted acaso que yo desaparezca y me diga: "Esto no sucedió. Fue un sueño".

GUSTAVO.— Usted es joven, casi un niño. ¿Para qué insistir en algo tan pasajero en su vida, cuando en un año, mañana, o cualquier día encontrará su dicha definitiva?

PABLO.— Ésta es mi dicha definitiva.

GUSTAVO.— No. Piense un poco: usted le habló de sus poemas, la transformó y tuvo a su lado a una Rebeca joven, como la mujer que usted siempre soñó. Y eso fue posible gracias a la noche de Equinoccio. Pero hoy ha vuelto a ser la Rebeca de todos los días. ¡Se ha roto el hechizo! Bastó que el sol llenara esta pieza, bastó que se descorrieran estas cortinas, para que, de golpe, tal como había nacido, desapareciera esa muchacha que usted creó con la magia de unas palabras.

PABLO.— ¿Entonces, todo ha sido un sueño?

GUSTAVO.— Sí, todo ha sido un sueño... Y usted sigue siendo joven. Deje que ella envejezca sola. ¿Por qué no partir antes de que sea tarde? Mire, le ofrezco ese sueño. Es un lujo, ¿sabe? Llevarse un sueño antes de que se destruya.

PABLO.— ¡Pero yo la quiero...!

GUSTAVO.— La quiso anoche, entre las sombras. Casi sin verla. Mírela hoy bajo este sol. Observe su rostro marchito, su voz cansada...

PABLO.— ¡No! No... (*Pausa.*)

Gustavo.— Usted tiene que vivir. Váyase, váyase antes de que sea tarde. Antes de que aparezca la verdadera Rebeca, agotada, vencida. (*Pausa. Lo empuja hacia la puerta.*) Un momento, alguien viene. (*Pausa.*) Es Rebeca ¿quiere verla? (Pablo hace gestos negativos con la cabeza.) Entonces salga por esa puerta; y una vez en el camino, siga, siga sin mirar hacia atrás. (*Sale Pablo; decidido, se acerca a la puerta que comunica con el interior de la casa; pero en ese momento Maira le cierra el paso.*)

MAIRA.— ¿Dónde va?

PABLO.— Déjeme pasar.

MAIRA.— ¡Pablo! ¿Dónde vas? Soy Maira y te he esperado tanto tiempo.

PABLO.— Déjame pasar.

MAIRA.— Soy Maira, Pablo. Teresa me ordenó que te lo dijera. Tengo que obedecerle.

PABLO.— ¡Estás loca!

MAIRA.— Llévame contigo. Si te niegas, no te dejaré pasar. Te encontrarán conmigo. Ella te encontrará.

PABLO.— Suéltame, te digo.

MAIRA.— Ya llegan, escucha sus voces... ¡Llévame contigo! (*Pablo la empuja y sale. Maira se agarra de la puerta y grita.*) Llévame contigo... todas las noches saldré a gritar a la playa hasta que vuelvas. ¡Pablo!... ¡Pablo!... Tú eras el que yo esperaba. Teresa me lo había dicho. Tú eres el que yo esperaba y viniste a buscar a otra... Pablo, Pablo...

CUADRO SEGUNDO. (*En ese momento, aparecen Rebeca y Gustavo: la mujer viene despeinada y sucia, agotada; parece un animal vencido.*)

REBECA.— (*Con menos intensidad que antes.*) Mientes, Gustavo, mientes. Te digo que mientes. ¡Maira!... Tú también lo viste. Dime, dime si no es cierto... Tú lo viste con tus propios ojos... ¡Contesta, Maira!

MAIRA.— ¿A quién, señora?

REBECA.— A Pablo... Tú misma le preparaste la cama...

MAIRA.— ¿Yo, señora? ¿Cuándo? Tal vez fue Teresa...

REBECA.— ¡No! Fuiste tú. Tú lo acompañaste al dormitorio.

MAIRA.— Señora... perdóneme, usted está equivocada. Yo no he visto a nadie. Y esa pieza ha estado vacía desde hace mucho tiempo, señora.

REBECA.— ¡Mírame! ¿Juras que estás diciendo la verdad?

MAIRA.— Por Dios, señora, yo...

REBECA.— ¿Juras?

MAIRA.— (*Después de mirar a Gustavo.*) Sí, lo juro. Yo no he visto a nadie. (*La muchacha se escabulle. Sobre Rebeca se ha desplomado un gran cansancio.*)

REBECA.— Entonces, es verdad... es verdad.

GUSTAVO.— Por supuesto que es verdad. He tratado de hacértelo comprender desde esta mañana; pero tú te has empecinado. Reacciona, Rebeca, ya no eres una niña.

REBECA.— No me toques. Me das asco. No me mires así. Ándate, Gustavo, ándate... No quiero hablar contigo. Te odio.

GUSTAVO.— Escúchame, Rebeca. Tienes que tratar de comprender.

REBECA.— Sí, ¡que estás celoso! Estás celoso, Gustavo. Por eso mientes, por eso tratas de cegarme. Te odio, te odio...

GUSTAVO.— Sí, estoy celoso. Pero no de ese muchacho absurdo que ha creado tu imaginación, sino de ti, de tu pensamiento, de tus recuerdos. Porque te quiero, Rebeca, te quiero. (*Pausa.*) Desde el día en que Jorge nos presentó. Y tú lo sabías. Después de la muerte de Jorge, te arrojaste en mis brazos, como quien busca el consuelo de un hermano. Y yo callé sin atreverme a confesarte nada. Pasó el tiempo. Entraste en mi vida con fuerza, y yo busqué protección en otras mujeres; protección contra el amor que sentía por ti, y que no me atrevía a revelarte. Sí, estoy celoso, Rebeca, estoy celoso, porque te quiero...

REBECA.— Entonces... Pablo existe. ¿Dónde está?

GUSTAVO.— ¿Eso es todo lo que puedes contestarme?... (*En ese momento, Inés golpea en los vidrios.*)

INÉS.— ¿Se puede? Vengo muerta de sed. Imagínense que no había llevado agua para la acuarela y no pude encontrar ningún arroyuelo cerca, así es que tuve que utilizar el café del termo. Unos tonos maravillosos, sepías y marrones... Pero lo gasté todo; el café, quiero decir; y cuando me comí los sandwiches que Solveig me había hecho, me dio una sed bárbara. ¡Qué día tan maravilloso! Daban ganas de jugar a la pelota con el sol... Pero ¿nadie me va a dar un vaso de agua?... Usted, Gustavo... porque usted es Gustavo, ¿no es cierto? Ahora lo reconozco.

GUSTAVO.— Con mucho gusto, señora.

INÉS.— Llámeme Inés. O si prefiere Laínez. Es el nombre que me pusieron mis hermanos. A mí me gusta. ¿Recuerda? “Cuidado Diego Laínez...”. ¿O tampoco enseñan los romances castellanos ahora? (*Gustavo sale. Rebeca se precipita sobre la recién llegada.*)

REBECA.— Inés, tengo que preguntarte algo muy importante. Tú viniste aquí anoche, ¿no es cierto?

INÉS.— Por supuesto que vine.

REBECA.— Estábamos en esta misma pieza, ¿te acuerdas? Cuando se apagaron las luces.

INÉS.— ¡Ay! Esa turbina es un verdadero infierno.

REBECA.— Entonces, Gustavo encendió las velas de un candelabro.

INÉS.— ¡Lo estoy viendo! Tres llamitas que oscilaban...

REBECA.— Dijiste que había alguien junto a la ventana.

INÉS.— Tú conoces mi intuición. Yo no tengo la culpa de haber nacido bajo Gemelos.

REBECA.— ¿Quién estaba junto a la ventana, Inés?

INÉS.— Junto a la ventana, dices... eh... déjame recordar. Anoche, junto a la ventana. ¡Ah! Ya me acuerdo...

REBECA.— ¿Quién?

INÉS.— Un fantasma; estoy segura de que era un fantasma. Lo estoy viendo, todo blanco y difuso. Ya te dije que aprovechan las fechas de Equinoccio. Tienen doce horas para caminar entre los vivos.

REBECA.— Inés, tienes que recordar. ¿No era un muchacho el que apareció?

INÉS.— (*Después de un tiempo.*) Puede haber sido un fantasma muchacho. Son raros; pero suelen encontrarse.

REBECA.— Inés... Inés, te hablo de un muchacho de carne y hueso, que se llamaba Pablo. ¿No te acuerdas?

INÉS.— Pablo... ¡Claro! Ah, no, ése se llamaba Gustavo. (*Entra Gustavo.*) Y aquí está Gustavo con su vaso de agua. ¡Muchas gracias! Dígame, ¿usted se acuerda de ese muchacho, que se llamaba Pablo?

GUSTAVO.— No.

INÉS.— Ya lo ves, Rebeca. Él tampoco se acuerda. Debes haberlo visto en sueños. A mí me sucede lo mismo todo el tiempo. Solveig dice que tengo un séptimo sentido... Séptimo. ¡Qué tonta! De veras que los sentidos son cinco: la vista, el gusto... Te acuerdas cuando a una se los enseñaban en el colegio con unas láminas donde había un ojo inmenso y una oreja grandota. Dije séptimo, porque Solveig es de opinión que se debería agregar un sexto sentido. ¿Cuál? ¿Nadie pregunta? Bueno, de todos modos se los diré; el sentido común. Ja... ja (*Pausa.*) Veo que no están muy alegres. Gracias, Pablo. (*Pasándole el vaso.*) Ah, es verdad que usted se llama Gustavo. Pero Rebeca, éste es el joven que estuvo con nosotros anoche.

REBECA.— Sí, el mismo.

INÉS.— Pero se llama Gustavo y no Pablo.

REBECA.— Pablo es otro.

INÉS.— Y ¿qué? ¿A ese joven le ha pasado algo? Apostaría que se ha perdido.

REBECA.— No, no es eso, Inés.

INÉS.— Porque si se ha perdido, hay que notificar a los carabineros. Todas las tardes pasan galopando por la playa. ¡Cuestión de gritarles! Bueno, me voy. ¿Usted se queda, Gustavo?

GUSTAVO.— Sí, señora.

REBECA.— No, Gustavo... Por favor, déjame sola. Acompaña a Inés.

GUSTAVO.— Está bien. (*Pausa.*) Rebeca, ¿cuándo volveremos a vernos?

REBECA.— No lo sé. Por favor no me preguntes nada. Quiero estar sola.

INÉS.— ¿Te sientes enferma Rebeca? Pero si es natural... ¡después de una noche de Equinoccio! Y sobre todo, como la que acabamos de pasar, donde no faltó nada: perros negros que se esfuman, fantasmas-muchachos que aparecen por las ventanas... truenos... relámpagos... y para colmo, ese pobre joven que dicen que se ha perdido.

GUSTAVO.— Nadie se ha perdido, señora. Fue una pesadilla de Rebeca. Uno de esos malos sueños que dejan maltrecho el cuerpo y el alma cansada. Ya se repondrá. Tiene razón. Es mejor que la dejemos sola. ¿Vamos?

INÉS.— Vamos. Y no te preocupes, Rebeca. Yo te lo dije: “Todo puede suceder en Equinoccio”. (*Inicia mutis.*) En el camino le contaré, Gustavo. Yo tengo anotados en una libreta mis últimos equinoccios. Desgraciadamente casi siempre he tenido que ver con animales... perros, gatos, loros... hasta con una foca... Desde 1924 que no tengo la suerte de Rebeca. En el Equinoccio del otoño de ese año se me presentó un fantasma-hombre... muy caballero, rubio, alto, de tipo sajón... y me propuso matrimonio. No lo he vuelto a ver... ¿Qué pena, no? (*Mutis de Inés. Gustavo va en la puerta, solo, gira hacia Rebeca y la llama.*)

GUSTAVO.— ¡Rebeca! (*Rebeca permanece impassible. No escucha la voz de Gustavo. Gustavo insiste.*) ¡Rebeca...! (*Rebeca sigue sin escuchar. Él hace un gesto melancólico de impotencia y sale. Antes de salir, él la mira por última vez. Rebeca hunde el rostro entre las manos y permanece así. Algunos momentos después, aparece Maira. No se le escucha entrar. Suavemente se acerca a Rebeca y la llama.*)

MAIRA.— Señora... señora.

REBECA.— (*Sin mirarla, muy cansada.*) ¿Qué hay?

MAIRA.— Señora... yo quería decirle...

REBECA.— ¿Qué quieres decirme?

MAIRA.— Le han mentido, señora. Yo misma le mentí. Fue don Gustavo el que inventó toda esa historia. Él lo obligó a marcharse.

REBECA.— ¿De qué está hablando?

MAIRA.— De ese señor... de Pablo. No es verdad lo que le han dicho... Yo estaba escuchando detrás de la puerta, cuando don Gustavo le ordenó que se fuera...

REBECA.— Pero si tú misma acabas de decirme que nunca lo viste.

MAIRA.— Yo también mentí. Me obligaron, señora.

REBECA.— (*La mira de pronto. Baja los ojos.*) Maira... mi pobre Maira... eres incorregible. Otra vez has estado viendo fantasmas.

MAIRA.— No, señora. Tiene que creermelo. Se lo juro.

REBECA.— Hace diez minutos me juraste que nunca lo habías visto.

MAIRA.— Porque me obligaron, señora. Yo lo vi antes de que se fuera.

REBECA.— ¿Dices que lo viste...?

MAIRA.— Sí, señora. Aquí mismo. (*Empieza a bajar la luz.*)

REBECA.— Vamos, Maira... vuelve a la cocina. Recoge tus cosas y ándate a tu casa. (*Pausa.*) ¡Ah! Y dile a Teresa que hoy mismo regresamos...

MAIRA.— Pero no puede irse, tiene que encontrarlo. Él vino a buscarla; no puede dejarlo que se vaya solo... Señora, tiene que creermelo.

REBECA.— Y aunque te creyera, Maira, ¿dónde podría encontrarlo ya?

MAIRA.— ¡Llámelo!

REBECA.— ¿A Pablo?

MAIRA.— Sí. Llámelo y él vendrá. Para eso eché tres puñados de ceniza sobre la tierra del camino.

REBECA.— No hay que creer en esas cosas, Maira.

MAIRA.— Pero, señora, qué hacer para que me crea. Llámelo y vendrá.

REBECA.— ¿Por qué echaste tres puñados de ceniza sobre la tierra? No seas tonta, Maira, anda a buscar tus cosas. (*La muchacha sale. Rebeca, al quedar sola, duda durante algunos segundos. Por último, se acerca a la ventana y llama.*) Pablo... (*Largo silencio.*) Pablo... (*Un largo silencio. Maira vuelve a entrar. Pausa. Trae sus cosas envueltas en un trapo.*)

MAIRA.— Señora... ¿Lo llamó, señora?

REBECA.— No. Y aunque lo llamara, ¿quién podría venir?

TELÓN

LA HORA ROBADA

Cuento para teatro

(1952)

Para Gabriela Cruz

Personajes:

LOS DE LA CASA

TRÁNSITO

OCTAVIO

GERARDO

LOS RECIÉN CASADOS

CRISTINA

LEOPOLDO

PRIMER ACTO

(Este cuento sucede en un salón viejo y abandonado, uno de esos salones que solían encontrarse en las casas de campo. Es una pieza amplia de techo alto, con grandes ventanales que se abren sobre un parque, también abandonado. Una gran escalera conduce al segundo piso y, antes de llegar ahí, se pierde en sombras. Hay pocos muebles y ellos están recubiertos por fundas; hay grabados desvaídos en los muros y la lámpara desaparece bajo una mortaja de gasa.

Muy lejana en un comienzo y luego con más claridad, se escucha una melodía que parece provenir de una caja de música. A los pocos segundos, un gran estruendo la interrumpe. Se escucha un grito.)

Voz de OCTAVIO.— ¡Ay!

Voz de TRÁNSITO.— ¿Qué es lo que ha pasado ahora?

Voz de OCTAVIO.— ¡Uno de mis Saxe! ¡La última de las compoteras!

Voz de TRÁNSITO.— Me alegro.

Voz de OCTAVIO.— ¿Cómo?

Voz de TRÁNSITO.— Sí, me alegro, porque los platos son para comer y no para estarlos tocando todo el tiempo.

Voz de OCTAVIO.— ¿Y qué haremos con las compotas?

Voz de TRÁNSITO.— Las comeremos en los otros platos.

Voz de OCTAVIO.— ¿En los de Vermeil? ¡Uy, qué horror! ¡Fruta en metal!

(Las voces se apagan y vemos aparecer a través de los ventanales a dos personajes que se acercan con cierto temor.)

CRISTINA.— ¡Mira! Aquí hay una casa.

LEOPOLDO.— Menos mal. Ya tenemos donde pasar la noche.

CRISTINA.— ¡Ay! No hay timbre.

LEOPOLDO.— Pero si estamos en el campo, Perrita. *(Irritado.)* Golpee mejor.

CRISTINA.— No me atrevo.

LEOPOLDO.— ¿Por qué?

CRISTINA.— ¿Y si están durmiendo y los despierto? La casa está tan callada.

LEOPOLDO.— ¡Golpea! No vamos a pasar la noche entre estos zancudos famélicos.

CRISTINA.— *(Golpea y aguarda un instante.)* Parece que no hay nadie.

LEOPOLDO.— Tiene que haber alguien. Golpea de nuevo.

CRISTINA.— (*Mientras golpea.*) ¿Ves? No hay nadie.

LEOPOLDO.— (*Cada vez más exasperado.*) ¿Pero adónde nos vamos a ir? ¿No ves que el auto está en panne y no hay un pueblo cercano en cinco leguas a la redonda?

CRISTINA.— Me encanta la gente que mide la distancia en leguas y no en kilómetros. Es tanto más vago y siempre lo hacen así en los cuentos.

LEOPOLDO.— Hay que hacer algo. Empuja la puerta.

CRISTINA.— Pero...

LEOPOLDO.— ¡Empuja!

(*La puerta se abre con toda facilidad. La luz de la luna inunda la escena. Leopoldo entra cautelosamente. Cristina permanece afuera.*)

CRISTINA.— Gato... Gato...

LEOPOLDO.— Bueno, ¿y por qué no entras?

CRISTINA.— Pero, Gato, ¿no te acuerdas?

LEOPOLDO.— ¿De qué? Entra de una vez y cierra la puerta. ¡No querrás que la casa también se inunde de zancudos!

CRISTINA.— ¿Pero qué te han hecho esos pobres bichos?

LEOPOLDO.— (*Reteniéndose.*) Nada

CRISTINA.— ¡Son amorosos! Escúchalos... hacen bzzz, bzzz, bzzz... ¡Claro! Ésa era la música que escuchamos.

LEOPOLDO.— ¡Ohé! ¡Ohé!... ¿Hay alguien? (*A Cristina.*) ¿Vas a entrar de una vez?

CRISTINA.— No. Hasta que tú no cruces el umbral conmigo en brazos.

LEOPOLDO.— Pero cómo se te ocurre.

CRISTINA.— No se me ocurre, es lo que se hace. Ésta es la primera casa a la que entramos después de casados.

LEOPOLDO.— ¡Pamplinas!

CRISTINA.— No son pamplinas. Muy bien entonces. No entro. Te espero aquí afuera, Gato.

LEOPOLDO.— Sobre todo no me llames Gato.

CRISTINA.— ¿Por qué?

LEOPOLDO.— Estoy un poco nervioso.

CRISTINA.— ¿Pero por qué?

LEOPOLDO.— ¿Te parece poco? Ese matrimonio interminable, esa fiesta que no comenzaba nunca y por último esta panne. ¿Crees que es divertido? Así es que, por favor, no me llames Gato.

CRISTINA.— Bueno, pero entonces tú tampoco podrás llamarme Perrita.

LEOPOLDO.— ¡Ohé!... Parece que no hubiera nadie.

CRISTINA.— Yo ya lo había dicho antes de abrir la puerta.

LEOPOLDO.— (*Dándose vuelta con ira.*) Mira... (*Pero se retiene.*) Entra de una vez, Perrita.

CRISTINA.— Aha... Cristina.

LEOPOLDO.— Está bien. Entra de una vez, Cristina.

CRISTINA.— Cuando tú me hayas cargado en tus fornidos brazos, Popoldo.

LEOPOLDO.— Mira, prefiero que me llames Gato.

CRISTINA.— Mi gatito angora... (*Él se acerca mimoso; pero ella lo retiene.*) ¡Cuidado! No quiero traspasar el umbral sino en tus brazos. Sería de mala suerte.

(*Por fin Leopoldo se declara vencido y, tras algunos esfuerzos, la toma en brazos y atraviesa con ella el umbral.*)

CRISTINA.— Y ahora un beso.

LEOPOLDO.— ¿Otro más? No sería mejor...

CRISTINA.— ¡Un beso!

(*Se besan. Y es ella quien tiene que llamarlo a la realidad.*)

CRISTINA.— Y ahora vamos a explorar la casa.

LEOPOLDO.— ¿Vamos?

CRISTINA.— Anda tú. Yo prefiero quedarme aquí. No sé, estas casas deshabitadas no me inspiran confianza. Una vez leí una novela en que había una sirvienta asesinada en el entretecho.

LEOPOLDO.— ¿Y qué tiene que ver eso?

CRISTINA.— Es que las casas se parecen mucho.

LEOPOLDO.— Pero no todos los dueños de casa tienen la costumbre de asesinar a sus empleadas cuando se van de veraneo.

CRISTINA.— Ah. ¿Tú crees que están veraneando?

LEOPOLDO.— ¡Cómo quieres que lo sepa!

CRISTINA.— Claro, si me parece verlos. ¡Ahí están!

LEOPOLDO.— (*Asustado.*) ¿Dónde?

CRISTINA.— Bajo el quitasol, en la playa. Porque la gente que vive en el campo veranea en la costa.

LEOPOLDO.— No digas más tonterías y vamos.

CRISTINA.— Yo más bien espero.

LEOPOLDO.— No, no quiero encontrarme solo con una sirvienta asesinada.

CRISTINA.— Pero entonces tú crees...

LEOPOLDO.— Fuiste tú quien lo dijo.

CRISTINA.— Sí, pero en broma. Mi pobre Gato que nunca comprende un chiste.

LEOPOLDO.— Por favor, Cristina.

CRISTINA.— Espera...

LEOPOLDO.— ¿Qué pasa ahora?

CRISTINA.— No trajimos las provisiones y tengo hambre.

LEOPOLDO.— Nadie tiene hambre en su noche de bodas.

CRISTINA.— Pero yo sí.

LEOPOLDO.— Es un pretexto que se emplea, mi hijita. Un pretexto para suavizar un poco las cosas. El champaña y lo demás...

CRISTINA.— Pero yo tengo hambre...

LEOPOLDO.— Y aunque fuera cierto, ¿de dónde íbamos a sacar comida?

CRISTINA.— Del auto. Antes de partir, mamá me entregó un paquetito con un pollo asado y un pedazo de torta de novia. Tú sabes lo previsora que es mi mamá. Dijo que tal vez tendríamos hambre en el camino. Anda a buscarlo.

LEOPOLDO.— Pero, Cristina, es absurdo, el auto está a más de dos cuadras...

CRISTINA.— ¡Qué lástima que no hayas dicho leguas!

LEOPOLDO.— Pero es que una legua...

CRISTINA.— Aunque no fuera cierto. ¡Qué importa! Me habría dado tanto gusto. Tú sabes, Gato, lo que me encantan esos cuentos con leguas y princesas y...

LEOPOLDO.— Antes que te pongas conversadora, prefiero ir a buscar tus presas de pollo.

CRISTINA.— Nuestras presas. El padre lo dijo esta mañana: de ahora en adelante todo será compartido. No es razón que sean más sólo porque mi mamá me las dio, ya que mi mamá es tu mamá política y...

LEOPOLDO.— (*Interrumpiendo.*) Ya vuelvo.

CRISTINA.— (*En el momento en que él va a salir.*) ¡Gato!

LEOPOLDO.— ¿Y ahora qué pasa?

CRISTINA.— ¿No lo encuentras maravilloso?

LEOPOLDO.— ¿A quién?

CRISTINA.— A nadie, tonto. A lo que nos ha sucedido.

LEOPOLDO.— ¡Maravilloso! ¿Maravilloso porque tus primitos me liquidan la pintura del auto con pasta de dientes? ¿Maravilloso porque el carabinero me saca parte antes de salir de Santiago por exceso de velocidad? ¿Maravilloso por que se me revienta un forro al subir la cuesta y hay que cambiarlo sin linterna porque tú la perdiste? ¿Maravilloso porque por fin estalla el motor y yo no sé una letra de mecánica y no hay un pueblo a cinco...?

CRISTINA.— Leguas.

LEOPOLDO.— ¡Leguas, nudos, kilómetros, infiernos a la redonda! ¿Eso lo encuentras maravilloso?

Te felicito: también vamos a tener una vida maravillosa.

CRISTINA.— Eso no lo dudo, Gato.

LEOPOLDO.— Bueno, basta. Si no hay nadie en casa, dormiremos en ese sillón. ¡Hay que pasar la noche en alguna parte! Después de todo es una noche de bodas.

CRISTINA.— ¡Y la más maravillosa! ¿Tú crees que a todas las novias les sucede esto?

LEOPOLDO.— Gracias a Dios, no.

CRISTINA.— Pero, Gato, encontrarse de pronto en medio del campo. Sola con el hombre a quien se quiere y descubrir una casa abandonada bajo la luz de la luna, sin un ruido, sin una voz... y pasar allí la primera noche de la vida, entre lo desconocido, lo que siempre se soñó...

LEOPOLDO.— Yo preferiría haberla pasado en el Palace.

CRISTINA.— Es una aventura inigualable. Anda, Gato, anda mi príncipe azul, y trae la merienda, mientras tu sierva prepara la mesa de su amo y señor.

LEOPOLDO.— ¿Pero cómo se te ocurre que te voy a dejar sola?

CRISTINA.— ¿Qué más da? Las novias somos invulnerables.

LEOPOLDO.— ¿Qué?

CRISTINA.— Nadie puede tocarlas.

LEOPOLDO.— Pero, Perrita... Mejor que vaya a buscar el paquete.

(Sale. Y al quedar sola, Cristina recorre la pieza. Encuentra un candelabro inmenso. Busca fósforos en la cartera y lo enciende. Lo coloca sobre una mesa y ahí ve una cajita de música. La abre y una melodía llena el salón. En ese momento se escucha la voz de Tránsito.)

VOZ DE TRÁNSITO.— Octavio, Octavio, sube las sábanas que estén secas.

(Cristina cree haber oído algo y se detiene. Pero luego aleja el pensamiento y comienza a bailar lentamente. Por detrás de ella aparece Octavio con un alto de sábanas. Tiene las piernas desnudas y se sabe que tras las sábanas que sostienen sus brazos, también está desnudo.)

OCTAVIO.— Tránsito, baja pronto, mira lo que hay aquí.

VOZ DE TRÁNSITO.— ¿Qué sucede?

OCTAVIO.— Baja, te digo, quiero mostrarte algo.

VOZ DE TRÁNSITO.— ¡Déjame en paz!

OCTAVIO.— *(Embelesado mientras contempla a Cristina.)* Bueno.

VOZ DE TRÁNSITO.— *(Después de un segundo.)* ¿Qué es lo que hay?

OCTAVIO.— Es adorable.

TRÁNSITO.— *(Asomándose.)* ¿Qué es lo que es adorable?

OCTAVIO.— Esa muchacha.

TRÁNSITO.— ¿Cómo entró?

OCTAVIO.— Por la puerta supongo.

TRÁNSITO.— Es insoportable. Nunca podremos tener independencia. Invaden hasta las casas abandonadas.

OCTAVIO.— ¡Mira como baila! Se diría un pequeño Meissen.

TRÁNSITO.— ¡Octavio, hoy es plenilunio!

OCTAVIO.— ¡Dios mío!

(Soltando las sábanas, enredándose en ellas, Octavio corre hacia arriba. Él y Tránsito desaparecen. Pasan algunos segundos. Entra Leopoldo. Al descubrir a Cristina, que siempre baila, se detiene. Hay en su gesto algo de ternura paternal. Pero luego la ahoga para volver a su antigua expresión irritada.)

LEOPOLDO.— Aquí está el paquete.

CRISTINA.— *(Ahogando un grito.)* ¡Ay! Me asustaste. *(Corriendo hacia él.)* Gato, mi gato azul, ¿por qué pasas enojado conmigo? Dime, ¿es por lo de los carabineros?

LEOPOLDO.— ¿Lo de los carabineros? ¡Ah! Ya lo había olvidado. Han pasado tantas cosas desde entonces. Pero ahora que me lo recuerdas...

CRISTINA.— No, no me vayas a retar.

LEOPOLDO.— Es inaceptable, Cristina, la forma en que tratas a esos pobres hombres que no hacen sino cumplir con su deber.

CRISTINA.— ¿Su deber? ¿Pasar parte? ¿Llevar presa a la gente? ¿Eso es lo que llamas deber?

LEOPOLDO.— Pero, Perrita, además cuidan...

CRISTINA.— ¿A quién? Te digo que son malos de adentro. Bernarda, la cocinera de la casa, ya va a tener su tercer hijo y todo porque somos vecinos de una embajada.

- LEOPOLDO.— Pero esa no es razón para que te pongas a insultarlos apenas detienen un auto.
- CRISTINA.— No tenían derecho a hacerlo.
- LEOPOLDO.— Por supuesto que sí. Íbamos a ciento cincuenta kilómetros en radio urbano.
- CRISTINA.— ¡Radio urbano! Me encantan esas palabras que vas inventando a medida que hablas. ¿Sabes, Gato? He estado pensando que me casé con un hombre muy inteligente.
- LEOPOLDO.— (*Molesto, pero con agrado.*) Bueno, vamos a comer o no.
- CRISTINA.— No sé.
- LEOPOLDO.— ¿Cómo?
- CRISTINA.— Hay tanto que hacer antes. Mira lo que encontré. Una cajita de música... y funciona. (*La hace funcionar.*) ¿Te acuerdas? La misma melodía que toca tu hermana. Es viejísima.
- LEOPOLDO.— ¡Cristina!
- CRISTINA.— La melodía quise decir. Bailaremos, bailaremos, bailaremos hasta agotarnos... y después al jardín. Quiero correr por los prados contigo, perderme en los bosques y, si hallamos algún estero, bañarnos en plena noche y...
- LEOPOLDO.— Pero, Perrita, en qué momento vamos a ir a... bueno, en fin... a ver dónde podemos pasar la noche.
- CRISTINA.— Supongo que no pretenderás dormir, Gato.
- LEOPOLDO.— (*Sonriendo, con la vista baja.*) Bueno... yo...
- CRISTINA.— Gato, no podemos dejar que esta oportunidad se nos escape. No siempre podremos vivir aventuras como ésta.
- LEOPOLDO.— Claro que no.
- CRISTINA.— Hay que vivirla hasta el fin.
- LEOPOLDO.— Naturalmente. ¿Pero no te parece que tus planes son un poco agotadores? Tal vez mañana...
- CRISTINA.— Mañana no habrá luna llena, quizás mañana lleguen los dueños...
- LEOPOLDO.— ¿Pero tú crees realmente que la casa está vacía?
- CRISTINA.— Hasta un sordo se habría despertado con los gritos.
- LEOPOLDO.— (*Tratando de bromear.*) Pero no una sirvienta asesinada.
- CRISTINA.— Deja ese cadáver tranquilo. Qué puede importarnos que en la última pieza duerma un muerto, si nosotros nos queremos y hay luna, y...
- LEOPOLDO.— De todos modos encuentro que podríamos gritar de nuevo. (*Cristina grita.*) ¿Qué te pasa?
- CRISTINA.— Nada, ya grité. ¿Ves? No viene nadie. Ahora quédate tranquilo y ayúdame a preparar un festín a la luz de candelabros.
- (*Al gritar Cristina, aparecen Tránsito y Octavio. Ambos visten trajes de fines del siglo pasado. Hablan desde la escalera.*)
- TRÁNSITO.— Muy buenas noches.
- (*Cristina y Leopoldo se dan vuelta asustados.*)
- OCTAVIO.— (*Avanzando.*) Es adorable, un pequeño Meissen.
- TRÁNSITO.— ¡Octavio!
- LEOPOLDO.— Señora, yo... es decir, nosotros... en fin...
- OCTAVIO.— Perdóneme. ¿Cómo se llama usted?
- CRISTINA.— (*Pudiendo pronunciar apenas.*) Cris-ti-na...
- OCTAVIO.— ¡Ay! ¡Qué lástima! Eulalia le habría sentado mejor.
- TRÁNSITO.— Octavio, no quiero repetirlo más.
- LEOPOLDO.— Señora, nosotros veníamos por el camino y entonces al llegar a... hubo, cómo explicarle, una especie de...
- CRISTINA.— Una tremenda explosión.
- LEOPOLDO.— Eso es, una explosión. Y cuando me bajé, bueno, usted comprende: soy abogado, entiendo poco de mecánica, y entonces decidimos, en fin...
- CRISTINA.— (*Ha recobrado su tranquilidad.*) ¿Y por qué no cenamos juntos? Entonces podremos conversar.
- OCTAVIO.— Sí, ya lo decía Augirard de la Falaise: "Es tanto más sencillo entenderse mientras se come".
- TRÁNSITO.— ¿Comer?

CRISTINA.— Sí. Aquí tenemos pollo, alguna ensalada que mamá debe haber puesto por precaución y un pedazo de torta de novia.

TRÁNSITO.— ¿Torta de novia?

CRISTINA.— Sí, esas grandes, blancas, con bolitas plateadas.

OCTAVIO.— Me parece espléndido. Pero tendrán que esperar dos segundos para que cambie de ropa. (*Inicia mutis.*)

TRÁNSITO.— Octavio, tú te quedas aquí.

OCTAVIO.— Pero nadie cena sin frac. Tránsito, es una ocasión única para usar mi chaleco mordoré.

TRÁNSITO.— Tú te quedas aquí. (*A Leopoldo.*) Dígame, no ha visto por aquí a un joven más bien alto todo vestido de blanco.

CRISTINA.— ¿Todo de blanco?

TRÁNSITO.— Sí, tal vez ustedes lo hayan visto por el camino.

OCTAVIO.— Te he dicho que debe estar donde los Ramírez Peña.

LEOPOLDO.— ¡Ah! ¿Hay vecinos cerca?

TRÁNSITO.— Relativamente. Tomando el camino corto, a través de la montaña, son dos días.

LEOPOLDO.— Ah.

OCTAVIO.— Mi esposa está un poco intranquila porque el muchacho no llevó más que su par de sábanas.

LEOPOLDO.— Ya te lo dije, Cristina, debíamos traer las sábanas de hilo... En los hoteles uno nunca sabe...

TRÁNSITO.— Aquí lo que sobran son sábanas.

OCTAVIO.— Porque esperamos que se quedarán a pasar la noche.

LEOPOLDO.— Muy amable, pero en realidad...

CRISTINA.— Claro que nos quedaremos. Con mucho gusto.

TRÁNSITO.— Anda a ver si todo está en orden arriba y de paso buscas a Gerardo en el armario de la pieza de costura.

LEOPOLDO.— ¿En el armario?

OCTAVIO.— Sí, es su lugar favorito. Desde chico le ha gustado el olor de la lavanda.

CRISTINA.— ¡Qué romántico! ¿Gato, por qué no eres tú así?

LEOPOLDO.— Basta, Cristina, eso lo discutiremos después.

OCTAVIO.— (*Al salir.*) Usted me perdonará, Eulalia... ¡Oy! Ya lo ve, nunca podré llamarla Cristina. (*Sale.*)

LEOPOLDO.— Nosotros podemos arreglar la mesa mientras tanto, Leopoldo va ir a buscar las maletas.

LEOPOLDO.— ¿De nuevo al auto? Jamás.

CRISTINA.— Entonces tendré que ir yo. No puedo dormir sin Minino.

LEOPOLDO.— Pero Cristina, Perrita, ya no tienes edad...

CRISTINA.— Lo siento, pero moriré durmiendo con Minino.

TRÁNSITO.— ¿Pero no es usted el marido?

LEOPOLDO.— Sí, señora.

TRÁNSITO.— Ah.

LEOPOLDO.— ¿Por qué? ¿Le extraña?

TRÁNSITO.— Un poco. Había oído decir que las costumbres cambiaban, pero nunca hasta tal punto.

LEOPOLDO.— Usted se equivoca. Minino es un gato.

CRISTINA.— ¿Y qué creía entonces que era?

LEOPOLDO.— (*Exasperado mientras sale.*) Nadie, mi hijita.

TRÁNSITO.— (*Mientras arreglan la mesa.*) ¿Así es que usted duerme con un gato? ¿Y no la molesta en la noche?

CRISTINA.— Al contrario.

TRÁNSITO.— Pero, en fin, yo siempre he pensado que los gatos, tal como los niños... bueno, usted sabe... Mi tía Carolina Eyzarreta tenía un gato que era una verdadera regadera. Por lo demás lo llamaban Regadera.

CRISTINA.— Ah, no. Es que mi gato no es de verdad.

TRÁNSITO.— Ah.

CRISTINA.— Es un regalo de mi Gato, es decir de Leopoldo, en fin, usted comprende, de mi marido. Me

lo dio hace mucho tiempo. Entonces él era amigo de la casa y yo lo adoraba. En ese tiempo lo llamaba Popoldo hasta que una vez trajo a Minino de regalo y entonces él mismo tuvo la idea de que no siguiera llamándolo Popoldo. A mí se me ocurrió el nombre de Gato. Y le dije, mostrándole el juguete: a éste lo llamaré Minino, y a ti Gato. Y así de gato en gato nos comprometimos y nos casamos.

TRÁNSITO.— ¿Hace mucho?

CRISTINA.— Apenas esta mañana.

OCTAVIO.— (*Que ha escuchado la última parte de la conversación.*) Pero entonces son novios. ¡Qué maravilla! ¿Y cómo fue la ceremonia y la fiesta?

CRISTINA.— ¡Ma-ra-vi-llo-sa!

OCTAVIO.— ¿Quién había?

CRISTINA.— Bueno, estábamos nosotros y...

TRÁNSITO.— Qué necesidad, Octavio, de estar haciendo esas preguntas. No vas a conocer a nadie.

OCTAVIO.— Pero los nietos y por los apellidos...

TRÁNSITO.— ¡Han cambiado tanto! Un González de entonces no es más que un González de hoy día.

CRISTINA.— No, no había ningún González.

TRÁNSITO.— (*A Cristina.*) Usted comprenderá, hace tanto tiempo que nos fuimos de Santiago.

OCTAVIO.— Exactamente en mil ochocientos...

TRÁNSITO.— Hace bastante tiempo. ¿Y a propósito encontraste a Gerardo?

OCTAVIO.— No estaba en el armario.

CRISTINA.— Espero que no le haya pasado nada.

OCTAVIO.— ¿Y cómo era su vestido?

CRISTINA.— Blanco.

OCTAVIO.— Eso lo sé. Pero de falla, raso...

CRISTINA.— No, de gros grain.

OCTAVIO.— (*Muy contento.*) ¡Estos franceses que lo invaden todo!

TRÁNSITO.— Son insoportables. Yo no sé por qué no se dice "grano grueso".

OCTAVIO.— Porque parecería que se está hablando de un alimento para gallinas. (*A Cristina.*) Mi mujer no es muy aficionada a los... trapos. En cambio a mí siempre me han encantado las pieles y las joyas y las plumas...

CRISTINA.— ¿Y las usa?

OCTAVIO.— Desgraciadamente no. Me tocó vivir en esta época donde el hombre, para ser tomado como tal, tiene que despreocuparse de sí mismo. En cambio antes... ¡ah! Antes... Eran ellos los que escogían las telas más hermosas, los aderezos y los aceites. Dicen que Luis XV tenía más de setecientas pelucas.

TRÁNSITO.— Un despilfarro. Nadie necesita tanto pelo.

OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto.

TRÁNSITO.— (*Terminando de poner la mesa.*) Bueno, parece que todo está listo. Sólo falta su marido. (*Se escucha un gran estruendo. Y por la puerta se ven aparecer dos o tres maletas y Leopoldo que aterrizza en el centro del salón.*)

OCTAVIO.— Es extraordinaria la fuerza que tiene la voz de mi mujer para atraer a la gente. ¿Se fijó? Bastó que mencionara a su marido para que éste apareciera.

CRISTINA.— ¡De veras!

LEOPOLDO.— Ayúdame a levantarme.

CRISTINA.— (*Mientras ella y Tránsito ayudan a Leopoldo.*) Pero, Gato, no trajiste mi maletita negra.

LEOPOLDO.— La maletita negra, la maletita negra... Camino dos cuerdas por un campo arado, torciéndome los tobillos y hudiéndome en las zarzamoras; recojo cuanta maleta encuentro, a oscuras, porque tú perdiste la linterna; vuelvo, no ya por un potrero arado, sino que me caigo en un riachuelo; me mojo los calcetines, con lo propenso que soy al reumatismo y tú lo único, lo único que se te ocurre decirme es que no traje una maletita negra.

TRÁNSITO.— Pero ¿por qué no se fue por el camino? Se llega tanto más luego.

LEOPOLDO.— ¿No se le ocurre?

OCTAVIO.— No.

LEOPOLDO.— Porque no lo encontré, ¿comprende? No estaba por ninguna parte.

TRÁNSITO.— Qué raro, si de aquí lo estoy viendo.

LEOPOLDO.— Entonces debe haber habido un derrumbe en el momento que salí. Créame, señora, no fue por gusto que lo perdí.

OCTAVIO.— ¿Un derrumbe? Qué raro que no lo hayamos escuchado.

TRÁNSITO.— Octavio, anda a ver.

LEOPOLDO.— (*Reteniéndose.*) No es necesario, señora, porque al llegar a la casa encontré el camino.

TRÁNSITO.— ¿En su sitio?

LEOPOLDO.— ¡Sí!

CRISTINA.— ¡Qué bueno! Pero esa no es razón para que te pongas histérico, sobre todo delante de esta pareja tan encantadora que ha accedido a alojarnos por una noche.

LEOPOLDO.— Creo que no va a ser necesario. ¿Tiene teléfono?

TRÁNSITO.— No.

CRISTINA.— Entonces va a ser necesario. Perdónelo, está nervioso.

LEOPOLDO.— ¡Cristina!

CRISTINA.— Sí, Gato.

LEOPOLDO.— No me llames Gato.

CRISTINA.— Comamos, mejor. Todo está listo. ¡Y mira qué lindo! La vajilla es espléndida.

OCTAVIO.— Un recuerdo de familia. Sajonia pintada a mano. Los diseños son de mi tío el Marqués de...

CRISTINA.— (*Probándolo.*) Y el pollo está exquisito.

OCTAVIO.— ¡Qué poco respeto se tiene hoy día por los títulos! Permítame presentarme: Octavio Irquíñiguez, Conde de...

CRISTINA.— (*Interrumpiendo.*) Dejémonos de protocolos. Así, más en familia.

(*Todos se sientan en torno a la mesa. Octavio y Leopoldo siguen enojados.*)

CRISTINA.— ¡Por fin! Después de tanta emoción un momento de tranquilidad y esta cena maravillosa... maravillosa, ¿no les parece?

GERARDO.— Hmm.

CRISTINA.— Me encanta comer a la luz de los candelabros. Las llamitas oscilando a la altura de los ojos. Las pupilas se llenan de puntitos luminosos. (*A Octavio.*) Mire, usted las tiene llenas. (*Octavio cierra los ojos.*) Pero, ¿por qué cierra los ojos si se veía tan bien? Los tenía dorados, como en las novelas. (*Octavio abre los ojos.*) Así, dos grandes pupilas de oro... Ah, qué bien se siente uno. Yo nací para vivir entre candelabros y escaleras de mármol. ¿Y tú, Gato?

OCTAVIO.— Hmm.

CRISTINA.— Amor... mi gato pekinés: eres el marido perfecto. Mientras me vestía esta tarde, todas mis amigas me aconsejaron no ponerme nerviosa. Ellas lo estaban mucho más. Yo... nada, porque te adoro, no, no me da vergüenza confesarlo frente a los demás. Porque te adoro y porque hay luna y porque todo esto es lo que siempre había soñado. Si usted supiera, señora, lo maravilloso que es estar enamorada. ¿Te acuerdas, Gato, cuando me dijiste esa frase tan linda? Sí, sí, es tan modesto, un verdadero genio.

LEOPOLDO.— ¡Cristina!

CRISTINA.— Bueno, no la diré. Pero la tengo anotada por ahí y un día haré un libro con ella, nada más que con esa frase. Y lo publicaré, y tu serás famoso, y yo, envuelta en la luz de cien candelabros, al bajar la escalinata de mármol, diré: ¡Ése es mi marido! (*A medida que habla, todos se han ido enterneciendo y la miran. Cristina se levanta.*) ¡Ah! Si hubiera música... Música, candelabros y luna... Sería perfecto ¿no es cierto? Esta caja... ¡Chit! Escuchen (*Hace funcionar la caja de música.*) ¿Nadie quiere bailar conmigo? (*Octavio está pronto a hacerlo, pero Tránsito lo retiene.*) No importa. Uno puede cerrar los ojos e imaginar lo que desea. Así... así...

(*Cristina empieza a bailar y en una de sus vueltas arranca la funda que cubre el sillón. Sigue bailando durante un segundo; pero se detiene y ahoga un grito. Los otros parecen despertar de un sueño.*)

LEOPOLDO.— ¿Qué te pasa?

CRISTINA.— Aquí... aquí...

LEOPOLDO.— ¿Pero qué es lo que pasa?

CRISTINA.— Hay un hombre... desnudo...

TRÁNSITO.— ¡Gerardo!

GERARDO.— ¿Sí, mamá? (*Asomando la cabeza por sobre el respaldo del sillón.*)

TRÁNSITO.— ¿Qué ideas son esas de esconderse bajo las fundas?

GERARDO.— Me quedé dormido.

OCTAVIO.— ¿No te has dado cuenta que hoy es plenilunio y que tenemos visita?

TRÁNSITO.— Sube y vístete inmediatamente.

GERARDO.— ¿Así?

TRÁNSITO.— ¡Por Dios, no! Ayúdame, Octavio.

LEOPOLDO.— Y tú, Cristina, no te quedes mirándolo como una estatua. Si el muchacho está desnudo, hay que dejarlo tranquilo.

(*Tránsito y Octavio cogen un cortinaje y, escondiendo a Gerardo, desaparecen por la escalera.*)

OCTAVIO.— (*Mientras suben.*) Perdón, un minuto. Ya bajamos.

LEOPOLDO.— (*Cuando quedan solos.*) Yo me voy.

CRISTINA.— ¿Pero por qué?

LEOPOLDO.— ¿Cómo por qué? Porque o bien estamos en una guarida de asesinos o en un arsenal de locos.

CRISTINA.— No te comprendo.

LEOPOLDO.— O bien nos están tratando de engañar para asesinarlos después con mayor tranquilidad, o son una tropa de alienados. Menos mal que estoy preparado para hacerles frente.

(*Saca un revólver de su bolsillo.*)

CRISTINA.— (*Asustada.*) Gato, guarda esa pistola inmediatamente. Ya sabes que las carga el diablo.

LEOPOLDO.— Ésta no necesita cargarla, ya lo está.

CRISTINA.— Razón de más. Guárdala inmediatamente. ¿De dónde sacaste una pistola?

LEOPOLDO.— ¿Por qué crees que accedí a ir a buscar las maletas del auto? Desde un comienzo esos individuos me parecieron sospechosos.

CRISTINA.— ¿Y mientras tanto me dejaste sola con ellos? Con dos desconocidos que muy bien podrían haberme asesinado.

LEOPOLDO.— No es a ti a quien quieren matar, sino a mí.

CRISTINA.— ¿Cómo lo sabes?

LEOPOLDO.— Porque es costumbre. Nos vamos inmediatamente.

CRISTINA.— ¿Sin despedirnos? Y guarda de una vez esa pistola. Aunque es una lástima porque te ves amoroso.

LEOPOLDO.— ¿Pero, Cristina, no te das cuenta de la situación? Piensa un poco. ¿No viste lo raros que eran? ¿Cómo estaban vestidos?

CRISTINA.— Podrían ser excéntricos. Eso es: dos millonarios excéntricos.

LEOPOLDO.— ¿Y el otro? ¿El que se pasea sin ropa?

CRISTINA.— Ahí estoy de acuerdo. Ése exagera.

LEOPOLDO.— Perrita, sé sensata. Por una aventura cualquiera no vas a exponer toda la felicidad futura.

CRISTINA.— Claro que sí. Vale la pena hacerlo.

LEOPOLDO.— Yo que he vivido mucho más que tú y que por lo tanto tengo más experiencia, te digo que no compensa.

CRISTINA.— Nadie puede contentarse con la experiencia de otro. Para saber algo de algo hay que haberlo vivido. ¿Y por qué no aprovechar esta ocasión? A lo mejor nunca se presentará otra.

LEOPOLDO.— ¿Pretendes insinuar que nuestra vida será mediocre? ¿Qué esperas? ¿Despertar con fuegos artificiales y desayunarte con champaña? No conocía ese lado de tu carácter. Con razón mi hermana dice que uno sólo conoce a las mujeres cuando se acues... cuando se casa con ellas.

CRISTINA.— ¿Y cómo puede saberlo tu hermana, si es solterona, y por lo menos pretende que la consideren virgen?

LEOPOLDO.— ¡Te prohíbo que insultes a Blanquita!

CRISTINA.— ¡Y yo te prohíbo que me grites!

TRÁNSITO.— (*Apareciendo en lo alto de la escalera.*) ¡Por Dios, no se peleen!

LEOPOLDO.— (*Sacando el revólver.*) ¡No se acerque! Sí, a usted le digo. No se acerque, señora, porque soy capaz de dispararle.

TRÁNSITO.— ¿Pero qué le sucede?

LEOPOLDO.— Un paso más y disparo. Sé que viene a matarnos, sé que ha estado tratando de engañarnos con disfraces y actitudes extrañas cuando su único objeto es el robo. Pero no se acerque, le digo, no logrará su cometido. Creyó que caeríamos en la trampa, ¿no? Pero no soy tan tonto. He traído mi revólver y si da un solo paso...

TRÁNSITO.— Usted está loco. ¿Qué historias son éstas?

LEOPOLDO.— No trate de fingir.

TRÁNSITO.— ¿Pero qué es lo que le ha pasado? (*A Cristina.*) ¿Locura súbita? Se dan casos en noches de boda.

LEOPOLDO.— ¡Señora!

TRÁNSITO.— Su madre tiene la culpa.

LEOPOLDO.— ¿Cómo?

TRÁNSITO.— Siempre lo he dicho: a los hombres hay que casarlos jóvenes antes de que empiecen a ponerse nerviosos.

LEOPOLDO.— Cristina, dile que mida sus palabras. Dile que soy violento. No se mueva. Y ahora tendrá que contarme cuáles eran sus intenciones.

TRÁNSITO.— ¿Mis intenciones?

LEOPOLDO.— Sí, lo que pretendían hacer. Usted y sus cómplices.

TRÁNSITO.— (*A Cristina.*) Pero, hijita...

LEOPOLDO.— ¡No se mueva!

TRÁNSITO.— Esto es demasiado. Señor, estoy en mi casa o por lo menos en lo que podría ser casa, por derecho de espíritu.

LEOPOLDO.— ¿Por derecho de espíritu?

TRÁNSITO.— Precisamente, ya que Gerardo, mi marido y yo somos fantasmas.

CRISTINA.— ¡Fantasmas!

TRÁNSITO.— ¿Me permite seguir bajando?

LEOPOLDO.— ¡No se mueva!

(*Tránsito sigue bajando con una sonrisa despectiva. Leopoldo dispara.*)

TRÁNSITO.— (*Después de un momento de inmovilidad.*) ¡No sea tonto! (*Pasándole las balas.*) No desperdicie sus tiros. Ya le dije que somos fantasmas.

Telón

SEGUNDO ACTO

(*La acción continúa sin interrupción, ahí donde quedó al final del primer acto.*)

LEOPOLDO.— (*Dejando caer el revólver.*) Pero entonces...

TRÁNSITO.— Sí, es cierto. Somos fantasmas.

CRISTINA.— ¿Desde cuándo?

LEOPOLDO.— ¡Qué pregunta tan estúpida, Cristina!

TRÁNSITO.— Desde 1878.

CRISTINA.— ¿Y desde entonces viven en esta casa?

TRÁNSITO.— No, aquí llegamos en 1911. Yo no podía soportar la ciudad.

CRISTINA.— Sí, es tan bulliciosa.

TRÁNSITO.— Y fue entonces cuando, en una de sus correrías, Octavio descubrió esta casa.

CRISTINA.— Que es un encanto. Y dígame, los muebles...

LEOPOLDO.— (*Estallando.*) ¡Pero, por Dios, Cristina!

CRISTINA.— ¿Qué es lo que te pasa, Gato?

LEOPOLDO.— No sé cómo puedes.

CRISTINA.— ¡Ay, mi pobre Gato! Está todo nervioso. ¿Es por el disparo? Pero, micifuz, no ves que a la señora no le pasó nada.

TRÁNSITO.— ¡Los hombres son tan miedosos! A Octavio nunca pude convencerlo de que se subiera a un velocípedo.

CRISTINA.— ¿Y usted practicaba el ciclismo?

TRÁNSITO.— Yo fui quien estrenó el modelo Bípido-Zephyr. Fue ahí donde todo comenzó.

CRISTINA.— Apostaría que su romance.

TRÁNSITO.— No, nuestra muerte.

LEOPOLDO.— ¿Cómo?

TRÁNSITO.— Sí, fue encima de la Bípido-Zephyr donde tuve mi primer cólico miserere.

LEOPOLDO.— ¿Cólico miserere?

TRÁNSITO.— Creo que hoy la llaman apendicitis.

CRISTINA.— ¡Qué lástima!

TRÁNSITO.— Al llegar a casa, Octavio y Gerardo también sufrían una crisis.

CRISTINA.— ¿De cólico miserere?

TRÁNSITO.— Sí. Poco después morimos.

LEOPOLDO.— ¿Los tres? ¿De apendicitis?

TRÁNSITO.— Complicada. En nuestra familia siempre nos vienen las enfermedades por epidemias.

LEOPOLDO.— Cristina, ayúdame a cargar las maletas y vámonos inmediatamente. Esto ya es demasiado.

CRISTINA.— Pero, Gato, no seas maleducado. ¿No ves que la señora no miente?

LEOPOLDO.— Prefiero no discutirlo.

TRÁNSITO.— Claro que no tengo ningún certificado que lo acredite; pero puedo asegurarle, más aún, le doy mi palabra que somos fantasmas. ¿Qué sacaría con mentirle?

LEOPOLDO.— ¿Qué sé yo lo que sacaría? Bueno, imagínese que yo creyera lo que está contando, ¿cómo explica el hecho de que yo la esté viendo? Siempre había creído que los fantasmas eran personajes transparentes, difusos. Sin embargo, usted...

TRÁNSITO.— Muy sencillo. Hoy hay luna llena.

LEOPOLDO.— No comprendo.

TRÁNSITO.— Durante las noches de plenilunio los fantasmas recobran, ¿cómo podría decirle?, su antigua mortaja, es decir su cuerpo.

CRISTINA.— ¡Qué maravilla! ¿Y por cuánto tiempo?

TRÁNSITO.— Lo que dura la noche, nada más. Todo desaparece al amanecer.

CRISTINA.— ¿Y por eso su hijo andaba desnudo?

TRÁNSITO.— Se quedó dormido. Y usted sabe lo que es vivir sin un calendario, uno nunca sabe cuándo es época de luna llena.

CRISTINA.— Tal como yo, y eso que tengo un calendario en el velador. Me lo regaló mi Gato. Dice que es para que no llegue con más de un día de atraso a las citas.

LEOPOLDO.— Cristina, no creo que a la señora le interese...

TRÁNSITO.— No, no, por mí pueden seguir removiendo recuerdos. (*Va a salir.*)

LEOPOLDO.— No, no se vaya por favor.

TRÁNSITO.— ¿Quieren saber algo más?

LEOPOLDO.— Bueno... a decir verdad, no sé. Todo me parece tan sorprendente, tan poco claro y preciso...

TRÁNSITO.— ¡Claro y preciso! El eterno afán que tienen ustedes los vivos. Clasificar las cosas, enterrarlas, ahogarlas. ¿Y para qué? Así dejan escapar... Pero es inútil.

LEOPOLDO.— No, pero es que todo me parece tan absurdo.

TRÁNSITO.— Nada es absurdo. Lo absurdo es creer que hay algo absurdo. ¿Acaso necesita que se lo prueben todo?

LEOPOLDO.— No, pero...

TRÁNSITO.— Aquí tiene su oportunidad. Pregunte. Por primera vez se encuentra frente a un fantasma de carne y hueso, pregunte, pregunte todo lo que quiera.

LEOPOLDO.— Bueno, yo...

CRISTINA.— Y yo, ¿podría hacer una pregunta?

TRÁNSITO.— Naturalmente.

CRISTINA.— Dígame, ¿para qué usan sábanas los fantasmas?

TRÁNSITO.— Para no ser indiscretos.

CRISTINA.— ¿Cómo?

TRÁNSITO.— Cuando van de visita se ponen una sábana para que los vean llegar.

CRISTINA.— ¡Ah! Los fantasmas tampoco se ven entre ellos.

TRÁNSITO.— Se adivinan, pero no se ven.

LEOPOLDO.— Mira, Perrita, más tarde harás esas preguntas.

CRISTINA.— Pero si quiero saber, Gato.

LEOPOLDO.— Dígame, señora, por qué si los espí... en fin, lo que ustedes son...

TRÁNSITO.— Diga fantasmas no más. ¿A usted se le ocurriría enojarse si yo le llamara hombre?

LEOPOLDO.— Bueno, si los fantasmas se corporizan cada vez que hay luna llena, ¿cómo es que no se les encuentra más a menudo?

TRÁNSITO.— Practicamos el anonimato. Es lo que nos gusta.

LEOPOLDO.— Ah.

TRÁNSITO.— No está muy convencido, ¿no es cierto? ¿Quiere que llame a mi marido o a mi hijo para que confirmen lo que he dicho?

LEOPOLDO.— No, no es necesario. Sólo que me parece tan absur... Perdón.

CRISTINA.— A mí no necesitan probarme nada. Creo todo.

LEOPOLDO.— Tú habrías creído aunque te hubieran dicho que eran renacuajos encantados.

CRISTINA.— ¡Renacuajos encantados! ¡Cómo llega la gente a inventar esas palabras! Mi abuelita dice que eso es lo que le da confianza en la especie humana.

(En ese momento baja Gerardo. Viste un uniforme militar de otra época, en tonos sombríos y con charreteras de plata desvaída. Tras él entra Octavio.)

TRÁNSITO.— Mi hijo, Gerardo.

CRISTINA.— Encantada. *(Gerardo besa la mano de Cristina.)* ¡Qué curioso! Por un momento sentí sus labios sobre el dorso de mi mano.

GERARDO.— ¿Y por qué no? Ya que la besé.

CRISTINA.— Yo hubiera creído...

GERARDO.— ¿Qué?

CRISTINA.— No sé, nada...

TRÁNSITO.— El señor Leopoldo... Perdón, no me ha dicho su apellido.

LEOPOLDO.— Silva.

TRÁNSITO.— Mi hijo el Alférez Gerardo Irquíñiguez. Estaba destinado a la carrera de las armas.

CRISTINA.— ¡Qué uniforme tan lindo!

GERARDO.— ¿Y no dicen nada de mi chaleco? Es todo mi orgullo.

TRÁNSITO.— Puedes decir "era". Ya les he contado todo.

OCTAVIO.— *(Desilusionado.)* Oh...

TRÁNSITO.— ¿Qué? ¿Vas a discutir?

OCTAVIO.— Cómo se te ocurre.

TRÁNSITO.— Pensé que era lo más lógico, ya que iban a ser nuestros huéspedes.

OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto.

GERARDO.— Quisiera excusarme por mi comportamiento hace algunos minutos. En realidad fue una torpeza de mi parte...

CRISTINA.— No tiene la menor importancia. Por lo demás no era la primera vez que veía a un hombre desnudo.

LEOPOLDO.— ¡Cristina!

CRISTINA.— Quiero decir... todos tenemos un hermano, ¿no es cierto?

OCTAVIO.— Ahora que hemos hecho las presentaciones, ¿por qué no nos sentamos y proseguimos esta encantadora cena?

CRISTINA.— Me parece una excelente idea.

LEOPOLDO.— Mucho me temo, Cristina, que estés un poco cansada. El viaje, los trastornos...

OCTAVIO.— Un matrimonio es siempre un trastorno. Razón de más para tener hambre.

LEOPOLDO.— No, verdaderamente preferiríamos subir a nuestro cuarto.

OCTAVIO.— Es una lástima que no organicemos una celebración antes. Algo íntimo y breve. ¿Qué les parece? Creo que todavía hay una botella de clarete en la bodega.

LEOPOLDO.— Francamente...

GERARDO.— Por favor, siempre he soñado usar este chaleco en una fiesta.

TRÁNSITO.— Octavio, no insistas. Recuerda que son novios.

CRISTINA.— Pero eso no tiene nada que ver. En la casa también bailamos mucho.

LEOPOLDO.— Cristina, estás cansada. Estás muy cansada, sube al dormitorio.

TRÁNSITO.— Octavio les llevará las maletas.

LEOPOLDO.— (*Al ver que Tránsito empieza a ordenar.*) Yo le ayudaré.

TRÁNSITO.— Cómo se le ocurre.

LEOPOLDO.— Sí, insisto. No es justo que le hayamos desordenado todo y después...

CRISTINA.— Yo también...

LEOPOLDO.— Tú subes.

(*Cristina se resigna a subir. Gerardo la sigue con las maletas.*)

LEOPOLDO.— (*Una vez que han quedado solos.*) Ahora pueden hablar. ¿Cuánto quieren?

OCTAVIO.— ¿Cuánto queremos de qué?

LEOPOLDO.— De dinero, se entiende. No pensarán que lograron convencerme con esa pequeña farsa.

TRÁNSITO.— (*Perdiendo la paciencia.*) ¿Pero qué otras pruebas quiere? ¿No me disparó?

LEOPOLDO.— Tengo mala puntería.

TRÁNSITO.— ¿No le devolví las balas?

LEOPOLDO.— Cualquiera puede esconder un par de municiones, qué sé yo, por lo que pudiera suceder.

TRÁNSITO.— Claro, y ser bruja para adivinar el calibre.

OCTAVIO.— Tránsito, conservemos la calma. No vale la pena.

LEOPOLDO.— Guárdese sus aires de barón.

OCTAVIO.— Conde, si me hace el favor.

LEOPOLDO.— Bien sé que nos han secuestrado.

OCTAVIO.— ¿Secuestrado?

LEOPOLDO.— Claro. Desean un buen rescate. Vamos, no soy niño. Sé que la casa está rodeada por sus cómplices y, si yo tratara de salir, me acribillarían a balazos.

TRÁNSITO.— Haga la prueba.

LEOPOLDO.— ¿De qué me sirve este revólver si afuera están esperándome con ametralladoras?

TRÁNSITO.— ¿Qué es eso?

OCTAVIO.— Esas pistolas largas que vimos el otro día en el desfile y que hacían pum-pum muy rápido.

LEOPOLDO.— Mire, aquí tengo mi libretto de cheques. Dígame cuánto quieren.

TRÁNSITO.— Esto es lo que pasa por ser decente. Muy bien podríamos haberles cerrado la puerta a usted y a su esposa.

LEOPOLDO.— ¿Cuánto quieren?

OCTAVIO.— Sepa, señor, que está hablando con un descendiente de los Talavera.

LEOPOLDO.— Basta, no voy a discutir su linaje o sus aptitudes. Sólo pido que me indiquen la cantidad.

TRÁNSITO.— Dale y dale. Usted merecería que le fuéramos a destapar los pies en la noche.

OCTAVIO.— Tomaré nota.

TRÁNSITO.— Cállate, Octavio. Y si no quieres callar, ándate.

OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto.

TRÁNSITO.— ¡Pero no se da cuenta que le estoy diciendo la verdad! Somos fantasmas. Hay que creerlo. ¿Alguien pone en duda que usted sea un hombre?

LEOPOLDO.— No. Nadie. Nunca.

TRÁNSITO.— ¡Soy un fantasma! ¿Qué quiere que haga? ¿Que mueva mesas? ¡Octavio, a mover mesas!

OCTAVIO.— No creo que sea lo más adecuado para probárselo, Tránsito, ya que hoy nos verían moverlas.

TRÁNSITO.— Tienes razón. Por una vez has dicho algo sensato.

OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto.

LEOPOLDO.— Pero, entonces... no, no puede ser...

TRÁNSITO.— Salga al jardín. Vea si es cierto que lo esperan mis cómplices con sus tramelladoras.

GERARDO.— Ametralladoras.

TRÁNSITO.— Con sus metraladoras, ¡qué sé yo! ¡Inténtelo! Vamos salga. ¡Salga!

(Leopoldo retrocede lentamente y ya cerca de la puerta se detiene temeroso, pero ante la expresión de Tránsito sale al parque. Se le ve envuelto por la luz de la luna y hay algunos segundos de un gran silencio. Vuelve a entrar.)

LEOPOLDO.— Pero entonces, ¿es cierto?... Me siento mucho menos seguro que antes. *(Agita el libreto de cheques.)* Ya ni esto me sirve.

TRÁNSITO.— ¡Y ahora nos tiene miedo! No sea tonto, hombre. Somos tres buenos fantasmas. Venga, ayúdeme a ordenar todo esto.

OCTAVIO.— Porque también hay fantasmas malos. ¡Ay, cuidado con ese plato! Démelo. Déjeme ponerlo en guardia, porque hay fantasmas malos. Por ejemplo, y sin afán de habladurías, el sueco Olaf. Vive con los Ramírez Peña, y es un fantasma insoportable. Fuma tabaco ordinario y escupe al hablar, los días de plenilunio, se entiende. Tenga cuidado con él.

LEOPOLDO.— *(Mientras ayuda a Tránsito a ordenar la vajilla.)* Es curioso, me siento mucho mejor.

OCTAVIO.— Dígame, señor de Silva...

LEOPOLDO.— Soy Silva a secas.

TRÁNSITO.— No le haga caso a mi marido. Le encanta agrandar los nombres. Vive en su blasón.

OCTAVIO.— Un leoncito durmiendo en un campo de cardos. ¿Y el suyo?

LEOPOLDO.— Este... abogado. ¡Ah! Y también marido desde hoy a las doce.

TRÁNSITO.— Sí, Cristina nos contó su noviazgo. Usted era amigo de la casa.

LEOPOLDO.— Nos conocemos hace mucho tiempo.

OCTAVIO.— ¿Y cómo no se casaron antes?

LEOPOLDO.— Un hombre necesita tiempo para decidirse.

TRÁNSITO.— ¿Qué quiere usted decir?

LEOPOLDO.— Que el matrimonio es un término ideal para una vida como la mía.

TRÁNSITO.— Una especie de puerto resguardado donde lo espera la enfermera con la bolsa de agua caliente. ¿Y la mujer entonces?

OCTAVIO.— Tránsito fue una de las primeras en importar esas ideas que venían de Inglaterra. Usted sabe, la igualdad de derechos y...

TRÁNSITO.— Fui la primera en pensarlas. Yo no importé nada.

OCTAVIO.— Pero, hijita, si yo mismo te veía. Tus amigas encargaban sedas, encajes, perfumes... Y tú pedías unos libracos inmensos, de tapas húmedas ¡horribles!

TRÁNSITO.— No interfieras en estas conversaciones. No son cosas para ti. Y mejor será que vayas a lavar estos platos a la cocina.

OCTAVIO.— Pero, Tránsito...

TRÁNSITO.— No querrás que se rompa otro de tus Sajonia.

OCTAVIO.— ¡Ay, no!

TRÁNSITO.— Anda entonces. Tú eres el único que sabe cuidarlos.

OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto. *(Sale con los platos.)*

TRÁNSITO.— Luego usted en buenas cuentas, llegó al matrimonio a descansar.

LEOPOLDO.— Bueno, no tanto.

TRÁNSITO.— Permítame que le diga que no será feliz. Eso que usted busca en el matrimonio se consigue tras arduos esfuerzos. Yo sólo he venido a conocerlo ahora...

LEOPOLDO.— ¿Ahora? ¿Quiere decir después de...?

TRÁNSITO.— Sí, después de muerta. Ahora que somos fantasmas.

LEOPOLDO.— ¿No es un poco tarde?

TRÁNSITO.— Al contrario.

LEOPOLDO.— No... no la comprendo.

TRÁNSITO.— Es por la forma como suceden las cosas. Yo no culpo a nadie, ni siquiera a Octavio. Sabía con quién me casaba. Desde joven mi marido tuvo ese carácter. Le gustaban las fiestas, los chismes, la ropa. Las mujeres también. Pero no en el sentido que usted podría pensar, sino bajo un aspecto, ¿cómo podría explicarle? Frívolo. Le gustaba coquetear con ellas, o más bien que ellas coquetearan con él.

LEOPOLDO.— ¿Y eso era todo?

TRÁNSITO.— Nunca fue más allá.

LEOPOLDO.— Entonces no veo qué peligro corría usted.

TRÁNSITO.— El de no tenerlo nunca cerca.

LEOPOLDO.— Entonces la engañaba.

TRÁNSITO.— No. Es decir, no me era infiel en el sentido que usted o yo lo comprendemos. Y sin embargo, su forma de infidelidad era la más exasperante de todas.

LEOPOLDO.— No le entiendo.

TRÁNSITO.— Si un hombre engaña a su mujer, tiene una aventura con otra, bueno, ya es algo definitivo. Pero lo de Octavio era un continuo revoloteo que no conducía a ninguna parte, que tampoco deseaba llegar a parte alguna.

LEOPOLDO.— Usted habría preferido que se decidiera, que tuviera una amante, que la engañara a su vista y presencia.

TRÁNSITO.— En esa forma habría sabido por lo menos contra quién luchar.

LEOPOLDO.— ¿Y de qué le habría servido? ¿Usted cree que en estas cosas una mujer puede derrotar a un hombre?

TRÁNSITO.— Yo siempre triunfo, señor Silva. Ya lo ve, la muerte ha llegado por fin a sellar mi victoria. ¿Qué sacaría con coquetear con otros fantasmas?

LEOPOLDO.— No soy el más indicado para decírselo.

TRÁNSITO.— Nada, no sacaría nada. Y los días de plenilunio me encargo de retenerlo junto a mí. Así estoy segura de su fidelidad. Ahora y hasta el fin de los tiempos. Sí, señor Silva, ahora soy feliz.

GERARDO.— (*Apareciendo en lo alto de la escalera.*) ¿Quién dijo feliz? Alguien dijo feliz, ¿pero quién? Porque yo estoy tan feliz. Tan, tan, tan feliz. (*A Leopoldo.*) ¡Su esposa es encantadora! He conversado largo rato con ella.

LEOPOLDO.— Le agradezco su apreciación.

GERARDO.— Es encantadora, me parece haberla conocido desde siempre. Me contó tantas cosas. Me contó toda la historia de su niñez. Y toda la historia de Minino.

TRÁNSITO.— ¿Minino?

GERARDO.— Es un gato de felpa que tiene.

TRÁNSITO.— Ah, sí.

GERARDO.— Me contó que usted se lo había regalado y que era el juguete que más había querido, casi más que a usted.

TRÁNSITO.— ¡Gerardo!

GERARDO.— Es una manera de hablar. Y que nunca, nunca lo iba a abandonar. No sabe cómo la comprendo, porque yo tenía un perro y... Pero cuando nos sucedió esto no pude traérmelo...

LEOPOLDO.— Tendrán que excusarme. Voy a subir.

GERARDO.— No, no suba todavía. Le está preparando una sorpresa.

LEOPOLDO.— ¿Y usted cómo lo sabe?

GERARDO.— No sé, no sé nada. No me pregunte más. Prometí no decir una palabra y ya lo ve... Pero no suba y no diga que yo le dije... (*Se esfuma hacia el parque, repitiendo.*) Feliz, feliz, feliz...

LEOPOLDO.— Parece que se ha vuelto loco.

TRÁNSITO.— No lo tome en serio. Son cosas de muchacho.

LEOPOLDO.— Voy a subir.

TRÁNSITO.— No, no lo haga hasta que ella lo llame. Créame, es un consejo de vieja casada. Recuerde que desea sorprenderlo.

LEOPOLDO.— No me gustan las sorpresas.

TRÁNSITO.— Finja entonces que le ha gustado. No se la destruya. A una mujer le gusta que la quieran por sus detalles. Y ahora me voy, porque me estoy poniendo sentimental y no es mi tipo. Buenas noches, señor Silva, créame que ha sido un placer.

LEOPOLDO.— Hasta mañana.

TRÁNSITO.— No será posible. Recuerde que desaparezco al amanecer.

LEOPOLDO.— ¿Y no volveré a verla?

TRÁNSITO.— ¿Lo desea? Bueno, vendré a despedirme antes.

(Segundos después que ha salido Tránsito, aparece Octavio que ha estado espiando. Trae plumas y sedas multicolores entre las manos.)

OCTAVIO.— ¿Subió?

LEOPOLDO.— Sí.

OCTAVIO.— Por favor, asómese a ver si todavía está ahí

LEOPOLDO.— No, ya no se la ve.

OCTAVIO.— Voy a pedirle un favor entonces. Señor de Silva, confío en su discreción. No le diga a mi mujer que me vio salir.

LEOPOLDO.— Por supuesto.

OCTAVIO.— Es una fiesta, una fiesta que dan los Yusupoff. Son unos rusos blancos, muy distinguidos, que han venido a radicarse a estas tierras después de... bueno, usted sabe, esas horribles revoluciones y ese barbudo de Rasputín que los hizo matar a todos. ¿O fueron ellos los que lo mataron a él? En fin, dan unas fiestas encantadoras. Los Yusupoff se comprenden. Siempre en noches de plenilunio, porque es tanto más divertido bailar con cuerpos. No, no invitaron a Tránsito. Le tienen terror. Pero yo tengo que ir y me voy a escapar. Pero prométame no decirle que me ha visto.

LEOPOLDO.— Cuente conmigo.

OCTAVIO.— Muchas gracias.

LEOPOLDO.— *(En el momento en que va a salir.)* Señor...

OCTAVIO.— Llámeme Octavio.

LEOPOLDO.— Bueno, Octavio. Podría... me permite que le haga una pregunta.

OCTAVIO.— ¡Ay! Tengo tan poco tiempo.

LEOPOLDO.— Entonces no importa.

OCTAVIO.— Pregunte de todos modos. Me encanta que me pregunten cosas y además le debo una gentileza.

LEOPOLDO.— Es un poco indiscreto.

OCTAVIO.— Ya nada me espanta, joven. ¡Pregunte, pregunte!

LEOPOLDO.— ¿Usted es feliz con su esposa?

OCTAVIO.— ¿Lo dice por la fiesta?

LEOPOLDO.— No. No especialmente.

OCTAVIO.— ¿Y por qué entonces?

LEOPOLDO.— Por... por todo. ¿Es feliz?

OCTAVIO.— Ahora sí.

LEOPOLDO.— ¿Ahora? Quiere decir después de...

OCTAVIO.— Sí, después de muertos.

LEOPOLDO.— ¿Después de muertos?

OCTAVIO.— No ponga esa cara, mi amigo. Después de muertos, suceden muchas cosas.

LEOPOLDO.— Pero, ¿qué?

OCTAVIO.— Todo es distinto.

LEOPOLDO.— ¿Cómo?

OCTAVIO.— Todo es más vago.

LEOPOLDO.— No le comprendo.

OCTAVIO.— Me casé con Tránsito cuando ella tenía dieciséis años; pero ya hacía retumbar la casa con sus voces de mando. Me daba verdadero pánico verla.

LEOPOLDO.— ¿Y cómo se casó entonces?

OCTAVIO.— ¿Acaso se le puede decir que no a una mujer como Tránsito?

LEOPOLDO.— ¿Y después?

OCTAVIO.— Después viví casi veinte años bajo la sombra del terror, mi hijito. A veces la miraba y me decía: tal vez si le digo un verso, tal vez si le tomo la mano... Pero helaba con la mirada. Y todo buen propósito se disolvía. El amor no era posible. Porque, contésteme con toda sinceridad, ¿usted podría hacerle el amor a un sargento?

LEOPOLDO.— Pero ahora sigue igual.

OCTAVIO.— Sólo los días de plenilunio.

LEOPOLDO.— ¿Y los otros?

OCTAVIO.— No tiene forma ni consistencia ni expresión. Es ectoplasma y nada más.

LEOPOLDO.— ¿Y en ese amor de ectoplasma está la felicidad?

OCTAVIO.— Es mucho más fácil enamorarme de un fantasma.

LEOPOLDO.— Comprendo.

OCTAVIO.— ¡Qué bueno! Porque yo tengo que irme.

LEOPOLDO.— Buenas noches.

OCTAVIO.— No le diré una palabra a Tránsito. ¿Me lo promete?

LEOPOLDO.— Váyase tranquilo.

OCTAVIO.— Gracias. *(Se detiene en la puerta.)* Me habría gustado explicarle... Me habría gustado decirle... Sin embargo, no desespere. No necesita morirse para alcanzar la felicidad. Me han dicho que algunos la encuentran en vida. ¡Buenas noches! *(Y desaparece.)*

(Leopoldo queda solo durante unos segundos. Por último decide subir, pero se detiene en los primeros escalones. Sonríe recordando la advertencia de Tránsito y se sienta a esperar. A los pocos segundos la voz de Cristina, desde arriba.)

Voz de CRISTINA.— ¡Gato! ¡Gato!

LEOPOLDO.— ¿Qué hay, Perrita?

Voz de CRISTINA.— No te muevas. Espérame ahí. No te vayas a mover, Gato.

(Aparece Cristina. Vestida con un traje de novia de época. Es un vestido muy hermoso. Sobre la cabeza lleva una coronita de azahares y un velo. Leopoldo la mira. Durante algunos segundos queda mudo, uno no sabe cuál es su reacción. Por último estalla.)

LEOPOLDO.— ¡Ah, no! Esto es el colmo. Has pasado todo el día vestida de novia y se te ocurre disfrazarte de nuevo. No es hora de vestirse, Cristina. Subamos de una vez por todas.

(Sube a grandes zancadas. Cristina permanece sola. Ha sufrido una gran desilusión. Toma un candelabro y en el momento en que va a recoger la cola de su vestido, la detiene la voz de Gerardo desde la puerta del jardín.)

GERARDO.— No se mueva. Quiero recordarla así. ¡Siempre! Usted con ese vestido, bajo la luz del candelabro, ese silencio en torno y la claridad de la luna jugando sobre los pliegues de la seda. ¡No se mueva, por favor! Déjeme mirarla fijamente, cerrar luego los ojos para que la imagen permanezca bajo los párpados.

VOZ DE LEOPOLDO.— *(Desde arriba.)* ¡Cristina! ¡Cristina!

CRISTINA.— Es mi marido.

GERARDO.— ¿Por qué no se queda conmigo? Podríamos conversar.

CRISTINA.— ¿No le parece que ya hemos hablado bastante?

GERARDO.— Es que me gustaría poder conversar toda la noche con usted.

VOZ DE LEOPOLDO.— Cristina, te estoy esperando.

GERARDO.— Quédese. Sólo algunos segundos.

VOZ DE LEOPOLDO.— ¡Cristina! Por última vez. ¿Vas a subir o no?

CRISTINA.— *(Como si se excusara.)* Es mi marido.

GERARDO.— Quédese. Quédese.

VOZ DE LEOPOLDO.— *(Casi al unísono.)* ¡Cristina! ¡Cristina!

CRISTINA.— No debería...

- GERARDO.— Queda tan poco tiempo. Ya la luna no demorará en desaparecer y yo tendré que irme.
- CRISTINA.— Pero, ¿es verdad? ¿Usted morirá al amanecer?
- GERARDO.— No. Tan sólo desapareceré. Pero ya será tarde.
- CRISTINA.— ¿Tarde? ¿Para qué?
- GERARDO.— Tarde para hablar, para decirle...
- CRISTINA.— (*Interrumpiendo.*) Debo subir. Leopoldo se enojará.
- GERARDO.— Ya no la llama. Quédese conmigo. Es tan poco lo que pido.
- CRISTINA.— ¡Ah! ¿Usted pide algo?
- GERARDO.— Sí. Una pequeña hora. Nada más. El tiempo necesario para verla, para conservar su imagen.
- CRISTINA.— (*Halagada en el fondo.*) ¿Y por qué tiene que ser la mía?
- GERARDO.— ¿Quiere saberlo?
- CRISTINA.— Por algo se lo pregunto.
- GERARDO.— Porque la quiero.
- CRISTINA.— (*Después de una pequeña pausa.*) Pero... eso es absurdo. Usted apenas me conoce. Y...
- GERARDO.— No hable como lo que no es. Usted es distinta. Tiene que serlo. Hace un momento cuando entré en esta pieza y usted estaba ahí, junto a la mesa, me pareció que el mundo perdía un segundo. Me pareció que en ese instante, y sólo para mí, el mundo se detenía. Yo le había robado un minuto al tiempo. Es mío.
- CRISTINA.— Pero el mundo se ha puesto a girar nuevamente ¡Escúchelo! Casi me parece oír su eje mohoso. Ha pasado. Ahora debemos ser los de antes.
- GERARDO.— ¿Por qué?
- CRISTINA.— Porque soy distinta y usted sólo es...
- GERARDO.— Un fantasma. Es mi ventaja. Soy un fantasma que muere al amanecer. No quedará un solo rastro, nada. Por eso, ¿por qué no prolongar este momento único y transformarlo en una hora, en una pequeña hora, muy corta, lo que demora en morir la luna?
- CRISTINA.— Porque no sería honrado.
- GERARDO.— ¿Y qué es eso?
- CRISTINA.— Bueno, ser honrado es... ¿los fantasmas no tienen esa palabra en su vocabulario?
- GERARDO.— Para nosotros ser honrado significa ser sincero. No entorpecer la dicha, dársela a otros, si es posible.
- CRISTINA.— ¡Yo siempre he pensado lo mismo! Pero no... no creo que le gustaría a Leopoldo.
- GERARDO.— No necesita saberlo.
- CRISTINA.— ¿Ve usted? Eso no sería honrado.
- GERARDO.— Lo sería. Todo depende...
- CRISTINA.— ¿De qué?
- GERARDO.— De cómo se mire. Sería honrado para nosotros, para lo que hemos encontrado, para esta noche, para mí, que la quiero, y para usted...
- CRISTINA.— (*Interrumpiendo.*) Que no lo quiero.
- GERARDO.— Pero que no soportaría ver morir este momento.
- CRISTINA.— Ya pasó. Ya murió.
- GERARDO.— No es verdad. ¿No lo siente vivir todavía? Aquí, en todas partes. Yo lo escucho. Está en la pieza, en la luz de la luna, en lo que queda de esa melodía...
- CRISTINA.— Es verdad, algo queda. Parece que flotara a través del cuarto, lenta... lentamente... (*A medida que ella habla, se escucha a lo lejos, y en sordina, la melodía de la caja de música.*)
- GERARDO.— Más aún, está en nosotros, y no ha muerto. Vive todavía. ¡No sea ciega! Piense que en una hora más será demasiado tarde. Lo habremos dejado escapar.
- CRISTINA.— ¡No, eso no!
- GERARDO.— Entonces quédese.
- CRISTINA.— ¿Y si yo le hiciera una pregunta? ¡Muchas preguntas! ¿Me las contestaría?
- GERARDO.— Por supuesto. Tal como usted respondió a las que yo le hice allá arriba.

CRISTINA.— Pero ésas eran distintas. Usted me preguntó mi nombre, me hizo contarle la historia de Minino. Las mías serán mucho más importantes.

GERARDO.— Haga la prueba.

CRISTINA.— Dígame por qué me quiere.

GERARDO.— No... no sé...

CRISTINA.— Recuerde que usted me prometió contestar.

GERARDO.— Pero esa no tiene contestación.

CRISTINA.— Sí, la tiene. Y usted la sabe. ¿Por qué?

GERARDO.— Ya se lo dije: usted es distinta.

CRISTINA.— ¿A quién?

GERARDO.— A las demás.

CRISTINA.— ¿Y?

GERARDO.— Usted me hizo comprender, me hizo sentir más bien esta sensación... ¿cómo explicarle?

CRISTINA.— ¿Qué? ¿Un ansia de reír y llorar a la vez?

GERARDO.— ¿Cómo lo sabe?

CRISTINA.— Porque también yo... (*Mintiendo.*) Porque una vez hace mucho tiempo la sentí. Hace mucho tiempo, ¿comprende?

GERARDO.— Sí, y eso es lo que siento despertar en mí apenas la miro. Usted me ha hecho comprender por qué se puede sentir esta felicidad.

CRISTINA.— Es verdad. Una puede estar contenta, saber que hay un día de sol afuera, sonreír con algo muy triste y muy hermoso; pero esto es la dicha.

GERARDO.— Sí, esto es la dicha. El tiempo, el espacio, el mundo, todos se han confabulado para crear este momento.

CRISTINA.— La Tierra se ha detenido, la luna ha hecho aún más plateada su luz, el viento se encarga de la melodía...

GERARDO.— Entre los planetas, nadie comprende lo que sucede. Todos giran alocados, todos preguntan y nadie sabe...

CRISTINA.— Que la Tierra y la luna se han puesto de acuerdo para perder una pequeña hora.

GERARDO.— Para dejarse robar un minuto, un segundo, qué sé yo, la eternidad...

CRISTINA.— Donde Cristina y Gerardo puedan encontrarse.

(*Hay un silencio.*)

CRISTINA.— Gerardo, te quiero.

GERARDO.— Te quiero, Cristina.

CRISTINA.— (*Como si despertara de un sueño.*) Pero, ¿qué está diciendo? ¿Qué estoy diciendo? Nos hemos vuelto locos.

GERARDO.— No, Cristina. Debíamos encontrarnos. Eso es todo.

CRISTINA.— Es mejor que nos separemos. No quiero seguir hablando, no quiero seguir escuchando... (*Gerardo se acerca y la besa suavemente.*) Váyase ahora... váyase... (*Él retrocede hacia la puerta. Ella no lo mira.*) Gerardo... al separarnos quiero que sepa que cada uno llevará para siempre este momento, una hora robada a la noche. ¡Que nadie lo sepa! Jamás. Y váyase, váyase ahora...

GERARDO.— Adiós entonces. Piense en mí de vez en cuando, piense en este pobre fantasma... por última vez, adiós...

(*Ha ido retrocediendo y se ha perdido en la neblina que llena el parque. La luz ha cambiado, ya apenas se distingue la de la luna. Un resplandor incierto inunda la pieza. El amanecer está cerca. Cristina permanece de espaldas a los ventanales, inmóvil, como si supiera que no lo volverá a ver.*)

TERCER ACTO

(Cristina está todavía en escena. Los árboles de los parques ya empiezan a diseñarse a través de los ventanales. Octavio aparece y, muy cautelosamente, se asoma por los ventanales. Al ver que sólo está Cristina, entra.)

CRISTINA.— ¡Ah! Es usted.

OCTAVIO.— ¿Está esperando a alguien?

CRISTINA.— No.

OCTAVIO.— Menos mal. ¿Ha visto a Tránsito?

CRISTINA.— No.

OCTAVIO.— ¿Y ese vestido? ¿Suyo?

CRISTINA.— No, no es mío.

OCTAVIO.— Me parece tan conocido.

CRISTINA.— Lo encontré arriba, en un arcón.

OCTAVIO.— ¡Claro! Yo lo descubrí en el desván y lo puse ahí. Fue el que le presté a Anastasia para el baile de los Ramírez Peña.

CRISTINA.— ¿Anastasia?

OCTAVIO.— Anastasia Yusupoff, una princesita rusa... Pero, ¿de veras que usted no los conoce? Dan las fiestas más sensacionales. Pero ninguna como la de esta noche.

CRISTINA.— ¿Cuál fiesta?

OCTAVIO.— De donde vengo, de donde los Yusupoff. ¡Son tan ocurentes! Imagínese: fiesta de disfraces. Tema: los pájaros. Y todo sucedía sobre los árboles.

CRISTINA.— ¿Sobre los árboles?

OCTAVIO.— Disfrazados de pájaros, volábamos de rama en rama. La Carla Pontopianti de Mackenna estaba de gorrión; Pedrito García de los Ríos de queltehue, y la Rosita Carreau-Casse de pavo real con una cola maravillosa. Yo fui de petimordoré.

CRISTINA.— ¿Petimordoré? No conozco ese pájaro.

OCTAVIO.— Una variación sobre el petirrojo. Como quería lucir mi chaleco mordoré... ¡Fue sensacional! Para llamarnos, gorjeábamos y toda la comida fue servida en forma de gusanos. De entrada, cuncunitas de foie gras, luego chateaubriand en forma de caracol, y de postre lombrices de castaña en almíbar. Delicioso... Y después hubo baile y vuelo y charadas. Y todo estuvo perfecto hasta que llegó el sueco Olaf...

CRISTINA.— Apostaría a que se emborrachó.

OCTAVIO.— No. Peor. Como de costumbre se equivocó y llegó disfrazado de gato. Fue la dispersión general.

TRÁNSITO.— *(Apareciendo en lo alto de la escalera.)* ¡Octavio!

OCTAVIO.— ¿Sí, Tránsito?

TRÁNSITO.— ¿Dónde has estado toda la noche?

OCTAVIO.— Yo... yo... se me olvidó.

TRÁNSITO.— ¿Qué es eso que tienes en las manos?

OCTAVIO.— *(Escondiendo las plumas.)* Nada, Tránsito.

TRÁNSITO.— Sube inmediatamente.

GERARDO.— Pero, Tránsito...

TRÁNSITO.— Sube, te digo. *(Mientras Octavio obedece.)* Vamos a la pieza... ¡Rápido!

OCTAVIO.— Sí, Tránsito.

(Desaparecen los dos. Cristina decide subir también; pero en ese instante baja Leopoldo.)

LEOPOLDO.— *(Pretextando indiferencia.)* Buenos días.

CRISTINA.— ¿Gato, qué te has hecho toda la noche? Ya está amaneciendo.

LEOPOLDO.— Nada. Estuve durmiendo. Es normal que uno duerma de noche, sobre todo en su noche de bodas.

CRISTINA.— ¿Pero para qué bajaste? Yo ya iba a subir.

LEOPOLDO.— ¿Qué apuro hay? Ya lo ves, estoy en pie, vestido y lavado. Voy a ver si puedo hacer algo con ese auto. *(Y al salir.)* Porque olvidaba decirte que regresamos a Santiago, apenas se haya solucionado la panne.

CRISTINA.— ¿Cómo?

LEOPOLDO.— Regresamos a Santiago.

CRISTINA.— ¿Ya vamos a terminar la luna de miel?

LEOPOLDO.— Me parece que nunca ha comenzado.

CRISTINA.— Eso no es posible, Gato. Los planes... Aún deben tener reservada la pieza en el Palace.

LEOPOLDO.— *(Con forzada tranquilidad en un comienzo y cada vez con mayor agitación.)* ¿Para qué? Para que yo la ocupe toda la noche mientras tú merodeas por los salones. ¿Para que los mozos se rían de este marido que no logra mantener a su esposa en el dormitorio? ¡No! No creas que voy a prestarme para ese tipo de espectáculo. Esto se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó! Nos hemos equivocado, eso es todo. Te devuelvo a tu mamá.

CRISTINA.— ¿Pero, qué le vas a decir a la pobre?

LEOPOLDO.— La verdad. Nada más que eso. Que creía haberme casado...

CRISTINA.— Puedes reprocharme todo lo quieras. No contestaré.

LEOPOLDO.— Es lo único que faltaba: que te pongas trágica. No me exasperes. No me contestes. Recuerda que soy violento.

CRISTINA.— ¿Violento? ¿Porque gritas?, ¿porque te enojas? Los hombres violentos no hablan, actúan. Pégame. ¡Mátame! Toma: aquí está mi sien. ¡Dispara! O ya perdiste esa pistola que ni siquiera sabes manejar.

LEOPOLDO.— Mira, Perrita...

CRISTINA.— No me llames Perrita. Te lo prohíbo. De ahora en adelante para ti seré Cristina. No tengo miedo. No le tengo miedo a nadie. Puedes preguntarme lo que quieras, no tengo nada que esconder.

LEOPOLDO.— Muy bien entonces. ¿Dónde pasaste la noche?

CRISTINA.— Aquí.

LEOPOLDO.— ¿Sola?

CRISTINA.— No.

LEOPOLDO.— Bien me parecía que esta casa no estaba tan deshabitada. Nos iremos cuanto antes. Sube a vestirme y baja las maletas.

CRISTINA.— ¿Que yo baje las maletas? ¿No quieres algo más? Que te sirva, que sea tu esclava, que te lustre los zapatos... ¡Basta! Yo también quiero volver a Santiago.

LEOPOLDO.— Mira, Perrita...

CRISTINA.— Me has dicho perra. ¡Hasta el insulto has llegado! Esto es definitivo. ¡Qué bajo pueden caer los hombres!

LEOPOLDO.— Pero si toda la vida te he llamado Perrita.

CRISTINA.— ¡Pero hay perra y perra!

LEOPOLDO.— Pues bien, entonces sea: ¡Perra!

(Cristina no encuentra palabras para expresar su indignación. Y echándose a llorar, corre hacia arriba. Furioso Leopoldo se dirige a la puerta, pero Tránsito, que ha sorprendido el fin de la conversación, lo detiene.)

TRÁNSITO.— ¿Adónde va?

LEOPOLDO.— ¡Ah! ¿Es usted? Voy a ver lo que se puede hacer con ese maldito auto.

TRÁNSITO.— ¿Y no me iba a esperar? Había prometido venir a decirme adiós, ¿recuerda? He estado engañando el alba desde hace un buen rato para no desaparecer.

LEOPOLDO.— Perdóneme. Ya ni sé dónde tengo la cabeza.

TRÁNSITO.— ¿Qué es lo que ha sucedido ahora?

LEOPOLDO.— Es que mi mujer es insoportable. ¿Sabe lo que hizo? ¡No subió!

TRÁNSITO.— ¿Cuándo? ¿Anoche?

LEOPOLDO.— Hmm. Tuve que pasar la noche de bodas solo, durmiendo a ratos, vestido sobre la cama.

TRÁNSITO.— ¿Y por qué no la llamó?

- LEOPOLDO.— Claro que la llamé, pero ella no me contestó.
- TRÁNSITO.— ¿Y por qué no bajó a buscarla?
- LEOPOLDO.— Un hombre tiene su orgullo.
- TRÁNSITO.— Bastante ineficaz por lo demás.
- LEOPOLDO.— Eso es asunto mío.
- TRÁNSITO.— Pero, ¿qué obtuvo con su orgullo?
- LEOPOLDO.— Conservé mi dignidad.
- TRÁNSITO.— Y pasó la noche solo. No, señor Silva, usted que se dice hombre de tanta experiencia, debería saber que a veces vale la pena ceder un poco.
- LEOPOLDO.— ¿Y sentirse vencido?
- TRÁNSITO.— No, no se trata de eso. Yo nunca me he sentido vencida y no por ello he dejado de ceder. Renunciar al orgullo, señor Silva, a las pequeñas manías. Esperar, sobre todo. Cerrar los ojos y dejar pasar el tiempo. *(Pausa.)* Y ahora ¿qué piensa hacer?
- LEOPOLDO.— Nada. Volver a Santiago. Separarnos supongo.
- TRÁNSITO.— ¡Está loco!
- LEOPOLDO.— ¿Y qué podría hacer si no?
- TRÁNSITO.— Pedirle perdón.
- LEOPOLDO.— Jamás.
- TRÁNSITO.— Usted tuvo la culpa. Estoy segura que en la raíz de todo esto hay alguna torpeza suya.
- LEOPOLDO.— Claro, écheme la culpa a mí. Finalmente será ella la mártir y yo un tirano.
- TRÁNSITO.— ¡Apostaría que no celebró la sorpresa que quiso darle!
- LEOPOLDO.— ¿Cuál sorpresa?
- TRÁNSITO.— Y yo que se lo había recomendado tanto.
- LEOPOLDO.— Era tan absur... perdón, tan tonta.
- TRÁNSITO.— Para ella, no.
- LEOPOLDO.— ¿Cree usted que eso puede haberla impulsado a quedarse aquí abajo?
- TRÁNSITO.— A lo mejor. Simplemente se sintió sola y buscó la compañía de alguien.
- LEOPOLDO.— ¿De alguien? ¿Pero entonces usted cree que pasó la noche... con alguien? Yo se lo eché en cara; pero ni siquiera lo pensé.
- TRÁNSITO.— No, hombre, no hizo nada malo. ¿Con quién podría haberlo hecho en una casa poblada de fantasmas?
- LEOPOLDO.— Qué sé yo...
- TRÁNSITO.— No hizo nada malo. Si no acudió cuando usted la llamó, era porque estaba resentida. Pídale perdón y verá que todo vuelve a ser lo de antes.
- LEOPOLDO.— ¿Usted cree?
- TRÁNSITO.— Sí.
- LEOPOLDO.— ¡Qué curioso! Siento... siento que con usted tengo tanto en común, que comprendo tan bien lo que me quiere decir. Y me parece que de repente usted está distinta...
- TRÁNSITO.— ¿Distinta?
- LEOPOLDO.— Más suave, como si lo supiera todo. Más lejana también.
- TRÁNSITO.— Ya casi es la mañana y dentro de algunos minutos volveré a ser...
- LEOPOLDO.— ¿Qué?
- TRÁNSITO.— Lo que soy en realidad. Un fantasma.
- LEOPOLDO.— ¿Y eso la hace ser así?
- TRÁNSITO.— ¿Más suave, más lejana? Tal vez. Es todo lo que no fui en mi vida, señor Silva. Lo que demoré una vida en comprender... Pero váyase, váyase rápido.
- LEOPOLDO.— ¿Puedo... puedo darle las gracias?
- TRÁNSITO.— ¿Por qué?
- LEOPOLDO.— Por su hospitalidad.
- TRÁNSITO.— No faltaba más. Y ahora váyase, señor Silva, váyase... acabo de escuchar el primer canto del pájaro en el parque.
- LEOPOLDO.— Hasta luego.
- TRÁNSITO.— Adiós. Y, de vez en cuando, piense en esto.

(Leopoldo sale. Tránsito lo mira desaparecer y luego se dirige hacia la escalera. Ahí se encuentra con Cristina que baja.)

CRISTINA.— Buenos días, señora.

TRÁNSITO.— ¡Con usted tenía que hablar!

CRISTINA.— ¿Conmigo?

TRÁNSITO.— No me interrumpa, por favor. Todo debe ser muy rápido. Sé, no me pregunte cómo, que anoche tuvo una discusión con su marido. No deje que eso entorpezca su matrimonio. No vale la pena.

CRISTINA.— Pero si yo no le doy ninguna importancia.

TRÁNSITO.— ¿Cómo? Hace un instante los encontré como perro y gato.

CRISTINA.— Lo hice a propósito. Para que Leopoldo se desahogara.

TRÁNSITO.— Pero...

CRISTINA.— ¿Usted creía que yo iba a hacerle caso? ¿Que me iba a volver a Santiago? Nunca. Lo quiero demasiado para hacer eso.

TRÁNSITO.— (*Entre sorprendida y divertida.*) ¿Y usted es la misma Perrita de ayer?

CRISTINA.— No sabe, señora, cuántas cosas he aprendido en esta casa. Tal vez habría deshecho mi matrimonio por una nimiedad como ésa; pero hoy...

TRÁNSITO.— ¡Cuánto me alegro!

CRISTINA.— Hoy creo saber lo que deseo encontrar en Leopoldo. Quiero lo que está más allá de su mal genio, de sus gritos, de todo lo que aparenta ser.

TRÁNSITO.— Su fantasma en una palabra.

CRISTINA.— Tal vez.

TRÁNSITO.— (*Mientras se escucha el ruido de un automóvil.*) ¡Chit! Alguien viene... Y no quiero que me vean... Ya casi no soy yo... Y a una mujer como yo, Cristina, no le gusta esfumarse... (*Pero se esfuma.*)

LEOPOLDO.— (*Entra muy agitado.*) ¡Cristina! ¡Cristina!... Ah, estabas aquí. ¿Has visto nada más extraordinario? El auto partió con toda facilidad. Bastó que pusiera la llave en el contacto...

CRISTINA.— Me alegro. Bajé "mis" maletas. Las tuyas quedaron arriba. Puedes ir a buscarlas.

LEOPOLDO.— Acompañame.

CRISTINA.— Prefiero esperar aquí.

LEOPOLDO.— (*Después de un silencio y ya en la escalera.*) El día está espléndido.

CRISTINA.— ¿Sí?

LEOPOLDO.— No hay una sola nube.

CRISTINA.— ¿Vas a ir a buscar las maletas, sí o no?

LEOPOLDO.— No creo que llueva. (*Silencio.*) Es buena suerte, ¿sabes?

CRISTINA.— ¿Qué?

LEOPOLDO.— Que no llueva después de un matrimonio.

CRISTINA.— ¿Cuál matrimonio?

LEOPOLDO.— Pero, Cristina...

CRISTINA.— ¿Vas a ir a buscarlas o tendré que ir yo? No me extrañaría que fuera eso lo que andas consiguiendo.

(Leopoldo sale furioso. Cristina sonríe, saca una polvera y se mira al espejo. De pronto la asalta un pensamiento, como si hubiese escuchado una voz que la llamara. Se acerca al ventanal a través del cual se perdió Gerardo la noche anterior. Pero no hay nadie. Nadie la ha llamado.)

LEOPOLDO.— (*Mientras baja la escalera con las maletas.*) Cristina... Mira, te quería pedir perdón... Sí, reconozco que yo tuve la culpa al comienzo. No, no digas nada. No te dejaré que digas nada. (*Ella no ha tenido intención de hablar.*) Sé que vas a sacrificarte por mí; pero no, hay que ser justo. Si anoche yo no hubiera tenido ese arrebató... Claro que tú también deberías haber contestado, no digo a mi primer llamado, pero sí al tercero... No, no digas nada. Por una vez es cierto que soy yo el culpable... Dime, Cristina, ¿me perdonas?

CRISTINA.— (*Saltándole al cuello.*) ¡Gato! (*Y luego, curiosa.*) ¿Es verdad que el auto está bueno?

LEOPOLDO.— Sí. ¿No te parece extraordinario?

CRISTINA.— ¡Me parece maravilloso! Como si nos hubieran obligado... Ahora podemos ir al Palace.

- LEOPOLDO.— ¿Ves como todo era muy sencillo? Ya me lo había dicho Tránsito.
- CRISTINA.— ¿Tránsito? ¿Qué se habrán hecho todos?
- LEOPOLDO.— A esta hora ya son ectoplasmas.
- CRISTINA.— Ecto ¿cuánto?
- LEOPOLDO.— De lo que están hechos los fantasmas. Una materia suave, sin formas...
- CRISTINA.— ¡Ah! Como la pasta de los dientes.
- LEOPOLDO.— Pero, Cristina... *(Reteniéndose.)* Sí, como la pasta de dientes, pero transparente.
- CRISTINA.— ¡Ah! ¿Ves como comprendo todo? Basta que me lo expliques y yo lo capto.
- LEOPOLDO.— Vamos.
- CRISTINA.— Me habría gustado despedirme de la señora Tránsito y del señor Conde.
- LEOPOLDO.— ¿Y del Alférez no?
- CRISTINA.— De él me despedí anoche, mientras tú dormías y soñabas. ¿Con quién soñabas, Gato?
- LEOPOLDO.— Eso no lo sabrás nunca. Será mi secreto.
- CRISTINA.— ¿Y si yo te lo pidiera?
- LEOPOLDO.— Nada lograrías. Hallarás en mí el silencio de un sarcófago.
- CRISTINA.— ¡Mi gato con botas! Ya sabes que me declaro vencida cuando te pones a inventar esas palabras maravillosas.
- LEOPOLDO.— ¿Vamos, Perrita?
- CRISTINA.— Vamos.
- (Leopoldo toma las maletas y sale. Durante un brevísimo segundo Cristina mira el salón y luego sale. Algo queda flotando, algo como el recuerdo de la melodía de la cajita de música. Se escuchan las voces de los fantasmas.)*
- OCTAVIO.— ¡Míralos!... Allá van.
- TRÁNSITO.— Sí, y tomados de la mano.
- OCTAVIO.— Podrían habernos ahorrado todas estas molestias.
- TRÁNSITO.— Y Gerardo... ¿Dónde está Gerardo?
- GERARDO.— Aquí mamá. En el dormitorio grande.
- (Algo atraviesa la escena, algo como una corriente de aire que sube la escalera.)*
- TRÁNSITO.— ¿Qué estás haciendo con ese gato?
- GERARDO.— Es Minino.
- TRÁNSITO.— ¿El gato de felpa de Cristina?
- GERARDO.— Sí, lo dejó olvidado.
- OCTAVIO.— A ver, a ver... ¡Apostaría que van a volver a buscarlo!
- GERARDO.— ¿Tú crees, mamá? ¿Tú crees que volverá?
- TRÁNSITO.— No, no lo creo. No creo que vuelva a pensar más en Minino. *(Hay un silencio.)* Bueno, ahora podemos descansar... Sí, supongo que podemos estar contentos. Después de todo, hace mucho bien hacer el bien.
- (Hay un silencio. El salón se llena de presencias, pero nada vemos. La familia se apronta a continuar la rutina de su vida.)*
- GERARDO.— ¿Por qué crees que no pensará más en Minino?
- TRÁNSITO.— Porque es un juguete, porque ya no lo necesita.
- GERARDO.— ¿Y lo echará de menos?
- TRÁNSITO.— No sé. Y si llegara a pensar en él, estará contenta.
- GERARDO.— ¿De qué?
- TRÁNSITO.— De que se haya quedado aquí con nosotros.
- OCTAVIO.— ¿Tú crees?
- TRÁNSITO.— Estoy segura.
- OCTAVIO.— Es un punto de vista. Te lo respeto.

LA ETERNA TRAMPA

(1953)

Personajes:
LOS GONZÁLEZ:

JUAN

MARÍA, su mujer

LOS HIJOS:

JOSEFINA y

JUANITO

PRIMER ACTO

(Una vez que se han apagado las luces, sube al escenario, atravesando la platea, el Personaje. Es éste un individuo sin ninguna característica digna de recalcar; al contrario, todo en él es discreto, incoloro, y pasará desapercibido. Permanece frente a las cortinas corridas, esperando que se produzca el silencio y, una vez logrado esto, se enciende sobre él un foco. Se dirige abiertamente al público, en tono de conferenciante.)

PERSONAJE: De entre ustedes, he salido para contarles esta historia. No se asusten, no será larga. Tan sólo el tiempo que yo demore en morir. Porque tal vez, al final, yo deba morir. Pero ésa es otra historia, o por lo menos el término de ésta y dicen que es antiteatral destruir el suspenso, así es que respetemos las leyes y no nos apresuremos. Ante todo, supongo que desean saber quién es este individuo que les habla. Permítanme presentarme: yo soy el Personaje. ¡Es claro!, el nombre es bastante vago. ¿Al fin y al cabo qué es un personaje? Ya veo que más de alguno se lo pregunta. Ya que puede ser un hombre, una mujer, un anciano. Por ejemplo, esa señora allá atrás piensa que no se trata de ninguno de esos tres, sino de otro, de un enamorado quizás. Raza única y diferenciada. O bien, este señor se dice que un personaje forzosamente debe ser un médico, no porque él pertenezca a esa profesión, sino porque antes de salir, estuvo leyendo un artículo de divulgación científica donde se hablaba de galenos. Pero eso no importa. Lo esencial es que ustedes sepan que yo estoy aquí, mirándolos y que crean en mí. Porque, en el fondo, yo seré el que ustedes desean ver. Nada más. Pero no es motivo para asustarse. ¡Créanme! El asunto es muy sencillo. Voy a explicarles: ante cada uno de ustedes, y ante las tres personas de la historia, me iré transformando en lo que cada uno de ustedes busca. No se trata de que yo sea un espejo donde se reflejen, ya que en ese caso, tan sólo se encontrarían a sí mismos y yo soy otro. El sueño de un individuo nunca es igual a sí mismo. Y yo seré eso: el que persiguen los demás, el que se imaginan entrever en un tren que pasa, el que en las noches les ofrece lo imposible. ¡Pero ya he dicho demasiado! Prefiero que ustedes me descubran, me piensen, me llamen. Si yo apareciera ante ustedes, así, tan simplemente, se perdería gran parte de la emoción. *(Pausa.)* Y me callo, pues ésa es otra regla teatral: no insistir, ya que la insistencia aburre y mata el interés por descubrir. *(Pausa.)* Paso a nuestra historia. *(Lentamente se abren las cortinas.)* Todo lo que voy a relatar aconteció en una playa, uno de esos balnearios que fundó la aristocracia, pero que hoy invade la clase media.

(Al fondo del escenario aparece un muro hecho de tablas que tendría algún lejano parecido con la fachada de una casa. La iluminación es débil y, en primer plano, hay una baranda. Tal vez cerca de ella, puede existir algo que simule un árbol o, simplemente, un tronco. Lo mismo cerca de la pared de tablas, donde también encontraremos un banco en lo que podría ser el jardín de la casa.)

PERSONAJE: El lugar no es muy bonito; pero hay paseos, hay una playa que los días domingos se llena de "afuerinos", como los veraneantes acostumbran llamarlos; pero durante el resto de la semana es casi desierta y sobre todo hay mar. Constantemente se le escucha. El ruido

es un poco enervante, aún más de noche, cuando los adolescentes se revuelven en sus camas, tratando de conciliar el sueño. Este mar será el responsable de muchas acciones de los personajes, porque en esta historia también habrá personajes, como en todas las historias por lo demás. Es curioso, ustedes no se han dado cuenta de los efectos que un ruido cualquiera produce sobre ciertas personas. La cantidad de imágenes que evoca, que despierta, que hace fermentar un ruido dentro del cuerpo del que los escucha. Algo así sucede con este mar. Y a propósito, olvidaba decirles que ustedes también tendrán un papel dentro de esta historia. Representarán el mar. Un mal poeta declamaría: "El mar tiene cien rostros" y, haciendo circular sobre ustedes la luz de un reflector, demostraría que no miente. Pero yo no soy un mal poeta, ni siquiera soy un poeta, por eso me abstengo de hacer comparaciones. Entonces quedamos de acuerdo: ustedes serán el mar, por lo menos el mar de los personajes, y ya les avisaré cuando tengan que simular una tempestad... aunque eso queda por ver; hay que desconfiar de estos efectos de conjunto. Más vale que la historia se desarrolle teniendo como marco un océano tranquilo. Dos días de mar calma no es mucho pedir. Bueno, todo está convenido: ustedes, el mar; allá atrás, la casa de los González. Siempre es la misma la que arriendan. Supongo que, con el tiempo, la comprarán, pasando a ser una de las tradicionales familias de La Caleta, que es el nombre de este balneario. Serán los "González", ¿cuáles González? Los González de La Caleta. ¡Ah!, por supuesto. Mientras tanto, Juan González se conforma con arrendarla. El sueldo no le alcanza para más.

(Súbitamente se apaga el foco que ilumina al Personaje y se enciende otro, cerca del muro, que descubre a los cuatro miembros de la familia González. La luz parece haberlos inmovilizado, casi como en una fotografía. Visten ropas de viaje y traen maletas. Cuando uno habla, los demás permanecen inmóviles.)

JUAN.— Me llamo Juan González, 48 años, casado, de profesión: empleado. Es lo que dice el carnet. Podría agregar que mi padre también se llamaba Juan González, así es que hay que diferenciar. Yo soy... perdón, él era Juan González Montebruno y yo Juan González Silva. Tal como dije, soy casado. Lo hice cuando tenía situación, no muy joven, mi hija mayor acaba de cumplir dieciséis años. ¿Qué más puedo agregar? Ah, sí, soy empleado público y ahora gozo de mi feriado legal, quince días, dieciocho con los domingos. Creo que eso es todo, salvo dejar constancia de que estoy muy contento de poder venir a La Caleta como todos los años.

MARÍA.— Me llamo María y estoy casada con Juan González; pero el día de nuestro matrimonio parece tan lejano. Más que el día, lo que entonces pensábamos, prosigamos: hay tanto que hacer. Tengo la impresión de que he perdido tanto. Los días se escurren...

JOSEFINA.— Yo tengo dieciséis años y me parecen tan ridículas esas mujeres que esconden su edad. La señorita Olga, mi profesora de literatura, que es de mi opinión, dijo el otro día que la gente tiene... bueno, dijo algo como... la edad del espíritu. Le comprendí muy bien; pero no lo sé explicar. Me llamo Josefina González Mil-lán. Me encanta ese apellido Mil-lán, suena tan exótico al final del nombre. Por ningún motivo lo pronunciaría en la forma en que todos lo hacen. Yo digo Mil-lán. Al fin y al cabo, no comprendo por qué uno lo va a esconder. ¡Es lo único distinto que tengo! En el nombre, quiero decir, ya que soy muy diferente a mis amigas. A mí me gusta leer, sobre todo leer de noche, en los balcones, a la luz de la luna y sin lámparas. Me gusta la poesía, los versos tristes y yo... yo también escribo... bueno, a veces, pero no le muestro a nadie mis poemas, salvo a la señorita Olga que es muy inteligente...

JUANITO.— *(Interrumpiéndola.)* Me llamo Juan González Millán. Me dicen Juanito. Tengo siete años. Estoy en segunda preparatoria y me encantaría tener carnet, como mi papá. También me gustaría tener muchas otras cosas que tiene mi papá.

(Se apaga el foco y vuelve a encenderse el que alumbraba al Personaje.)

PERSONAJE.— Bueno, ésas son las personas con las cuales construiré la historia. No, construir no es la palabra, porque todo está hecho ya, vivido. Yo recuerdo simplemente. ¿O no? ¿Qué piensan ustedes? ¡No más conjeturas!, clama esa muchacha amiga de las ciencias positi-

vas. La escucharé, señorita. Y sin aclarar nada, sin complicar más, prosigamos. Estas cuatro personas pasarán dos meses en La Caleta, salvo Juan, me refiero al padre, quien debe regresar a su trabajo al cabo de quince días. Sin embargo, desarrollaré este asunto durante el tiempo en que él también esté veraneando. Así será más sencillo. Mi historia cabe en dos días. Es todo lo que necesito. Pero, antes, démosle una ojeada a los preliminares.

(Vuelve a apagarse el foco, encendiéndose el otro. Durante algunos segundos, los personajes permanecen inmóviles y luego se agitan y actúan libremente.)

JUAN.— Bueno, ya llegamos. La casa no ha cambiado mucho.

MARÍA.— No ha cambiado nada. Ni siquiera le han arreglado el techo. Ojalá que no llueva como el año pasado, porque eso de dormir entre tarros cantarines... ¡Oy! Tampoco compusieron esta grada. Ahora sí que nadie se salva: más de alguno se romperá la cabeza.

JUANITO.— ¡Mamá, yo quiero ir a la playa!

MARÍA.— Apúrate, Chepa. Ayuda a entrar las maletas. No es hora para ponerse a leer. Yo no sé, esta niña se va a enfermar de la vista... *(Desaparece dentro de la casa con algunas maletas; emerge a los pocos segundos, dramática.)* ¡Juan! No han llegado los baúles. ¿Qué habrá sucedido? Todos los años pasa lo mismo. Yo te dije que los mandarás la semana pasada.

JUANITO.— ¡Mamá, quiero ir a la playa!

MARÍA.— Ahora tendremos que dormir, comer, pasear y todo lo demás con lo que trajimos puesto. Tres días por lo menos antes de que lleguen los baúles, y todo viene en los baúles. Yo te lo había dicho: pero lo mismo da hablarle a una pared. Chepa, por última vez, deja ese libro y ayuda.

JOSEFINA.— *(Con voz de mártir.)* Bueno, mamá.

JUAN.— *(Conciliador.)* ¡Ah! ¡Qué aire tan puro! *(Aspirándolo.)* Es bueno para los pulmones. Vamos, Juanito, aspira.

JUANITO.— ¡Mamá, quiero ir a la playa!

MARÍA.— Si dices eso una vez más, te rompo la cabeza. No irás hoy día. Es malo bajar a la playa apenas uno ha llegado. Ya te lo dijo tu tío, y él debe saberlo ya que es médico. *(Viendo que Josefina se aleja.)* ¿Y tú adónde vas?

JOSEFINA.— Volveré a la hora del té.

MARÍA.— ¿Adónde vas?

JOSEFINA.— A la playa, a las rocas, a leer.

MARÍA.— ¿No oíste lo que le dije a Juanito?

JOSEFINA.— Sí, pero Juanito es un niño.

MARÍA.— Y tú también. Nadie irá a la playa esta mañana. Y mañana, daremos un paseo corto por la arena seca y sin sacarnos los zapatos.

JOSEFINA.— *(Que domina toda la situación con un aire superior.)* Hasta más tarde.

MARÍA.— ¡Josefina! ¿Adónde vas?

JOSEFINA.— A cualquier parte.

MARÍA.— Juan, dile algo a tu hija. No es posible que te quedes ahí como estafermo sin hacer nada. ¡Dile algo! Vas a dejar que la niña baje a la playa, desobedezca, se saque los zapatos, se resfríe y se muera de una pulmonía. ¡Dile algo!

JUAN.— Mira, Josefina, creo que... ¡Todavía no han entrado las maletas! ¡Ayúdame, Juanito! *(Desaparecen dentro de la casa cargando algunas maletas.)*

JUANITO.— ¿Por qué no me dejas ir, mamá? La Chepa va a ir, yo quiero ir, yo quiero ir, yo quiero ir... *(La madre lo hace callar con un golpe. El niño comienza a lloriquear y desaparece dentro de la casa.)*

MARÍA.— Ésta es la desconsideración de los hijos. La ven a una trabajando como burro, sacrificándose para poder venir a veranear y así es como le pagan. ¡Ah! Si se pudiera dejar que todos se fueran al diablo y hacer lo que siempre he soñado. Pero no. Hay que trabajar, más y más, seguir adelante con esta vida de mártir. ¡Para lo que agradecen! Tú, por ejemplo, viendo todo lo que voy a tener que hacer. Limpiar la casa, hacer las camas, encerrar tal vez como un peón y sola, sola, sola, porque a tu padre por horror se le ocurrió mandar a la Eufemia por tren ordinario y llegará quizás cuándo; tú, dándote cuenta de esto, ya que eres grande y puedes razonar, ¿o no?, tú que me ves vieja,

agotada, sin poder dar un paso, qué es lo único que imaginas: ¡Irte! Claro, irte y ni siquiera a pasarlo bien, a reír con los otros jóvenes, sino que a leer un libro estúpido sobre una roca idiota. ¡Cuando me acuerdo lo que yo ayudaba a mamá! Pero los tiempos cambian, los hijos también parece, ya no son los mismos. Por lo menos una esperaba cierta compensación en la vejez y... nada. En fin..., supongo que una tendrá que conformarse.

(A medida que habla, se ha ido emocionando con sus propias palabras. Josefina también. Cuando María enmudece, saca un pañuelo y se suena, pero antes de que haya podido agregar una sola palabra, su hija se arroja en sus brazos.)

JOSEFINA.— ¡Mamá!

(Y mientras las dos lloran, abrazadas, se apaga lentamente el foco. Vuelve a encenderse el otro revelando al Personaje.)

PERSONAJE.— Ya ha pasado una semana. Hagamos saltar el tiempo. O somos nosotros los que saltamos. En fin, con el tiempo nunca se sabe. Por lo menos, evitar pormenores tediosos. Cierren los ojos durante un segundo e imaginen que ha transcurrido una semana. Es cuestión de poner los relojes a la hora, nada más. Son las diez y media de la mañana...

(Con estas palabras se apaga el reflector y se enciende otro, cerca del muro. María está de pie, inmóvil, en lo que es el jardín de la casa. Sólo después de algunos segundos comienza a accionar. Mira la mañana, como descubriéndola, y deja caer un trapo de aseo que trae en la mano. Todavía está en bata, la cabeza envuelta con un pañuelo, da la impresión de que aún no ha terminado sus quehaceres. Contempla el mar y se entiende que la naturaleza, el aire, la luz del momento despiertan en ella un extraño goce. Avanza hacia el pequeño banco y se desploma en él.)

MARÍA.— *(Como en sueños.)* Sigue tú, Eufemia... Limpia el dormitorio y recuerda que el polvo no se echa debajo de...

(Permanece así durante unos segundos y luego Juanito viene a interrumpir.)

JUANITO.— Mamá, ¿puedo ir a la playa?

MARÍA.— Debe estar muy linda.

JUANITO.— Pero puedo ir, mamá.

MARÍA.— ¿Cómo? ¡Ah! A la playa. No, Juanito, cuántas veces te lo voy a repetir. No quiero que bajes solo. Tu papá ya va a estar listo y él te acompañará. O bien, por qué no vas con la Josefina.

JUANITO.— No va a ir.

MARÍA.— ¿Quién?

JUANITO.— La Chepa.

MARÍA.— ¿Cómo? ¿Por qué?

JUANITO.— Yo le pregunté lo mismo; pero me disparó una zapatilla y... ¡Ah! Me había olvidado. *(Poniéndose a llorar.)* ¡Mire lo que hizo, mire, mire! Tengo una herida en la frente.

MARÍA.— ¿Dónde? ¡Ay, qué grande es! ¡Y cómo sangra! *(El niño la mira con ojos asustados, ella se echa a reír.)* Vamos, no seas tonto, no es nada. No tienes que pelear con tu hermana y sobre todo no deben dispararse zapatillas.

JUANITO.— Mamá... ¿qué es un avaro?

MARÍA.— Un avaro... bueno, es un hombre que como... quiero decir, es un hombre que gana mucha plata y no quiere gastarla. La junta y la mira, eso es todo.

JUANITO.— ¡Ah! Tienes que mirar la plata para ser avaro. Entonces no importa.

MARÍA.— ¿Qué es lo que no importa?

JUANITO.— Es que... se acuerda de esa alcancía que me regalaron para mi cumpleaños. Bueno, ya está lleno el chanco y la Chepa me dijo que por qué no lo rompía y gastaba la plata, pero yo le dije que no quería, porque me gusta tener el chanco lleno y agitarlo para oír el ruido que hace. Y entonces la Chepa me dijo que era un avaro y me tiró la zapatilla... Y yo creo que es cierto. Tengo miedo, mamá.

MARÍA.— ¡Tonto! Eso no es ser avaro. Algunos te llamarían previsor tal vez.

JUANITO.— ¿Previ cuánto, mamá?

MARÍA.— Previsor, es decir el que acumula cosas para lo que va a suceder después. *(Como para*

sí.) Es lo que hace la mayor parte de los hombres, sin darse cuenta de que ése es justamente el detalle por el cual las mujeres los odian.

JUANITO.— ¿Quiénes odian a quién?

MARÍA.— Nadie. Mira, para demostrarle a la Chepita que no eres un avaro, vas a darle un martillazo al chanco y con la plata que haya adentro, comprarás un regalo para ella.

JUANITO.— ¡Eso nunca! Para ella, jamás. Si no fuera por la Chepa, a mí no se me habría ocurrido pensar que era un avaro.

(Aparece Juan. Viste una tenida ante la cual nadie podría dudar de que va a la playa. Juanito se aleja y, para entretenerse, comienza a destrozar flores con un palo.)

JUAN.— Vamos, Juanito.

MARÍA.— *(Riendo.)* ¿Dónde vas con esa camisa?

JUAN.— A la playa. ¿Por qué? ¿La encuentras poco varonil? Tú crees que la gente pensará...

MARÍA.— No es eso, pero cabrían cinco como tú adentro. ¡Mira cómo flotas! Y desabróchate el botón del cuello. Me pone nerviosa verte siempre tan empaquetado.

JUAN.— Pero, Marujita, dime con toda sinceridad. La encuentras un poco... ¿extravagante?

MARÍA.— ¡Y qué te puede importar eso!

JUAN.— Bien le decía yo al vendedor que un hombre de mi edad no puede permitirse estas locuras. Voy a cambiármela.

MARÍA.— Haz lo que quieras.

JUAN.— Pero, Maruja, por una vez olvídate de que estás enojada y contéstame con toda sinceridad. ¿Tú crees que la gente no se reirá? No me refiero al porte de la camisa, no, el vendedor me aseguró que angostaba al lavarla, por eso compré un número más grande, pero el color, la forma, ¿te parece bien?

MARÍA.— ¡Te aseguró que angostaba al lavarla! La eterna historia. Por eso es que siempre andas vestido como un payaso, con dobladillos en las mangas de las camisas, que si no parecerían sotanas, y con papel en la punta de los zapatos para que no se te salgan al caminar. ¡Anda de una vez a la playa! Y si alguien se ríe, dile que hable conmigo.

JUAN.— Tú crees que...

MARÍA.— Sí, sí creo. Llévate de una vez al niño a la playa sino va a romper todas las flores del jardín. Ese afán de guillotinar crisantemos supongo que tampoco lo habrá heredado de ti.

JUAN.— Guillotinar. Entonces el honor es tuyo. Son cualidades de "tu" pueblo. La guillotina, el vino y ese afán de limpiar cada perilla de cada catre, en vez de bajar a la playa y gozar de este verano que, mal que mal, bastante me cuesta.

MARÍA.— ¡Eso es lo único que faltaba! Echarme en cara los cuatro pesos que gastas en esta pocilga. Si no fuera por lo que yo limpio, nadie podría entrar en la ratonera.

JUAN.— ¡María: el niño!

MARÍA.— Vamos, Juanito, a la playa con tu papá.

(Mientras ellos salen, ella vuelve a caer sobre el banco y ahoga un sollozo, sincero esta vez. Josefina, que ha estado espionando tras la puerta, corre hacia su madre.)

JOSEFINA.— ¡Mamá!

(Y mientras las dos abrazadas, lloran, se apaga la luz. Aparece el Personaje.)

PERSONAJE.— Sí, los hechos suelen repetirse. Las familias no se dan cuenta; pero día tras día están haciendo y diciendo las mismas cosas para alcanzar soluciones idénticas y volver a empezar desde el comienzo. Alguien dijo... y la comparación no es mía, que una familia se parece a... a uno de estos juguetes de feria que giran y giran. A un carrusel. Eso es. Cada caballo está clavado en su sitio y, en pos de los otros, persigue una meta que no alcanzará. ¿Qué es lo que logra? Girar, tan sólo eso. Y cómo podría ser de otro modo, ya que todos los miembros de una familia son distintos y cada uno, es lógico, debe luchar por sus propias ideas. Por eso que mi campo de acción es la familia. Es en aquel desorden, desorden que conserva una fachada inobjetable, donde mi familia logra fructificar. Sin embargo, temo que esto se esté transformando en una comedia edificante... o destructora, cuando sólo pretende ser una historia de balneario. Supongo que más de alguien estará pensando que yo interrumpo la escena en momento poco oportuno y que, en esta forma, elimino los

minutos dulces que compensan los otros, los amargos, que existen en toda familia. Intuyo que esa abuelita allá en el fondo se lo está diciendo y, por timidez, teme expresarlo en voz alta. Pues bien para comprobar cuál de los dos tiene razón, sigamos escuchando la escena. *(Se apaga la luz y vuelve a prenderse el otro reflector. Madre e hija están en las mismas posiciones que antes; pero no lloran. Sólo después de algunos segundos que se ha encendido la luz, vuelven a escucharse los sollozos.)*

JOSEFINA.— Será éste mi destino. Llorar junto a mi madre.

MARÍA.— Y qué sigue después.

JOSEFINA.— Después. ¿Después de qué?

MARÍA.— Sí, cuál es el otro verso del poema.

JOSEFINA.— ¡Mamá!

MARÍA.— Vamos, Josefina, deja esos libros de una vez por todas y anda a bañarte a la playa.

JOSEFINA.— No, mamá, no voy a ir. Tengo dieciséis años y tengo derecho a elegir.

MARÍA.— ¿A elegir qué? ¿Se podría saber?

JOSEFINA.— La vida.

MARÍA.— *(Riendo.)* No digas esas palabras tan grandes con tanto entusiasmo. Podrías atragantarte.

JOSEFINA.— *(Irguiéndose.)* Es inútil que sigamos hablando.

MARÍA.— ¿Por qué? Por qué no podría comprender. Pero si a todos nos ha pasado lo mismo. A los dieciséis años, siempre hay un padre que no sabe comprender. A mí, mamá no me dejaba usar medias; yo no quiero que leas todo el día. Es sólo una insinuación y no tiene los caracteres prohibitivos que poseía la orden de mi madre. Respecto a eso, los tiempos han cambiado, puedo asegurártelo.

JOSEFINA.— No es eso. Hay tantas otras cosas.

MARÍA.— Por ejemplo.

JOSEFINA.— Yo... yo soy distinta a ustedes, ¿no se han dado cuenta? A mí me gusta leer.

MARÍA.— Sí, sobre todo de noche en los balcones, a la luz de la luna.

JOSEFINA.— ¿Cómo lo sabe?

MARÍA.— *(Cada vez menos irónica.)* También quieres vivir tu vida.

JOSEFINA.— ¿Tanto se nota?

MARÍA.— Es como si a cada momento lo estuvieras gritando.

JOSEFINA.— Y yo que lo creí tan secreto, tan escondido.

MARÍA.— Nunca ha sido un secreto el ir contra las cosas. Plantarse frente a ellas como una de esas figuras que antes amarraban en las proas de los barcos...

JOSEFINA.— Es cierto, me encanta sentir el viento.

MARÍA.— Y también en las noches hay como una impaciencia, un desasosiego, el ansia de salir a buscar...

JOSEFINA.— ¿A quién?

MARÍA.— *(Emocionada ya.)* Al hombre con que alguna vez soñamos. Era alto... es alto y muy buenmozo, su sonrisa es extraordinaria, le ilumina todo el rostro... *(Súbitamente.)* ¡Ah! Josefina, tengo miedo, tengo miedo por ti.

JOSEFINA.— ¿Miedo? ¿Por qué? Si todo es tan simple. Basta buscar a alguien y se le encuentra.

MARÍA.— Escúchame, voy a decirte algo... no sé si deba; pero tengo que prevenirte. Escúchame con toda atención, nunca más voy a hablarte sobre esto, te lo prometo; pero Josefina, ten cuidado, mi niña. Los rasgos de un hombre joven engañan. Un muchacho es siempre más sincero y más fiel que un hombre; pero también crece y se transforma en hombre y no es el que buscábamos. Es otro. No es alto, no es buenmozo, y sobre todo ha perdido aquella sonrisa que era como un resplandor sobre su rostro... Y entonces ya es demasiado tarde. Por eso, ten cuidado cuando alguien te mire en los ojos, ten cuidado de que no haya luna, ni música y que no sea de noche, sino de día, pleno día, plena luz. Y aún así, míralo tú también, intensamente, no bajes los ojos, busca en los suyos la otra imagen, ésa que no es sueño y que te puede salvar... Míralo bien, así como yo te estoy mirando ahora, hasta ese fondo movedizo que todos escondemos...

JOSEFINA.— Sí, mamá.

(Lentamente a medida que habla, se apaga la luz. Aparece el Personaje.)

PERSONAJE.— Ustedes dirán. Yo no soy un buen juez. Tal vez usted, señora, me ha derrotado. Seré, de ahora en adelante, su eterno rehén. Sin embargo, me gustaría tener la confirmación de la historia. Creo que es preferible escucharla; más bien dicho, iniciémosla de una vez por todas. Ha pasado otra semana. ¡Nuevamente habrá que ajustar los relojes! Durante estos siete días han sucedido muchas cosas de las cuales serán informados a su debido tiempo. Y ahora también tendré que despedirme de ustedes, ya que debo incorporarme a la historia misma y ser un personaje más. Me verán transitando por ahí; pero no podré volverles a hablar, por lo menos hasta que pase un tiempo. ¡Basta! Nadie lo ha dicho; pero es justo que lo piensen. Cuando alguien habla demasiado... Lo cierto es que me resulta duro despedirme. Las partidas logran crear estos climas irremediables y desesperados... como decía alguien, yo no. Puesto que no soy sentimental, ya habrán podido darse cuenta de ello. Por lo demás... son las siete y media de la tarde, hora en que los veraneantes acostumbran dar una vuelta por la rambla. *(Señalando la baranda.)* Éste es un paseo tallado en la roca viva a fuerza de dinamita, junto al mar. *(Señalando al público.)* Un alcalde progresista decidió su construcción y él mismo encendió con mano temblorosa la primera mecha.

(A medida que el Personaje habla se van apagando las luces y, cuando se vuelven a encender, aparecen María, Juan y Juanito.)

MARÍA.— Ya es hora de que Juanito estuviera en casa. Con estos cambios bruscos de temperatura uno nunca sabe.

JUAN.— Dicen que en Europa no es así.

MARÍA.— Si crees que por medio de la temperatura vas a insultar a mi parentela, te equivocas.

JUAN.— Pero si yo...

MARÍA.— Supongo que yo tendré que ir a dejarlo.

JUAN.— ¿A quién?

MARÍA.— Al niño.

JUAN.— Si quieres...

MARÍA.— ¡Claro! No podía ser de otro modo. Pedirle a un hombre que se preocupe de sus hijos es como exigirle agua a un papel secante.

JUAN.— No veo qué tiene que hacer el papel secante.

MARÍA.— ¡Como si los hijos les importaran algo! Son ellos los que insisten y después... hasta la vista. Creen que ya han hecho suficiente.

JUAN.— Trata de hacer otro tanto.

MARÍA.— ¡No seas grosero! Sobre todo delante del niño.

JUANITO.— No me quiero ir a la casa todavía.

MARÍA.— Supongo que irás a jugar al Gran Hotel, como de costumbre. Y, como de costumbre, perderás. Los hombres no comprenden lo que es un veraneo. Se lo pasan jugando y tomando y fumando, lo mismo que cuando no veranean.

JUAN.— Hasta este momento, he llevado una vida de perfecto veraneante. Playa a las diez y media, ejercicios, baños de mar, respiratorios, almuerzo. Pequeña y corta siesta, ya que un cuerpo no es más que una máquina y, por lo tanto, necesita descanso. Onces precipitadas, batalla campal con Juanito para proteger los pocos crisantemos que quedan, y para terminar dos horas y media de alpinismo. *(Estallando.)* ¡Qué más quieres que haga!

MARÍA.— No sé, una vida un poco más sana. En fin, algo. Vamos, Juanito.

(La madre y el niño desaparecen en dirección a la casa. Desde hace algunos instantes, ha aparecido el Personaje, manteniéndose a una discreta distancia. Cuando lo ve, Juan pretexto indiferencia y se va acercando lentamente hasta quedar junto a él. Hablan sin mirarse, con la vista dirigida hacia el mar. Durante la conversación, el Personaje actúa fríamente, envolviéndose en algo misterioso que lo aleja y que logra colocar a Juan en una situación inferior.)

PERSONAJE.— Buenas noches.

JUAN.— *(Con impaciencia.)* Buenas noches, Salvador. ¿Está todo listo?

PERSONAJE.— Eso depende de usted.

JUAN.— Sí, sí, yo estoy listo. Entonces esta noche.

PERSONAJE.— ¿Y su mujer? Porque recuerde que todo esto debe mantenerse callado, como el más riguroso de los secretos.

JUAN.— ¡Puede contar conmigo! No se preocupe. Acostumbro ir todas las noches al Gran Hotel a jugar póquer. Creerá que estoy allá.

PERSONAJE.— ¿Y si lo fuera a buscar?

JUAN.— No, no irá, se lo aseguro. Aunque tenga que amarrarla.

PERSONAJE.— Nada de eso. Ya se lo dije, hay que evitar hasta la más mínima sospecha. Debe actuar con suma discreción.

JUAN.— Sí, naturalmente.

PERSONAJE.— Recuerde que un descuido puede hacerlo fracasar todo.

JUAN.— Confíe en mí, Salvador.

PERSONAJE.— No estoy tan seguro.

JUAN.— Pero... ¿qué otras pruebas podría darle? ¿No he sido suficientemente discreto durante estas dos semanas? A nadie le he hablado. Se lo prometo, Salvador.

PERSONAJE.— ¡No grite mi nombre! Tampoco deben saber que usted me conoce. Eso es una indiscreción.

JUAN.— Oh, perdón. No lo volveré a hacer. Se lo prometo, se lo juro, Sal...

PERSONAJE.— Está bien: le creo.

JUAN.— (*Muy contento.*) ¿Y el aparejo?

PERSONAJE.— Lo tengo todo. Tres cuerdas largas y resistentes, una picota y dos sacos.

JUAN.— ¿Y el farol? Apostaría que se olvidó del farol. ¡Ah! Es tan importante.

PERSONAJE.— También lo llevo y una vela además.

JUAN.— ¿Una vela? ¿Y para qué?

PERSONAJE.— Para saber cuándo se termina el oxígeno: en ese momento se apaga la vela y no hay que seguir avanzando.

JUAN.— Pero entonces, ¿es muy honda la gruta?

PERSONAJE.— Bastante. Supongo que tendrá unos...

JUAN.— Chtt... viene alguien. Tome, aquí tiene mis anteojos. Mire, mire cualquier cosa...

(*Aparece Josefina con un libro y, sin mirarlos, sigue hacia el lado opuesto. En la mitad del camino se detiene, contempla el mar y suspira. Mientras tanto, Juan y el Personaje han seguido conversando.*)

JUAN.— Ahí... así ve. Ese puntito negro. Cualquiera diría que es una isla. (*Viendo a Josefina.*) Es mi hija, no podrá escucharnos desde allá. Entonces me decía que la gruta es "muy" honda...

PERSONAJE.— Dije bastante, no "muy". Pero es necesario llevar una vela. Se han dado casos de asfixia.

JUAN.— ¡Ah! No es la primera vez que alguien se aventura por esos lados.

PERSONAJE.— No, otros han tratado de encontrarlo. Pero ni siquiera lo han visto, salvo yo, naturalmente.

JUAN.— ¿Y es enorme?

PERSONAJE.— Más o menos.

JUAN.— ¡Cuidado! Mi hija se acerca. (*La muchacha atraviesa la escena, el otro vuelve a mirar por los anteojos.*) Pero sí, sí, le aseguro que es una isla. Ayer alcancé a divisar unos árboles... Ya se aleja. ¿Y cómo es el cofre?

PERSONAJE.— Ya lo verá.

JUAN.— Ah, mi amigo, usted tiene todo el mutismo y el misterio de los personajes de novela. Nunca creí que los marinos de los libros de aventura se parecieran tanto a la realidad. Yo soy muy aficionado a ese tipo de lectura, o por lo menos era... y siempre he soñado con verme envuelto en una expedición como ésta. ¿Hay mucho oro? Dígame, ¿cuánto?

PERSONAJE.— Ya se lo he repetido tantas veces, ni más ni menos de lo que dice la leyenda. Porque ¿usted cree en leyendas, verdad?

JUAN.— Por supuesto.

PERSONAJE.— Dicen que en una de sus correrías, un corsario, no recuerdo cuál, desembarcó en estas costas. Viéndose obligado a precipitar su partida, por no sé qué asunto, enterró un gran tesoro. Y para hacerlo, escogió esa gruta. Desde entonces la llaman la Cueva del Pirata. El cofre es bastante grande y pesado; yo no tuve fuerzas suficientes para subirlo.

JUAN.— ¿Cómo? ¿Está en un sitio muy hondo?

PERSONAJE.— Relativamente. Al término de uno de los numerosos corredores en que se divide la gruta, hay lo que parece ser una antigua noria. Ahí está.

JUAN.— ¡Una gruta, una noria, cubierta de telarañas sin duda!

PERSONAJE.— Las que tuve que romper para poder bajar.

JUAN.— Ah... porque usted descendió.

PERSONAJE.— Por supuesto. Sin embargo, cuando quise subir llevándome el cofre, no me fue posible hacerlo. Ni siquiera logré despegarlo del suelo, tan pesado es. Pero entre dos será muy distinto.

JUAN.— Claro, y además llevamos tres cuerdas. Uno puede amarrarlo y el otro lo izará, desde arriba.

PERSONAJE.— ¡Magnífica idea! Bien me parecía que usted era un buen compañero de trabajo. Por eso lo escogí.

JUAN.— Gracias, muchas gracias.

PERSONAJE.— Tendremos sumo cuidado. No hay que estropearlo. El cofre en sí vale más que cualquier tesoro: grande, y con clavos de plata maciza...

JUAN.— ¿De plata maciza?

PERSONAJE.— Y contiene quinientas cuatro monedas de oro. Yo las conté.

JUAN.— ¿De oro?

PERSONAJE.— Dieciocho rubíes, treinticuatro diamantes y dos esmeraldas del tamaño de mi puño.

JUAN.— ¡Esmeraldas como un puño! ¡Qué maravilla! ¿A qué hora dijo que partiríamos?

PERSONAJE.— A las diez, a menos que usted tenga algún inconveniente.

JUAN.— ¿Inconveniente? Ninguno, mi amigo. Supongo que ahora tendré que decirle camarada. ¡Pensar! Hace dieciséis años que vengo a La Caleta y nunca antes se me había presentado una ocasión como ésta. ¡Imáginese! Treintaicuatro... (Josefina se acerca.)

PERSONAJE.— ¡Cuidado!

JUAN.— (Cada vez más eufórico, incrustándole los anteojos.) Ahí, ahí le digo. Ese punto negro como un rubí, quiero decir como una isla... (Al ver que su hija vuelve a alejarse y suspira ante el mar.) Ya pasó. ¡Qué fortuna! Vamos a ser ricos, pero muy ricos.

PERSONAJE.— No trato de ser indiscreto, pero me gustaría saber lo que piensa hacer con el dinero. Nunca están de más las precauciones, sobre todo al comienzo. Y ese tesoro le pertenece. ¡Usted lo descubrió!

JUAN.— Bueno... no tanto.

PERSONAJE.— Si yo lo escogí como socio, el tesoro también es suyo. Ya se lo dije el otro día: me gusta dejar las cosas bien en claro. Soy un hombre de mar.

JUAN.— Se lo agradezco, Salvador. No sabe cómo lo comprendo. Usted es el marino ciento por ciento, el que yo siempre había imaginado.

PERSONAJE.— Un último consejo: no hable del tesoro cuando lo tenga en su poder, no le cuente a nadie cómo y dónde lo obtuvo; escóndalo en un principio y después, empiece a venderlo poco a poco. Yo sé mucho de estas cosas. Los amigos se aprovechan siempre y, luego, el gobierno con sus impuestos.

JUAN.— (Superior.) Pero si yo soy empleado de Impuestos, conozco todos los medios para eludirlos. Y ahora, si usted me lo permite, voy a ir a preparar mi apero.

PERSONAJE.— Ah, sí, eso es muy importante.

JUAN.— Hay que llevar mantas, ¿no es cierto? Y una linterna, por si se echa a perder el farol. Juanito tiene una... y qué más. ¡Ah, sí! Una botella de ron por si hace frío y un pergamino para dibujar un mapa del lugar donde se encuentra el tes... (Al ver que se acerca su hija.) Ésa es la isla, la llaman del tesoro, quiero decir, de los erizos. ¿La ve?

JOSEFINA.— (*Acercándose.*) Papá.

JUAN.— Sí. ¿Qué hay?

JOSEFINA.— ¿Tú sabes algo de Verona?

JUAN.— ¿De quién?

JOSEFINA.— Verona, una ciudad donde sucedió la más maravillosa de todas las tragedias.

JUAN.— Déjanos tranquilos, Josefina. Más tarde puedes buscarlo en el Sabelotodo que trajo tu hermano para estudiar su examen de historia.

PERSONAJE.— Tal vez yo podría informarla.

JUAN.— Eh... esta es mi hija Josefina. Saluda, hijita.

(*Se saludan. De inmediato, se ve que se establece un contacto entre el Personaje y la muchacha.*)

PERSONAJE.— ¿Qué desea saber acerca de Verona?

JOSEFINA.— ¡Todo!

JUAN.— Yo me voy a la casa, ¿vienes Josefina?

JOSEFINA.— Más rato, papá, más rato.

JUAN.— Pero tu mamá se puede enojar.

PERSONAJE.— Déjela usted y no se preocupe. Puedo explicarle muchas cosas con respecto a esa ciudad. Recuerde que he viajado tanto... Yo mismo la acompañaré a casa antes de comida.

JUAN.— Es que...

PERSONAJE.— Tal vez tenga que irse. (*Y en voz baja.*) Por lo de antes; no despierte sospechas... No tenga cuidado: yo se la llevaré a la hora convenida.

JUAN.— Bueno... Bueno, hasta luego entonces, quiero decir hasta más tarde, hasta el "póquer".

PERSONAJE.— Sí, eso es, hasta el póquer. No se olvide del pergamino para el mapa.

JUAN.— (*Haciendo un gesto para imponerle silencio.*) No... no lo olvidaré.

(*Sale en dirección a la casa. Al quedar solos, la actitud del Personaje cambia radicalmente, ahora posee el encanto de un enamorado, misterioso siempre; pero no frío.*)

JOSEFINA.— ¿Qué pergamino es ése?

PERSONAJE.— Nada, una historia sin importancia que le estaba contando a su padre. Y ahora pasemos a Verona. ¿Qué es lo que quiere saber? ¿Cómo es la ciudad, la arquitectura, sus habitantes?

JOSEFINA.— No. Usted... ¿usted conoció la tumba de Julieta?

PERSONAJE.— Naturalmente, el no verla correspondería a ignorar el Arco de Triunfo en París o los rascacielos de Nueva York. La vi: es muy hermosa, sobre todo de noche.

JOSEFINA.— ¡De noche! ¿Una noche de luna? Apostaría que fue en una noche de luna.

PERSONAJE.— ¿Cómo lo adivinó? Sí, era una noche de luna. Sin embargo, desde donde yo estaba, no la veía; pero su luz lo inundaba todo. No sé si usted se ha detenido a mirar la claridad que arroja la luna sobre el mármol...

JOSEFINA.— ¡Sí! Es maravillosa. En la casa de mi abuelita hay una escalera de mármol y... pero me imagino que el de esa tumba debe ser mucho más hermoso. Siga por favor, siga.

PERSONAJE.— No sé por qué, el aire estaba perfumado a jazmines.

JOSEFINA.— ¡Es la flor de la luna!

PERSONAJE.— Y había un gran silencio, casi de muerte, todo estaba tan quieto... y sin embargo, no muy lejos, uno adivinaba la presencia del amante, rondando y rondando. ¿Ha leído usted *Romeo y Julieta*?

JOSEFINA.— ¡Lo estoy leyendo! Es la más fantástica de todas las historias que conozco. Nunca creí que alguien pudiera traducir el amor hasta ese extremo.

PERSONAJE.— Tal vez lo hizo porque estaba enamorado.

JOSEFINA.— Pero ¿de quién, Dios mío? Cree usted que el autor habrá encontrado ese ser maravilloso con el cual todos soñamos y... Perdóneme, me dejo llevar tan fácilmente por mis sentimientos cuando se habla de literatura.

PERSONAJE.— De ningún modo. Me parece muy hermoso todo lo que me ha dicho. ¿En verdad le gusta tanto la literatura?

JOSEFINA.— No hay como un buen libro. Es lo que siempre dice mi padre, pero no lee nunca. Tiene

su sillón, su lámpara, sus zapatillas, todo hecho a propósito y sólo hojea el diario y a veces una de esas novelas de aventuras que le roba a Juanito.

PERSONAJE.— En cambio a usted le gustan las historias de amor, las leyendas...

JOSEFINA.— Todo, todo lo que sea escrito por un buen actor, como dice la señorita Olga. Es mi profesora de literatura. Claro que yo recién me inicio. ¿Y usted?

PERSONAJE.— A mí me gustan ciertos libros. He leído varios, muchos, demasiados tal vez, y entre esos seleccioné algunos que leo y releo sin cesar.

JOSEFINA.— Dicen que uno llega a eso. ¡Qué maravilloso debe ser!

PERSONAJE.— Justamente *Romeo y Julieta* es uno de mis favoritos. ¿Conoce usted la escena del balcón?

JOSEFINA.— Sí, aquí la tengo, espérese. (*Hojea buscándola.*)

PERSONAJE.— (*Recitando de memoria.*) “Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor y no la alondra...”.

JOSEFINA.— (*Leyendo.*) Escena segunda. El jardín de Capuleto. Pero no es la misma.

PERSONAJE.— Debe ser la otra. Porque hay dos escenas que suceden en un balcón, no es cierto.

JOSEFINA.— No le podría decir, ya que recién voy en el segundo acto.

PERSONAJE.— Búsquela, tercer acto, escena quinta. (*Empieza a recitar.*) “Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado...”.

JOSEFINA.— ¡Aquí está! Pero usted me robó mi papel. Es Julieta quien dice eso.

PERSONAJE.— Las palabras que pronuncian los amantes no pueden individualizarse. Pertenece a... a la raza de los amantes. Por eso, estos parlamentos pueden intercambiarse sin que nada varíe. Sin embargo, suyo es el papel de Julieta. Hay en usted algo de ese personaje.

JOSEFINA.— (*Ruborizándose, comienza a leer, atropellada.*) “Quieres marcharte ya. Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor y no la alondra lo que hirió el fondo temeroso de tu oído... Todas las noches trina en aquel granado. ¡Créeme, amor mío, era el ruiseñor!”.

PERSONAJE.— “¡Era la alondra mensajera de la mañana, y no el ruiseñor! Mira... amor mío, allá en el Oriente, envidiosas franjas de luz ribetea las nubes rasgadas... Ya se han extinguido las luces de la noche y, bullicioso, el día se empina por sobre la brumosa cumbre de los montes... Es preciso que parta y viva, o que permanezca y muera”.

JOSEFINA.— “Aquella claridad lejana no es la claridad del día, lo sé, lo sé, lo sé yo...” ¿Cómo cree usted que era Romeo?

PERSONAJE.— No sé... supongo que sería alto, delgado, rubio quizás, un hombre con algo muy triste en torno suyo...

JOSEFINA.— Pero usted está describiendo su propio retrato.

PERSONAJE.— (*Sonriendo.*) No lo creo.

JOSEFINA.— Sí, sí, es igual y, por lo demás, yo también lo había imaginado así.

PERSONAJE.— En Venecia conservan un pequeño grabado donde aparece Romeo tal cual era...

JOSEFINA.— ¡Venecia! ¡También conoce Venecia! Los canales y las palomas. ¡Qué maravilla! Pero usted ha estado en todas partes.

PERSONAJE.— Algunas. Soy apenas un veraneante.

JOSEFINA.— ¡Un veraneante! Un trotamundos quiere decir. ¡Oh!... tal vez parezca tonto... pero mi padre es tan torpe que olvidó presentarnos... ¿cómo... cómo se llama usted?

PERSONAJE.— Cristián.

JOSEFINA.— No... es extraordinario.

PERSONAJE.— ¿Qué es lo extraordinario?

JOSEFINA.— Que su nombre sea Cristián. Yo siempre había soñado con conocer a alguien que se llamara Cristián, desde que leí una novela en que... bueno una de esas tonterías que a uno se le ocurren cuando chica. Pero el deseo quedó, y ahora que lo encuentro...

PERSONAJE.— Ya lo ve, uno de sus sueños se cumple. Pero (*recitando*), “Charlemos, aún no es de día”.

JOSEFINA.— (*Eufórica, gritando casi.*) ¡Eh... eh... “Porque esa voz nos llena de temor y te arranca de mis brazos, ahuyentándote de aquí con su canto de alborada! ¡Oh, parte ahora mismo! ¡Cada vez clarea más!”.

PERSONAJE.— ¡Cada vez clarea más! ¡Cada vez se ennegrecen más nuestros infortunios!

Voz de MARÍA.— *(Desde la casa.)* ¡Josefina! ¡Josefina!

JOSEFINA.— Nodriz, quiero decir, es mamá.

Voz de MARÍA.— Josefinaaaa... a comer...

JOSEFINA.— ¡Ay! Voy a tener que irme. Me están llamando.

PERSONAJE.— ¡Qué lástima tener que interrumpir todo esto! El escenario es perfecto. El mar y ese resplandor de plata que lo barniza todo. Uno creería que aquello nace del fondo del océano y no es más que la luz de la luna que se esconde en algún lugar.

JOSEFINA.— Allá. Detrás del bosque de eucaliptus. Mire, acérquese un poco, así, así la ve.

(Inconscientemente la muchacha lo ha acercado hacia ella y el Personaje roza con sus labios la mejilla de la muchacha. Josefina queda paralizada.)

JOSEFINA.— ¡Oh! No, por favor... La ve... allá... entre... los... Por favor, Cristián, no.

PERSONAJE.— *(Murmurándole al oído.)* “Cuánto temo que todo esto no sea sino un sueño, demasiado encantador y dulce para que tenga realidad”.

JOSEFINA.— *(Aprovechando para separarse.)* ¡Pero usted lo sabe todo de memoria! Conoce... conoce la escena...

(Él se ha acercado nuevamente y, con toda suavidad, la enlaza por los hombros, mientras trata de besarla en la mejilla. Los movimientos del Personaje son muy lentos, estudiados, como para no confundir a la muchacha.)

JOSEFINA.— ¡Cristián!

PERSONAJE.— Es extraordinario, es maravilloso, Josefina; pero todo ha llegado tan súbitamente. Tal vez la noche, el mar; pero no, eres tú, tú...

JOSEFINA.— *(Echándose a llorar.)* ¡Cristián!

PERSONAJE.— Pero, ¿por qué lloras?

JOSEFINA.— Porque esto es lo que he esperado toda mi vida.

Voz de MARÍA.— ¡Josefinaaaaa! ¡Josefinaaaaa! ¿Dónde se habrá metido esta muchacha? Juan, anda a buscarla.

(Sigue una discusión y, sobre ella, se escuchan las voces de Josefina y del Personaje.)

PERSONAJE.— Tenemos que volver a vernos.

JOSEFINA.— Sí, sí, cuándo.

PERSONAJE.— Esta noche.

JOSEFINA.— ¿Esta noche? ¡Dios mío! No me dejan salir de noche... es decir, hoy tendré que quedarme en casa, porque... porque hay visitas.

PERSONAJE.— *(Un poco enojado.)* No te preocupes entonces.

JOSEFINA.— ¡Cristián! No te enojés.

PERSONAJE.— Pensé que yo te importaría más que las visitas.

JOSEFINA.— Por supuesto que es así. Haré cualquier cosa, lo que desees, me arrancaré, todo. ¿Dónde quieres que nos juntemos?

PERSONAJE.— *(Tomándola entre los brazos.)* Mi amor... En la playa, a las diez. Te estaré esperando y, hasta entonces, contaré los minutos. “¡Porque en un minuto hay muchos días.”

Voz de JUAN.— ¡Josefina!

JOSEFINA.— Es papá. Adiós...

PERSONAJE.— “Buenas noches. Buenas noches. La despedida es un dolor tan dulce que estaría diciendo ‘buenas noches’ hasta que llegue el día”.

JOSEFINA.— *(Alejándose y entre los gritos de su padre.)* Adiós, desde la sombra, adiós.

(Mientras ella se aleja tomando un camino distinto al de su padre, y mientras el Personaje desaparece, sobre el muro del fondo cuelgan algunos cuadros y traen muebles, una mesa, cuatro sillas y un sillón, para dar la impresión de que se está dentro de la casa. María y Juanito están en escena cuando se vuelven a encender las luces.)

JUANITO.— Mamá. Tengo hambre. Tengo hambre.

MARÍA.— *(Muy nerviosa.)* Cállate Juanito. Trae esa silla. No me pongas nerviosa. Ya te lo he repetido varias veces: vamos a comer cuando todos estén aquí. Respecto a eso no me harán cambiar de opinión. Me gustan las comidas en familia y en mi casa, mientras yo esté viva

es claro, nadie se sentará a la mesa hasta que los demás no hayan llegado. ¡Quédate tranquilo! Y no lo revuelvas todo. Terminarás por quebrar algo y tendremos que pagárselo al dueño y, como nunca se encuentra un objeto igual, se enojará y...

JUANITO.— Mamá, ¿cómo es el dueño? ¿Como un ogro?

MARÍA.— ¡No! ¿Por qué?

JUANITO.— No sé, yo me lo imagino como un gigante inmenso, lleno de pelos y cicatrices.

MARÍA.— Esos gigantes sólo existen en los cuentos, Juanito.

JUANITO.— Pero éste también se enoja. En los cuentos, los ogros siempre se enojan.

MARÍA.— Éste es un caballero, es decir, un marino...

JUANITO.— ¿Cómo el capitán Thompson, entonces?

MARÍA.— ¿Quién?

JUANITO.— ¡El capitán Thompson! Es fantástico... Tú sabes... "Las aventuras del capitán Thompson", me lo prestó Vicente.

MARÍA.— ¡Ah! Un personaje de cuento. Pero éste es un señor, una persona viva, ¿comprendes?

JUANITO.— Me lo imagino tan bien.

MARÍA.— (*Con miedo.*) No te lo imagines, espera hasta que lo conozcas... ¡Ah! ¿Por qué no llegarán? ¡Ya es tan tarde!

JUANITO.— Pero entonces cómo voy a leer cuentos. A mí me gusta imaginarme los personajes que van apareciendo.

MARÍA.— Son tan distintos. No es posible vivir entre gente que no existe y... (*Juanito se ha desinteresado en la conversación y se aleja*) verlos desaparecer. Se destruyen...

JUANITO.— ¡Tengo hambre!

MARÍA.— Claro, ya es tan tarde. ¿Qué les habrá pasado? (*Se escucha una campanada.*) ¡Las nueve y media! ¡Dios mío!

(*Aparece Josefina y a los pocos segundos Juan.*)

MARÍA.— ¿Dónde andabas?

JOSEFINA.— En ninguna parte.

JUAN.— Bien me parecía que era así, ya que no te pude encontrar.

MARÍA.— ¿Qué es eso? En ninguna parte. En algún sitio tienes que haber estado.

JUAN.— Sí. ¿Dónde estabas?

JUANITO.— ¡Yo quiero comer! Yo quiero comer. Tengo hambre.

MARÍA.— ¡Silencio! Chepa, contéstame de una vez por todas: ¿dónde te habías metido? Ya sabes que no me gusta que te andes paseando sola por estos caminos y, sobre todo, de noche. Podría sucederte cualquier cosa. Nadie deja salir a sus hijas a esta hora. No veo por qué tú tienes que ser una excepción. No te lo permitiré, ¿me oyes? Cuando me muera, pueden hacer lo que se les antoje; pero hasta entonces tendrán que obedecer... Después les quedará tiempo para vivir su vida. ¡Josefina! Contesta, di algo, no es posible que te quedes ahí parada como una momia y no abras la boca. Contesta. ¿Dónde estabas?

JOSEFINA.— En Verona. Es una ciudad maravillosa. Las tumbas son de mármol y, a pesar de que no hay luna, por todas partes se descubre su claridad plateada...

MARÍA.— ¿Qué te ha sucedido? ¿Estás con fiebre? ¡Déjame tocarte la frente! Claro, con esa moda que les ha entrado de tostarse durante horas al sol, capaz de que te hayas pescado una insolación.

JUANITO.— ¿Cómo se pescan las insolaciones?

MARÍA.— A ver, acércate, siéntate aquí. Juan, anda a buscar el termómetro.

JUAN.— No es necesario... creo que podría explicarte...

MARÍA.— ¿Tú?

JUAN.— (*Gritando.*) ¡Sí, si me dejas dos minutos para hacerlo! (*Se detiene y observa satisfecho el silencio que ha despertado con sus palabras.*) La muchacha no está loca ni enferma. Está impresionada, eso es todo.

MARÍA.— ¿Impresionada? ¿Y por qué?

JUAN.— Por Verona.

MARÍA.— ¡Ah! ¿Tú también?

JUAN.— Escúchame: yo estaba conversando con un amigo afuera... un amigo que... bueno, que ha viajado mucho y entonces se acercó Chepita y me preguntó algo acerca de Verona. Mi amigo, quiero decir, la persona con que yo estaba, se ofreció a explicarle y... y eso es todo.

MARÍA.— ¿Quién es este amigo tuyo que yo no conozco?

JUAN.— Un... un amigo.

MARÍA.— ¡No soy tonta! Sé que un amigo es un amigo. Pero, ¿quién es?

JOSEFINA.— El hombre que estuvo en la tumba de Julieta.

JUAN.— Un amigo que conocí... bueno, un amigo que conocí. Mañana te lo presentaré.

JUANITO.— ¡Tengo hambre!

MARÍA.— ¡Basta por hoy! Creo que si sigo escuchándolos, me van a volver loca. Y ahora, todos a comer, que este pobre niño está muerto de hambre. Mañana, Chepa, hablaremos sobre todo esto.

(Juanito se precipita y comienza a comer pan con desesperación. Los demás ocupan sus asientos.)

JOSEFINA.— Pero, mamá...

MARÍA.— ¡Basta! Ya sabes que me gustan las comidas agradables. No más discusiones. Ésta es la única hora del día en que nos reunimos, tratemos de hacerlo con armonía. Eso de pasarse discutiendo es malo para la digestión. Ya lo dijo tu tío y, al fin y al cabo, es médico.

(Todos empiezan a comer en silencio. Pasan algunos segundos muy pesados.)

MARÍA.— *(Decidiéndose a hablar en vista de que nadie lo hace.)* ¿Cómo estaba la playa, Chepa?

JOSEFINA.— Como siempre.

JUANITO.— La Chepa no fue a la playa.

JOSEFINA.— No es cierto. Mira, si vuelves...

JUANITO.— *(Canturreando.)* No fuiste a la playa, no fuiste a la playa.

MARÍA.— Chepa. Juanito. Acuérdense lo que les dije al comienzo. Si no, se irán a la cama sin comer.

(Siguen comiendo en silencio. Al cabo de algunos segundos.)

MARÍA.— Hicimos un paseo maravilloso, ¿no es cierto, Juan?

JUAN.— Hmm.

MARÍA.— Hubo una puesta de sol maravillosa. El camino nuevo que han hecho a lo largo del muelle es maravilloso. A uno le parece ir caminando sobre el mar. ¿No lo encontraste maravilloso, Juan?

JUAN.— ¿No podrías emplear alguna otra palabra en vez de maravilloso? Resulta un poco cansador.

MARÍA.— *(Con rabia.)* Uso las palabras que quiero. No vas a ser tú quien me lo impida... *(Reteniéndose.)* Por lo demás, discutiremos eso más tarde.

(Algunos breves momentos de silencio.)

MARÍA.— ¿Qué hora es?

JUAN.— *(Mirando el reloj.)* Faltan veinte minutos para las diez.

MARÍA.— ¡Veinte para las diez!

JUAN.— Sí, hay que apurarse.

MARÍA.— Tragar y tragar. Si hubieran llegado a la hora...

JUAN.— No fue culpa mía. *(Silencio.)* ¿No hay asado?

MARÍA.— *(Estallando.)* ¿Qué querías, que yo me lo pasara toda la tarde cocinando? Ya bastante me sacrifico con ustedes, no pretenderán que además me transforme en cocinera durante el verano. Los días que sale la Eufemia no se come asado.

JUAN.— Con que me hubieras dicho que hoy salía la Eufemia.

MARÍA.— Te pedí que no discutiéramos...

JUAN.— Pero sí yo...

MARÍA.— ¡Me vas a obligar a pararme! Mantente derecho, Juanito. Cuándo aprenderás que los codos no son para apoyarse en la mesa.

JUANITO.— ¿Y para qué sirven entonces?

MARÍA.— Chepa. Estás muda. No tienes nada que decir. En mi tiempo, la juventud era la alegría de la mesa. La "sal" nos llamaba mi abuelito, "el rincón de la sal".

JUAN.— ¿Tu abuelito Villán?

MARÍA.— No conocí a mi abuelito Villán.

JUAN.— No es razón para que te enojés.

MARÍA.— (*Levantándose.*) Esto se acabó. Ya me doy cuenta de que es imposible lograr una comida en paz con ustedes. ¡Quién como los Silva! Panchita me ha contado que se pasa riendo y gozando... Nunca seremos la familia que yo ambicioné. (*La voz se le ahoga en la garganta.*)

JUAN.— Pero, Maruja...

MARÍA.— Prefiero que no digas nada. Sé que sería para peor.

JUAN.— Me parece que por los niños...

MARÍA.— Por favor, Juan... Cuando hayan terminado, juntan los platos y los dejan sobre la mesa. La sirviente, es decir yo, se encargará de lavarlos.

(*Siguen comiendo en silencio, salvo María que parece muy nerviosa y se pasea de lado a lado. Después de algunos segundos, comienzan a amontonar los platos.*)

MARÍA.— ¿Qué hora es?

JUAN.— Diez para las diez.

JOSEFINA.— ¡Para las diez!

MARÍA.— Sí, ya es hora de que suban a acostarse.

JOSEFINA.— Es que... mamá, yo quería pedirle permiso para...

MARÍA.— ¡No te imagines que vas a salir esta noche!

JOSEFINA.— Es que... las Silva me invitaron a jugar a su casa, a... a las prendas.

MARÍA.— ¡Cómo! Si Panchita me dijo que iban a ir al Gran Hotel.

JUAN.— A propósito de Gran Hotel, voy a irme antes de que sea tarde.

MARÍA.— ¡A enviarte!

JUAN.— A jugar una manito, nada más. Estaré de vuelta antes de lo que tú piensas. Bueno, adiós niños... Adiós. (*Se acerca a su mujer y la besa. Ella lo mira extrañada.*)

MARÍA.— ¿Estás seguro de que vas al Gran Hotel?

(*Juanito toma un buque y sale por la izquierda.*)

JUAN.— ¿Y dónde podría ir si no?

MARÍA.— ¡Qué sé yo! A una de tus famosas aventuras.

JUAN.— (*Queda mudo durante algunos segundos.*) ¡Pero cómo se te ocurre!

MARÍA.— (*En voz baja para que los niños no la oigan.*) Pobre de ti si sé algo. Ya sabes que aquí en La Caleta todo se ve, todo se comenta, por mí, puedes exhibirte con quien se te antoje; pero hay que respetar a los niños.

JUAN.— ¡Qué ideas las tuyas! Voy a una simple partida de póquer. ¡Ay! Cinco para las diez, tengo que irme. (*Sale.*)

JOSEFINA.— Sé buena, mamá, déjame ir. Estaré de vuelta en una hora.

MARÍA.— Te he dicho... (*Y al ver la expresión de su hija.*) Ven acá, ¿qué te sucede?

JOSEFINA.— Nada, mamá.

MARÍA.— (*Con mucha más dulzura.*) ¿Quién era ese amigo de tu padre? ¿Qué te dijo?

JOSEFINA.— Hablamos muy poco rato. Es un señor que se llama Cristián y está pasando sus vacaciones aquí. Me estuvo contando una serie de cosas acerca de Verona, es la ciudad donde vivieron Romeo y ...

MARÍA.— ¿Y sobre qué más conversaron?

JOSEFINA.— Sobre nada más.

MARÍA.— ¿Y por qué no viniste cuando te llamé?

JOSEFINA.— Volví inmediatamente, pero estaba tan lejos. En la Puntilla, mirando la luna.

MARÍA.— Con ese hombre.

JOSEFINA.— ¡No, mamá! Hacía horas que se había ido. Vive en el Gran Hotel. Mira... papá fue a jugar póquer con él. Yo misma los escuché cuando se daban cita.

MARÍA.— (*Como alejando un pensamiento.*) Perdóname entonces. Fui demasiado brusca contigo. Pero tienes que comprender, he estado muy nerviosa últimamente. Han sucedido varios... trastornos que tú... eres muy joven todavía para comprender. (*Entregándose de súbito.*) Estoy muy sola, Chepita. No tengo a quién hablarle y... necesito hacerlo ahora. Porque tarde o temprano se llega a esto, a este minuto en el cual todo se esclarece y uno,

de pronto, ve, sin disfraces, sin sombras, sin engaños... No sé por qué te cuento estas cosas. No sé si sabes a qué me refiero.

JOSEFINA.— *(Que no ha escuchado una palabra.)* Por supuesto que comprendo, mamá.

MARÍA.— Eres muy buena.

JOSEFINA.— ¿Y ahora puedo ir donde las Silva?

MARÍA.— Pero si ellas van a ir al Gran Hotel.

JOSEFINA.— Sí, pero me están esperando en su casa para irnos juntas.

MARÍA.— Te podrías haber ido con tu padre. No me gusta que andes sola de noche. Bueno... anda, pero prométeme que no vas a llegar demasiado tarde.

JOSEFINA.— Sí, sí, se lo prometo. Volveré con ellas, se lo prometo.

(Sale corriendo. Durante algunos segundos María permanece mirando el vacío; pero luego una campana distante anuncia las diez. El sonido parece despertarla y vuelve la nerviosidad. Contempla los platos sobre la mesa, se mira las manos y después, como recordando, llama.)

MARÍA.— Juan... Juanito. Es hora que subas a acostarte. ¿Dónde te has metido?

(Descubre al niño en el sillón. Está profundamente dormido y ella se acerca con toda ternura a despertarlo. Lo besa muy dulcemente.)

MARÍA.— *(En voz muy baja.)* Dios mío, qué hora será... Ya es tan tarde y yo no quiero ir, no quiero ir... Defiéndeme tú, mi niño. Estoy tan sola.

JUANITO.— *(Despertando.)* ¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

MARÍA.— Chtt... nadie, soy yo. No te asustes. Te habías quedado dormido y no quise despertarte. ¿Con quién soñabas?

JUANITO.— Con nadie.

MARÍA.— ¡Con nadie! Pero es posible que uno duerma y no sueñe, no vea a nadie y...

JUANITO.— *(Bostezando.)* Tengo sueño.

MARÍA.— *(Besándolo.)* Sube a tu pieza y te acuestas.

(El niño obedece como un sonámbulo. La madre lo llama.)

MARÍA.— ¡Juanito!

(Pero él no la escucha. En aquel instante se escucha una campanada. Durante unos brevísimos instantes, se la ve titubear todavía; pero luego, tal cual lo haría una sonámbula, se va acercando lentamente a la puerta y sale. El Personaje aparece en primer plano iluminado por un foco.)

PERSONAJE.— No se asusten, soy yo. He logrado escaparme de la historia para venir a comunicarles que la representación se interrumpirá durante un cuarto de hora. Hay que dar tiempo a los personajes, es decir, tiempo a Juan para que corra a su aventura, tiempo a Josefina para que baje a la playa, tiempo a María para que se encamine... ¿Adónde? ¿Dónde creen ustedes que se dirige? En el fondo, sólo por eso se corta el hilo de la narración, para que ustedes se planteen incógnitas y se formulen preguntas. ¡Despierten un poco! Nada hay nada más exasperante que un público indolente. Si la sangre corre por las venas y es tibia, también puede hervir de vez en cuando. Déjenla hervir entonces. Despierten, discutan, griten, qué sé yo, pero respondan de alguna forma a este espacio muerto. Un intermedio no es un descanso como muchos creen, sino un tiempo para prepararse a la lucha. Ustedes son los contrincantes. Prepárense. Deben hacerlo, porque si no el teatro se va a morir y ustedes, sólo ustedes, serán los culpables. Ya que el teatro no está hecho de cortinajes y luces; tampoco de frases amables intercambiadas entre dos cigarrillos durante un intermedio, ni de gente que escucha, ni de gente que aplaude, ni de gente que se retira antes de que la obra termine por miedo a la aglomeración, el teatro no está hecho, el teatro vive y justamente esa existencia se apoya en la impaciencia que despierten los problemas trancos, los misterios y esos secretos que acabarán descifrándose. Por eso pregúntense dónde va esa mujer; que cada uno construya la obra antes de que el autor la haya resuelto ¿Quién es ese autor después de todo? Nada más que un pobre individuo que está contando su propia historia, ¿por qué no habrían de hacer ustedes otro tanto? En el fondo, cada uno esconde su relato, tanto el señor que lee literatura de divulgación. *(Señalando.)* Como la abuelita romántica. *(Señalándola.)* Es claro: ustedes sólo acuden al teatro a buscar el estímulo primero, aquel que pondrá en marcha todo el complicado mecanismo de lo que llevan adentro. Esa es la importancia de nuestro autor,

sólo esa: es él quien acerca la llama a la mecha. Pero ustedes son la dinamita. ¡Qué estalle entonces! ¡No la ahoguen! ¿Cómo es posible que vivan escondiéndose? ¡Griten de una vez por todas! ¡Escúchense vivir! Si ponen atención, oirán el ruido de la sangre, la respiración, hasta lograrían sorprender cuando la idea se reviste de sonido transformándose en palabra. Hay que situarse frente a los problemas. ¡Ser un poco niños otra vez! Desear que cada minuto de este cuarto de hora pase más rápido y en esta forma comprobar si lo que ustedes creían era o no la verdad... la verdad del autor. Ya que la de ustedes sólo brotará cuando la despierte una pregunta, un problema, una incógnita, todo esto que va a suceder y que nadie conoce. Los niños interrogan sin cesar. ¡Sigán ese ejemplo!

Telón

SEGUNDO ACTO

(Al descorrerse las cortinas, el Personaje está en escena. Se pasea a lo largo de la baranda y, de vez en cuando, mira en dirección al mar desde donde, a intervalos, se escucha una sirena de barco, cuyo llamado tiene algo de angustioso. Los muebles han desaparecido y sólo se ve el muro de tablas, tal vez como al comienzo. Después de algunos instantes, aparece María. Al hablarle y, por tercera vez, el Personaje ha cambiado su manera de ser. Su voz ahora tiene un atractivo especial, varonil y enérgica.)

PERSONAJE.— ¡Ya creí que no vendrías!

MARÍA.— Estuve a punto de hacerlo.

PERSONAJE.— ¿Por qué no seguiste tu impulso?

MARÍA.— No me preguntes. No quiero pensar más en todo eso. ¡Qué fría está la noche! Mira, el cielo se ha cubierto. ¡Curioso! Hace un momento había una luna inmensa.

(Se escucha la sirena.)

PERSONAJE.— Habrías preferido que hubiera luna, como en las novelas.

MARÍA.— ¡Y esa sirena que no ha cesado de llamar!

PERSONAJE.— Es un barco que pide auxilio.

MARÍA.— ¿Tú crees?

PERSONAJE.— Estoy seguro. Hay mucha neblina, una de esas neblinas súbitas que son capaces de cegar al más hábil de los capitanes.

MARÍA.— Es verdad, no se ve el mar. Se le escucha, pero no se le ve. También parece estar implorando ayuda. ¿Oyes? Una tras otra las olas se rompen, se deshacen... y todas tienen que volver. Rodrigo, tómate entre tus brazos. ¡Así, así... y ahora bésame, fuerte, fuerte!

¡No me dejes pensar!

(Se besan.)

MARÍA.— Di algo, hálame... Ese ruido de las olas me enerva.

PERSONAJE.— ¿Por qué te demoraste tanto?

MARÍA.— No sé, una y mil cosas, ya te pedí perdón.

PERSONAJE.— No, no lo has hecho.

MARÍA.— Entonces lo hago ahora. Perdóname... pero, por favor no más reproches, hoy día sobre todo, no más reproches.

PERSONAJE.— Me parece que hubiera sido preferible que no vinieras. Es inútil seguir discutiendo. Nos veremos mañana.

MARÍA.— ¡No! No te vayas. No lo podría soportar. Por favor, Rodrigo, no me dejes sola. No podría quedarme sola en una noche como ésta, sin luna, sin viento, nada, tan quieta. ¿Tú crees que alguien habrá ido a prestarle ayuda?

PERSONAJE.— ¿A quién?

MARÍA.— A ese barco.

PERSONAJE.— A lo mejor.

MARÍA.— Parece tan desamparado. ¡Me dan ganas de tirarle la mano! Pero si ni siquiera se ve la playa.

PERSONAJE.— *(Sin escuchar lo que ella dice, súbitamente.)* Y estás decidida.

MARÍA.— *(Miedosa.)* ¿A propósito de qué?

PERSONAJE.— A propósito de lo que hablamos el otro día.

MARÍA.— Escúchame, Rodrigo, yo...

PERSONAJE.— Está bien. Era todo lo que quería saber. No necesitas agregar nada más.

MARÍA.— Por favor, no me contestes así, no me hables así. *(Reteniéndose.)* No lo puedo soportar. No lo puedo...

PERSONAJE.— *(Interrumpiéndola.)* Tan sólo deseaba que supieras que esto no puede durar. Voy a partir muy pronto.

MARÍA.— ¿Cuándo?

PERSONAJE.— Mañana tal vez.

MARÍA.— *(Abrazándolo.)* ¡No! No puedes hacer eso. No puedes irte mañana y dejarme sola.

PERSONAJE.— Ya te lo había dicho. Estabas prevenida.

MARÍA.— Dejarme sola... No lo comprendes, Rodrigo. Estoy muy sola. Desde hace algún tiempo, he comenzado a sentir esta sensación, ¿cómo explicarte?, de no tener a nadie a quien recurrir. Es necesario poder hablar, contar... La confidencia no fue inventada como un trampolín para recibir el consejo, sino como un medio para desahogarse.

PERSONAJE.— Conmigo siempre podrás hacerlo.

MARÍA.— Cada vez me siento con menos fuerza para esperar algo, para luchar contra las pequeñas cosas, los hechos diarios, los disgustos sin importancia. Será que me estoy poniendo vieja... No me contestas.

PERSONAJE.— Tú misma dijiste que la confidencia es un desahogo, nada más que eso.

MARÍA.— Sí, es verdad. Y sin embargo, cuando tú me hablaste ese día en la playa... no sé, todo cambió. Retrocedí en el tiempo quizás, tu voz logró eso.

PERSONAJE.— ¡Retrocediste en el tiempo! Y encontraste a una muchacha a quien todos llamaban Maruja.

MARÍA.— No, no exactamente. Vi a esa muchacha, de pie, de pie, ante mí. Ella también te miraba. Como yo lo hago ahora, como lo hice entonces. Pero en todo momento estaba yo, comprendes, yo, María, velando sobre su hombro. ¡Dios mío, con los ojos tan abiertos y con la horrible conciencia de lo que estaba haciendo!

PERSONAJE.— Pero ¿qué hiciste, María? ¿Quién podría culparte de querer alcanzar la dicha? Todos pretendemos recapturar aquel sueño.

MARÍA.— ¡Mi sueño! Ahí, en una cama, en esa horrible pieza de pensión... Y sin embargo, mientras permanecía a tu lado, después, mucho después del amor, experimenté una gran paz, algo inigualable, algo que nunca antes había sentido y me supe feliz.

PERSONAJE.— ¡Parte conmigo! ¡Vámonos de todo esto! ¡Lejos!

MARÍA.— *(Con entusiasmo.)* ¡Lejos! Huir de las pequeñas cosas, de los días iguales, de las discusiones... Huir...

PERSONAJE.— No es mucho lo que puedo ofrecerte. Tú misma dijiste que ese cuarto de pensión era sórdido. Todos lo serán. Sin embargo... ya que no sé ofrecerte lujo, te prometo sensaciones diferentes. No son joyas las que podría darte, pero sí horas distintas, días encontrados, un ritmo de locura. Ni riquezas ni comodidades, ni sosiego, tan sólo el vértigo de algo nuevo. ¡Eso sí te lo prometo! ¡Vámonos! ¡Parte conmigo! En el fondo nos parecemos, sólo que hasta ahora tú no has hecho más que cerrar los ojos, dar vuelta la cabeza y cegarte. ¡Ésa no es tu vida! ¿Dónde te ha llevado tu sacrificio? ¿Por qué te has sacrificado? Contéstame. ¿Qué has obtenido? No, María, nosotros nacimos para la aventura... y yo te invito a vivirla, hasta el término, hasta que tú y yo nos encontremos en su límite. ¡Vale la pena correr ese riesgo!

(Ella se echa a reír de pronto, con una risa histérica, al borde de las lágrimas. El Personaje la mira sin sorpresa y luego pregunta, como obligado a hacerlo.)

PERSONAJE.— ¿Por qué te ríes, María, contéstame, por qué te ríes?

MARÍA.— (*Riendo siempre.*) Pensar... pensar que tú eras lo que yo soñaba entonces... soñaba con un hombre alto, moreno, con ese pelo negro y crespo, duro como viruta, que se llamara Rodrigo, imagínate, Rodrigo y que no tuviera fortuna, que fuera pobre, muy pobre; pero que me ofreciera otra vida, llena de sensaciones. Y ahora, después de tantos años, te encuentro, igual a mi sueño.

PERSONAJE.— Quizás yo sea tu sueño.

MARÍA.— No... no nos engañemos. Así como hace algunos días entré a ese cuarto con los ojos bien abiertos, pensando mi acción, hoy tampoco quiero cegarme. ¡Ya estoy cansada del engaño! Más bien, me habría descubrirlo siempre y sufrir la desilusión. No, Rodrigo, tú no eres mi sueño. Ése lo perdí, lo abandoné hace mucho tiempo, por imposible. A lo más... (*Ríe.*) Podrías ser un reemplazo de mi sueño, algo que se le parece, que también tiene el cabello negro y se llama Rodrigo. ¡Una coincidencia!

PERSONAJE.— Y aunque no fuera más que ésa, ¿no sería ya un reemplazo para tu dicha?

MARÍA.— Tal vez, pero no me dejaré engañar tan fácilmente.

PERSONAJE.— Entonces no soy tu sueño, entonces no soy tu dicha. Mírame de frente y dílo.

MARÍA.— (*Lo mira y luego titubea.*) No puedo.

PERSONAJE.— ¿Por qué?

MARÍA.— Porque... porque eres una posibilidad. ¿Quién me asegura que no eres tú el que siempre he buscado? Sí... es verdad, a medida que pasan los años, el sueño se destruye, se quiebra, se corroe. Uno ya no cree en él con la misma fe de antes y sin embargo... podría suceder un milagro. ¿Quién podría negar que durante todo este rato ha habido magia, magia en el aire, en torno a nosotros mismos, sin que ni siquiera tú lo sepas?

PERSONAJE.— Debo irme. No he venido a escuchar tus lamentaciones.

MARÍA.— Perdóname.

PERSONAJE.— Te ofrecí lo imposible y no lo aceptaste. ¿Para qué seguir hablando?

MARÍA.— ¡No! No te vayas. Y si después de ti no hubiera nada... el vacío.

PERSONAJE.— ¡Escucha! Ya no se oye la sirena.

MARÍA.— Es verdad, ha enmudecido y nadie fue a socorrerlo.

PERSONAJE.— Sí, debe haberse estrellado con una roca y...

MARÍA.— ¡No lo digas!

PERSONAJE.— ¿Por qué no? Hay que mirar las cosas en la cara. Frente a frente, no temerlas. Se ha hundido, María, se ha hundido.

(*Larga pausa.*)

MARÍA.— ¿A qué hora piensas partir?

PERSONAJE.— Me es igual. Tú puedes escoger la hora.

MARÍA.— Pero... no sé... Dejo tantas cosas, tantas cosas.

PERSONAJE.— ¡Qué vale un consejo! Tú misma lo dijiste... Uno siempre debe decidir solo.

(*Ella permanece anonadada, cuando vuelve a hablar lo hace en voz baja.*)

MARÍA.— Si mañana no he llegado a tu pieza antes del mediodía, parte solo.

(*Y mientras ella se aleja y desaparece tras la casa, el Personaje permanece solo en escena. Se nota cómo la risa nace en él, lenta, ahogada en un comienzo, hasta brotar plena y desplegarse en grandes carcajadas. Se apagan las luces y cuando se vuelven a encender, nuevamente están colgados los cuadros sobre el muro y los muebles en su sitio. Juan, muy cansado, yace en el sillón, todo el apuro derrumbado junto a él. Poco después, entra Josefina. Al verlo trata de rehuir, pero él la detiene.*)

JUAN.— ¿De dónde vienes, Chepita?

JOSEFINA.— De ninguna parte. Quiero decir, de la casa de las Silva.

JUAN.— (*Como buscando un tema para espantar su tristeza.*) ¿Lo pasaste bien?

JOSEFINA.— Sí, muy bien.

JUAN.— (*Sin verdadero interés.*) ¿Había mucha gente?

JOSEFINA.— Sí, bastante.

JUAN.— ¿Qué hicieron?

JOSEFINA.— Nada.

JUAN.— ¿Cómo?

JOSEFINA.— Es decir... jugamos... a las prendas.

JUAN.— ¿Ganaste?

JOSEFINA.— Sí.

JUAN.— ¿Dónde vas ahora?

JOSEFINA.— A acostarme.

JUAN.— Por qué no te quedas un momento aquí y me haces compañía. Ven, siéntate a mi lado. Cuando chica solías hacerlo a menudo. Pero los niños crecen, todo crece. (*Saca un cojín de un sillón para que Josefina se siente.*) ¿Tú no te acuerdas, no es cierto?

JOSEFINA.— ¿Qué cosa?

JUAN.— Cómo te sentabas durante horas junto a mí. Yo te contaba cuentos... ah, todo eso me parece tan lejano.

JOSEFINA.— Sí.

JUAN.— Supongo que te parecerá absurdo, pero me gustaría contarte uno ahora, como cuando eras chica. En ese tiempo, eras tú quien me lo pedía.

JOSEFINA.— (*Sin ningún interés.*) Cuéntame un cuento.

JUAN.— ¡Qué te parece el de "Piel de Asno", ah! Era muy bonito, con ese burro extraordinario que... (*Josefina ríe de pronto, una risa extraña, muy nerviosa.*)

JUAN.— Chttt... no vayas a despertar a tu mamá. Tiene el sueño tan liviano.

(*Josefina ríe durante algunos segundos y, de la risa, pasa al llanto que brota con fuerza, como si lo hubiera estado conteniendo desde hace mucho rato.*)

JUAN.— Por Dios... ¿pero qué le pasa a mi Chepita, contéstame, qué es lo que ha sucedido?

JOSEFINA.— (*Entre llantos.*) Nada... nada...

JUAN.— Pero algo tiene que haber ocurrido, no es posible que llores sin razón. Vamos, desahógate primero, fuera todas esas lágrimas y después me cuentas lo que sucedió. Así, así... llora, llora hasta cansarte... Así, así... ya está. Y ahora cuéntale a tu padre lo que te ha pasado.

JOSEFINA.— (*Irguiéndose de pronto.*) No. No fue nada.

JUAN.— Si no le quieres contar a tu papá, él también se va a poner a llorar. Mira, no le hace falta mucho. Con cualquier cosa podrías conseguirlo.

JOSEFINA.— (*Cae de nuevo, llorando, junto a su padre. Esta vez el llanto es menos genuino.*) ¡Papá! ¡Papá!

JUAN.— ¡No llores tan fuerte! Vas a despertar a tu mamá y entonces sí que lloraremos todos.

JOSEFINA.— Lo quiero tanto... lo quiero tanto...

JUAN.— ¿A quién, mi cuchita?

JOSEFINA.— A Cristián. Creo que nunca antes había querido a alguien como lo quiero a él. Era todo lo que yo soñaba y apenas alcanzamos a conversar.

JUAN.— ¿Quién es este Cristián?

JOSEFINA.— Conversamos sobre tan pocas cosas. ¡Y yo que quería preguntarle... pero, si yo quería preguntarle todo!

JUAN.— No comprendo una sola palabra. Empieza por explicarme quién es ese muchacho.

JOSEFINA.— Me llamó Josefina que es como a mí me gusta y ni siquiera se dio por aludido ante ese sobrenombre estúpido que alguien me puso.

JUAN.— Pero, Chepita... quiero decir, Josefina, no es razón para que te pongas así. Cuéntame lo que sucedió. Supongo que no estarás llorando, porque lo quieres tanto.

JOSEFINA.— No fue a la cita. Claro que se había nublado y pude no haberlo visto. Pero no... no, lo busqué, lo llamé, grité y por todas partes. Y no vino, papá, no vino.

JUAN.— Mañana lo encontrarás. Ha tenido algún tropiezo como cualquiera y por eso no acudió a la cita... ¿Cita? ¿Tu madre sabe esto?

JOSEFINA.— No, no lo veré más. Nunca más. Para él, yo he muerto y hasta el fin de mis días conservaré su recuerdo como un culto. Será la razón de mi existencia.

JUAN.— (*Riendo a pesar suyo.*) ¡Bravo!

JOSEFINA.— Lo ves. Es inútil. Uno quiere ser sincera y nadie la comprende. Esto me enseñará a no

olvidar que uno está condenada a vivir sola, siempre. Esto me pasa por ser tan tonta y contar las cosas.

JUAN.— (*Súbitamente serio.*) Perdóname, no quise herirte. Si reí, fue porque yo mismo estoy un poco nervioso. He tenido varios contratiempos hoy día.

JOSEFINA.— ¡Perdió al póquer, papá!

JUAN.— Shtt...

JOSEFINA.— ¿Cuánto perdió? ¿Mucho? Mamá se va a poner furia.

JUAN.— Sí, sí, perdí al póquer. Que no lo sepa tu madre. Eso fue, perdí al póquer. Pero cuéntame, ¿cómo es tu enamorado? Tal vez lo vi en el camino, quiero decir, en el Gran Hotel, ya que me crucé con mucha gente.

JOSEFINA.— ¡Pero, papá, si usted mismo me lo presentó!

JUAN.— ¿Yo te lo presenté? Eso sí que no me lo va a perdonar tu madre. Que te arranques de noche para ir a una cita con un hombre que yo mismo te presenté... ¿Pero, quién es?

JOSEFINA.— Cristián, ese joven con quien estabas conversando antes de comida.

JUAN.— ¿Cristián?

JOSEFINA.— El que conocía Verona.

JUAN.— ¡Salvador! Pero ése se llamaba Salvador y no Cristián como tú dices.

JOSEFINA.— Cristián, él mismo me lo dijo. Usted debe haber comprendido mal.

JUAN.— ¡Cómo se te ocurre! Hace más de una semana que lo conozco y siempre le he dicho Salvador. Es uno alto, canoso, con algo de corsario...

JOSEFINA.— Rubio, con algo muy romántico...

JUAN.— ¿Cómo?

JOSEFINA.— Alto, rubio, delgado, con la mirada... ausente.

JUAN.— Pero, Chepita, el hombre que yo te presenté era uno más bien viejo, alto es cierto, pero canoso y no con la mirada ausente como tú dices, sino con unos ojillos vivaces, llenos de lucecitas. Mira, se parecen a los ojos de los piratas. Comprendo lo que debe haber sucedido: era de noche, es fácil confundir...

JOSEFINA.— Había mucha luna y lo vi muy bien.

JUAN.— No voy a discutir contigo. Sería absurdo, ya que lo conozco mucho mejor que tú.

JOSEFINA.— Quizás...

JUAN.— Pero, Chepita, no seas ridícula. Somos íntimos, Salvador y yo. ¡Imagínate! Esta noche debíamos emprender una excursión, los dos solos, a la Cueva del Pirata.

JOSEFINA.— ¿Y para qué?

JUAN.— Para buscar el tesoro, naturalmente. Salvador lo descubrió hace algunos días; pero no pudo sacarlo, no fue capaz. El cofre es sumamente pesado.

JOSEFINA.— ¿Otro tesoro? ¿Y mamá está enterada?

JUAN.— ¡No se lo vayas a decir! Salvador me recomendó tanto...

JOSEFINA.— ¿Y dónde está el tesoro?

JUAN.— En la Cueva del Pirata.

JOSEFINA.— Pero por qué no lo trajeron.

JUAN.— No pudimos.

JOSEFINA.— ¿Por qué?

JUAN.— Tuvimos que dejarlo allá.

JOSEFINA.— Sí, ¿pero, por qué?

JUAN.— (*Estallando.*) Porque Salvador me había dado cita a las diez y no apareció.

JOSEFINA.— ¿A las diez? Ahora sí que estás mintiendo.

JUAN.— ¿Cómo?

JOSEFINA.— Porque tenía que encontrarse a esa misma hora conmigo en la playa.

JUAN.— ¿Y?

JOSEFINA.— (*Después de un tiempo.*) Tampoco llegó.

(*Ambos quedan mudos. Durante la conversación, Juan se ha acercado a la puerta y, al mirar hacia fuera —hacia atrás— se inmoviliza.*)

JUAN.— ¡Chepa, mira!

JOSEFINA.— (*Corriendo hacia él.*) ¿Qué pasa?

JUAN.— ¡Es ése el hombre! ¡Ése que está dando vuelta la espalda y conversa con una mujer!

JOSEFINA.— A ver... espérese a que se de vuelta... ¡Sí! Ése es, es Cristián.

JUAN.— ¡Es Salvador! No acudió a la cita, porque tenía otra, con una mujer...

JOSEFINA.— Debo hablarle.

JUAN.— (*Reteniéndola.*) ¡Espera! Me parece conocer a la mujer... Sí, sí, es...

JOSEFINA.— Es mamá.

(*Vuelven a quedar inmóviles.*)

JUAN.— Maruja... ¿Qué puede estar haciendo con Salvador? Alguien debe haberle contado lo de nuestro plan.

JOSEFINA.— ¡Ay! Papá, si mamá ha sabido que yo tenía una cita con Cristián, me mata.

JUAN.— Chhhh... parece que se están despidiendo. ¡Cuidado! Tu madre se acerca. Sentémonos, hagamos cualquier cosa. Conversa, di algo, Chepita, háblame sobre lo que se te ocurra.

¡Que no se vaya a dar cuenta!

(*Josefina toma un libro que hay sobre la mesa, lo abre en cualquier parte y comienza a leer con voz monocorde, muy rápido.*)

JOSEFINA.— (*Leyendo.*) “¡Sí es; sí es! ¡Huye, vete, márchate! Es la alondra que canta de un modo desentonado, lanzando ásperas disonancias y...”

(*María ha entrado. Viene muy preocupada y, en un comienzo, no los ve. Luego.*)

MARÍA.— ¿Y qué les pasa a ustedes?

JUAN.— Nada, Chepita estaba leyéndome...

JOSEFINA.— “Y dicen que la alondra produce al cantar una dulce...”. “Sí, Romeo y Julieta...”. “Disonancia... ¡armonía! Cómo...”.

MARÍA.— No es hora para estar leyendo. Anda a acostarte.

(*Josefina obedece con premura.*)

JUAN.— (*Bostezando.*) Bueno, creo que yo también iré a acostarme. Ha sido...

MARÍA.— Quédate. Necesito hablar contigo.

JUAN.— No podrías dejarlo hasta... hasta mañana.

MARÍA.— No. Tengo que hacerlo ahora. Escúchame, Juan, desde hace un tiempo...

JUAN.— Mira, Maruja, es inútil que discutamos toda la noche. Ya sé que no lo debería haber hecho, ya sé que no te gusta que me embrolle en estos asuntos; pero, por otra parte, piensa lo que podría haber significado. Una ocasión única. Un cofre lleno de oro y de joyas. Sí... no me digas nada. Sé que no es la primera vez que salgo a buscar un tesoro y vuelvo con las manos vacías; pero ahora es distinto... ahora él me aseguró que...

MARÍA.— ¿De qué estás hablando?

JUAN.— Del tesoro, Maruja. Salvador no debería habértelo contado. Bueno, después de todo, es preferible que lo haya hecho. Eso nos ahorrará una discusión.

MARÍA.— Todavía no comprendo una palabra de lo que estás diciendo. ¿Quién es este Salvador?

JUAN.— Salvador, el hombre con quien hablabas hace un segundo, allá en el paseo.

MARÍA.— ¿Cómo? ¿Nos viste?

JUAN.— Sí, estábamos aquí con Chepita... y... Pero, por favor, Maruja, no nos pongamos a discutir.

MARÍA.— Escúchame, Juan, o tú has tomado más de la cuenta o has perdido al póquer; pero algo te ha pasado.

JUAN.— Sí, claro que no fui al póquer, te mentí. Y tú lo sabías, supongo, así como las otras veces.

MARÍA.— ¿Qué otras veces?

JUAN.— Las otras veces que te he mentido. Pero ahora no se trataba de un asunto cualquiera. ¡Imagínate! Salvador me aseguró que el tesoro era inmenso...

MARÍA.— ¡Sube a acostarte de una vez! Hubiera preferido que estuvieras borracho. Por lo menos, me habrías ahorrado esta escena.

JUAN.— (*Cada vez más agitado.*) Por favor no empecemos. Perdóname una vez más. Reconozco mi culpa.

MARÍA.— ¡Tu culpa! Sólo eres culpable de una cosa, y esa es tu cobardía. No, no te asombres...

JUAN.— No te lo permito, María.

MARÍA.— Llámalo timidez, entonces. La palabra no me importa.

JUAN.— Basta. Eso ya es demasiado. Un marido también tiene orgullo.

MARÍA.— Entonces, ¿por qué no lo demuestras? Has caído en tu propia trampa, infeliz. Te delataste como un vulgar ratero. Yo nada sabía de tu proyectada gira nocturna. ¡Nada! ¿Me oyes?

JUAN.— ¿Cómo?... Entonces él no te dijo adónde íbamos.

MARÍA.— ¿Quién es él? Si te refieres a ese hombre con el cual me viste, desde ya puedo decirte que te equivocas. No se llama Salvador, sino Rodrigo.

JUAN.— ¿Rodrigo?

MARÍA.— Sí, Rodrigo. Y no es aquel payaso buscador de tesoros que tú has descrito.

JUAN.— Pero, ¿por qué estabas con él entonces?

MARÍA.— Era lo que venía a decirte; pero tú te adelantaste con tu historia de cofres y entierros. Quería conversar contigo... ahora ya no es necesario hacerlo. ¡Me voy, Juan!

JUAN.— ¿Cómo?

MARÍA.— Parto con ese hombre. Te dejo... No necesito huir de un infeliz como tú. Me iré bajo tus propios ojos y estoy segura que ni siquiera tratarás de impedírmelo.

JUAN.— Estás loca. No digas cosas que después podrían pesarte. Ante todo, ese hombre puede llamarse Rodrigo o Salvador. No lo discuto. A la Chepita le dijo llamarse Cristián.

MARÍA.— (*Asustada.*) La Chepita lo conoce.

JUAN.— ¡Claro que sí! ¡Yo mismo se lo presenté! Y hace un rato, cuando tú estabas con él, lo reconoció. Puedes preguntárselo a ella...

MARÍA.— ¡No! No la llames.

JUAN.— Por supuesto que voy a llamarla. En esta pieza, uno de los dos está loco. Y por todo lo que has dicho, preferiría de que fueras tú. (*Llamando.*) ¡Chepa! ¡Chepa! Baja un momento.

(*Casi inmediatamente entra Josefina.*)

JUAN.— Dile a tu madre quién es ese hombre con el que ella estaba hace un rato.

JOSEFINA.— Este... yo...

JUAN.— Dile, no tengas miedo. ¿Quién es?

JOSEFINA.— Es Cristián, papá. El mismo que usted me presentó. El que me habló de Verona.

MARÍA.— ¿Estás segura?

JOSEFINA.— Con papá lo reconocimos al instante.

MARÍA.— Pero entonces... entonces me ha mentido. Me dijo que se llamaba Rodrigo y que estaba de paso en La Caleta. Se quedó sólo porque nos encontramos y...

JOSEFINA.— (*Como en sueños.*) A mí... me dijo que se llamaba Cristián. Hablamos de libros y de amor... me dio una cita a las diez en la playa.

MARÍA.— ¿Y no llegó?

JOSEFINA.— No.

JUAN.— Ya lo ven, a mí me contó que su nombre era Salvador, marino jubilado, y que se dedicaba a buscar tesoros.

MARÍA.— Entonces nos ha mentado a los tres.

JUAN.— (*Viendo que Josefina se echa a llorar.*) No llores, Chepita, vamos a arreglar todo este asunto.

MARÍA.— ¿Cómo?

JUAN.— Por el momento, voy a salir a buscarlo.

MARÍA.— ¿Y cuándo lo encuentres?

JUAN.— Le pediré explicaciones.

MARÍA.— Pero estás loco... Crees que te va a dar alguna explicación.

JUAN.— Se la exigiré.

MARÍA.— ¡Qué ingenuo eres! ¿Pero no te das cuenta acaso? ¡Cállate, Josefina! Es mucho más fuerte que nosotros. Si pudo engañarnos a los tres, le será tanto más fácil hacerlo con uno solo.

JUAN.— Pero es que ahora yo sé.

MARÍA.— ¿Qué es lo que sabes?

JUAN.— La verdad. La verdad sobre uno y los demás. Antes consiguió engañarnos, porque nosotros mismos nos mentamos. Yo iba al Gran Hotel, Chepita, donde las Silva... y todas eran

mentiras ¡Nada más que mentiras! Vivíamos mintiéndonos; era nuestro escudo, nuestra fuga, nuestra defensa... y en el fondo nuestra debilidad. En cambio, ahora sabemos, podré discutir con él, cara a cara. Ésa es mi fuerza.

MARÍA.— ¿Y qué obtendrás con saber? Tú crees que uno no vuelve a caer cien veces en la misma trampa. ¡Deja de lloriquear, Josefina! Qué logras con eso; ponerme más nerviosa, eso es todo... Pero hay que hacer algo... algo... ¡Y si fuéramos todos!

JUAN.— ¿Todos?

MARÍA.— Sí, los tres. De todos modos, seremos más fuertes que uno.

JOSEFINA.— No... yo no quiero verlo, nunca más.

MARÍA.— Tienes que venir.

JOSEFINA.— Papá...

JUAN.— La muchacha tiene razón. Para qué imponerle un sacrificio inútil.

MARÍA.— Debe ir. Hay que destruir las cosas antes de que ellas nos destruyan. Eso es lo que tú nunca has sabido.

JUAN.— No se trata de mí, sino de Chepita.

MARÍA.— Y es para defenderla a ella que voy a luchar. (A Josefina.) ¡Cállate de una vez! No sigas llorando. No quiero que sigas llorando. Y te vas a callar, porque yo te lo ordeno.

JUAN.— Maruja, la pobre está herida. No la trates así.

MARÍA.— Para que se vuelva aún más débil. ¡No! Ella no será débil como tú, como lo he sido yo. Ella sabrá afrontar los hechos, mirarlos cara a cara, ella sabrá hacer todo lo que tú predicabas hace un instante; pero que nunca has llevado a efecto.

JUAN.— Es que entonces nos mentíamos...

MARÍA.— Y nos mentiremos siempre, por eso hay que aprender. Yo te enseñaré a tener valor, a deshacer y recordar tu vida antes de que sea tarde... antes de que sea tarde...

JUAN.— Desgraciadamente, siempre es tarde.

MARÍA.— Eso lo dices tú porque eres débil y preferiste cerrar los ojos y dejar que las cosas sucedieran. ¡Pero hay un momento en que todavía se puede decidir! Nosotros lo perdimos. Yo me encargaré de enseñárselo a Josefina.

JUAN.— Tengo la impresión de haber perdido tanto, tanto se ha deslizado...

MARÍA.— ¡Cállate! ¡Tú ya no importas! Ahora se trata de Josefina, sólo de ella. Debo enseñarle a destruir los fantasmas.

JUAN.— Y, sin embargo, Salvador pudo ser...

MARÍA.— Pudo ser, pudo ser... Pero no lo fue. Espérame mientras voy a buscarte un chal. (Sale.)

JUAN.— Mi pobre Chepita, supongo que habrá que ir.

JOSEFINA.— No quiero, no quiero...

JUAN.— Pero, ¿cómo podrías desobedecerle?

JOSEFINA.— No quiero ir, no puedo ir.

JUAN.— Shhhh... ahí viene tu madre.

MARÍA.— (Aparece trayendo un chal y un revólver.) ¡Toma! Ponte este chal.

JUAN.— ¿Qué es lo que traes?

MARÍA.— Tu revólver. Estaba sobre el velador, como esperando que yo lo tomara. La noche está muy oscura.

(En el momento en que van a salir aparece Juanito en pijama blanco.)

JUANITO.— ¿Dónde van? Yo también quiero ir.

MARÍA.— ¿Qué estás haciendo en pie a esta hora? Anda a acostarte.

JUANITO.— Yo quiero ir, yo quiero ir.

MARÍA.— Anda a acostarte. Mira que puede venir el hombre malo.

JUANITO.— ¿Cuál hombre malo?

MARÍA.— Uno que anda cerca, muy cerca. Anda a acostarte y no te muevas de tu cama.

JUANITO.— ¿Dónde está el hombre malo? Yo quiero verlo. ¡Muéstrenmelo!

MARÍA.— Vamos, Juanito, a la cama. Si no obedeces te voy a castigar.

(Lo empuja hacia fuera y los tres, María, Juan y Josefina, salen. La escena queda vacía durante algunos segundos y luego aparece Juanito. Primero se asoma para ver si hay alguien, luego avan-

za en puntillas hacia la puerta y, por último, se precipita afuera, tomando la misma dirección de los otros. Hay un breve momento de oscuridad durante el cual desaparecen los muebles y luego se enciende, en primer plano, un foco que alumbr a Personaje. Habla hacia el público; pero como si estuviera viendo frente a él todo lo que sucede.)

PERSONAJE.— Ahora los tres me buscan. ¡Ah!, si ustedes pudiesen verlos... Avanzan muy juntos, en fila india, tomándose de la mano para no perderse. ¡Qué susto tienen! La noche está tan oscura y olvidaron traer una luz. ¡Ah!, si ustedes pudiesen verlos... Parecen tan pequeños, tres enanos perdidos en un bosque. ¡Hop! Ya tropezó uno; hay raíces inmensas que sobresalen por todas partes, aquí, allá, ¡cuidado!, hay tantas raíces en un bosque... Se alejan ahora, se internan en el bosque, van a desaparecer. Ya está: ahí permanecerán dando vueltas hasta que amanezca. (Ríe.) Pero no... helos aquí nuevamente. ¡Qué gran mujer es María! A pesar de la oscuridad, de la neblina que lo envuelve todo, de los quinientos senderillos y del miedo, ha sabido encontrar su camino. ¡Aquí está! Miren cómo avanza. ¡Ah! Si ustedes pudiesen verla... Se abre paso con decisión. ¡Hop! Ahora es ella quien tropieza... ni siquiera se ha quejado. No hay duda, pudo haber sido invulnerable. (Enmudece durante algunos segundos y se escucha ruido de conversaciones.) Los oyen. Están discutiendo; pero sus voces se escuchan apenas. Oíganlos... trazan un plan... shhh... hay tanto ruido en el bosque, de noche. Esos gritos de animales desconocidos que, de pronto, graznan o chillan. Y luego aullidos lejanos, que no se sabe muy bien de dónde vienen. ¡Pobre Josefina! Reacciona a cada uno de esos gritos y llora, llora... ¡Qué caudal tienen las muchachas escondido adentro! Por nada, lloran. La causa es diferente: un verso, un golpe, una rabia, una pena. Lo importante es llorar. También le llega su turno y tropieza, resbala... casi cae. ¡Qué miedo tiene! La oscuridad es tan romántica en los libros... Vuelven a detenerse. ¿Qué es lo que pasa? Ah, sí. Me van a llamar. Escúchenlos...

Voz de JOSEFINA.— Cristián... Cristiáaaaaaannn...

Voz de JUAN.— Salvadooor... Salvadooooooooooortt...

Voz de MARÍA.— Rodrigooo...

PERSONAJE.— Escucharon. María fue la más tímida. Naturalmente, teme encontrarme. Acabamos de separarnos... Ya nacerá el miedo en los demás. Porque cuál de ellos desea encontrarme en realidad. Ninguno, por supuesto. Quién se atrevería a enfrentarme después de conocer el engaño. Quién se atrevería a mirarme en los ojos y decírmelo. ¡Ninguno! Nada hay más cobarde que un hombre frente a sus sueños. Por eso siempre se le escapan, porque titubea, porque en el fondo les tiene miedo. Cuando decide agarrarlos, ya es demasiado tarde.

Voz de JOSEFINA.— Cristián... Cristiáaaan...

Voz de JUAN.— Salvador... Salvadoooooor...

PERSONAJE.— ¡No les temo! Pueden llamarme y acercarse, ¿quién se atreverá a tocarme siquiera? Yo soy el que ustedes esperaban y, aún cuando los haya defraudado, siempre quedará mi recuerdo. Él es quien me defiende. ¡Los desafío! Traten de matarlo. ¡Qué pequeños los veo, indefensos y ridículos! Busquen, busquen, ¿qué harán cuando me descubran? Yo soy Cristián, Rodrigo, Salvador, ¿recuerdan? ¡Soy vuestro sueño y ustedes ya lo saben, por eso no tendrán fuerzas para aniquilarme! Busquen, busquen... Yo les ayudaré. Voy a darles toda clase de facilidades. (Gritando.) ¡Aquí estoy! ¡Aquí estooy! ¡Aquíiiiiiii...

Voz de JUAN.— Escuché una voz...

Voz de MARÍA.— Sí, parecía venir de por allí... ¡Síganme!

PERSONAJE.— ¡Y ahora a divertirse! ¡Miren cómo todos me persiguen! Corran... ¡Aquí estoy! Doblar a la izquierda, a la derecha, a la izquierda nuevamente. El bosque es tan grande que podríamos correr toda la noche. Yo no me cansaré... ¡Aquí estooy!... No les tengo miedo. Ninguno de ustedes puede matarme, ninguno, ninguno... ¡Oh! Cuidado, las raíces son peligrosas... Corra, María, ¿por qué se detiene? ¿por qué se apoya contra ese árbol y cierra los ojos cuando yo estoy tan cerca? Aquí. Así, así... persíganme... ¡Es lo que deben hacer! Ahora a la derecha, tomen ese sendero... Oy... Juan se ha caído... (Ríe.) El revólver fue a dar lejos. Ahora está desarmado, mi pobre pirata. Ya no podrás encontrarlo, nunca más. Anotación mental: acordarse de que en los bosques de La Caleta hay un revólver. Útil para dar veracidad a algún

sueño. Pero... ¿qué es eso? ¿Quién es esta pequeña sombra blanca que corre entre los árboles? Eh, tú... no corras tan rápido. No me ha oído... ¡No! no te vayas, déjame acercarme para mirarte, eres demasiado curioso... Y ahora se agacha, busca... parece que ha encontrado algo entre las hojas. ¿Qué es, ratoncito? ¡Pero si es el revólver! ¡Con qué mezcla de temor y ansia lo empuña lo empuña! ¡Cómo lo mira! Te voy a enseñar a usarlo... No, no te asustes. Soy yo, un amigo... Vamos, no me mires así, si no quiero hacerte daño, sólo deseo enseñar...

(Se escuchan varios disparos. La sonrisa del Personaje se troca en un gesto amargo y grita con todas sus fuerzas. Oscuridad completa. Cuando vuelven las luces, aparece Juanito, siempre en pijama, sujetando el revólver.)

JUANITO.— Yo maté al hombre malo... yo maté al hombre malo... yo maté al hombre malo. *(Y mientras él continúa con su cantinela, aparecen los demás. Josefina entra muy asustada. Juan la sigue y, por último, María, que avanza como sonámbula y permanece alejada durante toda la escena.)*

JOSEFINA.— ¿Qué pasó? ¿Qué fueron esos disparos?

JUAN.— No sé... yo oí unos gritos...

JOSEFINA.— Yo también. Unos gritos de hombre. ¡Qué espantos!

JUAN.— *(Descubriendo a Juanito.)* ¡Juanito! ¿Qué estás haciendo aquí?

JUANITO.— Yo maté al hombre malo... yo... con su pistola, papá.

JOSEFINA.— ¡Oy! Tiene una pistola.

JUAN.— ¿De dónde sacaste eso?

JUANITO.— La encontré en el suelo.

JUAN.— ¿No te he prohibido tocarla? ¡Dámela!

JUANITO.— Pero si yo maté al hombre malo... Yo fui, papá.

JUAN.— Entonces... ¡Dame ese revólver! Juanito, entrégamelo. *(Forcejea con el niño y, por último, se lo arranca.)* ¡Y ahora, a la cama, rápido!

JUANITO.— Pero si yo...

(Juan le da una palmada. Juanito sale llorando.)

JOSEFINA.— Papá... usted cree que esos gritos...

JUAN.— No. Claro que no. Nada de eso sucedió. Estamos sobreexcitados y escuchamos gritos y... y otros ruidos. Lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir.

JOSEFINA.— Sin embargo...

JUAN.— Basta, Josefina, no quiero oír hablar más del asunto.

(Sale muy rápido. Josefina lo sigue. María queda sola. En ese momento, vuelve a escucharse la sirena del barco. María se acerca a la baranda y mira en dirección al mar.)

MARÍA.— *(Tristemente.)* Se ha salvado... se ha salvado...

(Lentamente, se apagan las luces y, cuando vuelven a encenderse, es con fuerza y casi inmediatamente, la luz de mañana. Aparece junto a la casa —que ha vuelto a ser la pared desnuda, es decir, la fachada— Juanito seguido por María.)

JUANITO.— ¿Y el papá se fue, mamá?

MARÍA.— *(Que limpia y sacude: ha vuelto a ser la de antes.)* Sí, esta mañana, muy temprano. Tenía que volver a la oficina. Vamos, Juanito, anda a jugar a otra parte. No ves que estoy ocupada.

JUANITO.— Mamá, puedo ir a jugar al camino...

MARÍA.— No pisotees las flores. Ya bastante se quejó el dueño con los destrozos del año pasado.

JUANITO.— ¿Puedo ir, mamá?

MARÍA.— Bueno, pero no te alejes mucho y... ¡ten cuidado con esa baranda que es tan endeble! Y no te agaches sobre el mar, las rocas son tan peligrosas y no te vayas a caer sobre todo...

¡Apúrate, Chepita! Puedes irte con ella a la playa. *(Gritando hacia adentro.)* ¡Chepita!

¡Chepita! Ya está bueno que salgas del baño... Supongo que no pensarás quedarte ahí toda la mañana... Tienes que ir a la playa. Por algo se viene a veranear a la costa, para que aprovechen... ¿Me oyes, Chepita?

(Mientras, el niño se ha acercado a la baranda y juega con varios barquitos que ha traído. María entra y sale de la casa, limpiando, ordenando. Aparece el Personaje.)

PERSONAJE.— *(Acercándose al niño.)* Veo que te gustan los barcos.

JUANITO.— (*Después de mirarlo, muy impresionado.*) Sí, señor.

PERSONAJE.— Puedes llamarme capitán.

JUANITO.— (*Con admiración.*) Usted es... capitán.

PERSONAJE.— Sí, soy el capitán de ese buque que ves allá.

JUANITO.— ¿Dónde?

PERSONAJE.— Allá... a la derecha del que tiene la bandera roja.

JUANITO.— ¿Ese grande, con cañones?

PERSONAJE.— Sí... pero, ¡qué maravilla éste que tienes aquí! ¿De dónde lo sacaste? ¡Y éste, y éste! Son espléndidos... Mira esta línea y esta proa. ¿Qué vas a ser cuando grande?

JUANITO.— ¡Marino!

PERSONAJE.— ¡Qué bien! Entonces hay que aprender desde niño todas estas cosas. ¿Sabes lo que es una catalina y un foque y...? ¡Hay que aprenderlo!

JUANITO.— Sí, señor, quiero decir, sí, capitán.

PERSONAJE.— Por ahora, puedes llamarme Thompson. Más tarde, cuando seas marinero, me dirás capitán Thompson... ¿Por qué me miras así?

JUANITO.— Es que... es que... yo conocí un capitán Thompson.

PERSONAJE.— ¿Ah, sí? Y, ¿dónde? ¿Cuándo?

JUANITO.— Hace tiempo, en un libro que me prestó Vicente... es un primo hermano.

PERSONAJE.— Ah.

JUANITO.— Se llamaba "Las aventuras del Capitán Thompson"... ¿Era usted?

PERSONAJE.— ¡Quién sabe!

JUANITO.— Yo siempre había querido conocerlo... personalmente.

PERSONAJE.— Pues aquí lo tienes.

JUANITO.— Sí, y con la misma gorra y los galones y el barco con cañones...

PERSONAJE.— ¿Te gustaría conocer ese barco?

JUANITO.— ¿Lo dice en serio?

PERSONAJE.— Por supuesto.

JUANITO.— Pero... pero si es lo que siempre he querido...

PERSONAJE.— Mira... entonces esta noche, cuando todos estén durmiendo, podemos ir a visitarlo.

JUANITO.— ¿Pero cómo voy a convencer a mi mamá?

PERSONAJE.— ¿A tu mamá? ¿Eh... necesitas el permiso de tu mamá? Y yo que creí que eras todo un hombre. Muy fácil, yo mismo iré a pedirselo.

JUANITO.— ¡Claro que soy un hombre! (*Pausa.*) ¡Cuidado que está ahí!

MARÍA.— Chepa, ¿vas a bajar o no?

Voz de JOSEFINA.— Ya voy, mamá.

JUANITO.— Va a venir mi hermana. ¿A qué hora nos juntamos?

PERSONAJE.— Hay que preguntárselo a tu mamá.

JUANITO.— No, no se lo pregunte. Estaré a la hora que usted me diga.

PERSONAJE.— Muy bien entonces. Esta noche, cuando todos duerman, lanzaré dos o tres piedras a tu ventana. Ésa será la señal. Bajarás e iremos a visitar el barco. Pero, ¡silencio! Que nadie lo vaya a saber.

JUANITO.— Muy bien, capitán.

PERSONAJE.— Y ahora, a la casa, a la cama. Hasta más tarde. (*El niño sale.*) Hasta más tarde. (*Dirigiéndose al público.*) Hasta siempre. Para esperarme, tratará de no dormir; pero desde ya sueña. ¿Lo ven? Esta historia podría no tener fin y repetirse hasta la eternidad. Uno y otro imaginan que un día podrán destruirme y no saben que sólo un niño lograría este propósito, un niño que juegue con sus sueños, en vez de vivir sólo para alcanzarlos. Pero un niño también crece y llega la hora en que, temeroso, estremecido, titubeante, me encuentra, comprende quién soy y se entrega a mí. Desde entonces, me pertenece. La trampa es eterna; pero, ¿quién se negaría a caer en ella, cuando el sueño es un reemplazo tan tentador para ese doloroso oficio que llamamos la vida? Buenas noches.

LA JAULA EN EL ÁRBOL

Comedia en tres actos

(1957)

Para Eugenio Guzmán

Personajes:

CASILDA

ÁNGELA

ANITA

SERGIO

JUSTO PACHECO

DOCTOR GONZÁLEZ

SECRETARIO

PRIMER ACTO

(La salita de una casa de pensión. Pieza de techo muy alto y de color incierto. Esta profusamente adornada, casi con desorden, uno de esos cuartos donde van almacenando los objetos que no se sabe dónde colocar. Hay muebles de diferentes estilos, mesitas con manteles tejidos a crochet, jarrones con flores de papel. Sin embargo, por la arquitectura, se comprende que esta casa debió pertenecer antes a una familia acaudalada.)

Hay tres puertas. Una conduce al departamento de Ángela y Anita, otra a la cocina y una tercera, a la calle. Una escalera lleva a los dormitorios del segundo piso.

Es una mañana de abril. La pieza está llena de sol y, no lejos, se escuchan las campanas de una iglesia.

Por la escalera aparece Casilda, una señora más cerca de los sesenta que de los cincuenta años. Viene vestida para salir y trae un libro de oraciones entre las manos.)

CASILDA.— *(Rezongando.)* ¡Cómo no pues, es lo único que faltaba! Cómo que no voy a reclamar... para eso pago, y puntualmente... van a ver si me quedo callada. Creen que uno lo va a soportar todo. *(Llama.)* ¡Señora Ángela! Siempre abusan con una mujer sola. Pero no saben con quién se encontraron ahora... ¡Señora Ángela! ¡Señora Ángela!

(Aparece Ángela. Es una mujer de cuarenta años.)

ÁNGELA.— Muy buenos días, señora Casilda.

CASILDA.— Muy malos dirá usted.

ÁNGELA.— ¿Por qué? ¿Qué le ha sucedido?

CASILDA.— Vengo a presentarle varios reclamos, señora Ángela.

ÁNGELA.— Como todas las mañanas, señora Casilda.

CASILDA.— Así será, señora Ángela. Pero créame que si lo hago no es por mi culpa. Hay muchas cosas que necesitan arreglo en esta casa.

ÁNGELA.— ¿Ah, sí?

CASILDA.— Aquí las traigo todas anotadas, tal como usted me lo dijo. He pasado la noche entera sin dormir, lápiz en mano, escribiendo. ¡Yo no sé qué va a ser de mi pobre salud!

ÁNGELA.— Yo no me preocuparía por eso, señora Casilda.

CASILDA.— ¿Usted cree? Fíjese que me han vuelto esos dolorcitos aquí *(Tocándose el corazón.)* Y aquí. *(Tocándose la nuca.)* ¡Y para qué hablarle de mis reumatismos..! ¡Una verdadera mártir, señora Ángela! Pero supongo que con algo tiene una que ganarse el cielo.

ÁNGELA.— Cada una se lo gana como puede, señora Casilda.

CASILDA.— *(Pasándole la lista.)* Lea usted. Yo no veo nada sin anteojos.

ÁNGELA.— Eh... Pero no comprendo. Aquí hay palabras sueltas y nada más.

CASILDA.— Esas son mis anotaciones. Léamelas y yo se las iré explicando.

ÁNGELA.— Ventana.

CASILDA.— ¡Ah, sí! La ventana. Se ha echado a perder de nuevo.

ÁNGELA.— Pero, señora, si ayer vino el maestro y yo misma revisé el trabajo antes de que se fuera. Le aseguro que cerraba perfectamente.

CASILDA.— Eso es. Queda demasiado cerrada. No entra aire.

ÁNGELA.— Ábrala entonces. Porque las ventanas son para estar cerradas o abiertas.

CASILDA.— Señora Ángela, yo también, en otros tiempos es cierto, he tenido casa, y puedo asegurarle que mis ventanas se cerraban y se abrían a mi gusto y no al de la ventana. Yo siempre he tenido ventanas que se cierran un poquito, es decir que, al cerrarse, quedan un poco abiertas. Así es como debe ser, ¿me comprende?

ÁNGELA.— En mi casa no hay ese tipo de ventanas.

CASILDA.— Muy mal hecho, señora Ángela. Usted tiene una residencial y debe tratar de complacer a sus huéspedes.

ÁNGELA.— Sí, pero...

CASILDA.— *(Interrumpiendo.)* En caso contrario me veré obligada a buscar otra residencial.

ÁNGELA.— Está bien. Llamaré de nuevo al maestro.

CASILDA.— Gracias, señora Ángela. Siga leyendo por favor.

ÁNGELA.— ¡Perra!

CASILDA.— ¿Cómo? Ah, sí... pero creo que leyó mal, señora Ángela. Dice perro y no perra. Me refiero al perro del vecino. No dejó de aullar en toda la noche.

ÁNGELA.— ¡Y qué le voy a hacer yo! *(Sigue leyendo.)* Curru.

CASILDA.— ¿Cómo dice?

ÁNGELA.— Yo no digo nada. Es el papel quien lo dice. Curru.

CASILDA.— ¿Curru? ¿Qué sería eso?

ÁNGELA.— No lo sé, señora Casilda; pero creo que sería preferible...

CASILDA.— ¡Curru! ¡Claro! Ahora me acuerdo. Pero si es lo más importante. Imagínese que anoche, durante toda la noche, escuché ese ruido en la pieza de al lado.

ÁNGELA.— *(Con desconfianza.)* Cu... rru...

CASILDA.— No. Curru cucú, curru cucú. Se repetía dos veces y luego un silencio.

ÁNGELA.— ¡Qué raro! ¿Está segura de que venía de la pieza del señor Pacheco?

CASILDA.— Supongo que no irá a poner en duda lo que afirmo.

ÁNGELA.— Pero, ¿está segura de que era él? Es un caballero tan callado, tan quitado de bulla, una verdadera sombra.

CASILDA.— Lo mismo digo yo: una verdadera sombra. Por eso me pareció tan raro que si habla tan poco durante el día, se lo lleve toda la noche haciendo curru cucú...

(Entra Anita. Es muy joven. Trae una bandeja con tazas y platos para el desayuno.)

ANITA.— Buenos días, señora Casilda.

CASILDA.— Buenos días, mi hijita.

ANITA.— Lindo día, ¿no es cierto? Allá en el sur, en el mes de abril ya está lloviendo a chuzos. En cambio aquí en Santiago...

ÁNGELA.— No hables tanto y pon la mesa.

ANITA.— Hay que ir a despertar a don Justo y a don Sergio.

CASILDA.— Puede que con el señor Pacheco tengas éxito, lo que es con el estudiante...

ANITA.— ¿Qué le pasó?

CASILDA.— Salió anoche y no ha vuelto todavía. ¿Usted lo sabía, señora Ángela?

ÁNGELA.— No me interesa la vida privada de mis pensionistas. Cuántas veces tendré que decirse-lo, señora Casilda.

CASILDA.— A usted tal vez no, pero lo que es a Anita... A ti sí que te importa, ¿no es cierto, chiquilla?

ÁNGELA.— ¿A Anita?

CASILDA.— Sergio salió bastante tarde anoche y no volvió. Como yo pasé la noche en vela... ¿Habrá empezado ya la misa?

ANITA.— Hace un rato dieron la tercera seña.

CASILDA.— Entonces ya deben estar cerca del Credo. Voy a tener que irme. Nunca he llegado a

misa antes del Credo. ¿Sabían que si una llega al Credo vale? En La Serena, en los tiempos en que vivía Moisés, siempre mandaba una empleada de antemano para que me viniera a avisar cuándo iba a terminar la prédica. Pero los tiempos cambian. Bueno... Hasta otro rato. No te olvides, Anita, de guardarme desayuno. Poquita cosa, una taza de café y tres pancitos bien calientes como a mí me gustan. (*Inicia el mutis.*) ¡Ah! Le dejo la lista, señora Ángela, para que no se vaya a olvidar de mis encarguitos. (*Sale.*)

ÁNGELA.— ¿Qué quiso insinuar cuando dijo que a ti te importaba lo que hace don Sergio?

ANITA.— ¿Cómo voy a saberlo yo, tía?

ÁNGELA.— No me mientas, Anita. Es por tu bien. Ya te lo he advertido varias veces. Aquí en Santiago no es como en el sur. Allá el hombre no tiene dónde arrancar; en cambio acá desaparecen de la noche a la mañana. Sobre todo Sergio que tiene familia en Iquique. Cualquier día vuela.

ANITA.— ¿Pero qué está pensando, tía?

ÁNGELA.— Lo peor.

ANITA.— ¡Cómo se le ocurre, tía!

ÁNGELA.— Cuando tu padre me pidió que te trajera a Santiago, me hice responsable de ti y no me gustaría que sucedieran tonterías. Además Sergio no es para ti. Tu padre te mandó a estudiar, porque quiere que seas alguien y no para que andes perdiendo el tiempo con ociosos.

ANITA.— Pero Sergio no es ocioso, tía. Estudia leyes.

ÁNGELA.— No sé cuándo, porque se lo pasa durmiendo de día y saliendo en las noches.

ANITA.— Es que se ocupa mucho de política y a esa hora tiene reuniones.

ÁNGELA.— Razón de más para decir que es un ocioso. Pero todo esto cambiará apenas vuelvas a los cursos de corte y confección como se lo prometí a tu padre. Por ahora necesito alguien que me ayude en la casa. Tú sabes lo difícil que es conseguir una empleada. Pero cuando encuentre una, podrás volver a la escuela.

ANITA.— Bueno, tía; pero no se aflija.

ÁNGELA.— Es que hoy día las muchachas tienen amplias posibilidades de triunfar en la vida, no es como en mi tiempo. Y tanto tu padre como yo queremos que seas algo. Por eso te mandó a Santiago. Por eso te traje. ¡No vas a pasarte la vida cocinando y haciendo piezas!

ANITA.— Claro que no, tía. Pero se está haciendo tarde. Voy a subir a despertar a don Justo.

ÁNGELA.— A propósito, ¿no le has notado nada raro a don Justo?

ANITA.— ¿Raro?

ÁNGELA.— Sí, alguna manía, alguna excentricidad, qué sé yo.

ANITA.— No...

ÁNGELA.— Me preocupa todo esto.

ANITA.— ¿Qué cosa, tía?

ÁNGELA.— Desde hace algunas semanas lo noto cambiado. Antes daba pena mirarlo y ahora tiene otra cara. ¿No te has dado cuenta?

ANITA.— Sí, a lo mejor.

ÁNGELA.— ¿Y a qué se deberá?

ANITA.— ¿Cómo quiere que yo sepa, tía?

ÁNGELA.— Porque es mucho lo que te conversa, a ti y a nadie más. ¿No has descubierto nada raro al hacer su pieza?

ANITA.— No, tía.

ÁNGELA.— Figúrate que la señora Casilda escuchó toda la noche ruidos extraños que venían de su pieza.

ANITA.— ¿Qué ruidos?

ÁNGELA.— Algo así como curru, curru...

ANITA.— (*Con susto.*) ¿Curru?

ÁNGELA.— Sí. ¿Tú sabes algo? ¿Qué?

ANITA.— No, nada, tía, se lo juro.

ÁNGELA.— No vaya a resultar siendo un loco. No sería la primera vez que estos locos se arrancan de la casa de Orates y vienen a esconderse en una residencial.

ANITA.— Cómo se le ocurre, tía. ¡Dios mío! Ya son las siete y diez, voy a ir a despertarlo. Usted sabe que le gusta levantarse con calma.

ÁNGELA.— Baja luego, mira que te quiero disponer antes de que vengan a tomar desayuno. (Anita sube. Se escuchan los silbidos del lechero y una voz que grita "La leche".) Ya voy... (Toma una botella y va a buscar la leche. Se escucha una conversación corta en la puerta y luego Ángela vuelve. Anita baja.) ¿Lo despertaste?

ANITA.— Ya estaba en el baño.

ÁNGELA.— ¿Qué te dijo?

ANITA.— Nada, lo de todos los días.

ÁNGELA.— ¿Qué?

ANITA.— Buenos días, Anita.

ÁNGELA.— Bueno, eso no tiene nada de raro. En fin, vamos a lo nuestro. Quiero que vayas a comprar luego.

ANITA.— Bueno.

ÁNGELA.— Veamos, don Justo almuerza en la oficina; pero la señora Casilda no falta nunca. Así es que ella, yo y tú, son tres. ¡Ah, don Sergio! Pero seguramente se quedará a almorzar en la Universidad.

ANITA.— No creo.

ÁNGELA.— ¿Por qué?

ANITA.— Seguro que va a dormir toda la mañana y se levantará a la hora de almuerzo.

ÁNGELA.— Digamos cuatro entonces. De primero, una entradita.

ANITA.— ¿Qué compro para la entrada?

ÁNGELA.— Nada, hija, nada. Eso tienen de bueno las entradas: se hacen sin nada. ¿Quedan todavía aceitunas?

ANITA.— Sí, algunas de anteaayer.

ÁNGELA.— Ésas las vas a picar chiquitas y las pones para adornar un salpicón de lechuga que haremos con las que sobraron de anoche.

ANITA.— ¿Un salpicón de lechuga con qué?

ÁNGELA.— De lechuga sola, si es entrada no más. Después una sopa. Bueno, ahí vas a comprar algo para hacer el caldo, somos cuatro... (Hace un cálculo mental.) Seis tazas de agua, un poco de perejil, un puñadito de arroz, sí, yo creo que con un octavo de posta basta y sobra.

ANITA.— ¡Un octavo!

ÁNGELA.— Con algo tienen que defenderse hoy día las dueñas de casa.

ANITA.— Un octavo de posta. ¿Qué más?

ÁNGELA.— Como hoy es viernes, de segundo no haremos carne.

ANITA.— Pero si va a haber sopa de posta.

ÁNGELA.— Sí, pero ahí no se ve el trozo.

ANITA.— Es que la señora Casilda es tan católica.

ÁNGELA.— (Interrumpiendo.) El que no quiere, no come. Esto no es un hotel, sino una residencial.

ANITA.— ¿Y qué vamos a hacer de segundo?

ÁNGELA.— Charquicán de cochayuyos.

ANITA.— ¿Y de postre?

ÁNGELA.— ¡Postre! ¿Quieres matarlos? Después de un charquicán que es sumamente llenador... No, una agüita caliente basta. Una agüita de boldo, de menta, de lo que quieran. Y trae bastante pan. ¡Que coman pan! No quiero que digan que en mi casa se les miden las cosas... Trae bastante pan y con el que sobre se puede hacer unas sopas en la noche.

(Entra Sergio. Intenso y serio. Siente pesar sobre él grandes responsabilidades; pero se le perdona porque su juventud lo hace atrayente. Viene con la barba crecida y la ropa sucia. Va hacia el teléfono y marca infructuosamente un número.)

SERGIO.— Buenos días.

ÁNGELA.— ¡Don Sergio! Buenos días. Dígame, ¿Usted va a almorzar aquí? Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué trae esa cara?

SERGIO.— No tengo otra. Estoy de muy mal humor, señora, así es que le agradecería se ahorrara todo comentario.

ÁNGELA.— ¡Santo Dios, si no he hecho ninguno! ¿Pero qué les pasa a todos hoy día? Ni que se hubieran puesto de acuerdo para levantarse con el genio al revés.

SERGIO.— Conmigo se equivoca, señora. No sólo no me levanto, sino que ni siquiera me he acostado.

ÁNGELA.— No quiero saber nada, no quiero saber nada. Después dirán que soy intrusa.

SERGIO.— Un hombre que ha pasado la noche en la cárcel tiene derecho a desahogarse.

ANITA.— ¡En la cárcel!

SERGIO.— Precisamente, como un vulgar ratero.

ÁNGELA.— Pero, ¿por qué?

SERGIO.— Por defender algo en lo cual muy pocos creen. Algo que se llama libertad. Con permiso, voy a lavarme un poco. *(Sube por la escalera.)*

ÁNGELA.— ¿Escuchaste, Anita? Era lo único que faltaba. Uno de mis pensionistas preso y reo.

ANITA.— Tenía que suceder.

ÁNGELA.— ¿Cómo?

ANITA.— Son sus amigos, tía. Ellos lo convencieron.

ÁNGELA.— ¿De qué?

ANITA.— De que se inscribiera en el partido y los ayudara en un complot.

ÁNGELA.— ¿Qué complot?

ANITA.— Uno que están preparando contra el gobierno.

ÁNGELA.— ¡Lo único que faltaba! Un golpista en mi casa.

ANITA.— Usted debiera hablarle, tía. Decirle que corre peligro. Cualquier día vienen y se lo llevan.

ÁNGELA.— ¿Quiénes?

ANITA.— Los carabineros.

ÁNGELA.— ¡Mi casa llena de carabineros! Ah, no, esto se va a terminar.

ANITA.— Tiene su pieza llena de panfletos y propaganda.

ÁNGELA.— *(De pronto.)* ¡Curru! ¡Curru! ¡Dios mío! ¿No estará también don Justo en el complot? A lo mejor él tiene escondida una imprenta clandestina y en las noches imprime sus folletos. Hay que aclarar este asunto. Vamos a ver lo que sucede en la pieza de don Justo y si tiene algo escondido, los echo ahora mismo.

(Cuando van a subir, aparece en lo alto de la escalera Justo Pacheco. Es un hombre de edad indefinida, de cara plácida, vestido de oscuro, pulcro y aseado. Al verlo las dos mujeres se detienen.)

JUSTO.— Buenos días, señora Ángela.

ÁNGELA.— Bu... buenos días, don Justo. En este momento íbamos a... a avisarle que el desayuno está listo ¿No es cierto, Anita?

JUSTO.— Muchas gracias. De todos modos yo ya iba a bajar.

ÁNGELA.— Usted siempre tan puntual.

JUSTO.— ¿Pueden darme el desayuno?

ÁNGELA.— Yo misma se lo serviré aquí, porque hoy toca aseo a fondo en el comedor. Sube, Anita, a hacerle la pieza.

ANITA.— Pero, tía...

ÁNGELA.— Sube y limpia. *(Le sonríe a Justo.)* No me demoro nada. *(Sale en dirección a la cocina.)*

ANITA.— Don Justo, lo han descubierto todo.

JUSTO.— ¿Quién?

ANITA.— Primero la señora Casilda y ahora mi tía también sospecha.

JUSTO.— ¿Qué vamos a hacer?

ANITA.— Yo no... *(Pero en ese momento Ángela regresa con la bandeja del desayuno. Anita corre hacia arriba.)*

ÁNGELA.— ¿Y cómo durmió, don Justo?

JUSTO.— Muy bien, gracias.

ÁNGELA.— ¿Está seguro?

JUSTO.— Sí, seguro.

ÁNGELA.— Ah.

JUSTO.— ¿Por qué me lo pregunta, señora Ángela?

ÁNGELA.— Por... por nada, por saber. *(Se acerca a la escalera y habla hacia arriba.)* ¡Anita! ¿Cómo van las cosas?

VOZ DE ANITA.— Bien, tía.

ÁNGELA.— ¡Virgen Santísima! *(a Justo.)* Lo cierto es, don Justo, que la señora Casilda vino a decirme esta mañana que durante toda la noche había escuchado... eh... ruidos raros en su pieza.

JUSTO.— ¿Qué tipo de ruidos?

(Durante esta conversación baja Anita y, sin ser vista por su tía, se esconde cerca de la puerta de calle.)

ÁNGELA.— Bueno, bastante raros. Algo así como curru... curru. Pensé que tal vez se habría desvelado.

JUSTO.— No, no me desvelé.

ÁNGELA.— ¡Qué bueno! ¿Le sirvo otro poquito de café, don Justo?

JUSTO.— Gracias.

ÁNGELA.— *(Después de servírselo.)* Bueno, con su permiso, voy a ir a ayudar a Anita.

(Sube. Apenas ha desaparecido, Anita emerge de su escondite.)

ANITA.— La dejé bien guardada. No hay peligro.

JUSTO.— Parece que pasó mala noche. Pero yo no la sentí, porque me quedé dormido como un roble; pero la señora Ángela me dijo que mi vecina había venido a quejarse esta mañana.

ANITA.— Lo importante es que no la descubran. Sería una lástima. ¡Hasta ahora nos ha ido tan bien!

JUSTO.— ¡Gracias a ti, Anita! Eres tan buena.

ANITA.— No, no soy buena.

JUSTO.— ¿Por qué dices eso?

ANITA.— Porque sí.

JUSTO.— ¡Qué ideas son esas! Te noto triste desde hace algunos días. ¿Por qué? ¿Penas, penas de amor?

ANITA.— No tengo ningún amor.

JUSTO.— ¡Anita! Supongo que no querrás mentirme... a mí...

ANITA.— Estoy tan desesperada, don Justo. No lo veo casi nunca. No viene a dormir y en el día se encierra en su pieza.

JUSTO.— Ya se le pasará.

ANITA.— Y eso no es todo. Imagínese que sus amigos lo obligaron a inscribirse en el partido. El día menos pensado vienen a buscarlo y se lo llevan. Y yo lo quiero tanto, don Justo, lo quiero tanto.

JUSTO.— Sí, lo sé.

VOZ DE ÁNGELA.— ¡Anita! ¡Anita! ¿Dónde te has metido, chiquilla? Por Dios...

ANITA.— Ya voy, tía. *(A Justo.)* Después hablamos.

(Sube. Justo la sigue con la mirada y luego decide instalarse a leer el periódico. A lo lejos, se escucha la música de un organillo. Algunos segundos, y luego entra Casilda que viene de la calle.)

CASILDA.— ¡Ah! Me alegra encontrarlo aquí, señor Pacheco. ¿Cómo ha amanecido? Vengo completamente transportada. ¡Qué misa tan maravillosa! De cuerpo presente. Y debe haber sido una familia riquísima: tanto cortinaje negro, tanto velón, tanta corona. Un entierro de lujo. Tres carrozas, una para el pobre muerto y dos para las flores. ¡Qué maravilla morirse en esas condiciones! No pude darme cuenta de qué familia era; pero se notaba la gran situación. ¿A usted también le gustan los entierros?

JUSTO.— Bueno...

CASILDA.— A mí me fascinan. Me pasa lo mismo con todas las reuniones sociales. Antes... quiero decir antes que muriese mi marido, mi casa era un verdadero centro de reunión. Nadie que se preciara de ser elegante en La Serena podía faltar a los almuerzos de los domingos. Y conste de que entonces ser elegante coincidía con el hecho de pertenecer a una buena familia. No como ahora donde cualquiera puede serlo.

JUSTO.— (*Tratando de leer.*) Así es.

CASILDA.— Cuando murió Moisés, Moisés era mi marido...

JUSTO.— Sí, ya me lo había dicho.

CASILDA.— Cuando murió el pobre Moisés, durante mucho tiempo seguí yendo a fiestas, claro que después del luto.

JUSTO.— Ah.

CASILDA.— Lo hice por mis hijos, ¿sabe?, para que ellos se relacionaran bien. Tengo dos hijos; pero me resultó uno no más.

JUSTO.— ¿Cómo?

CASILDA.— El menor se me perdió. Hace años que no lo veo ni quiero verlo. Se portó tan mal conmigo; pero mejor no pensar en eso... En cambio el otro... ¡Qué compensación para una madre viuda! Se casó con una venezolana riquísima y, como quien dice, se ubicó en la vida. Es muy bueno conmigo, me escribe siempre. Atiende los negocios de su suegro... Sí, petróleo o ¿qué es lo que se da en Venezuela?

JUSTO.— Petróleo.

CASILDA.— Muchas veces me ha dicho que vaya a verlo.

JUSTO.— ¿Y usted no ha ido?

CASILDA.— No, no tenía dinero para el viaje. Claro que él me lo habría pagado si yo se lo hubiese pedido; pero no me gusta hacer esas cosas.

JUSTO.— ¿Y el otro?

CASILDA.— He sabido que anda trabajando en el Gobierno. ¡Claro! Muy propio de él: colaborar con este régimen. Porque colabora con todos los gobiernos, señor Pacheco. Cambia de color político como de camisa. Lo vi hace dos años cuando yo vivía en Sazié. Pero le cerré la puerta en las narices.

JUSTO.— No sabe cuánto lo siento.

CASILDA.— ¡Y era un niño con tantas condiciones! Simpático, buen mozo, capaz de convencer a cualquiera. Pero una de esas inteligencias que yo llamo mal orientadas. Moisés lo hizo estudiar leyes. Fue un alumno brillante, pero de repente se le ocurrió abandonarlo todo por la política. Desde entonces se ha metido en cuanto negociado hay. Y no sé cómo no está preso todavía. Esa es mi cruz, señor Pacheco. Todos debemos cargar alguna. (*Hay una breve pausa.*) ¿Usted tiene hijos?

JUSTO.— Desgraciadamente no.

CASILDA.— ¿Viudo?

JUSTO.— Soltero, o tal vez debiera decir solterón.

CASILDA.— ¿Y por qué no se casó, señor Pacheco? Los hombres no debieran quedarse solteros.

JUSTO.— No sé... cosas... ¿Acaso uno sabe por qué se va quedando solo?

CASILDA.— Es verdad. De repente una se despierta y se da cuenta que está sola.

JUSTO.— Primero murió mi padre. Yo era hijo único y viví durante muchos años con mi mamá. No se me ocurrió casarme y cuando ella también murió, supongo que ya sería demasiado tarde.

CASILDA.— ¡Demasiado tarde! Las cosas suyas. Para un hombre nunca es demasiado tarde. Y por lo demás ustedes no son nunca verdaderamente solterones. Siempre hay algún entusiasmi-llo por ahí. No... no me lo cuente... Sé que a ustedes les encanta ser misteriosos... Voy a servirme una tacita de café.

JUSTO.— Este ya debe estar frío.

CASILDA.— Voy a llamar a Anita entonces... ¡Anita! En mi casa, señor Pacheco, había timbres. Pero supongo que a todo tiene que acostumbrarse una. ¡Anita! Es dura la vida para una viuda sin fortuna.

JUSTO.— Siquiera tiene sus hijos.

CASILDA.— Uno lejos y el otro sinvergüenza.

JUSTO.— Yo creo... es decir, pienso que si tuviera un hijo nunca lo hubiera dejado irse de mi lado.

CASILDA.— Son cosas que uno dice, señor Pacheco, pero en el fondo la vida siempre se encarga de hacer lo que ella tiene ganas.

JUSTO.— Quizás.

CASILDA.— ¡Anita! ¡Anita!

ANITA.— (*Apareciendo.*) ¿Me llamaba, señora Casilda?

CASILDA.— Mira, hijita, ¿quieres traerme café caliente y los pancitos como tú sabes que a mí me gustan?

ANITA.— Altiro, señora. (*Sale.*)

CASILDA.— Dígame, señor Pacheco, usted no sintió anoche algo que hacía curru cucú en su pieza.

JUSTO.— Curru...

CASILDA.— Cucú.

JUSTO.— No, pero tengo el sueño muy pesado.

CASILDA.— Lo que es yo no pegué los ojos en toda la noche.

(*Durante el último parlamento ha aparecido Ángela limpiando la escalera.*)

JUSTO.— ¿No habría sido un ratón?

ÁNGELA.— En mi casa no hay ratones, don Justo. Y le rogaría que se dirigiera directamente a mí si tiene alguna queja contra el aseo.

(*Entra Anita con el café.*)

CASILDA.— ¡Por Dios que está exaltada, señora Ángela! (a Anita.) Gracias, hijita. (*Anita sale.*)

ÁNGELA.— Usted no lo estaba menos hace un rato, señora Casilda.

CASILDA.— Pero fui a misa. Usted debiera ir de vez en cuando. No sabe el bien que hace.

ÁNGELA.— Gracias. No necesito que nadie me diga lo que me conviene hacer.

CASILDA.— No voy a contestarle, señora Ángela, porque a mí nadie me ha enseñado a hablar en ese tono. Y si sigo recibiendo impertinencias en esta casa, me iré. Sí, sí, me iré, se lo aseguro. (*A Justo.*) ¿De qué hablábamos, señor Pacheco? Ah, sí, de mi casa en La Serena. Viera qué linda era. Tenía una despensa... (*A medida que habla saca sacos de mermelada de una bolsa que traía.*) Por que en mi casa se comía, señor Pacheco. ¿Se sirve un poco de miel de La Ligua? Desde que vivo en residenciales, acostumbro a tener siempre un poco de todo. Sírvasse.

SERGIO.— (*Entrando.*) ¡Buenos días!

CASILDA.— ¡Ay, qué susto me ha dado! Y qué gusto de verlo a estas horas por acá. Ya habíamos perdido la costumbre.

JUSTO.— Voy a tener que irme.

CASILDA.— No, no se vaya todavía... Por una vez que estamos todos reunidos. Me encantan estos desayunos en grande. En la chacra, todas las mañanas la familia y los invitados se reunían a tomar el desayuno. Había de todo: panes, tortas, mermeladas...

ÁNGELA.— Esto no es chacra, señora, sino residencial. En su tiempo fue una gran casa, ahora no es más que una residencial.

CASILDA.— Pero no se enoje, no lo decía con mala intención. Lo que pasa es que me gusta tanto recordar.

SERGIO.— Muy mala costumbre, señora. El pasado es una cosa vivida y despachada.

CASILDA.— ¡Ay, no, qué ocurrencia! El pasado es lo único que nos va quedando. ¿Qué opina usted, señor Pacheco?

JUSTO.— Bueno... yo... yo creo que más vale no pensar en lo que pasó, señora.

SERGIO.— ¿No ve?

CASILDA.— ¿Por qué?

JUSTO.— Porque... porque... es difícil de explicar.

SERGIO.— Me interesaría conocer su opinión.

CASILDA.— Claro que sí. A todos nos interesa. ¡Conversemos! Conversemos... por conversar. ¡Como se hacía antes! Pero siéntense todos y sírvanse un poco de dulce. Usted también, señora Ángela. ¿Por qué está tan calladita? ¿No tiene nada que decir?

ÁNGELA.— Me van a disculpar, pero tengo mucho que hacer. (*Sale llamando.*) ¡Anita! ¡Anita!

JUSTO.— ¿Se habrá enojado?

CASILDA.— No. Y aunque se haya enojado, ya se le pasará. Cree que ella no más ha tenido la vida dura, porque perdió a su marido muy joven y tuvo que trabajar desde entonces. ¡Gracias a Dios le debía dar, que no tuvo hijos que la hicieran sufrir! (*Ofreciendo mermeladas.*) Pero sírvanse, sírvanse...

SERGIO.— (*A Justo.*) Sostiene usted que se debe olvidar el pasado por inútil, ¿no es cierto?

JUSTO.— No. Nunca he dicho eso. Al contrario. Es... cómo explicarle... Es mejor no recordarlo para no verse obligado a hacer comparaciones.

CASILDA.— (*A Sergio.*) Ahí tiene.

SERGIO.— ¿Comparaciones desventajosas para el presente?

JUSTO.— Sí.

CASILDA.— Claro que sí. Pero sírvase un poco de mermelada, Sergio.

SERGIO.— Gracias.

CASILDA.— ¿Gracias sí o gracias no?

SERGIO.— No. (*A Justo.*) ¿Por qué las halla desventajosas?

CASILDA.— ¡Esta juventud de hoy día! Ni siquiera come.

JUSTO.— Creo que se ha perdido el... ¿cómo llamarlo?... la... la manera de vivir.

CASILDA.— El secreto de vivir, señor Pacheco, llamemos a las cosas por su nombre. Ahora ya no se vive, se existe.

JUSTO.— Es más que eso. Se les ha olvidado sentir. Sólo piensan.

SERGIO.— Claro, señor Pacheco, la actual generación está mucho más consciente que la suya de los problemas.

JUSTO.— De los problemas en general, sí. Pero no de los problemas personales. Y lo que siente cada uno es importante.

SERGIO.— Es que vivimos una época en que eso ya no es posible. La responsabilidad hoy día es colectiva.

CASILDA.— ¡Por Dios! ¡Qué palabras tan grandes! ¿Para qué se exalta si sólo estamos conversando?

SERGIO.— (*A Justo.*) Usted decía que hoy día se piensa y no se siente.

CASILDA.— ¡Ay, pero qué cosa tan aburrida! Ya le dio con los que piensan y los que sienten.

SERGIO.— Le pregunté a don Justo, señora.

CASILDA.— Pero yo también estoy en la pieza.

SERGIO.— Perdóneme entonces.

CASILDA.— Enójese ahora. Es lo único que faltaba.

SERGIO.— Por suerte que nos enojamos, señora. Así podemos deshacer lo que los viejos han hecho.

CASILDA.— Esos viejos, como ustedes llaman, contemplan con horror cómo ustedes lo destruyen todo.

SERGIO.— Tiene que ser así, por que hay que construir sobre suelo limpio.

Casilda.— ¡Como si nosotros fuésemos basura! ¡Al incinerador, al incinerador rápido! Supongo que usted será el llamado a construir sobre ese suelo limpio.

SERGIO.— Precisamente.

CASILDA.— Permítame que me ría, permítame que me sonría.

JUSTO.— Por favor, hablemos de otra cosa.

SERGIO.— (*A Casilda.*) No nos importa la incompreensión de la gente como usted.

CASILDA.— Un momento, joven. Nadie me habla en ese tono. Nací distinguida y, por muy pobre que sea, moriré distinguida. Y respetada. (*A Justo.*) Usted, señor Pacheco, ¿no se servirá un poco de mermelada de damascos?

JUSTO.— No, gracias. Pero no se olvide de guardar las migas para nuestras palomas.

CASILDA.— ¡Ay, pero si no le había contado! Fíjese que esta mañana, cuando fui a misa, vi la cosa más extraordinaria. En la plaza no había ninguna paloma.

JUSTO.— ¿Ninguna?

CASILDA.— Ni una sola. Es bastante raro, ¿no le parece? Porque a esa hora siempre están ahí.

JUSTO.— Pero, ¿está segura?

CASILDA.— Segurísima.

JUSTO.— (*Yendo hacia la escalera.*) Perdónenme.

CASILDA.— ¿Qué le pasa, don Justo? *(Pero él ya ha desaparecido.)*

SERGIO.— *(En voz baja.)* Migas para las palomas...

CASILDA.— ¿Qué refunfuña usted ahí, Sergio?

SERGIO.— No comprendo por qué tienen que buscarse esos refugios.

CASILDA.— ¿Refugios?

SERGIO.— Claro, en vez de preocuparse de algo más productivo, se lo pasan dando migas a las palomas.

CASILDA.— Esas son cosas personales.

SERGIO.— Hoy día nada es personal.

CASILDA.— Por eso estamos donde estamos.

SERGIO.— Claro, por su culpa. El mundo necesita cambiar y ustedes no nos dejan cambiarlo.

CASILDA.— ¿No le parece que ya ha cambiado bastante? Si no fuera por los que, como usted, se lo pasan rezongando, cada uno estaría feliz en su rincón.

SERGIO.— Nadie puede ser feliz en un rincón.

CASILDA.— Hay rincones con casa y parrones.

SERGIO.— No por eso dejan de ser rincones.

CASILDA.— ¡Ah! Verdad que usted es comunista. Todos lo hemos sido, hasta Moisés que fue un santo. Ya cambiará, todavía está joven. Después suceden cosas.

SERGIO.— Claro. Se envejece y se encuentran rincones. Se olvidan las responsabilidades y poco a poco se llega a ser un cobarde.

CASILDA.— ¿Un cobarde? Nadie que vive es cobarde, Sergio. Pero odio estas conversaciones.

SERGIO.— Claro, hablemos de otra cosa. Del tiempo, de la última película. Escondámonos, escondámonos.

CASILDA.— Mire, Sergio...

SERGIO.— Seamos avestruces con la cabeza enterrada...

CASILDA.— Se lo prohíbo...

SERGIO.— Y que todo se vaya al diablo...

CASILDA.— No me gusta...

SERGIO.— Que el mundo reviente, ¿qué importa, no es cierto? ¡Qué importa si usted está en su rinconcito?

CASILDA.— ¡Mocosos impertinente!

(Casilda lo golpea de repente. Una palmadita que sin embargo detiene el impulso de Sergio. Permanecen mudos algunos segundos. Molestos el uno y el otro. Suena el timbre y Ángela atraviesa la pieza para ir a abrir.)

CASILDA.— Le ruego que me perdone.

SERGIO.— Yo tuve la culpa.

(En la puerta está el doctor González.)

GONZÁLEZ.— Buenos días. Soy el doctor González del Servicio Nacional de Salud. ¿Podría hablar con la dueña de casa?

ÁNGELA.— No queremos comprar nada, señor. Hasta luego.

GONZÁLEZ.— Yo tampoco vendo nada, señora. Soy del Servicio Nacional de Salud, organismo que depende del Gobierno.

ÁNGELA.— ¡Ah! Pase no más, señor doctor. Tendrá que perdonarme. Son tantos los vendedores que molestan. Pero siéntese, siéntese. Siendo del Gobierno todo cambia. Yo soy de las que lo respetan. ¿Y qué lo trae por acá?

(Justo atraviesa por el fondo. Va a salir.)

GONZÁLEZ.— Y usted, señor, ¿adónde va?

JUSTO.— A la Municipalidad. Trabajo allá. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

GONZÁLEZ.— Va a poder ayudarme entonces. Haga el favor de sentarse. Hoy puede llegar un poco más tarde.

JUSTO.— No creo que mi jefe opine lo mismo.

GONZÁLEZ.— Por favor, señor. El asunto es largo y delicado. Ésta no es la única visita que debo hacer. *(Saca algunos papeles de un portadocumentos.)* Veamos... ¿Éste es el número 476 de la calle Ejército? ¿Y la dueña? ¿La señora Ángela Barahona?

ÁNGELA.— Yo, señor doctor.

CASILDA.— Yo soy Casilda Acuña, viuda de Moisés Prieto. Tal vez usted conozca a los Prieto de La Serena.

GONZÁLEZ.— Le rogaría que se limitaran a contestar lo que yo les pregunto.

CASILDA.— Estaba tratando de establecer puntos de contacto. En este país toda la gente es emparentada. Bueno, los de cierta clase.

GONZÁLEZ.— Señora Barahona, veo aquí que usted tiene una residencial. ¿Son éstos sus pensionistas?

ÁNGELA.— Sí, doctor.

GONZÁLEZ.— ¿Están todos aquí?

ÁNGELA.— Todos menos mi sobrina.

GONZÁLEZ.— Haga el favor de llamarla.

ÁNGELA.— (*Llamando.*) ¡Anita! Anita...

ANITA.— (*Entrando.*) ¿Me llamaba, tía?

ÁNGELA.— Sí, mi hijita.

GONZÁLEZ.— Pues bien, se trata de lo siguiente: sin que todavía se sepa a ciencia cierta y sin que haya causa para alarmarse, se cree que en este barrio pueden existir fuentes de origen de una enfermedad.

CASILDA.— ¡Lo sabía! Estos dolorcitos que he tenido...

ÁNGELA.— ¿Qué enfermedad?

GONZÁLEZ.— La rubecosis.

CASILDA.— ¿Rube cuánto? Parece sumamente peligrosa.

SERGIO.— Nunca la he oído nombrar.

GONZÁLEZ.— Es una enfermedad que recién se está estudiando.

CASILDA.— Pero algo se sabrá, doctor.

SERGIO.— ¿Dice usted que es una enfermedad que recién se ha inventado?

GONZÁLEZ.— Que recién se ha descubierto, señor. Las enfermedades no se inventan.

SERGIO.— No estoy tan seguro.

GONZÁLEZ.— No he venido a discutir, señor.

SERGIO.— (*Para sí, en voz alta.*) ¡La típica reacción de un funcionario público!

ÁNGELA.— No le haga caso, doctor. Es discudidor por principio. Pero todos estamos prontos a ayudarlo.

GONZÁLEZ.— Menos mal que hay alguien sensato.

ÁNGELA.— Yo siempre lo digo: el Gobierno tiene la razón.

CASILDA.— ¡Ja!

GONZÁLEZ.— Pues bien, se trata de lo siguiente: estamos al borde de lo que parece ser una epidemia.

ÁNGELA.— ¡Una epidemia!

CASILDA.— ¡Qué horror! Pero si esas cosas ya se habían terminado.

GONZÁLEZ.— Se piensa que se trata de una epidemia de rubecosis por la sintomatología que han presentado los enfermos hospitalizados.

SERGIO.— No le tomen tan a pecho. Seguramente va a haber una caída de Ministerio o alguna alza en vista y tratan de llamar la atención sobre otra cosa.

GONZÁLEZ.— (*A Sergio.*) Por última vez, señor... Hay gente hospitalizada. Casi todos ellos pertenecen a este barrio y por eso hemos creído oportuno recoger los animales domésticos.

JUSTO.— ¿Los animales?

GONZÁLEZ.— Ah, sí. Olvidaba decirles. Se cree que la rubecosis se transmite a través de los animales.

CASILDA.— ¡Qué horror!

GONZÁLEZ.— Ya se han recogido los perros vagos, los gatos, las palomas de la plaza...

CASILDA.— ¿No ven? Yo les había dicho...

GONZÁLEZ.— Y ahora procedemos a recolectar en las casas.

ÁNGELA.— Puede irse tranquilo, doctor. Aquí no hay animales. Nunca los he permitido.

JUSTO.— ¿Podría hacerle una pregunta?

GONZÁLEZ.— Por cierto.

JUSTO.— Usted ha dicho que se piensa que la enfermedad sea la rubecosis y que el hecho que se transmita por los animales es solamente una hipótesis.

SERGIO.— Ideas, invenciones, don Justo. Delirios de persecución.

GONZÁLEZ.— Debo adelantarle, señor, que la policía está de parte nuestra.

CASILDA.— (*De pronto.*) Curru cucú... Curru cucú...

(*Todos la miran.*)

GONZÁLEZ.— ¿Qué es eso? Me van a obligar a utilizar la fuerza y revisar la casa pieza por pieza.

JUSTO.— No es necesario, doctor. En la casa hay una paloma y esa paloma es mía.

ÁNGELA.— ¿Qué?

CASILDA.— ¡Claro! ¡El curru!

JUSTO.— Tengo una paloma en mi pieza.

ÁNGELA.— Pero usted sabía...

GONZÁLEZ.— Muy bien entonces. Haga el favor de entregársela al empleado. No veo por qué complican tanto todo. Muchas gracias y hasta...

JUSTO.— (*Interrumpiéndolo.*) Un momento, doctor. Quisiera decirle algo y es que... que no voy a entregar la paloma.

ÁNGELA.— ¿Qué?

SERGIO.— ¡Bravo!

GONZÁLEZ.— ¿Cómo es eso?

JUSTO.— Que no la voy a entregar. Es mía o más bien dicho está conmigo y no tengo la menor intención de entregarla.

GONZÁLEZ.— No es usted quien debe decidir eso, señor.

ÁNGELA.— ¡Don Justo!

JUSTO.— Nadie en el mundo me hará entregarla.

SERGIO.— Así se habla.

GONZÁLEZ.— (*A Sergio.*) Usted me hace el favor de quedarse callado. (*A Justo.*) Comprenda que la razón y la ley están de mi parte.

SERGIO.— La fuerza, querrá decir. La fuerza de los carabineros.

GONZÁLEZ.— Una palabra más y lo mando a tomar preso.

ÁNGELA.— Don Sergio, por favor.

GONZÁLEZ.— ¿No se da cuenta, señor, que está exponiendo el bienestar público?

JUSTO.— Usted mismo ha dicho que todas son suposiciones, doctor. Y mientras alguien no me presente hechos concretos, no entregaré la paloma.

GONZÁLEZ.— Tendrá que intervenir la policía entonces.

JUSTO.— No tengo nada que temer.

ÁNGELA.— Pero ¿por qué, don Justo? ¿Por qué?

JUSTO.— Porque le debo protección hasta que no sepa con seguridad...

CASILDA.— ¿Entonces por un detalle como ése va a dejar que a todos nos de la tuberculosis?

GONZÁLEZ.— La ruberosis, señora.

CASILDA.— Bueno, la cosis esa.

JUSTO.— No es un detalle, señora. Para mí es muy importante. Créame que lo siento pero no puedo entregar la paloma.

Telón

SEGUNDO ACTO

(*Han pasado dos días. Son más o menos las cinco de la tarde.*)

Anita está cosiendo un vestido que ha colocado sobre un maniquí. Está más pálida y tal vez cansada. Pero al escuchar los pasos de Sergio en la escalera, se domina y vuleve a trabajar.)

SERGIO.— (*Apareciendo.*) ¿Llegaron los diarios de la tarde?

ANITA.— No sé, voy a ver. (*Va a la puerta de calle.*)

SERGIO.— (*Hablando por teléfono.*) ¿Aló? Ramírez... No, hombre, no. Más tarde haré enviarte el artículo sobre don Justo. Todavía no logro hablar con él. Sí, estamos sitiados. ¡Qué tontos! Ni que fuéramos leprosos. Nos mantienen aislados y nos mandan los diarios por debajo de la puerta... (*Anita aparece con los diarios.*) Bueno, hasta luego.

ANITA.— El doctor González dijo que no nos dejarían salir de la casa hasta que no pasara la epidemia.

SERGIO.— (*Leyendo los titulares.*) “Se inquietan en La Moneda”. ¡Las cosas van tomando proporciones! Escucha... “Justo se niega a entregar la paloma”, “Pacheco dijo no”, “Testarudez de un empleado alarma al Presidente de la República”... ¡Estupendo! Lo que necesitábamos. Si en dos días ya se ha armado todo este revuelo, imagínate lo que será después.

ANITA.— A lo mejor don Justo entrega la paloma.

SERGIO.— ¡Ni pensarlo! Y tampoco vendrán a quitársela. No se atreven a tomar medidas contra la opinión pública. Los diarios de izquierda lo han dicho y todo el mundo sabe que la rubecosis es una mentira, que la han inventado para encubrir algo. Anita, esto es lo que habíamos estado esperando desde hace años. Algo que sacudiera a la gente, que nos diera una oportunidad para luchar contra el Gobierno.

ANITA.— ¿Y nosotros, Sergio?

SERGIO.— ¿Nosotros?

ANITA.— Sí, tú y yo.

SERGIO.— Nosotros lucharemos cuando llegue el momento de hacerlo. Tú ya casi eres un baluarte.

ANITA.— ¿Qué?

SERGIO.— Le escribí a los periodistas diciendo que habías sido tú quien alimentó a la paloma durante las semanas de encierro. “Las grandes ideas precisan fuentes de inspiración. La nuestra se llama Anita.” Mañana serás famosa.

ANITA.— Pero yo no quiero ser famosa. Quiero estar contigo y nada más.

SERGIO.— Nos debemos a cosas más grandes ahora.

ANITA.— No.

SERGIO.— ¿Cómo no? A veces sucede que nuestros actos nos sobrepasan y debemos tratar de comportarnos de acuerdo con ellos.

ANITA.— Pero, Sergio ¿qué es lo que nos ha ocurrido?

SERGIO.— ¿Por qué?

ANITA.— ¿Por qué estamos así? ¿Por qué nos hablamos así?

SERGIO.— ¿Cómo?

ANITA.— Como si no nos conociéramos, como si nada hubiera sucedido entre nosotros. ¿Qué ha pasado, Sergio? ¿Ya no te acuerdas cuando nos encontrábamos en el Parque Cousiño y caminábamos sin hablar?

SERGIO.— ¿Por qué tienes que recordar el Parque?

ANITA.— Porque ahí fuimos felices, Sergio. A mí no me importa, porque fui feliz. Pero ¿qué ha pasado con esa felicidad?

SERGIO.— No trates de buscar explicaciones, Anita. Deja que yo te guíe.

ANITA.— Pero ¿adónde vamos? Antes me mirabas como se mira a alguien que uno quiere. Ahora me ignoras o me dices las cosas que antes les decías a tus amigos. ¿O es que ya no te importo?

SERGIO.— ¡Anita!

ANITA.— No es posible que me hayas dejado de querer. Me lo dijiste tantas veces aquí, en el Parque, en tu pieza. No es posible que me hayas dejado de querer...

SERGIO.— Claro que no, Anita. Pero tienes que hacer un esfuerzo y comprender que lo que está sucediendo ahora es muy importante y tenemos que dedicarle toda nuestra atención.

ANITA.— ¿Más importante que tú, que yo?

SERGIO.— Mucho más importante. Esto nos concierne a todos.

ANITA.— Ah.

SERGIO.— ¿Comprendes?

ANITA.— Sí.

SERGIO.— Muy bien entonces. Voy a subir a mostrarle los diarios a don Justo. *(Desde la escalera se da vuelta.)* ¿Qué es lo que te pasa?

ANITA.— *(Llorando en silencio.)* Nada.

SERGIO.— ¿Estás llorando? ¿Por qué?

ANITA.— *(Tratando de sonreír.)* Leseras. Ya ni me acuerdo.

SERGIO.— Subo entonces. Y no te pongas triste. Piensa lo felices que seremos después.

ANITA.— ¿Después?

SERGIO.— Una vez que todo esto haya pasado. Cuando las cosas sean como deben ser. *(Va a subir, pero el tono de Anita lo detiene.)*

ANITA.— Sergio...

SERGIO.— ¿Sí?

ANITA.— *(Sin mirarlo.)* Te quiero.

SERGIO.— Yo también te quiero.

(Desaparece. Anita se apoya en el maniquí y llora. Pero al escuchar la voz de su tía, se sobrepone.)

ÁNGELA.— *(Llamando desde afuera.)* ¡Anita! *(Aparece.)* Ah... Aquí estabas. Ni siquiera has lavado los platos del almuerzo. ¿Qué es lo que te pasa, niña?

ANITA.— Nada, tía.

ÁNGELA.— Andas en la luna, se te olvida todo. Supongo que esto terminará pronto y podrás volver al sur.

ANITA.— ¿Al sur?

ÁNGELA.— Sí, he decidido mandarte de vuelta donde tu padre. Yo nunca he tenido hijas y no sé tratarlas. Estás tan rara, con tantas caras largas.

ANITA.— Pero es que yo no puedo volver al campo tía.

ÁNGELA.— Ahora no, claro. Pero apenas termine todo esto, te mando de vuelta. Ya le escribí explicándole a tu padre.

(Se escucha un pitazo y alguien grita órdenes afuera.)

ANITA.— ¿Qué es eso?

ÁNGELA.— El doctor González dijo que iba a poner carabineros alrededor de la casa, por si a don Justo se le ocurre echar a volar la paloma en lugar de entregarla. Tiene órdenes estrictas de dispararle.

ANITA.— ¿Cómo?

ÁNGELA.— Mira, hijita, hay que ser realista. ¿Por qué crees que los diarios están de parte nuestra? Porque estamos encerrados en esta casa y no le hacemos daño a nadie. Pero ya verías cómo pondrían el grito en el cielo si se nos ocurriera salir. Es muy fácil hacerse el valiente cuando el perro está amarrado. Pero la verdad es que a mí no me importa. Porque no creo en estas enfermedades modernas. Además, estoy muy bien así. Nos traen las provisiones, no hay que correr cada dos minutos al almacén, basta un telefonazo y están obligados a venir, aunque sea por una caja de fósforos. ¡Cómo estará de furioso el bachicha de la esquina! Los pensionistas siguen pagando y con tanto carabinero alrededor no hay el menor peligro de robo. ¿Qué más se puede pedir?

ANITA.— Pero, tía ¿es verdad que me va a mandar de vuelta?

ÁNGELA.— Sí.

(Justo y Sergio vienen discutiendo por la escalera. Al escucharlos, Anita sale ahogando un sollozo.)

JUSTO.— ¿Qué le sucede a Anita?

ÁNGELA.— Nada, mañas.

SERGIO.— No puede negarse, don Justo. Ya todo ha ido demasiado lejos ¿No le parece, señora Ángela?

JUSTO.— Considero que es absurdo darle popularidad a un asunto que sólo me concierne.

SERGIO.— Tal vez en un comienzo; pero ahora interesa a todo Chile.

- JUSTO.— No, no, no. Es un asunto particular, un asunto mío. No veo para que ir a molestar a los demás.
- ÁNGELA.— Nadie arma tanto escándalo en torno a un asunto particular. Tiene que rendirse ante la evidencia, don Justo, esto que empezó como algo suyo ha tomado proporciones...
- SERGIO.— ¡Claro que sí!
- ÁNGELA.— *(Llevando el maniquí hacia su departamento, de donde vuelve con las cartas.)* Pero si viera la cantidad de cartas que han llegado. Hasta a mí me escriben: algunos insultándome porque permito que continúe la epidemia de rubecosis; otros, en cambio, felicitándome porque están seguros que la rubecosis no es más que para distraer la atención de algún alza que el Gobierno está tramando.
- (Durante las últimas frases, ha aparecido Casilda en la escalera. Trae un libro y su actitud para con Justo es de franca hostilidad. Cuando se sienta, le da la espalda y no le habla sino por intermedio de otro.)*
- CASILDA.— *(A Sergio.)* Joven, este libro que encontré en la sala de baño debe ser suyo.
- SERGIO.— A ver...
- CASILDA.— “La técnica del Golpe de Estado”. Un verdadero explosivo para dejar junto al cálfont.
- (A Ángela.)* Señora Ángela, como no la vi esta mañana, no pude presentarle mis quejitas. Por eso... si me hace el favor de sentarse unos minutos.
- ÁNGELA.— Ahora no tengo tiempo, señora. Más tarde, tal vez.
- CASILDA.— Tendrá que ser ahora. Todavía soy pensionista suya, aunque no famosa como otros. Y exijo que se me escuche, porque si no buscaré otra residencial.
- ÁNGELA.— Nadie la retiene, señora. Puede irse cuando quiera.
- CASILDA.— Muy fácil decirlo en este momento. Pero usted sabe que si pongo un pie en la calle, me llevan quizás dónde, a hacerme quizás qué cantidad de exámenes. A lo mejor esos carabineros también tiene orden de dispararle a una, contagiosa como se es.
- ÁNGELA.— Cuando quiera, señora Casilda, la puerta es ancha.
- CASILDA.— *(A Sergio.)* ¿La oye, joven? Ahora ella me echa a mí. Me echa de la casa donde siempre he sido respetuosa y respetable, no como otros que sabemos *(mira a Justo.)*
- ÁNGELA.— Bueno, terminemos de una vez, señora. ¿Cuáles son sus reclamos?
- CASILDA.— Le prohíbo que me hable en ese tono. Soy mujer y viuda; pero todavía tengo fuerzas, señora, y derechos. Aquí está mi lista.
- ÁNGELA.— Léala usted misma.
- CASILDA.— Como usted guste. Primero: en la pieza del que sabemos, *(mira a Justo)* fuera del peligro que significa tener a ese diseminador encerrado, se oye, ya no sólo de noche, sino en todo momento del día, el currucucú.
- JUSTO.— Señora, hago todo lo posible por impedirlo. Cubro la jaula en las noches para que no se despierte al amanecer y cante; pero es inútil.
- CASILDA.— *(A Ángela.)* Dígale al que sabemos que de nada valen las explicaciones cuando se pueden tomar resoluciones de otro tipo.
- JUSTO.— Lo haré apenas pueda, señora. Hasta entonces le ruego que me perdone.
- CASILDA.— *(Siempre a Ángela.)* Dígale que no lo perdono.
- JUSTO.— ¡Qué le vamos a hacer entonces, caramba!
- CASILDA.— ¡Qué manera de contestarle a una señora! ¡Qué falta de clase! *(Esto último se lo ha gritado en plena cara y luego, dándose cuenta, se da vuelta y sigue hablándole a través de Ángela.)* Dígale al que sabemos que si Moisés, mi marido, estuviese aquí le habría hecho tragarse esas palabras. Acompañeme, señora Ángela, a un lugar donde el contagio no ande tan cerca. *(Va a la escalera.)* ¡Dios debiera ser tan justo como para mandarle la rabiosis a algunos en esta casa!
- (Desaparece. Protestando en forma muda, la sigue Ángela.)*
- SERGIO.— ¿Entonces debo considerar como definitiva su resolución?
- JUSTO.— Sí.
- SERGIO.— Eso quiere decir que no podré entregarle esa declaración a los periodistas. Tendré que buscar otra cosa. Necesitan material para mañana. *(Una idea súbita.)* ¿Dígame, don Justo, nunca le ha sucedido algo extraordinario?

JUSTO.— (*Riendo.*) No.

SERGIO.— Quiero decir algo trascendental, algo que haya variado el rumbo de su existencia. Con-tésteme, por favor.

JUSTO.— No veo el interés que pueda tener mi vida privada.

SERGIO.— ¿Desde cuándo trabaja en la Municipalidad?

JUSTO.— Creo que desde siempre.

SERGIO.— ¿Algún viaje? ¿Alguna aventura?

JUSTO.— (*Turbado.*) No.

SERGIO.— ¿Nunca se ha ganado un premio en la lotería?

JUSTO.— No, por suerte. Me traería tantas complicaciones.

SERGIO.— Entonces nada sucedió hasta lo de... ¿cómo se llama la paloma?

JUSTO.— No tiene nombre. ¿Pero a qué conduce este interrogatorio?

SERGIO.— ¿Por qué no tiene nombre?

JUSTO.— Porque nunca se me ha ocurrido ponerle uno.

SERGIO.— ¿Y cómo la llama?

JUSTO.— No la llamo.

SERGIO.— Pero cuando le da de comer, ¿cómo le dice?

JUSTO.— Mire, para decirle la verdad, no le hablo.

SERGIO.— No es posible. Acuérdesse. Siempre se le habla a los animales.

JUSTO.— ¿Usted cree? A ver, déjeme acordarme.

(*En ese momento entra Anita. Trae un jarro con agua, pero ellos no la sienten llegar. Mientras tanto, Justo, con mucha vergüenza, efectúa imaginariamente los movimientos, como si estuviera dándole de comer a la paloma.*)

JUSTO.— ¡Toma! ¡Toma paloma! Palomita...

SERGIO.— ¿No ve? Le dice paloma, palomita. Claro que eso no es un nombre. Vamos a tener que bautizarla.

JUSTO.— ¿Para qué?

SERGIO.— Un nombre que llame la atención, algo que pueda aparecer mañana en los titulares, diciendo: "La paloma se llama..."

ANITA.— Solita.

SERGIO.— (*Descubriendo a Anita.*) ¿Solita?

ANITA.— Así es como la llamo yo.

SERGIO.— ¿Por qué?

ANITA.— Es una historia tan bonita que no me canso de contármela a mí misma.

JUSTO.— Anita...

(*Ya la tarde comienza a caer. Desde lejos, llega el sonido de las campanas. Anita no escucha la protesta de Justo y cuenta su historia.*)

ANITA.— Una tarde, como de costumbre, don Justo estaba dándole migas a las palomas. Casi siempre, cuando tocan las campanas, las palomas se vuelan. Pero ese día una no se fue con las demás, se quedó con él...

JUSTO.— (*Preso en la magia del relato, recordando.*) No me exigía comida, no estiraba el cuello ni agitaba la cabeza como las otras. Ésta permanecía quieta junto a mi pie y de vez en cuando, muy de vez en cuando, alzaba la cabeza y me miraba.

ANITA.— Sí, lo miraba con sus dos ojitos colorados y tristes, como pidiéndole que no la dejase sola. Pero ya era de noche y tuvo que irse. La paloma lo siguió. A veces revoloteaba a su alrededor.

JUSTO.— Otras la veía caminar a mi siga.

ANITA.— Así llegaron a la casa y se despidieron.

JUSTO.— Vacíé lo que quedaba del paquete de migas en la vereda, junto a la paloma, pero ella despreció mi regalo. Subí entonces a mi pieza y...

ANITA.— ¡Ahí estaba! En el borde de la ventana, esperándolo.

JUSTO.— (*Después de un breve silencio.*) Nunca pude convencerla de que se fuera. Dejaba la ventana abierta, le decía que partiera a reunirse con las demás. No quería.

SERGIO.— ¿Y desde entonces no ha salido de su pieza?

ANITA.— A veces revolotea y se aventura hasta la esquina; pero siempre vuelve ligero, como si no le gustara andar sola.

SERGIO.— Luego anda suelta. Si quisiera, podría volarse.

JUSTO.— Ahora no. Desde... desde el incidente, tengo que encerrarla en una jaula. Sé que abajo hay un carabinero con órdenes expresas de disparar apenas aparezca en la ventana.

SERGIO.— ¡Es una historia fantástica! Los periodistas van a estar encantados.

JUSTO.— Pero, ¿qué es lo que piensa hacer?

SERGIO.— Publicarla.

JUSTO.— Se lo prohíbo.

SERGIO.— No, don Justo, nadie puede prohibírmelo. Tendré que encontrarle otro nombre, algo más grande, más simbólico. Ya veremos, ya veremos.

(Desaparece por la escalera.)

ANITA.— Yo habría preferido que se llamara Solita.

JUSTO.— Y yo que no tuviera nombre. Supongo que será inútil tratar de convencerlo.

ANITA.— Sí.

JUSTO.— ¡Qué terrible!

ANITA.— ¿Qué cosa, don Justo?

JUSTO.— En lo que nos hemos metido. Si hubiera sabido que esto iba a pasar, habría...

ANITA.— ¿Qué? ¿Habría sido capaz de entregar a la paloma?

JUSTO.— No sé, no creo. Pero no habría permitido que las cosas llegaran a este punto. Si yo hubiera visto una sola persona enferma, habría entregado la paloma, sí, la habría entregado. Tú me crees, ¿no es cierto?

ANITA.— Sí.

JUSTO.— Pero no puedo renunciar así no más a esa paloma que me buscó, que quiso estar conmigo. Si la entrego ahora, la matarán y eso no lo puedo aceptar, no, no lo puedo.

ANITA.— Claro que no.

JUSTO.— ¿Sabes cuál ha sido mi mayor ambición, Anita?

ANITA.— ¿Cuál?

JUSTO.— Tener algo mío, algo que me quiera mucho.

ANITA.— ¿Y?

JUSTO.— Me habría gustado tener más que una paloma. Me habría gustado tener a alguien, una persona que me quisiera y a quien yo quisiera... Pero ahora ya estoy viejo y chocho.

ANITA.— ¡Cómo puede decir eso!

JUSTO.— ¿Tú crees que podría... podría encontrarla? ¿Tú crees que alguien podría quererme aún?

(La pieza está oscura. Se oyen las voces y apenas se distinguen los gestos torpes de Justo.)

ANITA.— Claro que sí.

JUSTO.— Pero el amor es tan... tan difícil.

ANITA.— *(Con dureza de pronto.)* No. Es fácil. Muy fácil. *(Hunde el rostro entre sus manos y se pone a llorar.)*

JUSTO.— ¡Anita! ¿Qué te pasa?

ANITA.— *(Llorando siempre.)* Nada, nada.

JUSTO.— No llores así, mira que me da mucha pena. Vamos, vamos... *(Va a tomarla entre sus brazos; pero se detiene. Sólo se atreve a tocarle la frente con una mano.)* ¿Qué te pasa?

ANITA.— Es que... No es nada, don Justo. Son los nervios y... y mi tía quiere que me vuelva al campo.

JUSTO.— ¿Y tú no quieres irte?

ANITA.— No.

JUSTO.— Por... por Sergio.

(Cuando ella asiente suena el timbre. Ellos no se mueven. Vuelven a tocar el timbre. Ángela baja rezongando.)

ÁNGELA.— ¿Dónde se habrá metido esta niñita que no abre la puerta? ¡Mire! Y todo oscuro... *(Enciende la luz. Como sorprendida por ella, Anita corre hacia la cocina.)*

- SECRETARIO.— (*En la puerta.*) ¿Ésta es la casa de la señora Ángela Barahona?
- ÁNGELA.— Sí, señor; pero estamos en cuarentena así es que haga el favor de irse.
- SECRETARIO.— Soy el secretario del secretario privado de su Excelencia.
- ÁNGELA.— ¿De su Excelencia?
- SECRETARIO.— El Presidente de la República.
- ÁNGELA.— Pero... pase, señor Presidente. Está en su casa.
- SECRETARIO.— (*Entrando.*) ¿Estará el señor Pacheco?
- ÁNGELA.— Sí, voy a... (*Y en ese momento lo descubre.*) Aquí está, señor. Haga el favor de pasar.
- SECRETARIO.— Gracias, señora. (*A Ángela.*) ¿Le importaría dejarnos solos?
- ÁNGELA.— Con mucho gusto, señor. (*Sale.*)
- SECRETARIO.— Soy el secretario del secretario privado de Su Excelencia el Presidente de la República.
- JUSTO.— (*Un poco turbado.*) Justo Pacheco, a sus órdenes.
- SECRETARIO.— ¿Qué le parece si nos sentamos? He tenido un día agotador. (*Se sientan.*) Eso es. Así estamos mucho mejor, ¿no le parece? Bueno, se trata de lo siguiente. (*Le ofrece cigarrillos.*) ¿Fuma?
- JUSTO.— No, gracias, no fumo.
- SECRETARIO.— Hombre sin vicios menores, ¿ah? Dicen que hay que desconfiar de ellos.
- JUSTO.— ¿Desconfiar de mí? ¿Por qué?
- SECRETARIO.— Bromas, hombre, bromas. No me las tome en serio. Bueno, ¿qué le parece si entramos en materia? Se trata de lo siguiente: el Gobierno me ha encargado una misión delicada. (*Sonríe, pero Justo no reacciona.*) Se trata de la paloma que usted guarda.
- JUSTO.— Debí habérmelo imaginado.
- SECRETARIO.— Vengo a pedirle a nombre del Gobierno, y créame que no es una petición antojadiza, que entregue esa paloma al Servicio Nacional de Salud.
- JUSTO.— ¡Pero qué les ha dado a todas con quitármela!
- SECRETARIO.— Por favor... comprendo perfectamente el estado de ánimo en que se encuentra. Según tengo entendido, señor Pacheco, le han solicitado en repetidas ocasiones que entregue esa paloma.
- JUSTO.— Sí.
- SECRETARIO.— Y ahora es el presidente quien se la pide. Naturalmente que estamos de acuerdo en... gratificar su gesto con una suma estipulada.
- JUSTO.— ¿Cómo?
- SECRETARIO.— Algo equitativo. No sé yo... (*Sonriendo.*) El precio de una paloma.
- JUSTO.— ¿El precio... de una paloma? ¿Es que alguien puede avaluar lo que no le pertenece?
- SECRETARIO.— Bueno, de una paloma un tanto especial como ésta.
- JUSTO.— Por favor, señor, no siga.
- SECRETARIO.— ¿Quiere decir que se niega a entregarla?
- JUSTO.— Sí.
- SECRETARIO.— ¿Aunque sea el presidente quien se la pida?
- JUSTO.— Sí.
- SECRETARIO.— (*Después de una pausa, mientras enciende el cigarrillo.*) ¿Le molesta tal vez el humo? ¿No?... Escúcheme, señor Pacheco, vine acá con la orden de confiscar esa paloma. Sin embargo, me doy cuenta de que es usted una persona honesta, contrariamente a lo que se cree.
- JUSTO.— ¿Contrariamente a lo que se cree?
- SECRETARIO.— ¡Usted sabe cómo es la gente! Todos piensan que usted es lo que vulgarmente se llama un oportunista, que está aprovechando la situación con fines políticos.
- JUSTO.— ¡Pero eso es un absurdo! Yo nada sé de política. Tiene que creerme. Nunca he sabido, ni me importa ni... ¿Usted me cree, no es cierto?
- SECRETARIO.— Claro que sí. Desgraciadamente, elementos subversivos se han adueñado de la situación y se empeñan en calumniarnos.
- JUSTO.— Yo no tengo la culpa de que eso haya sucedido.
- SECRETARIO.— Claro que no, pero usted, sin darse cuenta de las consecuencias que podría acarrear

su negativa, se empecina en mantenerla y en esta forma posibilita que continúen las calumnias contra el Gobierno.

JUSTO.— Yo me niego a entregar la paloma. Eso es todo.

SECRETARIO.— Pero un acto, señor Pacheco, suele prolongarse en otros. Es una especie de chispa que despierta toda una cadena de reacciones.

JUSTO.— Sí... tal vez. No había pensado en eso.

SECRETARIO.— Si usted se hace responsable por lo que pasó, también lo es por lo que pueda pasar.

JUSTO.— Sí, eso es verdad; pero...

SECRETARIO.— Me comprende, ¿no es cierto?

JUSTO.— No sé cómo explicarle. Vea usted, siempre he vivido sin molestar a nadie; pero exijo que se me trate en la misma forma. No, no es eso. No sé cómo decirlo.

SECRETARIO.— Pero yo le comprendo. Usted quiere decir que ha respetado a los demás y que, a su vez, desea que los demás lo respeten.

JUSTO.— Eso es. La paloma es mía, señor. Ella me siguió una tarde desde la plaza, quiso quedarse conmigo. Nadie tiene derecho a quitármela.

SECRETARIO.— Claro que no.

JUSTO.— ¡Ah!

SECRETARIO.— Siempre que ella no signifique un peligro.

JUSTO.— ¿Se refiere a la rubecosis?

SECRETARIO.— Ello es parte del peligro, una parte muy importante. Pero no es lo único. También está amenazada la salud espiritual.

JUSTO.— ¿La salud espiritual?

SECRETARIO.— Claro, la armonía necesaria para que las personas puedan vivir sin tropiezos.

JUSTO.— Pero yo nunca he querido entorpecer esa armonía, nunca he querido molestar.

SECRETARIO.— Ése es el problema, señor Pacheco: sin quererlo ha puesto a los demás en peligro.

JUSTO.— Yo nada tengo que ver con los demás. Ellos son otros y yo soy yo.

SECRETARIO.— ¿Por qué dice eso?

JUSTO.— Porque soy muy solo.

(La frase ha salido de pronto. Es algo que ha tenido guardado dentro de él durante mucho tiempo y se asusta al pronunciarla. Hay una pequeña pausa.)

SECRETARIO.— Pero eso no implica que esté solo.

JUSTO.— ¿Cómo?

SECRETARIO.— Usted está entre los demás. Todos lo estamos, por mucha soledad que experimentemos.

JUSTO.— No comprendo.

SECRETARIO.— Uno tiende a pensar que está tan solo como un pájaro dentro de una jaula. Pero esa jaula está colgada de un árbol, señor Pacheco, y en ese árbol hay otras jaulas con otros pájaros. El árbol está lleno de pájaros, eso es lo importante.

JUSTO.— Sí...

SECRETARIO.— El mundo está lleno de personas y unas dependen de otras, por muy solitarias que sean. No podemos decir: decido esto y lo hago. La acción puede repercutir en los demás. Siempre repercute, porque formamos una sociedad.

JUSTO.— Sí, tiene usted razón. Nunca había pensado en eso.

SECRETARIO.— ¿Se da cuenta ahora cuál es su responsabilidad al negarse a entregar la paloma?

JUSTO.— Sí... Sí y no.

SECRETARIO.— Hace unos momentos usted dijo que deseaba que los demás lo respetaran. Pues bien, empiece por respetarlos usted a ellos.

JUSTO.— Pero si los médicos se hubieran equivocado, si la enfermedad no existiera como dicen ciertos diarios, como lo asegura Sergio.

SECRETARIO.— Señor Pacheco, señor Pacheco... Los médicos tiene el deber de saber más que nosotros. Respetemos su opinión. Lo demás es orgullo.

JUSTO.— ¿Orgullo? Tal vez...

SECRETARIO.— *(Lo mira y exclama.)* ¿Cree usted que podría tomarme un vaso de agua? *(Va y se lo*

sirve. Lo bebe lentamente, observando siempre a Justo. Luego vuelve al ataque.) ¿Y? ¿Qué me dice?

JUSTO.— No sé... tengo que pensar. El problema parece tanto más grande de lo que yo había imaginado.

SECRETARIO.— Pero es un problema muy simple, señor Pacheco.

JUSTO.— Nunca había pensado en todo eso. Nunca he tenido ocasión de conversar estas cosas. Y... y yo siento de cierta manera y no sé por qué me he aferrado tanto a lo que siento. ¿Me permite que lo piense un poco?

SECRETARIO.— Desgraciadamente no hay mucho tiempo. Allá afuera las cosas están mucho peor de lo que usted se imagina.

JUSTO.— Pero es que debo pensarlo.

(Casilda aparece en lo alto de la escalera.)

CASILDA.— ¡Señora Ángela! ¡Señora Ángela! ¿A qué hora me van a subir mi tacita de boldo? *(El Secretario se da vuelta y la ve. Ambos permanecen mudos e inmóviles durante algunos segundos. Luego Casilda tiene un movimiento instintivo hacia él.)* Agustín... Agustín, después de tanto tiempo... *(La voz se le quiebra en la garganta.)* Lo sabía, sabía que volverías. Sabía que volverías en cuanto supieras que tu madre corría peligro.

SECRETARIO.— Pero, mamá...

CASILDA.— Le había rogado a los santos que esto pasara. Pero ven, déjame abrazarte. Mi niño, mi regalón... Cuéntame, ¿cómo has estado?

SECRETARIO.— Bien, muy bien mamá.

CASILDA.— Así te veo. Estás tan buen mozo como siempre. *(A Justo.)* Éste es mi Agustín, señor Pacheco, el menor. Sabía que terminaría por venir a buscarme. Pero siéntate, sentémonos.... y cuéntame qué es lo que has hecho durante estos dos años, Tintín. *(A Justo.)* Siempre lo he llamado Tintín.

SECRETARIO.— Trabajo en La Moneda, mamá.

CASILDA.— Sí, leí el nombramiento en los diarios. ¿Cómo te has sentido? ¿Se te pasaron las molestias al estómago?

SECRETARIO.— Sí.

CASILDA.— ¿No te decía yo que no hay nada mejor que las agüitas de boldo? *(A Justo.)* Lo curé con agüitas de boldo, señor Pacheco. ¡Pero qué contenta estoy! ¿No quieres tomar algo? ¿O comer algo? Allá arriba tengo unas papayas confitadas de La Serena que son una delicia. Voy a ir a buscártelas.

SECRETARIO.— No, gracias, mamá. No tengo hambre.

CASILDA.— No tengo hambre, no tengo hambre. Y después te lo devoras todo. No te conoceré yo. *(A Justo.)* Siempre tan comilón... ¿Y cómo te dejaron entrar?

SECRETARIO.— Me dieron un pase en La Moneda.

CASILDA.— ¿Y cuándo supiste que yo vivía aquí?

SECRETARIO.— Lo cierto es que...

CASILDA.— ¿Qué?

SECRETARIO.— Que no lo sabía.

CASILDA.— ¿Entonces no viniste por mí?

SECRETARIO.— Fui varias veces a la pensión de Sazié a preguntar dónde te habías mudado, y no supieron decirme.

CASILDA.— No viniste por mí...

SECRETARIO.— He tratado de buscarte, mamá.

CASILDA.— No viniste por mí...

SECRETARIO.— Bueno...

JUSTO.— Vino a hablar conmigo, señora.

CASILDA.— ¿Con usted?

SECRETARIO.— Me mandaron a hablar con el señor Pacheco.

CASILDA.— Te mandaron a quitarle la paloma.

SECRETARIO.— A solicitarle que la entregue, mamá.

- CASILDA.— Así es que no viniste a verme, a buscarme, a llevarme lejos del peligro.
- SECRETARIO.— Pero ahora que te he encontrado, mamá, tendrás que irte conmigo.
- CASILDA.— ¡Ahora! Eso es todo lo que se te ocurre decir. Yo que llevo esperando dos años... Ah, no. Es demasiado.
- SECRETARIO.— Pero, mamá...
- CASILDA.— ¡Cállate! No voy a dejarte hablar. ¿Para qué? Para que me convenzas de algo que ni siquiera tú crees. (A Justo.) Porque ésa es su arma, señor Pacheco: hablar, convencer...
- SECRETARIO.— Mamá, escúchame...
- CASILDA.— ¿Quería que entregara la paloma, no es cierto?
- JUSTO.— Sí.
- CASILDA.— ¿Y usted qué le dijo?
- JUSTO.— Le dije que no.
- CASILDA.— ¡Bravo! Permítame que lo felicite. No hay que transigir, señor Pacheco, no hay que transigir.
- JUSTO.— Es que ahora no estoy tan seguro.
- CASILDA.— No estoy tan seguro... Así se empieza. Y poco a poco se va ganando terreno. ¿No lo conoceré yo?
- SECRETARIO.— Mamá, por favor...
- CASILDA.— Nada, esto se terminó. Se terminó para siempre. Hace dos años te cerré la puerta en las narices, ahora te voy a echar de mi casa... sí, de esto, adonde vienen a parar las viudas sin plata y sin hijos. Pero ahora voy a luchar contra ti y contra todo lo que representas. Estoy con usted, señor Pacheco. ¡No entregue la paloma!
- SECRETARIO.— ¿Qué tal te parece que hablemos más tarde?
- CASILDA.— No, por ningún motivo.
- SECRETARIO.— Hablaremos más tarde, mamá. Quiero que te vengas a vivir conmigo.
- CASILDA.— ¡Ja!
- SECRETARIO.— Para qué te vas a quedar aquí, siendo que yo puedo ofrecerte una casa confortable, empleados...
- CASILDA.— Nunca.
- SECRETARIO.— Escúchame, mamá...
- CASILDA.— Nunca, ¿me oyes?
- SECRETARIO.— (Súbitamente intenso.) Tendrás que escucharme.
- JUSTO.— (Sin saber qué hacer.) Perdónenme, voy a subir.
- CASILDA.— No. No se vaya, don Justo. No quiero quedarme sola con él.
- (Anita entra trayendo una taza de boldo.)
- ANITA.— Aquí está su taza de boldo, señora Casilda.
- CASILDA.— Gracias, mi hijita. (A Justo.) Y no lo escuche usted tampoco, señor Pacheco. No se deje influir.
- (Al atravesar la pieza, Anita se ve presa de un vértigo y cae desmayada.)
- JUSTO.— ¡Anita!
- CASILDA.— ¡Se ha desmayado! (Llamando.) ¡Señora Ángela! ¡Señora Ángela! Anita se ha desmayado...
- (Mientras Casilda llama, Justo la toma en brazos y se dirige a la pieza de la muchacha. El Secretario lo sigue.)

Telón

TERCER ACTO

(Ha transcurrido media hora desde el término del acto anterior. Casilda está en escena, sumida en sus pensamientos. A pocos segundos, aparece Ángela. Viene muy agitada y se precipita a hablar por el teléfono. Busca un número y luego lo marca. Mientras espera que le contesten, descubre a Casilda.)

ÁNGELA.— Aló... ¿Podría hablar con el doctor González, señorita?... Sí, espero, pero no se demore mucho. Es urgente. (A Casilda.) Sigo aterrada con esta historia de la rubecosis. Mire que venir a tocarle justamente a Anita... ¿Y el señor secretario?

CASILDA.— Acaba de irse.

ÁNGELA.— Aló... ¿Doctor González? Habla con la señora Ángela de la calle Ejército 476. Mire... tiene que venir de inmediato. Ha sucedido una desgracia. Sí... mi sobrina se desmayó y... ¿En cuánto rato más? ¿No podría ser antes, doctor? Estoy sumamente nerviosa... ¿Qué hago mientras tanto? No vaya a ser la rubecosis. Sí, la tengo en cama... Bueno, muy bien, pero apúrese, doctor.

(Ángela se dirige hacia la puerta del cuarto de Anita. Casilda la detiene.)

CASILDA.— Señora Ángela, tengo algo que decirle.

ÁNGELA.— Más tarde, señora Casilda, ahora voy a ver a la niña.

CASILDA.— Después será demasiado tarde.

ÁNGELA.— Ah, no, señora. Ahora no puedo escuchar sus reclamos.

CASILDA.— Pero es que... (Ángela ya ha salido. Casilda permanece sola, muy confundida. Después de algunos segundos baja Sergio. Trae varios papeles y un lápiz. Se dirige hacia la cocina a buscar un cuchillo para sacarle punta. Pero Casilda lo detiene.) Sergio, ¿ha dicho usted alguna vez "está bien" cuando en realidad no piensa que está bien?

SERGIO.— No la comprendo.

CASILDA.— Quiero decir si a usted le ofrecieran este mundo y el otro, todas las comodidades a que ha estado acostumbrado, sirvientes, un auto y una pieza con baño privado, ¿las rechazaría?

SERGIO.— Depende.

CASILDA.— ¿De qué?

SERGIO.— De lo que tuviera que sacrificar.

CASILDA.— ¿Y qué le queda por sacrificar a los viejos?

SERGIO.— Créame que no la comprendo, señora Casilda.

CASILDA.— Mi hijo me ofreció todo eso y mucho más.

SERGIO.— ¿Su hijo?

CASILDA.— Sí, vino hace un rato.

SERGIO.— ¿Cuál? ¿El que trabaja en el Gobierno?

CASILDA.— Sí.

SERGIO.— ¿Y qué quería?

CASILDA.— Vino a buscarme.

SERGIO.— ¿Y nada más?

CASILDA.— Y yo acepté irme.

SERGIO.— ¿Está segura que sólo vino por eso? ¿No vendría tal vez por la paloma?

CASILDA.— Este...

SERGIO.— Es muy probable que lo hayan mandado como emisario.

CASILDA.— Bueno, aproveché de hablarle a don Justo.

SERGIO.— ¿Lo ve? Es claro... Tenía que suceder. Y don Justo, ¿qué le contestó?

CASILDA.— Se negó a entregarla, naturalmente. Está en su derecho, Sergio. Ése por lo menos es un hombre de principios.

SERGIO.— ¡Se negó! ¡Eso sí que es noticia! Voy a completar la información y llamo a los diarios. (Comienza a tomar notas.)

CASILDA.— Muy buena idea. Dígales que Agustín Prieto, el secretario del Presidente, no salió con la suya. Dígales eso y que lo publiquen en los titulares... ¡Qué niño tan inteligente! (Va a la escalera y antes de subir, se da vuelta.) No se olvide: Agustín Prieto en los titulares.

(Sale. Sergio se sienta a redactar y entra Justo. Viene de la pieza de Anita.)

JUSTO.— ¿Y el señor secretario?

SERGIO.— Se acaba de ir. Estoy redactando algunas notas sobre su entrevista con él... y me gustaría saber la forma exacta en que se llevó a cabo, lo que dijeron, las razones que usted dio para rehusar entregarle Clarinada.

JUSTO.— ¿Clarinada?

SERGIO.— Sí, su paloma. Ése es el nombre que le he encontrado. De clarín, clarinada. Suena, ¿no le parece?

JUSTO.— Demasiado.

SERGIO.— No hay revolución sin símbolo, don Justo. Y la palabra Clarinada nos puede llevar muy lejos.

JUSTO.— No los llevará a ninguna parte, Sergio. He decidido entregar la paloma. Justamente venía a decírselo al señor secretario.

SERGIO.— Pero, ¿qué ideas son ésas? Cómo se le ocurre que la va a entregar ahora que está todo enriado. ¡Hasta hay un desfile preparado para mañana!

JUSTO.— Tendrá que suspenderlo.

SERGIO.— Pero, ¿por qué? ¿Por qué se le ha ocurrido entregarla de pronto?

JUSTO.— Por Anita, Sergio.

SERGIO.— ¿Y qué tiene que ver Anita en todo esto?

JUSTO.— Hace un rato, Anita se desmayó.

SERGIO.— Se desmayó...

JUSTO.— Sí.

SERGIO.— (*Reaccionando.*) Pero si Anita pasa desmayándose, don Justo. Una vez, al salir de un cine, también se desmayó.

JUSTO.— ¿Pero es que sólo puede pensar en usted y sus cosas, Sergio? ¿No se da cuenta que ahora existe el peligro de la rubecosis?

SERGIO.— Nadie ha comprobado que sea verdadera. Supongo que no irá a entregar la paloma por eso.

JUSTO.— Sí, Sergio.

SERGIO.— Pero va a hacer fracasar todos los planes.

JUSTO.— Eso es asunto de ustedes.

SERGIO.— Pero es que no se puede terminar así.

JUSTO.— Por favor, Sergio. No quisiera discutir.

ÁNGELA.— (*Apareciendo.*) ¿No ha llegado todavía el doctor?

JUSTO.— No. ¿Y cómo está Anita?

ÁNGELA.— Mejor, con un poco más de color... ¡Dios mío los sustos que nos hace pasar esta criatura! (*Al ver que Sergio se encamina a la pieza de Anita.*) ¿Y usted, adónde va?

SERGIO.— A ver a Anita.

ÁNGELA.— ¿Y quién se lo ha permitido?

JUSTO.— Déjelo, señora Ángela.

ÁNGELA.— ¡Qué complicaciones, Santo Dios! (*Sergio ya ha salido.*) Usted no cree que se trate de la rubecosis, ¿verdad?

JUSTO.— No sé. Esperemos que venga el doctor González.

ÁNGELA.— ¡Ay! Pero diga algo para tranquilizarme al menos. Y Sergio... ¿Por qué no se va a quedar con ellos, don Justo? No me gusta dejar a la niña sola con ese estudiante en el dormitorio...

¡Ay! Yo tengo tanto que hacer. Ya es tardísimo y no he preparado nada para la comida.

(*Durante los últimos parlamentos ha aparecido Casilda que, sin mezclarse en la conversación, parece buscar algo que ha perdido. Ángela sale hacia la cocina.*)

CASILDA.— Señor Pacheco, ¿ha visto usted un ovillo de lana jaspeada que dejé por aquí?

JUSTO.— No, señora, no lo he visto.

CASILDA.— Estaba segura de que lo tenía arriba; pero mientras hacía la maleta lo eché de menos. Porque me voy, señor Pacheco.

JUSTO.— ¿Parte con su hijo?

CASILDA.— Sí, don Justo. Pero no crea que me convenció. Transigí, que es muy distinto. Transigí porque... ¿qué le queda a una mujer sola, señor Pacheco? Pero transigir no significa haber sido derrotada y, para demostrarle que aún conservo todas mis fuerzas, he venido a solicitarle un favor.

JUSTO.— ¿Un favor? Lo que usted quiera.

CASILDA.— Pero sentémonos. Odio hablar de pie. Así... eso, estamos mucho mejor, ¿no le parece?

JUSTO.— En realidad debería ir a ver a Anita; pero... ¿Y cuál es el favor que quería pedirme?

CASILDA.— ¡Ah, sí! El favor. Lo de la lana jaspeada era pretexto. Bueno... me gustaría que me prometiera algo...

JUSTO.— ¿Qué?

CASILDA.— Que no le va a entregar nunca la paloma a Agustín, pase lo que pase.

JUSTO.— ¿Cómo?

CASILDA.— Nunca. Jamás. Esa paloma es suya, señor Pacheco, y usted tiene pleno derecho a guardarla.

JUSTO.— Es que justamente voy a entregarla.

CASILDA.— ¿Qué dice?

JUSTO.— Sí, señora Casilda, lo resolví hace algunos minutos.

CASILDA.— ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por lo que le dijo Agustín?

JUSTO.— En parte. Pero sobre todo por el peligro que corre Anita. Vea usted, no es mucho lo que se obtiene hablándole a una persona. Es necesario que le sucedan muchas cosas para que reaccione.

CASILDA.— ¿Qué cosas? Un desmayo de una chiquilla, un simple desmayo.

JUSTO.— Eso no lo sabemos, señora Casilda. Hay que esperar y ver lo que dirá el doctor.

CASILDA.— ¡Los doctores son unos ignorantes! Se lo digo yo que los he visto cometer más cham-bonadas... Anita tuvo un simple desmayo, y eso es todo. A mí la intuición no me falla.

¿Cómo se le ocurre que va a entregar la paloma por eso?

JUSTO.— Ya estoy decidido.

CASILDA.— ¿Pero se da cuenta, señor Pacheco, que le estaríamos dando la razón a Agustín?

JUSTO.— Es que la tiene.

CASILDA.— ¿Cómo la va a tener? Si ni él mismo cree en lo que dice.

JUSTO.— Pero tiene razón. No puedo seguir exponiendo a los demás.

CASILDA.— No, no y no. No vamos a darle el gusto en todo. Ya consiguió llevarme a mí, no vamos a darle también la paloma.

JUSTO.— Son dos cosas distintas, señora. Yo decido lo de la paloma.

CASILDA.— No se me ponga testarudo, don Justo. Ha llegado el momento de darle una lección a Agustín.

(*Entra Sergio.*)

JUSTO.— (A Sergio.) ¿Cómo la dejó?

SERGIO.— Está muy bien. ¿Todavía no cambia de opinión?

JUSTO.— No Sergio, ni cambiaré.

SERGIO.— Es definitivo entonces.

JUSTO.— Sí, y por favor no insista. Eso es asunto mío. (*Y en el momento en que el muchacho va a subir por la escalera.*) Sergio, ¿qué le dijo Anita?

SERGIO.— Eso es también asunto mío. (*Desaparece.*)

CASILDA.— Ya lo ve... Comunista y no sé cuántas cosas más. Pero si alguien se mete en su vida privada, se encabrita como cualquiera de nosotros.

(*Anita entra intempestivamente.*)

ANITA.— Don Justo...

JUSTO.— ¡Anita! ¿Por qué te has levantado?

ANITA.— Tenía que hablar con usted, a solas. ¿Le importaría, señora Casilda?

CASILDA.— No. Es decir... Pero usted debería quedarse en su cama, mi hijita. Pero antes... usted me va a hacer ese favor, ¿no es cierto, don Justo?

JUSTO.— Lo siento, señora.

CASILDA.— Es irrevocable entonces.

JUSTO.— Sí.

CASILDA.— Muy bien. (*Camina hacia la escalera.*) Usted sabrá lo que hace. Y yo también. (*Sale.*)

ANITA.— Sergio entró a verme y me contó que usted iba a entregar a Solita. ¿Es verdad?

JUSTO.— Sí.

ANITA.— ¿Por qué? ¿Por qué, don Justo?

JUSTO.— Anita, nos equivocamos. Yo creí que éramos fuertes, que nada podía sucedernos.

ANITA.— ¿Y si yo le pidiera que no entregue la paloma?

JUSTO.— Lo siento, Anita.

ANITA.— Si yo le rogara. Tendría que contarle...

JUSTO.— ¿Qué?

ANITA.— ¡Qué difícil es todo!

JUSTO.— ¿Qué, Anita?

ANITA.— No me mire mientras hablo. Dése vuelta, no me mire. Y por favor no me diga nada... Yo... yo no estoy enferma de esa enfermedad sino... (*Súbita.*) ¿Por Dios, don Justo, no se ha dado cuenta todavía?

JUSTO.— (*Comprendiendo.*) ¡Anita!... (*Hay una larga pausa.*) ¿Fue... fue Sergio?

ANITA.— (*Asintiendo.*) Lo quería y lo quiero tanto, lo quiero tanto.

JUSTO.— Yo hablaré con él.

ANITA.— No.

JUSTO.— ¿No quieres que hable con él?

ANITA.— Sólo soy una molestia en su vida. No, no quiero que le hable. Por lo demás, luego me voy al sur.

JUSTO.— Pero no te puedes ir así.

ANITA.— ¿Lo dice por mí? Pero si yo quiero a Sergio, don Justo, y lo seguiré queriendo siempre. No me arrepiento de lo que he hecho, porque lo quiero.

JUSTO.— Entonces déjame hablarle. Si lo quieres y él también, lo mejor es casarse, ¿no es cierto?

ANITA.— Él ya no me quiere. Ahora sólo piensa en sus reuniones. (*Suena el timbre.*) Por favor, don Justo, no entregue la paloma. (*Vuelve a sonar el timbre. Anita se levanta y se encamina a su pieza. En la puerta se detiene, se da vuelta.*) No importa, todo se arreglará... No tengo miedo. No sé por qué, pero no tengo miedo.

JUSTO.— (*En el momento en que ella va a salir.*) Anita...

ANITA.— ¿Sí?

JUSTO.— Nada. (*Anita sonríe y sale. El hombre queda solo y entonces dice.*) Adiós, Solita. (*Vuelve a escucharse el timbre. Aparece Ángela.*)

ÁNGELA.— Ojalá sea el doctor. (*Va a abrir la puerta y entonces vuelve con el doctor González.*)

Sí, doctor, ya la había notado muy paliducha este último tiempo y...

GONZÁLEZ.— Buenas noches, señor Pacheco.

JUSTO.— ¿Cómo está, doctor?

ÁNGELA.— Por aquí, doctor.

GONZÁLEZ.— (*A Justo.*) Voy a ver a la enferma y vuelvo. Tengo que hablar con usted privadamente. Espéreme aquí, por favor.

ÁNGELA.— (*Llevándose.*) Como le decía, doctor, un poco paliducha y no quería comer... (*Han salido. Justo aguarda algunos instantes y luego se dirige a la escalera y llama.*)

JUSTO.— Sergio... Sergio...

Voz de SERGIO.— ¿Sí?

JUSTO.— Baje, por favor. Tengo que hablar con usted.

Voz de SERGIO.— Ya voy.

(*A los pocos segundos baja.*)

SERGIO.— ¿Me llamaba, don Justo?

JUSTO.— Sí, Sergio. Tengo que hablarle de Anita. ¿Sabe usted lo que le pasa?

SERGIO.— El doctor dirá. Fue un simple desmayo, don Justo. Nada de rubecosis. Nadie cree en la rubecosis. En esto no hay sino fines enteramente políticos.

JUSTO.— Basta de campañas, Sergio, de proclamaciones y de discursos. Esto es mucho más serio. Se trata de Anita, de un ser humano.

SERGIO.— Pero lo de ella nada tiene que ver con todo esto.

JUSTO.— Usted la quiere, ¿no es cierto?

SERGIO.— Claro que la quiero... Ah, ya sé. Le ha contado sus problemas. Que se siente abandonada, que se siente sola. Usted sabe cómo son las mujeres, don Justo, les encanta dramatizar.

JUSTO.— Anita sufre, Sergio.

SERGIO.— Nunca se sufre de verdad por razones imaginarias.

JUSTO.— No son razones imaginarias.

SERGIO.— Novelerías, don Justo.

JUSTO.— (*De pronto violento.*) Anita está esperando un niño, Sergio. Y ese niño es hijo suyo... (*Hay un silencio. Ambos permanecen mudos, se contemplan.*)

SERGIO.— Un hijo... mío...

JUSTO.— Y es en ella en quien debe pensar, no en usted ni en sus proclamaciones.

SERGIO.— ¿Cómo lo sabe?

JUSTO.— Ella misma me lo dijo.

SERGIO.— ¿Ella? ¿Y por qué no se confió en mí?

JUSTO.— Porque no se atreve, Sergio. Porque está sola y no sabe qué hacer.

SERGIO.— ¡Nunca lo había pensado!

JUSTO.— No la deje sola, Sergio. No deje a nadie nunca solo.

SERGIO.— (*Impulsivo.*) Voy a ir a hablar con ella.

JUSTO.— No, el doctor está con ella. Espere.

SERGIO.— (*Después de una pausa.*) ¿Sabe una cosa, don Justo? La quiero mucho.

JUSTO.— Sí, lo sé. Ella también lo quiere.

SERGIO.— A veces uno no sabe decirlo. Piensa que los demás lo saben. Y se queda callado.

JUSTO.— Hay que decirlo, Sergio. Hay que decirlo cuando uno puede. Cuando no es difícil. Si no, la soledad llega de repente y se queda, se queda.

SERGIO.— No sé qué me pasa... Estoy tan contento que tengo ganas de llorar.

JUSTO.— (*Colocando su mano sobre el hombro del muchacho.*) Yo quiero ayudarlo, Sergio.

SERGIO.— Gracias, no sé qué hacer. Nunca he tenido un hijo. ¿Me ayudará, no es cierto?

JUSTO.— Sí.

SERGIO.— ¿Qué le digo ahora, cuando la vea?

JUSTO.— Dígale... "Anita, la quiero mucho... mucho...". (*Se escuchan voces que se acercan.*)

Alguien viene... Deben ser ellos. Vaya ahora, Sergio. ¡Ahora!

ÁNGELA.— (*Entrando acompañada del doctor González.*) Entonces no es nada grave, doctor...

(*Se encuentra con Sergio en la puerta.*) Pero, ¿qué le pasa? ¿Adónde va?

JUSTO.— A ver a Anita.

ÁNGELA.— ¡De nuevo!

JUSTO.— Déjelo.

ÁNGELA.— ¡Cada día más loco! Dios mío... (*Sergio ya ha entrado.*) ¿Entonces no es de cuidado, doctor, lo de la niña?

GONZÁLEZ.— Peligro no hay. Que descanse y que tome las cosas con calma. Estos desmayos son usuales.

ÁNGELA.— ¿Ha visto qué alegría, don Justo? (*Al doctor González.*) ¿No hay ningún peligro de tuberculosis?

GONZÁLEZ.— (*Un poco turbado.*) Ninguno, señora.

ÁNGELA.— ¡Ay! Qué descanso... Bueno, ¿y qué es lo que tiene la niña entonces?

GONZÁLEZ.— Nada de importancia. En todo caso mañana pasaré a conversar con ella con más calma.

Y ahora necesito hablar con el señor Pacheco.

ÁNGELA.— ¿Cree usted que le vendría bien una tacita de caldo caliente?

GONZÁLEZ.— Muy bien.

ÁNGELA.— Voy a ir a preparársela entonces. Con su permiso, doctor. Hasta mañana, entonces. No deje de venir, y muchas gracias. (*Sale.*)

GONZÁLEZ.— Señor Pacheco, se trata de algo bastante... ¿cómo llamarlo?... eh... molesto para nosotros. La primera vez que vine a verlos les dije que la rubecosis era una enfermedad que recién se comenzaba a estudiar. Todo empezó porque una enferma que vivía en este barrio acudió al hospital con una sintomatología que hizo pensar a los médicos que se trataba de un caso de rubecosis...

(*En ese instante se escucha una descarga de balazos. Uno, dos, tres tiros. González y Justo se yerguen asustados. Ángela entra precipitadamente.*)

ÁNGELA.— ¿Qué es lo que pasa?

(Casilda aparece en lo alto de la escalera. Viene con sombrero, lista para partir.)

CASILDA.— ¡Badulaques! ¡Criminales! ¡Asesinos! Disparar así en plena calle.

ÁNGELA.— Pero, ¿qué es lo que pasa?

JUSTO.— ¡La paloma! ¿La mataron?

SERGIO.— (*Apareciendo muy agitado.*) ¡Yo la vi! ¡Yo la vi! Esquivó todos los disparos. Voló muy alto, se perdió en el cielo y ellos seguían disparándole.

JUSTO.— ¿Se ha ido?

SERGIO.— Ahora nadie podrá alcanzarla.

(*Hay un silencio.*)

ÁNGELA.— Pero, ¿quién abrió la puerta de la jaula?

CASILDA.— Yo, señora Ángela.

ÁNGELA.— ¡Usted!

CASILDA.— Sí, señora Ángela, yo.

ÁNGELA.— ¿Y qué va a pasar con la rubecosis?

GONZÁLEZ.— No se preocupe por eso, señora.

ÁNGELA.— ¿Cómo?

GONZÁLEZ.— Estaba tratando de decirle al señor Pacheco que lo de la rubecosis ha sido una falsa alarma.

CASILDA.— ¡Una falsa alarma!

SERGIO.— ¿No les decía yo? Y ustedes no querían creerme.

GONZÁLEZ.— Algo que puede sucederle a cualquiera, señor. Un simple error de diagnóstico.

CASILDA.— ¡Claro! Después que nos han tenido meses aterrados.

GONZÁLEZ.— Han sido apenas tres días, señora.

CASILDA.— A mí me han parecido tres siglos.

GONZÁLEZ.— Voy a tener que irme. Créanme que lo siento y estoy seguro que el Servicio Nacional de Salud presentará sus excusas.

ÁNGELA.— Yo lo acompañaré hasta la puerta, doctor. No se olvide de venir a ver a la niña mañana...

GONZÁLEZ.— Descuide, señora. Así lo haré. Buenas noches a todos. (*Salen.*)

CASILDA.— Buenas noches a todos... Claro, ellos se lavan las manos. Un simple error de diagnóstico y ¡listo! ¡Debiera darle tisis a él!

ÁNGELA.— (*Regresando.*) Bueno, todo parece entrar en la normalidad. Voy a ver a Anita y de inmediato les sirvo la comida.

CASILDA.— Señora Ángela, esta noche no voy a comer aquí.

ÁNGELA.— ¿Cómo?

CASILDA.— No, ni mañana tampoco. Me voy, señora Ángela.

ÁNGELA.— Pero, ¿por qué, señora Casilda?

CASILDA.— Me voy con mi hijo. Vino a buscarme. Me rogó que me fuera a vivir con él. Tiene una casa con cuatro dormitorios, tres baños, un jardín y varios empleados.

ÁNGELA.— ¿Y nos va a dejar solos?

CASILDA.— ¿Y a usted qué le importa?

ÁNGELA.— Siento que se vaya, señora. Durante estos últimos días me había acostumbrado a tenerlos aquí, en la casa.

CASILDA.— ¿Casa? La suya será, señora Ángela.

JUSTO.— ¿Y no la siente también un poco suya, señora Casilda?

CASILDA.— Bueno... no, no sé... ¡Ay, no me complique usted también, don Justo! Me voy porque alguna compensación tiene que tener una. Ya llevo más de ocho años de residencial.

ÁNGELA.— Como usted guste, señora.

CASILDA.— Señora Ángela, hay un asunto sobre el cual quería hablarle. Esos dos meses de adelanto que le di. No, no hay ningún apuro. Mañana vendrá el chofer a buscar las maletas y puede entregarle el dinero a él.

ÁNGELA.— Muy bien, señora. Hasta luego.

CASILDA.— Hasta luego.

(Cuando Ángela va a entrar al cuarto de Anita, Sergio la sigue.)

SERGIO.— Señora Ángela...

ÁNGELA.— ¿Qué hay?

SERGIO.— Quería... quería hablar con usted.

ÁNGELA.— ¿También se va a ir?

SERGIO.— No, no se trata de eso. Resulta que con Anita queremos... preguntarle algo.

ÁNGELA.— ¿Con Anita? ¿Qué es lo que pasa ahora?

SERGIO.— Bueno... Anita se lo va a decir.

ÁNGELA.— Está bien. Vamos a verla. Pase, pase.

(Sergio sale. Ángela lo va a seguir, pero se detiene. Mira a Casilda y se acerca a ella. La abraza.)

CASILDA.— Señora Ángela...

ÁNGELA.— Señora Casilda... (Sale precipitadamente.)

CASILDA.— Creo que habríamos terminado siendo amigas.

JUSTO.— A lo mejor ya lo eran.

CASILDA.— ¿Qué le pasa, don Justo? ¿Está triste porque le eché a volar la paloma? Tendrá que perdonarme. Usted sabe por qué lo hice. No me gustaría causarle pena.

JUSTO.— No, si no es pena. Es que estaba pensando...

CASILDA.— ¿En qué?

JUSTO.— En esta casa, en Anita, en Sergio, en usted que se va... Cómo todo parece seguir un determinado curso. Cómo todo se ordena.

CASILDA.— La vida siempre ordena, Justo. ¡Ay! ¡Se me escapó! ¿Me permite que lo llame Justo? Usted puede decirme Casilda. Porque seguiremos siendo amigos, ¿verdad? Vendrá a verme, tomaremos té en la terraza, conversaremos. Tiene que venir a verme. Anote mi dirección. (Se escucha la bocina de un automóvil.) Vienen a buscarme. Hasta luego. Mañana le mandaré la dirección. (Y en el momento que va a salir.) Me encantaría verle la cara a la señora Ángela cuando me suba al auto. Creo que voy a llamarla. Señora... (Suenan nuevamente la bocina.) No, mejor no...

JUSTO.— Señora Casilda, ya que usted se va en auto, ¿le importaría dejarme por ahí?

CASILDA.— No faltaba más. Donde quiera.

JUSTO.— Es bastante cerca. En la plaza.

CASILDA.— ¿Va a la iglesia?

JUSTO.— No, no voy a la iglesia.

CASILDA.— ¿Y qué va a hacer a la plaza a estas horas?

JUSTO.— Voy a ver si ya han soltado las palomas.

(Han ido saliendo. La escena queda vacía. Se escucha el ruido del automóvil que se aleja.)

TELÓN

¡ESTA SEÑORITA TRINI!

(1958)

Personajes:

VITALICIO
EMILIANA
SIXTO
VIOLETA
ENCARNACIÓN
TRÁNSITO
EULOGIO
TRINI
MILAGROS
MME. GRIGORIEVA
SOLAPA RIVAS
LECHUGA REYES
VICUÑITA
PICHINTÚN URETA
GÉRARD DE LA FALAISE
CORO Y BALLET

(EMPLEADAS, CORISTAS, MOZOS Y PELUSAS)

PRIMER ACTO

(El comedor de los Iturrieta. En escena, el mayordomo y los tres mozos y las tres empleadas que van presentando los platos a medida que se nombran.)

VITALICIO.— Mayonnaise d' hizare, Consome Royal
Corbine sauce Mousseline.

TODOS.— Rhin Undurraga y Jerez.

VITALICIO.— Poulet aux champignons
Filet a la Jardinaire.

TODOS.— Concha y Toro, Reservado.

VITALICIO.— Punch a la Romaine
Asperges sauce Beurre
Dinde Roti.

TODOS.— Champán Valdivieso.

VITALICIO.— Salade Parisienne, Bombe Napolitaine
Flan de Vainilla
Fruits , Café.

TODOS.— Cigarros, Licores.

VITALICIO.— Coñac Chaveneau, Marie Brizar
Creme de Menthe
Pour les dames.

TODOS.— Aguardiente p'al patrón.

VITALICIO.— Quelques friandises
Bombon Pralinés
Marron Glacés
Chocolats.

TODOS.— Chimbo falso
Alfajores.

(Al terminar interrumpe Emiliana Iturrieta seguida por su marido Sixto Iturrieta.)

EMILIANA.— Y el menú está todo en francés, tal como donde los Cousiño. ¿Tú crees que lo entenderán?

SIXTO.— ¿Quiénes?

EMILIANA.— Los invitados... Aunque sí, todos los que vienen son gente civilizada, todos han estado por lo menos una vez en París. Además, hasta los mozos entienden francés hoy día. Mira a Vitalicio. Escucha... Vitalité.

VITALICIO.— ¿Madama?

EMILIANA.— Madam. Vitalicio, madam. ¿D'oi sont les couteaux?

VITALICIO.— ¿El Cuto? No ha vuelto madama.

EMILIANA.— Les couteaux, Vitalité. Les couteaux. (A Sixto.) Y siendo el invitado francés lo lógico es que el menú sea con cataclismos.

SIXTO.— Galicismos será, pues mi hija.

EMILIANA.— Ay ¿crees que no sé hablar?

SIXTO.— Y a propósito del invitado, ¿averiguaste más datos de ese Gérard de la Falaise?

EMILIANA.— ¿No eras tú el que quedó de preguntar en el Club?

SIXTO.— Todos saben lo mismo que nosotros. Que llegó hace poco, que es soltero, que es el tema obligado de todo Santiago.

EMILIANA.— ¿Y qué más quieres?

SIXTO.— A lo mejor no tiene un cobre.

EMILIANA.— No podemos regodearnos.

SIXTO.— Sí, eso es cierto.

EMILIANA.— Trini... Vitalité, le pain sous la serviette...

VITALICIO.— ¿Tucu tucutú, madama?

EMILIANA.— Trini no es una niña como las demás.

SIXTO.— No, claro que no.

EMILIANA.— Acuérdate que la pobrecita nació durante las elecciones y...

SIXTO.— No le busques excusas. Es pasada por agua de porotos y eso es todo. Es tonta, yo no tengo la culpa.

EMILIANA.— ¿La tengo yo acaso? Si he conocido a alguien tonto ése es tu tío Félix.

SIXTO.— Tu tío Ernesto no lo hacía mal tampoco.

EMILIANA.— ¿Y qué me dices de los Iturrieta Lemus? ¡Famosos por lo tontos!

SIXTO.— Y tus primos los Mendiburre daban la hora.

EMILIANA.— Vitalité: ¡les couteaux a droite!

VITALICIO.— Tucutututú.

EMILIANA.— ¿Ves cómo aprende? Très bien, Vitalité. (A Sixto.) Y te prohíbo que te pongas grosero y que hables de mi familia, delante de los empleados.

SIXTO.— Pero, mi hijita, si sólo trataba de explicarle que Trini tiene de dónde salir como ha salido.

EMILIANA.— De tu familia.

SIXTO.— Y de la tuya. Las sangres se han mezclado, como dicen los rusos.

EMILIANA.— ¿Los rusos? Estás hablando mucho ruso últimamente. Parece que en Municipal so-plan aires eslavos.

SIXTO.— (Inocente.) ¿Qué quieres decir?

EMILIANA.— (Remedándolo.) ¿Qué quieres decir? Andan todos locos con esa cantante... ¿Cómo se llama?

SIXTO.— ¿Cuál? ¿Grigi Gregoria Grigorieva?

EMILIANA.— ¿Es rusa?

SIXTO.— ¿Te cabe alguna duda?

EMILIANA.— Parece que es caótica. Viaja con un leopardo que come chocolates rellenos con caviar.

SIXTO.— (Chucho.) Y canta que es una maravilla.

EMILIANA.— No puedo soportar la ópera. Se lo pasan gritando de pie y son eternas. La última vez que fui, estaba embarazada de Sixtito y casi lo tuve en el palco.

SIXTO.— Pero es que la Grigorieva es distinta. Tiene algo... algo, algo ruso. Parece que le hierve la sangre en las venas y, cuando habla, cada rr es como...

EMILIANA.— Mira, Sixto, si sé la menor cosa, te aseguro que...

SIXTO.— ¿Pero qué he hecho yo?

EMILIANA.— No te hagas el mosquita muerta. No sería la primera vez. Hace dos años te tuve que arrancar de las garras de ésa que se disfrazaba de china y se pasaba acto y medio, canta que te canta.

SIXTO.— (*Nostálgico.*) La Berlini en "Madame Butterfly".

EMILIANA.— Sí, esa misma.

SIXTO.— ¡Ideas!

EMILIANA.— No son ideas, Sixto.

SIXTO.— Pero, hijita, qué sacamos con pelearnos todo el tiempo. Mucho mejor que hablemos de Trini.

EMILIANA.— Tienes razón.

SIXTO.— Y del plan.

EMILIANA.— Tienes razón:

No hay tiempo que perder. Hay cien riesgos que correr.

SIXTO.— Y todo debe suceder

EMILIANA.— Hoy.

SIXTO.— Es hombre, soltero y francés

EMILIANA.— Lo cual vale por tres

SIXTO.— Y la niña pobre no es

EMILIANA.— Hay, hay, hay, hay

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor.

SIXTO.— Habrá que entusiasmarlo

EMILIANA.— Tal vez emborracharlo

SIXTO.— Sin duda atraparlo

hoy

EMILIANA.— Hay

SIXTO.— Hay

EMILIANA.— Hay

SIXTO Y EMILIANA.— Hay

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor.

EMILIANA.— (*A Sixto.*) Pero no nos distraigamos, hay que hacer lo posible para que la niña se case con ese joven. Todo el mundo dice que es un buen partido. Imagínate, la pica en Flandes, casarla con un francés, con un francés. ¡Qué compensación para los que vivimos en el chorismo de este país!

SIXTO.— En el ostracismo, mi hijita.

EMILIANA.— Bueno, entre mariscos andaba la cosa. Y no me corrijas todo el tiempo.

VIOLETA.— (*Entrando.*) ¡Linda! ¡Preciosa! ¡Mi pichona!

ENCARNACIÓN.— (*Entrando.*) ¿Cómo está, Emiliana?

TRÁNSITO.— (*Entrando.*) Buenas noches, cuñada.

EMILIANA.— ¡Qué bueno que llegaron temprano! Van a poder ayudarnos.

VIOLETA.— Somos toda oídos. Si es que pueden servirte los consejos de una viuda.

SIXTO.— Se trata de lo siguiente...

EMILIANA.— Déjame hablar a mí. Ya les mandé decir que quería que se viniesen a comer...

TRÁNSITO.— Por eso estamos aquí. Abrevia, por favor.

ENCARNACIÓN.— Ay Tránsito, déjala contar. Me cuesta tanto ubicarme.

EMILIANA.— Hemos invitado a un joven francés que está de paso por Chile.

SIXTO.— Gérard de la Falaise.

TRÁNSITO.— Hemos oído hablar de él.

ENCARNACIÓN.— Almorzamos donde las Echaurren...

VIOLETA.— Dicen que es divino... Alto, distinguido, un hombre *reservado*.

SIXTO.— ¡Como los vinos!

EMILIANA.— Lo queremos casar con Trini. (*Pausa*.)

VIOLETA, ENCARNACIÓN, TRÁNSITO.— ¡Cómo!

TRÁNSITO.— Emiliana, yo te lo he dicho tantas veces, Trini es incasable.

EMILIANA.— Pero no con un francés, con un extranjero.

SIXTO.— Con alguien que no domina muy bien un idioma, que no comprende.

TRÁNSITO.— ¡Ah! Quieren pasarle gato por liebre.

EMILIANA.— Bueno... es un poco fuerte decirlo así...

TRÁNSITO.— Pero es la verdad. Trini es tonta. Tú y yo, cuñada, lo sabemos.

EMILIANA.— Bueno, digamos que tiene rarezas y por eso es que quiero que me ayuden y sobre todo tú Tránsito, que eres tan artista y culta, lo que se llama una mujer esterilizada.

SIXTO.— Estilizada, mi amor.

EMILIANA.— La próxima vez que me corrijas...

VIOLETA.— ¿Y cómo te podemos ayudar?

TRÁNSITO.— ¿Qué hay que hacer?

SIXTO.— Hay, hay, hay, *hay*

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

a las leyes del amor.

TRÁNSITO.— ¿Qué debemos hacer?

VIOLETA.— ¿Qué camino emprender?

EMILIANA.— Empezar por convencer

Hoy.

VIOLETA.— ¿Olvidar así el amor?

EMILIANA.— ¿Sin ningún resquemor?

ENCARNACIÓN.— ¿Y entregarse al dolor?

¡Hoy!

VIOLETA.— No, no, no podemos. ¿Por qué vamos a sacrificar a esa muchacha? Nunca sabrá lo que es el amor.

TRÁNSITO.— ¿Y qué sabes tú?, cuando tu marido se murió el mismo día que se casaron.

VIOLETA.— Más que tú que ni siquiera tuviste uno para que se te muriera.

SIXTO.— ¡Niñitas! ¡Niñitas! (*Aparece Eulogio*.)

EULOGIO.— ¡Buenas noches a todos! Reunión en el comedor... ¿por qué? Vengo del Club, ¡cayó el Ministerio!

SIXTO.— ¡De nuevo!

TRÁNSITO.— Era de prever. ¡Parlamentarismo! Bah... ésas son cosas para países civilizados, no para estas tierras.

SIXTO.— ¿Y qué nombres se dan?

EULOGIO.— Lucho Izquierdo para...

EMILIANA.— ¡Ah! No, no... no se van a poner a hablar de política. Tenemos mucho que planear antes de que llegue el invitado.

EULOGIO.— Parece que viene a comer ése de la Falaise. En el Club se rumoreaba que ustedes quieren atraparlo para Trini.

EMILIANA.— ¿Quién dijo eso?

EULOGIO.— Tu tío Lucho.

EMILIANA.— Claro, envidia, verde de envidia debe estar con ese abocastro de hija fea y con los pies inmensos, que tiene clavada en su casa.

EULOGIO.— ¿Y es verdad que quieren casarlo?

SIXTO.— Claro que sí.

EMILIANA.— Lo cierto es que... Estamos decididos así muy convencidos.

TRÁNSITO.— A fabricarle un nido. Hoy.

EULOGIO.— ¿Casarlo y luego atraparlo?

¿Actuar sin informarlo?

Casi es ser un criminal.

EMILIANA.— Hay

TRÁNSITO.— Hay

ENCARNACIÓN Y VIOLETA.— (*Pellizcadas por Tránsito.*) ¡Ay!

EMILIANA.— Hay

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor.

EULOGIO.— No, Trini no querrá.

TRÁNSITO.— Conmigo hablará

Muy pronto el sí dirá

Hoy.

SIXTO.— Hay

EMILIANA.— Hay

LA TÍAS.— Hay

TODOS.— Hay

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor.

(*Encabezados por Emiliana: van saliendo todos. Quédanse rezagados Violeta y Eulogio.*)

VIOLETA.— ¿Y qué más se decía en el Club?

EULOGIO.— Se hablaba...

VIOLETA.— ¿De mí?

EULOGIO.— Indirectamente. Parece que varias señoras estaban organizando una kermesse pro desamparadas. ¿Caen las viudas bajo esa denominación?

VIOLETA.— A lo mejor.

EULOGIO.— Entonces yo me ofrezco.

VIOLETA.— ¿Para qué?

EULOGIO.— Para ampararla.

VIOLETA.— ¿Piropero? ¿Loco? ¿Buen mozo?

EMILIANA.— (*Apareciendo.*) Violeta... Eulogio... ¿Dónde se han metido? Vamos, vamos hay que subir donde Trini y ultimarla.

EULOGIO.— ¿Ultimarla?

EMILIANA.— Los últimos detalles.

EULOGIO.— ¡Ah! (*Sale.*)

VIOLETA.— (*Al salir.*) Me encanta tu hermano, Emilianita. Es uno de los pocos hombres interesantes que van quedando en Santiago.

EMILIANA.— (*Empujándola hacia fuera.*) Sí, sí, es sumamente comme il faut. Pero ahora, vamos, vamos rápido, que hay que casar a la niña.

(*El dormitorio de Trini Iturrieta. Ella está en escena y tres mucamas la están vistiendo. Hay un corto ballet y muy pronto se escuchan las voces de las tías afuera.*)

VIOLETA.— Trini...

ENCARNACIÓN.— ¿Se puede?

TRÁNSITO.— (*Entrando.*) Una tía siempre puede.

ENCARNACIÓN.— (*Entrando.*) ¿Cómo estás, mi hijita?

VIOLETA.— (*Entrando.*) Cada día más bonita.

TRÁNSITO.— Hemos venido a conversar contigo, Trini. (*A las mucamas.*) Váyanse, váyanse... (*Las mucamas salen.*) Se trata de un asunto muy serio.

ENCARNACIÓN.— De tu matrimonio.

TRÁNSITO.— ¡Encarnación! Yo voy a hablar... No nos adelantemos a las circunstancias. De nada vale fabricarle ilusiones a esta muchacha.

VIOLETA.— Tienes razón. La vida es hermosa pero cruel.

ENCARNACIÓN.— Se rompen tantas ilusiones.

VIOLETA.— Pero siempre quedan esperanzas.

TRÁNSITO.— ¡Basta! Has de saber, hijita, y estoy segura de que lo sabes, que esta noche va a venir a comer un joven a esta casa.

VIOLETA.— Un hombre. Un francés.

ENCARNACIÓN.— Muy distinguido.

VIOLETA.— Y bastante indicado para ti. Es una ocasión, Trini...

ENCARNACIÓN.— Una ocasión única.

VIOLETA.— No desperdicies nunca una ocasión.

ENCARNACIÓN.— Aunque sea dudosa.

TRÁNSITO.— ¡Violeta! ¡Encarnación! Soy yo la que voy a hablar. Mira, hijita, es necesario que te veas muy bonita y además seas atrayente.

VIOLETA.— Que sonrías.

ENCARNACIÓN.— Que llates la atención.

TRÁNSITO.— Tienes que ser desenvuelta y conversar... Sí, sí, sí, yo sé que te cuesta. Pero tienes que hacer un esfuerzo, aunque sea por esta noche. ¿Por qué hablas tan poco? (Trini *se encoge de hombros*.)

VIOLETA.— ¿No te gusta conversar? (Trini *hace gestos negativos con la cabeza*.) ¿Por qué? ¿Tienes miedo de decir lo que no debes? (Trini *hace gestos negativos con la cabeza*.)

ENCARNACIÓN.— ¿No sabes qué decir? (*Gestos negativos con la cabeza*.) Y entonces ¿por qué? ¿por qué?

TRINI.— (*Ceceando*.) Dicen que ceceo.

TRÁNSITO.— ¿Y eso es todo? Pero si hay mucha gente que cecea.

ENCARNACIÓN.— Yo cuando chica ceceaba y mi mamá me ponía una piedra en la lengua y me hacía decir “salgo siempre sola sin simulación” hasta que un día me tragué la piedrecita y se me acabó el ceceo.

TRÁNSITO.— ¿No ves?

VIOLETA.— Hay hombres que cecean y son encantadores.

TRÁNSITO.— ¡Violeta! (A Trini.) ¿Ves?

TRINI.— Sí, tía, pero a mí me da vergüenza.

TRÁNSITO.— ¿Por qué?

TRINI.— Porque parece que se me escapara la “s”.

TRÁNSITO.— ¡Ideas!

TRINI.— Y mojo a tanta gente.

TRÁNSITO.— Eso no tiene ninguna importancia.

ENCARNACIÓN.— Yo cuando chica...

TRÁNSITO.— No es necesario que nos cuentes tu biografía. Crecimos juntas me parece.

VIOLETA.— Mira, Trini, el secreto en la vida es transformar los defectos en atributos. Si ceceas, qué le vamos a hacer, piensa que es un encanto más, un don más...

TRÁNSITO.— Claro que sí. Una condición más. (*Al decir la última frase cecea. Pausa*.) Bueno... es necesario que le caigas bien a ese joven que van a presentarte.

VIOLETA.— Puede ser tu novio.

TRÁNSITO.— Un posible novio.

ENCARNACIÓN.— Y de posible tiene que transformarse en asequible.

TRÁNSITO.— ¿O es que no quieres casarte?

TRINI.— No, tía.

CORO.— ¡Cómo!

VIOLETA.— Si me lo preguntaran a mí.

TRÁNSITO.— ¡Violeta! (A Trini.) ¿No quieres casarte? ¿Y por qué?

CORO.— ¿Por qué?

TRINI.— Es que dicen que el casamiento es una cosa... una cosa terrible, tía... dicen que una tiene que

irse a vivir con un señor para siempre y... y yo no quiero irme a vivir para siempre con un señor, porque yo, tía, yo cecéo, y cuando una cecea resulta que las cosas son mucho más terribles tía...

VIOLETA.— Me parece estar oyendo al tío Félix.

ENCARNACIÓN.— Tienes razón.

TRÁNSITO.— Pero, hijita, esas cosas que te han metido en la cabeza ¿Quien te lo dijo?

VIOLETA.— Son locuras, chifladuras... te lo digo yo. Sin un hombre, hijita, la vida es una cosa...

deja contarte lo que a mí me pasó:

Hijita, mi historia es inconclusa

Fue en mi boda y por lo tanto harto confusa

Empezó y terminó en una noche

Porque al alba se me fue en negro coche

Sí, hijita, fallecía.

Por desgracia no era joven el difunto

Pues muy poco alcanzamos a estar juntos

En mi alcoba al desprender mi sexta enagua

Escuché que me pedía un vaso de agua

Fui, era tarde, ya moría.

ENCARNACIÓN.— Hijita, mi historia es más sencilla

Pues yo nunca arribé a la capilla

Nunca pude elegir a quien debía

Fue primero el profesor de geografía

Mi papá quiso matarme

Me advirtió que escogiera un caballero

Pero yo me enamoré del jardinero

Ésa fue mi triste suerte... mi destino

Un valet, un capataz y el maestro Pino

Y jamás logré casarme.

TRÁNSITO.— Hijita, mi historia es trascendente

Decidí estudiar un poco y no ser ente

Pero pronto comprendí que en esta tierra

Una es nula y el hombre nunca yerra.

Ay, qué trago más amargo

Y es por esto que llegué a la conclusión

La mujer que ambiciona erudición

A los hombres los ahuyenta con espanto

Y se queda como yo, vistiendo santos

Los inviernos son tan largos.

VIOLETA.— Sin un hombre, la mujer

Es una cosa, completamente sosa,

Muy tonta y muy latosa

Y bastante sin razón.

ENCARNACIÓN.— Sin hombre, la mujer es una parte

Enteramente aparte, sin rima y sin arte

De la oración.

TRÁNSITO.— Sin hombre, la mujer está quemada,

Es una gran frustrada

No sirve para nada

Una almeja y un ostión.

LA TRES.— Sin hombre, la mujer es un pedazo

Que requiere un par de brazos

Que le tiendan un gran lazo

Para una eterna unión.

TRINI.— Ah, no, tía, eso yo no lo creo. A mí las chiquillas me dijeron otra cosa.

TRÁNSITO.— ¿Qué?

TRINI.— Que se está bien soltera, porque soltera, una no tiene que vivir con un señor para siempre y si una vive con un señor...

VIOLETA.— Cierro los ojos y veo al tío Félix.

TRÁNSITO.— Pobrecita, de alguien tiene que haberlo heredado.

ENCARNACIÓN.— ¡Qué injusta es la vida!

TRÁNSITO.— Déjenme ensayar a mí: mira, esta noche, mi amor, vas a hacer un esfuerzo por última vez.

TRINI.— ¿Qué esfuerzo tía?

Yo soy muy buena para hacer fuerzas. En el fundo en los veranos le ayudo a cargar sacos a Jesús y Jesús siempre me dice que yo soy muy buena para los esfuerzos...

TRÁNSITO.— Creo que es mejor que no hables. ¿No les parece niñas? Porque apenas abre la boca comienza el regadío y no para más. Escúchame, linda, ¿sabes lo que vas a hacer? Te vas a quedar calladita.

VIOLETA.— Y vas a sonreír.

ENCARNACIÓN.— ¡Sí! Cada vez que él te mire, sonrío. Así...

TRÁNSITO.— No, así no. Así...

VIOLETA.— O tal vez así... ¡Ja, ja, ja! (*Le echa la cabeza atrás y ríe.*)

EULOGIO.— (*Entrando.*) ¿De qué se ríe mi buenamoza? ¿De gusto porque sintió que yo llegaba?

VIOLETA.— (*Coqueta.*) Loco, loco presumido.

EULOGIO.— Emiliana dice que bajen.

ENCARNACIÓN.— ¿Ya llegó el novio?

EULOGIO.— No, la trampa sigue preparada.

TRÁNSITO.— ¡Eulogio! ¿Qué manera de hablar!

VIOLETA.— Y sobre todo del matrimonio. Cómo se ve que es soltero.

EULOGIO.— Solterito y con ganas de caer.

VIOLETA.— ¡Oy! ¡Oy! Loco, más que loco, tres veces loco.

TRÁNSITO.— Vamos. Acuérdate de nuestros consejos, Trini, Sonríe. Así... (*Sale.*)

ENCARNACIÓN.— Así... (*Sale.*)

VIOLETA.— (*Mirando a Eulogio.*) Así...

EULOGIO.— Cambié las tarjetas en la mesa y estoy sentado al lado suyo.

VIOLETA.— ¡Imprudente! (*Sale.*)

EULOGIO.— Y tú no bajas, mi amor. (*Trini hace un gesto negativo con la cabeza.*) ¿Qué te pasa, te dieron un sermón?

TRINI.— (*Habla normalmente.*) No, tío. Es decir, sí. Pero usted sabe que yo sé defenderme.

EULOGIO.— ¡No me digas que te hiciste la tonta!

TRINI.— Claro que sí, tío. Apenas quieren obligarme a hacer algo, recurro a eso. Es infalible.

EULOGIO.— ¡La cara que deben haber puesto!

TRINI.— Hablaban de un tío Félix, decían que yo les recordaba al tío Félix.

EULOGIO.— ¡Don Félix Iturrieta! Cuando lo llevaron a Europa a consultar médico, el facultativo le pidió autorización a los padres para exhibirlo en sus clases. ¿Y qué es lo que habían venido a decirte?

TRINI.— A propósito de ese francés que mi papá invitó, ése con quien quieren casarme. Comenzaron a decirme que sin hombre la vida es un martirio. Y qué se yo cuántas cosas más. ¡Cómo si no lo supiera!

EULOGIO.— ¿Y quién te ha enseñado tanto?

TRINI.— Mi mamá Milagros; lo sabe todo, lo encuentra todo y, lo que es más milagroso, lo olvida todo.

EULOGIO.— ¿Y ella te ha enseñado que la vida sin hombre es un martirio?

TRINI.— Sí.

EULOGIO.— ¿Y qué edad tiene ese genio de mujer?

TRINI.— También lo olvidó.

EULOGIO.— Pero si ella te ha dicho eso y tú lo crees, ¿por qué no aprovechas la ocasión?

TRINI.— No me interesa. Porque tío, tío, tengo que contarle una novedad. Siéntese, escuche y no me diga nada. Estoy enamorada.

EULOGIO.— ¿Qué?

TRINI.— ¡Chit! No diga nada. Espere hasta que yo le cuente todo. Cómo sucedió. Cuándo y dónde.

Figúrese que:

Iba yo temprano caminando así
 Por la Alameda y de pronto vi
 Al que me seguía desde Catedral
 Alto, buenmozo, sumamente ideal
 Siendo tan temprano y él sensacional
 Fúíme por Estado al Municipal
 Lenta, lentamente comencé a notar
 Que me sonreía y se aprontaba a hablar.

Fui por San Antonio, me fue regular
 Siempre me seguía mas sin conversar
 Casi me moría con tanta emoción
 Tanto que en la boca sentí el corazón.

Mientras me miraba con tal detención
 Supe de repente y sin vacilación
 Que yo sin saberlo y alrededor
 Junto a mí, estaba el amor.

EULOGIO.— ¿El amor? Pero, ¿cómo? Cuenta. ¿Quién es él? ¿Dónde lo conociste? ¿Quién te lo presentó?

TRINI.— Nadie. No lo conozco.

EULOGIO.— ¿Y estás enamorada?

TRINI.— Sí.

EULOGIO.— Me encanta el amor. Es tan poco exigente.

TRINI.— Me sentí tan turbada cuando él me miró, que entré en la primera tienda que encontré. Era la cordonería Del Siglo. Creo que pedí agua de rosas. (*Ríe.*) Me dijeron que no era farmacia y, mirando, por la vitrina pedí cintas, hilos, vuelos...

EULOGIO.— Todo un trouseao.

TRINI.— Y fue entonces cuando me habló la extranjera.

EULOGIO.— ¿Cuál extranjera?

TRINI.— Una que también estaba donde Silva.

EULOGIO.— ¡Ah! Es una historia con extranjera desconocida.

TRINI.— Me preguntó si quería conocerlo. Me puse colorada. ¿A quién?, le pregunté. A ese joven que está mirando, me dijo. Yo lo conozco. Si quiere se lo presento y, acto seguido, me dio su dirección. Me dijo que la fuera a ver mañana, que era un amor, que le encantaban mis guantes y por eso mandé a Milagros a verla.

EULOGIO.— Por que le encantaban tus guantes.

TRINI.— No, porque mañana es hoy. ¿No la halla una historia maravillosa? (*Entra Milagros.*) ¡Vieja! ¡Viejita! ¿Cómo te fue?

MILAGROS.— Bien me fue, porque volví pué.

TRINI.— ¿Y?

MILAGROS.— Déjame sacar el resuello; la manda a una pa' acá, la manda a una pa' allá. Y después pregunta, pregunta y pregunta.

TRINI.— Ya, no rezongues más y siéntate. ¿La viste?

MILAGROS.— (*Mirando a Eulogio.*) ¿A quién?

TRINI.— Sí, puedes contarme delante del tío Eulogio. Es de los nuestros. ¿No es cierto, tío?

EULOGIO.— Claro que sí.

MILAGROS.— Bueno entonces... Claro que la vi. No la iba a ver... Que no me mandó a verla.

TRINI.— ¿Y?

EULOGIO.— ¿Qué le dijo?

MILAGROS.— Que fuera a verla, la niña, no usted.

TRINI.— ¿Cuándo?

MILAGROS.— Ay, se me olvidó. ¡Virgen Santísima! Ahora mismito, pué.

TRINI.— ¡Ahora!

EULOGIO.— ¿Y qué vamos a hacer con Gérard?

TRINI.— ¡Ay! Tío, usted va a tener que inventar algo... Que me doble un tobillo, que me duele la cabeza, cualquier cosa... ¡Yo tengo que ir a conocerlo!

EULOGIO.— Pero, Trini...

TRINI.— Tú eres un ángel, tío. Siempre lo has sido. Y por eso te adoro. Voy a buscar una capa vieja y vuelvo. (Trini sale.)

EULOGIO.— Pero ¡qué loca! ¿Qué voy a decir yo? Trini... ¡qué chiquilla loca! ¿Y tú, por qué te quedas parada ahí como momia?

MILAGROS.— Una momia. Güen dar que es atrevío, no.

EULOGIO.— ¿Y no la hallas una loca?

MILAGROS.— Sí.

EULOGIO.— ¿Y?

MILAGROS.— ¿Y qué?

EULOGIO.— ¿Y no le dices nada?

MILAGROS.— ¡Así es mi señorita Trini!

EULOGIO.— ¿Loca?

MILAGROS.— Loca, mentirosa y enredá. Y pobre de usted, caballero, si se atreve a decirle algo.

TRINI.— (Apareciendo.) Ya estoy lista. Vamos, vieja.

MILAGROS.— ¿Conmigo? Ni se lo sueñe. Yo no me presto pa' esas cosas. ¿Qué diría su mamá?

TRINI.— Pero, vieja...

MILAGROS.— Pregúntele a su tío. Él mismo estaba diciendo que usted era una loca.

TRINI.— ¿Y no vas a ir conmigo?

MILAGROS.— Ni muerta.

TRINI.— Pero... tío, dígale usted algo.

EULOGIO.— Mi hijita, estoy sans palabras como diría tu madre.

TRINI.— Bueno, iré sola entonces. ¿Dónde?

MILAGROS.— ¡Claro! Vaya sola, pué vaya sola. Váyase sola por las calles oscuras, pa' que le pase una mano, no más. Habrase visto cosa igual. Tan grande y tan porfiada que la han de ver.

TRINI.— Pero sé que... (En ese momento se escuchan golpes en la puerta.) ¡Dios mío!... Tío, pregunte usted quién es.

EULOGIO.— ¿Quién es?

SIXTO.— (Desde fuera.) Soy yo.

TRINI.— ¡El papá! Esto sí que es la muerte... ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer Dios mío?

MILAGROS.— Irse por la otra puerta, pué m'hijita. Hay que ver lo poco ocurrentes que son estas niñas. ¡Vamos!

TRINI.— ¡Vieja! Vas a venir conmigo...

(Las puertas se abren. Aparece Sixto que descubre a Eulogio en el centro de la pieza sin saber qué hacer.)

SIXTO.— ¿Qué es lo que les pasa? ¿Por qué no bajan? ¿Dónde está Trini?

EULOGIO.— ¿Qué Trini?

SIXTO.— ¿Cómo qué Trini? ¿Qué es lo que estaban haciendo? ¿Por qué subiste?

EULOGIO.— ¿Yo? Vine a... lavarme las manos y a hacer un pipicito, ¿por qué?

Hay, hay, hay, hay

Que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor. (Sale.)

SIXTO.— Por dónde andaré

Por qué se esconderá

Y todo me sucede
Hoy.

Trini, Trini, Trini.
Qué diablos pasará
Qué chiquilla tan pesá.

(Aparecen las empleadas.)

EMPLEADA I.— No.

EMPLEADA II.— No.

EMPLEADA III.— No.

LAS TRES.— Lo sabemos don Sixto

A la niña no hemos visto

Y en la pieza no está ná.

SIXTO.— Chiquilla de moledera

Pegarle yo quisiera

Matarla y apalearla

Hoy.

Hacerme esto a mí

Yo que un novio conseguí.

(Sale lanzando interjecciones mudas.)

EMPLEADA I.— Hay

EMPLEADA II.— Hay

EMPLEADA III.— Hay

LAS TRES.— Hay que casar a la niña

No hay que esperar que se ciña

A las leyes del amor.

Telón rápido

SEGUNDO ACTO

(El escenario del Teatro Municipal. Los maquinistas están sacando el decorado de la ópera que acaba de concluir. Es "Carmen", y así lo anuncia un cartel que hay entre bambalinas. En una pieza adjunta se está llevando a cabo una fiesta que ofrece Grigorieva. Se escucha y se escuchará durante todo el acto ruido de conversaciones, risas, brindis y momentos de música. Se oyen los primeros compases de un tango y momentos después aparece Grigorieva bailando con Pichintún Ureta. Más atrás, también bailando con tres muchachas invitadas a la fiesta, el Solapa Rivas, Lechuga y Vicuña.)

GRIGORIEVA.— Ven esta noche
Hay gran derroche
En esta fiesta
Que hoy preparo para ti.

Llega temprano
Serás el amo
De esta fiesta
Que hoy prepararé para ti.

MUCHACHAS.— Ven a mí, ven que te abrace
Tango es éste, tango con clase.

HOMBRES.— Llámalo tango ruso

Ya que en él mucho se puso.

GRIGORIEVA.— ¡Alto ahí! No seas intruso.

Besa mis ojos

Mis labios rojos

Ven a esta fiesta

Que hoy preparo para ti.

Y entre mis brazos

Te haré pedazos

Como recuerdo

De la mujer que fui.

MUCHACHAS.— Ven acá, toma mi mano

No resistas todo en vano

Bailará lo que es de uso

Hoy se baila el tango ruso.

TODOS.— Hoy se baila el tango ruso.

(*Y en la reprise se adelanta el Solapa Rivas.*)

SOLAPA.— Soy el Solapa.

GRIGORIEVA.— No está en mi mapa.

SOLAPA.— Tengo harta plata.

GRIGORIEVA.— ¡Ay! De pronto me aburrí.

(*Lo despidе y ahora se acerca el Lechuga Reyes.*)

LECHUGA.— Soy el Lechuga.

GRIGORIEVA.— Pero hasta cuándo, me voy a enojar...

LECHUGA.— Hasta que usted me diga sí.

GRIGORIEVA.— ¡Qué aburridos!

VICUÑA.— Yo soy Vicuñita.

GRIGORIEVA.— (*Ignorándolo y señalando a Pichintún.*) Éste por lo menos es callado. (*Mirándolo.*)

Me gustas...

PICHINTÚN.— (*Derritiéndose.*) Aaaaaaaaaaaaaayyyyyyyyy...

VICUÑA.— Yo soy Vicuñita...

LECHUGA.— Ya la embrujó Pichintún.

SOLAPA.— No le haga caso, señora Grigorieva, es mortal cuando...

GRIGORIEVA.— Me gusta la muerte.

LECHUGA.— ¡Ay, mamá, y yo sin pistola para matarme!

GRIGORIEVA.— Me gusta el amor en la muerte. (*Comienza a cantar.*) L'amour est un son de bohème...

SOLAPA.— Eso me suena.

LECHUGA.— Es parte de lo que tuvimos que tragarnos esta noche.

SOLAPA.— Y dime si no valía la pena, Lechuga. A fiestas como ésta no se va todos los días en Santiago.

LECHUGA.— Me encanta la bohemia. Yo nací para esto.

PICHINTÚN.— (*Cantando a Grigorieva.*) ¡Toreador! ¡Toreador!

VICUÑA.— ¡Miren!

SOLAPA.— Has visto la memoria del bruto.

GRIGORIEVA.— ¡Escamillo! ¡Escamillo!

LECHUGA.— Así era como cantaba el peladito chico que cantaba con ella.

SOLAPA.— ¡Intervengamos! Y... y... y... ¿cómo le ha parecido Chile?

GRIGORIEVA.— Muy lejos.

LECHUGA.— ¿Y Santiago?

GRIGORIEVA.— Todo demasiado cerca. No hay dónde perderse.

PICHINTÚN.— ¡Ah! ¿A usted le gusta perderse?

- GRIGORIEVA.— Sí, me gusta, mucho, me gusta más que mucho, me gusta muchísimo.
- PICHINTÚN.— (*A medida que ella se ha ido acercando con las últimas frases.*) A... a mí también.
- GRIGORIEVA.— Perdámonos entonces.
- VICUÑA.— Yo soy...
- SOLAPA.— Y... ¿y qué es lo que más le ha impresionado aquí?
- GRIGORIEVA.— Los hombres...
- SOLAPA.— ¡Ah!... chás gracias.
- GRIGORIEVA.— Que dejé en Europa. Los hombres fuertes, los hombres que aman el amor en la muerte. Éste (*mostrando a Pichintún*) tiene algo de ruso.
- LECHUGA.— Dale con Pichintún.
- PICHINTÚN.— Ya, circulen niños, no ven que sobran.
- VICUÑA.— (*Que por fin ha logrado acercarse a ella.*) Yo soy...
- GRIGORIEVA.— (*Interpretando.*) ¡Silencio! Escuchen esa música. Ah, la vida es una cosa...
- LECHUGA.— Maravillosa.
- SOLAPA.— Muy contagiosa.
- GRIGORIEVA.— ¡Espantosa! No me interrumpan todo el tiempo. Me gusta este enano porque es callado. Me gustan los enanos callados...
- PICHINTÚN.— Yo creo que usted quiere decir alto y espigado.
- GRIGORIEVA.— Cuando digo enano quiero decir enano. Tú eres un enano.
- PICHINTÚN.— Bueno, tanto como eso...
- GRIGORIEVA.— ¿También vas a protestar?
- PICHINTÚN.— ¡Cómo se le ocurre! Si usted dice enano, seré enano.
- GRIGORIEVA.— Ven acá. Acércate. Lo tengo todo decidido. La fiesta que doy esta noche será en honor tuyo, y en premio te permito ir a darle chocolates a Andrei Andreievich.
- PICHINTÚN.— ¿A quién?
- GRIGORIEVA.— Andrei Andreievich, mi niño, un leopardo que encontrarás en mi camarín.
- PICHINTÚN.— ¡Ah!... algún leopardo de felpa.
- GRIGORIEVA.— ¡De verdad! Y ten cuidado con tus dedos al darle la comida. Le encantan sobre todo los pulgares... Y ¿qué esperas? ¿No quieres ir?
- PICHINTÚN.— Sí, sí, claro... (*Inicia mutis.*)
- GRIGORIEVA.— Yo te estaré esperando acá. Y ustedes, (*a Solapa y Lechuga*) acompáñenme a la fiesta. (*Inicia mutis Vicuñita.*) Tú también. ¿Cómo te llamas?
- VICUÑA.— ¿Yo?
- GRIGORIEVA.— No. Mejor no lo digas. Ya conozco demasiada gente.
- (*Salen hacia la fiesta Grigorieva, Solapa y Lechuga y Vicuñita. Pichintún sale hacia el camerín. Después de algunos segundos entran por el otro extremo Trini y Milagros.*)
- TRINI.— Pero éste es el escenario del Municipal, mamita...
- MILAGROS.— Aquí me ijo que la trajera... Pero mejor que nos vamos, ¿no?
- TRINI.— ¡Cómo se te ocurre! Ya que estamos aquí... ¿Dónde estará la señora?
- MILAGROS.— Mire Trinicita, yo le aconsejaría...
- TRINI.— No me aconsejes nada, vieja. Anda a buscarla. (*Parte Milagros rezongando.*) Aunque no... (*Milagros se detiene.*) Mejor será que vaya yo... aunque no... (*Mismo juego de Milagros.*) Bueno, y qué esperas para ir a buscarla...
- MILAGROS.— Yo no voy a buscar a naiden, ya me está hostigando con sus caprichos...
- TRINI.— Vieja, viejita, sé buena. Hazlo por mí.
- MILAGROS.— Bueno, pero que conste que es la última vez...
- TRINI.— Allá se escuchan voces, vieja. Anda. (*Milagros se acerca a la pieza donde transcurre la fiesta.*)
- MILAGROS.— Ay mi hijita, pero si aquí hay una fiesta... Ave María Purísima... (*De pronto se persigna y corre al lado de Trini.*) ¡Vámonos al tiro m'hijita! ¡Vámonos!
- TRINI.— ¿Pero qué pasa?
- MILAGROS.— Éstas no son cosas pa'usté. Trinicita, yo no sabía de estas cosas... allá aentro están paseando una mujer en bandeja. Vámonos, Trinicita.

TRINI.— Ay, vieja, no te pongas cargante.

MILAGROS.— Me pongo, pú, pa eso soy vieja y pa eso soy su mama...

TRINI.— Mira, lo único que te pido es que llames a la señora y...

(*En ese momento aparece Grigorieva con Solapa, Lechuga y Vicuñita.*)

GRIGORIEVA.— (*Viéndola.*) ¡Ah! Llegó mi paloma enamorada ¿Cómo estás niña? Me gusta que hayas venido, me gusta mucho. Y también trajiste a tu vejez. Me gusta.

TRINI.— Yo... yo no sabía que usted fuera artista.

GRIGORIEVA.— Me llamo Grigi Gregoria Grigorieva. Y canto.

SOLAPA.— Como un ángel.

LECHUGA.— Como un ruiseñor

GRIGORIEVA.— Algunos admiradores.

TRINI.— Yo soy...

SOLAPA.— (*Interrumpiendo.*) Sebastián Rivas.

LECHUGA.— Arturo Reyes. Pero yo creo que nos conocemos ya... O por lo menos que la he visto en alguna parte. ¿No es usted la hija de Sixto Iturrieta?

TRINI.— ¿Sixto, cuánto? No... yo... me llamo... (*Mira a la mama con desesperación.*) Me llamo Milagros González González.

GRIGORIEVA.— ¿Por padre y por madre?

TRINI.— Sí.

GRIGORIEVA.— ¿Y tu vejez cómo se llama?

TRINI.— Milagros también. Es mi madrina, por eso me pusieron Milagros.

LECHUGA.— ¡Qué milagro! (*Se pone a reír pero nadie lo sigue. La risa muere.*)

SOLAPA.— Habría jurado que usted es la hija de Sixto Iturrieta.

VICUÑITA.— Pero no dicen que ésa es tonta de capirote.

LECHUGA.— Y ésta es encantadora.

MILAGROS.— Menos mano con la niña, caballero.

GRIGORIEVA.— ¡Oh! ¡Qué aburridos son! ¿Son todos así en este país?

TRINI.— ¿Podría hablarle a solas?

GRIGORIEVA.— Fuera todos ¡Grigorieva se cansó! (*Los hombres hacen mutis hacia la pieza de la fiesta.*)

MILAGROS.— Ya pues, Trinicita. Ya la vio. Vámonos ahora.

TRINI.— Déjame tranquila, vieja. Ándate tú si quieres.

MILAGROS.— Claro, quiere que la deje sola para que también la paseen en bandeja.

GRIGORIEVA.— ¿Qué dice tu vejez?

MILAGROS.— Cosas entre las dos, pu. Hay que ver la gringa intrusa ésta...

TRINI.— Cállate, mamita... (*A Grigorieva.*) Va... ¿va a venir?

GRIGORIEVA.— Te importa, ¿eh?

TRINI.— Claro que sí.

GRIGORIEVA.— Me gusta. Sí, va a venir. Me lo juró sobre la cabeza de su madre y eso lo respeto porque la madre era rusa. Va a llegar tarde. Me dijo que estaba invitado a cenar y como en este país se come cuando ya se debiera estar haciendo otras cosas, es posible que llegue bastante tarde.

TRINI.— Y usted le contó que...

GRIGORIEVA.— Sí.

TRINI.— ¿Qué le contó?

GRIGORIEVA.— Que te había encontrado junto a una carretilla de hilo blanco, que tú lo mirabas, que yo te pregunté si querías conocerlo.

TRINI.— ¿Y él qué le dijo?

GRIGORIEVA.— Sonrió. Los hombres como él están acostumbrados. Vas a tener que luchar mucho, niña deregaya. ¿Te sientes con fuerzas?

TRINI.— Sí. Con muchas fuerzas.

GRIGORIEVA.— Entonces lo conseguirás. No hay hombre invulnerable, salvo los birmanos. ¿Pero quién ha conocido jamás un birmano?

TRINI.— Qué buena es usted. ¿Por qué hace todo esto? ¿Por qué?

GRIGORIEVA.— De todos los espectáculos de este mundo el amor es el único que todavía encierra cierto suspenso. Me gusta el amor...

TRINI.— A mí también...

MILAGROS.— Mire Trinicita... Milagrito, yo creo que sería mejor que nos fuéramos. Éste no es lugar para usted.

GRIGORIEVA.— ¿Qué dice tu vejez?

TRINI.— Nada... Déjame, vieja.

GRIGORIEVA.— Y ahora cuéntame un poco de ti. ¿Quién eres?

TRINI.— Soy... Ya se lo dije: Milagros González.

GRIGORIEVA.— Estás mintiendo, pero no importa. Me gusta el misterio. Claro que un milagro no se viste como tú. Y si quieres que te presente como si fueras otra...

TRINI.— ¿Otra?

GRIGORIEVA.— No te hagas la asustada. Ven, te voy a vestir como tú quieres... ven... sígueme...

TRINI.— La sigo.

MILAGROS.—Y yo me voy a la siga de estas dos chifladas.

GRIGORIEVA.— Tu vejez nos sigue.

TRINI.— Sí, tiene la costumbre... quédate aquí, vieja, yo ya vuelvo.

MILAGROS.— (*Siguiéndolas a medida que Grigorieva y Trini hacen mutis hacia la pieza de la fiesta.*) Ni pienso. Quizás cómo me la van a devolver. Usted cree que yo nunca he ido de remolienda, usted cree que yo no sé lo que pasa, usted cree...

(*Entra Gérard, con tres pelusas.*)

PELUSA I.— Éste es el Municipal, patrón.

PELUSA II.— A mí me dijo que lo trajera, patrón.

PELUSA III.— Fue a mí, patrón.

GÉRARD.— Muchachos, a los tres les doy las gracias.

PELUSA I.— Es que con eso no se compra ná, pues patrón.

GÉRARD.— ¿Cómo que no? Vengan, acérquense, les voy a enseñar una lección.

LOS TRES.— ¡Bah!

GÉRARD.— Escuchen... Se puede vivir, sí, se puede

Vivir con gracia

Se debe, sí, se debe

Vivir con gracia

Es cuestión de saber

De saber entrever

De saber escoger

De saber merecer

Se puede, sí, se puede

Vivir con gracia.

Hay hombres que se agitan

Hay hombres que explotan

Hay hombres que transigen

Hay hombres que otros rigen

Pero yo sé un secreto

Es un hecho concreto

Soluciona problemas

Es todo un sistema

La receta es infalible

Para todos asequible.

LOS TRES.— Se puede

GÉRARD.— Sí, se puede

Vivir con gracia.

LOS TRES.— Se debe.

GÉRARD.— Sí, se debe

Vivir con gracia

Es cuestión de saber

De saber entrever

De saber escoger

De saber merecer

Se puede, sí, se puede...

(Atraída por el ruido una de las coristas aparece.)

CORISTA I.— ¡Gérard! *(Llamando hacia adentro.)* ¡Vengan, vengan a ver quién ha llegado!

(Exclamaciones. Aparecen las otras muchachas, entre ellas Trini vestida como ellas.)

CORISTA II.— Creíamos que no ibas a venir.

CORISTA III.— Yo te echaba de menos.

CORISTA I.— Ven, vamos a bailar.

CORISTA II.— Sí, vamos, vamos.

GÉRARD.— Esperen, que les estoy enseñando una lección a estos niños... A ver, ayúdenme:

Si te ves en un aprieto

Un asunto no discreto

Si te ves un día pobre

Como dicen sin un cobre

Si no sabes cuál camino

Conduce a tu destino

Si no hay puerta ni salida

Y podrías perder la vida

Ven escúchame y comprende

Y esta lección aprende.

GÉRARD Y CORISTAS.— Se puede, sí, se puede

Vivir con gracia

Se debe, sí, se debe

Vivir con gracia

Es cuestión de saber

De saber entrever

De saber escoger

De saber merecer

Se puede, sí, se puede

Vivir con gracia.

GÉRARD.— *(A los niños.)* Y ahora, muchachos, a la cama.

PELUSA I.— Un cinquito, patrón.

PELUSA II.— ¿Que no te dio las gracias?

PELUSA I.— ¿Y de qué me sirve?

PELUSA III.— *(Interrumpiendo.)* Se puede, sí, se puede.

(Se les unen los otros y salen cantando.)

CORISTAS.— ¡Y nosotros a la fiesta!

PELUSA I.— ¡Vamos!...

PELUSA II.— Ven a bailar conmigo.

PELUSA III.— Conmigo primero... *(Entre exclamaciones van saliendo y...)*

(Todos empujándose y riendo. Gérard toma a Trini de la mano y arrastra. En ese momento se da cuenta de que la conoce. Las coristas ya han salido.)

GÉRARD.— ¡Tú!

TRINI.— ¿Yo qué?

GÉRARD.— ¿Dónde te he visto antes?

TRINI.— ¿A mí?

GÉRARD.— ¡Ya sé! Ayer por la calle. ¿Te acuerdas?

TRINI.— No.

GÉRARD.— Claro que sí. Te seguí hasta ese edificio con las columnas, ¿cómo se llama?

TRINI.— No sé. No soy de aquí.

GÉRARD.— ¿No? ¿Y de dónde eres?

TRINI.— *(Con un gesto vago.)* De... allá.

GÉRARD.— ¡Ah!

TRINI.— ¿Y tú?

GÉRARD.— *(Mismo juego.)* De allá.

TRINI.— Entonces somos del mismo lado.

GÉRARD.— ¿Cómo te llamas?

TRINI.— Milagros ¿y tú?

GÉRARD.— Revelación.

TRINI.— Me suena.

GÉRARD.— ¡Mírame! ¿Estás diciendo la verdad, sí o no?

TRINI.— ¿Por qué?

GÉRARD.— ¿No te acuerdas de ayer?

TRINI.— A lo mejor. ¿Cómo te llamas?

GÉRARD.— Gérard. ¿Y tú?

TRINI.— ¡Gérard!

GÉRARD.— ¿También?

TRINI.— ¿Gérard cuánto?

GÉRARD.— Ah, ves cómo me mentiste. Tú eres de acá y no de allá.

TRINI.— ¿Por qué?

GÉRARD.— Porque dijiste Gérard cuánto. ¿Cuánto qué? ¿Cuánto valgo? Bastante poco en este momento. Pero tengo perspectivas.

TRINI.— ¿Gérard cuánto?

GÉRARD.— De la Falaise.

TRINI.— ¡De la Falaise!

GÉRARD.— Quiere decir acantilado, monte, refugio o lugar para el amor.

TRINI.— ¡Entonces es el mismo!

GÉRARD.— ¿El mismo qué?

TRINI.— ¡El mismo!

GÉRARD.— Sí, soy el mismo desde hace treinta y dos años. Un poco aburridor, ¿no te parece?

TRINI.— Pero ¡qué maravilla! Es el mismo.

GÉRARD.— Es casi una repetición.

TRINI.— ¡Es fantástico! Increíble... si supieras... ¡Ah no! Es demasiado divertido...

(Bajando la tensión en que estaba presa Trini comienza a reír. Al principio él la mira asombrado pero luego también empieza a reír. Esto dura algunos segundos. De pronto él la toma entre sus brazos y la besa. Hay un momento de silencio. Comienza como si viniera de la fiesta, el tema de la canción romántica.)

TRINI.— Es la primera vez que...

GÉRARD.— ¿Qué?

TRINI.— Que... que estoy en un escenario.

GÉRARD.— Pero ¿cómo? ¿No eres de la compañía?

TRINI.— Sí... es decir la primera vez que estoy en un escenario vacío.

GÉRARD.— ¿Para qué mientes?

TRINI.— ¿Cómo?

GÉRARD.— Ibas a decir es la primera vez que... y de repente dijiste una mentira.

TRINI.— No... sí... *(Ríe.)* ¿Te gusta?

GÉRARD.— ¿Quién? ¿Tú?

TRINI.— ¡Tonto! Te iba a preguntar si te gusta cuando sucede algo por primera vez.

GÉRARD.— No sé, hace tanto tiempo que eso no me ocurre.

TRINI.— ¿Sabes? Siempre he pensado que en los escenarios se ha quedado encerrada la primera noche.

GÉRARD.— ¿Cuál primera noche?

TRINI.— La primera noche del mundo. ¡Aquí está! Entre estas tres paredes y... allí (*Y muestra hacia el público.*) Una noche que es la primera y en ella... (Gérard ríe.) No te rías...

GÉRARD.— Pero si es de gusto.

TRINI.— ¿Por qué?

GÉRARD.— Porque estoy sintiendo algo por primera vez.

TRINI.— ¿Qué?

GÉRARD.— ¡No sé!

TRINI.— ¡Gérard!...

GÉRARD.— ¿Qué?

TRINI.— ¿No es cierto que cuando sucede algo por primera vez, uno puede formular un deseo?

GÉRARD.— Así dicen. (*Ella cierra los ojos y empieza a formular su deseo. Él se acerca y la besa.*)

TRINI.— ¿Cómo adivinaste? (*Él la toma y comienzan a bailar lentamente sobre el escenario.*)
Dicen que cuando

Algo sucede

Por primera vez

Uno puede formular

Un deseo.

GÉRARD.— Hoy te besé por primera vez

Y en aquél beso

Vací mi alma sincera

Hoy te besé por vez primera

Y entre mis brazos

Te guardaría una vida entera.

Cerré los ojos, hubo un momento

Silencio hubo

Y en la quietud que experimenté

Supe que ese rumor lento

Un eco era

De ese amor que llevo dentro.

Vi que la pena huía ligera

Vi que la sombra

Se dispersaba, como si viera

Y sé que el amor hoy me espera

Siempre y ahora

Hoy que te besé por vez primera.

TRINI.— Porque hasta entonces

Mi vida toda

Vacía estaba

Y en esta noche y en esta hora

Soñaba amor, amor buscaba

Sentirme amada,

Idolatrada, así besada.

GÉRARD.— Se me ocurre que ahora muchas cosas van a tener un sabor nuevo, como si las probara por primera vez.

TRINI.— ¿Qué cosas?

GÉRARD.— Cosas... la noche...

TRINI.— ¿Cuál? ¿La noche que está aquí?

GÉRARD.— Sí, ésta y... todas las noches.

TRINI.— ¿Qué más?

GÉRARD.— No sé, todo... la música, el champagne...

TRINI.— ¡Champaña! Qué ganas de probarlo.

GÉRARD.— Nada más fácil. Allá adentro debe haber. No... no te muevas. Prefiero que nos quedemos aquí, prefiero esta noche... voy a buscar dos copas y vuelvo.

(Sale. Después de algunos segundos entra Milagros.)

MILAGROS.— (Adentro.) Trinicita... ¿Y dónde se habrá podido haber metido esta niñita, digo yo? (La ve.) Ah, aquí estaba... paveando... hace horas que la ando buscando y hay que ver las cosas que pasan en este teatro. Hasta a mí me tenían subida a la bandeja. Éstas no son cosas pa' niña digo yo.

TRINI.— Vieja, vieja de mi alma, es el mismo.

MILAGROS.— ¿Qué mismo?

TRINI.— Es el mismo con quien quieren casarme.

MILAGROS.— ¡El mismo! El que veníamos a ver es el mismo.

TRINI.— ¿No lo encuentras maravilloso?

MILAGROS.— Eso sí que es suerte. Ésas son cosas que le pasan a mi Trinicita no más.

TRINI.— Vieja, ahí viene, déjame sola.

MILAGROS.— Bueno, pero si es el mismo por qué no nos vamos. Total, lo va a tener enterito pa' usted y pa' siempre.

(Entra Gérard.)

TRINI.— Déjame vieja, déjame. (La empuja.)

MILAGROS.— (Rezongando.) La ampujan a una p'allá, la empujan a una p'acá y, total después no hace ná.

(Sale. Entra Grigorieva con Solapa, Lechuga y Vicuñita.)

GRIGORIEVA.— ¡Ah! Gérard, mon amour... Cómo estás. Bésame mi oso siberiano, uno en la mejilla izquierda para la muerte y otro en la derecha para la suerte. Veo que has encontrado la sorpresa que te tenía preparada. ¿Y qué me dices?

GÉRARD.— No encuentro palabras para...

GRIGORIEVA.— ¡Ah no cheri! Eso fue lo mismo que me dijiste hace algunos años cuando nos conocimos en Montecarlo. (A Trini.) ¿Y tú que estás tan callada? ¿Ya te ha hecho sufrir? Ten cuidado. (Dándose vuelta a Solapa.) ¿Dónde está mi enano?

SOLAPA.— No ha vuelto de su camerín.

GRIGORIEVA.— Andrei Andreievich está cada día más glotón.

SOLAPA.— ¿Y no podría reemplazarlo yo?

GRIGORIEVA.— Junto al leopardo...

SOLAPA.— (Con terror.) ¡No! Junto a usted.

GRIGORIEVA.— Pero qué presumidos son los hombres en este lugar. Creen que una tiene que perder la cabeza por un par de pantalones. En Rusia es al revés. ¿No es cierto, Gérard? Váyase, no me moleste más... (Sale Solapa.) ¡Qué cosa esta América! Yo no sé cómo tú has decidido venir a radicarte aquí, Gérard.

GÉRARD.— ¿Y qué más le queda por hacer a un joven de 32 años, que no tiene tío viejo, rico y cardíaco?

GRIGORIEVA.— ¿Y quién es tu América, ahora?

GÉRARD.— Se llama algo como... Unzueta o...

TRINI.— Iturrieta.

GRIGORIEVA.— (A Trini.) ¿La conoces?

GÉRARD.— Parece que no es una gran cosa. No muy inteligente. Pero en algo hay que transigir.

GRIGORIEVA.— ¿Y te vas a casar?

GÉRARD.— Soy muy pobre.

TRINI.— ¿Te vas a casar porque ella es rica?

GÉRARD.— (A Grigorieva.) No la hallas encantadora.

TRINI.— Serías capaz de casarte y... ¿y yo?

GÉRARD.— ¿Tú?

TRINI.— Sí... a mí ¿dónde me dejas?

GRIGORIEVA.— ¡Attention! Escena de celos, charie.

TRINI.— No me dijiste que... ¿qué vas a hacer conmigo?

GÉRARD.— Seguirte viendo, mi amor.

TRINI.— Seguirme viendo... ¿después que estás casado con otra?

GÉRARD.— (A Grigorieva.) ¿No te decía que era encantadora?

TRINI.— Y tú crees que yo...

GÉRARD.— Tú también eres pobre, mi amor. ¿Y qué es lo único peor que una persona pobre? *Dos personas pobres.*

TRINI.— ¿Y piensas con su plata seguirme viendo a mí? ¿Y tú quieres que yo acepte eso? ¿Tú crees que yo voy a...?

GRIGORIEVA.— ¡Qué habladores, Dios mío! Yo voy a buscar a mi enano, ése por lo menos era callado. ¿Vienen? (Sale.)

GÉRARD.— ¿Vamos?

TRINI.— (Estallando.) ¡Vamos! ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? Pero ¿quién crees que soy yo? Una cosa que se pone, que se quita, que se deja... ¿qué es lo que te has imaginado?

GÉRARD.— No te pongas aburrida, mi amor.

TRINI.— ¡Aburrida!

GÉRARD.— Lo estábamos pasando tan bien.

TRINI.— ¿Y quieres seguirlo pasando bien conmigo, casado con otra? Puede ser que *otra* acepte eso; pero yo no... ¡No! ¿Me oyes? ¡No!

GÉRARD.— (Para sí.) Era demasiado perfecto. No podía durar.

TRINI.— ¡Ándate! ¡Ándate inmediatamente!

GÉRARD.— Pero, mi amor.

TRINI.— ¡Ándate!

GÉRARD.— Bueno... vuelvo en algunos minutos más, cuando estés un poco más tranquila.

TRINI.— Ándate, ándate, ándate...

(Gérard sale. Trini retiene su llanto durante algunos segundos y luego empieza a sollozar con desesperación. Aparece Milagros.)

MILAGROS.— ¡Trinicita...! ¡Trinicita! ¡Trinicita! (La descubre llorando.) ¿Qué le pasa, m'hijita? ¿Qué le pasa a mi niña?

TRINI.— (Siempre llorando.) Nada... Nada... Déjame, vieja.

MILAGROS.— ¿Qué le han hecho a mi cosita chica?

TRINI.— (La abraza y comienza a sollozar más fuerte.) Es el mismo, vieja, es el mismo...

MILAGROS.— Sí, ya me lo había dicho, mi hijita. Pero no veo la razón para que se ponga a llorar, mi huachita. ¿Qué es lo que le pasa?

TRINI.— (Llorando siempre.) Es el mismo vieja y me dijo que me quería y... y me dio un beso; pero no se va a casar conmigo, se va a casar con Trini por la plata.

MILAGROS.— No le decía yo que nos fuéramos... ¿no le decía?

TRINI.— (Sin escucharla.) Porque hasta entonces

Mi vida toda

Vacía estaba

Y en esta noche que en torno roda

Soñaba amor, amor buscaba

Sentirme amada,

Idolatrada, así besada...

(La voz se le quiebra y corre hacia afuera. Milagros sigue llamándola mientras la música crece. Bajando la luz con él.)

Telón

TERCER ACTO

ESCENA 1*

(La casa de los Iturrieta. Las tres empleadas están colocando las tazas de té y comentan. No lejos Milagros se ocupa de limpiar.)

EMPLEADA I.— A que no saben chiquillas
Lo que pasó anoche
Temprano salió la niña
Cuando clareaba volvió.

EMPLEADA II.— ¡No!

EMPLEADA III.— ¿Quién te lo contó?

EMPLEADA I.— *(Indicando en forma muda a Milagros.)*

Ícen que anda de farra
De fiesta y entusiasma
La patrona una chicharra
Y el patrón ¡no digay ná!

EMPLEADA II.— *(Interrogando a Milagros.)* Y cuando llegó la Trini
¿Qué le ijo a la amá?

MILAGROS.— Ná.

EMPLEADA III.— ¿Ná?

MILAGROS.— Ná. Güeno, una ensalá
Contó un cuento contaó
Con maña y arrevesao
Un cuento sin pies ni cao
Quedé con el soplo entrao.

EMPLEADA I.— Y cuando llegó la Trini
¿Qué le contó a la amá?

MILAGROS.— Ná.

EMPLEADA I.— ¿Ná?

MILAGROS.— Güeno, una ensalá:
Ijo qu jué a la capilla
Le rezó a Santa Cecilia
Y tanto jueron los rezos
Que cerrao halló el portón.

EMPLEADA II.— ¡No!

EMPLEADA III.— ¿Qué más inventó?

MILAGROS.— Ijo que se encaramó
Y a la campana le dio.

LAS TRES EMPLÉADAS.— Ding Dong... ding dong...

MILAGROS.— Se despertó todo el barrio
Y el sacristán la sacó.

EMPLEADA I.— Y esto contó la niña
Y la patrona se lo tragó.

EMPLEADA II.— ¿Y qué má?

MILAGROS.— Ná.

EMPLEADA II.— ¿Ná?

MILAGROS.— Ná, pa' qué má.

LAS TRES EMPLÉADAS.— Esta señorita Trini
Tan engañosa que es
Quien lo diría tan linda.

MILAGROS.— Y tan pícara a la vez.

LAS TRES EMPLEADAS.— Naide lo imaginaría
Tan santita al parecer.

MILAGROS.— Y en el fondo es más diablilla
Que una ardilla, hay que ver.
Esta señorita Trini
Hace su real voluntad
La manda a una que se vaya
Y al ratito ven pa'acá
Naide lo imaginaría
Tan santita al parecer
Y en el fondo es más diablilla
Que una ardilla, hay que ver.

LAS TRES EMPLEADAS.— Esta señorita Trini.

MILAGROS.— Qué haría sin ella yo.

LAS TRES EMPLEADAS.— Ella que es tan caprichosa
Tan consentía, por Dios.

MILAGROS.— Sin ella me moriría
Pues como ella no hay dos
Esta mi Trini linda
Me ha robao el corazón.

ESCENA 2ª

(Entra Trini.)

TRINI.— ¿Qué están haciendo aquí? Vayan a ayudar adentro, que no ven que va a llegar ese joven que quiere conocerme. *(Las empleadas obedecen se revolucionan durante algunos segundos y luego salen. A Milagros.)* Vieja... vieja, ven acá ¡llegó la señora Grigorieva?

MILAGROS.— ¿Cuál? ¿Esa de anoche?

TRINI.— Sí. ¡Llegó?

MILAGROS.— ¿Y qué va a venir a hacer aquí al campo?

TRINI.— La mamá la invitó a tomar té para pedirle que cante en la kermesse que están preparando. Ay, vieja, tengo que verla antes que se encuentre con la mamá y sobre todo antes que llegue Gérard.

MILAGROS.— ¡No vaya a ser cosa que se lo cuente todo a la patrona! Ya bastante nos costó convencerla esta mañana y yo creo que si no hubiera sido porque nos veníamos a la chacra, arde Troya.

TRINI.— Por eso tengo que hablarle, vieja. *(En ese momento se escuchan ruidos como de tiroteo, gritos y frenos; es un automóvil que llega.)* ¡Ahí deben venir! Por Dios, anda donde mi mamá y demórala lo más que puedas... anda, anda, vieja...

MILAGROS.— *(Al salir rezongando.)* La mandan a una pa'acá, la mandan a una pa'allá, y total después ná...

ESCENA 3ª

(Entra Grigorieva seguida por Solapa, Vicuña, Lechuga y Pichintún que trae un brazo vendado, traen guardapolvos y se sacuden. Se quejan y gritan. Al desprenderse los tules se escucha la voz de Grigorieva, los ha introducido Vitalicio que trata de ayudarlos. Trini se retira un poco.)

GRIGORIEVA.— ¡A esto le llaman camino! ¡A esto le llaman campo! Y a eso le llaman auto ¡Nunca he tenido más calor y más tierra en mi vida!

SOLAPA.— Pero si no es para tanto.

GRIGORIEVA.— No me hables; que nadie me hable por lo menos durante una hora. Y que nadie se

acerque... todos huelen a polvo... ¡Ach! Tú (*a Vitalicio*), anda a buscarme un plumero para sacarme el polvo de la tráquea.

VITALICIO.— Tucutucutú.

GRIGORIEVA.— ¿Qué dijiste? No... no lo repitas. Ya he escuchado demasiadas tonterías esta tarde. Anda... (*Sale Vitalicio.*)

LECHUGA.— ¿Por qué no nos sentamos?

GRIGORIEVA.— Porque ya llevo tres horas sentada, y al lado tuyo. ¿No crees que es bastante?

VICUÑITA.— Yo quería aprovechar para decirle que me llamo...

GRIGORIEVA.— (*Interrumpiendo a Pichintún.*) ¿Y cómo estás mi pobre enano herido?

TRINI.— (*Apareciendo.*) ¡Señora Grigorieva!

GRIGORIEVA.— ¡Tú!

TRINI.— Sí, yo, señora Grigorieva. Tengo que hablar con usted.

GRIGORIEVA.— ¿Ahora?

TRINI.— Ahora y a solas.

GRIGORIEVA.— ¡Fuera todos!

SOLAPA.— Pero si acabamos de llegar.

LECHUGA.— Estamos agotados.

GRIGORIEVA.— ¡Al parque! ¡A cazar mariposas! Y cuídenme a mi enano.

ESCENA 4ª

GRIGORIEVA.— Fuera, fuera... (*Ya han salido todos hacia el parque.*) Y ahora cuéntame ¿qué haces aquí?

TRINI.— Por favor... no tenemos mucho tiempo. Y quiero pedirle un favor antes de que llegue mi mamá.

GRIGORIEVA.— ¿Cuál mamá?

TRINI.— La señora que la invitó es mi mamá.

GRIGORIEVA.— ¡Ah!

TRINI.— Resulta que anoche...

GRIGORIEVA.— No me expliques nada. Lo comprendo todo.

TRINI.— ¡Qué bueno! Porque así me va a poder ayudar a cumplir mi plan.

GRIGORIEVA.— ¿Un plan?

TRINI.— Sí, para vengarme de Gérard que va a venir a conocerme esta tarde; es decir, a conocer a Trini. Me llamo Trini Iturrieta.

GRIGORIEVA.— La de las tres casas. Comprendo...

TRINI.— Anoche Gérard dijo que me quería... como Milagros... y segundos después que iba a casarse con Trini; porque el padre de Trini es rico...

GRIGORIEVA.— ¡Ah! ¡Y lo vas a desenmascarar!

TRINI.— No, me voy a casar con él.

GRIGORIEVA.— No veo el castigo.

TRINI.— Es que Trini es tonta. Y como tonta, le voy a hacer pagar hasta el fin de sus días.

GRIGORIEVA.— No tires demasiado la cuerda si lo quieres...

TRINI.— Tengo que vengarme.

GRIGORIEVA.— Bueno, hazlo ya que eres joven.

TRINI.— Tengo que enseñarle una lección y empezaré hoy mismo, apenas llegue... pero ni él ni mi mamá ni nadie tiene que saber... (*Al escuchar que su madre se acerca, súbita transición, comienza a cecear.*) Este... este... a usted, también le gusta el punto cruz...

ESCENA 5ª

(*Entran Emiliana, Tránsito, Encarnación y Vitalicio con un plumero.*)

EMILIANA.— Madame Grigorieva... ¡Perdóneme! Pero no podían encontrarme, la casa es tan grande... ¡Ah! Veo que ya ha conocido a mi hija.

TRINI.— Sí, nos encontramos el otro día donde Silva cuando fui a comprar hilo para hacer el mantelito, ése que voy a bordar con punto cruz, porque había pensado hacerlo con punto simple, pero...

EMILIANA.— (*Interrumpiendo.*) ¡Qué gusto de verla! Y no sabe lo que le agradezco el que haya aceptado cantar en nuestra kermesse pro-desamparadas.

GRIGORIEVA.— El gusto es mío, señora. Siempre he tenido gran caridad por las desamparadas. (*Mostrando a las cuñadas.*) ¿Son éstas?

EMILIANA.— No, éstas son mis cuñadas: Tránsito y Encarnación Iturrieta.

ENCARNACIÓN.— (*Con entusiasmo.*) ¡Qué gusto de conocerla!

TRÁNSITO.— ¡Encarnación!

Emiliana.— (*A Vitalicio.*) Vitalité, laissez ce... ce... (*Se le ha olvidado la palabra en francés.*) Ce plumeró et allez chercher les tasses de porcelaine.

VITALICIO.— ¿De por dónde, madame?

EMILIANA.— De porcelaine, Vitalité, de porcelaine.

VITALICIO.— Tucutucutu. (*Sale.*)

EMILIANA.— (*A Grigorieva.*) Pero siéntese, siéntese... ¿Qué tal le pareció el viaje?

GRIGORIEVA.— Pésimo.

EMILIANA.— Pero compensa un día de campo ¿no le parece?

GRIGORIEVA.— No. (*Irrumpe Violeta.*)

VIOLETA.— ¿Llegó Eulogio, llegó Eulogio?

TRÁNSITO.— ¡Violeta! ¡Qué indecencia!

EMILIANA.— Otra de mis cuñadas.

VIOLETA.— ¿No ha llegado Eulogio? (*Se acerca a la entrada a mirar.*)

TRÁNSITO.— ¡Violeta!

ENCARNACIÓN.— Ay, déjala Tránsito es que... está enamorada.

TRÁNSITO.— ¿Enamorada? Las Iturrieta terminaron hace tiempo con el amor.

GRIGORIEVA.— ¿Y por qué?

TRÁNSITO.— Por viejas.

GRIGORIEVA.— Nadie es vieja, hasta que se muere, y entonces ya no importa...

ENCARNACIÓN.— ¡Claro!

EMILIANA.— Es esta primavera que hace estragos. Mi cuñada ha quedado prendada de mi hermano Eulogio. Es la primavera, le printemps, ma chérie. Y aquí en el campo se siente más que en Santiago, ¿no es cierto? A mi marido y a mí nos gusta mucho el campo. A él el gusto por el campo le viene de uno de sus antepasados que nació en las Islas Azócar.

TRÁNSITO.— ¡Azores!

EMILIANA.— (*Sin darse por aludida.*) Y a mí también me descansa mucho. (*A Trini.*) Trinicita, mi hijita, anda a ver qué le pasó a Vitalicio y dile que se apure. (*Trini sale. A Grigorieva.*) ¿Usted se quedará a tomar una taza de five o'clock con nosotros, verdad?

GRIGORIEVA.— En realidad, no.

EMILIANA.— Una tacita de five o'clock no le hace mal a nadie. Sobre todo después de ese viaje tan pesado. ¿Cómo? Pero si todo está preparado, no ve?

GRIGORIEVA.— Lo mejor será que explique de qué se trata esa kermesse. (*Entra Vitalicio con tazas y platos. Violeta se le acerca.*)

VIOLETA.— ¿Llegó Eulogio?

TRÁNSITO.— Pero tenemos que esperar a ese joven, Emiliana.

EMILIANA.— ¡Es verdad! (*A Grigorieva.*) Estamos esperando a un amigo de Trini... un pololito...

GRIGORIEVA.— Lo siento, pero no hay mucho tiempo. Unos admiradores me trajeron en lo que ellos llaman un automóvil y supongo que si queremos llegar hoy a Santiago, habrá que partir ya.

EMILIANA.— Entonces le voy a explicar rápidamente. Se trata de una kermesse pro-desamparadas, como usted sabe. Una fiesta donde estará lo mejor de Santiago.

GRIGORIEVA.— Poca gente entonces.

EMILIANA.— Ay, no, no crea. La lista es larga ¿quién tiene la lista?

ENCARNACIÓN.— Creo que Violeta. (*Se acerca a ella y se la quita.*)

VIOLETA.— Encarnación.

EMILIANA.— (*Tomándola de manos de Encarnación.*) Aquí está. Tal vez usted conozca a algunos.

Vendrán los... los... los...

Los Puga, los Morla, los Santa María

Don Pedro Urrejola, los Echeverría

Los Matte Sanfuentes, los Astaburuaga,

Los Claro Zañartu y el niño Cazotte

GRIGORIEVA.— Ése conozco es un azote.

EMILIANA.— La Picha Mackenna, el Rucio Cousiño

Y aquel brasileiro que llaman Murtinho

Los Gana Cortés, los Cortés Gana Luco

Las niñas Vicuña que son unos cucos.

ENCARNACIÓN.— (*Arrebatándole la lista.*) Los Ossa Lecaros y los Fontecillas.

GRIGORIEVA.— Eso conozco: son una pesadilla.

EMILIANA.— Los Cocha, los Toros y tantos vineros

De mis invitados serán los primeros

Los Montt, los Ovalle, los Eastmann Saavedra

Los Barros Castillo, don Cacho Pereira.

TRÁNSITO.— (*Arrebatándole la lista.*) Los Mena, los Fabres y los Iturriaga

GRIGORIEVA.— Eso conozco: son una plaga.

EMILIANA.— Cincuenta familias serán invitadas

La flor y la nata más bien heredada.

ENCARNACIÓN.— Los Prat, los de Arturo, que sacan de apuro

Lindor Beltramí de Curacaví

Vendrán los Ortuzar que son tan franceses

Tendremos merengue y tortas de nueces.

Vendrán los Larraín, que son novecientos

Habrà que aumentar numerosos asientos

Veremos la gente mejor reunida

¡Ay, qué fiesta tan lucida!

EMILIANA.— Y estoy segura que usted va a ser el "clou" de la fiesta.

GRIGORIEVA.— ¿Y qué desea que cante? Algo hipnótico, tipo "Aída".

ENCARNACIÓN.— ¡Ay, sí!

TRÁNSITO.— ¡Encarnación!

GRIGORIEVA.— Algo erótico, tipo "Salomé".

ENCARNACIÓN.— ¡Ay, sí!

TRÁNSITO.— ¡Encarnación!

EMILIANA.— Algo simplótico diría yo. Una romanza... o, pero ¿podríamos ir a la pieza de música a escoger? Por aquí...

GRIGORIEVA.— Alguien tiene que ir a avisarles a mis admiradores.

EMILIANA.— ¡Vitalité lo hará! (*A Grigorieva.*) ¿Y dónde están esos jóvenes?

GRIGORIEVA.— En el parque, cazando mariposas.

EMILIANA.— Ah, se interesan por los insectos. Me encantan los gráfólogos.

TRÁNSITO.— Entomólogos.

EMILIANA.— Mi familia tiene la manía de corregirme. No les hago caso. Yo soy lapsus linguae, quiero decir por encima de estas cosas. (*A Vitalicio.*) Allez prevenir ces garçons... (*A Grigorieva.*) Por aquí, madame por aquí. Vamos.

ESCENA 6ª

(*Salen Emiliana, Tránsito, Encarnación y Grigorieva. Antes de alejarse hacia el parque Vitalicio le hace señas a Violeta de que llega Eulogio. Entra Eulogio. Al encontrarse uno frente al otro se paralogizan.*)

VITALICIO.— ¡Señorita Violeta!...

VIOLETA.— ¿Llegó?

VITALICIO.— ¡Allá se ve una polvareda, señorita!

VIOLETA.— ¡Debe ser él! Anda a decirle que estoy aquí... ¡Ay! Mejor no... Ay, mejor sí... ¡Anda! ¡Anda!... ¡Despacio Violeta! ¡Cuidado Violeta, conserva tu calma! ¡Tanto polvo Señor Santo! No veo quién viene... Ya, ya, se despeja... Es él... ¡Ay! ¡Es él, es Eulogio, qué hombre, Dios mío!... Cuidado, despacio Violeta... Y se baja del coche, y se sacude. ¡Ay cómo se sacude! Habla con Vitalicio... Sí, sí. Aquí estoy, aquí... viene. ¡Ay, qué voy a hacer! ¡Qué voy a hacer! Se acerca... cuidado, despacio Violeta. ¡Recuerda que eres una señorita! (*Entra Eulogio.*)

EULOGIO.— Violeta... ¡usted aquí!

VIOLETA.— Eulogio... ¡usted aquí!

EULOGIO.— En verdad, yo venía a verla.

VIOLETA.— Y yo lo estaba esperando.

EULOGIO.— ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

VIOLETA.— Para decirle... que he pensado bastante en usted.

EULOGIO.— ¡Violeta!

VIOLETA.— Sí, sí, sé que una niña no debe decir estas cosas. Pero es la verdad.

EULOGIO.— Violeta, déjeme decirle. Imagínese que yo... no, imagínese un hombre con un corazón agobiado, hastiado... no, no es eso lo que quiero decir. Escúcheme, Violeta.

VIOLETA.— Lo escucho, Eulogio.

EULOGIO.— Escúcheme Violeta

Yo no tenía meta

Y cuando la...

VIOLETA.— Diga no más Eulogio.

Proceda sin elogios

Ya sabe que yo...

EULOGIO.— Un hombre que ha vivido

Y el placer ha perseguido

Sin meta ni sentido

Estaré un poco rendido

Y lo que aquí tiene escondido (*Mostrando el corazón*)

También habrá sufrido. Y...

Mi corazón también necesita vacaciones

Cansado está de tantas, tantas tribulaciones

No quiere más que algunas compensaciones

Descanso y paz para sus tribulaciones.

VIOLETA.— Vida he llevado sin amor

Ha sido sumamente, sumamente aburridor

Y hoy confieso con candor

Que busco un nuevo amor.

Y que...

Mi corazón también necesita vacaciones

Cansado está de tantas, tantas tribulaciones

No quiere más que algunas compensaciones

Descanso y paz para sus tribulaciones.

EULOGIO.— Y así en este día

Yo le pediría

VIOLETA.— ¿Qué?

EULOGIO.— Su mano querida.

VIOLETA.— Eulogio ¡me intimida!

EULOGIO.— Mi amor es una herida.

VIOLETA.— Y en mí también anida.

EULOGIO.— Mi...

VIOLETA.— Mi...

EULOGIO.— Violeta, mi corazón también necesita vacaciones

Cansado está de tantas, tantas tribulaciones

Precisará algunas atenciones

Pronto estará para nuevas emociones.

ESCENA 7ª

(*Entran Sixto, Gérard y Vitalicio.*)

SIXTO.— Por aquí, por aquí, Gérard, está en su casa... (*A Vitalicio.*) Anda a decirle a la señora que llegamos... (*Sale Vitalicio.*) Espero que el viaje no le habrá parecido demasiado largo.

GÉRARD.— (*Distante y distraído.*) No, en absoluto.

SIXTO.— ¡El camino está regularcito! (*Contándole, con cierto enojo.*) ¡Estos diputados no se preocupan de nada!

GÉRARD.— (*Sin interés.*) Ah.

SIXTO.— Se lo pasan farreando con las artistas que vienen al Municipal...

GÉRARD.— (*Interrumpiendo.*) ¿Las artistas del Municipal?

SIXTO.— Claro, pues, las cototas como las llaman ustedes. (*Ríe.*) Nosotros les decimos "pollitas".

GÉRARD.— ¿Usted las conoce a todas?

SIXTO.— (*Con entusiasmo.*) Pero si yo... (*Se retiene, vuelve el padre que desea casar a su hija.*) No.

GÉRARD.— Ah.

SIXTO.— ¿Por qué?

GÉRARD.— Por nada. Eh... ¿Y por qué no se compra usted una diputación?

SIXTO.— Para las próximas, me lanzo... Total, una inversionsita y me hago arreglar el camino hasta la misma puerta de la chacra... ¡Las diputaciones rinden mucho mi amigo!

(*Aparece Emiliana.*)

EMILIANA.— ¡Mon cher ami! Quel plaisir de revoir. Est ce vous connaissez, Madame Grigorieva.

GRIGORIEVA.— (*Adelantándose en el momento en que él va a hablar.*) Vagamente. ¿Cómo está?

EMILIANA.— Mi marido... Sixto anda a buscar a la petite. (*Sixto sale.*) ¡Vitalité! (*A Vitalicio que está atrás colocando las tazas.*)

VITALICIO.— Tucutucutu.

EMILIANA.— Es un valet francés. Es una suerte haberlo encontrado. ¡Vitalité! (*Al ver que no aparece.*)

VITALICIO.— (*Desde atrás.*) ¡Patrona!

EMILIANA.— Mais Vitalité... ¿Me perdona? (*Se aleja hacia el lugar donde está Vitalicio. Gérard aprovecha para acercarse a Grigorieva.*)

GÉRARD.— ¿Has visto a Milagros?

GRIGORIEVA.— ¿Milagros?

GÉRARD.— Esa muchacha de anoche.

GRIGORIEVA.— ¿Te gusta?

GÉRARD.— Sí.

GRIGORIEVA.— ¿Entonces por qué no te casas con ella?

GÉRARD.— ¿La has visto?

ESCENA 8ª

(*En ese momento entran Sixto, Tránsito, Encarnación y Trini escondida entre ellos. Emiliana se acerca a hacer las presentaciones.*)

EMILIANA.— Creo que los conoce a todos. Mis cuñadas, Tránsito y Encarnación Iturrieta, ¿los recuerda? ¿Dónde estás mi hijita?

(Trini se arma de valor y se abre paso entre los demás.)

GÉRARD.— (Al verla.) Tú.

TRÁNSITO.— ¿Ya se conocían?

GÉRARD.— ¡Milagros!

ENCARNACIÓN.— ¿Dónde?

EMILIANA.— ¿Se conocían?

TRINI.— Yo no he visto nunca al caballero. Y cuando una no ha visto a una persona, no creo que se pueda decir que uno la conozca, porque...

GÉRARD.— Pero, Milagros...

ENCARNACIÓN.— ¿Dónde, dónde? Ay, Tránsito, no comprendo nada.

GÉRARD.— No eres la misma...

TRINI.— ¿La misma qué? Yo creo que el caballero se equivoca. Mucha gente me dice eso y resulta que después...

GÉRARD.— Juraría que la he conocido antes.

EMILIANA.— (Por lo bajo a Grigorieva.) No es más que charme. Francés tenía que ser.

TRINI.— ¿Sabe? A veces uno piensa que ha visto una persona y lo cierto esssssssss...

EMILIANA.— (Cortándola muy nerviosa.) ¡Es! (A Gérard.) Un defectillo se le queda pegada la “s” a ratos.

TRINI.— ...Lo cierto es que no lo he visto. Y suele suceder que como esto esssssssss...

SIXTO Y EMILIANA.— ¡Es!

TRINI.— Una cosa muy corriente, uno a menudo piensa que se trata de una casualidad. Pero no esssssssssss...

TODOS.— ¡Es!

TRINI.— Así.

TRÁNSITO.— (Por lo bajo a Emiliana.) Está nerviosa, lo mejor es que los dejemos solos.

EMILIANA.— ¿Tú crees?

TRÁNSITO.— Ceceja mucho menos cuando no hay tanta gente.

EMILIANA.— Nosotros vamos a ir a... a... al jardín. Vamos, madame Grigorieva a ver a sus amigos.

No, tú, Trinicita quédate aquí. Acompaña al señor. ¿Vamos? (Van saliendo todos.)

ENCARNACIÓN.— ¿Qué es lo que pasa Tránsito? Cada vez comprendo menos.

ESCENA 9ª

(Ya han salido todos.)

GÉRARD.— (Apenas han quedado solos.) ¡Milagros!

TRINI.— Ay, ya le dio pues. Yo no soy ésa. Yo me llamo Trini.

GÉRARD.— Pero es que se parece tanto.

TRINI.— ¿Sabes? ¿Quiere que le cuente una cosa? Ayer también en la calle me gritaron Milagros...

Usted no es el único que se equivoca. Porque que una persona se equivoque, pase. Pero que dosssssssssssss...

GÉRARD.— ¡Dos!

TRINI.— Gracias. Es terrible ¿sabe? Cecear tanto.

GÉRARD.— (Haciendo un esfuerzo.) Yo lo hallo encantador.

TRINI.— ¡Qué bueno! No le pasa lo mismo a todos ¿sabe? Mi primo Óscar... ¡Ay, perdón, lo moqué!

Es por estas “s”.

GÉRARD.— No importa.

TRINI.— Mi primo Óscar dice que es insoportable conversar conmigo. Que es lo mismo que pararse debajo de la lluvia. Miren... que es chistoso ¿no? Y yo siempre digo que si una...

GÉRARD.— (Convencido.) No, no es la misma.

TRINI.— ¿Qué dice?

GÉRARD.— Nada. Me preguntaba que si nunca había hecho un esfuerzo para no cecear.

TRINI.— ¿Qué esfuerzo?

GÉRARD.— Hay ejercicios ¿sabe?

TRINI.— ¿Ejercicios?

- GÉRARD.— Claro. Siéntese. Mire. Ponga la punta de la lengua detrás de los dientes en el paladar...
 Así... Y ahora repita sin mover la lengua, repita:
 Soy Susana
 Y no Zenobia
 Soy muy sana
 Y sin fobia.
 A ver... A la una, a las dos y a las tres.
- TRINI.— Soy Susana... ¡Ay, no puedo!
- GÉRARD.— Sí, puede. Trate al menos:
 Soy Susana
 Y no Zenobia
 Soy muy sana
 Y sin fobia.
- TRINI.— Soy Susana... ¡Ay, no puedo!
- GÉRARD.— (*Enojado.*) ¡Haga un esfuerzo!
- TRINI.— Soy Susana
 Y no Zenobia
 Y sssssssssssss... ¡Ay! ¡Qué desesperación! ¡Qué desesperación!
- GÉRARD.— (*Dominándose.*) Haga un último esfuerzo. Veamos...
- GÉRARD Y TRINI.— (*Juntos.*) Soy Susana
 Y no Zenobia
 Soy muy sana... ...
- TRINI.— ¡Ay, perdón, ya lo mojé de nuevo! (*Hace un ademán para ir a secarlo.*)
- GÉRARD.— (*Violento.*) ¡Déjeme!
- TRINI.— (*Después de un silencio corto lanza un llanto insoportable.*) Aaaaaaaaaaaaa-
 yyyyyyyyyyyy...
- GÉRARD.— Pero ¿por qué llora? Chit, chit... Qué van a decir los demás.
- TRINI.— La verdad, que usted me retó.
- GÉRARD.— Pero si no la reté.
- TRINI.— ¿Que no? ¿Y cómo se llama ese grito que me dio? Me jor que se vaya acostumbrando a mi ceceo; porque yo voy a cecear siempre, hasta el fin de mis días. Ya lo dijo el doctor.
- GÉRARD.— ¿Hasta el fin de sus días?
- TRINI.— Mejor que se vaya acostumbrando.
- GÉRARD.— ¿Acostumbrando?
- TRINI.— Claro. ¿Que no nos vamos a casar?
- GÉRARD.— ¿Quién se lo dijo?
- TRINI.— Son cosas que yo sé. Y quiero que me prometa que no me va a retar más. A mí no me gusta que me reten y si una tiene que casarse así como yo tengo que casarme con usted, es mejor que él no la rete a ella, porque si no...
- GÉRARD.— ¡Por favor!
- TRINI.— ¿Qué?
- GÉRARD.— ¿No nos podríamos quedar calladitos un momento?
- TRINI.— (*Riendo.*) Ah, es que yo soy habladora y como ceceo, se nota más. Fíjese que en el colegio, la Inés siempre me decía, y la Inés era muy amiga mía, ella me decía que debía ser terrible estar casado conmigo porque era tan habladora. Porque eeeeeeeeeeeeeeeee...
- GÉRARD.— ¡Es!
- TRINI.— Gracias. ¿Qué le estaba diciendo?
- GÉRARD.— No sé.
- TRINI.— Ah, sí, le estaba contando de la Inés... Ay, mejor que me ponga lo más lejos porque ese nombre me cuesta mucho pronunciarlo... ...
- GÉRARD.— Quédese calladita, ¿quiere?
- TRINI.— Bueno, aquí me voy a estar calladita, muy calladita. (*Después de algunos segundos.*) Ve

lo calladita que estoy. Es por usted, porque mi papá me dijo que tenía que ser muy dije con usted... Sí, sí, me voy a quedar calladita... (*En tono soplado.*) Ah, ya sé lo que voy a hacer... Voy a practicar mis ejercicios de ceceo... ¿Cómo eran?

Soy Susana

Y no Zenobia... (Gérard *se levanta y camina desesperado hacia la puerta.*) ¿Se va? Mire, si casi, casi puedo decirlo...

Soy Susana

Y... (Gérard *sale. Trini comienza a cantar con espíritu de venganza y sin cecear.*)

Soy Susana

Y no Zenobia

(*Pausa larga.*)

MILAGROS.— Trinicita... ¿Qué le pasa, mi hijita? ¿Dónde están los demás?

TRINI.— Ay, vieja! ¡No sé... !

MILAGROS.— ¿Qué?

TRINI.— No sé, no sé, no sé... (*Pausa.*)

MILAGROS.— En esos casos lo mejor es hacerlo.

TRINI.— ¿Qué?

MILAGROS.— Casarse, pues, mi hijita. Si espúes too se arregla. ¿O es que no lo quiere?

TRINI.— Sí.

MILAGROS.— Entonces...

TRINI.— Debería odiarlo.

MILAGROS.— No sea orgullosa, mi Trinicita. Si el amor es lo único que cuenta.

TRINI.— ¿Tú crees?

MILAGROS.— Claro que sí.

TRINI.— Sé que en mi vida algo ha pasado

Y que de pronto

Todo está claro, trazado

Es el amor, amor soñado

Nada me importa

Porque tan enamorada estoy. (*Con la última estrofa va saliendo y Milagros la sigue hablando.*)

MILAGROS.— Hay que ver con la niña... Qué sí, que no... Tanta historia, Dios mío... Y para qué, si va a salir casándose... Sí, sí, se los digo yo... Y más sabe el diablo por viejo que por diablo.

(*Han salido. Por el otro extremo entran Gérard y Grigorieva.*)

GÉRARD.— Porque estoy enamorado.

GRIGORIEVA.— ¿Enamorado? ¿Enamorado de esta muchacha?

GÉRARD.— No.

GRIGORIEVA.— ¿Y de quién entonces?

(*Durante esta escena se sigue escuchando la canción romántica.*)

GÉRARD.— De... me prometes que no te vas a reír... de Milagros. (Gérard *la mira. Ella no se ríe.*)

Tú... ¿tú sabes dónde está?

GRIGORIEVA.— ¿Te casarías con ella?

GÉRARD.— No he podido encontrarla.

GRIGORIEVA.— No me has contestado mi pregunta.

GÉRARD.— ¡No sé si me casaría con ella! Pero quiero verla. Grigi, por favor, tienes que decirme dónde está.

GRIGORIEVA.— Dime ¿serías capaz de abandonar todo esto por ella?

GÉRARD.— Sí.

GRIGORIEVA.— Y lanzarte a través del mundo en busca de un Milagro sin apellido.

GÉRARD.— Creo que sí. (Grigorieva *inicia mutis.*) ¿Adónde vas?... Grigi, no me dejes solo, Grigi... prométeme algo.

GRIGORIEVA.— ¿Qué?

GÉRARD.— Que no le cuentes a nadie en París lo que me pasó.

GRIGORIEVA.— ¿Que te enamoraste? ¿Y por qué no? ¿Te da vergüenza? No seas tonto. En el fondo, si pudiéramos aceptar eso, entregarnos a eso, no andaríamos haciendo locuras por el mundo ¿no te parece?

GÉRARD.— ¿Dónde vas? *(Pero Grigorieva ya ha desaparecido.)* Grigi... Grigi.

(Queda solo y comienza a silbar la canción romántica. Después de algunos segundos Trini le contesta desde adentro. Gérard se sorprende.)

GÉRARD.— Milagros... ¡Milagros...!

(Ella aparece.)

GÉRARD.— ¡Trini!...

TRINI.— *(Ceceando con bastante encanto.)* Dicen que cuando sucede algo por primera vez una puede formular un deseo.

(Cierra los ojos y murmura algo. Él se acerca y la besa. La canción romántica sube y ellos siguen cantando. Aparecen los demás y la canción crece, los envuelve y hace concluir la obra.)

TELÓN LENTO

LOS GÜENOS VERSOS

(1958)

(Vemos un grupo que avanza. Son siete personas reunidas en torno a un ataúd pequeño y pintado de blanco. Van a enterrar a un "angelito". Algunos traen cruces o coronas hechas de flores de papel plateado y caminan sin prisa, con algo de cansancio, como si ya hubiesen recorrido un trecho bastante largo. Son:

GUILLERMO.— El padre, un hombre de 35 años, fuerte, corpulento, con el rostro un poco hinchado del hombre que acostumbra a beber. Camina con los ojos cerrados, un poco indeciso. Se comprende que durante el velorio ha debido beber más de la cuenta.

LA MADRE.— 30 años, pero parece mayor. Es una mujer de mirada dura y tierna a la vez. Avanza agarrada del ataúd, tal si estuviera sosteniendo al niño en sus brazos.

EL ABUELO.— 60 años, disminuido, pálido y cansado. Mucho no le queda por vivir y se adivina que esos últimos años los pasará en un mundo suyo adonde los demás no llegan.

GUILLE.— Hijo de Guillermo, apenas un muchachito.

ONOFRE.— Un primo. Muy gordo y abúlico. Avanza con dificultad, comiendo, siempre. Tiene los bolsillos llenos de fruta y pedazos de pan que mordisquea sin cesar.

Una poco más atrás caminan Julia y Zoila. Julia es hermana de la madre, pero es muy distinta a ella. Viste mejor, lleva sombrero tal vez y todo indica que es una persona que ha prosperado. Zoila, en cambio, es una vecina, pobremente vestida.

Caminan un trecho en silencio y a lo lejos se escucha la voz del vendedor.)

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos,
a pesos los güenos versos,
pa'l casorio, pa'l finao,
son requetecontra encachados,
a peso los güenos versos...

GUILLE.— Oiga, tata, ¿falta mucho...?
(El abuelo no contesta.) Tata...
Oiga, tata.

GUILLERMO.— Quédate callado, Guille.

GUILLE.— ¿Falta mucho?

GUILLERMO.— Callado, chiquillo de moledera...
(Siguen caminando.)

GUILLE.— *(A Onofre, en voz baja.)* Oye, Onofre, ¿falta mucho?

ONOFRE.— ¿Qué?

GUILLE.— Chit!!..., que no nos oiga el papá. ¿Falta mucho?

ONOFRE.— *(La boca llena de comida.)* ¿Para qué?

GUILLE.— Para llegar, pues.

ONOFRE.— Claro que falta mucho. Que no ves que recién estamos en la Estación Alameda.

JULIA.— ¡Cuidado!

(La comitiva se detiene de golpe, dejan pasar un autobús.)

ZOILA.— ¡Ésa si que fue escapada! Un poco más...

JULIA.— Son estos choferes tan desconsiderados. Ven que vamos a atravesar y respetar un cortejo, porque un cortejo siempre se respeta, pero se lanzan... no más... Deberían tomarlos presos a todos.

ZOILA.— Lo mismo digo yo. Ni la muerte respetan... ¿Usted es pariente?

JULIA.— Hermana de Rosaura.

ZOILA.— ¡Pobrecita! Tanto que quería a este chiquillo... Yo soy vecina nomás.

JULIA.— Ah.

ZOILA.— Viera cómo lo cuidó. Qué no hizo la pobre... Cuando se le terminó la leche y el del camión no le quería vender, se iba a ese establo que hay en Nataniel, uno prohibido, y compraba leche a precio de oro. ¡Y con lo cara que está! Pero de nada le valió a la pobrecita...

JULIA.— De nada.

ZOILA.— ¿Usted es hermana de ella, ah?

JULIA.— Sí.

ZOILA.— Y yo que no la había visto nunca. Y eso que somos vecinas con la Rosaura..., bueno, ya va para los tres años.

JULIA.— No estaba aquí en Santiago.

ZOILA.— ¿Ah, no?

JULIA.— No.

(Siguen caminando, muy a lo lejos se escucha la voz del Vendedor.)

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos.

a peso los güenos versos...

ABUELO.— Estoy cansado. Estoy viejo. Tengo mucho sueño. No puedo seguir.

GUILLE.— ¿Qué dice, tata?

GUILLERMO.— Cállate, Guille, que no sabes que el viejo siempre habla solo.

ABUELO.— No puedo más, no puedo...

ZOILA.— ¿Y dónde vivía?

JULIA.— En Requínoa, soy profesora.

ZOILA.— Ah, profesora. ¡Esas sí que están bien pagadas!, ¿no?

JULIA.— Ganamos lo suficiente para vivir. Eso es, cuando no nos destinen a Santiago.

ZOILA.— Sí, pues, aquí todo está tan caro. Cada vez que uno va a comprar algo, ha subido. Y con los maridos que se lo pasan quejando, porque uno no les tiene de todo... ¡Qué terrible, no!

JULIA.— No sé, soy soltera.

ZOILA.— Ah. Por eso se la ve tan bien. Tan distinta a la Rosaura. Si no parece que fueran hermanas.

JULIA.— A Rosaura se le ocurrió casarse con... ése.

ZOILA.— Sí, pues, tan curado que le salió.

JULIA.— Curado y roto, que es lo peor. Nosotras no fuimos educadas así. Nosotras éramos mejor que eso.

ZOILA.— Claro, si se les nota.

GUILLERMO.— Vámonos por el medio de la Alameda.

ABUELO.— Allí parece que hay un banco... me voy a sentar.

GUILLERMO.— ¿Adónde va, Tata?

ABUELO.— Estoy cansado, tengo sueño...

GUILLERMO.— Quédese aquí y siga.

GUILLE.— Oye, Onofre, puchas que hace calor, ¿ah?

ONOFRE.— Qué no daría por un vasito de mote con huesillos. Un vaso grande, heladito, con el mote flotando adentro.

GUILLE.— Oye, dame un pedazo de pan.

ONOFRE.— No, no tengo.

GUILLE.— ¿Cómo? Si tienes los bolsillos llenos.

ONOFRE.— Sí, pero después me va a hacer falta, porque la tirá es larga hasta el Cementerio y mi tío no me va a dejar que compre.

GUILLE.— Tengo hambre.

ONOFRE.— Yo también.

(Entra el Vendedor. Ofrece versos y cancioneros.)

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos.

A peso los güenos versos... A peso, señor, a peso los versos. Tengo para todos... Mire, escuche éstos para el angelito...

GUILLERMO.— No queremos comprar nada.

VENDEDOR.— Pero óiganlos al menos.

GUILLERMO.— Ya, no nos moleste más.

VENDEDOR.— Muy triste y “apesarao”
vengo a cantarte, “angelito”,
pero ya estarás bendito
con Jesucristo a tu lao.
Hoí que te habías ausentao
sin saber cómo ni cuándo,
atravesaremos andando
esta ciudad que es el mundo,
y aunque sea de tumbo en tumbo
te hallaremos glorificado.

ZOILA.— ¡Qué bonito!

JULIA.— ¿Lo halla?

GUILLE.— Cómpremelos, papá.

GUILLERMO.— Cállate, Guille.

GUILLE.— (*Dándose vuelta hacia Zoila.*) ¿Por qué no los compra usted, señora Zoila?

ZOILA.— ¿Yo? Ni pensarlo... Con lo pobre que soy.

GUILLE.— Pero si valen un peso no más y esta mañana le ví ese billete de cien pesos en la chauchera.

ZOILA.— (*De inmediato abre su chauchera y revisa.*) ¡Yo cien pesos! (*Se tranquiliza al ver que el billete está todavía ahí.*) Debes haberlo soñado. (*Mientras el Vendedor sigue ofreciendo su mercancía tras el cortejo, la Madre se da vuelta para hacer callar a Guille. Hay enojo en su rostro, pero se domina y nada dice. Siguen caminando.*)

JULIA.— (*Rechazando al Vendedor.*) No..., no quiero. ¡Qué gente tan molesta! Yo no sé por qué también se les ocurrió venirse a pie. Una no está acostumbrada a estas cosas. Qué dirían los demás..., qué dirían...

ZOILA.— ¿Quiénes?

JULIA.— Cualquiera que nos viera... y nos conociera.

ABUELO.— Estoy muy sumamente... cansado...

JULIA.— Ése..., el padre de mi cuñado..., ha estado cansado toda la vida. Nunca ha hecho nada. Rosaura lo ha tenido como un zángano en la casa desde que se casó.

ZOILA.— Pero ahora ya está viejo.

JULIA.— Está viejo de dormir.

(*Poco a poco el cortejo ha ido desapareciendo y queda sólo el Vendedor.*)

VENDEDOR.— Un camino es cosa larga,
todos pueden caminar
con cuidado y sin prisa
hasta algo encontrar.
El camino eres tú mismo,
la ciudad adonde estás,
y si abres bien los ojos
nunca más te perderás.

Yo los vendo estos versos,
pero no quiero enseñar.
La verdad es una sola
y tú la debes encontrar.

(*Ha vuelto a aparecer el cortejo. Y el Vendedor se aleja pregonando.*)

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos..., a peso los güenos versos...

GUILLE.— Onofre...

ONOFRE.— Cállate.

GUILLE.— Es que quiero hablar.

¡Chitas que hace calor!

ONOFRE.— Yo tengo un hambre. Me comería todo ese arrollado que quedó de la fiesta de anoche.

- GUILLE.— Cuando volvamos te lo puedes comer.
- ONOFRE.— Ya se lo deben de haber comido los que quedaron ordenando.
- GUILLE.— ¡Qué fiesta que le hicieron!
- ONOFRE.— ¿A quién?
- GUILLE.— A ése...
- ONOFRE.— ¿A quién, pues?
- GUILLE.— A ése... (*Muestra el cajón.*)
- ONOFRE.— Y cómo no se la habían de hacer si se murió, pues.
- GUILLE.— A mí nunca me han hecho una fiesta así. A mí nunca me han regalado nada.
- ONOFRE.— Es que tú estás vivo.
- GUILLE.— Y por qué no le regalarán cosas a uno cuando está vivo.
- ONOFRE.— Quizás, pues.
- GUILLE.— Después para qué sirven.
- ONOFRE.— Para algo será si se las regalan... Y no te pongas tan preguntón, mira que me da más hambre cuando hablo... ¡Ay!, qué daría por un plato de... de ¿qué podría ser?
- GUILLE.— ¡Qué daría por que a mí me regalaran cosas! Por qué siempre a él y no a mí... La mamá siempre se preocupaba de él, de darle de comer, de cantarle, de... ¿sabes lo que hacía?, lo tomaba entre los brazos y le daba besos. A mí nunca me ha hecho eso.
- ONOFRE.— A lo mejor cuando eras chico te lo hacía.
- GUILLE.— A lo mejor. Pero no me acuerdo.
- ONOFRE.— ¿Tú no trajiste ni un solo pedacito de ese arrollado que quedó?
- GUILLE.— No, oye, Ono, ¿sabes una cosa?
- ONOFRE.— ¿Qué?
- GUILLE.— Cuando... cuando se..., bueno, anteayer, cuando... cuando supe, me puse muy contento...
- ONOFRE.— ¿Por qué?
- GUILLE.— Por... por nada.
- ONOFRE.— Quédate callado mejor. Mira que hasta escuchar me da hambre.
- ABUELO.— Estoy cansado.
- GUILLERMO.— Ya vamos a llegar, tata, quédese callado.
- JULIA.— ¡Ya vamos a llegar! Falta por lo menos una hora...
- ¡Qué ideas también por venirse a pie!
- GUILLERMO.— ¿Y en qué nos íbamos a venir? ¿En taxi?
- JULIA.— En lo que fuera. Si no hubieran gastado toda esa plata en la fiesta...
- GUILLERMO.— Métase en lo que le importa, doña. Y si no le gusta caminar, sálgase de la fila.
- ABUELO.— Yo quisiera sentarme un rato.
- GUILLERMO.— Tú sigues con nosotros.
- ZOILA.— En tasi habría salido muy caro. Yo no habría sido capaz de venir entonces.
- JULIA.— ¡Qué vergüenza! ¡Qué calor! Rosaura... (*Rosaura se da vuelta.*) Dile algo a tu marido, habla de una vez por todas... dile algo...
- (*Rosaura sólo la mira, se domina y nada dice.*)
- GUILLERMO.— Vamos a doblar por Brasil.
- ONOFRE.— No vaya a ser cosa que nos pare un paco y nos saque un parte.
- GUILLERMO.— ¿Por qué?
- ONOFRE.— No sé por qué; pero siempre sacan parte. Mejor será irse por una calle más tranquila.
- ZOILA.— ¡Un parte!
- GUILLERMO.— Nos iremos por Brasil. Y pobre del paco que se acerque.
- (*Están todos de frente, como si fueran a atravesar la Alameda. Hay un juego al entrecruzarse con los autos, unido a interjecciones que lanzan y con las cuales responden a los conductores que obviamente les gritan cosas. Por último, el cortejo empieza a avanzar por la Avenida Brasil.*)
- ONOFRE.— Miren, ahí viene de nuevo ese vendedor.
- VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos... Qué hubo, señorita, todavía no se decide a comprármelos... ¡Señorita! Tengo versos para todo, para el "angelito"... ah, ésos ya se los dije. Para el casorio, para un brindes...

GUILLE.— Oye, qué ancha es la Avenida Brasil, ¿ah?

VENDEDOR.— Tengo los para las penas y los para el alma...

siete son las amenazas;

Ser rabioso, goloso,

Envidioso, avaro,

Flojo, orgulloso, lujurioso.

Siete son las amenazas

Y en mis versos están todas,

Por si quieres escuchar

Con sus rimas y sin podas.

Yo los vendo estos versos,

pero no quiero enseñar.

La verdad es cosa propia

Y tú la debes encontrar.

GUILLERMO.— Déjenos de una vez tranquilos. Que si no...

VENDEDOR.— Está bien, está bien... (*Y se aleja..*) Los versos, los güenos versos... (*Pero no sale, permanece en un rincón, contemplando lo que sucede.*)

(*Siguen caminando.*)

GUILLE.— Oye, ¿qué es eso que se ve al fondo?

ONOFRE.— Ésa es la Plaza.

GUILLE.— ¿Qué plaza?

ONOFRE.— La Brasil, pues. ¡Chitas que tengo hambre!

GUILLE.— ¡Miren! Allí hay un fotógrafo... ¡Papá! ¡Papá!

GUILLERMO.— ¿Qué te pasa ahora?

GUILLE.— Allá hay un fotógrafo.

GUILLERMO.— ¿Y?

GUILLE.— ¿Qué no nos íbamos a sacar una fotografía?

GUILLERMO.— Después, cuando lleguemos al cementerio. Así la pueden desenrollar mientras lo enterramos.

ZOILA.— Señorita...

JULIA.— ¿Qué?

ZOILA.— ¿Usted cree que nos harán comprar la fotografía? Es decir, todos tendremos que comprarla. Yo ya tengo ganas de entierro; además no traje plata, y yo no puedo hacer esos gastos... ¿Usted cree que nos harán comprarla?

(*Una mujer ha aparecido en una esquina. Tiene la edad de Julia y se parece a ella. Se llama Leticia Campos.*)

LETICIA.— ¡Julia!

JULIA.— (*Palidece al verla, y rápidamente se separa del grupo.*) Leticia..., qué andas haciendo por estos lados.

LETICIA.— Voy al Ministerio a arreglar un asunto de mi traslado. ¿Y tú? Yo te creía en Requínoa.

JULIA.— No, niña, si tuve que venirme a Santiago porque se me murió un sobrino.

LETICIA.— No me digas.

JULIA.— Sí, un hijo de la Rosaura.

LETICIA.— Esa hermana tuya casada con el Industrial.

JULIA.— La misma.

LETICIA.— Y ahora vas a enterrarlo... ¿son éstos?

JULIA.— ¿Éstos? ¿Cuáles?

LETICIA.— Bueno, me pareció que ibas en ese cortejo.

JULIA.— ¡Cómo se te ocurre! Al niño lo entierran esta tarde. Sí, en la tarde. Sí, no pudieron conseguir la carroza con raso en la mañana. Ya estaba comprometida, y como mi hermana se fija tanto en esas cosas. Claro..., cuando una tiene situación.

LETICIA.— ¿Y qué andabas haciendo con ésos entonces?

JULIA.— ¿Con quiénes? Ah, ésos... Nada, los estaba mirando. Mira, yo también iba al Ministerio y al atravesar la calle me crucé con este cortejo. Los hallé tan pintoresco que me quedé mirándolos...

ZOILA.— Señorita...

JULIA.— ¿No encuentras que son muy típicos?

ZOILA.— No se quede atrás.

LETICIA.— Parece que te llaman.

JULIA.— ¿A mí? Y quién me iba a llamar... Te... te acompaño al Ministerio. Mira, por Agustinas sale mucho más cerca... Vamos... vamos...

(Julia toma a Leticia por el brazo, la empuja hacia fuera. Rosaura la mira partir. Hay ira en su rostro, pero nada dice.)

GUILLERMO.— Nos dejó tu hermanita...

VENDEDOR.— Siete son las amenazas.

Los versos, los güenos versos...

(Siguen caminando.)

GUILLE.— (Leyendo.) Te-a-tro Brasil... Hoy ver... ver... mouth y no... che... El be-so de la... Ah, chitas, no pude leer... El beso de qué sería... A él siempre le daban besos..., a mí nunca. Oye, Ono, a ti te han dado un beso. (Onofre no le contesta, tiene la boca llena de comida.) ¿Cómo será? A él siempre la mamá le daba todo... y anoche le hicieron una fiesta... Pero ahora está ahí adentro y no puede ver todo esto... No lo puede ver... (leyendo.) Ma-ña-na sensa-cio-nal... es-treno. La en-vi-dio-sa con... Mamá... mamá. (La madre se da vuelta hacia él.) ¿Por qué nunca me has dado un beso?

(La madre no contesta. Lo mira, esboza un gesto y calla.)

ABUELO.— Ay, qué ganas de echar un sueñecito... Allá hay unos bancos.

ONOFRE.— Mira, están vendiendo pirulines. ¡Qué ganas de comerme uno! Pero si gasto los cinco pesos, después no tendré con qué comprar un sámbuche a la salida del Cementerio y los sámbuches del Cementerio son... ay, se hace agua la boca. Oye, Guille, ¿estás seguro que no te queda un pedacito de arrollado?

ABUELO.— Tengo que sentarme un rato. Guillermo...

GUILLERMO.— ¿Qué?

ABUELO.— Tengo que echar un sueñecito.

GUILLERMO.— Pero si ya dormiste toda la noche.

ABUELO.— Pero es que estoy cansado.

GUILLERMO.— Bueno, si te quedas, te quedas. No te vamos a esperar.

ABUELO.— No importa.

GUILLERMO.— Y si después te pierdes tú sabrás, Tata... Tata, ¿adónde vas?

ABUELO.— (Se ha ido desprendiendo del grupo y camina como un sonámbulo, se va quedando rezagado.) Tengo que descansar... Y si no llego al Cementerio, qué le vamos a hacer. Ya el angelito se murió sin mí, yo estaba demasiado cansado y no me levanté cuando lo escuché gritar... No me levanté y la Rosaura me había dicho que lo cuidara... pero no lo cuidé... Y si se murió sin mí, también pueden enterrarlo sin...

(Ha ido desapareciendo, casi como un fantasma.)

GUILLERMO.— ¡Tata! ¡Tata! Vuelve, Tata... Bueno, otro que se nos va. Será una suerte si llegamos un par para enterrar al chiquillo.

VENDEDOR.— Siete son las amenazas:

ser rabioso, goloso,

envidioso, avaro

flojo...

(Siguen caminando.)

GUILLE.— Ah, yo vine acá una vez. Sí, sí, la mamá me trajo a ver al papá ahí.

ONOFRE.— Ésa es la cárcel.

GUILLERMO.— Cállate, Ono.

GUILLE.— Me acuerdo que compramos fruta en ese puesto. Dos manzanas compramos y un plátano, y entramos a ver al papá.

GUILLERMO.— Cállate, Guille.

GUILLE.— (*En voz muy baja a Onofre.*) Y cuando salimos, la mamá se puso a llorar y me... ¡me abrazó! (*En voz alta a la madre.*) Mamá, mamá ¿te acuerdas cuando me abrazaste? (*La madre lo mira y nada dice.*)

GUILLERMO.— Te vas a callar chiquillo de moledera, o te mando un hualetazo... Doblemos por aquí... ¡Cuidado, paco aturdido! Que no ves por donde andas... Claro, aquí te voy a estar esperando..., hasta que vuelvas... Vamos, apúrense... No vaya a ser cosa que a ese paco bruto se le ocurra volver... ¡Guille! ¿Adónde vas? Te dije que doblaras por esta calle.

ZOILA.— Mejor que tranquilicen a Guillermo, no vaya a ser cosa...

ONOFRE.— Mira, ésa es la estación. Ahí..., ahí en la puerta venden unos alfajores... Pero me voy a reservar para los sámbuches. (*Se escucha la sirena de un tren.*)

ZOILA.— Debe de estar llegando el tren

GUILLE.— ¿De dónde?

ZOILA.— Del Puerto, pues, hijito, de dónde va a ser. Todos los trenes que llegan acá vienen del Puerto.

GUILLE.— Allá donde está el mar.

ZOILA.— Allá.

GUILLE.— Yo no lo conozco.

ZOILA.— Es muy grande.

GUILLE.— Ah.

ZOILA.— Oiga, Onofre. ¿Usted cree que nos harán comprarla?

ONOFRE.— ¿Qué cosa?

ZOILA.— La fotografía.

ONOFRE.— A lo mejor... no sé... yo... Ay, ¿sienten... sienten ese olorcito? Son los pescados fritos. Allá, mira cómo los fríen... Chit... escucha, y huéleme ese olor... Ay, chitas que tengo hambre. Si parece que no hubiera comido nada desde una semana... Creo que no voy a poder resistir...

ZOILA.— No le vayan a hacer mal.

ONOFRE.— Qué me van a hacer mal. Lo que gusta no hace mal. Ay, miren cómo chorrean grasita... ¡Qué ricos deben estar!

ZOILA.— Y los venden muy caros, son unos salteadores por aquí.

ONOFRE.— Así será, pero no puedo resistirme. Tengo un hambre.

ZOILA.— Pero si no ha hecho más que comer desde que salimos.

ONOFRE.— Pero ésas eran mantentenpié, señora Zoila, y esos pescaditos...

GUILLE.— (*Al ver que se aleja del grupo.*) Ono, ¿adónde vas? Ono...

ONOFRE.— Adiós cabro. No le digas nada al tío. Chit... Y si llegas antes que yo a la casa, guárdame un poco de ese arrollado que quedó.

(*Sale.*)

VENDEDOR.— Siete son las amenazas:

ser rabioso, goloso...

Los versos, los güenos versos...

(*Siguen caminando.*)

ZOILA.— Oye, Guille, ¿tú andas con plata?

GUILLE.— ¿Para qué, señora Zoila?

ZOILA.— Es por si me hacen comprar la foto, para que me prestes.

GUILLE.— Pero si usted tenía esta mañana.

ZOILA.— ¿Cuándo?

(*Aparecen dos niños que están jugando a los trompos.*)

NIÑO 1.— ¡Guille!

GUILLE.— ¡Hola!

NIÑO 1.— ¿Qué andas haciendo por acá?

GUILLE.— Vamos a enterrar a mi hermano.

NIÑO 1.— ¿Al que no querías?

NIÑO 2.— ¿Ése que te sacaba tanta pica?

NIÑO 1.— Quédate a jugar con nosotros.

NIÑO 2.— Vamos, Guille...

GUILLE.— Cállate, que me podría escuchar el papá.

NIÑO 1.— Baja de una vez, por el puente es fácil, y... ¿trajiste el trompo?

GUILLE.— Lo tengo en el bolsillo.

NIÑO 2.— Ven entonces.

GUILLE.— Es que tengo que ir a enterrar a mi hermano.

NIÑO 2.— Pero si no lo querías, qué más te da.

NIÑO 1.— Le tenías envidia.

NIÑO 2.— Porque le daban todo a él y nada para ti. ¡Baja!

NIÑO 1.— No seas tonto, Guille.

GUILLE.— No, no puedo.

NIÑO 1.— Mira, tenemos hasta un peso de los antiguos, de los más grandes.

GUILLE.— ¿De esos de plata?

NIÑO 1.— De esos.

GUILLE.— ¿Y de dónde lo sacaron?

NIÑO 2.— El Petiso lo “encontró”. (Ríen.)

NIÑO 1.— Ya, ven a jugar.

GUILLE.— Pero quédense callados...

(Muy lentamente se desprende del grupo y baja a encontrarse con sus compañeros. El cortejo prosigue. Durante algunos segundos Guille lo mira alejarse. Luego toman los trompos y comienzan a anudar las cuerdas en torno. Los lanzan y uno golpea la moneda. Salta lejos.)

NIÑO 1.— ¡Ya la perdiste!

GUILLE.— ¿Dónde se habrá metido?

NIÑO 2.— Allá está.

GUILLE.— ¿Dónde?

NIÑO 2.— Allá.

NIÑO 1.— Si ésa es la luna que se cayó al río.

NIÑO 2.— Qué va a ser la luna, si es de día.

GUILLE.— ¡Chitas el cabro tonto! (Ríen, pero Guille de pronto calla.) Esto no lo puede ver él..., no puede jugar al trompo; pero a él lo besaban.

NIÑO 1.— ¿A quién?

NIÑO 2.— ¿Qué te pasa? ¿Qué te dieron mucho trago anoche?

GUILLE.— A mí una vez me dio un beso..., pero hace tanto tiempo...

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos,

a peso los güenos versos.

Siete son las amenazas:

ser rabioso, goloso,

envidioso...

(Los niños se alejan jugando al trompo. El cortejo prosigue.)

ZOILA.— ¿Por qué se va por Independencia, don Guillermo? Por La Paz se llega más luego.

GUILLERMO.— Por acá es más corto.

ZOILA.— ¡Qué va a ser más corto!

GUILLERMO.— Es más corto.

ZOILA.— (Para sí.) Lo que pasa es que éste quiere doblar por Santos Dumont y así pasar al Quitapenas. ¡No lo conoceré yo! Claro que a mí nadie me hace entrar. Miren que ir a gastar la plata.

GUILLERMO.— ¿Y dónde están los demás?

ZOILA.— ¿Quiénes?

GUILLERMO.— El Guille y Onofre,

ZOILA.— Hace rato que se quedaron atrás.

GUILLERMO.— ¿Por qué?

ZOILA.— Cómo voy a saber yo, pues.

GUILLERMO.— Y qué vamos a hacer con la fotografía... Cuando los pille...

ZOILA.— *(Para sí.)* La fotografía... eso quiere decir que nos tomaremos una fotografía los tres con el angelito y me obligarán a comprar una a mí. Más bien que yo también me vaya quedando..., sí, más bien. Por aquí me voy a ir haciendo la lesa..., porque una foto debe costar por lo menos cien pesos y...

(Poco a poco ha ido desapareciendo.)

VENDEDOR.— Siete son las amenazas:

ser rabioso, goloso;

envidioso, avaro...

(Ya sólo quedan Guillermo y la Madre.)

GUILLERMO.— ¡Qué calor hace! Menos mal que queda poco... Y este "angelito" está cada vez más pesado... Claro, como se han ido todos... Tu hijo, pues. No dices nada. No sabes sino quedarte callada como una muda... ¡Qué calor! Parece que uno nunca fuera a llegar a ese famoso cementerio... De buenas ganas me tomaría un trago, para las fuerzas, nada más que para las fuerzas... ¡Ah, qué me dices? Nada, ¿no es cierto? Ni una palabra, nada... No creas que me vas a impresionar... *(Silencio.)* Aquí era donde estaba la Escuela de Medicina antes, pero se quemó... Por aquí doblamos... ¡Cuidado con el carro! Mira dónde caminas... ¡Ah, qué no daría por un trago!

(Se escuchan risas, gritos y música. Aparecen dos mujeres y un letrero que dice "Quitapenas". Las mujeres están vestidas con trajes negros brillantes y delantales blancos. Tienen en las manos trapos para limpiar, también blancos.)

MUJER 1.— Pase a quitarse la pena, caballero.

MUJER 2.— Un traguito antes de seguir.

GUILLERMO.— No puedo, ya es tarde y me van a cerrar el Cementerio.

MUJER 1.— Si todavía no lo cierran. Un traguito no más.

GUILLERMO.— Después vuelvo.

MUJER 2.— Después viene de nuevo, pues.

GUILLERMO.— No, no puedo. Nos han dejado solos.

MUJER 1.— ¿Quiénes?

GUILLERMO.— Los otros, los que nos acompañaban.

MUJER 2.— Tendrían calor, pues. Hace retanta calor. Pase a refrescarse un poquito. Aquí hay de todo.

GUILLERMO.— Claro que no me vendría mal un traguito.

MUJER 1.— Entonces qué espera.

GUILLERMO.— ¿Y creen que no me cerrarán el Cementerio?

MUJER 2.— No, si siempre está abierto. Pase no más, caballero. Acaba de llegar una chicha que está como la pidan.

GUILLERMO.— Bueno... pero una nomás.

MUJER 1.— Claro que sí, una y después vuelve, ¿ah?

MUJER 2.— Después lo vamos a estar esperando de nuevo.

MUJER 1.— Atrévase, pase por acá.

MUJER 2.— Mire, cómo se le enciende la mirada.

MUJER 1.— ¡Hay que verlo!

MUJER 2.— Miren el lujurioso... *(Ríen.)*

(Se acerca a las mujeres y una de ellas le pasa un vaso lleno de chicha.)

MUJER 1.— Aquí lo tiene.

GUILLERMO.— Gracias.

MUJER 2.— Pero brindenos primero, no sea malcriado.

GUILLERMO.— Brindo... Brindo...

¡Brindo!, dijo un hortelano,

por las flores del jardín:
nardo, azucena y jazmín
son anillos de mis manos.
Por un clavel soberano,
una dalia, una mosqueta,
pensamientos y violetas
son las flores más bonitas;
le brindo a la señorita
de rosas una maceta.

MUJER 2.— (*Riendo.*) Mírenlo, hasta poeta nos salió.

MUJER 1.— Vamos para adentro, que adentro hay más trago.

MUJER 2.— Sí, vamos, vamos... (*Se lo llevan.*)

(Las mujeres lo enlazan y entre gritos, risas y música, salen. La Madre queda sola con el ataúd. Se produce un gran silencio. Deja el ataúd sobre el suelo y se encucilla junto a él. Después de un tiempo habla.)

LA MADRE.— Nos han dejado solos, mi amor... sí, nos han dejado solos, tú y yo, y tendremos que seguir solos hasta el Cementerio. Pero no... no voy a perder la calma, no me voy a enojar. Te lo prometo. Ya no me enoja, ¿te has dado cuenta? Tú me enseñaste eso. Lo aprendí de ti, o más bien, lo aprendí cuando empecé a querer, cuando por primera vez sentí el amor... A lo mejor por eso se han ido los otros; nadie es capaz de querer y sin amor no se puede vencer nada, no se puede ser... Sí, sí, mi niño, nos han dejado solos. No hay nadie y no creo que nadie vuelva y seguiremos solos hasta el Cementerio, tal cual empezamos, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas esa noche que Guillermo me tomó en sus brazos y te dejó dentro de mí? ¿Te acuerdas lo sola que yo estaba? Y esa tarde cuando iba al pan y te sentí por primera vez, ahí también estaba sola... pero sola contigo, porque ya había empezado a quererte. Nunca antes había amado a nadie, a nada. Algo me impedía hacerlo, una especie de rabia, de amarra que me detenía dentro de mí misma y me impedía darme... Pero tú llegaste a mí, tú estuviste dentro de mí y me enseñaste a ser yo misma. ¿Por qué? Porque permitiste que te quisiera. Fue como si una esclusa se hubiera abierto y me sentí derramada en amor, yendo hacia los demás, entregándome... Tú habías obrado el milagro, y el milagro estaba dentro de mí. Pero siempre me sentí sola, sola contigo, como cuando sentí el primer dolor y no había nadie. En el carro, junté los brazos sobre ti, sobre eso que quería nacer, y apenas pude pagarle al cobrador. Tenía miedo, miedo de perderde de pronto, porque yo sabía que tú eras lo único verdaderamente mío, lo que me había enseñado a querer. Tal vez los demás no lo sepan, mi amor, tal vez no sepan que el amor es lo único que los puede salvar. Yo tampoco lo sabía y tuve todas las culpas. No quise darme y Guillermo empezó a tomar, no sabía darme y Guille creció sin amor y... todo eso porque no sabía querer. Pero una puede aprenderlo, ¿no es cierto, mi amor? Y quizás hacérselo sentir a los otros, y que ellos también aprendan y sepan... Algo ha quedado dentro de mí, aunque tú ya no estés; algo como la sombra de una semilla permanece en mí desde aquel día en que me abrí con el más profundo amor para que tú respiraras. Ahora ya ni siquiera estás aquí, mi niño, mi cosa chica; pero yo no estoy sola... Sí, sí, te llevaré allá. Y volveré después, volveré a buscar a los demás, porque tú me has enseñado que el querer es el único camino y pienso darles mi amor... Sí, muy suavemente te llevaré, a lo mejor duermes y no quiero despertarte. Sí, sí, mi guagüita, muy suavemente... así... así... (*Alza el ataúd y lo mece suavemente, como quien lo haría con un niño y canta.*) A la rrupata, que viene la vaca...

(Y cantando muy suavemente se aleja con el ataúd. La escena queda sola por algunos segundos.)

VENDEDOR.— (*Con voz muy suave.*) Siete son las amenazas... siete eran... los versos, los güenos versos...

(Entra Guille con Niño 1 y Niño 2.)

GUILLE.— Oiga, señor, ¿usted ha visto a los demás?

VENDEDOR.— ¿A quiénes?

GUILLE.— A los que venían conmigo.

NIÑO 1.— Ya, pues, Guille, sigamos jugando.

NIÑO 2.— ¡Güen dar con el cabro... ¡Vamos a jugar, ho!

GUILLE.— No. Tengo que encontrarla. (*Al Vendedor.*) ¿Por dónde se fueron?

VENDEDOR.— Por allá.

GUILLE.— (*Mirando.*) Pero... va sola.

VENDEDOR.— Sí.

GUILLE.— ¿Mi mamá?

VENDEDOR.— Sí.

GUILLE.— Es con ella que tengo que hablar. Ella sabe algo que yo tengo que aprender. (*Sale corriendo.*) Muchas gracias.

NIÑO 1.— Oye, Guille...

NIÑO 2.— ¡Chitas que es desconsiderado! Todo porque le estábamos ganando.

NIÑO 1.— Yo no sé qué le dio, ¿Te acuerdas que de repente dijo “A lo mejor me equivoqué”? “A lo mejor ya no le tengo pica y me he estado convenciendo de que le tengo...”.

VENDEDOR.— ¿Qué más dijo?

NIÑO 2.— “A lo mejor uno puede cambiar”... Y ahí fue cuando se disparó.

NIÑO 1.— No, no. Si también dijo otra cosa; dijo: “A lo mejor ahora también me va a dar un beso a mf” ¡Chitas que está raro el Guille! ¿Tú entiendes algo?

NIÑO 2.— Ni jota.

VENDEDOR.— Los versos, los güenos versos...

NIÑO 1.— ¿Qué es lo que vende, oiga?

VENDEDOR.— Versos.

NIÑO 2.— ¿Se come? (*Los dos ríen.*)

VENDEDOR.— No, no se come. ¿Quieren comprar?

NIÑO 1.— No tenemos plata.

NIÑO 2.— A menos que nos aceptara este peso. Es de los antiguos. ¿Cuánto valen los versos?

VENDEDOR.— Un peso.

NIÑO 2.— Pero éste es de los antiguos, vale por dos.

VENDEDOR.— Entonces, pueden comprar dos.

(*Les pasa una hoja a cada uno y recibe la moneda.*)

NIÑO 1.— ¿Y qué se hace con esto?

VENDEDOR.— Se leen...

NIÑO 2.— Es que nosotros no sabemos. ¿Qué es lo que dice?

VENDEDOR.— Dice:

Un camino es cosa larga,
todos pueden caminar
con cuidado y sin prisa
hasta algo encontrar.

El camino eres tú mismo,
la ciudad adonde estás,
y si abres bien los ojos
nunca más te perderás.

Yo los vendo estos versos,
pero no quiero enseñar.
La verdad es una sola
y tú la debes encontrar.

(*Los niños permanecen con las hojas entre las manos mientras el Vendedor se aleja pregonando.*)

VENDEDOR.— “Los versos, los güenos versos...”

SIGUE LA ESTRELLA

(1958)

Personajes:

HOMBRE I

HOMBRE II

HOMBRE III

JUANA

ANGÉLICA

PERICO

OLIVERIO

(Vemos a tres hombres. Son músicos ambulantes. Van muy mal trajeados.

Hombre I es el mayor de los tres. Lleva un inmenso tambor a la espalda, coronado por platillos que acciona por medio de un hilo que va amarrado a uno de sus pies. En las manos lleva palillos con los cuales golpea el tambor. Es lo que podría llamarse un hombre orquesta.

Hombre II es más joven. Lleva colgada del cuello una caja llena de cancioneros. Y en sus manos lleva un triángulo del cual arranca notas agudas, y casi independientes de las melodías que los otros interpretan.

Hombre III es alto, delgado, moreno. En él se descubre algo tropical, o por lo menos algo diferente a los demás. Lleva cascabeles en torno a los tobillos y en sus manos sujeta dos calabazas que le sirven de matracas. Se mueve en forma felina. Es el que posee mayor sentido del ritmo. Están cantando y bailando.)

LOS TRES.— En tierra de Judá
Está el Guiador,
Me han dicho con amor
Y ésa es la verdá.

En tierra de Judá,
Allá en el Belén,
Podrás decir amén
A toda esta maldá.

En tierra de Judá
Lo iremos a buscar;
Lo habremos de encontrar
Con esta gran piedá.

(Apenas han terminado la canción el Hombre II y el Hombre III recogen limosna con una pandereta.)

HOMBRE III.— Un pesito pa'la música... Un pesito, señorita... Un pesito, caballero.

HOMBRE II.— *(Al unísono.)* ¡Para la música!... ¡Para los músicos! ¡Algo para alegrarle el alma a los músicos!

(Pero los pocos espectadores que parecía haber se retiran sin dar nada. Se acercan al Hombre I, que es está sacando sus aderezos.)

HOMBRE I.— ¿Y?

HOMBRE II.— Nada.

HOMBRE I.— *(Al Hombre III.)* ¿Y tú? *(El Hombre III se encoge de hombros.)*

HOMBRE II.— Ni siquiera gracias, ni una sonrisa. Allá atrás, en el otro caserío, por lo menos una chiquilla me guiñó el ojo.

HOMBRE I.— Algo nos está pasando. Yo no sé qué, pero algo nos está pasando.

HOMBRE III.— Quizá si le agregáramos algo al número.

HOMBRE I.— ¿Qué?

HOMBRE III.— Baile, por ejemplo. Yo podría bailar.

HOMBRE I.— Éste es un conjunto musical y no bailarín.

HOMBRE III.— Pero es que...

HOMBRE I.— Yo soy el que manda.

HOMBRE III.— Está bien, pues. No se enoje.

HOMBRE II.— A lo mejor éste tiene razón. (*Señala al Hombre III.*) No... no es en lo de ponerse al bailar. Si no lo hacíamos antes.

HOMBRE I.— ¿El espectáculo es magia?

HOMBRE II.— ¡Claro! (*Como si leyera un letrero.*) "El Gran Mago".

HOMBRE III.— Y sus ayudantes...

HOMBRE II.— (*Haciendo una reverencia.*) Aprendiz primero...

HOMBRE III.— (*Mismo juego.*) Aprendiz segundo...

HOMBRE II.— Podríamos poner al día algunos de los trucos. El del saco, por ejemplo. ¿Se acuerda?

(*A medida que habla, realiza los gestos que detalla sobre el cuerpo del Hombre III, quien lo contempla con bastante miedo.*) Este hombre, este aprendiz de mago, ya que el único mago verdadero es el Gran Mago... (*Señala al Hombre I.*) Este hombre va a ser amarrado con cadenas y cada cadena sellada con un candado que el distinguido público puede revisar... Una cadena por aquí. (*Alrededor del cuello.*) Otra por acá... (*Anudándole las manos.*) Y una tercera... Y luego un pañuelo sobre los ojos, así él mismo ni presenciara este espectáculo sangriento... ¡Y un saco! Aquí está... Y ahora, amarrado, indefenso y solo... Un minuto de silencio para que el Gran Mago se concentre... Y ahora el Gran Mago procederá a atravesarlo con espadas cuyo filo el distinguido público puede pasar a...

HOMBRE III.— ¡Ah! No. No, no, no. Yo no me presto para eso. Ya no tiene el pulso tan seguro...

HOMBRE I.— Lo tengo tan seguro como antes. Podría atravesarte una espada entre el cuerpo y el brazo sin siquiera tocarte.

HOMBRE II.— ¡Claro que sí!

HOMBRE I.— Pero no...

HOMBRE II.— No, ¿qué?

HOMBRE I.— Al público ya no le interesa la magia. Se cansó de ver magos y prestidigitadores. Se aburren. No creen. Dicen que son mentiras.

HOMBRE II.— ¡Como si eso importara!

HOMBRE I.— Es lo que digo. Pero la gente hoy día no quiere creer en nada.

HOMBRE III.— ¡Chit! No lo vaya a oír alguien.

HOMBRE I.— ¿Quien me va a oír en este pueblo que parece cementerio? Lo mejor será que recojamos las pilchas y sigamos.

HOMBRE III.— Vamos para el Norte mejor. Allá hace más calor.

HOMBRE I.— ¿Que siempre te sientes mal?

HOMBRE III.— No muy bien.

HOMBRE II.— ¿Y cuánta plata nos queda?

HOMBRE III.— Ayer nos quedaban doscientos.

HOMBRE II.— Y el año pasado tres mil. ¿Pero ahora?

HOMBRE III.— Réstale doscientos que gastamos en almorzar.

HOMBRE I.— Y tienes una cifra redonda: cero. Ayúdame a cargar el tambor. (*Mientras el Hombre II lo ayuda, el Hombre III se aleja a buscar sus cascabeles y se detiene a mirar el cielo.*) ¡Cuidado con los platillos! Acuérdate que son de oro.

HOMBRE II.— ¿De oro?

HOMBRE I.— Claro, pues, eran de mi bisabuelo y en ese tiempo todas las cosas amarillas eran de oro.

HOMBRE II.— Así que cortamos hacia el Norte...

HOMBRE III.— (*De pronto.*) ¡Miren!

HOMBRE I.— Supongo que para el Norte será mejor. Y además ése no está bien...

HOMBRE II.— Pero acuérdate que el año pasado...

HOMBRE III.— (*Interrumpiendo.*) ¡Vengan! ¡Vengan a ver!

HOMBRE I.— ¿No te decía que no estaba bien?

HOMBRE II.— Son estos fríos. No está acostumbrado.

HOMBRE III.— ¡Pero vengan! Miren... allá... ¿La ven?

HOMBRE II.— (*Sin mirar.*) ¿Qué cosa?

HOMBRE III.— Esa estrella. Allá... hacia la izquierda... no la derecha...

HOMBRE I.— Yo te decía que era mejor no meterse con estos tropicales.

HOMBRE II.— Lo único que nos falta es que se nos ponga raro.

HOMBRE III.— ¿La ven?

HOMBRE II.— (*Acercándose a él.*) Sí, sí. Pero vamos andando...

HOMBRE III.— ¡Mírala!

HOMBRE II.— (*Levanta la vista distraídamente.*) El cielo está lleno de estr... (*Pero no alcanza a terminar su frase. Con voz ahogada llama a su compañero y hace gestos con la mano.*)
Venga, venga a ver...

HOMBRE I.— ¿Qué pasa?

HOMBRE III.— Acérquese... venga a ver...

HOMBRE I.— Pero es que...

HOMBRE II.— Venga.

(*A regañadientes se acerca y mira. También se inmoviliza. Durante algunos segundos los tres permanecen paralizados, mirando.*)

HOMBRE III.— (*Rompiendo el silencio.*) ¿No les decía yo?

HOMBRE I.— ¿Tú crees que será?

HOMBRE II.— ¿Qué cosa?

HOMBRE I.— Estrella.

HOMBRE II.— ¿Y qué si no?

HOMBRE I.— ¿Qué sé yo, pues?...

HOMBRE III.— Es una estrella. Tiene forma de estrella. Brilla como una estrella. Alumbra como estrella. Tiene que ser estrella.

HOMBRE I.— Pero es tan regrandaza, y brilla más que una estrella y... (*La voz se le ahoga en la garganta.*)

HOMBRE II.— ...se mueve.

(*Nuevamente permanecen inmovilizados.*)

HOMBRE III.— ¡Tenemos que seguirla!

HOMBRE I.— ¿Por qué?

HOMBRE II.— Porque cuando una estrella se mueve hay que seguirla.

HOMBRE I.— A lo mejor.

HOMBRE II.— ¡Sigámosla entonces! (*Al Hombre III.*) Recoge tus cosas y sigámosla.

HOMBRE I.— Espera... Mira hacia dónde se mueve. Va hacia allá y no hacia el Norte.

HOMBRE II.— ¿Y qué?

HOMBRE I.— Habíamos quedado de ir al Norte.

HOMBRE III.— ¡Yo estoy listo!

HOMBRE I.— Hacia allá están las montañas.

HOMBRE III.— Claro, vamos a las montañas.

HOMBRE I.— Pero tú mismo querías ir al Norte, a donde hiciera calor. En las montañas hace frío.
Y no hay pueblo, no hay gente. Nos moriremos de hambre.

HOMBRE III.— Algo hay que perder.

HOMBRE II.— Claro, cuando uno quiere ganar algo, hay que perder algo.

HOMBRE I.— Pero, ¿qué es lo que vamos a ganar?

HOMBRE II.— Vamos a seguir la estrella.

HOMBRE I.— ¿Y?

HOMBRE II.— Y en el camino lo descubriremos.

HOMBRE I.— ¿Qué cosa?

HOMBRE II.— Lo que vamos a ganar.

HOMBRE III.— Ya, pues vamos, mire que ya apenas se divisa.

HOMBRE II.— ¡Vamos!

HOMBRE I.— Bueno, vamos. Pero apenas empiece a morirme de hambre, me vuelvo.

HOMBRE III.— Por aquí... por aquí hay un caminito...

(*Los tres echan a caminar y la canción se enhebra.*)

LOS TRES.— (*Desapareciendo.*) En tierra de Judá

Está el Guiador,

Me han dicho... etc.

(*La canción se pierde. Los tres vuelven a aparecer por otro extremo. Parecen muy cansados.*)

Avanzan a duras penas.)

HOMBRE III.— Ya no doy más...

HOMBRE II.— Yo tampoco...

HOMBRE III.— Parece que hiciera años que andamos caminando.

HOMBRE II.— Y tanta sed que tengo.

HOMBRE III.— Tanta hambre.

HOMBRE II.— ¿No podríamos?...

HOMBRE I.— (*Cortándole la frase.*) No, hay que seguir. Yo también tengo sed y hambre; pero hay que seguir. Un poco de ánimo. Ya vamos a encontrar... ¡Ánimo! (*Empieza a cantar.*) En tierra de

Judá... (*El Hombre III trata de seguirlo. Pero no puede. El Hombre II ni siquiera lo intenta.*)

(*Por la izquierda aparece Juana Buey. Trae un canasto cubierto con una servilleta. Cruza sin verlos.*)

HOMBRE II.— ¡Miren! Oiga... oiga, señorita. (*Juana se detiene asustada.*) Señorita...

HOMBRE I.— Por favor, señorita, no se asuste.

HOMBRE III.— ¿Qué es lo que tiene en ese canasto?

JUANA.— Ná.

HOMBRE I.— Déjenme hablarle a mí. (*Se acerca a Juana.*) Buenas tardes, señorita.

JUANA.— Güenas.

HOMBRE I.— ¿Éste es el camino que lleva al pueblo?

JUANA.— ¿A cuál pueblo?

HOMBRE I.— Al suyo.

JUANA.— Yo no soy ná de pueblo, soy de fundo.

HOMBRE I.— Ah, ¿y queda muy lejos?

JUANA.— ¿Qué cosa?

HOMBRE I.— El fundo.

JUANA.— No, a la vueltecita de la loma, nomás. Mire, no tiene más que seguir derecho, y después dobla, después sigue derecho y dobla de nuevo y ahí...

HOMBRE I.— ¿Ahí está el fundo?

JUANA.— No. Ahí tiene que seguir derecho de nuevo. Y entonces, sí que están las casas.

(*Mientras habla el Hombre II y el Hombre III tratan de husmear lo que lleva adentro del canasto. El Hombre I los sorprende.*)

HOMBRE I.— ¡Quédense quietos! Tiene que perdonarlos, señorita, traemos mucha hambre.

JUANA.— ¡Ay, qué lástima que no les puea dar ná! Estas cosas son para el “piquis-niquis”.

HOMBRE I.— Ah.

JUANA.— Voy pa'l tranque. Los patrones y los niños van a hacer un “piquis- niquis” al tranque y me mandaron antes con las cosas, porque no cabían en el coche.

HOMBRE III.— ¿Y no nos podría dar algo, aunque más no fuera que un pedazo de pan?

JUANA.— No traje pan. Está tóo hecho sámbuche.

HOMBRE II.— ¿O un trago de agua?

JUANA.— Tampoco hay agua. Pa' los “piquis-niquis” los patrones toman aloja. Pero la traen en el coche, porque dijeron que yo podía quebrar las botellas. ¿Ustedes son músicos?

HOMBRE I.— Artistas.

HOMBRE II.— ¿Le gustaría escuchar algo? O comprar un cancionero. Tengo todos los nuevos, con la letra de las canciones modernas.

JUANA.— Yo siempre me las apriendo de memoria. Como no sé ná leer...

HOMBRE III.— (*Husmeando siempre el canasto.*) ¿Por qué no se sienta con nosotros un rato a lo menos?

JUANA.— Mire, mal no me vendría, porque vengo más cansá que... que...

HOMBRE II.— (*Mientras le arrebató el canasto y el Hombre III le ayuda a acomodarse en el tambor que el Hombre I ha dejado en el suelo.*) ¡Que un buey!

JUANA.— ¡Bah!... ¿Y cómo lo adivinó?

HOMBRE II.— ¿Qué cosa?

JUANA.— Que me llamo así.

HOMBRE II.— ¿Cómo?

JUANA.— Buey.

LOS TRES.— ¡Buey!

JUANA.— Güeno, lo cierto es que me llamo Juana Buey. Me viene de mi apá. El se llamaba Arístides Espinoza. Pero el patrón le puso "Buey" y a mi naiden me llama Juana Espinoza. Toitos me icen Juana Buey.

HOMBRE III.— ¿Y no le importa?

JUANA.— ¿Y por qué me habría de importar, pues, si era el nombre de mi apá? Y la patrona ice... ¿Cómo es que ice?... ice que lo llevo con soltura, porque soy tan quedá como mi apá. ¿Y ustedes andan trabajando?

HOMBRE I.— Andamos siguiendo algo.

JUANA.— (*Con desconfianza.*) Ah.

HOMBRE II.— Andamos a la siga de una estrella.

JUANA.— (*Con más desconfianza.*) Ah.

HOMBRE III.— ¿Usted cree que se enojaría mucho su patrona si me como uno de estos huevos?

JUANA.— Ay, no sé. Claro que están contaítos, porque la patrona es muy fijá. Claro que uno... Le podría decir que se me calló del canasto, ¿no le parece?

HOMBRE III.— (*Partiendo el huevo y empezando a comer.*) Sí, me parece.

JUANA.— (*Al Hombre II.*) Yo nunca hey seguido estrellas. La verdá es que nunca hey seguido na, salvo cuando la patrona me manda perseguir las gallinas que se lo pasan yendo del gallinero. Pero más mejor que no me dé a la conversa, porque soy habladoraza y se me puee pasar la hora y si no estoy en el tranque cuando lleguen los patrones...

HOMBRE II.— (*Interrumpiéndola.*) ¿Y no cree que le puede decir que se le han caído dos huevos en vez de uno?

JUANA.— (*Con susto.*) ¿De ónde?

HOMBRE I.— Del canasto.

JUANA.— Ah, güeno... total, comáselo no más. La castellana está ponedoraza. (*Al Hombre I mientras el Hombre II come su huevo.*) ¿Y adónde van con esa custión?

HOMBRE I.— La vamos siguiendo.

JUANA.— Ah...

HOMBRE I.— ¿Usted no cree que...?

JUANA.— ¿Que le podría decir que se me cayeron tres huevos?

HOMBRE I.— No, iba a proponerle otra cosa. ¿Por qué no le dice que se le cayó el canasto entero?

JUANA.— Me mata, pues.

HOMBRE I.— Es que a lo mejor no tiene por qué decírselo.

JUANA.— Ah, mire la gracia, como que no me fuera a ver...

HOMBRE I.— Es que a lo mejor no la verá.

JUANA.— ¿Cómo?

HOMBRE I.— Véngase con nosotros.

JUANA.— ¿A la siga del astro? (*Él asiente.*) Pero si ni siquiera sé aonde van.

HOMBRE III.— (*La boca llena de comida.*) Nosotros tampoco.

HOMBRE II.— Pero a alguna parte nos lleva.

JUANA.— Ay... tentá estoy, pero... ¿pero qué me iría la patrona? Siempre hey hecho lo que ella me ice que haga.

HOMBRE III.— Véngase de una vez y olvídense de su patrona.

JUANA.— Es que allá tengo casa y comía, pues. (*Piensa durante algunos segundos. Los mira.*) ¿Con ustedes tendría casa y comía? (*No contestan.*) Ya ven, pues. Allá en el fundo tengo casa y comía.

HOMBRE I.— Algo hay que perder cuando se quiere ganar algo.

(*Todos lo miran.*)

JUANA.— ¿Y qué es lo que va a ganar?

HOMBRE III.— Eso lo sabremos después.

JUANA.— ¡Estoy bastante tentá de irme, no crea que no!

HOMBRE III.— ¡Véngase entonces!

JUANA.— Ganas no me faltan.

HOMBRE II.— ¿Y qué espera?

JUANA.— Sí, pues, qué es lo que espero...

HOMBRE III.— ¡Anímesse!

HOMBRE I.— ¿Y?

JUANA.— (*Los mira durante un segundo y luego asiente.*) Güeno, pero con la condición...

HOMBRE II.— ¡Nada de condiciones! (*Le arrebató el canasto.*)

HOMBRE I.— Y vamos a celebrarlo allá, a la sombra de ese espino.

HOMBRE III.— Sí, vamos.

HOMBRE I.— Y de pasada le enseñaremos una canción que dice así: En tierra de Judá... etc.

(*Empieza a entonar y los demás lo siguen, salen todos con gran algazara. Durante algunos segundos se escucha la canción entre risas y gritos. Luego las voces se van apagando. Un segundo de silencio y la voz de Juana titubeante al comienzo y luego más segura, que entona la canción.*)

JUANA.— (*Entrando con el canasto vacío entre las manos.*) En tierra de Judá...

HOMBRE II.— (*Aparece en compañía de los otros dos.*) Ya casi la sabe. Haga un esfuerzo... un último esfuerzo...

HOMBRE III.— ¡Nunca había comido un pollo más rico!

JUANA.— De los huevos de la castellana, pues. ¡Ay! (*Se inmoviliza.*) ¿Qué irá a icir la patrona?

HOMBRE I.— Nada, ya que no la va a volver a divisar.

JUANA.— Tiene razón. ¡Me siento tan bien! ¡Si hasta pueo cantar! Allá, en las casas, los chiquillos me perseguían gritándome: “¡Juana Buey... Juana Buey... cantas como Buey!” Es verso, ¿sabe? ¡Si me escucharán ahora! (*De pronto irrumpe.*) En tierra de Judá...

HOMBRE I.— Ya luego nos vamos a tener que ir yendo.

HOMBRE III.— ¿No le queda más en el canasto?

JUANA.— A ver... (*Busca.*) No, nada más. Nada más que una goma.

HOMBRE II.— ¿Qué goma?

JUANA.— Una que sale en el tronco de los árboles que hay allá en la casa. Es rebuena pa curar herías, yo siempre la traigo a los “piquis-niquis”, porque más de un chiquillo se acrimina... Mire, se calienta hasta que se pone como agua y se lo echa encima del tajo y de las cuestiones...

HOMBRE III.— Ah... mirra.

JUANA.— ¿Qué?

HOMBRE III.— Eso es mirra.

HOMBRE II.— ¿Y qué es eso?

HOMBRE III.— Es goma. Así es como le dicen allá en mi tierra.

JUANA.— Ah. Güeno, guardémosla entonces. ¡Pero de veras que ya no voy a ir al “piquis-niquis”!

Y ustedes no son chiquillos para andarse acriminando... (*Va a arrojarla lejos.*)

HOMBRE III.— No, no la bote. Démela a mí.

JUANA.— ¿Pa qué? (*Se la pasa con extrañeza.*)

HOMBRE I.— (*Que ha estado mirando el cielo.*) ¡Allá se le ve!... (*Todos corren y la miran.*)

JUANA.— ¡Ese es el lucero! Hay que pedirle algo.

(*Mientras los cuatro personajes miran las estrellas, una muchacha irrumpe. Viene vestida de*

ángel, con alas; pero su traje está desgarrado y sucio. Viene huyendo de algo y, al ver a los demás, se asusta y trata de escapar. Pero el Hombre II la agarra por una mano. Ella trata de arrancar. Los otros la rodean tal cual si fueran los barrotes de una jaula donde este pájaro ha caído preso.)

HOMBRE II.— ¿Adónde vas?

HOMBRE I.— ¿Qué te pasa?

HOMBRE III.— ¿Tienes miedo?

(Ella los mira y nada dice.)

JUANA.— (Acercándose a ella.) ¿Qué le pasa, m'hijita? ¿Qué le han hecho?

(Al verla. Angélica se lanza entre sus brazos sollozando.)

HOMBRE II.— ¿Te podemos ayudar en algo?

JUANA.— Llore nomás, mi pajarito. Desahóguese cuanto quiera. Hace mucho bien echar su buen llanto. Eso es... Llore nomás. Mírenla, temblando como un chincolito la pobre; ¿qué es lo que le han hecho?

ANGÉLICA.— (Sollozando.) Yo... yo sabía... que nos iban a tirar piedras.

JUANA.— ¿Quien le tiró piedras a mi angelito?

ANGÉLICA.— Los chiquillos.

JUANA.— ¿Cuáles chiquillos? Apostaría que son esos barrabases que cuido yo.

ANGÉLICA.— Los del colegio del lado. Nos pasan pegando y diciendo cosas. Por eso yo tenía miedo y no quería ir.

JUANA.— ¿Aónde, m'hijita? Cuéntenos too lo que le pasó.

ANGÉLICA.— Las monjas nos habían llevado a ensayar. Un nacimiento, ¿sabe?... lo quieren presentar para Pascua. La Verónica es la Virgen; las Carmen Palacios, San José, y yo era el Ángel, ése que les va a avisar a los pastores... Estábamos todos ahí y...

JUANA.— Siga no más, mi angelito. Cuéntenos.

ANGÉLICA.— Cuando me subí al árbol... me tenía que subir a un árbol y descolgarme como ángel... los chiquillos me empezaron a tirar piedras y a gritarme cosas.

JUANA.— ¡Los malulos!

ANGÉLICA.— Me dio tanto susto que me arranqué corriendo y ellos me perseguían. Estábamos en la plaza, la madre Julia me gritaba no sé qué cosas, pero yo me fui por no sé qué calle y... y me perdí.

HOMBRE I.— Ahora nos encontraste a nosotros.

JUANA.— ¡Claro que sí! Somos todos amigos tuyos.

ANGÉLICA.— (Por primera vez parece verlos.) ¿Quiénes son ustedes?

JUANA.— Ellos son artistas y yo soy la Juana Buey.

ANGÉLICA.— ¿Artistas?

HOMBRE II.— Claro, hacemos un poco de todo. ¡Mira! Yo toco este triángulo. ¡Escucha!

(Toca una melodía muy corta, muy cristalina. Hay un pequeño silencio y Angélica ríe.)

HOMBRE III.— (Que se ha estado anudando cascabeles en torno a un pie.) Y yo ando con casca-beles. (Los hace sonar. Angélica ríe.)

ANGÉLICA.— (Al Hombre I.) ¿Y usted, qué hace? (Por toda contestación el Hombre I golpea su tambor.)

HOMBRE I.— ¿Te gusta?

ANGÉLICA.— Mucho.

HOMBRE I.— Era de mi bisabuelo. Ven... Te permito que lo toques.

HOMBRE II.— Eso quiere decir que le caíste en gracia. No deja ni que su sombra lo toque.

(Angélica toma el palillo. Lo va a golpear, pero no se atreve. Termina por acariciar el cuero tendido.)

ANGÉLICA.— (A Juana.) ¿Y usted qué hace?

JUANA.— No. Yo ando con ellos nomás.

ANGÉLICA.— ¿Y adónde van a tocar ahora?

HOMBRE I.— A ninguna parte.

ANGÉLICA.— ¿A ninguna parte?

HOMBRE II.— Es que desde hace un tiempo andamos a la siga de algo.

HOMBRE III.— *(Señalando.)* De ese astro.

ANGÉLICA.— *(Mirando.)* ¡Oh! Qué estrella tan grande. *(Cierra los ojos y rápidamente formula un deseo.)*

JUANA.— ¿Qué estás haciendo?

ANGÉLICA.— Pidiendo una cosa.

HOMBRE II.— Pero si no es la primera estrella. No se le puede pedir sino a la primera.

ANGÉLICA.— Pero es la más grande que he visto. Y estoy segura de que me lo dará. Es demasiado grande para que no me resulte.

JUANA.— ¿Sabe? Se me ha ocurrido una cosa. ¿Por qué no sigue con nosotros?

HOMBRE II.— ¡Claro que sí!

HOMBRE III.— ¡Muy buena idea!

ANGÉLICA.— Gracias... muchas gracias...

HOMBRE I.— ¿Qué te pasa?

ANGÉLICA.— Gracias... pero no puedo.

JUANA.— ¿Por qué?

ANGÉLICA.— Me gustaría mucho.

HOMBRE III.— ¿Entonces?

ANGÉLICA.— Pero no puedo.

HOMBRE II.— Pero ¿por qué?

ANGÉLICA.— Qué van a decir las monjas, qué va a pasar con el nacimiento, con la fiesta...

HOMBRE III.— ¿Pero que no te tiraron piedras y tú te arrancaste?

ANGÉLICA.— Sí.

HOMBRE III.— Entonces se terminó el nacimiento.

ANGÉLICA.— No, seguramente la madre Julia se ha ido a quejar al colegio. Han castigado a los chiquillos y han seguido ensayando.

JUANA.— ¡Entonces ya habrán buscado otro ángel!

ANGÉLICA.— ¿Usted cree?

JUANA.— Claro, pues, m'hijita, alguien tiene que haber ido a avisar a los pastores.

ANGÉLICA.— Es que... es que a mí me gustaba mucho hacer de ángel.

HOMBRE II.— ¿Y es por eso que no quieres seguir con nosotros?

ANGÉLICA.— Sí.

JUANA.— Algo tiene que perder una, pues, m'hijita.

ANGÉLICA.— ¿Para qué?

JUANA.— Para ganar algo.

(Todos la miran un segundo.)

ANGÉLICA.— ¿Y qué voy a ganar?

JUANA.— Lo mismo que nosotros.

HOMBRE II.— Decídetes y venid con nosotros.

HOMBRE III.— Quédate con nosotros.

HOMBRE II.— ¡Ven!

JUANA.— Y además te enseñaremos una canción. *(Al ver que los demás se aprontan a cantarla.)*
No... ¡No! A ver si me acuerdo: En la tierra de Judá... está el Guiador... etc.

(Los demás la corean, toman sus pertrechos y se van yendo. Angélica se ha decidido a seguirlos. El Hombre II se acerca y la ayuda a levantarse.)

HOMBRE II.— ¿Cómo te llamas?

ANGÉLICA.— Angélica.

(Ya han salido. La canción se pierde a lo lejos. Por otro extremo entra ahora Angélica, sola, tarareando la canción. Viene mirando el suelo y de pronto se detiene como si hubiera descubierto algo.)

ANGÉLICA.— Oye... ven...

VOZ DE HOMBRE II.— ¿Qué pasa?

ANGÉLICA.— Ven, apúrate.

HOMBRE II.— (*Apareciendo.*) ¿Dónde estás?

ANGÉLICA.— Aquí. Ven, ven a ver.

HOMBRE II.— (*Acercándose.*) ¿Qué encontraste?

ANGÉLICA.— Mira...

HOMBRE II.— ¿Qué?

ANGÉLICA.— Ahí, al fondo...

HOMBRE II.— (*Mirando.*) Es la estrella...

ANGÉLICA.— ¿Quién iba a pensar que la encontraríamos en esta poza?

HOMBRE II.— Y tan brillante como en el cielo.

ANGÉLICA.— Creo que nunca había visto algo tan bonito.

HOMBRE II.— ¡Voy a ir a avisarles a los otros!

ANGÉLICA.— No.

HOMBRE II.— ¿No quieres que los vaya a buscar?

ANGÉLICA.— No, quiero que... ¡Tómala tú antes! Para mí.

(*Él la mira y decide obedecer. Se arremanga e introduce el brazo en la charca. El agua está muy fría.*)

HOMBRE II.— No la encuentro.

ANGÉLICA.— A ver, déjame probar a mí. (*También se arremanga e introduce la mano.*)

HOMBRE II.— ¡Qué fría está el agua!

ANGÉLICA.— Y el fondo es tan suave...

HOMBRE II.— ¿La encuentras?

ANGÉLICA.— No...

(*De pronto las dos manos se encuentran bajo el agua.*)

LOS DOS.— ¡Aquí!

(*Las sacan estilando y se dan cuenta se que son sus propias manos. Se miran durante un segundo, luego empiezan a reír y, de pronto, se avergüenzan. Vuelven a mirar la charca.*)

HOMBRE II.— Mira... ahí está de nuevo.

ANGÉLICA.— (*Comprende, mira hacia el cielo.*) Allá...

HOMBRE II.— Y éste no es sino el reflejo.

ANGÉLICA.— Eso nos pasa por andar siempre mirando hacia abajo.

HOMBRE II.— Angélica... una nube la va a cubrir.

ANGÉLICA.— (*Después que lo ha dicho ha sucedido.*) Ya no se ve.

HOMBRE II.— Ni siquiera brilla.

ANGÉLICA.— Me siento tan sola.

(*Los demás aparecen. Vienen muy preocupados.*)

JUANA.— (*Viene hablando desde afuera.*) Yo la vi cuando la nube se le puso por delante.

HOMBRE III.— Se nos perdió... ¿Qué vamos a hacer?

HOMBRE I.— Seguir.

JUANA.— Pero ¿a la siga de qué vamos a andar ahora?

HOMBRE I.— Hay que seguir, seguir. Ya volverá a aparecer.

HOMBRE III.— Pero si ni siquiera se ve.

HOMBRE I.— Pero está ahí. Eso tú y yo lo sabemos.

JUANA.— Y yo también. ¡Sigamos, oiga!

HOMBRE I.— Y en un rato más, mañana o en algún momento, la volveremos a ver. ¡Vamos!

(*Todos obedecen.*)

ANGÉLICA.— (*Al salir, al Hombre II.*) Nosotros tuvimos la culpa.

HOMBRE II.— ¿Por qué?

ANGÉLICA.— Yo tuve la culpa porque no quise que llamaras a los otros.

HOMBRE II.— ¡Qué ocurrencias!

ANGÉLICA.— Me siento tan sola.

(*Han salido. Algunos minutos de silencio. Por otro extremo, entran todos. Mudos, con una sensación de agotamiento y tristeza.*)

ANGÉLICA.— Estoy tan cansada...

HOMBRE II.— Apóyate en mí... Eso es... pon el brazo alrededor de mis hombros.

ANGÉLICA.— Y tengo tanta sed.

HOMBRE II.— (Al Hombre III.) ¿Te queda un poco de agua?

HOMBRE III.— No. Tengo la boca como yesca.

JUANA.— Y yo no doy más.

HOMBRE III.— (*Mira hacia el cielo.*) Ni señas. Hace tantos días que no la vemos.

JUANA.— Si por lo menos se asomara de vez en cuando. Nada más que para decirnos que está ahí.

HOMBRE III.— Con estas nubes. Parece que no quieren moverse.

ANGÉLICA.— No... No puedo más...

HOMBRE II.— (*Decidiéndose.*) Oye, ayuda a Angélica. (*Esto se lo ha dicho al Hombre III, que obedece.*) Yo voy a ir a hablar con el jefe... (*Se acerca al que va a la cabeza.*) Melchior... Melchior...

HOMBRE I.— ¿Qué pasa?

HOMBRE II.— Quisiera decirle... o más bien pedirle...

HOMBRE I.— ¿Qué?

HOMBRE II.— Allá atrás, en esa casa que cruzamos...

HOMBRE I.— Allá donde ni siquiera quisieron darnos un vaso de agua.

HOMBRE II.— Sí, allá. Allá, esa señora, la más vieja, me dijo que...

HOMBRE I.— ¿Qué cosa, hombre? ¡Dilo de una vez!

HOMBRE II.— Nada.

(*Vuelve a su sitio y siguen caminando. De pronto Angélica se desvanece entre los brazos del Hombre II.*)

HOMBRE II.— ¡Angélica!

JUANA.— ¿Qué le pasó?

HOMBRE II.— Angélica.

HOMBRE I.— (*Apartándolos.*) Déjenla respirar.

ANGÉLICA.— (*Volviendo en sí.*) Tengo sed... tengo sed...

JUANA.— ¿A quién le queda un agota de agua?

(*Todos se miran y nadie tiene agua.*)

HOMBRE II.— (Al Hombre I, *súbitamente intenso, casi violento.*) Melchior, allá atrás, en esa casa, me dijeron que querían comprar su tambor.

HOMBRE I.— ¿Qué?

HOMBRE II.— Su tambor, que lo cambiaría por comida, por agua, por todo lo que quisiéramos, así me dijo esa señora vieja, la misma que no nos quiso dar nada. Tiene que venderlo, Melchior.

Tiene que hacerlo... si no, nos vamos a morir todos de hambre y de sed. También dijo que...

HOMBRE I.— ¡Este tambor no se vende! Es mío. Era de mi bisabuelo. Y los platillos son de oro.

HOMBRE II.— No necesita vender los platillos. No los quieren. Es el tambor lo que necesitan.

HOMBRE I.— No se vende.

HOMBRE II.— Pero piense que así podríamos seguir...

HOMBRE I.— ¡No se vende!

JUANA.— ¡No se peleen! ¿Qué no ven que la niña no está bien? Quédense callados.

HOMBRE I.— (*Después de un rato.*) Está bien. Descansemos un rato.

(*Descargan sus pertrechos y se aprontan a descansar. Hay algunos momentos de silencio y de pronto el Hombre II se yergue.*)

HOMBRE II.— ¿Oyen?

HOMBRE III.— ¿Qué?

HOMBRE II.— Allá, a lo lejos...

JUANA.— Parece un ruido...

HOMBRE III.— ¿Tú crees que será... ?

HOMBRE II.— (*Interrumpiéndolo.*) ¡Se acerca!

HOMBRE III.— Ahora yo también lo oigo.

HOMBRE II.— Cada vez más cerca...

JUANA.— Y más cerca...

HOMBRE III.— ¡Ya está aquí!

HOMBRE II.— ¡Es el viento!

TODOS.— *(En un susurro.)* El viento...

ANGÉLICA.— *(Indicando hacia lo alto.)* ¡Miren!

(Todos miran hacia arriba. Descubren la estrella.)

JUANA.— ¡Tan saltarina que la han de ver!

HOMBRE I.— ¡En marcha todos! Recojan sus cosas y sigamos...

(Hay un revolotear de las personas, voces, gritos. Pero Angélica no puede levantarse.)

ANGÉLICA.— No puedo...

HOMBRE II.— Haz un esfuerzo.

ANGÉLICA.— Trato pero no puedo.

HOMBRE II.— Melchior, no podemos dejarla aquí.

HOMBRE I.— ¿A quién?

HOMBRE II.— A Angélica. No puede moverse. Está demasiado cansada y no tiene fuerzas.

HOMBRE I.— *(Se acerca a ella.)* Angélica, trata de hacer un esfuerzo.

ANGÉLICA.— Le prometo que trato... y quiero, pero no puedo.

HOMBRE I.— *(La toma de los brazos y trata de levantarla; no lo consigue.)* Haz un esfuerzo...

ANGÉLICA.— *(Llorando.)* No puedo... no puedo...

HOMBRE I.— *(La deja y luego se aleja. Llama al Hombre II con un gesto. Éste se acerca. El Hombre I le señala el tambor.)* Llévatelo... llévatelo luego y trae la comida.

HOMBRE II.— ¿El tambor?

HOMBRE I.— Ándate rápido. Nosotros te estaremos esperando aquí. ¡Pero rápido! *(El Hombre II no se mueve.)* ¡Que no me vas a obedecer!

HOMBRE II.— Pero es que...

HOMBRE I.— Nada de peros. Haz lo que te digo.

(El Hombre II obedece. Toma el tambor, le saca los platillos y se los pasa al Hombre I. Éste los acepta sin hablar. Pero en el momento en que va a desaparecer con el tambor, lo detiene.)

HOMBRE I.— ¡Espera! *(Va hacia él. Con toda serenidad acaricia el tambor y luego toma el palillo y da dos o tres golpes sobre el cuero. Los golpes resuenan largamente, como una despedida.)* ¡Y ahora ándate! ¿Por qué te quedas ahí parado como...? *(La voz se le quiebra. El Hombre II sale. Los demás permanecen silenciosos. Algunos minutos de quietud y luego el Hombre I canta la canción.)* En tierra de Judá... etc.

(Los demás se unen, pero en un tono bajo, casi lastimero. Mientras cantan aparece un muchacho. Viste pantalones de golf y lleva tres libros amarrados con una correa. Además lleva un bonete con orejas de burro. Ve al grupo y se acerca, pero éstos no lo ven. Se inclina sobre Angélica. Ésta lanza un grito. En un comienzo, los demás no se dan cuenta, pero al acercarse a Juana ésta lo ve y lanza un chillido. La canción se detiene.)

PERICO.— No tiene por qué asustarse, señorita. Soy Perico Burro.

JUANA.— ¿Burro?

PERICO.— Sí, como los porotos.

HOMBRE I.— ¿Y qué andas haciendo por estos lados?

PERICO.— Vengo del colegio. La señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre, me puso este gorro y me mandó a ver a mi mamá.

HOMBRE III.— ¿Y tú?

PERICO.— Voy a ver a mi mamá.

HOMBRE III.— Con bonete.

PERICO.— Claro, la señorita Fresia me recomendó mucho que no me lo sacara. Dice que no me ha podido enseñar nada, salvo a decir Hi-han.

JUANA.— Como los burros... *(Dándose cuenta.)* ¡Ah! Claro.

PERICO.— Parece que eso lo digo muy bien. ¿Quieren oírlo?

HOMBRE III.— Con mucho gusto.

HOMBRE I.— *(Mientras Perico se prepara para rebuznar.)* Déjalo... ¿Y no crees que tu mamá se va a enojar?

PERICO.— Ya no. Se ha dado por vencida. Parece que soy tan flojo que nunca voy a poder aprender nada. Mi abuelita sí que se va a enojar. Dice que son las ánimas.

JUANA.— (*Persignándose.*) ¡Las ánimas!

PERICO.— Claro, ella dice que son las ánimas las que se meten dentro y me hacen ser flojo. Mi abuelita cree en las ánimas (*Juana se persigna de nuevo*); pero a mí me gusta.

HOMBRE III.— ¿Qué cosa? ¿Las ánimas?

PERICO.— No. Me gusta no saber nada. ¿Y ustedes adónde van?

HOMBRE I.— Andamos caminando.

HOMBRE III.— A la siga de algo.

PERICO.— Ah.

JUANA.— ¿No quieres saber de qué?

PERICO.— No.

JUANA.— (*Un poco picada.*) De esa estrella. Eso es lo que andamos siguiendo.

PERICO.— Ah.

JUANA.— (*Mismo juego.*) ¿No te interesa saber por qué?

PERICO.— No.

JUANA.— ¿Y no te gustaría seguir con nosotros?

PERICO.— Eso sí.

JUANA.— ¡A este niño sí que no lo comprendo yo! De todos modos te vamos a enseñar la canción mientras tanto.

PERICO.— Ah, no. Si hay que aprender algo, no.

HOMBRE I.— ¿Cómo?

PERICO.— Prefiero quedarme.

ANGÉLICA.— ¡No seas tonto! Si quieres seguir con nosotros tienes que aprender la canción. Todos la cantamos, y si tú no la sabes, te vas a sentir solo. ¿Comprendes?

PERICO.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Hi-han.

ANGÉLICA.— ¿Por qué no quieres?

PERICO.— Porque si aprendo algo ya no voy a ser... ¿Cómo es que lo llama la señorita Fresia?... un "inorante".

ANGÉLICA.— Es que nosotros andamos buscando algo.

PERICO.— Es que a mí me gusta ser "inorante".

ANGÉLICA.— Y para ganar algo hay que perder algo.

(*Todos la miran un segundo.*)

PERICO.— ¿Y qué tendría que perder yo?

ANGÉLICA.— Tu "inorancia".

PERICO.— ¿Y me saldrá a cuenta?

ANGÉLICA.— Yo quería ser ángel, no lo fui y aquí estoy.

HOMBRE I.— Yo tenía un tambor...

HOMBRE III.— A mí me habían prometido que nos iríamos a un país donde hiciera calor y nos vinimos a las montañas.

PERICO.— ¿Y yo tendría que aprender esa canción?

(*A lo lejos se escucha la voz del Hombre II que canta: "En tierra de Judá está el Guiador..."*.)

JUANA.— ¡Ésa es la canción!

ANGÉLICA.— (*Levantándose.*) ¡Es él!

JUANA.— ¿Traerá algo con qué llenar el canasto?

HOMBRE III.— ¡Ahí está! Heeeyyyy...

(*Aparece el Hombre II. Trae viandas y botellas que reparte.*)

HOMBRE II.— ¡Aquí hay para todos!... Toma, Juana... ¡Y para ti! (*Le pasa al Hombre III.*) Melchior...

MELCHIOR.— No, gracias.

HOMBRE II.— ¿No tiene hambre?

HOMBRE I.— Sí, pero no podría comer esas cosas.

HOMBRE II.— ¿Por qué?

HOMBRE I.— Porque cada bocado resonaría en mi estómago como un golpe de tambor.

HOMBRE II.— (*Se acerca a Angélica.*) Toma... te traje un poco de agua. La recogí yo mismo... de una vertiente que había junto a la casa... (*Le pasa una jarra. Ella bebe.*) ¿Te gusta?

ANGÉLICA.— (*Asintiendo.*) Tiene gusto a musgo y a cosas sombreadas.

HOMBRE II.— Alrededor de la vertiente había un jardincito... y flores. (*Le muestra un ramo.*) Te traje éstas.

ANGÉLICA.— (*Aceptándolas.*) Gracias.

HOMBRE II.— (*Al ver que ella aspira el perfume.*) No, no las huelas. No tienen perfume.

ANGÉLICA.— ¿No tiene perfume?

HOMBRE II.— No, yo siempre se lo saco.

ANGÉLICA.— ¿Le sacas el perfume a las flores?

HOMBRE.— Claro, hago un polvo con las semillas. Un polvo que se quema y da olor. Ahora lo guardo aquí. (*Saca una bolsita y se la muestra.*)

ANGÉLICA.— ¿Para qué?

HOMBRE II.— No sé... porque nunca he vuelto a una iglesia. Pero no sé... lo guardo para regalárselo a alguien.

ANGÉLICA.— ¿A quien?

HOMBRE II.— No sé. (*La mira.*) ¿Te importa?

ANGÉLICA.— No, no sé por qué, pero no me importa.

JUANA.— (*Se acerca a ellos, ya habiendo satisfecho su hambre, y presenta a Perico.*) ¿Conocen al recién llegado?

PERICO.— Me llamo Perico Burro. (*Ante el gesto del Hombre II.*) Sí, como los porotos. (*Se escuchan los golpes lejanos de un tambor. Todos se inmovilizan.*)

PERICO.— Debe ser allá en mi casa.

HOMBRE II.— ¿Tú vives en la casa detrás de la loma?

PERICO.— Sí.

HOMBRE II.— ¿Y tú mamá es una señora de pelo blanco, con un moño chico?

PERICO.— No, esa es mi abuelita. Ella era la que quería tener tambor.

HOMBRE I.— Ahora lo tiene.

PERICO.— Pasaba molestando a mi mamá para que le comprara uno. Dicen que no hay nada mejor para espantar las ánimas.

JUANA.— (*Persignándose.*) ¡Ave María Purísima!

HOMBRE I.— (*A Perico.*) Era de mi bisabuelo y ahora sirve para espantar ánimas.

PERICO.— ¿Qué cosa?

HOMBRE I.— Nada.

HOMBRE III.— Mejor será que sigamos ahora que ya hemos comido. (*Indicando hacia el cielo.*) Se está poniendo inquieta.

HOMBRE II.— (*A Angélica.*) ¿Te sientes mejor?

ANGÉLICA.— Sí.

HOMBRE II.— Vamos entonces. (*Recogen los pertrechos y se aprontan a salir. Juana mira la estrella.*)

JUANA.— Ya vamos, señora, no sea tan apurada.

(*Salen. El Hombre I queda un poco atrás y Perico se le acerca.*)

PERICO.— ¿Es cierto que si uno no aprende la canción no puede seguir?

HOMBRE I.— Sí.

PERICO.— ¿Y usted va a seguir?

HOMBRE I.— ¿Cómo?

PERICO.— Si va a seguir con los otros.

HOMBRE I.— Sí.

PERICO.— Pero antes que se vaya, entonces... quisiera...

HOMBRE I.— ¿Qué?

PERICO.— Pedirle un favor.

HOMBRE I.— ¿Qué será?

PERICO.— Que... que me enseñe la canción ésa.

HOMBRE I.— (*Lo mira. La petición parece devolverle las fuerzas. Le rodea los hombros con un brazo.*) Es muy fácil... empieza así: En tierra de Judá...

(*Salen. La canción se pierde. Por el lado opuesto al que han salido, aparece un joven vestido de*

oscuro, cuello alto y que trae un libro de botánica y lo está leyendo en voz alta, como si estuviera dictando una clase.)

OLIVERIO.— La familia de las pecioladas... *(Sin levantar la vista de la lectura.)* Yo creo que es mejor que nos quedemos aquí. A ver, Montes, acércame una piedra para que me siente. *(Se sienta.)* Gracias. Y tú, Jaramillo *(sin mirarlo)*, búscame una peciolada para que podamos explicar prácticamente esta lección... Eso es... Los demás siéntense aquí alrededor y no conversen... *(Sigue leyendo.)* La familia de las pecioladas...

(Por detrás aparecen los otros y se detienen al ver al muchacho. Hablan en voz baja.)

HOMBRE III.— ¡Chit!

JUANA.— ¡Mírenlo! Leyendo en voz alta y solo. Así es como se crían locos.

PERICO.— Ése es el señor Oliverio Pastor; fue profesor mío en segunda.

JUANA.— ¿Y por qué no le decimos que se venga con nosotros?

HOMBRE III.— No va a querer.

JUANA.— Ná se pierde con probar.

HOMBRE II.— Si quieren yo lo invito.

ANGÉLICA.— No... Déjenme a mí. *(Con toda precaución se desprende del grupo y avanza hacia el muchacho.)* Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

OLIVERIO.— *(Dándose vuelta, la mira.)* ¿Cómo le va?

ANGÉLICA.— *(Avergonzada.)* Perdóneme. No sé por qué le dije eso.

OLIVERIO.— Me llamo Oliverio Pastor.

ANGÉLICA.— Y yo Angélica.

OLIVERIO.— ¿Es ángel?

ANGÉLICA.— No.

OLIVERIO.— Ah.

ANGÉLICA.— Es decir, sí soy... o más bien dicho era ángel. Iba a hacer el papel de ángel y le tenía que decir esa frase a la Mónica, que era pastor.

OLIVERIO.— ¿Cuál frase?

ANGÉLICA.— Ésa que le dije a usted. ¿Usted es profesor?

OLIVERIO.— Sí, profesor de botánica. Pero también escribo.

ANGÉLICA.— ¿Qué?

OLIVERIO.— Cosas. Los demás las llaman poesías. Yo no me atrevo. Escribo de las plantas, de las flores. Sí, podría ser poesía; pero poesía botánica. Claro que no escribo siempre y ahora estoy haciendo clases al aire libre. *(Espera que los niños saluden, y al no escuchar las voces, repite.)* Saluden, niños... *(Por primera vez mira alrededor.)* Bah... ¿dónde se habrán metido?

ANGÉLICA.— ¿Había alguien más?

OLIVERIO.— Mis alumnos. Como es víspera de Pascua...

ANGÉLICA.— ¿Mañana es veinticinco?

OLIVERIO.— Sí, y esta noche es veinticuatro.

ANGÉLICA.— ¡Cómo pasa el tiempo! Yo lo venía a invitar.

OLIVERIO.— ¿A mí?

ANGÉLICA.— Sí, a usted.

OLIVERIO.— Con mucho gusto.

ANGÉLICA.— Pero si todavía no le he dicho dónde.

OLIVERIO.— No importa. Siempre digo que sí cuando me invitan.

ANGÉLICA.— ¿Y nunca ha vuelto defraudado?

OLIVERIO.— No.

ANGÉLICA.— Nosotros vamos siguiendo una estrella.

OLIVERIO.— Ah.

ANGÉLICA.— La estrella es una, pero nosotros somos varios. Déjeme presentárselos... Don Melchior...

OLIVERIO.— Mucho gusto.

ANGÉLICA.— Gaspar... Baltazar...

OLIVERIO.— (*Estrechándole la mano.*) Mucho gusto.

ANGÉLICA.— La señorita Juana Buey.

JUANA.— El gusto es mío, caballero.

ANGÉLICA.— Y Perico Burro.

OLIVERIO.— A ti parece que te conozco.

PERICO.— Claro, pues, este año en segunda, antes que me volvieran a bajar a primera. ¡Hi-ham!

OLIVERIO.— Veo que todavía no te han sacado las orejas...

Hombre III.— (*Que ha estado mirando el cielo.*) Melchior... mire...

HOMBRE I.— Sí, ya va bastante lejos. Usted tendrá que disculparnos.

ANGÉLICA.— Pero si va a venir con nosotros.

HOMBRE I.— ¡Ah, sí?

OLIVERIO.— Si me invitan, con el mayor gusto.

HOMBRE I.— En marcha, entonces... Por el camino le enseñaremos la canción.

(*Todos se aprontan a salir.*)

PERICO.— ¿Y el señor Pastor qué es lo que va a perder?

OLIVERIO.— ¿Hay que perder algo?

PERICO.— Claro. (*Recitando una lección.*) Para ganar algo hay que perder algo.

OLIVERIO.— Yo no tengo nada que perder.

HOMBRE III.— Sus alumnos.

OLIVERIO.— No son míos.

HOMBRE II.— Sus versos.

OLIVERIO.— Los sé de memoria.

ANGÉLICA.— Las flores.

OLIVERIO.— Hay en todas partes. Nada tengo que perder. Pero a lo mejor gano algo. De todos modos será algo de más.

HOMBRE I.— Claro que sí. ¡Vamos! Derecho por este camino.

(*Ahora caminan frente a los espectadores y algunos canturrean la canción.*)

JUANA.— Miren lo movediza que está.

HOMBRE III.— Luego vamos a tener que correr para que no se nos pierda.

PERICO.— Me gusta tanto esta canción.

HOMBRE II.— ¿Cómo te sientes?

ANGÉLICA.— Tan bien, ya ni siquiera tengo frío en esa mano que hundí en el agua.

PERICO.— ¡Miren!

(*Todos se detienen.*)

HOMBRE III.— Se paró y miren cómo alumbra.

OLIVERIO.— Parece que fuera una casa.

JUANA.— ¡Qué va a ser casa! Eso es un establo.

(*Un segundo silencio.*)

HOMBRE II.— Claro que es establo.

HOMBRE I.— Entonces quiere decir que hemos llegado.

PERICO.— ¿Qué vamos a hacer?

HOMBRE I.— Bajar al establo, ver lo que allá sucede. Y juntos, tal como hemos caminado hasta ahora.

JUANA.— Pero no se puede llegar con las manos vacías.

HOMBRE I.— Yo podría regalar estos platillos. Son de oro y eran de mi bisabuelo.

HOMBRE III.— Y yo le daré esta mirra que guardé.

HOMBRE II.— Y yo el saquito con el polvo que da olor.

ANGÉLICA.— Yo le daré la mano.

OLIVERIO.— Y yo este libro.

PERICO.— Y yo... (*Piensa un momento.*) esta canción que me aprendí de memoria. (*Empieza a entonar.*)

En tierra de Judá

Está el Guiador,

Me han dicho con amor.

Y ésa es la verdad.

(Los demás se unen al canto, caminan frente al público y cantan a pleno pulmón.)

Todos.— En tierra de Judá,

Allá en el Belén,

Podrás decir amén

A toda esta maldad.

En tierra de Judá

Lo iremos a buscar;

Lo habremos de encontrar

Con esta gran piedad.

TELÓN

ES DE CONTARLO Y NO CREERLO

Cuento para teatro

(1959)

Para Gregorio Amunátegui P.

Personajes:

GONZALO

CUSTODIO

ÁNGELA 607

ÁNGELA 8234

PRIMER ACTO

(Este cuento sucede en un departamento, y este departamento está ubicado en un piso muy alto, casi suspendido en medio del cielo. A través de los inmensos ventanales, se divisan las nubes o las estrellas en las noches y también las siluetas de otros edificios, igualmente altos, cuyas ventanas se iluminan al atardecer.

Son las siete de la tarde. El cielo comienza a teñirse de un rosa grisáceo y una campana que viene de lejos rompe apenas la quietud que existe en las alturas. Entra Gonzalo Cortés. Trae una carta en la mano y parece muy agitado.)

GONZALO.— *(Llamando.)* ¡Viejo! ¡Viejo!

CUSTODIO.— *(Apareciendo.)* ¿Me llamaba, don Chalequito?

GONZALO.— Viejo, estoy enamorado.

CUSTODIO.— ¡De nuevo!

GONZALO.— ¡Cómo puedes decir eso! Hace meses que no me enamoro.

CUSTODIO.— La semana pasada no más, don Chalequito.

GONZALO.— Ésa fue una tontería, viejo, y esto es en serio. Se llama Cecilia Henríquez y me acaba de escribir.

CUSTODIO.— Ah.

GONZALO.— La conocí este verano en el sur, durante la campaña. Es de... *(Mira el sobre buscando la dirección.)* De... de uno de esos pueblos de mi zona. Y ahora se viene.

CUSTODIO.— ¿Para acá?

GONZALO.— Sí, dice que no puede seguir viviendo sin mí, que prefiere dejarlo todo y... pero déjame leerte la carta. *(Leyendo.)* Eh... “Me cansé de mi pueblo, de los días eternos y los paseos en la tarde por la plaza. Quiero vivir un momento, aunque sea uno solo, junto a usted...” El usted soy yo, viejito. ¿No lo hallas extraordinario?

CUSTODIO.— ¿Y qué vamos a hacer con ella?

GONZALO.— ¿Cuándo?

CUSTODIO.— Cuando llegue.

GONZALO.— Recibirla.

CUSTODIO.— Pero, don Chalequito, la señora Ángela...

GONZALO.— ¿Todavía está aquí?

CUSTODIO.— Sí.

GONZALO.— Pero, ¿por qué no se ha ido?

CUSTODIO.— Porque todavía no llega su reemplazante.

GONZALO.— Y eso qué me importa. Hay que echarla, viejo. Hay que decirle que se vaya antes que llegue Cecilia. No soporto esa especie de inquisidor en mi casa.

CUSTODIO.— ¿Y qué vamos a hacer con la otra?

GONZALO.— ¿Con quién?

CUSTODIO.— Con la nueva ama de llaves, con la que va a llegar.

GONZALO.— ¿Tú crees que será como ésta?

CUSTODIO.— Mucho me lo temo. Últimamente no hemos tenido mucha suerte con las amas de llaves.

GONZALO.— Es verdad. Un verdadero desfile de sargentos. A veces me parece que estoy haciendo de nuevo el servicio militar. Pero ésta puede ser distinta. ¿Adónde la pediste?

CUSTODIO.— A la misma agencia.

GONZALO.— Mira, viejo, tú tendrás que arreglártelas. Lo único que sé es que Cecilia llega esta noche, que tengo que recibirla y alojarla, y que no pienso pasar desagradados con esas viejas de llavero al cinto.

CUSTODIO.— Pero, ¿qué puedo hacer?

GONZALO.— Enciérrala, amordázala, dile que vuelva mañana... Pero esta noche no quiero ver ni a ésa (*señala la pieza de Ángela*), ni a la otra.

CUSTODIO.— Trataremos, don Chalequito.

GONZALO.— Y ahora vamos a lo práctico. Vas a colocar una mesa ahí, con el candelabro, apagas un poco las luces y pones unos discos... ¡Ah!, llamas al Club y pides una cena para dos.

CUSTODIO.— ¿Qué es lo que encargo?

GONZALO.— A ver... Podría ser melón con caviar, aunque es un poco exótico para alguien que viene de provincia, ¿no te parece?

CUSTODIO.— Un poco.

GONZALO.— ¿Y qué podría ser entonces? A ver, viejito, si tú fueras una niña recién llegada del sur, ¿qué te gustaría comer?

CUSTODIO.— Una palta reina.

GONZALO.— Entonces pides paltas reinas, un pollo a lo algo y de postre cualquier cosa sensacional.

CUSTODIO.— Muy bien, don Chalequito.

GONZALO.— ¡Ah! Y champaña. Mucho champaña...

CUSTODIO.— ¿No será demasiado para la provincia?

GONZALO.— El champaña es universal y a las mujeres les encanta. Les da la sensación de estar pecando sin correr riesgos. Así es que encarga champaña... (*Dando una última mirada a la pieza.*) Bueno, creo que eso es todo... Yo voy de una carrera a comprar flores. En una de sus cartas me dijo que le encantaban. Tú te quedas aquí y lo preparas todo.

CUSTODIO.— Muy bien, don Chalequito.

GONZALO.— Y apenas aparezca Cecilia, te eclipsas. Anda al cine, adonde quieras, pero ni te asomes hasta mañana por la mañana.

CUSTODIO.— (*En el momento en que Gonzalo va a salir.*) ¿Don Chalequito?

GONZALO.— ¿Sí?

CUSTODIO.— ¿No habíamos prometido portarnos bien?

GONZALO.— ¿Y qué es lo que estamos haciendo, viejo? ¿Acaso no estoy enamorado? ¿Conoces tú una manera de portarse mejor?

(*Le hace un gesto de despedida y sale. Durante algunos segundos Custodio permanece inmóvil contemplando el lugar por donde ha salido. Luego se dirige al teléfono. Entra Ángela 607.*)

ÁNGELA.— ¿No ha llegado todavía mi reemplazante?

CUSTODIO.— No, señora Ángela.

ÁNGELA.— ¿Qué hora es?

CUSTODIO.— (*Asomándose por la ventana.*) Las siete y cuarto.

ÁNGELA.— Ya está atrasada, a menos que el reloj de la iglesia esté adelantado.

CUSTODIO.— ¿Y usted adónde va, señora Ángela?

ÁNGELA.— La agencia me consiguió un empleo en la Sociedad Protectora de Animales. Por lo menos ahí no tendré que tratar con seres humanos.

CUSTODIO.— ¿Se va enojada entonces?

ÁNGELA.— No, enojada no. Me voy agotada.

CUSTODIO.— ¿Y por qué?

ÁNGELA.— ¿Le parece poco?

CUSTODIO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— La vida que lleva don Gonzalo.

CUSTODIO.— No es para tanto.

ÁNGELA.— A mi edad uno necesita el soplo, Custodio. Y vivir con don Gonzalo es como estar subiendo una escalera demasiado empinada.

CUSTODIO.— No exagere, señora Ángela.

ÁNGELA.— ¡Qué voy a exagerar! Don Gonzalo me ha hecho comprender cuán bajo pueden caer los hombres cuando suben tan rápido las escaleras.

CUSTODIO.— Pero es que no es un hombre, sino un niño.

ÁNGELA.— Nadie es niño a los treinta y tantos.

CUSTODIO.— Hay niños prolongados.

ÁNGELA.— ¿Hacia dónde? No, Custodio, yo no me engaño. Y no estoy dispuesta a seguir tropezando.

CUSTODIO.— Es el riesgo que se corre, señora.

ÁNGELA.— ¿Cuándo?

CUSTODIO.— Cuando se vive con alguien.

ÁNGELA.— No tengo por qué correrlo. Y si me permite una opinión, Custodio, no comprendo por qué usted lo corre. No sé cómo no se arranca de este infierno.

CUSTODIO.— Porque lo quiero, señora.

ÁNGELA.— ¿A don Gonzalo?

CUSTODIO.— Sí.

ÁNGELA.— ¡Imposible!

CUSTODIO.— No lo crea. Si usted lo hubiera visto crecer como yo...

ÁNGELA.— No creo que lo habría dejado crecer.

CUSTODIO.— Si lo hubiera ayudado a hacer la cimarra y a copiar las tareas. ¡Si viera cómo tuvo que empeñarse don Gonzalo, para que lo recibieran en la Universidad! Y después, casi lo echaron cuando encabezó una revuelta contra su tío que era Decano y... ¡Ah, pero si lo hubiera visto, como lo vi yo, señora Ángela, llegar con un regalo para nosotros cada vez que volvía del fundo! Y cuando le dio su terno nuevo al hijo del Domingo, el capataz, y la señora casi lo mató... ¡Y si lo hubiera visto enamorarse por primera vez! De puros nervios se comía la esperma de las velas y dormía con la foto de la Pilarita debajo de la almohada. Y después cuando peleó... tres días pasó sin probar bocado, ni siquiera la esperma de las velas. Y a los tres días conoció a la Carmencita y se enamoró de nuevo, igual, con el mismo entusiasmo, con la misma fe, digo yo. Y ni siquiera se peleó esta vez, porque conoció a la señora Judith y de una pasó a la otra sin notararlo. Pero siempre con la misma sinceridad... ¡Ah, si lo hubiera visto como yo, señora Ángela, no podría sino quererlo!

ÁNGELA.— Ésas son chocheras suyas.

CUSTODIO.— No, señora Ángela, es sincero en todo lo que hace y eso es lo que vale.

ÁNGELA.— Perdóneme, Custodio. Sé que los tiempos han cambiado; pero tengo dos ojos y veo muy bien. Nadie puede ser sincero todas las noches con una persona distinta.

CUSTODIO.— A lo mejor anda buscando...

ÁNGELA.— (*Interrumpiendo.*) ¡Qué va a andar buscando! Usted es un iluso, Custodio.

CUSTODIO.— A lo mejor.

ÁNGELA.— Un iluso y un ingenuo... (*Suena el timbre.*)

CUSTODIO.— Perdóneme, voy a abrir la puerta.

ÁNGELA.— Custodio... no le quise decir eso.

CUSTODIO.— ¿Qué cosa?

ÁNGELA.— Lo que le dije. (*Vuelve a sonar el timbre.*) ¡Y vaya a abrir la puerta!

(*Custodio obedece. Afuera se escucha una conversación.*)

ÁNGELA 8234.— ¿Ésta es la casa de don Gonzalo Cortés?

CUSTODIO.— Sí, señorita.

ÁNGELA 8234.— Vengo de la agencia "El ángel guardián".

CUSTODIO.— Haga el favor de pasar.

(Entra Ángela 8234. Es una muchacha poco atrayente, que usa lentes. De inmediato hace pensar en una funcionaria eficiente.)

ÁNGELA 8234.— ¿Usted es el mozo?

CUSTODIO.— Sí, señorita. Custodio para servirla.

ÁNGELA 8234.— Yo me llamo Ángela.

CUSTODIO.— Me lo imaginaba.

ÁNGELA 8234.— ¿Cómo?

CUSTODIO.— Hemos tenido una verdadera racha de Ángelas en los últimos tiempos.

ÁNGELA 607.— Yo también me llamo Ángela. Soy el ama de llaves que se va.

ÁNGELA 8234.— (Con un ligero cambio en la actitud.) Perdón, no la había visto.

ÁNGELA 607.— ¿Cómo está?

ÁNGELA 8234.— Espero que no habré llegado demasiado tarde. Me costó mucho encontrar el edificio.

ÁNGELA 607.— No tiene importancia. Custodio, ¿sería tan amable que me consiguiera un taxi?

CUSTODIO.— Tendría que hacer una llamada telefónica antes. (Pero ante la notoria desazón de las dos mujeres, se retracta.) Lo haré cuando vuelva, señora Ángela. Y le mostraré su cuarto, señorita Ángela. (Ríe.) Señora Ángela... señorita Ángela... Un ángel se va y otro llega. (Siempre riendo, sale.)

ÁNGELA 8234.— ¿Sabe?

ÁNGELA 607.— ¿Quién?

ÁNGELA 8234.— El mozo.

ÁNGELA 607.— ¡Cómo se le ocurre! Supongo que conoce nuestra consigna: discreción y eficacia.

ÁNGELA 8234.— La conozco. (Saca sus papeles.) Ángela 8234, a sus órdenes.

ÁNGELA 607.— A discreción... Mire que este hombre es más silencioso que un gato. A veces se desliza en las piezas sin que se le escuche. Veo que es su primer trabajo.

ÁNGELA 8234.— Sí.

ÁNGELA 607.— ¿Cuándo egresó? Por su número me parece que es usted una de las que se graduaron...

ÁNGELA 8234.— (Interrumpiendo.) Hace pocos meses.

ÁNGELA 607.— Pero ¡qué locura! ¿Y cómo se les ocurrió mandarla acá?

ÁNGELA 8234.— ¿Y por qué no? Mis estudios fueron excelentes. Ahí hay varios títulos que lo acre...

ÁNGELA 607.— Es que este trabajo, más que títulos, requiere experiencia.

ÁNGELA 8234.— La instrucción suple la experiencia.

ÁNGELA 607.— No siempre, hijita.

ÁNGELA 8234.— Me sometieron a un examen tal como consta en la última papeleta... No, permítame, en ésta. Fui aprobada con categoría...

ÁNGELA 607.— (Leyendo.) Sobresaliente. Ojalá le sirva.

ÁNGELA 8234.— ¿Algo más?

ÁNGELA 607.— Hallo que es un crimen lanzar a estas jóvenes inexpertas a la cueva del lobo.

ÁNGELA 8234.— Si la Comisión Examinadora juzgó que podría venir a hacerme cargo de este puesto, no veo por qué no voy a se capaz de desempeñarlo.

ÁNGELA 607.— Porque esa misma comisión me dio el pase a mí y yo no pude aguantar.

ÁNGELA 8234.— No creo que seamos las llamadas a juzgar las determinaciones de la Comisión.

ÁNGELA 607.— Mire, hijita, allá se tiene una información muy general sobre las personas a que nos destinan. Por ejemplo, Gonzalo Cortés está catalogado como un caso difícil; pero no se conoce en qué consiste esa dificultad.

ÁNGELA 8234.— Yo estoy dispuesta a todo.

ÁNGELA 607.— Yo pensaba lo mismo cuando empecé. Soñaba con que me dieran las misiones más difíciles. Quería transformar el mundo y me sentía con fuerza para hacerlo.

ÁNGELA 8234.— ¿Y ahora?

ÁNGELA 607.— Ahora me contento con llenar mis funciones.

ÁNGELA 8234.— Pero eso no está bien. Debemos convencer, ganar adeptos, hacerlos ver dónde radica la verdad.

ÁNGELA 607.— No se trata de una campaña política, hijita. Y por lo demás sólo somos postulantes.

ÁNGELA 8234.— ¿Y eso qué tiene que ver?

ÁNGELA 607.— Déjele esos trabajos a los que ya se han graduado, a los que son ángeles de verdad.

ÁNGELA 8234.— Justamente, si no tratamos de superarnos, nunca llegaremos a ser ángeles de verdad. Yo no quiero postular toda mi vida.

ÁNGELA 607.— En cambio yo... no sé...

ÁNGELA 8234.— Me lo imaginaba.

ÁNGELA 607.— Siempre he tenido ganas, hijita, pero me ha faltado el soplo. Una pasa frenando en una vida que le parece que va demasiado rápida. Resultado: yo freno, la vida sigue y me arrastra. Eso termina por agriarle el carácter.

ÁNGELA 8234.— Entonces usted no desea llegar a ser un ángel.

ÁNGELA 607.— Ya parece que no. Es demasiado esfuerzo.

ÁNGELA 8234.— En cambio yo lo deseo ardientemente. Por eso quiero empezar por algo difícil, demostrar que soy capaz de ascender.

ÁNGELA 607.— ¡Cuidado! Ésa es la manera más fácil de caer. Se puede pecar por orgullo. Ya uno de nuestros antecesores se orientó en esa dirección y acuérdeselo lo que pasó.

ÁNGELA 8234.— Es verdad.

ÁNGELA 607.— Me parece que todos estos riesgos son innecesarios. Usted no sabe lo que le espera, hijita. Gonzalo Cortés es un cínico y un sinvergüenza. En resumen, un alma perdida.

ÁNGELA 8234.— “No considere que un alma se ha perdido hasta que el poseedor de ella acceda a perderla”.

ÁNGELA 607.— Eso me parece conocido.

ÁNGELA 8234.— Es el tercer capítulo del Libro Quinto.

ÁNGELA 607.— ¡Hace tanto tiempo que leí esas cosas! Y cosa que leo, cosa que se me olvida. Sin embargo, estoy de acuerdo: no hay alma perdida, pero hay algunas tan inclinadas...

CUSTODIO.— (*Entrando.*) El taxi está abajo, señora.

ÁNGELA 607.— ¡Ay! Por Dios, Custodio, esa manera que tiene usted de entrar en las piezas. A veces parece que ni pisara.

CUSTODIO.— A lo mejor vuelo.

ÁNGELA 607.— No sea tonto. Bájeme la maleta y dígame al taxi que me espere un rato.

(*Custodio toma la maleta y sale.*)

ÁNGELA 8234.— ¿Usted no cree que sospecha algo?

ÁNGELA 607.— No, nada. Pero hay que tener mucho cuidado con él. Pasa escuchando detrás de las puertas. (*Va y cierra la puerta del vestíbulo.*) No quiero que ese hombre vuelva a sorprendernos y tengo que decirle algo, Ángela. Si no, no me iría tranquila. Mire, hijita, en esta casa suceden muchas cosas, cosas que nosotras no estamos acostumbradas a ver...

ÁNGELA 8234.— Pero que nos han enseñado, que sabemos que existen.

ÁNGELA 607.— No. Hijita. Las cosas vistas son muy distintas. Porque la vida es como un gran fuego y hay que andar con los ojos bien abiertos para no quemarse.

ÁNGELA 8234.— No me asusta el fuego, señora Ángela.

ÁNGELA 607.— Siempre que una no juegue con él.

ÁNGELA 8234.— Eso depende del temple personal.

ÁNGELA 607.— No aquí, hijita. Aquí no hay temple que subsista, porque se vive en el desorden, en el escándalo, entre citas y conversaciones telefónicas... ¡Ni siquiera deseo acordarme de ellas!

ÁNGELA 8234.— ¿Por qué?

ÁNGELA 607.— No son cosas que una señora debiera estar obligada a escuchar.

ÁNGELA 8234.— Es que nosotras, con el perdón suyo, no somos señoras.

ÁNGELA 607.— Entre nosotras también hay señoras. ¿Cuánto tiempo va a permanecer acá?

ÁNGELA 8234.— El que sea necesario.

ÁNGELA 607.— ¡Eso sí que me acuerdo lo que es! La primera línea del primer capítulo del Libro Primero, la única que verdaderamente se aprende. “Permaneceré junto al alma que se me ha encomendado el tiempo que sea necesario”.

(*Suena el teléfono.*)

ÁNGELA 8234.— Yo voy a contestar. (*En el teléfono.*) ¿Aló? Sí, la casa del señor Cortés... Ah. ¿Cómo está, señor? Soy la nueva ama de llaves. Acabo de llegar. Sí, ella está aquí. ¿Quiere

hablarle? No... no me parece. De todos modos voy a preguntar. (A Ángela 607.) Es don Gonzalo, pregunta si llegó la señorita Henríquez.

ÁNGELA 607.- ¡Otra!

ÁNGELA 8234.- ¿Cómo?

ÁNGELA 607.- ¡Otra! ¡Otra! Me voy a ir antes de que comience el desfile. No, no ha llegado.

ÁNGELA 8234.- (En el teléfono.) No ha llegado, señor. Muy bien, se lo diré. Sí, pierda cuidado. Hasta luego, señor. (Cuelga.) Se va a atrasar un poco. Que si llega la señorita Henríquez, lo espere. Parece simpático.

ÁNGELA 607.- ¡Lo único que faltaba! Que además fuese insoportable. Claro que es simpático, con la simpatía de los sinvergüenzas.

CUSTODIO.- (Entrando.) Que no deja de ser atrayente.

ÁNGELA 607.- ¡Custodio! De nuevo escuchando tras las puertas. Pero eso a mí ya no me incumbe. ¿Todo listo?

CUSTODIO.- Todo.

ÁNGELA 607.- Hasta luego entonces. (A Ángela 8234.) Ojalá lo pase bien, por lo menos mejor que yo. Si necesita cualquier cosa, llámeme a la Agencia o a la Sociedad Protectora de Animales donde voy a estar empleada. (A Custodio.) Adiós, Custodio.

CUSTODIO.- Hasta pronto, señora Ángela.

ÁNGELA 607.- Venga a verme y tomaremos una tacita de té juntos.

CUSTODIO.- ¿Con los perros?

ÁNGELA 607.- No sea tonto.

CUSTODIO.- No me haga caso. Voy a acompañarla al ascensor.

ÁNGELA 607.- (Mientras Custodio sale, dándose vuelta hacia Ángela 8234.) Tenga cuidado, mi hijita y... ¡jojo con el lobo!

(Sale. Ángela 8234 inspecciona la pieza y, a los pocos segundos, vuelve Custodio.)

CUSTODIO.- Bueno, ya se nos fue. La voy a echar de menos y don Chalequito también.

ÁNGELA.- ¿Don Chalequito?

CUSTODIO.- ¡Ah! Es mejor que lo sepa. Así le pusieron cuando niño y yo acostumbré a llamarlo con ese nombre. Gonzalo, Chalo, Chaleco, Chalequito...

ÁNGELA.- Un nombre declinado.

CUSTODIO.- Eso será.

ÁNGELA.- ¿También yo debo llamarlo así?

CUSTODIO.- No, a menos que lo juzgue necesario.

ÁNGELA.- No me parece.

CUSTODIO.- ¿Quiere que le muestre dónde está su dormitorio?

ÁNGELA.- Antes quisiera conocer la topografía del lugar.

CUSTODIO.- (Sin entender.) Ah... claro.

ÁNGELA.- Dónde están las cosas, qué pieza es ésa...

CUSTODIO.- (Protegiendo la puerta del dormitorio de Gonzalo que está a la izquierda.) Éste... éste es el dormitorio de don Chalequito.

ÁNGELA.- ¿Y ésta es la única entrada que tiene?

CUSTODIO.- Bueno no, no exactamente. Hay otra entrada.

ÁNGELA.- ¿Otra entrada?

CUSTODIO.- O más bien dicho una salida.

ÁNGELA.- ¿Hacia dónde?

CUSTODIO.- Directa al vestíbulo, donde está el ascensor.

ÁNGELA.- Como quien dice una salida secreta.

CUSTODIO.- Bueno, eso es cuestión de nombres.

ÁNGELA.- ¿Y para qué?

CUSTODIO.- ¿Para qué?

ÁNGELA.- ¿Para qué hay una salida secreta?

CUSTODIO.- Bueno... este...

- ÁNGELA.— Escúcheme, Custodio, vamos a trabajar juntos, así es que lo mejor es que me lo cuente todo, ¿no le parece?
- CUSTODIO.— No le he escondido nada.
- ÁNGELA.— Pero ahí está lleno de titubeos.
- CUSTODIO.— Bueno, a veces... cuando don Chalequito no está solo, quiero decir cuando está acompañado...
- ÁNGELA.— ¿Sí?
- CUSTODIO.— Bueno, a veces llega alguien que don Chalequito no quiere ver.
- ÁNGELA.— ¿Quién?
- CUSTODIO.— Casi siempre es un caballero.
- ÁNGELA.— El marido de la señora.
- CUSTODIO.— Sí, a veces. Entonces yo le aviso por el citófono, entretengo al caballero un rato y así la señora puede retirarse.
- ÁNGELA.— Comprendo. (*Indicando una puerta que hay a la derecha.*) ¿Y hacia allá?
- CUSTODIO.— Hacia allá está la cocina.
- ÁNGELA.— ¿Con puerta secreta?
- CUSTODIO.— (*Un tanto avergonzado.*) Sí.
- ÁNGELA.— ¿Para qué?
- CUSTODIO.— Es que a don Chalequito le gusta a veces comer en la cocina. Lo que él llama “darse a la bohemia”. Una mesa con mantel a cuadros, una botella que sirve de candelabro y la comida encargada al restorán colocada en cacerolas, como si él la hubiese cocinado. En esas ocasiones yo no sirvo, él mismo oficia de mozo. Yo me quedo aquí, poniendo arias de “La Bohème” en el fonógrafo.
- ÁNGELA.— (*Indicando una tercera puerta, también a la derecha.*) ¿Y esa otra puerta?
- CUSTODIO.— Es la de la pieza suya.
- ÁNGELA.— ¿También con salida secreta?
- CUSTODIO.— No. Las amas de llave siempre han sido solteras.
- ÁNGELA.— Pasemos a otros detalles. Cuénteme la vida del señor.
- CUSTODIO.— ¿Cómo?
- ÁNGELA.— La vida que lleva, lo que hace, a qué hora se levanta.
- CUSTODIO.— Depende.
- ÁNGELA.— ¿De la hora en que se ha acostado?
- CUSTODIO.— No, más bien de las visitas que ha tenido.
- ÁNGELA.— Porque entonces recibe todas las noches.
- CUSTODIO.— Más o menos. La última vez que no tuvo visitas fue hace tres años cuando le dio la alfombrilla.
- ÁNGELA.— Ah.
- CUSTODIO.— Pero como a la señora también le dio decidieron convalecer juntos.
- ÁNGELA.— ¿Tiene amigos?
- CUSTODIO.— No tiene tiempo.
- ÁNGELA.— ¿Y cuál es su horario de trabajo?
- CUSTODIO.— Elástico. Depende de lo que tenga que hacer aquí en la casa que yo creo que no se puede llamar trabajo.
- ÁNGELA.— Ahí radica el mal, en la falta de horario. No debe tener ninguna organización. Por lo tanto fijaremos una hora para levantarse, otra para comer, otra para acostarse. Lo importante es que todo esté planeado.
- CUSTODIO.— Pero si nosotros, el caballero y yo, jamás hemos planeado nada.
- ÁNGELA.— Simplifiquemos, Custodio. Por ahora voy a trazar un horario definitivo y exhaustivo.
- CUSTODIO.— Ya cambiaré de opinión cuando lo conozca.
- ÁNGELA.— Eso vamos a verlo.
- CUSTODIO.— ¡Claro que lo vamos a ver!
- ÁNGELA.— No se enoje. Lléveme la maleta a mi pieza por favor y allá redactaremos el horario.

CUSTODIO.— Le aconsejaría, señorita, que no lo intentara.

ÁNGELA.— La maleta, por favor.

CUSTODIO.— Usted dirá. Yo no respondo de las consecuencias.

ÁNGELA.— (*Indicando una puerta.*) ¿Es por aquí?

CUSTODIO.— Es por su bien.

(*Después que han salido, la escena queda vacía durante algunos segundos. Luego aparece Ángela que ha olvidado su cartera. Mientras la busca, entra Gonzalo con un gran ramo de flores y la sorprende.*)

GONZALO.— ¡No! ¡No se mueva! Déjeme mirarla así... ¡No! No hable, no destruyamos el momento... ¿Cómo ha podido demorarse tanto? ¿Por qué no se vino antes? ¿Por qué se quedó allá sabiendo que yo la esperaba? ¡No! No me conteste... No diga nada... Después hablaremos, tengo tantas cosas que decirle, pero ahora... el momento... ¿Usted cree en los momentos, no es cierto? ¡No! No me lo diga. Lo sé... Me lo ha dicho tantas veces en sus cartas. (*Recitando.*) “Sólo quisiera vivir un momento a su lado!”. Pues bien ¡vivámoslo! Se terminó su pueblo, se terminó su provincia, se terminó su plaza con sus paseos por la tarde, se terminó todo... ¿No es cierto? ¡Chit! Todavía no... Déjeme mirarla y sentirme feliz. (*Recién parece darse cuenta de las flores que trae. Las arroja a los pies de Ángela con un gran gesto.*) Para usted... Flores, flores, flores para usted. Me habría gustado tener una montaña de flores y ofrecérselas. ¡Mañana! Mañana haremos locuras... Ahora, el momento...

ÁNGELA.— Pero...

GONZALO.— Por favor no rompa la magia, Cecilia. Desde ya la adoro.

CUSTODIO.— (*Entrando.*) Señorita Ángela, la llave de la maleta...

GONZALO.— (*Interrumpiendo.*) Déjanos, viejo. Estamos viviendo. La noche es nuestra, el mundo es... ¡Ángela! Pero si usted se llama Cecilia.

ÁNGELA.— Me llamo Ángela.

GONZALO.— No, no me va a mentir ahora. Pero si me parece estarla viendo durante mi última campaña. Discursos, empanadas, banderas... Y nosotros nos mirábamos intensamente. Yo en la tarima, usted entre las liceanas...

ÁNGELA.— (*Poniéndose los anteojos que se había sacado para buscar la cartera.*) Me llamo Ángela y soy la nueva ama de llaves.

GONZALO.— La nueva... ¡Custodio! ¿Cómo no me avisaste?

CUSTODIO.— No tuve tiempo, don Chalequito.

ÁNGELA.— Mucho gusto de conocerlo.

GONZALO.— Le pido disculpas. Yo no sabía...

ÁNGELA.— No tiene importancia. Me mandaron de la agencia “El ángel guardián”.

GONZALO.— Espero que será una buena guardiana. (*Trata de reír pero nadie lo sigue.*) Bueno... en fin... ¡bienvenida!

ÁNGELA.— Muchas gracias. Trataré de complacerlo en lo que desee.

GONZALO.— No faltaba más.

ÁNGELA.— Para eso estoy.

GONZALO.— Bueno, si insiste.

ÁNGELA.— Supongo que dispondrá de algunos segundos ahora.

GONZALO.— ¿Ahora? (*Por lo bajo a Custodio.*) ¿No ha llegado Cecilia?

ÁNGELA.— Me gustaría discutir ciertos problemas. Justamente le decía a Custodio que vamos a establecer un horario.

GONZALO.— ¿Un horario?

CUSTODIO.— Cuando las cosas suceden todos los días a la misma hora.

GONZALO.— (*Riendo.*) ¡Pero qué locura! Señorita...

ÁNGELA.— Ángela...

GONZALO.— Srta. Ángela... ¡Ángela! Igual que la otra.

CUSTODIO.— Y tan distinta.

GONZALO.— Me gustaría prevenirla que no conozco más horario que el día y la noche. Y a veces ni siquiera respeto ése.

ÁNGELA.— Tendrá que cambiar.

GONZALO.— ¿Quién?

ÁNGELA.— Usted. Para que una casa marche, es necesario que exista orden. Empezaremos por la mañana. El despertador sona...

GONZALO.— ¡Despertador!

CUSTODIO.— Ni siquiera tenemos relojes, señorita. Cuando se desea saber la hora nos asomamos para ver el de la iglesia.

ÁNGELA.— Compraremos uno, o varios. (*Mira su reloj pulsera.*) Son la ocho y media. ¿Le importaría, Custodio, ir a preparar su comida? La servirá a las nueve un cuarto.

GONZALO.— La comida ya está encargada.

ÁNGELA.— ¿Dónde?

CUSTODIO.— No, no está... Lo... lo cierto es que don Chalequito no come en casa.

ÁNGELA.— Hoy lo hará. ¿No es cierto, señor?

GONZALO.— Bueno... es decir...

ÁNGELA.— Ya lo ve, Custodio. Vaya a preparar algo.

CUSTODIO.— No sé cocinar.

ÁNGELA.— ¿Hay cocinera entonces?

GONZALO.— Rara vez como en casa. Y cuando eso sucede encargo la comida al restorán. Por eso hoy...

ÁNGELA.— (*Interrumpiendo.*) Muy mal hecho. Así es como se arruina el estómago. A partir de hoy también cuidaremos eso. (*A Custodio.*) ¿No sabe hacer nada?

CUSTODIO.— Sé cocer huevos. Quiero decir, sé hacer hervir el agua y si me dice cuántos minutos tengo que dejar el huevo adentro, me asomo a la ventana y miro el campanario.

ÁNGELA.— Vaya a calentar agua mientras. Yo iré apenas termine de fijar el resto del horario.

GONZALO.— (*En el momento en que Custodio inicia la salida.*) ¿Y Cecilia? (*Pero al ver que Ángela lo mira se turba todo y ríe.*)

ÁNGELA.— (*Cuando ha salido Custodio.*) Muy bien. en cuanto al resto...

GONZALO.— Permítame decirle lo contento que estoy de tener un ama de llaves tan buenamoza.

ÁNGELA.— Creo que es mejor que nos entendamos. No me gustan los piropos y como seguramente resulta muy cansador inventarlos, lo mejor es que se los ahorre. ¿A qué hora se levanta?

GONZALO.— (*Como impulsado por una fuerza superior a él.*) Cuando usted diga.

ÁNGELA.— A las siete y media entonces.

GONZALO.— ¡Pero si a esa hora recién me acuesto!

ÁNGELA.— No es problema. Como de ahora en adelante se recogerá a las diez y media, tendrá sus nueve horas de sueño.

GONZALO.— Las gallinas se recogen, señorita. Un hombre se acuesta.

ÁNGELA.— Hombre o gallina a las diez y media estará en cama.

GONZALO.— Pero hoy no. Ya tengo un compromiso. Empezaremos mañana, ¿qué le parece?

ÁNGELA.— Si se han de hacer bien las cosas, es mejor que se hagan así desde un principio.

GONZALO.— Deme permiso hasta mañana... Un permiso chiquitito...

ÁNGELA.— ¡Don Gonzalo!

GONZALO.— Es que se trata de un compromiso muy importante.

ÁNGELA.— ¿Con quién?

GONZALO.— Con... con alguien.

ÁNGELA.— ¿Con esa señorita Henríquez?

GONZALO.— Sí.

ÁNGELA.— No saldrá.

GONZALO.— Pero si es de mi zona. La hija de uno de mis electores. El padre me la recomendó muy especialmente.

ÁNGELA.— No nací ayer, don Gonzalo.

GONZALO.— Pero, ¿qué se imagina? Si es por lo de las flores y lo que dije, está totalmente equivocada. Ésa es la forma como nos damos la bienvenida por allá.

ÁNGELA.— ¿Ah, sí?

GONZALO.— Somos un tanto efusivos.

ÁNGELA.— ¿A qué hora se acostó anoche?

GONZALO.— Anoche, anoche... fíjese que no me acuerdo... Deben haber sido las cuatro...

ÁNGELA.— Entonces fue esta mañana. ¿Y antenoche?

GONZALO.— Más o menos... Un poquito más temprano tal vez.

ÁNGELA.— Lleva dos trasnochadas. ¿Y así quiere salir esta noche? Tengo ganas de mandarlo ahora mismo a la cama y que Custodio le sirva la comida en su dormitorio.

GONZALO.— Mire, me gustaría mucho darle en el gusto; pero tengo que recibir a la señorita Henríquez.

ÁNGELA.— Yo me encargaré de eso. A ver, Custodio puede llevarla a algún hotel y mañana usted la verá en su oficina.

GONZALO.— Pero es que...

ÁNGELA.— Por favor, don Gonzalo, no lo complique todo. ¿No ve que estoy tratando de organizar este caos?

GONZALO.— Eso es lo que usted cree.

ÁNGELA.— Ya verá la tranquilidad que otorga el orden.

GONZALO.— Pero si yo no puedo ver la tranquilidad.

ÁNGELA.— Porque no la conoce.

GONZALO.— Claro que la...

ÁNGELA.— Perdóneme. El agua debe estar hirviendo. Con permiso.

(Sale. Gonzalo permanece anonadado.)

GONZALO.— (Llamando.) Viejo, viejo...

CUSTODIO.— (Entrando.) Don Chalequito...

GONZALO.— ¿Qué es eso?

CUSTODIO.— Lo que mandaron de la agencia.

GONZALO.— ¿Y a qué hora sucedió esta desgracia?

CUSTODIO.— Un cuarto para las ocho.

GONZALO.— ¿Y no te había dicho que te libraras de ella?

CUSTODIO.— Despaché a la otra; pero ésta...

GONZALO.— ¡Qué nos pasa con las amas de llaves! Ni que fueran cancerberos. Y lo cierto es, viejito, que me producen pánico. No sé por qué, pero con ésta me sentí frente a una aplastadora.

CUSTODIO.— Algo tiene.

GONZALO.— Tenemos que enfrentar la situación.

CUSTODIO.— ¿Cómo?

GONZALO.— La llamo y le digo cuatro claridades.

CUSTODIO.— ¿Y si le contesta?

GONZALO.— La echo.

CUSTODIO.— ¿Y si nos arma un escándalo?

GONZALO.— ¿Tú crees?

CUSTODIO.— No me cabe la menor duda. No había más que ver cómo metió los huevos dentro del agua hirviendo, como si fuéramos nosotros dos.

GONZALO.— ¿Y qué vamos a hacer con Cecilia?

CUSTODIO.— No creo que la deje entrar.

GONZALO.— Ni que me deje salir.

(Piensan durante un segundo y luego al unísono.)

GONZALO.— ¡La puerta secreta!

ÁNGELA.— (Apareciendo.) Debiera darle vergüenza, Custodio, esos huevos tenían pollo.

CUSTODIO.— ¡Mírenlos!

ÁNGELA.— ¿Cuánto tiempo que los tenía?

CUSTODIO.— Uno, dos, tres años. Pero deben haber venido empollados, porque gallina sí que no hemos tenido nunca.

GONZALO.— No, gallina no hemos tenido nunca.

ÁNGELA.— Habrá que buscar otra cosa.

GONZALO.— Para decirle la verdad, no tengo mucha hambre. Acabo de almorzar.

ÁNGELA.— Pero tiene que comer.

GONZALO.— ¡Encarguemos algo al Club! Viejo, por qué no vas...

ÁNGELA.— ¡Nadie se mueve! (*Todos quedan inmobilizados.*) ¿No hay algún tarro de conserva, por lo menos?

GONZALO.— ¿Conservas?

CUSTODIO.— ¿Conservas? ¡Ah! Sí, encima del escritorio de don Chalequito.

ÁNGELA.— ¿En el escritorio?

CUSTODIO.— Sí, unos muy bonitos. Los usa como pisapapeles. Voy a buscarlos.

ÁNGELA.— Yo iré. (*Desaparece en la pieza de Gonzalo.*)

GONZALO.— Viejo, esto es más grave de lo que pensamos. Mucho me temo que nos hayan mandado una loca.

CUSTODIO.— No deja de ser extraordinario.

GONZALO.— ¿Qué cosa?

CUSTODIO.— Que lo domine así. Usted que hace lo que quiere con las otras señoras, cada vez que se enfrenta con un ama de llaves parece que perdiera algo.

GONZALO.— ¡No he perdido nada! Lo que pasa es que ésta es una loca y se me ocurre que bastante peligrosa. Por eso hay que actuar con inteligencia. Apenas salga de ahí, tú vas a buscar la llave de la otra puerta. Comeré sus cocimientos, le daré gusto en todo y cuando se vaya a acostar, tú bajas a esperar a Cecilia y la haces entrar por... (*Aparece Ángela con los tarros de conserva.*) Sí, Custodio... dicen que el dólar subirá... Discutíamos problemas financieros con Custodio. Se interesa mucho por los problemas financieros.

ÁNGELA.— Mejor es que ponga la mesa.

CUSTODIO.— ¿Dónde?

ÁNGELA.— Que ponga los cubiertos y los platos sobre la mesa.

CUSTODIO.— Tampoco tenemos de eso. Siempre los mandan con las viandas.

ÁNGELA.— ¿No tiene servicio?

GONZALO.— Creo que había uno, ¿qué se habrá hecho, viejo?

CUSTODIO.— Fueron los que decoré.

GONZALO.— ¡Ah, claro! (*A Ángela.*) El médico le recomendó distracción, algún trabajo manual y decidimos que pintara los platos de servicio. Lo hizo muy bien. ¿No los ha visto decorando los muros de la cocina?

ÁNGELA.— Veré lo que encuentro. (*Y en el momento de salir.*) Ah, olvidaba decirles. Le eché llave a las puertas secretas, por si se les ocurría... (*Sale.*)

GONZALO.— Viejo, pellízcame. A lo mejor esto es un sueño.

CUSTODIO.— No, don Chalequito, estamos bien despiertos.

GONZALO.— ¿Y qué vamos a hacer? Me siento como el Conde de Montecristo antes del segundo tomo.

CUSTODIO.— (*Indicando la puerta de calle.*) Siempre nos queda ésa.

GONZALO.— Tienes razón. Vamos.

(*Con gran sigilo y lanzando miradas hacia la cocina, se acercan a la puerta de calle. Intempestivamente, suena el timbre. Los dos se inmovilizan como si los hubieran atrapado en una trampa. Entra Ángela.*)

ÁNGELA.— ¿Qué no oye el timbre, Custodio?

CUSTODIO.— Iba a abrir, señorita.

GONZALO.— ¡Vamos a abrir.

ÁNGELA.— Yo iré. (*A los pocos segundos vuelve con una carta.*) Una carta expresa. (*Lee el sobre: "Señor Gonzalo Cortés". Pero antes de que él pueda tomarla, la abre y lee.*) "Mi bien adorado"... Debe ser de la señorita Henríquez. "A última hora decidí no partir. La vida es demasiado difícil. Lo quiero por sobre todas las cosas; pero sé que no seré más que un estorbo. Adiós, adiós, Cecilia". Bueno, con esto queda solucionado el problema señorita Henríquez. ¡Ah! Hay una posdata. "P.D.: Le envío una hoja de plátano oriental. ¿Se acuerda? Fue bajo ellos que nos conocimos". (*Pasándosela.*) Aquí está.

GONZALO.— *(Rechazándola.)* No, por favor. Soy alérgico.

ÁNGELA.— ¿No ve? Y quería salir de noche en esta época en que los plátanos orientales están floreciendo. Bueno, ya va a estar lista la comida. Después de todo no quedó tan mala. Y será la primera de muchas, muchas otras comidas. Porque si uno tiene un departamento como éste, con una cocina como ésa, lo lógico es que se coma en casa, ¿no le parece? *(Mira el reloj.)* ¡Dios mío! Casi las nueve. Apurarse, porque hay que servir la comida a las nueve un cuarto. *(Y al salir se detiene.)* ¡Ah! Le eché llave a la puerta de calle. Así no habrá tentaciones, ¿no les parece?

Telón

SEGUNDO ACTO

ESCENA 1ª

(Ha habido varios cambios en la pieza. Está mucho más ordenada y en uno de los muros hay un reloj que marca las horas en forma despiadada. Es de noche y Custodio está limpiando afanosamente. Se escuchan ocho campanadas y, con la última, entra Ángela 8234.)

ÁNGELA.— ¿Todo listo?

CUSTODIO.— Todo.

ÁNGELA.— Ese cenicero no está en su sitio.

CUSTODIO.— *(Apresurándose a cambiarlo.)* Oh, perdón.

ÁNGELA.— Muy bien, vaya a la cocina a terminar de limpiar el servicio nuevo. Y no se olvide que antes de servir la comida tiene que sacudir los libros de la biblioteca.

CUSTODIO.— Muy bien, señorita.

ÁNGELA.— Ah, Custodio. Avíseme cuando llegue don Gonzalo.

CUSTODIO.— Muy bien, señorita.

ÁNGELA.— Apenas llegue.

CUSTODIO.— Muy bien, señorita.

(Aguarda que el mozo haya salido y luego, cerciorándose que nadie la ve, se acerca al teléfono y levanta el fono. No marca un número. La comunicación es inmediata.)

ÁNGELA.— ¿Aló? Comuníqueme con el Comité, por favor... Aló, habla Ángela 8234. Llamaba para rendir mi informe semanal... Creo que es satisfactorio... En los siete días que llevo aquí, he logrado imponerle un horario y organizarle la existencia. Creo que es el mejor camino... Justamente quería preguntarle eso. ¿No es necesario que vaya? Qué bueno. Hoy día no llegó a tomar té y no quiero dejarlo solo ni un minuto... ¿Yo? Muy bien. Éste es el trabajo que me gusta. No. ¡Cómo se le ocurre! Encuentro el mundo muy simple y puedo sortear todas las dificultades. ¿Tentaciones? ¿Cuáles tentaciones? ¿Las cosas de acá? No, no me interesan. Usted me conoce: lo único verdaderamente importante es el alma que se me ha encomendado... ¡Cuidado! Viene subiendo en el ascensor. Voy a tener que cortar... Descuide, no lo perderé de vista. Sí, llamaré la próxima semana.

(Corta y sale apresuradamente. Entra Gonzalo en puntillas y, al descubrir que no hay nadie en la pieza, avanza hacia su dormitorio. En ese momento aparece la cabeza de Custodio en la puerta de la cocina y carraspea. Gonzalo lanza una exclamación.)

GONZALO.— ¡Ay! Qué susto. Creí que era Nerón.

CUSTODIO.— Nerón está ocupada haciendo el inventario. Está muy enojada porque usted no vino a la hora del té a tomar sus vitaminas. Claro que le dije que usted había llamado cuando ella estaba afuera para decir que tenía reunión en la Cámara.

GONZALO.— ¿No se ha ido entonces?

CUSTODIO.— No, es decir salió y volvió.

GONZALO.— Pero volverá a salir, ¿no es cierto? Me dijo que tendría que ausentarse esta noche.

CUSTODIO.— Parece que ya no.

GONZALO.— ¿Estás seguro?

CUSTODIO.— Creo que sí.

GONZALO.— ¿Positivamente seguro?

CUSTODIO.— ¿Pero qué le pasa, don Chalequito?

GONZALO.— Es que como dije que iba a pasar la noche fuera, yo había organizado una salidita.

CUSTODIO.— Don Chalequito, hoy no es sábado.

GONZALO.— Pero es una oportunidad única. Imagínate... la mujer de un correligionario. Casada hace diez años con cinco de matrimonio titubeante, tres de coqueteos y dos de escaramuzas.

CUSTODIO.— No hable fuerte que lo puede oír Nerón.

GONZALO.— Y no voy a seguir llevando esta vida de castidad forzosa, con las salidas los sábados en la tarde, como un niño de colegio.

CUSTODIO.— ¡Chit! Yo también lo siento. Es como si hubiésemos perdido algo.

GONZALO.— ¡El gusto por la vida, viejo! Ya no vivimos, vegetamos.

CUSTODIO.— Pero, ¿qué podemos hacer?

GONZALO.— Despedir a Nerón.

CUSTODIO.— Muy fácil decirlo. ¡Cuántos métodos no hemos ensayado!

GONZALO.— Buscaremos otros. Qué sé yo... algo heroico. Estoy pronto a hacer lo que sea y rápido, esta misma noche, porque no pienso en deshacer mi compromiso con Teresa.

CUSTODIO.— ¿Teresa?

GONZALO.— La mujer de mi amigo.

CUSTODIO.— Teresa... ¡Qué tiempo que no se oía un nombre de mujer entre estas cuatro paredes!

GONZALO.— Es una mujer excepcional. Ayer la encuentro en la oficina de su marido. Mientras se empolva, veo que me mira por el espejito. Le sonrío, se turba toda... ¡Ah, si vieras cómo se ruboriza!

CUSTODIO.— Apostaría que también estornuda muy bien.

GONZALO.— Como una reina. Pero, ¿cómo sabías? Fue justamente por un estornudo que todo empezó. Salimos de la oficina y mientras esperábamos el ascensor, ella estornudó... Una especie de puchero encantador. Yo le dije algo... algo ingenioso...

CUSTODIO.— ¡Salud!

GONZALO.— Sí, creo que le dije eso. Pero, ¿cómo lo sabías?

CUSTODIO.— Intuiciones.

GONZALO.— Nos pusimos a reír. Bajamos juntos y, al salir a la calle, le digo...

CUSTODIO.— (*Recitando.*) No... no se mueva. Déjeme mirarla así. No destruyamos el momento.

GONZALO.— Sí, algo por el estilo. Esta mañana la llamo por teléfono. Parece que el marido todavía estaba ahí y por lo tanto tuvo que pretender que yo era la modista. La conversación fue estupenda. Me llamaba Madame Simone y cuando le pregunté si podríamos vernos hoy día, me contestó... y observa el arte con que lo planeó todo: "No, madame, no puede venir a probarme a la casa. Mi marido tiene unos amigos invitados a comer; pero yo iré a la suya, tardecito, porque hoy me toca mi Cruz Roja. Le mandaré el vestido antes, yo iré de delantal"... ¿Comprendes?

CUSTODIO.— No mucho.

GONZALO.— Para que su marido no sospeche al verla salir muy elegante, no se irá a cambiar. Se vendrá de la Cruz Roja acá y como me habrá mandado el vestido antes... ¡Me parece estarla viendo! De delantal blanco con una gran cruz roja en el pecho.

CUSTODIO.— Don Chalequito, soñar no cuesta nada. Pero acuérdesse de Nerón.

GONZALO.— Ah, no. Basta. Esto se acabó. Voy a despedirla. No sólo me ha quitado el gusto por la vida, sino que también me está creando un complejo. Ya ni miro a las mujeres en la calle, me paseo como una sombra, no me paro en las esquinas. No hago nada, viejo, nada.

CUSTODIO.— ¿Y qué podríamos hacer, don Chalequito?

GONZALO.— Lo mejor es ser directo y simple. Le diré: "Mire, Nerón, no voy a necesitar sus servicios y... Así es que háganos el favor de partir inmediatamente. Hasta luego o más bien adiós. Y que le vaya bien".

ÁNGELA.— (*Entrando.*) Buenas tardes.

GONZALO.— Bu... buenas tardes.

ÁNGELA.— ¿Qué les pasa? ¿Por qué se quedan ahí como dos conspiradores sorprendidos?

GONZALO.— ¿Conspiradores? ¡Qué idea! Le estaba diciendo a Custodio que a partir de mañana me despierte un cuarto de hora más temprano. Tengo mucho trabajo con las elecciones que se acercan.

ÁNGELA.— Muy bien. Pero tendrá que acostarse un cuarto de hora antes. Debe tener sus nueve horas de sueño.

GONZALO.— Últimamente he estado durmiendo más de doce.

ÁNGELA.— Y no se imagina el bien que le ha hecho. Si parece otro hombre.

GONZALO.— Sí, me siento otro.

ÁNGELA.— ¿No ve?

GONZALO.— Claro que el cambio ha sido demasiado drástico.

ÁNGELA.— Es la única forma de hacerlo. Si un fumador no deja el cigarrillo de una vez por todas...

GONZALO.— Es que el cigarrillo es una cosa y...

ÁNGELA.— ¿Terminó ya de limpiar los libros, Custodio?

CUSTODIO.— No, señorita.

ÁNGELA.— ¿Y qué está esperando? Ya sabe que don Gonzalo es alérgico y esa biblioteca era un reservorio de polvo. ¿Cómo quiere que siga leyendo?

GONZALO.— ¡Que siga!

ÁNGELA.— Esta noche terminará el tomo de *Medicinas primitivas en la Nueva América* y empezará el de *Astrología y ciencias llamadas positivas*.

GONZALO.— Pero, señorita Ángela, ya no puedo más. En una semana Heródoto y tres volúmenes de *Tácticas militares*.

CUSTODIO.— (*Por lo bajo.*) Que de poco le han servido.

ÁNGELA.— ¿Y no está contento de haberlo hecho?

GONZALO.— Pero si yo sólo compré esos libros porque las pastas eran bonitas. Para adornar la pieza. Si hubiera sabido que usted me iba a hacer leerlos, habría escogido una colección de novelas policiales.

ÁNGELA.— ¿Para soñar con crímenes que nunca cometerá?

GONZALO.— (*Mirándola de alto a bajo.*) No estoy tan seguro.

ÁNGELA.— Razón de más entonces para que no lea esa literatura. ¿Por qué no vino a tomar té?

GONZALO.— No pude, inconvenientes de última hora.

ÁNGELA.— Supongo que tendrá que creerle. Esta noche tomará doble dosis de Compuesto Vitaminizado. ¡Ah! Olvidaba decirle. No va a ser necesario que yo pase la noche afuera. Solucioné mis problemas esta tarde y ya no tendré que salir.

GONZALO.— ¡Qué lástima!

ÁNGELA.— ¿Cómo?

GONZALO.— Qué lástima que haya tenido un problema.

ÁNGELA.— Así yo misma lo despertaré un cuarto de hora más temprano.

GONZALO.— Justamente quería decirle...

ÁNGELA.— ¿Sí?

GONZALO.— En realidad, nada. (*Pidiendo ayuda.*) ¡Viejo!

CUSTODIO.— Don Chalequito quería decirle...

ÁNGELA.— ¡Custodio, a sus libros! ¿Qué es lo que desea, don Gonzalo?

GONZALO.— Bueno... resulta que... ¿cómo explicarle? Es una historia larga y bastante complicada.

¿Por qué no nos sentamos? Viejo, trae un poco de whisky y hielo.

ÁNGELA.— Yo no bebo y no creo que a usted le convenga tomar antes de comida.

GONZALO.— ¿Ah, no?

ÁNGELA.— No.

GONZALO.— Bueno.

ÁNGELA.— (*Sentándose.*) ¿De qué se trata?

GONZALO.— (*Sentándose también.*) Resulta que... bueno, en la Cámara hubo hoy una sesión muy entretenida.

ÁNGELA.— ¡Ah, sí?

GONZALO.— Sí. Muy. Se habló de... de relaciones.

ÁNGELA.— Ah.

GONZALO.— Claro, dijeron que para que los pueblos se entendieran, era necesario tener embajadores, porque querían suprimir los embajadores...

ÁNGELA.— ¡Ah, sí?

GONZALO.— Cuando son tan necesarios, ¿no le parece? Porque un embajador es como... Mire, como yo por ejemplo, que necesito estar en contacto con la gente, conocerla, salir con ella, en otras palabras convivir.

ÁNGELA.— Comprendo. ¿Pero adónde conduce todo esto? ¿Lo van a nombrar embajador?

GONZALO.— No, cómo se le ocurre.

ÁNGELA.— ¿Entonces?

GONZALO.— Es que... hallé tan interesante este debate en la Cámara. Resulta que esta noche...

ÁNGELA.— ¿Esta noche?

GONZALO.— Justamente, esta noche... había pensado... (*Pidiendo ayuda.*) ¡Viejo!

CUSTODIO.— ¿Puedo hablar?

ÁNGELA.— Sí don Gonzalo no es capaz de hacerlo...

CUSTODIO.— Se trata de lo siguiente: don Chalequito había organizado una salida para esta noche...

ÁNGELA.— ¡Ni pensarlo! Hoy es martes.

CUSTODIO.— Justamente al martes viene después del lunes y el lunes después del...

GONZALO.— Domingo que viene después del sábado y...

CUSTODIO.— Por eso va a tener que salir.

ÁNGELA.— Ni pensarlo, don Gonzalo. No voy a permitir que reinicie su vida de trasnochadas, de desorden, de cuanta cosa hay.

CUSTODIO.— (*Por lo bajo.*) Nerón vuelve al ataque.

ÁNGELA.— ¿Qué dice?

CUSTODIO.— Nada, estaba leyendo el título de este libro.

GONZALO.— Pero es que tengo que salir.

ÁNGELA.— ¿Por qué?

GONZALO.— Porque tengo y tengo y tengo que salir.

ÁNGELA.— Pero, ¿con quién va a salir?

GONZALO.— Con... (*Ocurriéndose de pronto.*) Con una tía que me llega del campo. Sí, una tía, madre de mi hermana.

ÁNGELA.— ¿Cómo?

GONZALO.— Quiero decir una hermana de mi madre, que no veo hace muchos años y que es muy importante, porque tiene grandes tierras en mi zona y tiene mucho... mucho poder por esos lados. ¿Me comprende? Tengo que atenderla.

ÁNGELA.— Naturalmente.

GONZALO.— Ah, yo sabía que usted me comprendería. Y eso no es todo. Voy a presentársela a algunos de mis correligionarios y así ellos la conocerán. Porque cuando uno presenta a una persona a otra, éstas se conocen, ¿no le parece? Bueno, quiero decir que una persona con la otra y conociéndose las dos... Así es que tengo que sacar a pasear a mi tía. ¡Tengo que sacarla!

ÁNGELA.— Comprendo perfectamente.

GONZALO.— ¿Entonces me dará permiso?

ÁNGELA.— Sí.

GONZALO.— Muchas, muchas gracias.

ÁNGELA.— No sólo le daré permiso, sino que iré con usted.

GONZALO.— ¿Cómo?

CUSTODIO.— ¡Cómo!

ÁNGELA.— Sí, tengo muchas ganas de conocer a su tía.

GONZALO.— ¡No! ¡No es posible!

ÁNGELA.— ¿Por qué?

GONZALO.— Porque... porque es inválida.

ÁNGELA.— ¿Inválida?

GONZALO.— Sí, sumamente inválida.

ÁNGELA.— ¿Y eso qué tiene que ver?

GONZALO.— Es que es una inválida excéntrica y... y no le gusta ver gente.

ÁNGELA.— ¿Y no la va a llevar donde sus amigos?

GONZALO.— Ah, sí. Bueno, lo cierto es que como voy a llevar a mi tía inválida y excéntrica donde mis amigos y ellos (*Ya en una confusión total, clamando ayuda.*) ¡Viejo!

CUSTODIO.— Los amigos sabrán comprender.

GONZALO.— Viejo, un whisky, rápido. No me siento bien.

CUSTODIO.— (*A Ángela.*) ¿Puedo traerle uno?

ÁNGELA.— Uno chico y las vitaminas. Eso es lo que pasa por no tomar sus remedios a la hora. ¿Se siente mal? Está muy pálido. ¿Quiere que abra la ventana? (*Custodio ha salido durante esta réplica.*)

GONZALO.— No, podría lanzarme por ella.

(*Custodio entra con el whisky. Suena el timbre.*)

ÁNGELA.— Yo iré a abrir. (*Sale.*)

GONZALO.— ¿Qué vamos a hacer, viejito? ¿Qué vamos a hacer?

CUSTODIO.— Francamente no lo sé.

GONZALO.— ¡Apostaría que es Teresa! Éstos son los momentos en que uno desea que lo hubiera atropellado un auto.

ÁNGELA.— (*Entrando con una caja de cartón.*) Una caja.

GONZALO.— (*Por lo bajo.*) ¡El vestido!

ÁNGELA.— No se moleste, voy a abrirlo.

GONZALO.— No, de ningún modo.

ÁNGELA.— ¿Por qué?

GONZALO.— Porque... (*Interrogando a Custodio.*) ¿Por qué?

CUSTODIO.— Porque es una sorpresa.

ÁNGELA.— ¿Una sorpresa?

CUSTODIO.— Una sorpresa que le tenía reservada.

ÁNGELA.— ¿A mí?

GONZALO.— Sí.

ÁNGELA.— Voy a abrirla entonces.

GONZALO.— ¡No!

CUSTODIO.— Es una sorpresa para su cumpleaños.

ÁNGELA.— ¿Y cómo lo supo?

GONZALO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— Que hoy es mi cumpleaños.

GONZALO.— (*Declarándose vencido.*) No hay caso, viejo. El destino está en contra.

ÁNGELA.— (*Que ha abierto la caja.*) ¿Un vestido? Se lo agradezco mucho, don Gonzalo.

GONZALO.— De nada.

CUSTODIO.— Cuando se le ofrezca.

ÁNGELA.— Es la primera vez que alguien me regala algo para mi cumpleaños.

GONZALO.— ¿Cómo? ¿Nadie la celebra? Custodio, encarga de inmediato una torta con velitas para que la señorita Ángela y tú la coman esta noche.

ÁNGELA.— ¿Y usted?

GONZALO.— Yo tengo que salir con mi tía.

ÁNGELA.— ¿Y por qué no la trae a comer acá?

GONZALO.— ¡No!

ÁNGELA.— ¿Por qué?

GONZALO.— Porque... porque no le gustan las tortas con velitas. Le tiene terror al fuego. Quedó inválida en un incendio.

ÁNGELA.— Pero entonces encargaremos una torta sin velitas.

GONZALO.— (*Mismo juego.*) ¡Viejo!

CUSTODIO.— ¿Y por qué no se va a probar el vestido?

ÁNGELA.— ¿Ahora?

CUSTODIO.— Sí, a lo mejor no le queda bien. Y es preferible saberlo al tiro. ¿No le parece, don Chalequito?

GONZALO.— (*Pensando en sus otros planes y cómo solucionarlos.*) No.

CUSTODIO.— ¿Cómo que no? Vaya a probárselo, señorita.

ÁNGELA.— ¿Quiere que le diga algo? Tengo muchas ganas de ponérmelo.

CUSTODIO.— Entonces...

ÁNGELA.— ¿Qué piensa usted, don Gonzalo?

GONZALO.— (*Anonadado.*) Yo pienso que cuando una persona conoce...

CUSTODIO.— (*Interrumpiendo.*) Piensa que también tiene que probárselo.

ÁNGELA.— Bueno, no me demoro nada.

(*Sale. Hay un momento de silencio.*)

GONZALO.— ¿Viejo, existe todavía aquél jardincito en la terraza?

CUSTODIO.— Sí, don Chalequito.

GONZALO.— Entonces anda y cava una tumba. ¡Viejo! No me dejes solo. Entre los dos podemos defendernos mejor.

CUSTODIO.— Si no lo voy a dejar solo, don Chalequito.

GONZALO.— Porque ser dos es una solución, ¿no es cierto, viejo?

CUSTODIO.— Claro que sí.

GONZALO.— Y dos es una cifra más... redonda.

CUSTODIO.— Y es par además.

GONZALO.— Claro. Pero, ¿qué vamos a hacer, viejo? ¿Qué vamos a hacer? Yo tengo que salir esta noche. Tengo, tengo que salir. (*Se va exacerbando poco a poco.*) ¿Y quién diablos es ese monstruo? ¿Quién? ¿Un demonio? ¿Un señor feudal? ¿La honorable Universidad? ¡Y todo se le va arreglando de acuerdo a lo que desea!

CUSTODIO.— No deja de ser extraordinario.

GONZALO.— ¿Qué?

CUSTODIO.— Que todo se le vaya arreglando.

GONZALO.— Viejo, no me irás a traicionar.

CUSTODIO.— ¡Cómo se le ocurre! Yo siempre estaré a su lado, defendiéndolo como un ángel guardián.

GONZALO.— ¡Un ángel guardián! Eso es lo que necesito. Alguien que me proteja, que me cuide, que me guarde contra ésta... ¡Ah, no! Pero no me voy a dejar achatar. Por algo soy hombre desde hace... ¿cuántos años, viejo?

CUSTODIO.— Algunos no más, don Chalequito.

GONZALO.— Vamos a trazar un plan. A ver... ¿Cuál es la situación actual?

CUSTODIO.— (*Mientras ambos se colocan sobre la mesa y dibujan en un papel.*) Son casi las nueve.

GONZALO.— Teresa debe estar por llegar.

CUSTODIO.— La señorita Ángela tiene el vestido...

GONZALO.— De la señora Teresa.

CUSTODIO.— Y hay que recuperarlo.

GONZALO.— Objetivo: recuperar el vestido.

CUSTODIO.— Pregunta: ¿cómo hacerlo?

GONZALO.— Diciéndole que le queda mal, que se lo saque y que tú, a primera hora, lo llevarás a la tienda.

CUSTODIO.— Con suerte, se lo saca.

GONZALO.— Y tú lo llevas al dormitorio. Nos sentamos a esperar.

CUSTODIO.— ¡Suena el timbre!

GONZALO.— ¿Dónde?

CUSTODIO.— Quiero decir: sonará el timbre.

GONZALO.— Ah.

CUSTODIO.— Hago pasar a la señora Teresa.

GONZALO.— Al dormitorio.

CUSTODIO.— ¿Derecho?

GONZALO.— Para que se cambie el vestido.

CUSTODIO.— Y cuando Nerón la vea, ¿no cree que sospechará algo?

GONZALO.— No la verá. Saldremos por la puerta secreta.

CUSTODIO.— Pero si la señorita Ángela tiene las llaves.

GONZALO.— No todas. Ayer hice venir un cerrajero y saqué una copia.

CUSTODIO.— Pero esta mañana ella hizo venir a otro cerrajero y cambió la cerradura.

GONZALO.— ¿No te lo decía yo? El cielo está en contra.

CUSTODIO.— O a favor.

GONZALO.— ¿Cómo?

CUSTODIO.— A favor de Nerón.

GONZALO.— ¡Viejo! ¿La estás defendiendo de nuevo?

(En ese momento entra Ángela. Se ha puesto el vestido rojo de Teresa. Se ha soltado el cabello, se ha sacado los lentes. Parece otra persona.)

ÁNGELA.— ¿Y?

GONZALO.— ¡No! No se mueva... Déjeme mirarla. No destruyamos...

CUSTODIO.— ¡Don Chalequito!

GONZALO.— Perdóneme, señorita Ángela. Le queda muy bien el vestido.

CUSTODIO.— Muy mal, querrá decir.

GONZALO.— *(Como volviendo en sí.)* Ah, sí, claro, muy mal. Es una lástima. Pero es poca cosa.

¿Por qué no se lo saca y Custodio lo llevará mañana para que se lo arreglen?

ÁNGELA.— Pero si me queda muy bien.

GONZALO.— No, no, créame, le flota un poco y esto... esto está al sesgo.

ÁNGELA.— Tiene que ser así.

GONZALO.— No, de ningún modo. ¿No te parece, viejo, que no tiene que ser al sesgo?

CUSTODIO.— Claro que no.

ÁNGELA.— Están equivocados. Parece hecho sobre medida. No sabe cuánto se lo agradezco, don

Gonzalo. Eso quiere decir que está contento con mis servicios.

GONZALO.— ¡Dichoso! *(Suena el teléfono.)* ¡El timbre!

CUSTODIO.— *(Casi al unísono.)* ¡El teléfono!

ÁNGELA.— Yo contestaré. *(Ambos corren, pero es ella quien llega primero.)* ¿Aló? Sí... ¿De parte de quien?... Ah. No sé si está. Un momento. *(A Gonzalo):* Es una señora Teresa.

GONZALO.— ¡Teresa!

ÁNGELA.— Voy a decir que salió.

GONZALO.— No, si estoy aquí... ¡Estoy aquí!

ÁNGELA.— *(Que ha seguido hablando por el teléfono.)* Lo siento, pero salió. Claro que estoy segura.

GONZALO.— *(Gritando al aire.)* ¡Teresa! ¿Aló, Teresa? Es... es mi tía, señorita. ¡Mi tía!

ÁNGELA.— *(Pasándole el fono.)* Oh, perdón.

GONZALO.— ¿Aló? Sí, Teresa. *(Ángela lo mira.)* Soy yo, tía Teresa... No, nada, qué quiere que me pase. Es... es el calor. ¿No halla que hace mucho calor? ¿Lluvia? No, no me había fijado, tía, que estaba lloviendo... ¿Cómo? ¿Tuvo un inconveniente? ¿No va a poder venir acá? ¡Mejor, tía!... Después se lo explico. ¿Y dónde quiere que nos juntemos? Sí, sí... No, no me importa que vaya de delantal... tía. Sí, en un cuarto de hora más. Hasta luego, tía. Cúdense.

ÁNGELA.— ¿Qué le pasó?

GONZALO.— Una historia muy larga. Mañana se la cuento. Hasta luego, hasta luego...

ÁNGELA.— *(Interponiéndose entre él y la puerta.)* No nos ha dicho si va a traer a su tía a comer.

GONZALO.— No, ya no es posible.

ÁNGELA.— ¿Por qué?

GONZALO.— Porque... porque tuvo un accidente.

ÁNGELA.— ¿Un accidente?

GONZALO.— Después le explicaré, tía, quiero decir, señorita Ángela.

ÁNGELA.— Tranquílcese. ¿Qué accidente tuvo su tía?

GONZALO.— Bueno, estaba en ese restorán y se cayó dentro de la piscina y, como es inválida, no hay quien la saque.

ÁNGELA.— ¿Un restorán con piscina? ¿Y la telefoneaba desde la piscina?

GONZALO.— No, ya la sacaron. La están secando. Pero no hay quien se la lleve.

ÁNGELA.— Si su tía ha tenido un accidente, yo soy la persona más indicada para acompañarlo.

CUSTODIO.— Seguramente es enfermera titulada.

ÁNGELA.— ¿Cómo lo supo? Voy a buscar un impermeable y lo acompaño. *(Sale rápidamente hacia su dormitorio.)*

GONZALO.— *(Como alguien que sabe que nada peor le puede suceder.)* Era Teresa... Me está esperando en ese restorán que acaban de inaugurar, porque se le hizo tarde. Parece que reservó una mesa en un rincón y ya pidió dos piscos sour, dos piscos sour dobles y muy helados, ¿te acuerdas de ellos? *(Lentamente comienza a crecer su desesperación.)* Y yo... yo aquí, preso, encerrado, con todas las puertas con llave, listo para irme del brazo con Nerón en busca de una tía imaginaria. ¡Ah, no! No es por decir, viejo, pero creo que los cielos están exagerando.

ÁNGELA.— *(Apareciendo.)* ¿Vamos?

GONZALO.— Vamos.

Telón

ESCENA 2ª

(Algo ha sucedido en la pieza. Como si las paredes se hubieran hecho transparentes y se percibieran a través de ellas las luces de otros edificios, las estrellas tal vez. Ahora sí la pieza está suspendida en medio del cielo. Acaba de llover, la atmósfera está limpia, el aire húmedo y la luz de la luna entran por los ventanales. Se escuchan risas, una conversación y entran Ángela y Gonzalo.)

GONZALO.— ¡Ya viene el cortejo! ¡ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines...

ÁNGELA.— Ah, no, por favor, Gonzalo, no va a empezar...

GONZALO.— No vas a empezar.

ÁNGELA.— ¿Qué?

GONZALO.— Habíamos decidido tutearnos, ¿recuerdas?

ÁNGELA.— No vas a empezar a... ¿Qué iba a decir?

GONZALO.— Que no recitara más.

ÁNGELA.— Sí, eso es. Has recitado toda la noche.

GONZALO.— Muy bien. Me quedaré mudo, mudo como... como algo totalmente callado. *(Al sacar-le el impermeable trata de abrazarla.)*

ÁNGELA.— ¡Gonzalo! Prometiste que te ibas a portar como un hombre...

GONZALO.— Es lo que estoy tratando de hacer.

ÁNGELA.— Un hombre serio y responsable.

GONZALO.— Sí, señorita profesora.

ÁNGELA.— No me llames profesora, ni señorita tampoco.

GONZALO.— Bueno, mi honorable Universidad transfigurada.

ÁNGELA.— *(Dejándose caer en el sofá.)* ¡Estoy tan cansada! Tan agradablemente cansada. Creo que nunca había bailado tanto.

GONZALO.— Nunca habías bailado, ésa es la verdad.

ÁNGELA.— Pero resulté muy buena alumna. ¡Confíésalo!

GONZALO.— (*Acercándose.*) Excelente.

ÁNGELA.— Gonzalo, enciende la luz y hablemos del tiempo.

GONZALO.— ¿Con esta luna? Ni loco.

ÁNGELA.— Ya paró de llover.

GONZALO.— ¿Sabes que no vuelve a ocurrir sino en veintiocho días más?

ÁNGELA.— ¿Qué cosa?

GONZALO.— La luna llena.

ÁNGELA.— Así es que también sabes algo de geografía... no, no es eso, de geofísica, de cómo se llama...

GONZALO.— No tengo la menor idea. Sólo sé que hay luna llena cada veintiocho días.

ÁNGELA.— ¡Entonces hoy la luna también está de cumpleaños!

GONZALO.— ¡Hay que celebrarlo!

ÁNGELA.— ¡Claro que sí! Feliz cumpleaños, luna.

GONZALO.— (*Tratando de abrazarla.*) ¡Feliz cumpleaños!

ÁNGELA.— Gonzalo... sea más respetuoso con... con su ama de llaves.

GONZALO.— ¿Y si lo celebráramos con champaña?

ÁNGELA.— No, muchas gracias. Ya he bebido bastante.

GONZALO.— Pero hay que brindar por la luna. Por los veintiocho días de la luna y... ¿los cuántos tuyos?

ÁNGELA.— No me acuerdo.

GONZALO.— ¡Qué lástima, porque hay que tomar un trago por cada día!

ÁNGELA.— Tomemos un trago largo y cada uno lo descompone como quiera.

GONZALO.— Muy buena idea. Voy a ir a buscar el champaña. (*En la puerta se detiene.*) Ángela, ¿qué crees que dirá esa señorita ácida que duerme allá adentro?

ÁNGELA.— ¡Chit! No la despiertes.

GONZALO.— Tienes razón. (*Sale en puntillas. Ángela mira la pieza, sonríe. Está muy contenta. Se acerca al fonógrafo y coloca un disco, tal vez el que escucharon en el restorán. Se detiene, recuerda. Después de algunos segundos vuelve Gonzalo con la botella de champaña y copas.*)

ÁNGELA.— Gonzalo, ¿por qué nadie me había contado?

GONZALO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— Que todo era tan simple, que es tanto más agradable estar en pie después de las once de la noche, que en los restoranes tocan música como ésta, que la luna se pone redonda cada veintiocho días.

GONZALO.— ¡Brindemos por ella!

ÁNGELA.— Bueno.

GONZALO.— Tú primero.

ÁNGELA.— No, tú.

GONZALO.— Me inclino... (*Con voz de discurso político.*) Correligionarios... (*Inclinándose hacia ella, en otro tono.*) Mi única y querida correligionaria... (*En discurso político.*) En estos momentos trascendentales... (*Mismo juego.*) y en este segundo tan... tan...

ÁNGELA.— Primero.

GONZALO.— Y único... (*En discurso político.*) Alzo mi copa... y bajo esta hasta usted, mi dulce, mi querida, mi...

ÁNGELA.— No más, no más...

GONZALO.— Mi no más correligionaria para decirte que es mejor no contrariar al destino y que, de ahora en adelante, lo seguiré con fe ciega. ¡Salud!

ÁNGELA.— ¿Y eso que tiene que ver?

GONZALO.— Yo me entiendo. (*Baja el tono de la música y ésta se pierde durante el siguiente parlamento.*) Ahora te toca a ti.

ÁNGELA.— Brindo... brindo por las cosas que duran apenas, por lo que viene y se va, por haberlo sabido, brindo por poder olvidar y por la luna que dura veintiocho días, por lo que pasa, por lo que pasará, y brindo por creer en esto y en eso, y brindo...

GONZALO.— Basta, basta, basta. ¡Salud!

ÁNGELA.— (*Después de beber.*) ¿Por qué no me habías dicho que hacía cosquillas?

GONZALO.— ¿Nunca habías tomado champaña?

ÁNGELA.— Nunca.

GONZALO.— ¿Entonces tendré que enseñártelo todo?

ÁNGELA.— (*Riendo.*) Todo, todo... (*De pronto la luz de un rayo atraviesa la escena. Hay un momento de espera.*) No, todo no.

GONZALO.— ¿Y eso que fue? ¡Un rayo! ¡Qué raro cuando no hay una sola nube!

(*Ella vuelve a beber y, poco a poco, la risa se insinúa. Él termina por contagiarse. Los dos ríen durante dos o tres segundos.*)

GONZALO.— ¿Y de qué nos reímos ahora?

ÁNGELA.— De... de tu tía... que no llegó.

GONZALO.— Y que debe haberse ahogado en la piscina.

ÁNGELA.— Con silla de ruedas y todo. Gonzalo, a lo mejor todavía está en la piscina.

GONZALO.— ¡Y qué importa si somos felices!

ÁNGELA.— También es cierto. Creo que nunca lo había pasado mejor.

GONZALO.— Es que antes ni siquiera lo pasabas.

ÁNGELA.— ¿Cómo se llamaba ese restorán donde entramos?

GONZALO.— El "Do de pecho".

ÁNGELA.— Eso es de una ópera. También estudié música. Mi educación fue muy completa.

GONZALO.— Especialistas en tagliatelli, chianti...

ÁNGELA.— Y mozos con narices florecidas como fresas de Parma.

GONZALO.— Ésas son violetas.

ÁNGELA.— ¡Y qué importa si somos felices!

GONZALO.— También es cierto. (*Ríen.*) ¿Te acuerdas cuando pedí un martini?

ÁNGELA.— Y te trajeron al cocinero que se llamaba Martín.

GONZALO.— ¿Y cuándo se nos ocurrió comer uvas con vino blanco?

ÁNGELA.— Y la señora... ¿Te acuerdas de la señora?

GONZALO.— ¿Cuál? ¿Ésa que estaba sentada al lado, que desaprobaba todo lo que hacíamos, ésa que tenía cara de gárgola?

ÁNGELA.— ¿De qué?

GONZALO.— Gárgola. Esas figuras que hay en las fachadas de las catedrales. Lo aprendí en un libro que me... que ésa (*señalando la pieza de Ángela*) me obligó a leer.

ÁNGELA.— ¡Qué palabra más linda! Dila, dila de nuevo.

GONZALO.— ¿Gárgola?

ÁNGELA.— Y una vez más.

GONZALO.— Gárgola, gárgola, gárgola, grttttt... (*Se ha ido acercando y trata de besarla. Ella lo rehuye.*)

ÁNGELA.— ¡Fuera, gárgola! ¡Lejos, gárgola! Vuelve a tu ffffff...

GONZALO.— Fachada.

ÁNGELA.— Gracias. Otra copa, señor, si me hace el favor.

GONZALO.— Aquí está.

ÁNGELA.— (*Después de beberla.*) Hmmm... ¡Qué rico! Ya no me hace cosquillas. ¡Qué rico es estar aquí! ¡Qué rico es que ya no llueva! Dame otro poco, Chaleco... ¿Te importa que te llame Chaleco?

GONZALO.— (*Llenándole la copa.*) Me encanta que me llames Chaleco.

ÁNGELA.— ¿Qué es lo que ha pasado? Explícame... Tú, Chaleco, tienes que explicarme. Creo que todo comenzó esta tarde cuando me probé este vestido frente al espejo. De pronto me sentí distinta. Tuve, tuve, ¿me comprendes?, que sacarme los anteojos y lo curioso es que veo mucho mejor. Con un poco de neblina, pero mucho mejor. Y después...

GONZALO.— ¿Después?

ÁNGELA.— En el restorán... creo que nunca lo había pasado mejor en mi vida. ¿Por qué, Gonzalo? ¿Por qué? ¿Dime por qué?

GONZALO.— Yo creo que has estudiado demasiado.

ÁNGELA.— Soy pedagoga, lo reconozco. Soy licenciada, lo reconozco. Pero, ¿quién soy yo?

GONZALO.— Una gárgola.

ÁNGELA.— Sí, eso es, una gárgola. Durante siglos he estado amarrada a la ffff...

GONZALO.— Fachada.

ÁNGELA.— Gracias, de una catedral. Mirando, mirando...

GONZALO.— Ya no mirarás más.

ÁNGELA.— Nunca más. Gonzalo, permíteme que te diga: eres un genio, el único amigo que he tenido en mi vida. Gonzalo, ¿por qué me estoy poniendo tan triste? Chaleco... *(Se esconde entre sus brazos y llora un poco.)*

GONZALO.— *(Llenándole la copa.)* Tome otro poquito de agüita.

ÁNGELA.— ¡Aaaaah! Me siento mucho mejor.

GONZALO.— ¡Qué bueno! *(Pausa.)* ¿Tiene frío?

ÁNGELA.— No.

GONZALO.— Pero deberíamos encender una chimenea.

ÁNGELA.— ¿Para qué?

GONZALO.— Para estar junto a un fuego de chimenea.

ÁNGELA.— También vas a tener que enseñarme a prenderla.

GONZALO.— Bueno, ven acá... *(Se sientan en el suelo y miman los parlamentos siguientes.)*

Mira, deshaces un cajón en astillas, de preferencia un cajón de champaña y colocas los palos así.

ÁNGELA.— ¿Así?

GONZALO.— Y luego un diario viejo que arrugas así.

ÁNGELA.— Así.

GONZALO.— Y lo colocas bajo los palos.

ÁNGELA.— ¿Y después?

GONZALO.— Después soplas.

ÁNGELA.— ¿Qué cosa?

GONZALO.— El... ¡Ah! Pero si falta lo más importante: el fuego. Toma, aquí hay un fósforo.

ÁNGELA.— *(Riendo.)* No hay que jugar con fuego. *(Enciende el fósforo y, casi de inmediato, la luz de un rayo inunda la pieza. Hay un pequeño silencio. Ella cambia de tono.)* No hay que jugar con fuego.

GONZALO.— ¿Cómo?

ÁNGELA.— *(Va y enciende la luz.)* Una frase que recordé de pronto.

GONZALO.— ¿Qué te pasa?

ÁNGELA.— Nada.

GONZALO.— ¿Por qué te has puesto tan seria?

ÁNGELA.— Nada, déjame tranquila.

GONZALO.— Pero no podemos dejar la chimenea apagada, porque una chimenea apagada es lo mismo que una chimenea en la cual no se ha prendido fuego y resulta que...

ÁNGELA.— *(Interrumpiendo.)* Gonzalo...

GONZALO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— Gonzalo, vas a tener que escucharme.

GONZALO.— No, hasta que no hayamos prendido la chimenea.

ÁNGELA.— Tengo que confesarte algo.

GONZALO.— ¿Algún pecado? ¡Déjalo para mañana!

ÁNGELA.— Esto es serio.

GONZALO.— Claro que sí, pero aquí tienes otro fosforito.

ÁNGELA.— Gonzalo, ¿eres mi mejor amigo, sí o no?

GONZALO.— Mejor será que le vuelva a llenar la copita.

ÁNGELA.— Eres mi mejor amigo, ¿no es cierto?

GONZALO.— Sí.

ÁNGELA.— Entonces te debo una explicación.

GONZALO.— Todas las que quieras... pero mañana.

ÁNGELA.— Pon mucha atención.

GONZALO.— En la mañana todo se ve más despejado.

ÁNGELA.— Gonzalo, ¿sabes quién soy yo?

GONZALO.— Una gárgola.

ÁNGELA.— ¿Sabes quién soy en realidad?

GONZALO.— Una gárgola en su fffachada.

ÁNGELA.— ¡Contéstame!

GONZALO.— Bueno... eres Ángela.

ÁNGELA.— No sólo soy Ángela, también soy un ángel.

GONZALO.— (*La mira un instante.*) ¡Claro que sí, mi amor! Y brindemos por ellos.

ÁNGELA.— No, Gonzalo, ésta no es una broma. Soy un ángel o más bien dicho una postulante a ángel.

GONZALO.— A ver, a ver, ¿qué es eso de postulante?

ÁNGELA.— Quiero decir que puedo llegar a ser ángel.

GONZALO.— ¿Y estás postulando conmigo?

ÁNGELA.— Sí.

GONZALO.— ¿Por qué?

ÁNGELA.— Sucede que a veces los hombres se portan mal y hacen cosas terribles.

GONZALO.— Ah.

ÁNGELA.— O están a punto de hacerlas. Y entonces nos mandan a nosotros...

GONZALO.— Ah.

ÁNGELA.— ¿No ves? No me crees.

GONZALO.— Claro que le creo.

ÁNGELA.— ¿De veras?

GONZALO.— Un poquichicho. ¿Te basta con que te crea un poquichicho?

ÁNGELA.— ¡Gonzalo!

GONZALO.— Bueno, ya, le creo. Y para demostrárselo, voy a llamar a mi ángel guardián.

ÁNGELA.— No soy ángel todavía, no comprendes nada, no quieres comprender.

GONZALO.— Pero no se ponga nerviosa.

ÁNGELA.— ¿Cómo podría convencerte?

GONZALO.— Siendo tal cual es.

ÁNGELA.— ¿Cómo?

GONZALO.— Como un ángel.

ÁNGELA.— Tiene que haber alguna manera.

GONZALO.— Ya, pues, siéntese y juguemos un poquito con el fuego.

ÁNGELA.— ¡La señora Ángela!

GONZALO.— ¿Cuál señora Ángela?

ÁNGELA.— La que estaba aquí.

GONZALO.— ¿Qué pasa con ella?

ÁNGELA.— También es postulante.

GONZALO.— Ah, no, ahí sí que no le creo.

ÁNGELA.— Voy a llamarla.

GONZALO.— (*Un poco enojado.*) ¡Pero deja a la señora Ángela tranquila!

ÁNGELA.— (*Consultando el guía.*) Sociedad... Sociedad Protectora de Animales...

GONZALO.— Pero a esta hora no habrá ni un gato que conteste. (*Ángela marca un número.* Gonzalo *se acerca por detrás.*) Ya, déjese de tonterías.

ÁNGELA.— Gonzalo, por favor... ¡Aló! ¿Con la Sociedad Protectora de Animales? ¿Podría hablar con la señora Ángela, la nueva cuidadora? Es muy urgente, por favor vaya a llamarla.

Gracias. (*A Gonzalo.*) Fueron a despertarla.

GONZALO.— Yo te voy a servir otro poco de champaña.

ÁNGELA.— ¿Señora Ángela? Habla Ángela 8234.

GONZALO.— ¿Cómo? ¿Tienes patente?

ÁNGELA.— Perdóneme que la moleste a esta hora, pero sucede que estoy en un aprieto. Por favor, dígame quien soy yo. No, no, si yo lo sé. Pero necesito convencer a alguien. Por favor, señora Ángela, no puedo explicarle ahora... Dígame nomás. *(Pone el fono sobre la oreja de Gonzalo. Por la expresión se comprende que le está diciendo la verdad. Cuelga.)* Y ahora si me da otra copa me irá a dormir. *(Como un autómatas, él avanza y le pasa la que tiene. Ella bebe y se la devuelve. Durante un segundo las manos casi se tocan. Ella baja la vista.)* Bueno...

GONZALO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— Creo que ya es hora...

GONZALO.— ¿Sí?

ÁNGELA.— ¿No le parece que...?

GONZALO.— Sí.

ÁNGELA.— Voy entonces a...

GONZALO.— Ángela.

ÁNGELA.— Buenas noches.

GONZALO.— Ángela...

ÁNGELA.— ¿Sí?

GONZALO.— No... no se vaya todavía.

ÁNGELA.— Tengo que ir a acostarme.

GONZALO.— Es que quiero preguntarle...

ÁNGELA.— ¿Qué?

GONZALO.— Cosas, muchas cosas.

ÁNGELA.— Gonzalo, por favor...

GONZALO.— No se vaya, conversemos. Acérquese...

(Ella se da vuelta y lo mira. Están en extremos opuestos de la pieza y el tiempo parece haberse detenido. Lentamente ella comienza a avanzar. Cuando se encuentran tan próximos que van a tocarse, la luz de un rayo, mucho más intensa esta vez, estalla dentro de la pieza misma. Durante un segundo se les ve inmóviles, clavados por el resplandor y luego ella cae desmayada al suelo.)

GONZALO.— Ángela... Ángela... *(Se ve que no sabe qué hacer y de pronto le asalta una idea.)* Custodio... ¡Custodio! ¿Estás ahí? ¡Viejo, dónde estás!

Telón

TERCER ACTO

(El cuento termina donde comenzó. Ya es la mañana y una luz grisácea ilumina la pieza. Afuera hay neblina, llueve a ratos, las gotas resbalan a lo largo de los cristales. Custodio está contando gotas de medicamento que echa en un vaso con agua. Desaparece luego con el vaso en la pieza de Ángela. A los pocos segundos regresa y cierra la puerta con cuidado. Se acerca al dormitorio de Gonzalo, escucha y luego, con grandes precauciones, se acerca al teléfono. Descuelga y, sin marcar el número, se comunica.)

CUSTODIO.— ¿Aló? Quisiera comunicarme con el Comité, por favor. Sí, gracias, espero... ¿Aló? Habla Custodio... Sí, un contratiempo. ¿Cómo lo supo?... Ah, Ángela 607 llamó temprano... No, nada serio, se lo aseguro. Yo pasé toda la noche vigilando y cuando él me llamó, acudí... Bueno, tenía que suceder. Juzgué que era necesario dejarlos llegar hasta los límites... Por muchas razones. Creo que los dos necesitaban una revelación, creo que era necesario despertarlos... Sí, supongo que tendrá que irse. Pero tienen que mandarme a alguien... A alguien que sepa cuidarse. *(Se escuchan ruidos en la pieza de Gonzalo.)* Voy a tener que colgar ahora. Llamaré más tarde.

(Cuelga. Entra Gonzalo. Viene en pijama y bata de levantarse.)

GONZALO.— ¡Hola, viejo!

CUSTODIO.— Buenos días, don Chalequito. ¿Durmió bien?

GONZALO.— Como un roble después de todas estas emociones. ¿Y ella, cómo amaneció?

CUSTODIO.— Mucho mejor. Le acabo de llevar sus gotas.

GONZALO.— Voy a verla.

CUSTODIO.— No, no vaya todavía. El médico recomendó que la dejaran descansar.

GONZALO.— ¡Qué susto me hizo pasar!

CUSTODIO.— Sí, tenía cara.

GONZALO.— ¿De susto?

CUSTODIO.— Sí, como cuando niño, cuando despertaba de su siesta y me contaba lo que había soñado. Tenía la misma expresión.

GONZALO.— ¡Qué suerte que tú hubieras llegado justo en ese momento! No sé qué habría hecho sin ti.

CUSTODIO.— Sí, fue una suerte.

GONZALO.— ¿Y sabes lo más curioso? Cuando la vi ahí tendida sobre el suelo, tuve más miedo por mí que por ella.

CUSTODIO.— ¿Por usted? Pero si era ella la que estaba desmayada.

GONZALO.— No sé, me dio la sensación de que iba a perder algo.

CUSTODIO.— ¿Qué?

GONZALO.— Es que acababa de contarme...

CUSTODIO.— ¿Sí?

GONZALO.— *(Titubea un instante. Va a contar, pero se retiene.)* No, nada... ¿Qué dijo el doctor?

CUSTODIO.— Intoxicación alcohólica.

GONZALO.— Sí, eso también me lo dijo a mí, pero, ¿qué más?

CUSTODIO.— Que debía descansar y tomar sus gotas.

GONZALO.— ¿Sabes una cosa, viejo? Anoche... anoche sucedió... *(Suena el teléfono.)*

CUSTODIO.— Perdóneme, don Chalequito. *(Va a contestar.)* ¿Aló? Sí... sí está. ¿De parte de quién? *(A Gonzalo.)* Es la señora Teresa, don Chalequito. *(Le hace señas de que diga que no está.)* No está, señora... No, se lo... *(A Gonzalo.)* Dice que sabe que está y que es mejor que conteste.

GONZALO.— No estoy.

CUSTODIO.— No, señora, no está. Sí, señora. Se lo voy a decir, señora.

GONZALO.— *(Después que Custodio ha colgado.)* Y no quiero oír ningún comentario.

CUSTODIO.— No he abierto la boca.

GONZALO.— He decidido cambiar de vida.

CUSTODIO.— Me parece una excelente idea.

GONZALO.— No lo tomes a la broma. Es serio. Desde hoy, una existencia absolutamente nueva. Me levantaré temprano...

CUSTODIO.— Hará gimnasia.

GONZALO.— No nos desboquemos. Todo con medida y discreción. Aunque tal vez sea bueno... Y para comenzar una buena taza de té. *(Custodio va a salir.)* Viejo, suprímele el whisky que siempre le pones. Ángela tiene razón: las decisiones deben ser drásticas.

(Custodio sale. Gonzalo se siente muy satisfecho. En esta mañana tan gris, la vida se ha hecho de pronto llevadera y tiene un sentido. Se encamina al dormitorio de Ángela y, cuando va a golpear, suena el timbre. Una, dos, tres veces y, al ver que Custodio no va a abrir, va él. Es Ángela 607.)

GONZALO.— ¡Usted!

ÁNGELA.— Cuando uno se encuentra en las mañanas suele decirse buenos días.

GONZALO.— Buenos días. Pero, ¿a qué debo el honor de su visita?

ÁNGELA.— Vengo a hablar con Ángela.

GONZALO.— Está descansando en su pieza.

ÁNGELA.— Lo sé.

GONZALO.— No se ha sentido muy bien.

ÁNGELA.— Lo sé.

GONZALO.— Supongo que también sabrá por qué no se siente bien.

ÁNGELA.— Naturalmente. Anoche hablamos por teléfono, ¿se acuerda?

GONZALO.— ¡De veras! Espero que no la habremos molestado. Estábamos celebrando, ¿sabe?

ÁNGELA.— ¿Ah, sí?

GONZALO.— Sí, el cumpleaños de la luna y... ¿Pero la despertamos?

ÁNGELA.— No. Era la hora en que pongo la inyección a la pekinesa.

GONZALO.— (*Sin querer herirla, lleno de buena voluntad.*) ¡Ah! Ahora cuida perros.

ÁNGELA.— Y no puede imaginarse las satisfacciones que me dan.

GONZALO.— Señora Ángela, yo sé quién es usted.

ÁNGELA.— Y yo hace más de un año que sé quién es usted.

GONZALO.— Por el tono se me ocurre que su veredicto no es favorable.

ÁNGELA.— Y se le ocurre bien.

GONZALO.— Pero, ¿qué le he hecho yo? Me habla como si fuera un sinvergüenza.

ÁNGELA.— Ya que usted mismo lo sugiere.

GONZALO.— (*Perdiendo la paciencia por primera vez.*) Pero, ¿quién se ha creído usted que es?
¿Un ángel?

ÁNGELA.— Precisamente.

GONZALO.— ¡Ah, no! A mí no me engaña. Usted es una simple postulante. Eso, una postulante y nada más.

ÁNGELA.— (*Un poco picada.*) Es verdad.

GONZALO.— ¡Y no se venga a dar humos de ángel conmigo!

ÁNGELA.— Señor Cortés, vine a ver a Ángela y no a escuchar sus insultos.

GONZALO.— ¿Pero, qué se ha imaginado? ¿Cree que voy a permitir que mi departamento se transforme en centro de reunión de ángeles? ¿Cree que les voy a permitir que vuelen a través de las piezas y me juzguen y me critiquen y me condenen? ¡No, señora! No, no y no. Exijo mi derecho a lo personal, a lo propio, a lo privado.

ÁNGELA.— Nadie se lo piensa arrebatar.

GONZALO.— Usted, pues. Usted, que viene a conversar con Ángela. ¿Y quién le ha dado permiso para hacerlo en mi casa? Ángela es mi ángel privado. Ella está postulando conmigo. Le prohíbo que le hable.

ÁNGELA.— Bueno, no se ponga así. ¿O es que acaso tiene miedo?

GONZALO.— ¿Miedo?

ÁNGELA.— De lo que podría contarle. De la vida escandalosa que usted lleva.

GONZALO.— Eso era antes.

ÁNGELA.— ¿Antes? ¿Antes de qué?

GONZALO.— Antes de que llegara Ángela.

ÁNGELA.— Nadie cambia en un día.

GONZALO.— Pero sí en una semana. Y durante los siete días que Ángela ha estado en esta casa mi vida ha variado fundamentalmente. Puede preguntárselo a quien quiera. ¡Pregúnteselo a Custodio!

ÁNGELA.— ¡A su socio! Sería perder el tiempo.

GONZALO.— He pasado siete días leyendo literatura medioeval, acostándome...

ÁNGELA.— No me interesan los detalles.

GONZALO.— A las nueve y levantándome al alba. ¿No cree que por lo menos estoy tratando de superarme?

ÁNGELA.— Desconfío del lobo que de repente se disfraza de cordero.

GONZALO.— Cada uno hace lo que puede. Anoche, de pronto, me di cuenta de algo... algo que todavía no sé explicar. Pero deseo cambiar.

ÁNGELA.— Tendría que nacer de nuevo.

GONZALO.— A lo mejor eso es lo que está sucediendo.

ÁNGELA.— ¿No se estará sobreestimando?

GONZALO.— Mire, hace un rato me llamó una mujer que dejé esperando anoche. Una mujer maravillosa, joven...

ÁNGELA.— No me interesan los detalles.

- GONZALO.— ¿Y sabe lo que le dije? No. ¿Comprende? No quiero hablar. No me interesa. Ni siquiera que me llamara mañana, nada, un no rotundo.
- ÁNGELA.— Vaya, como si eso importara. Escúcheme, señor Cortés, no en balde se vive durante un año bajo el mismo techo. Yo sé que usted es malo de adentro.
- GONZALO.— (*La mira. Retrocede.*) ¿Y usted quiere ser ángel de verdad?
- ÁNGELA.— Quería, señor Cortés. Pero ahora, después de haberlo conocido, no sé si me interesa cuidar a los hombres. Creo que prefiero a los animales.
- GONZALO.— ¡Estará en su ambiente!
- ÁNGELA.— ¡Cómo!
- GONZALO.— (*Perdiendo del todo la paciencia.*) ¡Usted es una vieja agriada! Una postulante vieja y agriada, ácida como un limón y para colmo impertinente.
- ÁNGELA.— Señor Cortés, se lo prohíbo.
- GONZALO.— A mí nadie me prohíbe nada en mi casa.
- ÁNGELA.— Orgullo, bien lo decía yo, soberbia.
- GONZALO.— ¡Y no venga con prédicas! Si quiere predicar, cómprese una tarima y párese en la esquina.
- ÁNGELA.— No se lo permito.
- GONZALO.— ¡A callarse de una vez por todas! ¿Quién se ha imaginado que es? ¡Chit! No vuelva a dirigirme la palabra hasta que no sea un ángel de verdad. ¡Postulante!
- (*Desaparece en su dormitorio dando un portazo. Ángela 607 permanece furiosa. Casi al instante entra Custodio. Trae una taza de té.*)
- CUSTODIO.— ¡Señora Ángela! ¿Cómo está?
- ÁNGELA.— A punto de explotar con las impertinencias que me dijo su Chalequito.
- CUSTODIO.— No hay que tomarlo en serio.
- ÁNGELA.— Muy fácil decirlo. Sobre todo cuando es una la que tiene que soportar las groserías.
- CUSTODIO.— ¿Qué fue lo que pasó? A lo mejor usted tuvo un poco de culpa.
- ÁNGELA.— ¿Yo?
- CUSTODIO.— Sí, a veces uno dice cosas que no quisiera decir.
- ÁNGELA.— Yo siempre sé lo que digo.
- CUSTODIO.— Es muy peligroso tener tal seguridad.
- ÁNGELA.— ¿Ah, sí?
- CUSTODIO.— Sobre todo usted.
- ÁNGELA.— ¿Por qué yo?
- CUSTODIO.— Porque una postulante debe estar siempre dispuesta a aprender.
- ÁNGELA.— Una postu...
- CUSTODIO.— Una postulante.
- ÁNGELA.— (*Tratando de fingir ignorancia.*) ¿Una postulante a qué?
- CUSTODIO.— A ángel.
- ÁNGELA.— ¿Qué quiere usted decir?
- CUSTODIO.— Eso. Que es usted una postulante a ángel.
- ÁNGELA.— Pero, ¿quién es usted? Acaso...
- CUSTODIO.— Sí.
- ÁNGELA.— ¡Nunca me lo hubiera imaginado!
- CUSTODIO.— Sí, soy el ángel guardián de Gonzalo.
- ÁNGELA.— (*Se pone de pie, como ante un militar de mayor rango.*) ¡Si lo hubiera sabido!
- CUSTODIO.— Justamente no tenía que saberlo. Nosotros guardamos el incógnito para poder observar y controlar a los postulantes.
- ÁNGELA.— Pero usted tiene que comprender por qué he reaccionado en esta forma. Un año de continuos sufrimientos y cuando ya creí que iba a descansar, me llama esta niñita... y... ¡Anoche creí volverme loca!
- CUSTODIO.— No se ponga nerviosa. La Comisión está al tanto de los pormenores y la calificará de acuerdo con ellos.
- ÁNGELA.— ¿Y yo estoy muy mal calificada?

CUSTODIO.— Cref que no le importaba. Le dijo a Gonzalo...

ÁNGELA.— ¡Son cosas que una dice! ¿Estoy muy mal calificada?

CUSTODIO.— Regular.

ÁNGELA.— Eso quiere decir que no muy bien, ¿verdad?

CUSTODIO.— Hay algo que usted no ha querido comprender, señora Ángela. No basta con cuidar la persona que se le ha encomendado, también hay que quererla.

ÁNGELA.— ¿Quererla? Pero es que nos piden demasiado. Que yo quiera a Gonzalo Cortés...

CUSTODIO.— Por lo menos que trate de comprenderlo para ayudarlo. No es más que eso. Porque la comprensión no es sino una de las formas del amor.

ÁNGELA.— Sí. Tal vez.

CUSTODIO.— No, tal vez no. Es así.

ÁNGELA.— Perdóneme.

CUSTODIO.— ¡No faltaba más!

ÁNGELA.— ¿Me perdonarán entonces?

CUSTODIO.— Para eso estamos.

ÁNGELA.— ¿Y qué debo hacer con Ángela?

CUSTODIO.— ¿Usted? Nada. El caso de Ángela es muy diferente al suyo. Es lo que llamamos un "exceso de entusiasmo". Y sólo se cambia con el tiempo y la experiencia. Creo que lo que le sucedió le servirá de lección.

ÁNGELA.— ¿Pero qué es lo que le pasó?

CUSTODIO.— Precipitó las circunstancias y de repente se vio presa en ese fuego del que usted había hablado. Quiso jugar y estuvo a punto de quemarse.

ÁNGELA.— ¿Cómo? ¿Usted estaba escuchando ese día que le hablé?

CUSTODIO.— Yo siempre escucho tras las puertas, señora Ángela. Mire lo que son las cosas: esa conversación le va a significar mucho a usted. Trató de ayudar a Ángela. ¿Me comprende? Trató de darle consejos, de acercarse a ella. Desde ya eso mejora su calificación.

ÁNGELA.— No sabe cuánto se lo agradezco. ¡Qué curioso! Llegué tan indignada, tan llena de furia y ahora me siento otra... A lo mejor le dije a don Gonzalo cosas que no debiera haberle dicho. A lo mejor es sincero y desea empezar una nueva vida.

CUSTODIO.— La intención es sincera. Y eso basta, porque algo cambia. Una última lección, señora Ángela, en esta mañana que ya se está poniendo aburrida con tanta enseñanza: el hombre nunca llega a la meta con un solo impulso. Es un animal parsimonioso y avanza por tramos. Por eso el secreto consiste en tener paciencia y esperar. Y ahora, a lo práctico: ¿Cuáles son sus órdenes?

ÁNGELA.— Tengo que llevarme a Ángela a la Central.

CUSTODIO.— Cumpla sus órdenes entonces. Yo enviaré un informe más tarde.

ÁNGELA.— ¿Ella también sabe?

CUSTODIO.— ¿Qué?

ÁNGELA.— Que usted es ángel guardián.

CUSTODIO.— No. Y no se lo diga.

ÁNGELA.— Muy bien. *(En el momento en que va a salir por la puerta que conduce a la pieza de Ángela, se detiene.)* Custodio, ¿usted cree que tengo posibilidades de llegar a ser ángel?

CUSTODIO.— Claro que sí. Todos la tenemos.

ÁNGELA.— Gracias. *(Sale.)*

CUSTODIO.— *(Se acerca a la puerta del cuarto de Gonzalo y golpea.)* Aquí está el té, don Chalequito.

GONZALO.— *(Aparece terminando de vestirse.)* ¿Y dónde se metió esa especie de huracán con sombrero?

CUSTODIO.— ¿La señora Ángela? Fue a ver a la señorita.

GONZALO.— Quizás qué ideas le irá a meter en la cabeza.

CUSTODIO.— ¿Quiere tomarse el té ahora?

GONZALO.— Tráemelo al dormitorio mientras termino de vestirme. Después tengo que hablar con Ángela. No vaya a ser que ese energúmeno le cuente cosas definitivas sobre mí.

(Salen. Pocos segundos después, la puerta del dormitorio de Ángela 8234 se abre y ella aparece trayendo la caja del vestido. Custodio vuelve.)

CUSTODIO.— ¿Cómo se siente?

ÁNGELA 8234.— Mejor, gracias.

CUSTODIO.— ¿No quiere tomar algo? ¿Una taza de té?

ÁNGELA 8234.— No tengo tiempo, voy a irme en un momento más.

CUSTODIO.— (*Pretextando sorpresa.*) ¿Va a irse?

ÁNGELA 8234.— Sí. Es lo mejor que puedo hacer. La señora Ángela me está haciendo la maleta.

CUSTODIO.— Pero, ¿por qué se va?

ÁNGELA 8234.— Por muchas, muchas razones.

CUSTODIO.— ¿Y dónde se va a ir?

ÁNGELA 8234.— No sé todavía. Hoy me siento tan sola y cansada. Tengo que pensar.

CUSTODIO.— Sí.

ÁNGELA 8234.— Custodio...

CUSTODIO.— ¿Señorita?

ÁNGELA 8234.— A veces tengo la impresión de que usted podría comprender.

CUSTODIO.— ¿Qué cosa, señorita?

ÁNGELA 8234.— Que a usted podría contarle.

CUSTODIO.— ¿Qué?

ÁNGELA 8234.— Nada. (*Pausa.*) ¿Y don Gonzalo?

CUSTODIO.— En su pieza, terminando de vestirse. ¿Quiere que le llame y le diga que usted desea despedirse?

ÁNGELA 8234.— ¡No! Es decir... No quiero molestarlo. Le mandaré una carta explicándole.

CUSTODIO.— Como usted guste.

ÁNGELA 8244.— Entréguele este vestido y dígame que... que muchas gracias.

CUSTODIO.— ¿Y por qué no se lo lleva? Él se lo regaló.

ÁNGELA 8234.— No... no sabría qué hacer con él. No me cabe en la maleta.

CUSTODIO.— Pero don Chalequito puede enojarse.

ÁNGELA 8234.— Dígame... dígame que pasaré un día a buscarlo. Otro día.

CUSTODIO.— Bueno.

ÁNGELA 8234.— Y dígame...

CUSTODIO.— ¿Sí?

ÁNGELA 8234.— Que nunca me olvidaré de la palabra...

CUSTODIO.— ¿Cuál palabra?

ÁNGELA 8234.— Gárgola.

(*Un corto silencio. Entra Ángela 607 con la maleta.*)

ÁNGELA 607.— Todo está listo. ¿Vamos?

ÁNGELA 8234.— Adios, Custodio, y muchas gracias por todo.

CUSTODIO.— Déjeme llevarle la maleta.

ÁNGELA 607.— Gracias.

(*Los tres han salido. Se escuchan voces en la puerta y de pronto Ángela 8234 que dice "Olvidé algo. Bajen ustedes. Yo ya voy". Vuelve entonces. Avanza muy suavemente, se detiene un segundo frente a la puerta de Gonzalo y luego se acerca al lugar donde está la caja. La destapa, mira el vestido, desprende una flor, un recuerdo, algo, y sale precipitadamente. La pieza queda sola durante algunos momentos. Gonzalo entra, ve la caja, se extraña, la abre. Luego se acerca al dormitorio de Ángela y golpea.*)

GONZALO.— Ángela... Ángela... (*Y al ver que no contesta, entra. Casi de inmediato vuelve a salir y llama.*) ¡Custodio! ¡Viejo! ¿Dónde te has metido?

CUSTODIO.— (*Entrando.*) Aquí estoy, don Chalequito. Fui a dejar la maleta de la señorita Ángela abajo.

GONZALO.— ¿La maleta?

CUSTODIO.— Sí. Se acaba de ir con la señora Ángela. Me encargó que la despidiera...

(*Pero él ya se ha precipitado fuera. Se le escucha llamar: "Ángela... Ángela".*)

GONZALO.— (*Volviendo.*) Pero, ¿qué es esto? ¿Adónde se fue?

CUSTODIO.— No sabría decirle. Tomaron un taxi.

GONZALO.— ¿Y qué dirección dieron?

CUSTODIO.— No la oí.

GONZALO.— Pero no es posible. No se puede haber ido así. *(Y de pronto se inmoviliza: ha comprendido.)* La mandaron llamar.

CUSTODIO.— ¿Qué?

GONZALO.— *(Para sí.)* La mandaron buscar y se la llevaron.

CUSTODIO.— ¿Cómo, don Chalequito?

GONZALO.— Nada, viejo. Déjame solo. Y tráeme whisky.

CUSTODIO.— Todavía no es hora.

GONZALO.— No importa. Tráeme uno.

(Custodio sale. Gonzalo permanece un segundo anonadado y luego se precipita al teléfono.)

GONZALO.— ¿Aló? Mire, me podría decir dónde ubicar a la señorita Ángela... bueno, la que estaba en casa de Gonzalo Cortés. ¿No hablo con la agencia "El ángel guardián"? No... ¿Y me podría dar el número?... ¡Cómo! ¡Se terminó la agencia! Ah, sí... sí, gracias. *(Corta, busca otro número y lo marca.)* ¿Aló? ¿Con la Sociedad Protectora de Animales? Mire, podría hablar con una cuidadora que hay allí... Ángela, sí, Ángela... ¿Cómo? Se fue esta mañana... y no dejó dirección. Ah. Gracias.

(Cuelga. Permanece mudo, con la mirada perdida en el espacio y casi inconscientemente dice: "Ángela..." Se da vuelta como si presintiera que alguien viene. Pero es Custodio que trae un vaso de whisky.)

CUSTODIO.— Aquí está, don Chalequito.

GONZALO.— *(Lo toma y lo acerca a sus labios, pero en ese momento vuelve a sentir la presencia y se detiene.)* No, llévate, viejo. Todavía no es hora. Si he de comenzar una nueva vida, lo mejor es hacerlo seriamente. Veamos ¿qué hora es?

CUSTODIO.— Las once y treinta.

GONZALO.— ¡Tan temprano! Bueno, me traerás un whisky un cuarto para la una.

CUSTODIO.— Bien, don Chalequito. ¡Ah! Me olvidaba, la señorita me dijo que le devolviera el vestido, que otro día pasaría a buscarlo.

GONZALO.— ¿Otro día?

CUSTODIO.— Yo no creo que vuelva.

GONZALO.— No, tal vez no.

CUSTODIO.— Y además me dio otro recado. Que nunca se olvidará de una palabra.

GONZALO.— *(Sabiendo lo que va a contestar.)* ¿Cuál?

CUSTODIO.— Gárgola.

(Hay un corto silencio.)

GONZALO.— Está bien, viejo. Llévate la caja. Después veremos lo que se hace.

(Sale llevándose la caja. Gonzalo se sienta a leer; pero se comprende que no puede concentrarse. Decide leer en voz alta.)

GONZALO.— *(Leyendo.)* "Era costumbre entre los antiguos asirios dibujar una figura con alas como un ángel..." *(Mira alrededor como si sintiera la presencia de alguien, como si escuchara en forma lejana la música de la noche anterior.)* "Era costumbre entre los antiguos..." *(Llamando.)* ¡Viejo! ¡Viejo!

CUSTODIO.— *(Entrando.)* Don Chalequito...

GONZALO.— ¿Qué hora es?

CUSTODIO.— La once y treinta y dos minutos.

GONZALO.— Gracias. No te olvides que voy a almorzar a la una.

CUSTODIO.— No, no me olvido. *(Sale.)*

GONZALO.— *(Vuelve a tomar el libro.)* "Era costumbre entre los antiguos asirios dibujar una figura con alas como un ángel en forma de altorrelieves..." *(Llamando.)* ¡Viejo!

CUSTODIO.— *(Entrando.)* ¿Sí?

GONZALO.— ¿Qué vas a hacer para almorzar?

CUSTODIO.— Había pensado cocer unos huevos.

GONZALO.— ¿No sabes hacer guisos, guisos con salsa?

CUSTODIO.— No.

GONZALO.— Ángela sabía, ¿te acuerdas? (*Y en el momento que Custodio va a salir.*) ¿Qué hora es?

CUSTODIO.— Las once y treinta y cuatro minutos.

GONZALO.— ¡Cómo se arrastra el tiempo! Acuérdate de tenerme el almuerzo a la una.

(*Pero Custodio ya ha salido. Gonzalo trata de concentrarse en la lectura, pero no lo logra. Cierra el libro, se levanta, camina a través de la pieza y se detiene junto a los ventanales. Contempla la huella que van dejando las gotas de lluvia. Las recorre con su dedo. Y deja caer los brazos. Suena el teléfono.*)

GONZALO.— (*Contestando.*) ¿Aló? Sí, con él. Ah, cómo estás, viejito. No, hace rato que me levanté. No, sólo leyendo. ¿Qué es lo que se te ofrece?... No, no he oído decir nada... Sí, sí, lo conozco... ¿Y va a hacer esas declaraciones? Pero sería funesto para el partido. Hay que impedirlo a toda costa. ¿Por qué no hablan con él?... Ah, y se negó rotundamente... Sí, sí, ya veo... ¿Y cuál es ese punto sensible?... ¿La mujer? ¿Y tú crees que ella tiene suficiente influencia?... ¡Pero es con ella que hay que hablar entonces!... ¡Yo! No, viejito, no, yo ya no me presto para esas cosas. Claro que sé que es buenamoza, como que anoche íbamos a salir juntos... Sí, pero hoy ya no... Sería muy largo explicártelo... No, si tengo el número de teléfono... No, viejito, no puedo, verdaderamente no puedo ni quiero... Bueno, ya, lo pensaré. Pero no te prometo nada. Comprendo que es por el partido... Sí, sí, comprendo. Adiós, viejito. (*Durante la última parte de la conversación, Custodio ha entrado y contempla a Gonzalo con actitud filosófica.*) ¿Qué te pasa, viejo?

CUSTODIO.— Venía a decirle que son las once y cuarenta y cinco minutos.

GONZALO.— Yo no tengo la culpa.

CUSTODIO.— Claro que no.

GONZALO.— Me llaman del partido. Parece que Pepe Silva quiere hacer unas declaraciones definitivas y hay que convencerlo a través de su mujer. ¿Y sabes quién es?

CUSTODIO.— Ni la menor idea, don Chalequito.

GONZALO.— ¡Teresa! ¿No te parece extraordinario?

CUSTODIO.— Extraordinario.

GONZALO.— Pero yo les dije que ni pensarlo. Comprenderás que si quiero hacer bien las cosas...

CUSTODIO.— Voy a hervir el agua.

(*Custodio sale. Al quedar solo, Gonzalo mira alrededor, como si pidiera ayuda. Pero está solo. Por un momento decide volver al sillón, al libro; pero en la mitad del camino, se detiene y mira el teléfono. Está entre los dos y tiene que decidir. Por último se acerca al teléfono y marca.*)

GONZALO.— ¿Aló? ¿Teresa? ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Qué gusto oírte!... Gonzalo, Gonzalo Cortés. ¿Qué ya no me reconoces? (*Ríe.*) No, Teresa, cómo se te ocurre. Me muero de ganas de verte... Esta mañana estaba de mal genio... Sí, sí, una tía que me había llegado... ¿Anoche? Es que... es que no pude llamarte, porque... resulta que mi tía es inválida y la silla de ruedas se enredó en los cordones del teléfono y los cortó de raíz... Sí, te lo aseguro... No, ahora ya se fue. Le soldaron la rueda y se fue... ¿Me cree? Qué bueno. ¿Me perdona? Mejor... ¿Y cuándo puedes tú? ¿Mañana? ¿Y no sería posible hoy? ¿Esta tarde? ¿Y ahora qué estás haciendo?... Nada... ¿Y por qué no te vienes a almorzar entonces? Hazlo por mí. (*Ríe.*) Así conocerás mi departamento. Sí, un almuerzo corto, puedes irte cuando quieras... ¿Tienes Cruz Roja? Claro, ven de delantal... Hasta otro rato. (*Cuelga.*) ¡Viejito!

CUSTODIO.— (*Entrando.*) Sí.

GONZALO.— Viene alguien a almorzar.

CUSTODIO.— Ah.

GONZALO.— Lo hice por el partido, viejo.

CUSTODIO.— ¿Si?

GONZALO.— ¡Lo hice por la patria!

CUSTODIO.— Naturalmente.

GONZALO.— Me obligaron, viejo. Tienes que creerme. Así es que, mira, olvídate de los huevos duros y encarga algo al restorán. Algo sencillo pero excitante... Melón con caviar o langosta con piña... Vamos a ser dos, no más. Será mejor que corras las cortinas. Instales una mesita acá con candelabros.

CUSTODIO.— ¿Y encargo champaña?

GONZALO.— (*Se inmoviliza.*) ¿Champaña? No, no encargues champaña.

CUSTODIO.— Muy bien, don Chalequito.

GONZALO.— Apenas lleguen las viandas, viejo, puedes irte. Yo serviré. (*Cuando Custodio va a salir, lo detiene.*) ¡Viejo!

CUSTODIO.— ¿Sí?

GONZALO.— Tenemos tiempo, ¿no es cierto?

CUSTODIO.— ¿Para qué?

GONZALO.— Para aprender a portarnos bien.

CUSTODIO.— A lo mejor, sí, don Chalequito. A lo mejor no.

GONZALO.— (*De pronto.*) Viejo, será mejor que no salgas... quiero decir, por si necesito algo... qué sé yo... cualquier cosa. Quédate en la cocina, ¿quieres?

CUSTODIO.— Como usted mande, don Chalequito.

GONZALO.— Viejo, no me dejes solo. Hoy día, quiero decir...

CUSTODIO.— No, don Chalequito, no lo voy a dejar solo. Si necesita algo, me llama. Yo estaré ahí (*ríe*), escuchando tras la puerta.

TELÓN

LA RONDA DE LA BUENA NUEVA

Espectáculo de Navidad

(1961)

(Todos los personajes entran de pronto en una ronda, tomados de la mano, cantando. Están todos: Los Reyes, María, San José, el Burro, el Buey, el Ángel, los pastores y simplemente el pueblo. Están vestidos en forma levemente estilizada, porque aún cuando se descubren entre ellos elementos típicos de nuestro pueblo (algún poncho, por ejemplo, una chupalla), planea sobre el total un ambiente de medioevo. La procesión evoluciona mientras canta.)

CORO.— Buenas noches, Mariquita,
Yo alegre te vengo a ver,
Porque supe que tu Hijito
Hoy acaba de nacer.

Muy alegres los pastores
Aquí vienen, Mariquita,
A visitar su guaguüta
Que ha nacido entre las flores.

En el portal de Belén
Nació un clavel encarnado
Que por redimir al mundo
Se ha vuelto lirio morado.

Un gallo de Jericó
Cantando regocijado
A Belén ha despertado
Diciendo Cristo nació.

Al oírlo los pastores
Despiertan al pueblo entero
Para cantar placentero
Al rey de los pecadores.

Señora doña María
De cardo preciosa flor,
Cuídeme mucho al Niño
Que va a ser mi Salvador.

Villancico (recopilación de Violeta Parra)

BUENAS NOCHES MARIQUITA

Buenas noches Mariquita
Yo alegre te vengo a ver
Porque supe que tu Hijito
Hoy acaba de nacer,
Porque supe que tu Hijito
Hoy acaba de nacer.

(Cuando terminan de cantar y, al evolucionar, dejan a la vista el nacimiento. Ahí está la Virgen con el Niño entre sus brazos. San José a su lado y el Burro y el Buey. Los demás desaparecen, dejando en su evolucionar, de pie, en el centro del lugar, la figura del Ángel.)

ÁNGEL.— Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios; y soy enviado a alabaros y a daros estas buenas nuevas. Habiendo muchos tentado a poner en orden la historia de las cosas que para nosotros han sido ciertísimas; como nos lo enseñaron los que desde el principio vieron sus ojos, y fueron ministros de la palabra; me ha parecido también a mí, después de haber entendido todas las cosas desde el principio con diligencia, describírtelas por orden, oh mi buen amigo. Para que conozcas la verdad de las cosas en las cuales has sido enseñado.

(El Ángel se retira. La ronda ha vuelto a entrar y evoluciona en torno al nacimiento que luego desaparece. En su lugar vemos a San José que duerme. Los demás personajes simularán un lugar, un paraje; algunos árboles, algunas rocas.)

NARRADOR.— El nacimiento de Jesucristo fue así: Que siendo María su madre desposada con José, antes que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo.

Y José, su marido, como era justo, y no quisiese infamarla, quiso dejarla secretamente.

Y pensando él en esto, he aquí el Ángel del Señor le aparece en sueños, diciendo...

(El Ángel ha aparecido. Trae una luz de bengala en su mano y sube sobre las rocas. Está en una altura sobre los demás.)

ÁNGEL.— José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.

Y dará a luz un hijo y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a darte estas buenas nuevas.

(Ya la luz de bengala se ha apagado en su mano. Esa parte del lugar ha quedado en la oscuridad y en el extremo opuesto aparece María. Avanza muy lentamente en una atmósfera muy diferente a la anterior. Hay más claridad y, a lo lejos, se escuchan las voces en sordina de los demás personajes que tararean el villancico.)

NARRADOR.— El Ángel Gabriel fue enviado de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret.

A una virgen desposada con un varón que se llamaba José de la casa de David; y el nombre de la virgen era María.

Y entrando el Ángel donde estaba, dijo...

(Mientras el Narrador habla, hemos visto cómo el Ángel ha atravesado el espacio, yendo a colocarse junto a María. Trae nuevamente en su mano una luz de bengala. Ahora el Ángel no está a más altura que María, sino en un mismo plano.)

ÁNGEL.— Dios te salve, María, el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres...

NARRADOR.— Más ella, cuando le vio se turbó de sus palabras, y pensaba qué salutación fuese ésta.

Entonces el Ángel le dijo:

ÁNGEL.— María, no temas, porque has hallado gracia cerca de Dios. Y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo y le dará el señor Dios el trono de David su padre. Y reinará en la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fin.

NARRADOR.— Entonces María dijo al Ángel: ¿Cómo será esto? Porque no conozco varón. Y respondiendo el Ángel le dijo:

ÁNGEL.— El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios.

(Al escucharse las palabras "la virtud del Altísimo te hará sombra", del grupo que cantaban se desprenden tres personas, vestidas de oscuro, casi invisibles y cada una trae en su mano una luz de bengala. Rodean a María como un árbol florecido de luces. El Ángel entonces coloca a los pies de María la luz que traía en su propia mano, al tiempo que dice.)

ÁNGEL.— Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablarte y a darte las buenas nuevas. *(Mientras el Ángel desaparece y la Virgen se inclina para recoger la luz, los tres que están a sus espaldas entonan la primera estrofa del villancico.)*

CORO.— Buenas noches, Mariquita,
Yo alegre te vengo a ver,
Porque supe que tu Hijito
Hoy acaba de nacer.

(Después de algunos segundos, irrumpen en el lugar los personajes nuevamente tomados de la mano, cantando. Poco a poco se distribuyen por el sitio hasta transformarlo en una plaza. Semeja en cierta forma la plaza de un mercado nuestro, pero hay ciertos elementos (juglares, mimos, equilibristas, etc.) que hacen recordar o imaginarse más bien, lo que deben haber sido las plazas medievales. Hay gran animación, música, colorido.)

NARRADOR.— Y aconteció en aquellos días que salió edicto de parte de Augusto César, que toda la tierra fuese empadronada.

Este empadronamiento primero fue hecho siendo Cirineo gobernador de la Siria.

E iban todos para ser empadronados, cada uno en su ciudad.

(En ese momento, dos de los personajes despliegan un gran lienzo sobre el que está escrita la palabra "Belén". Hay en torno bailes, tal vez el rasguear de algunas guitarras, y un mago que lanza al aire grandes pañuelos de colores, lanza uno verde y aparece Melchor, lanza uno rojo y aparece Gaspar, lanza uno amarillo y aparece Baltazar. Los tres Reyes Magos permanecen en el centro del lugar, solos. Los otros personajes han desaparecido, salvo aquellos que sostenían el lienzo con la palabra "Belén", que ahora lo han hecho girar, apareciendo una palabra en caracteres orientales.)

NARRADOR.— He aquí unos magos que vinieron del Oriente a Jerusalem; diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido?

Porque su estrella hemos visto en el Oriente, y venimos a adorarle.

(Aparece traído en andas por algunos, el Ángel, que sostiene entre sus manos luces de bengala.)

ÁNGEL.— Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablarlos y a daros las buenas nuevas. ¡Seguidme!

(El Ángel inicia el mutis y los Reyes Magos lo siguen. La corriente de su paso alcanza apenas a evolucionar cuando ya estamos nuevamente en la feria. Irrumpen los gritos, hay canciones, bailes y el lienzo ha sido nuevamente dado vuelta, mostrando la palabra "Belén".)

NARRADOR.— Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, a la ciudad de David, que se llama Bethelehem, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta.

Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días en que ella había de dar a luz.

(A medida que el Narrador va relatando, los acontecimientos se presentan a nuestros ojos. María y José aparecen en medio de la feria. Vienen muy cansados, sobre todo María, y nadie en la feria los escucha. Atraviesan lentamente, preguntando, siendo rechazados, hasta desaparecer. Pero he aquí que comienzan a escucharse campanas, la feria poco a poco va desmembrándose, cada uno va para su lado y sólo quedan visibles en escena los pastores. Un momento de silencio y luego la voz del Narrador...)

NARRADOR.— Y había pastores en la misma tierra, que velaban y guardaban las vigias de la noche sobre su ganado. Y he aquí que el Ángel del Señor vino sobre ellos y la claridad de Dios los cercó de resplandor; y tuvieron gran temor. Más, el Ángel les dijo...

(El Ángel ha aparecido. Trae en sus manos luces y el lugar se inunda de claridad. Los pastores reaccionan tal cual el texto lo indica.)

ÁNGEL.— No temáis; porque he aquí que os doy nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo: Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

Y esto os será por señal: hallareis un niño envuelto en pañales echado en un pesebre.

(De pronto estalla en pleno cielo un gran acorde musical y se alcanza a escuchar la voz del Ángel.)

ÁNGEL.— Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

TRES PASTORES.— Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

(El Ángel toma por la mano a los pastores y a ellos se van uniendo los demás. Los otros personajes, los Reyes Magos, etc. Todos trazan una ronda y cada uno lleva en su mano una luz de bengala. Al evolucionar descubren la misma escena del comienzo: el nacimiento. Se detienen

todos. Hay un momento de silencio y luego los Reyes Magos se adelantan y depositan a los pies del niño sus dones. Después irrumpe el villancico.)

CORO.— Señora doña María

Yo vengo de la Angostura

Y al Niño Dios le traigo

Un atadito de verduras.

ESTRIB.— Vamos, vamos a Belén

Vamos toditos a ver

Al niño Jesús,

La Virgen y San José.

Señora doña María,

Yo vengo de allá muy lejos

Y al Niño Jesús le traigo

Un parcito de conejos.

San José mira a la Virgen

La Virgen a San José

El Niño mira a los dos

Y se sonríen los tres...

Señora doña María

Macetita de azucena

Le daremos la despedida

Todos en la Nochebuena.

Señora doña María

Y mi padre San José

Guárdenme para este otro año

Para cantarle otra vez.

Ofrenda

Señora doña María

Yo vengo de la Angostura

Y a su Niño le traigo

Unas peritas maduras

Y un atado de verduras.

(Hay un momento de silencio, el Ángel vuelve a avanzar.)

ÁNGEL.— Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablaros y a daros las buenas nuevas. ¡Cantadlas conmigo!

(Surge el coro que canta el estribillo del villancico. Y nuevamente vuelven a tomarse de las manos y van desapareciendo, tal cual entraron, todos, los Pastores, los Reyes, los del pueblo, María, José, el Buey, el Burro...)

TELÓN

MOSCAS SOBRE EL MÁRMOL

(1961)

Para mi hermana

Personajes:

JULIÁN: 35 años

ENRIQUE: 35 años

AMALIA, madre de Julián: 55 años

TERESA, esposa de Julián: 33 años

SEGUNDO: hijo de uno de los inquilinos;
por ser muy débil para trabajar en el campo
fue traído para que sirviera en las casas.

DOS PEONES

(La acción ocurre en un fundo, a 150 kilómetros de Santiago, a fines del verano, en la época actual.)

PRIMER ACTO

(Hace algunos años, o algunas generaciones ésta debe haber sido la capilla de la propiedad que pertenece a Julián. Uno de sus antepasados la utilizó luego como caballeriza y, más tarde, el tiempo se ha encargado de transformarla en lo que ahora es: un edificio medio derruido, lleno de luz incierta y de objetos heterogéneos. Sin embargo todavía se descubre la arquitectura primitiva. El techo es alto, hay unas ventanitas que conservan sus vitrales y un nicho donde sin duda hubo alguna imagen de santo. Ahora sirve de bodega. Es aquí donde se amontonan los sillones desvencijados, las cortinas deshechas, las lámparas que ya no funcionan.

Hace tiempo que a esta caballeriza no entra un caballo o un ser humano. Las puertas están cerradas y se experimenta la sensación de que el mismo aire ha circulado entre las cuatro paredes, sin renovarse. Nadie podría vivir ahí dentro.

Lejanas en un comienzo, y luego cada vez más cerca, se escuchan voces. Alguien trata de abrir una de las dos puertas. Forcejea durante unos instantes y por último ésta cede. La luz inunda de pronto la sala. Las sombras corren a agazaparse en los rincones como fantasmas de caballos asustados. O tal vez no sean sombras, sino todo lo que vivió ahí antes, antes que la capilla fuese transformada en caballeriza.

Entra Julián seguido por Enrique. Segundo, el mozo, permanece en la puerta tratando de sacar la llave del candado.)

JULIÁN.— *(Entrando.)* La vida es una ocupación tan aburrida, Enrique, que si no se adereza con uno que otro toque, sería insoportable. Dame las llaves, Segundo.

SEGUNDO.— Altiro, patrón.

JULIÁN.— Segundo, llámame señor. ¿Cuándo aprenderás que vivimos en una época donde la palabra patrón no tiene sentido? Hoy nadie manda a nadie.

SEGUNDO.— Sí, patrón.

JULIÁN.— *(Haciendo un gesto de impotencia hacia Enrique.)* Ya lo ves... Dame las llaves...

SEGUNDO.— No las puedo sacar del candado, patrón.

JULIÁN.— Entonces pásamelas con candado y todo. No luches contra los detalles, Segundo. Guarda tus energías para las grandes batallas de la vida. ¿Me comprendes?

SEGUNDO.— Sí, patrón.

JULIÁN.— Y mientras tanto vive en el presente. ¿Me comprendes?

SEGUNDO.— Sí, patrón.

JULIÁN.— Muy bien. Dame las llaves. *(Se las pasa.)* Y ahora anda a decirle a la señora Amalia que las caballerizas están abiertas y a su disposición.

SEGUNDO.— Bueno, patrón. (*Inicia mutis.*)

JULIÁN.— Segundo... (*Segundo se da vuelta y Julián le habla por lo bajo a Enrique.*) Mira la cara que pone... (*A Segundo.*) Y dile que el fantasma la espera.

(*Segundo mira en torno y luego escapa. Julián ríe.*)

ENRIQUE.— Eres el mismo, Julián, no has cambiado nada.

JULIÁN.— ¿Lo dices en serio?

ENRIQUE.— Me parece verte quince o veinte años atrás asustando a Segundo.

JULIÁN.— Ah. ¿Y físicamente? ¿Me hallas cambiado físicamente? ¿Me hallas más viejo? ¿Más arrugado? Lleno de canas, una ruina.

ENRIQUE.— Bueno...

JULIÁN.— Dímelo sin miedo. Hoy amanecí fuerte.

ENRIQUE.— (*Riendo, molesto.*) Estás igual.

JULIÁN.— No, no, no, no me mientas. Estoy más viejo ¿no es cierto? ¡Mírame! Tú eres el único que puede dar una opinión sincera, porque hace diez años que no me veías.

ENRIQUE.— Tranquilízate, estás igual.

JULIÁN.— Ojalá, porque odio la vejez. Es una cosa súbita y despiadada.

ENRIQUE.— Pero a nosotros todavía nos queda tiempo para empezar a preocuparnos de la vejez.

JULIÁN.— Tiempo... sí, a lo mejor. Pero (*Imita el acento alemán.*) “es preferible poner el parche antes que la herida” como decía Herr Lowenstein.

ENRIQUE.— ¡Herr Lowenstein! ¿Te acuerdas? ¿Qué fue de él?

JULIÁN.— Murió como había vivido, haciendo clases.

ENRIQUE.— Pobre viejo, tanto que lo hicimos rabiar...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo.*) Así es que no me hallas más viejo. ¡Qué bueno! Tendré que contárselo a mamushka.

ENRIQUE.— ¿Cómo está tu mamá?

JULIÁN.— Luego la verás. Y si la hallas más vieja, no se lo digas. Pretende que ha descubierto un secreto y es luchar día a día con la vejez, palmo a palmo, como quien pelea con la flojera de las empleadas. Nunca la domina, pero tampoco se deja dominar. Y ahí está el secreto: en no cejar.

ENRIQUE.— Te podría contestar lo que le dijiste a Segundo. Guarda tus energías para las grandes batallas de la vida.

JULIÁN.— ¿Y cuáles son las grandes batallas de la vida? ¡Por Dios, Enrique! ¿Entonces me creíste... tomaste en serio lo que le dije a Segundo? Son cosas que se le dicen a los empleados para levantarles el ánimo; pero de ahí a que uno las crea... ¿Cuáles son las grandes batallas de la vida? Los detalles, simplemente los detalles. No porque sean más importantes, sino porque no hay nada más... ¡Nada más! Mira, la vida es un gran bluff. Tienes un par de cuatro en tu mano y apuestas y apuestas como si contaras con una escalerilla real... Todo está en la forma cómo apuestas, cómo juegas, cómo organizas, cómo planeas, todo está en esos detalles. Y no hay más.

ENRIQUE.— Hablas demasiado, Julián, como siempre. Y te contradices todo el tiempo.

JULIÁN.— Claro que sí, para eso soy humano.

ENRIQUE.— Siempre has creído que ese era privilegio tuyo exclusivo.

JULIÁN.— No te pongas pesado, Enrique. Acabas de llegar.

ENRIQUE.— Perdóname.

JULIÁN.— No tienes por qué odiarme.

ENRIQUE.— No te odio. ¿Por qué dices eso?

JULIÁN.— No sé. Cosas...

ENRIQUE.— Pero, Julián, no seas absurdo.

JULIÁN.— No, no, no, si lo comprendo todo. Un hombre que ha vivido diez años en los desiertos del Norte tiene derecho a sus rarezas.

ENRIQUE.— Supongo que estarás bromeando.

JULIÁN.— (*Lo mira durante un brevísimo segundo y luego cambia el tono.*) ¡Claro que estoy bromeando, viejito! Cualquiera diría que no me conoces.

- ENRIQUE.— (*Riendo con cierto alivio.*) ¡Ah! En el fondo nunca sé cuándo es verdad y cuándo es mentira lo que estás diciendo.
- JULIÁN.— Mira, te voy a confiar un secreto: casi todo el tiempo es mentira.
- ENRIQUE.— Entonces lo que decías hace un rato respecto a la vida...
- JULIÁN.— (*Interrumpiendo.*) Lo que decía hace un rato... Mais, mon cher, como voy a acordarme de lo que decía hace un rato. Y ahora basta de discusiones y dime qué te parece el escenario.
- ENRIQUE.— ¿Cuál escenario?
- JULIÁN.— (*Indicando las caballerizas.*) Este...
- ENRIQUE.— No veo ningún escenario.
- JULIÁN.— (*Explicándole como quien lo hace con un niño.*) Enrique, no es necesario que haya candilejas y cortinas para que se hable de escenario. ¡Todo es un escenario! Cada tabla que cada uno de nosotros pisa es un escenario... ¡Esto es un escenario!
- ENRIQUE.— ¿Las caballerizas?
- JULIÁN.— Sí, las caballerizas.
- ENRIQUE.— Entonces va a suceder algo aquí, porque en los escenarios suceden cosas.
- JULIÁN.— Claro que sí.
- ENRIQUE.— ¿Y qué va a suceder?
- JULIÁN.— Un crimen.
- (*Hay un instante breve de silencio.*)
- ENRIQUE.— ¿Qué crimen?
- JULIÁN.— (*Riendo fuerte.*) ¡No pongas esa cara! Si nadie te va a matar a ti.
- ENRIQUE.— Te confieso, Julián, que me cuesta mucho seguir esta conversación.
- JULIÁN.— ¿Y cómo antes me comprendías a las mil maravillas?
- ENRIQUE.— Antes estaba acostumbrado. Acuérdate que ahora he pasado diez años en Calama y que allá no abundan los Julianes.
- JULIÁN.— ¡Los Julianes! Parece una raza de flores. ¡Los Julianes! Una mezcla entre tulipán y algo más, una especie de magnolia apócrifa. (*Enrique ríe.*) Vamos a tener que escribir un tratado sobre los Julianes. Inventaremos una nueva especie, las pecioladas titubeantes, y mandaremos un artículo al *Amigo del Campesino* y otro a *El Mercurio* para que sea verdaderamente serio. Los Julianes, dos puntos, futuro de Chile. Eso siempre interesa, porque éste es un país que pasa buscando su futuro. Y diremos que se plantan en las caballerizas abandonadas y que como todos deben tener en su fundo una caballeriza abandonada, será una de las cosechas más populares para el próximo año. ¿Qué te parece, ah?
- ENRIQUE.— (*Sonriendo.*) Me parece muy bien.
- JULIÁN.— (*Remedándolo.*) ¡Muy bien! ¿Es lo único que se te ocurre? Tú sí que no has cambiado, Enrique. Me ves aquí, como Dios, creando de la nada una raza de plantas, y habiendo tanto adjetivo, tanto adverbio en la lengua castellana, lo único que se te ocurre decir es muy bien. Muy bien, que no significa nada.
- ENRIQUE.— (*Ya casi entregado al juego.*) ¿Y qué quieres que diga?
- JULIÁN.— ¡Maravilloso!, por ejemplo. Fascinante, sensacional. Todo lo que debieras haber exclamado cuando abrí la puerta de estas caballerizas.
- ENRIQUE.— Pero si ya las conocía.
- JULIÁN.— De veras. Hace diez años, justo antes de que te fueras, en esa fiesta que organicé.
- ENRIQUE.— (*Un poco turbado.*) Sí... pero no pensaba en eso, sino que cuando chicos, cuando me invitaste a veranear al fundo y en la noche veníamos a cazar arañas con antorchas ¿te acuerdas?
- JULIÁN.— Sí, me acuerdo. (*Cambia de tema.*) ¿No encuentras que es el sitio indicado para lo que va a suceder?
- ENRIQUE.— Pero, ¿qué es lo que va a suceder?
- JULIÁN.— ¿No recibiste la invitación?
- ENRIQUE.— ¿La tuya?
- JULIÁN.— ¿Cuál si no?
- ENRIQUE.— Sí, la recibí.
- JULIÁN.— ¿Y?

ENRIQUE.— ¿Y qué?

JULIÁN.— ¿No la leíste?

ENRIQUE.— Claro que sí, Julián, pero déjate de crear suspenso y explícame lo que va a suceder.

JULIÁN.— ¿No se te ocurrió preguntarte por qué te invitaba?

ENRIQUE.— Supongo que sería porque tenías ganas de verme.

JULIÁN.— De ver a mi amigo después de diez años de ausencia (*Esto lo ha dicho en un tono serio pero melodramático. Enrique no sabe si reír o no.*) Pero hay más.

ENRIQUE.— ¿Qué más?

JULIÁN.— ¿Recuerdas a qué te invité? A une partie de chasse, mon cher. ¿Sabes lo que es eso?

ENRIQUE.— Una cacería supongo.

JULIÁN.— (*Remedándolo.*) Una cacería... ¡Qué fomedad! Despertarse con los gallos, vestirse de mala gana, tragar un desayuno y helarse por los caminos embarrados, para matar dos o tres pajaritos que después ni siquiera se pueden comer, porque están llenos de municiones. No, Enrique ¿cómo se te ocurre que te iba a invitar para eso? Este es otro tipo de caza. Una caza que se va a llevar a cabo aquí adentro.

ENRIQUE.— ¿Aquí? Ah... ¡Arañas con antorchas!

JULIÁN.— No. ¡Adivina!

ENRIQUE.— No sé, Julián. ¿Por qué no me lo explicas?

JULIÁN.— Bueno, se trata de lo siguiente...

(*En ese instante se escucha alguien que llama desde el jardín: "Julián... Julián..." Aparece Amalia, la madre de Julián.*)

AMALIA.— (*Entrando.*) ¡Julián! Ah... Aquí estabas. Julián, siéntate, tengo que hablarte seriamente.

JULIÁN.— (*Tratando de abrazarla.*) Soy todo oídos, señora.

AMALIA.— (*Rechazándolo e ignorando a Enrique.*) No, Julián, pórtate bien. Vengo a hablarte seriamente. Siéntate y contéstame. ¿Qué es lo que le dijiste a Segundo?

JULIÁN.— (*Como un niño que pretexta la más completa ignorancia.*) ¿A Segundo?

AMALIA.— Ne fais pas le bête y contéstame. ¿Qué es lo que le dijiste?

JULIÁN.— ¿Por qué?

AMALIA.— Llegó como un loco a la casa, como si hubiera visto un monstruo.

JULIÁN.— (*Señalándolo.*) Enrique tal vez.

AMALIA.— ¿Quién? (*Se da vuelta y ve a Enrique. Lo saluda y prosigue imperturbable.*) ¿Cómo le va? (*A Julián.*) No, no creo que ese joven haya podido asustarlo tanto.

JULIÁN.— Yo sólo le dije que fuera a buscarte.

AMALIA.— ¿Cómo se lo dijiste?

JULIÁN.— Eh... díle a la señora que venga a las caballerizas.

AMALIA.— ¿Y qué más?

JULIÁN.— Nada más.

AMALIA.— No me mientas, Julián.

JULIÁN.— Maman, mamie, mamushka, no se ponga tan seria.

AMALIA.— No, Julián. Contéstame primero.

JULIÁN.— Bueno, si quieres saber toda la verdad... le dije: Anda a avisarle a la señora que las caballerizas están abiertas y que... que el fantasma la espera.

AMALIA.— (*Lo mira durante algunos segundos. Pareciera que va a enojarse, pero luego no puede retener la risa.*) No... ¿Le dijiste eso? Pero... pero qué niño tan malo. Mereces una palmeta. (*Se la da.*) ¡Malo, malo, méchant! Sabes que le tiene terror al fantasma y... ¡Merecerías que te pusiera interno en un colegio! (*Los dos ríen.*) Mira... vas a prometerme algo.

JULIÁN.— ¡Lo que quieras!

AMALIA.— No, esto es en serio, Julián. Vas a prometerme no molestar más a Segundo. Es el único empleado que realmente he logrado amansar y no pienso perderlo. Así es que vas a prometerme...

JULIÁN.— Lo juro, mamushka.

AMALIA.— Basta con que me lo prometas. Ésta no es época de juramentos. (*Es sólo entonces*

cuando se da cuenta de que Enrique todavía está en la pieza. Le habla.) ¿No le parece? (Por lo bajo a Julián.) ¡Lo había olvidado! ¡Por Dios que somos mal educados! (A Enrique.) ¿No le parece? No, no, no, Julián, deja que el joven conteste... Conversar es compar-
tir y no acaparar. ¿Qué opina usted, Eduardo?

JULIÁN.— Enrique, mamá. ¿No te acuerdas de él?

AMALIA.— (*Sin acordarse.*) Por supuesto. Enrique... Qué gusto de... (*Y de pronto se acuerda.*) ¡Enrique! ¡El de los pantalones de golf!

ENRIQUE.— (*Riendo muy molesto.*) El mismo.

AMALIA.— Ése que apenas hablaba y que era tan educadito. Usted era el único amigo de mi hijo que me gustaba. ¿Y qué se ha hecho todo este tiempo?

ENRIQUE.— Bueno... he estado trabajando... he...

JULIÁN.— Ha estado diez años en el Norte, en Calama ¿no?

ENRIQUE.— Sí.

AMALIA.— ¿Y para qué, Dios mío?

JULIÁN.— Enrique es un hombre trabajador.

AMALIA.— Déjalo contestar a él, Julián.

ENRIQUE.— Sí, he estado trabajando. Trabajo en una Compañía, una Compañía minera, y me mandaron al Norte.

AMALIA.— Pero si me parece estarlo viendo con sus pantalones de golf... ¡Me acuerdo tan bien! Me acuerdo que Julián le pegó las paperas, la alfombrilla, la peste cristal, y una vez que usted le pegó un resfrío a Julián, su mamá llamó para disculparse. ¡Me sentí tan mal! ¿Qué es de su mamá? Es un encanto ¿no?

ENRIQUE.— Murió... murió hace algunos años.

AMALIA.— ¡Ay! Cada vez van quedando menos. ¡Qué horrible es la muerte! Casi tan horrible como envejecer.

JULIÁN.— ¿Lo dices por Enrique?

AMALIA.— Ne sois pas bête. Lo digo por mí. ¿Me encuentras más vieja?

ENRIQUE.— Bueno...

AMALIA.— Dígalo sin miedo.

JULIÁN.— (*Viniendo en ayuda de Enrique.*) No lo pongas en aprietos, mamushka. Enrique no sabe hablar. ¡Y tú estás cada día más joven!

AMALIA.— (*Coqueta, a Enrique.*) No le crea una sola palabra... De modo que ha estado diez años desterrado.

ENRIQUE.— No lo crea. Calama es muy agradable. Y la vida...

AMALIA.— (*Interrumpiendo.*) Debe hacer mucho calor, ¿no? Nosotros con Julián no podemos soportar el calor. De modo que diez años... ¡Pero entonces hace siglos que yo no lo veía!

JULIÁN.— Claro, tú todavía estabas en París cuando Enrique se fue.

ENRIQUE.— Usted estuvo mucho tiempo allá ¿no es cierto?

AMALIA.— Casi diez años.

ENRIQUE.— (*Haciendo un esfuerzo por enhebrar una conversación.*) ¿Y le gustó?

AMALIA.— ¡París! Eso no se pregunta. París y yo somos viejos amigos. Estuve en el colegio allá. Mi papá, que era ateo y absolutamente sacrílego... Fue él quien transformó esta capilla en caballeriza, porque esto era una capilla antes... mi papá odiaba los colegios de monjas y por eso me mandó a estudiar allá. Usted debiera haberse ido a París en vez de a... ¿cómo se llama?

JULIÁN.— En París no hay minería, mamushka. Y Enrique es un hombre trabajador, un hombre que trabaja para un futuro mejor y...

AMALIA.— (*Interrumpiendo.*) ¡Ay! No hables así, Julián. Pareces una propaganda de neumáticos.

JULIÁN.— Es que Enrique siempre soñó con todo eso. ¿No es cierto, Enrique? En el colegio, mientras yo agonizaba con Verlaine y Rimbaud, él leía la vida de Henry Ford.

AMALIA.— No la he leído.

JULIÁN.— Yo tampoco, pero debíamos haberlo hecho. Es esencial para subsistir en el siglo veinte. Todos debíamos tratar de ser como Mr. Ford.

AMALIA.— ¿Pero que no fabricó autos no más?

JULIÁN.— Nosotros ni siquiera hemos fabricado eso.

AMALIA.— Pero hemos vivido, Julián. ¿Qué opina usted, Enrique?

ENRIQUE.— No... no sé, señora.

AMALIA.— (*Remedándolo.*) No sé, señora. ¡Me parece estarlo viendo! Con sus pantalones de golf, un mechón sobre la frente, diciendo: No sé, señora... Il est charmant, Julien! Me encanta la gente que cambia tan poco. Espero que lo pase muy bien aquí. Supongo que Julián le habrá explicado todo lo referente a la partie de chasse.

JULIÁN.— No he tenido tiempo, mamá.

AMALIA.— Hay que hacerlo entonces. Hay que hacerlo cuanto antes. ¡Una idea de genio! Eso no se le puede negar a Julián... (*Lo besa ligeramente en la mejilla.*) Y parece que usted, Enrique, fue la causa de esa idea. Apenas Julián supo que usted había llegado a Santiago, dijo: Hay que invitar a Enrique al campo y darle una fiesta de bienvenida.

ENRIQUE.— No sabía que...

AMALIA.— Sí, sí, es en honor suyo.

JULIÁN.— (*Manifiestamente cambiando el tema.*) ¿Y qué te parece el lugar, mamie? Ni siquiera lo has mirado.

AMALIA.— Es verdad. Hablamos y hablamos... (*Durante algunos segundos recorre con la mirada las caballerizas y luego mira a Julián.*) Ma-ra-vi-llo-so.

JULIÁN.— ¿Y qué más?

AMALIA.— ¡Fascinante, sensacional! (*Los dos ríen. Es una frase clave entre ellos.*) No podías haber escogido algo más a propósito ¿No le parece, Enrique?

JULIÁN.— Pero si él...

AMALIA.— ¡Chit! Déjalo contestar, Julián. (*A Enrique.*) Es tal la costumbre que tenemos de dialogar, porque Teresa apenas habla, que a veces se nos puede creer mal educados. Pero no lo somos y...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo de pronto.*) Ni siquiera me has preguntado por mi mujer, Enrique.

ENRIQUE.— (*Turbado.*) Sí..., te iba a preguntar. ¿Cómo está?

AMALIA.— ¡Ah! ¿Usted la conoció?

JULIÁN.— Claro, cuando Enrique se fue ya estábamos casados hacía tres o cuatro años.

ENRIQUE.— Sí.

AMALIA.— Ah, bueno, entonces no necesito decirle lo callada que es. No habla nunca y se lo pasa muda en su rincón como si estuviera sosteniendo algo.

JULIÁN.— ¡Maman!

AMALIA.— Es un encanto, pero es una verdadera caríatide.

JULIÁN.— Cuando Enrique la conoció no era así ¿no es cierto, Enrique?

AMALIA.— (*A Enrique.*) ¿Y por qué se fue?

JULIÁN.— Maman, no seas indiscreta.

ENRIQUE.— Me fui a trabajar, señora.

AMALIA.— Ah, no, no, no, eso no me lo cuente a mí. Cuando un joven se va y se hunde en el salitre es porque quiere, o más bien, porque debe... ¿Qué es lo que le pasó, Enrique? Cuéntemelo, supongo que tendrá confianza.

ENRIQUE.— No hay nada que contar, señora.

AMALIA.— Algo que olvidar entonces.

JULIÁN.— ¡Mamá!

AMALIA.— Cuando uno se va, siempre huye de algo. ¿No le parece?

JULIÁN.— Así es que cuando tú te fuiste a París, también huías.

AMALIA.— Claro, de ti. De una cosa que se llamaba Julián que se puso pantalones largos y le creció un bigote. Una cosa que quería llegar a ser hombre y tenía que hacerlo solo. Por eso me arranqué.

JULIÁN.— (*A Enrique.*) ¿No la hallas extraordinaria?

AMALIA.— Y ahora cuénteme su secreto, Enrique. Podrá ser lo que Julián dice, pero a mí esos ojos no me engañan. Por muy hombre de negocios que sea, por mucho metal y mucha organización que exista, hay aquí (*indica sus ojos*) un sí es no es de pena, de... mala suerte... ¡de

amor! (*Ríe.*) No, no me cuente nada. Voy a adivinar. Sí, sí, voy a adivinar. Veamos... Hace diez años: usted ni siquiera tenía treinta, pero andaba cerca. La edad cuando el hombre dice: Si no me caso ahora, no me caso nunca.

ENRIQUE.— Yo no me casé.

AMALIA.— ¡Lo felicito!

JULIÁN.— Mamá sostiene que el matrimonio es la única tragedia.

AMALIA.— No se casó y huyó. Huyó por amor. Huyó para olvidar. ¿Y lo olvidó?

ENRIQUE.— ¿Qué cosa?

AMALIA.— Lo que fue a olvidar.

(*Aparece Segundo, que permanece en la puerta asustado de entrar.*)

SEGUNDO.— Patrón... patrón...

JULIÁN.— ¡Ah! Es nuestro amigo Segundo. ¿Qué te pasa, hombre? Entra... entra...

SEGUNDO.— La señorita Teresa me dijo que le viniera a avisar...

JULIÁN.— Pero entra... (*A Amalia.*) Mira la cara que pone.

AMALIA.— Comme tu es bête! (*A Segundo.*) No le hagas caso, Segundo. No tengas miedo. Entra...

(*Segundo apenas entra.*) Eso es... Otro poco... Entra y vas a ver que no hay ningún fantasma.

SEGUNDO.— ¡Ay! No lo diga, patrona.

AMALIA.— ¿Qué?

SEGUNDO.— Eso que dijo.

AMALIA.— ¿Por qué?

SEGUNDO.— Porque cuando uno los llama, aparecen.

AMALIA.— Bueno, no lo voy a decir más. Pero entra, no tengas miedo, entra y convéncete de que no hay ningún "efe".

JULIÁN.— (*A Enrique.*) ¿No la hallas extraordinaria?

AMALIA.— Y ahora, ¿qué es lo que venías a decirnos?

SEGUNDO.— Dice la señorita Teresa que están llegando las visitas.

AMALIA.— ¡Por Dios! Y Teresa sola con ellos, dile que ya voy, Segundo. (*Mutis de Segundo.*)

Bueno, los dejo (*Inicia mutis.*) ¡Ay! Casi se me olvidaba, Julián. Vine por dos cosas. Una: retarte. Eso ya lo hice. Y la otra... ¿Qué sería la otra? Ah, sí. Se me ha ocurrido algo fascinante.

JULIÁN.— ¿Qué?

AMALIA.— Música.

JULIÁN.— ¿Música?

AMALIA.— Música de fondo durante la partie de chasse. Cualquier germano pomposo al comienzo y, si la partida se prolonga hasta el amanecer, Mozart. Es la única manera de soportar la mañana. Algo frágil para compensar las caras fiambres y los vestidos arrugados. ¿Qué te parece?

JULIÁN.— Me parece...

AMALIA.— Mejor que te parezca bien, porque ya hice instalar los amplificadores.

JULIÁN.— Me parece maravilloso.

AMALIA.— ¿Y qué más?

JULIÁN.— ¡Fascinante, sensacional!

AMALIA.— (*Muy contenta.*) Chéri! Ahora sí que los dejo. Cuéntale a tu amigo todo y si se les ocurre algo más, cuéntamelo a mí. A mis años hay que estar incluida o muerta. Sólo son espectadores los viejos. Bueno, a bientot, ¡y pórtense bien!

(*Desde la puerta les lanza un beso y sale.*)

JULIÁN.— ¿No la hallas maravillosa?

ENRIQUE.— No han cambiado nada, ni tú ni ella.

JULIÁN.— ¿No es cierto que está joven?

ENRIQUE.— Sí.

JULIÁN.— Y tiene el mismo entusiasmo siempre, la misma vitalidad. Ya la viste cómo organizaba, cómo planeaba...

ENRIQUE.— Pero ¿qué es lo que están planeando?

JULIÁN.— Ah... veo que por fin empieza a picarte la curiosidad.

ENRIQUE.— ¿Qué es lo que va a pasar?

JULIÁN.— Ya te lo dije: une partie de chasse.

ENRIQUE.— Sí, pero ¿dónde? ¿Y qué es lo que vamos a cazar?

JULIÁN.— Un fantasma.

ENRIQUE.— ¿Un fantasma?

JULIÁN.— Claro, el que dicen que habita en estas caballerizas.

ENRIQUE.— Pero entonces ¿es cierto?

JULIÁN.— Lo más que hay.

ENRIQUE.— ¿Y tú crees?

JULIÁN.— A pie juntillas. (*Lo mira muy serio durante algunos segundos y luego ríe.*) ¡Enrique! Tan cándido como antes. Claro que no creo y nadie cree; pero nos divertimos creyendo que creemos.

ENRIQUE.— ¿Nadie cree?

JULIÁN.— Bueno, algunos sí. Ya viste a Segundo temblando como una hoja y supongo que los demás empleados creerán, y los peones. Dicen que en las noches de luna se escucha en esta caballeriza una canción melancólica. Dicen que es alguien que llora por un amor perdido y la única manera de hacerlo callar es encendiéndole una vela y rezando tres padrenuestros. Nosotros en cambio lo haremos enmudecer para siempre. Lo mataremos.

ENRIQUE.— Pero ¿cómo?

JULIÁN.— Ésa es la fiesta, Enrique. Después de la cena, les repartiremos a los invitados unos rifleitos que compró mamá y que disparan fulminantes. Son inofensivos, preciosos y costaron muy caro; pero todo vale la pena, con tal que la fiesta sea lucida. Entonces los invitados saldrán al parque, perseguirán al fantasma, lo acorralaremos aquí en estas caballerizas, y le daremos muerte.

ENRIQUE.— Pero ¿cuál fantasma?

JULIÁN.— No te asustes: habrá un fantasma. Si no, sería una lata. Disfrazaremos a Segundo con una sábana y lo haremos correr entre los árboles.

ENRIQUE.— ¿Y tú crees que querrá?

JULIÁN.— Segundo siempre quiere lo que yo quiero.

ENRIQUE.— Y perseguiremos a ese pobre hombre.

JULIÁN.— Ah, no, Enrique, no te vas a poner sentimental. Segundo va a estar fascinado de poder-nos ayudar.

(*A lo lejos se escucha alguien que llama: "Julián... Julián..."*.)

ENRIQUE.— Alguien llama...

JULIÁN.— Es Teresa.

ENRIQUE.— (*Nervioso.*) Vamos a encontrarla.

JULIÁN.— No, espera. Quiero que vea el lugar del crimen... (*Ríe.*) o tal vez el de la caza, porque todavía no sabemos si habrá víctima. (*Vuelve a reír.*) Todo depende de la habilidad de Segundo... Attends! Ahí viene... Je vois ma fiancée a travers les fleurs es les feuilles...

(*Aparece Teresa. Al entrar y ver a Enrique se detiene durante un pequeñísimo instante.*)

TERESA.— Enrique... (*Se domina.*) ¿Cómo estás?

ENRIQUE.— (*Va hacia ella y le estrecha la mano.*) ¿Cómo estás, Teresa?

JULIÁN.— Es Enrique, Teresa. ¿No te sorprende ver al ermitaño después de tantos siglos?

TERESA.— La señora Amalia me dijo que estaba aquí.

JULIÁN.— Mamá...

TERESA.— Sí.

ENRIQUE.— ¿Y cómo estás?

TERESA.— Muy bien, gracias. Me da gusto verte después de tanto tiempo.

ENRIQUE.— Teresa...

TERESA.— (*Interrumpiendo.*) Julián, la señora Amalia me mandó a decirte que vayas a probar los amplificadores.

JULIÁN.— Los amplificadores... Ah, sí. Son para la música. Va a haber música de fondo, Teresa, durante la partie. ¿Qué te parece...? No, no me digas que muy bien. Es lo que acaba de

decirme Enrique. (*Ríe. Pero algo le ha sucedido. La alegría es ahora un poco forzada.*)

Voy a ver los amplificadores...

ENRIQUE.— Te acompaño.

JULIÁN.— No, quédate aquí con Teresa. Quiero que me digan si se oyen bien. Voy y vuelvo.
(*Antes que hayan podido contestar, Julián ha salido. Permanecen los dos mudos, molestos, sin saber qué decirse.*)

ENRIQUE.— Julián no ha cambiado.

TERESA.— No.

ENRIQUE.— ¿Y tú?

TERESA.— ¿Yo?

ENRIQUE.— ¿Has cambiado?

TERESA.— Estuviste mucho tiempo en el Norte ¿no es cierto?

ENRIQUE.— Diez años.

TERESA.— Diez años.

ENRIQUE.— Sí.

TERESA.— (*Tratando de entablar una conversación.*) ¿Dónde? ¿En Antofagasta?

ENRIQUE.— Calama. Al interior de Antofagasta.

TERESA.— Sí, de veras, lo sabía.

ENRIQUE.— ¿Cómo?

TERESA.— Alguien debe habérmelo dicho.

ENRIQUE.— Y... y ¿cómo has estado?

TERESA.— Ya lo ves, como siempre.

ENRIQUE.— ¿Qué has hecho?

TERESA.— Nada especial.

ENRIQUE.— ¿Estás contenta?

TERESA.— Tú sabes que ahora vivimos aquí en el campo, casi todo el año.

ENRIQUE.— ¿Por qué?

TERESA.— Supongo que será por la plata. Se nos ha ido acabando. (*Sonríe.*) Tú conoces a Julián.

Ya no le queda sino este fundo, la vida en Santiago es sumamente cara, y aquí todavía puede tener sus comodidades. Vivir como antes.

ENRIQUE.— ¿Cómo?

TERESA.— Como antes.

(*Hay un breve silencio.*)

ENRIQUE.— Cuando llegué a Santiago estuve con Rafael.

TERESA.— ¿Rafael?

ENRIQUE.— Sí, Rafa, tu primo... el que era amigo mío.

TERESA.— ¡Ah! Rafito. ¿Cómo está? Hace siglos que no lo veo.

ENRIQUE.— Muy bien. Me contó que tú le habías preguntado noticias mías.

TERESA.— ¿Yo?

ENRIQUE.— Sí.

TERESA.— No me acuerdo.

ENRIQUE.— Me... dio mucho gusto.

TERESA.— ¿Qué le pasará a Julián? Tengo mucho que hacer en la casa.

ENRIQUE.— ¿Los invitados?

TERESA.— Sí.

ENRIQUE.— ¿Son muchos?

TERESA.— A alojar, quince. Los demás sólo vendrán a comer.

ENRIQUE.— Ah.

TERESA.— Y... ¿y siempre trabajas tanto?

ENRIQUE.— Sí.

TERESA.— ¿Has logrado lo que querías?

ENRIQUE.— No sé. Tengo la impresión de que estoy donde mismo, donde estaba antes de partir, hace diez años.

TERESA.— ¿Qué le pasará a Julián? ¿Te mostraron ya tu pieza?

ENRIQUE.— No, Julián insistió para que viniera a ver las caballerizas antes que...

(En ese momento se escucha una melodía. Es una canción romántica que estaba de moda hace diez años. Ambos se inmovilizan. Se miran y luego bajan la vista como si hubiesen sido heridos.)

ENRIQUE.— Teresa... la música.

TERESA.— Se escucha perfectamente. Volvamos a la casa.

ENRIQUE.— *(En el momento en que ella va a salir.)* Teresa...

TERESA.— ¿Sí?

ENRIQUE.— ¿Te... te acuerdas?

TERESA.— *(Lo enfrenta.)* ¿De qué?

ENRIQUE.— De... de nada.

Telón

SEGUNDO ACTO

(Ya la noche se insinúa en el parque y penetra en las caballerizas esfumando los contornos de las murallas. Empieza a escucharse el ruido de los sapos, de los grillos y, de vez en cuando, jirones distantes de la melodía como si alguien la recordara sin precisarla. Julián le está entre-gando a Segundo una pequeña escopeta.)

JULIÁN.— Aquí está. ¿Sabes cómo cargarla? Y éstas son las balas, no las vayas a confundir con las otras.

SEGUNDO.— No, patrón.

JULIÁN.— Toma.

SEGUNDO.— Bueno, patrón.

JULIÁN.— ¿Te acuerdas de todo lo que te dije?

SEGUNDO.— Sí, patrón.

JULIÁN.— A ver, repite.

SEGUNDO.— Apenas oigo los primeros tiros...

JULIÁN.— No, no, no... ¿Dónde tienes que estar?

SEGUNDO.— *(Indicando un lugar en el campo.)* Allá arriba, patrón.

JULIÁN.— En el palomar, eso es. Y...

SEGUNDO.— Y cuando veo aparecer la custión blanca, disparo.

JULIÁN.— Y disparas cuantas veces sea necesario, hasta que la veas caer. ¿Comprendiste, Segundo?

SEGUNDO.— Sí, patrón.

JULIÁN.— Y ni una palabra a nadie, porque si sé que lo has contado, voy donde tu padre y le digo lo del...

SEGUNDO.— *(Interrumpiéndolo.)* Ay, no, patroncito, por favor. Descuide. No le voy a soplar palabra a naiden.

JULIÁN.— Ándate ahora y esconde eso.

(Segundo inicia el mutis, pero se detiene en la puerta.)

SEGUNDO.— Patrón...

JULIÁN.— ¿Qué hay?

SEGUNDO.— Patroncito ¿qué va a ser la custión blanca ésa?

JULIÁN.— Algo, no necesitas saberlo.

SEGUNDO.— Pero es que, patrón...

JULIÁN.— ¿Qué?

SEGUNDO.— Yo no quisiera que fuera... que fuera... bueno, eso que vive aquí adentro. Es mala suerte dispararles.

JULIÁN.— ¿El fantasma?

SEGUNDO.— (*Mirando en torno con terror.*) ¡Ay, no lo diga, patroncito! ¡Por todos los santos y la Virgen no lo diga!

JULIÁN.— No, no será el... Será otra cosa. Será algo muerto, eso sí, algo muerto que hay que matar de una vez por todas. Será algo mío. O por lo menos algo que tiene algo mío. Segundo ¿sabes tú lo que es la certidumbre?

SEGUNDO.— No, patrón.

JULIÁN.— La certidumbre es algo azul. Sí, eso es, algo absolutamente azul, claro y preciso, determinado. Contra eso vas a disparar, Segundo, contra la certidumbre.

SEGUNDO.— Pero no me dijo que iba a ser blanco, patrón.

JULIÁN.— ¿Cómo...? ¿Blanco? ¡Por supuesto, hombre, blanco, blanco! Y ahora ándate.

(*Pero en ese momento aparece Amalia. Trae entre los brazos tules blancos y grises.*)

AMALIA.— ¡Ah! ¡Qué susto...! ¿Y qué están haciendo aquí? (*Rápidamente Julián le quita a Segundo la escopeta y la esconde tras algunos objetos. Amalia sorprende el gesto, pero no se da por aludida.*) ¡Y tú también, Segundo! Te he andado buscando por toda la casa para que me ayudes.

JULIÁN.— ¿Qué es eso que traes, mamushka?

AMALIA.— Un secret, chéri. Aunque para ti no tengo secretos. ¡Mira! (*Extiende los tules.*) ¿Qué te parecen?

JULIÁN.— ¿Es tu vestido?

AMALIA.— Mi amor, yo me estrené en sociedad hace exactamente cuarenta y tres años y ya no estoy para tules. No, no es mi vestido. Son telarañas.

JULIÁN.— ¿Telarañas?

AMALIA.— Claro, desde que vine esta tarde quedé con el ríntintín. Me decía: algo falta, no sé qué, pero algo falta. Y de repente, cuando tu amigo recordó a la hora del té ese juego que jugábamos ¿te acuerdas...?

JULIÁN.— ¿El de la araña y las moscas?

AMALIA.— ¡Ése! Me dije: lo que falta es telaraña. Mucha telaraña, kilómetros de telaraña. Y como ya no había tiempo de encargar arañas que la tejieran, decidí simplificar y traer telarañas ya hechas: éstas.

JULIÁN.— Pero ¿qué vas a hacer con ellas?

AMALIA.— Colgarlas de todos los rincones, darle un poco de ambiente a esta pieza. ¡Mírala! Es verdad que está sucia y encerrada y vieja, pero ¿dónde está el misterio, Julien? ¿Dónde?

JULIÁN.— ¿Y tú vas a crearlo?

AMALIA.— ¡Claro! Si quieres cazar un fantasma (*De pronto mira a Segundo y se corrige*), si quieres cazar un “efe”, tiene que haber misterio alrededor... Por eso traje estas telarañas. A ver, Segundo, busca algo en qué subirte y ayúdame a colgar estas telarañas... (*Al darse cuenta que Julián la mira.*) ¿Qué te pasa, Julot? ¿Por qué me miras así?

JULIÁN.— ¿Cómo?

AMALIA.— Como si nunca me hubieras visto antes.

JULIÁN.— ¡Ideas!

AMALIA.— No, no, no, yo no me engaño. ¿Estoy hecha un adefesio, no es cierto? Pero déjame que cuelgue estas telarañas y me voy a arreglar y ni siquiera vas a reconocer a mamushka... Anda, mi amor, anda a vestirme tú que te demoras siglos (*Se acerca. Quiere abrazarlo. Pero él no responde.*) ¿Qué te pasa? ¿Estás triste? ¿Alguien te ha hecho sufrir?

JULIÁN.— No, nadie. (*Sonríe.*) nadie, mamá.

AMALIA.— Te noté muy deprimido durante el té.

JULIÁN.— No me pasa nada. Voy a vestirme.

AMALIA.— Date un baño hirviendo. Y róbame esas sales importadas. Están en el tercer cajón de la cómoda...

(*Julián ha salido. Amalia permanece pensativa durante algunos segundos y luego se da vuelta hacia el mozo que ha encontrado una escalera.*)

SEGUNDO.— ¿Servirá ésta?

AMALIA.— Sí, súbete. (Segundo *obedece*.) ¡Toma! (*Le lanza los tules*.) Empieza a colgar. (*Pasan algunos segundos*.) Segundo, ¿tú crees que aquí hay un “efe”? No te asustes: dije “efe”. Contéstame. ¿Tú lo crees?

SEGUNDO.— Yo lo vi, señorita.

AMALIA.— ¿Lo viste? ¿Y cómo era?

SEGUNDO.— Bueno, fue el Joaquín el que lo vio, pero es lo mismo que si yo lo hubiera visto, porque el Joaquín no miente.

AMALIA.— ¿Y qué es lo que vio?

SEGUNDO.— Escuchó un canto.

AMALIA.— Entonces no lo vio. Corre esa telaraña un poco más a la derecha... ¡A la derecha, pues niño! ¿Y cómo era el canto?

SEGUNDO.— Muy triste, dice él. Ay, señorita, aquí hay una de verdad. La dejo o la saco. Ay, mire, hasta tiene una arañita.

AMALIA.— ¡Sácala! No, déjala... A ver, pon una sobre la otra. Sí, eso es... Sí, en esa forma está casi perfecta. ¿Y qué más te dijo Joaquín?

SEGUNDO.— ¿De la canción? Parece que el patrón a veces la canta.

AMALIA.— ¿Don Julián?

SEGUNDO.— Sí.

AMALIA.— Deja ésa así, que cuelgue... como si la araña se hubiera cansado de repente. ¿Y qué más?

SEGUNDO.— El Joaquín me contó que una vez la señorita Teresa la estaba cantando en el conservatorio y el patrón fue a decirle algo, pero se quedó callado y no le dijo nada.

AMALIA.— ¿Y ella qué hizo?

SEGUNDO.— Nada tampoco, porque no lo vio.

AMALIA.— ¿No lo vio?

SEGUNDO.— No, porque el patrón se escondió detrás de unas plantas y dejó que la señorita siguiera cantando.

AMALIA.— No, esa ponla más arriba... no, más arriba y ¡cuidado con caerte! Eso es... Dime una cosa, Segundo, ese caballero que llegó esta tarde ¿tú lo habías visto antes, no es cierto?

SEGUNDO.— Sí, señorita.

AMALIA.— ¿Cuándo?

SEGUNDO.— Hace la punta de años. Antes que usted volviera.

AMALIA.— ¿Y venía a menudo?

SEGUNDO.— ¿Qué?

AMALIA.— Si venía todo el tiempo.

SEGUNDO.— Al fondo venía a veces no más. Pero a la casa en Santiago sí que iba.

AMALIA.— Ahora bájate y corre la escalera. ¿Iba cuando don Julián estaba en la casa?

SEGUNDO.— ¿Cómo, señorita?

AMALIA.— Súbete de nuevo. Y toma, cuelga ésta. ¿Y la señora salía con él?

SEGUNDO.— ¿Con don Enrique? No, no la vi nunca salir con él. Don Enrique venía a la casa.

AMALIA.— Segundo, voy a hacerte una pregunta y quiero que me digas la verdad (*Segundo la mira asustado desde lo alto de la escalera*.) ¿Qué te dijo Julián que hicieras con esa escopeta?

SEGUNDO.— ¿Con cuál escopeta, señorita?

AMALIA.— Esa que escondió.

SEGUNDO.— ¿Cuál escopeta, señorita?

AMALIA.— (*Yendo hacia el lugar donde Julián la escondió y descubriéndola*.) Ésta.

SEGUNDO.— ¿Cuál escopeta, señorita?

AMALIA.— Baja, Segundo, baja... (*El hombre está en lo alto de la escalera y la mira con miedo*.) Baja te digo. Obedece. Baja y dime lo que te mandó hacer. ¡Baja!

(*El hombre comienza a descender lentamente. La mujer lo espera abajo. Hay un gran silencio. Cuando están frente a frente, aparece Teresa. Ya viene vestida para la fiesta. Al verlos se detiene sorprendida*.)

TERESA.— Ah... usted estaba aquí.

AMALIA.— ¿Y a quién esperabas encontrar?

TERESA.— A nadie.

AMALIA.— ¿Qué venías a hacer entonces?

TERESA.— A ver si todo estaba listo.

AMALIA.— ¿Qué?

TERESA.— Todo. (*Señalando las telarañas.*) ¿Qué es eso?

AMALIA.— Algo que estamos colgando con Segundo. Súbete, Segundo, y termina de prender ésa. (*Segundo obedece.*)

TERESA.— Mejor que yo termine de hacerlo. Ya van a llegar los demás invitados y usted todavía no se ha vestido. Déjeme a mí.

AMALIA.— No. Tú no sabes.

TERESA.— Si me lo explica...

AMALIA.— Ya está casi terminado. ¡Más a la derecha, Segundo! ¡Ahí! Y tú sabes que me gusta vigilarlo todo personalmente.

TERESA.— Sí.

AMALIA.— A Julián le gusta que todo está perfecto.

TERESA.— Sí.

AMALIA.— ¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa?

TERESA.— No. ¿Por qué?

AMALIA.— ¿Por qué no te quedas tranquila entonces? ¿Por qué no te vuelves a la casa y ves cómo andan las cosas?

TERESA.— Todo está listo.

AMALIA.— ¿O es que estás esperando a alguien?

TERESA.— ¿A quién?

AMALIA.— ¡Qué se yo! A Julián tal vez... (*Ríe.*) A veces a los maridos se les ocurren esas las locuras: tratar de recapturar el pasado, volver al romanticismo de la primera cita en un lugar...

TERESA.— Señora Amalia, por favor...

AMALIA.— Perdóname, no quería decir nada desagradable.

TERESA.— No es lo que dice, sino el tono...

AMALIA.— ¡Cuidado con ésa, Segundo! (*A Teresa.*) ¡Il est si bete! (*A Segundo.*) Cuidado con ésa que la vas a romper... Nada hay más frágil que una telaraña ¿no te parece, Teresa? Más frágil y más resistente a la vez... O quizás esperes a Enrique.

TERESA.— ¿Por qué?

AMALIA.— A Enrique, mi hijita, al amigo de tu marido. No hay para qué asustarse.

TERESA.— No me asusto.

AMALIA.— Me pareció... ¿Dónde está?

TERESA.— ¿Quién?

AMALIA.— Enrique. (*A Segundo.*) Y ahora, bájate, Segundo, y deja la escalera donde estaba. (*Segundo obedece.*)

TERESA.— En su pieza supongo.

AMALIA.— ¿Supones?

TERESA.— Sí, se fue a cambiar hace un rato.

AMALIA.— Ah, porque estaban juntos.

TERESA.— Sí, los tres, con Julián, en la biblioteca. Julián le estaba mostrando sus libros.

AMALIA.— ¡Apostaría que los con grabados pornográficos!

TERESA.— No sé, no los miré, señora Amalia.

AMALIA.— ¿También te asusta la pornografía? Te aseguro que puede ser sumamente artística. Si vieras lo que me costaron esos libros en París. Pero no te interesan ¿no es cierto?

TERESA.— No mucho.

AMALIA.— ¿Y se podría saber qué es lo que te interesa?

TERESA.— Muchas cosas, señora Amalia.

AMALIA.— ¿Qué? ¿Los santos, los rosarios, los misales?

TERESA.— Por favor, señora Amalia...

AMALIA.— Pero ¿qué es lo que te interesa fuera de esa beatería?

TERESA.— (*Tratando de ser hiriente.*) Casi siempre lo que a usted no le interesa.

AMALIA.— (*Rápidamente.*) Therese, le domestique! (*A Segundo.*) Termina de una vez, Segundo, y ándate... (*Hay un instante de silencio mientras Segundo titubea.*) ¿Qué es lo que te pasa ahora?

SEGUNDO.— (*Mirando hacia el lugar donde Julián escondió la escopeta.*) Es que...

AMALIA.— ¿Qué?

SEGUNDO.— Nada, señorita. (*Hace mutis.*)

AMALIA.— Ya sabes, Teresa, que no me gustan que se susciten discusiones delante de los empleados.

TERESA.— Yo no estaba discutiendo, señora Amalia.

AMALIA.— Vas a pretender que yo tuve la culpa. ¡Hay que tener más sentido del humor, querida! Si me permito hacer un chiste a propósito de tu religión no es motivo para que te encabrites.

TERESA.— No, no es motivo.

AMALIA.— Mi padre nos educó como librepensadores. Y así como yo respeto tu fe y tus cosas, tú debes... Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿He dicho algo que pudiera molestarte de verdad?

TERESA.— No, nada, señora Amalia.

AMALIA.— Entonces ¿por qué siempre tengo la impresión de que me consideras una enemiga? (*Teresa no contesta.*) ¿Y por qué estás así? ¿Por qué están todos así hoy día? ¿Es que va a suceder algo que yo no sé? Teresa, dímelos, qué es lo que pasa...

TERESA.— Nada, señora Amalia.

AMALIA.— Estoy segura que pasa algo, algo grave que yo no sé... ¿Julián? ¿Qué pasa con Julián? ¿Han peleado?

TERESA.— Bien sabe que no nos peleamos nunca.

AMALIA.— Dímelos, Teresa. Por Julián soy capaz de cualquier sacrificio.

TERESA.— Sí.

AMALIA.— Entonces se trata de Julián... ¿Teresa! ¿Qué es lo que está pasando?

TERESA.— (*Reteniéndose.*) Nada, señora Amalia, nada.

AMALIA.— (*Cambiando el tono.*) Teresa, mi hijita, en el fondo yo soy la única amiga que tienes, la única persona que te conoce y que conoce a Julián, la única persona que te puede comprender. ¿Por qué no me cuentas lo que pasa? ¿Por qué... por qué no somos verdaderamente amigas?

TERESA.— (*Mirándola.*) ¿Amigas?

AMALIA.— Sí, las dos lo queremos ¿no es cierto?

TERESA.— (*Para sí.*) Las dos.

AMALIA.— Y Julián necesita el cariño de ambas. Julián necesita más amor que los otros. Necesita protección.

TERESA.— ¿Contra qué, señora Amalia? ¿Contra qué?

AMALIA.— Contra todo, contra el mundo, contra los otros, contra la vida.

TERESA.— Julián no necesita protección contra todo eso.

AMALIA.— Pero es un niño...

TERESA.— (*Interrumpiendo.*) No necesita protección, porque nunca se ha enfrentado con ello.

AMALIA.— ¿Qué dices?

TERESA.— Nunca se ha enfrentado con lo que lo rodea.

AMALIA.— ¿Cómo?

TERESA.— ¡Usted no lo ha dejado!

AMALIA.— ¿Qué...? (*Pausa.*) Me reprochas que lo quiera... Que quiera a mi propio hijo... Ah, no, es demasiado.

TERESA.— No dije eso.

AMALIA.— Sí, sí, lo dijiste. Yo misma te lo escuché... (*Hace un esfuerzo para retenerse.*) Pero para demostrarte hasta qué punto deseo ser tu amiga, te pido que me expliques por qué dijiste eso. Por qué me reprochas que quiera a mi hijo.

TERESA.— Pero si yo...

AMALIA.— No, si no importa, mi hijita. Nada importa con tal de salvarlo a él. Yo sé que tú lo quieres tanto como yo y que le deseas todo el bien del mundo... como yo... Por eso, Teresa, dime lo que sucede. Dímelos.

TERESA.— Nada, señora Amalia.

AMALIA.— Teresa, por favor, no me hables así, no con ese tono, no. ¿No ves que trato de ayudarte? Trato de ayudarlos... Por favor, Teresa, háblame. Cuéntame. Por favor, Teresa, hablemos de una vez por todas.

TERESA.— Hemos hablado tantas veces.

AMALIA.— Pero quizás ahora podamos comprendernos. Porque yo siempre te he escuchado. ¿Dime si no te he escuchado?

TERESA.— Sí, señora Amalia.

AMALIA.— Y te he dado la razón cuando la tenías. Dime si no es cierto.

TERESA.— Sí, señora Amalia.

AMALIA.— Y he seguido tus consejos.

TERESA.— Sí, señora Amalia.

AMALIA.— Entonces por qué no me dices lo que pasa. ¿Qué es lo que pasa? Desde que a Julián se le ocurrió organizar esta fiesta, desde que supo que Enrique... Enrique. ¿No será él?

TERESA.— ¿Qué?

AMALIA.— Hijita, ustedes no se dan cuenta; pero algo va a pasar esta noche. Yo lo presiento, lo sé, lo veo. Algo va a pasar y tú tienes que ayudarme a descubrirlo antes de que sea fatal.

TERESA.— Pero ¿qué?

AMALIA.— No sé yo. Pensé que tú... Yo los miro y me doy cuenta. Siento un peligro que los amenaza. Y no quisiera que Julián sufriera.

TERESA.— ¿Qué peligro?

AMALIA.— Eso es lo que no sé. Pero quizás si tú me contaras lo que pasa... o tal vez lo que pasó... Sí, eso es, lo que pasó antes. ¿Me comprendes? Si supiéramos eso...

TERESA.— Señora Amalia, yo...

AMALIA.— ¿Sí?

TERESA.— No, nada.

AMALIA.— (*Acercándose a ella.*) Cuéntame, Teresa. Es necesario desahogarse, confiarse a alguien... Llorar si es necesario. Porque tú tienes ganas de llorar... Sí, mi amor, yo me doy cuenta que tú tienes ganas de llorar... Bastaría que te lo permitieras un segundo y... Teresa, créeme, yo soy tu amiga y quiero ayudarte. Teresa...

(*Teresa con los ojos llenos de lágrimas se da vuelta para contestar, pero en ese momento irrumpe Enrique. Viene vestido de etiqueta.*)

ENRIQUE.— (*Avanza hacia Teresa.*) ¡Teresa! (*Descubre a Amalia y su impulso se detiene.*) Señora Amalia...

AMALIA.— (*Cuya actitud cambia de inmediato.*) ¡Enrique...! Entonces usted era el que esperábamos.

ENRIQUE.— ¿Cómo?

AMALIA.— Nada, de lubies, mon cher. No me haga caso. ¡Y qué buenmozo viene! Adoro los hombres de oscuro, son tanto más peligrosos. Déjeme enderezarle la corbata (*Va hacia él.*) Siempre he pensado que es un pretexto este de los hombres. ¡Mire que no saberse anudar la corbata! Un pretexto para tenerla a una cerca y... (*Ríe.*) Claro que yo ya no corro peligro. ¿Verdad, Enrique? Una vieja como yo no corre ningún peligro...

TERESA.— (*Interrumpiendo.*) Señora Amalia...

AMALIA.— No digas nada, Teresa. Ya lo comprendo todo y no es necesario que me digas nada. Me vas a atrasar y parece que yo soy la única que no se ha vestido... Me voy, me arranco, los dejo solos... Sí, sí, sí... aunque dígame qué les parecen las telarañas. Ésa fue idea mía. ¡No, no conteste! Aquí viene Julián. Quiero ver la cara que pone.

JULIÁN.— (*Aparece. También viste de etiqueta.*) ¿Cómo? ¿Todos aquí? ¿Por qué? ¿Han decidido no participar en la fiesta?

TERESA.— ¿Por qué?

JULIÁN.— Se han guarecido aquí. Los invitados están todos allá...

AMALIA.— ¡Julien!

JULIÁN.— ¿Sí?

AMALIA.— ¿No dices nada?

JULIÁN.— ¿De qué?

AMALIA.— Mira.

JULIÁN.— (*Viendo las telarañas.*) ¡Telarañas!

AMALIA.— (*Muy contenta.*) Hm.

JULIÁN.— ¡Maravilloso! Une idée de génie.

AMALIA.— N'est ce pas, chéri?

JULIÁN.— (*Yendo a abrazarla.*) ¡Fascinante, sensacional!

AMALIA.— No seas tonto. No exageres. Ne fais pas l'espagnol. Parecen una trampa ¿no es cierto?

Una trampa tendida al fantasma.

JULIÁN.— Pero es que me encanta la forma cómo las colgaste.

AMALIA.— Segundo me ayudó.

JULIÁN.— Fascinantes.

AMALIA.— ¿Te gustan de verdad?

JULIÁN.— Ésta debiera perderse un poco más, un poco más arriba...

AMALIA.— ¿Tú crees?

JULIÁN.— ¡Voy a arreglarla!

AMALIA.— (*Mientras Julián busca la escalera y se sube a ella.*) ¡Ten cuidado! No te vayas a caer. (*Mientras Julián y Amalia, riendo y entreteniéndose como niños, arreglan las telarañas, Enrique se acerca a Teresa.*)

ENRIQUE.— Teresa...

TERESA.— Ahora no, Enrique.

ENRIQUE.— Tengo que hablarte.

TERESA.— Ahora no. Ahora no.

ENRIQUE.— A solas, por eso te pedí que vinieras. Tengo que hablarte. Dime cuándo. Dónde.

TERESA.— Aquí mismo, después de comida, antes que empiece la cacería.

AMALIA.— (*Apareciendo entre las telarañas.*) ¿Qué se están cuchicheando ahí?

ENRIQUE.— ¿Cuchicheando?

JULIÁN.— (*Bajando la escalera.*) Déjalos mamá. Deben tener mucho que decirse. Eran íntimos amigos.

AMALIA.— ¿Ah, sí?

JULIÁN.— Claro, cuando tú estabas en Europa. Entonces se conocieron.

AMALIA.— Tengo que ir a cambiarme.

TERESA.— Yo la acompaño.

AMALIA.— ¿Qué ya terminaste de remover recuerdos? (*Ríe.*) A tout a l'heure, chéri! Me encanta que te hayan gustado mis telarañas.

(*Amalia y Teresa salen. Enrique se apronta a seguir las.*)

JULIÁN.— Enrique. No te vayas. Justamente quiero pedirte un favor.

ENRIQUE.— ¿Qué?

JULIÁN.— Pero sé más amable, Enrique. Dime: con el mayor gusto o... lo que se te ofrezca o qué sé yo; pero dime algo amable.

ENRIQUE.— Perdóname.

JULIÁN.— Aunque ya debiera estar acostumbrado a tu sequedad de estilo. Con Teresa son cortados por la misma tijera. Pocas palabras, pocas frases, poca formalidad. ¡Yo no sé cómo viven!

ENRIQUE.— ¿Cuál es el favor, Julián? No me siento muy bien y quisiera ir a reposar un poco.

JULIÁN.— Mucho mejor vas a reposar aquí, en estas caballerizas, en este lugar que ya conoces. ¿Te acuerdas que hace diez años... mira, creo que fue justo antes que tú me anunciaras que te ibas, te acuerdas que ofrecí aquí mismo una fiesta veneciana? ¿Te acuerdas que llené la laguna de góndolas y le puse a esta caballeriza una fachada de palacio? (*Ríe.*) Mi tío Eduardo dijo que parecía una Venecia para pobres... ¡Y tenía toda la razón!

ENRIQUE.— (*Un poco exasperado.*) ¿Qué es lo que deseas, Julián?

JULIÁN.— Ah, sí, el favor. Pero quédate, siéntate y descansa. Te digo que es preferible que te quedes acá, porque la casa ya está llena con los invitados. Llegaron todos los vecinos, los Sócrates Hinojosa, los Sepúlveda Leyton y las nunca bien ponderadas Arizmendi, la crème de la región,

mon cher! Para soportarlos hay que esperar que se empapen un poco en alcohol. Y pensar que yo organizo todo esto para ellos... La caza de un fantasma a la luz de la luna. ¿Tú crees que entenderán algo? Nada, Enrique, ni una sílaba... Mañana cuando les pregunten cómo estuvo la fiesta, dirán: Al Julián se le ocurrieron no sé cuántas tonterías; pero había bastante trago y del bueno... Eso será todo. ¿Perdonarán a Julián? Sí, porque había trago. ¿Pero lo perdonarán realmente...? ¿Le perdonarán el haberlos hecho agarrar una escopeta y salir a perseguir un fantasma por el parque? No... no lo creo. Porque en este país lo único que no se perdona es ser distinto a los demás. Pero no me escuchas, Enrique. ¿Qué es lo que te pasa?

ENRIQUE.— Sí, sí, te escucho.

JULIÁN.— No, no me escuchas; pero no importa. Ya estoy acostumbrado. Cada día me escucha menos gente. Creo que mi mamá es la única que me escucha. Antes Teresa solía hacerlo, pero ahora...

ENRIQUE.— ¿Por qué dices eso?

JULIÁN.— ¡Ah! A la voz de Teresa, despierta el viejo conde. (*Ríe.*) Siempre te ha gustado Teresa ¿verdad, Enrique? (Enrique *lo mira.*) ¡No, no me lo digas! Ésos son los únicos secretos que pueden permitirse entre dos amigos... Porque entre nosotros no había secretos. ¿Te acuerdas? Ninguno. Ni en el colegio ni después... Esa tarde que nos abrimos las venas y mezclamos las sangres juramos no tenerlos nunca. ¿Te acuerdas de esa tarde? No apareciste en el colegio y yo sufrí hasta la última campana, pensando que tal vez no te vería nunca más. Corrí a tu casa y al verte ahí, en tu cama, enfermo, enfermo, pero no muerto, sentí un inmenso alivio. Y fue entonces cuando te obligué a cortarte la muñeca con la misma hoja con la que habías estado sacándole punta a los lápices de colores y ¡mira! Yo todavía conservo la cicatriz... ¿Y tú? (*Le agarra la muñeca.* Enrique *instintivamente retira su mano.*) Deja, hombre, deja ver... Nada, ni la más mínima huella... (*Mirando ambas muñecas.*) La historia de nuestras vidas, Enrique: en mí todo queda; en ti todo pasa.

ENRIQUE.— (*Retirando su mano.*) ¡Julián!

JULIÁN.— ¿Te sientes ofendido? ¿Por qué? ¿Hay algún secreto que has guardado para siempre ahí (*con un golpe seco le toca la frente*) o ahí? (*Hace lo mismo a la altura del corazón.*) Entonces quiere decir que no has cumplido tu juramento, Enrique, porque yo no lo sé... a menos que se trate de Teresa (*Ríe.*) Porque ése es el único secreto que puedes tener, el único secreto del cual yo puedo estar excluido.

ENRIQUE.— Por favor, Julián, ¿no hallas absurda esta escena? ¿Qué es lo que quieres decirme?

JULIÁN.— ¿Decirte?

ENRIQUE.— Si tienes algo que decirme, dilo.

JULIÁN.— No tengo nada que decirte. Tengo que pedirte un favor, lo cual es distinto.

ENRIQUE.— ¿Por qué me miras así?

JULIÁN.— ¿Cómo?

ENRIQUE.— Nunca me has mirado así.

JULIÁN.— (*Se turba y baja su mirada. En voz casi inaudible.*) De pronto... de pronto me pareció ver en ti...

ENRIQUE.— ¿Qué?

JULIÁN.— Algo que a veces descubro en los ojos de Teresa.

ENRIQUE.— ¿Qué?

JULIÁN.— No sé. Una especie de verdad.

ENRIQUE.— (*Decidido a confesar.*) Es que la hay, Julián. Mira... quisiera decirte algo...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo y volviendo a su tono habitual.*) ¡Qué la va a haber! No hay verdad, Enrique, ésa es la única verdad. Nada hay entre los hombres salvo lo que ellos mismos fabrican. Mira este mundo, mira esta tierra, mira este planeta, mira esta cosa toda hecha de mármol por quién sabe quién... Sobre ella los hombres no son más que moscas, es decir imperfecciones, algo que rompe la belleza de la piedra. Y esas moscas crean sus propias relaciones, tejen su destino y tratan de ordenar la confusión, las moscas solas, Enrique, solas, solas. Y no hay nada más, nada sino una esfera de mármol que pudo ser hermosa plagada de moscas que la ensucian.

ENRIQUE.— Eso no es cierto.

JULIÁN.— ¡Sí lo es!

ENRIQUE.— No, y tú mismo lo sabes.

JULIÁN.— ¿Por qué dices eso?

ENRIQUE.— Porque te conozco, Julián.

JULIÁN.— ¿Y?

ENRIQUE.— Y me doy cuenta cuando tratas de convencerte tú mismo de algo que no crees.

JULIÁN.— (*Irónico, superior.*) ¿Ah, sí? ¿Y de qué trato de convencerme ahora?

ENRIQUE.— De que estamos solos.

JULIÁN.— Lo estamos.

ENRIQUE.— No. No estamos solos. Hay algo entre nosotros.

JULIÁN.— ¿Qué?

ENRIQUE.— No sé, pero...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo con violencia.*) No hay nada. No hay nadie. Nadie sino nosotros mismos, nada más que lo que nosotros hemos inventado.

ENRIQUE.— Hablas y hablas. Haces literatura.

JULIÁN.— Pero si yo estoy hecho de literatura, de literatura sin mensaje, sin propósito. De versos que sólo producen placer, de novelas bien escritas, de estilo y no de fondo. ¡De arte por el arte!

ENRIQUE.— ¿Y para qué?

JULIÁN.— ¿Cómo que para qué?

ENRIQUE.— ¿A dónde vas con todo eso? ¿Qué buscas, Julián? ¿Jugar al escondite con la vida?

JULIÁN.— (*Remedándolo.*) ¿Jugar al escondite con la vida? ¡Ah! Veo que te estás contagiando. Jugar al escondite con la vida... Tendré que adoptar esa frase.

ENRIQUE.— Julián, escucha. Un día... mira, no sé cómo decírtelo, pero llegará el momento en que la vida te agarrará tan fuerte, que te arrepentirás...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo.*) No me va a agarrar, Enrique, no me va a agarrar, porque la vida, mi vida, la fabrico yo.

ENRIQUE.— No, Julián, no.

JULIÁN.— ¿Y qué sabes tú?

ENRIQUE.— Sé... (*Se da la vuelta hacia él.*) Escúchame, Julián... te... te tengo mucho cariño y...

JULIÁN.— ¡No digas eso!

ENRIQUE.— Pero sí es cierto. Hace un rato recordabas cuando nos hicimos una herida en la muñeca... Bueno, yo en ese momento no comprendía muy bien todas esas cosas que se te ocurrían. Pero te seguía, Julián, porque sabía que eras mi amigo y porque... te tenía... amistad y...

JULIÁN.— Esos fueron otros tiempos, Enrique. Eso ya pasó, por lo menos para ti.

ENRIQUE.— Es que ahora quiero... quiero decirte algo, Julián.

JULIÁN.— Guarda tus secretos, Enrique, ya no hay tiempo.

ENRIQUE.— Julián, tengo que hablarte.

JULIÁN.— Los invitados deben estar impacientes y no los puedo hacer esperar más y todavía no te he pedido el favor...

ENRIQUE.— (*Interrumpiendo.*) Julián, escúchame...

JULIÁN.— ¡Ni una palabra más!

ENRIQUE.— (*Violento.*) ¡Julián!

JULIÁN.— Se trata de lo siguiente. Y tienes que ayudarme porque si no no sé qué va a pasar. (*Tras el estallido, Enrique se resigna y escucha sin oír.*) En dos palabras: tal como tú decías, Segundo se niega a ponerse la sábana y a correr entre los árboles. Il ne veut pas être phantôme! Y nos hemos quedado sin presa... ¿Me comprendes? Tú eres el único, fuera de mamushka, que conoce el secreto. No me gustaría mezclar más personas en este susto y por eso te quería pedir... ¿Me escuchas, Enrique?

ENRIQUE.— ¿Cómo?

JULIÁN.— Te pregunto si me escuchas.

ENRIQUE.— Sí, sí.

JULIÁN.— Pues bien, quiero que me ayudes y que tú seas el... el fantasma esta noche.

ENRIQUE.— Julián ¿no piensas que todo esto es un poco absurdo?

JULIÁN.— No. ¿Por qué?

ENRIQUE.— Ya no tenemos edad para andar jugando a los fantasmas.

JULIÁN.— Deja de lado tu sentido del ridículo y ayúdame, Enrique. No puedes negarte. Piensa que es mi fiesta la que peligra y mi fiesta es mi manera de crear mi vida. No puedes decirme que no. Creo que es el único favor que te he pedido y no puedes hacerme esto (*Ríe.*) No puedes torcerme el destino, Enrique... (*Se escuchan los primeros acordes de la Quinta Sinfonía de Beethoven, fuertes, inesperados.*) ¿Escuchaste? ¡El destino! (*Casi en el mismo instante, se abren las puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas y entra Amalia. Viste de morado.*) ¡Y he aquí el Destino!

AMALIA.— (*Trae un inmenso candelabro que ilumina el recinto con luces cambiantes.*) Ya sé, ya sé, Julián... Vas a decirme que yo no tengo nada que ver con esa música. Pero le viene al morado ¿no es cierto?

JULIÁN.— Estoy tratando de convencerlo, mamushka.

AMALIA.— ¿A quién?

JULIÁN.— Al fantasma.

AMALIA.— (*Riendo.*) Ay, no lo nombres que podría aparecerse. (*Y en otro tono.*) ¿Qué quieres decir?

JULIÁN.— Nada, nada. ¿Cómo están los invitados?

AMALIA.— Todavía no he ido a saludarlos. Pero desde mi pieza escuché la conversación que cada vez se pone más floja. Ya no se oyen sino las risitas de la Marita Santibáñez. ¡Pobre Marita! Cada día se le pone más vieja la risa. ¡Ah! A propósito, Enrique, Teresa lo andaba buscando.

ENRIQUE.— ¿A mí?

AMALIA.— Sí. La encontré pálida y muda en un corredor y me dijo: ¿Ha visto a Enrique?

JULIÁN.— ¿Pálida?

AMALIA.— Y muda, lo cual no es extraño.

ENRIQUE.— Con permiso.

JULIÁN.— ¿Adónde vas?

AMALIA.— A buscar a Teresa, Julián. Ne fais pas le sot! Y apúrese, Enrique, no hay que hacer esperar a las mujeres.

JULIÁN.— (*En el momento en que Enrique sale.*) Entonces aceptas, Enrique. ¿Aceptas?

ENRIQUE.— Perdóname... (*Inicia mutis.*)

JULIÁN.— Tienes que aceptar, Enrique. Escúchame... (*Pero Enrique ya ha salido. Julián se apronta a seguirlo.*)

AMALIA.— Chéri, reste!

JULIÁN.— Pero, mamá...

AMALIA.— Quédate, tengo que hablarte.

JULIÁN.— ¿No podría ser más tarde?

AMALIA.— No, quédate. No te intranquilies. Lo de Teresa no es cierto.

JULIÁN.— ¿No lo buscaba?

AMALIA.— No, pero tenía que alejarlo de algún modo. Tengo que hablarte, Julián, y muy en serio.

JULIÁN.— (*Nuevamente serio.*) ¿Entonces Teresa no te mandó a buscarlo?

AMALIA.— No, claro que no. Julián, siéntate un instante, lo que tengo que preguntarte es muy grave, mi amor. Siéntate y escúchame. (*Él obedece, pero piensa en otra cosa.*) Julien, yo sé que algo sucede. Todavía más, sé lo que sucede; pero tengo la impresión de que va a pasar algo y... Julien ¿qué tienes?

JULIÁN.— Nada, mamá.

AMALIA.— No, no, no, yo te conozco. Algo te pasa. Yo sé que algo pasa cuando te vienen esas olas de tristeza.

JULIÁN.— No me pasa nada, mamá.

AMALIA.— No me mientas, mi amor. Ya sabes que mamushka lo adivina todo. ¿Es por Teresa, no es cierto? ¿Y por Enrique? ¿Qué fue lo que sucedió hace diez años, Julián, cuando yo no estaba aquí?

JULIÁN.— Nada, mamá.

AMALIA.— ¡Julien...! Cuéntale a tu mamushka. Ella está aquí para ayudarte. Mamushka te quiere, Julián, quiere tu bien, quiere protegerte, te quiere a ti... ¿Por qué no me lo cuentas?

JULIÁN.— (*Rechazándola.*) No me pasa nada, mamá.

AMALIA.— (*Acercándose a él.*) No me gusta cuando te pones así.

JULIÁN.— ¿Cómo?

AMALIA.— Cuando te vas lejos, cuando me dejas sola y no me cuentas lo que pasa. (*Instintivamente él hace un gesto para levantarse.*) No, no te vayas, Julien, ¿por qué te arrancas ahora? Julien... no seas porfiado... Eso es... Y ahora cuéntale a mamá lo que sucede. (*Él no contesta.*) Supongo que no querrás hacerla más desgraciada de lo que es. Tú sabes que no ha sido muy feliz tu mamushka. Que tú eres lo único que tiene, que tú fuiste su único refugio durante esos años terribles... (*Trata de tomarle la mano, pero él la retira.*) ¿Julián, por qué no me dejas que te tome la mano? ¿Es que ya no me quieres? (*Lo acaricia.*) Mi niño malo... malo... Voy a tener que enseñarte a quererme otra vez. Y sin embargo un día, hace tanto tiempo, me prometiste que me querrías siempre... ¿Te acuerdas? Fue ese día en que tu padre acababa de abandonarme. Tú tenías trece años y entraste en la pieza donde yo estaba llorando. ¿Te acuerdas, mi amor? ¿Qué te pasa, mamushka? me preguntaste. Y yo te conté lo desgraciada que era... Y tú... todavía me parece estarte viendo, me rodeaste el cuello con tus bracitos y me dijiste: No llores, mamushka. Yo te querré siempre, siempre, siempre... Y desde entonces he tenido tu amor, Julián, lo he sentido mío.

JULIÁN.— (*Recordando.*) Sí... soy tuyo.

AMALIA.— ¡Pero no lo digas así! Como si yo te tuviera preso. Eres libre, mi amor, libre de hacer lo que quieres. ¿Dime si no eres libre?

JULIÁN.— Sí.

AMALIA.— Cuando noté que estabas demasiado apegado a mí, partí a Europa. ¿Dime si no es cierto? Pasé diez años sin verte. ¿Te das cuenta lo que eso significa para una madre? Pero no me importó. Todo, todo lo que he hecho, lo he hecho por ti. Todo, hasta el más doloroso de los sacrificios. Y volvería a hacerlo, Julián, volvería a sacrificarme. ¿Me crees, no es cierto?

JULIÁN.— Sí.

AMALIA.— Y a veces me pregunto, sí, a veces me pregunto si ese sacrificio no fue inútil, si esos diez años no fueron contraproducentes. Tal vez si yo no hubiera partido, tú no te habrías casado con Teresa...

JULIÁN.— Tal vez...

AMALIA.— Pero eso sucedió, mi amor. ¡Qué sacamos con llorar por lo que ya ha pasado!

JULIÁN.— (*Con la voz llena de llanto, con cierta violencia.*) Nada, nada.

AMALIA.— Lo único que podemos hacer es ayudarnos el uno al otro. Somos dos seres muy desgraciados, mi Julián, pero entre los dos podemos serlo menos. Podemos refugiarnos el uno en el otro, protegernos contra los enemigos, levantar trincheras y darle la forma que nosotros queramos a esta cosa tremenda que es la vida... tal como lo hemos hecho hasta ahora... ¡Porque tú y yo debemos estar siempre juntos, Julián!

(*Hay un breve silencio.*)

JULIÁN.— (*Con esfuerzo.*) Hace diez años... o más, mucho más, algo sucedió entre Teresa y Enrique.

AMALIA.— (*Para sí.*) ¡Así es que era eso!

JULIÁN.— Entre ellos dos sucedió algo... no sé, algo.

AMALIA.— Julián, mi amor, ¿por qué no me lo dijiste antes?

JULIÁN.— Porque entonces tú no estabas, porque estaba solo. Solo. Ah, fue tan horrible, porque yo los quería, mamushka, los quería demasiado: A Teresa y a... Enrique, como a nadie. Rogaba que no sucediera, esperaba...

AMALIA.— Mi niño...

JULIÁN.— Y no había nadie a quien decírselo. ¡Nadie! Estaba solo... (*Ella lo abraza, lo rodea con sus brazos, lo protege.*) Tan solo...

AMALIA.— Pero cuando yo volví, Julián, ¿por qué no hablaste entonces? ¿Cómo has podido vivir todos estos años sin contármelo?

JULIÁN.— Ya era demasiado tarde. Enrique había partido y pensé que con ello terminaría todo. Pero no, mamushka, no fue así. Ese algo quedó y durante diez años me ha perseguido como un fantasma.

AMALIA.— ¿Y aún así no dijiste nada?

JULIÁN.— Pensé que era preferible ignorarlo, tratar de formar la vida a mi antojo, como dices. Es inútil. Hay algo entre ellos, mamá, algo indestructible, algo que yo nunca he tenido.

AMALIA.— No digas eso.

JULIÁN.— Me bastó verlos juntos, aquí, esta tarde después de diez años, para darme cuenta que ese algo existe todavía. Porque yo fui quien lo hizo venir apenas supe que había llegado, yo quien lo invité, porque quería saber... ¡Saber! Saber así de una vez por todas.

AMALIA.— ¿Saber qué, mi amor?

JULIÁN.— Qué es ese algo.

AMALIA.— Escúchame, Julián...

JULIÁN.— (*Como un niño porfiado.*) No, yo tengo que descubrirlo. Tengo, porque a lo mejor hemos estado equivocados desde un comienzo...

AMALIA.— ¿Equivocados?

JULIÁN.— A lo mejor hay algo más. En la vida me refiero... A lo mejor no se puede hacer lo que tú dices: moldearla a nuestro gusto, a lo mejor hay más, cosas que nosotros no hemos descubierto, cosas que otros tienen...

AMALIA.— ¿Qué?

JULIÁN.— No sé... Pero hay algo en Teresa, en Enrique, algo que a veces he visto en los ojos de otras personas, algo que ellos están prontos a darnos.

AMALIA.— ¡Eso es el mal, Julián! Para nosotros, eso es el mal y nos destruye. Teresa, Enrique, tu padre, todos, todos pertenecen a otra raza, a la de los enemigos, y cada vez que quieren darnos algo es para hacernos daño.

JULIÁN.— No sé, no estoy seguro.

AMALIA.— Pero es así.

JULIÁN.— Quizás Teresa haya tratado de darme algo...

AMALIA.— (*Interrumpiéndolo.*) A ti, no. A él, sí. A él porque son iguales.

JULIÁN.— Pero yo tal vez...

AMALIA.— ¿No te das cuenta lo que te ha hecho sufrir?

JULIÁN.— Sí.

AMALIA.— ¿No te das cuenta que para ti ella y Enrique son el mal?

JULIÁN.— Sí.

AMALIA.— ¿No te das cuenta que te engañaron?

JULIÁN.— Sí, sí, sí...

AMALIA.— ¿Entonces? (*Hay un silencio. Ella lo contempla y, al verlo casi vencido, habla muy lentamente.*) ¿No te das cuenta que estamos solos en este mundo? Solos, solos, solos, y mientras antes lo comprendas, mejor.

JULIÁN.— (*Con voz mucho más débil.*) ¿Y si estuviéramos ciegos?

AMALIA.— ¿Ciegos?

JULIÁN.— Sí, porque queremos estarlo. Y bastará un solo gesto para arrancar la venda y... ¡ver!

AMALIA.— (*Volviendo a su tono habitual.*) ¡Mi amor! ¡Qué complicado eres! Con razón el director del colegio me llamó el otro día para decirme que eras... ¿Cómo fue lo que me dijo...? un "torturado"...

JULIÁN.— El otro día...

AMALIA.— Bueno, hace un tiempo.

JULIÁN.— Hace más de veinte años, mamá.

AMALIA.— ¡Cómo pasa el tiempo! Pero tú y yo somos los mismos... (*Ríe.*) ¿Un ciego? A lo mejor, mi amor. (*Coqueteando mientras le baja los párpados con los dedos.*) A lo mejor no somos más que eso: dos ciegucecitos abriéndose camino por el mundo.

JULIÁN.— Pero, mamá...

AMALIA.— (*Asiéndose a su tono juguetón.*) Mañana mismo mandaré a comprar dos bastones blancos y dos perros policiales y saldremos a correr por el bosque con los ojos cerrados.

JULIÁN.— Mamá...

AMALIA.— ¡Ay! No te pongas serio, Julián. Cualquiera diría que te has vuelto ciego de verdad. ¡A ver esos ojos! (*Le toma la cabeza entre sus manos y mira sus ojos.*) ¿Ves cómo se te ponen tristes y feos y viejos cuando empiezas a pensar? No hay que detenerse a pensar, mi amor, porque entonces esa cosa mala que es la vida te agarra por los talones. No hay que pensar ¡hay que imaginar! Y darle forma a lo imaginado... ¡Ah! ¿Ves cómo algo está sucediendo en el fondo de esos ojos? Algo veo allá adentro, muy, muy lejos... algo que viene subiendo, algo luminoso, algo que tenía mi Julián de antes, mi niño, mi amor... ¡Te apuesto que es la risa! Te apuesto lo que quieras que te ríes... ¡Ya está! Ya llegó, ya inunda esas pupilas... A ver, una sonrisa, Julien, Julot, un petit sourire pour mamushka... Et puis un autre... (*Él termina por sonreír.*) Y ahora... (*Ambos sonríen y ella lo abraza.*) ¡Levántate ahora...! Eso es. Y cierra los ojos... Dime lo que ves.

JULIÁN.— Nada.

AMALIA.— Entonces ya eres un ciego... Yo también voy a cerrar los ojos para que no estés solo. Somos dos ciegos, Julien. Dame la mano y camina... (*Empiezan a caminar como dos niños que juegan a los ciegos. Julián ha recobrado su antigua euforia.*) ¡Cuidado...! Dime ahora lo que ves...

JULIÁN.— Un fantasma.

AMALIA.— ¿Dónde?

JULIÁN.— No, no abras los ojos.

AMALIA.— Si no los abrí, pero dime dónde está el fantasma.

JULIÁN.— En todas partes, aquí, allá... ¿Lo ves?

AMALIA.— Todavía no.

JULIÁN.— Llámalo entonces. Segundo dice que aparecen cuando se les llama.

AMALIA.— No sé cómo se llama.

JULIÁN.— Llámalo como quieras. ¡Enrique, por ejemplo!

AMALIA.— (*Se desprende de la mano de Julián y corre por la pieza llamando siempre con los ojos cerrados.*) Enrique, Enrique, Enrique... (*Julián la sigue y también llama. Ambos corren por la pieza como dos niños.*) ¿Y cuando lo encontremos qué vamos a hacer con él?

JULIÁN.— Matarlo.

(*Amalia se detiene. Abre los ojos y mira a Julián. Él también ha abierto los suyos. Durante algunos segundos se inmovilizan frente a frente. De pronto él empieza a reír y, a los pocos segundos, ella lo sigue. Los dos ríen hasta que la risa adquiere caracteres de histeria.*)

JULIÁN.— (*Abrazándola.*) Mamushka, yo te querré siempre... siempre. Lo juro. Te querré siempre, siempre, siempre...

Telón

TERCER ACTO

(*Han pasado algunas horas. En el parque, el viento ha comenzado a soplar. Entra en las cabañerizas, agita las telarañas y llena la pieza de sombras cambiantes. También se mezcla a los jirones de música que, de vez en cuando, llegan desde la casa: la fiesta continúa.*)

Enrique se pasea nerviosamente. Después de algunos segundos, aparece Teresa. Se detiene. Ambos se miran.)

ENRIQUE.— (*Después de un tiempo.*) Teresa...

TERESA.— Creí que no íbamos a terminar nunca de comer.

ENRIQUE.— Sí.

TERESA.— Y después tuve que quedarme con los invitados, mientras se servía el café.

ENRIQUE.— Teresa...

TERESA.— (*Interrumpiendo.*) No podía partir así. Habría sido raro.

ENRIQUE.— (*Se acerca a ella.*) Teresa...

TERESA.— (*Alejándose.*) Por favor, Enrique.

ENRIQUE.— Perdóname.

TERESA.— No, perdóname a mí. Estoy tan nerviosa... (*Hay una larga pausa.*) Me alegra que hayas vuelto, Enrique.

ENRIQUE.— Teresa, esta tarde...

TERESA.— (*Volviendo a interrumpir.*) Sí, esta tarde cuando nos encontramos me di cuenta lo mucho que te había echado de menos.

ENRIQUE.— (*Súbito, violento.*) Teresa, no hables así... Por favor. No, no así. Perdóname. (*Pausa.*) Teresa ¿por qué no contestaste las cartas?

TERESA.— ¿Cuáles cartas?

ENRIQUE.— Las mías.

TERESA.— Porque... porque no, Enrique.

ENRIQUE.— ¿Qué hiciste con ellas?

TERESA.— Las rompí.

ENRIQUE.— ¿Sin siquiera leerlas?

TERESA.— Sí.

ENRIQUE.— Pero ¿por qué? ¿Por qué, Teresa?

TERESA.— Por favor, Enrique.

ENRIQUE.— Esta tarde, al volver a vernos, me di cuenta de tantas cosas.

TERESA.— Por favor...

ENRIQUE.— Han sido diez años, Teresa. Diez años.

TERESA.— Sí, lo sé.

ENRIQUE.— Y sin embargo apenas te vi...

TERESA.— Enrique, por última vez te lo pido...

ENRIQUE.— Pero ¿por qué? ¿Por qué, Teresa? ¿Qué sacamos si todo es inútil?

TERESA.— No. No es inútil.

ENRIQUE.— No te comprendo.

TERESA.— Ya te lo expliqué.

ENRIQUE.— Pero entretanto han pasado diez años.

TERESA.— Lo hablamos tantas veces.

ENRIQUE.— Y nada, nada, nada ha cambiado.

TERESA.— Pero no puede ser, Enrique.

ENRIQUE.— ¿No has querido verme durante estos diez años? ¿Estar conmigo? ¿No has querido saber de mí?

TERESA.— No sé si lo he querido o no. Pero no lo he hecho.

ENRIQUE.— ¿Por qué?

TERESA.— Enrique...

ENRIQUE.— ¿Por qué? (*Hay una pausa.*) Teresa, tengo que decirte algo. O más bien tengo que preguntarte algo. Por eso te pedí que vinieras. Es... no sé cómo decirlo...

TERESA.— No trates de decir nada. No ves que todo es imposible.

ENRIQUE.— ¿Por qué viniste entonces?

TERESA.— Porque tú me lo pediste.

ENRIQUE.— Sí, pero ¿por qué?

TERESA.— No sé.

ENRIQUE.— ¿Y por qué cuando estábamos en la biblioteca me miraste como antes?

TERESA.— ¿Cómo?

ENRIQUE.— Como lo hacías antes.

TERESA.— No sé.

ENRIQUE.— Es porque me quieres todavía. Dime que me quieres, ¡dímelo, Teresa!

- TERESA.— No sé, no sé, no sé. *(Ella trata de irse, pero él la retiene tomándola por la muñeca.)*
- ENRIQUE.— Por favor, no te vayas.
- TERESA.— Tengo que irme.
- ENRIQUE.— ¡No!
- TERESA.— Me estás haciendo daño.
- ENRIQUE.— Por lo que más quieras, Teresa, vente conmigo.
- TERESA.— ¿Cómo?
- ENRIQUE.— Vente conmigo, vámonos de aquí. Eso es lo que quería decirte. Ya ves que no da resultado. Diez años hemos pasado tratando de olvidar y bastó que nos viéramos para darnos cuenta que no es posible. Vente conmigo, Teresa.
- TERESA.— No debieras haber vuelto.
- ENRIQUE.— ¿Y qué sacamos con engañarnos?
- TERESA.— No debiéramos habernos visto.
- ENRIQUE.— No debiéramos, no debiéramos... Pero todo iba a suceder, tarde o temprano nos íbamos a encontrar. No es posible, Teresa. ¿No te das cuenta de que es inútil? ¿Que no es posible?
- TERESA.— Es posible, lo es. Lo ha sido durante diez años. Tiene que seguir siéndolo.
- ENRIQUE.— Esos diez años han sido una mentira. ¡Qué sacamos con probar una y mil veces si siempre vamos a volver a esto! No basta querer algo, Teresa, hay que ser capaz de hacerlo.
- TERESA.— Yo soy capaz.
- ENRIQUE.— No, no te engañes.
- TERESA.— Tengo que serlo.
- ENRIQUE.— Lo mismo dijimos antes y ya ves...
- TERESA.— Si no hubieras vuelto...
- ENRIQUE.— Habría sido en diez años más.
- TERESA.— No. Sé, sé que no es así. Sé que un tiempo más...
- ENRIQUE.— Vente conmigo, Teresa. Nos iremos lejos, a otro país, adonde tú quieras; pero vente conmigo. No podemos seguir viviendo esto... este infierno... Ya lo probamos y no dio resultado.
- TERESA.— No podemos hacer nada.
- ENRIQUE.— No es justo, no, no lo es.
- TERESA.— No podemos hacer nada. *(Con menos fuerza y al borde del llanto.)* Nada, nada, nada...
- ENRIQUE.— Vámonos, Teresa. Ahora, ahora mismo, esta misma noche.
- TERESA.— No...
- ENRIQUE.— Yo sé que tú me quieres. Y yo... yo... no sé decírtelo; pero he pensado tanto en ti.
- TERESA.— *(Llorando.)* Enrique...
- ENRIQUE.— Y no sé por qué siento que si aceptas eso, si me dices que tú también me quieres, todo se va a arreglar. Dímelo, Teresa, dímelo... ¿Tú me quieres, no es cierto? Dímelo...
- TERESA.— *(Levanta su rostro hacia él.)* Enrique...
- ENRIQUE.— Dímelo, mi amor.
- (En el momento en que ella va a responder, se escucha la misma melodía que los sorprendió al final del Primer Acto. Ambos se inmovilizan. La música logra romper algo que se había creado entre ellos. Pasan algunos instantes y luego entra Segundo. Al verlos se detiene asustado.)*
- SEGUNDO.— Discúlpeme, señorita. No sabía que usted estaba aquí.
- TERESA.— ¿Qué quieres?
- SEGUNDO.— Venía a buscar... *(Mira hacia el lugar donde ha quedado la escopeta.)* Este... Nada, señorita. *(Inicia mutis.)*
- TERESA.— Segundo ¿qué es lo que es esa música?
- SEGUNDO.— El Joaquín está probando las cuestiones ésas.
- TERESA.— ¿Quién se lo mandó?
- SEGUNDO.— El patrón.
- TERESA.— Está bien. *(Segundo sale.)* Será mejor que nosotros volvamos a la casa.
- ENRIQUE.— Pero, Teresa...
- TERESA.— Por favor, Enrique. Estoy cansada y nerviosa.
- ENRIQUE.— Entonces...

TERESA.— Perdóname. Es inútil que sigamos hablando.

ENRIQUE.— Pero...

TERESA.— Es inútil. Es... es como volver siempre a lo mismo. No puede ser, Enrique.

ENRIQUE.— ¿Y qué podría hacer para convencerte?

TERESA.— Nada.

ENRIQUE.— Ni siquiera decirte que te quiero. Te quiero, Teresa.

TERESA.— Enrique...

ENRIQUE.— Es la verdad.

TERESA.— (*Sin mirarlo.*) Perdóname,

ENRIQUE.— ¿Y tú también me quieres, no es cierto?

TERESA.— Volvamos. O más bien anda tú y yo iré en un rato más.

ENRIQUE.— Dime que me quieres, Teresa.

TERESA.— Es mejor que no nos vean volver juntos.

ENRIQUE.— Por favor, Teresa, déjame quererte.

TERESA.— Ándate, Enrique.

ENRIQUE.— Por favor, Teresa, déjame quererte.

(*Ella no contesta. Se mantiene inflexible. No lo mira. Enrique sale precipitadamente. Pasan algunos minutos durante los cuales Teresa llora suavemente. Todavía llegan rumores de la fiesta y el viento que sopla en el parque. Vuelve a entrar Segundo.*)

TERESA.— (*De pronto.*) ¿Quién...? (*Ve a Segundo.*) Ah, eres tú. ¿Qué te pasa?

SEGUNDO.— Nada, señorita.

TERESA.— ¿Qué es lo que quieres entonces?

SEGUNDO.— Es que... se me olvidó una de las escopetas.

TERESA.— ¿Dónde?

SEGUNDO.— Ahí.

TERESA.— ¿Qué ya va a empezar la cacería?

SEGUNDO.— Estará por empezar, digo yo, porque el Joaquín está listo para tocar esa corneta que le mandó tocar el patrón. (*Saca la escopeta del escondite.*) Se le ofrece algo más, señorita.

TERESA.— No, nada.

(*Sale Segundo. Pasan unos instantes. El viento mueve las telarañas. Amalia irrumpe.*)

AMALIA.— ¡Ah! Aquí estabas... Te he andado buscando como una loca por toda la casa,

TERESA.— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

AMALIA.— Enrique se va, Teresa.

TERESA.— ¿Cómo?

AMALIA.— Se va, se vuelve a Santiago. Hace algunos minutos vino a decírmelo, me pidió que lo despidiera de ti y de Julián... Ahora está en su pieza, fue a buscar su maleta y... ¿Y no me dices nada?

TERESA.— ¿Qué quiere que diga?

AMALIA.— Basta de fingimiento, Teresa. Lo sé todo.

TERESA.— ¿Qué?

AMALIA.— Lo tuyo con Enrique. Teresa, yo sé que no te gusta que se metan en tus cosas; pero... pero ésta es tu única oportunidad. Ándate con él, Teresa, ándate antes que sea demasiado tarde.

TERESA.— Por favor, señora Amalia.

AMALIA.— Teresa, escúchame, mi hijita, trata de comprender que sólo deseo tu bien...

TERESA.— No quiero seguir hablando.

AMALIA.— No, no te vayas. ¡Escúchame! (*La toma por las manos.*) Vas a escucharme, tienes que escucharme. Y por favor no te cierres a lo que voy a decirte...

TERESA.— (*Desprendiéndose.*) Señora Amalia...

AMALIA.— Tú lo quieres, Teresa. Él te quiere. Sí, sí, te quiere. Es como si lo tuviera escrito en la cara. Y ese amor es lo único que cuenta. Lo único, Teresa, y en algunos minutos más vas a perderlo para siempre. Ándate con él, Teresa, no lo pienses: ándate, ándate.

TERESA.— ¿Pero por qué? ¿Por qué de repente me dice que me vaya?

AMALIA.— Por tu bien.

TERESA.— ¿Y los demás?

AMALIA.— ¿Quiénes? Estás tú y él, nadie más.

TERESA.— ¿Y Julián?

AMALIA.— Yo me quedaré con él.

(Hay una breve pausa. Teresa la mira a los ojos.)

TERESA.— Es por eso.

AMALIA.— ¿Qué?

TERESA.— Quiere que la deje sola con él.

AMALIA.— ¿Cómo?

TERESA.— Quiere que me vaya para que la deje sola con él.

AMALIA.— (Con fingida sorpresa.) Pero... pero... pero cómo se te ocurre. Te lo juro, Teresa: jamás pensé en eso, jamás. ¿Me crees, no es cierto? (Ella no responde.) Pienso en ti, en tu felicidad, en tu futuro. Porque tienes derecho a ser feliz, tienes derecho a exígrilo todavía... ¿No es cierto, mi amor, no es cierto? ¿Por qué te quedas callada? Dime algo, Teresa, por favor dime algo.

TERESA.— Ahora me doy cuenta de que es usted la única enemiga que he tenido.

AMALIA.— ¿No me crees entonces?

TERESA.— No.

AMALIA.— ¿Y piensas que he venido a hablarte sólo para...? ¿Piensas que deseo arrebatarte a Julián? ¿Piensas eso?

TERESA.— Sí.

AMALIA.— ¡No seas injusta!

TERESA.— Y no le tengo miedo, señora Amalia.

AMALIA.— Miedo... ¿Pero qué dices? ¿Miedo a mí? ¿No me crees entonces? Contéstame, Teresa... ¡Contéstame! (Llenando el silencio que deja esa pregunta sin respuesta, se escucha el motor de un automóvil que parte.) ¿Escuchas...? Es él, Teresa. Todavía tienes tiempo. Es él que se va. Corre y dile que te lleve. No pierdas esta oportunidad. No pienses más. Corre y ándate con él para siempre.

TERESA.— No, señora Amalia, no me voy a ir.

AMALIA.— ¿Por qué? ¿Por qué?

TERESA.— Porque no.

AMALIA.— Muy bien entonces. No te vas. Te quedas. Tú lo quisiste, Teresa. Espero que no te arrepentirás más tarde. Acuérdate que yo quise que te fueras y tú... (con furia) te empeñaste en quedarte y en seguir arrebatándome lo que no te pertenece. Lo que es mío. ¡Mío! Julián es mío y lo será siempre, aunque tenga que luchar contra ti y contra todos hasta que me muera. ¡Quédate! Haz lo que quieras. Nunca serás más de lo que eres ahora: una intrusa, una mujer con la cual ni siquiera se acuesta, una sombra, una estatua, una... ¡una cosa!

(Sale. Teresa no se mueve. Ha recibido todos los insultos de Amalia sin escucharlos, el oído atento al ruido del automóvil que se aleja y desaparece. Un gran viento agita las telarañas y unos cortinajes que cubren la puerta por donde entró Amalia en el Segundo Acto. Teresa comprende que hay alguien más en la pieza.)

TERESA.— (Sobresaltada.) ¿Quién está ahí? (Tras los cortinajes aparece Julián.)

JULIÁN.— Yo, Teresa.

TERESA.— (Sin sorpresa.) Julián...

JULIÁN.— No te extraña verme.

TERESA.— Tenía el presentimiento que andabas cerca.

JULIÁN.— ¿Que me escondía?

TERESA.— Escondido o invisible, no sé... ¿Por qué te escondías?

JULIÁN.— Aguardaba.

TERESA.— ¿Qué?

JULIÁN.— La gran escena, la de los gestos sublimes, la escena de los adioses como hace diez años.

TERESA.— ¿Sabías entonces?

JULIÁN.— La vi, Teresa, la vi escondido tras esa puerta, durante la fiesta veneciana. Escuché todos los juramentos, las renunciaciones, fui testigo de ese... (con ironía) ese dolor ¿llamámoslo?

TERESA.— Lo siento, Julián.

JULIÁN.— ¿No crees que es un poco tarde?

TERESA.— No sé qué más podría hacer,

JULIÁN.— Nada. Nada más. Eso es lo horrible, porque todo está hecho ya, todo ha sucedido.

TERESA.— Sí.

JULIÁN.— Enrique se fue

TERESA.— Sí...

JULIÁN.— Y no volverá más,

TERESA.— No volverá, no...

JULIÁN.— Se fue para siempre.

TERESA.— Sí.

JULIÁN.— No lo verás nunca.

TERESA.— Nunca.

JULIÁN.— ¿Y no te importa?

TERESA.— No sé, Julián. Estoy demasiado cansada para pensar en nada. Estoy... muerta. ¿Por qué nos seguimos torturando si él ya partió?

JULIÁN.— Tienes razón. El problema está solucionado para ti, para él... Pero ¿y yo? Para mí no han sido diez años, Teresa, han sido muchos más. Yo lo supe todo desde el primer día ¿o no fue ése acaso el primer día?

TERESA.— Por favor, Julián...

JULIÁN.— ¿Te acuerdas? Fue esa noche que me iba a Viña. Comimos en casa los tres juntos, como siempre, y después partí... Pero el auto tuvo una panne y hube de volver. Entré al salón y ahí estaban ustedes. No podía verlos, porque el respaldo del sillón era demasiado alto. Tampoco los escuchaba y fue aquel silencio el que los delató...

TERESA.— Julián...

JULIÁN.— Casi tan calladamente como había entrado, volví a salir. Toqué el timbre ¿te acuerdas? Pretexté haber olvidado las llaves. (*Violento.*) Fue esa noche ¿no es cierto? Fue esa noche cuando el amor se hizo demasiado grande y tuvieron que rendirse. ¡Dime si no fue así!

TERESA.— (*Con dolor y cansancio.*) Sí.

JULIÁN.— Porque antes ya existía. Sí, mucho antes. A lo mejor nació cuando se conocieron, a lo mejor empezaste a engañarme el mismo día que nos casamos.

TERESA.— (*Con cierta fuerza.*) Nunca te engañé.

JULIÁN.— ¿Y cómo llamas eso entonces?

TERESA.— Nunca te engañé.

JULIÁN.— ¿Cómo llamas esas miradas que sorprendía entre ustedes? ¿Cómo llamas las risas que se interrumpían cuando yo entraba en la pieza, las conversaciones que cambiaban de giro? Porque yo también fui testigo de todo eso, Teresa. Seguí paso a paso el crecimiento, lo vi transformarse en algo tremendo e inatacable.

TERESA.— ¿Y por qué no me hablaste entonces?

JULIÁN.— (*Con la ironía del que está herido.*) ¿Para darte consejos?

TERESA.— (*Viendo que es inútil.*) No.

JULIÁN.— ¿Para qué entonces?

TERESA.— Para nada.

JULIÁN.— Sí, tienes razón, para nada. ¿De qué hubiera servido? Hablar y hablar, desmenuzar las cosas, tomar determinaciones de dormitorio para que a la mañana siguiente corrieras a refugiarte junto a Enrique, a contarle lo desgraciada que eras, y decidieran ser fuertes, ser heroicos, ser nobles y terminar. ¿Crees que no conozco las citas desesperadas de los últimos tiempos? ¿Las vueltas en automóvil, los cuartos de hora en la fuente de soda de la calle Sazié...? Otros por lo menos tienen la decencia de ir a esconder sus amores en sitios hermosos, ustedes lo hacían en cualquier cuchitril... Pero mejor me callo, no digo más.

TERESA.— Sí, Julián, es preferible.

JULIÁN.— (*Sin escucharla.*) Me callo mi soledad, mi abandono, mi propia miseria... Los dos seres que más quería, los únicos a quienes me había entregado por completo... ¿Sabes tú acaso lo

que es perder de golpe a tu mejor amigo y a la mujer que quieres? ¿Sabes tú lo que es sentirse solo durante años? ¿No tener a quién recurrir? ¿Con quién hablar? ¿A quién confiarse?

TERESA.— Sí, lo sé. Hace diez años que lo sé.

JULIÁN.— ¿Tú...? Tú no has estado sola, Teresa. Lo tenías a él.

TERESA.— Estaba lejos.

JULIÁN.— Pero lo querías.

TERESA.— Y tú querías a tu madre. La tenías a ella. Siempre la tuviste.

JULIÁN.— Eso no es amor, Teresa. Es un refugio. No es el amor que yo quería, el que verdaderamente necesitaba. Mi madre vive en razón mía; pero no eso lo que yo busco, yo... yo te quería a ti, te quería cerca, conmigo... Y tú no has sido más que una sonámbula enamorada de un fantasma.

TERESA.— Julián...

JULIÁN.— ¡Ah! Es muy fácil decir no hablemos más, erguirse ahí, junto al recuerdo, como un par de estatuas de piedra que se sacrifican; pero nunca, nunca ¡nunca! Se te ocurrió pensar que yo sufría.

TERESA.— Te equivocas, Julián.

JULIÁN.— ¿Vas a pretender que lo pensaste?

TERESA.— Sí.

JULIÁN.— Fue tarde entonces.

TERESA.— Quizás. Pero hice lo posible.

JULIÁN.— ¿Qué?

TERESA.— Me separé de él.

JULIÁN.— ¿Y?

TERESA.— Se fue.

JULIÁN.— ¿Y?

TERESA.— Traté de olvidarlo.

JULIÁN.— ¿Y...? (Teresa no contesta.) Era tarde, Teresa, tarde, tarde. Debiste preverlo, debiste ordenar tu vida como yo la he ordenado, debiste darle forma desde un comienzo, y así no me habrías hecho sufrir.

TERESA.— ¿Y qué sabía yo de todo eso, Julián?

JULIÁN.— ¿Cómo?

TERESA.— Sí. ¿Qué sabía de la vida? ¿De las cosas? ¿De los otros?

JULIÁN.— Tanto como yo.

TERESA.— Pero ¿qué me había sucedido antes de casarme?

JULIÁN.— Lo mismo que a todas supongo.

TERESA.— Sí, lo que le sucede a todas las que son como yo. Es decir nada, Julián, nada... Y aun mi matrimonio fue algo inexplicable, como el de la mayoría...

JULIÁN.— ¿Qué quieres decir?

TERESA.— Salí de las monjas antes de haber terminado los estudios. No sé por qué, tal vez porque no necesitaba saber nada ni ganarme la vida. Fui a bailes y conocí gente, tú entre otros. Y de pronto me vi casada, porque sí, con un hombre que era muy distinto a mí... Pero entonces no me daba cuenta de eso o no me importaba... No preguntaba nada, no buscaba nada tampoco... Era... existía. Estaba con mis amigas, estaba en reuniones y fiestas, iba al campo, volvía a Santiago y salía, salía todo el tiempo... Hasta que un día... un día...

JULIÁN.— Conociste a Enrique.

TERESA.— No, lo conocía ya. Tú mismo me lo habías presentado cuando empezamos a salir juntos ¿te acuerdas?

JULIÁN.— ¿Entonces?

TERESA.— Un día conversé con él, Julián. Antes lo saludaba, bromeábamos; pero nunca había hablado con él. Creo que nunca había hablado con nadie. No sé lo que dijimos, no debe haber sido muy importante; pero recuerdo que me sentí muy bien, muy en confianza con él... Y poco a poco me enamoré... ¿Por qué? No lo sé. Tenía veintidós años, hacía tres que estaba casada, y por primera vez en mi vida, me enamoré. (Hay un breve silencio.) Pero

supongo que hay un orden detrás de todo, porque ese mismo amor me trajo otra evidencia: un día me di cuenta, así de golpe, que yo era tu mujer, que lo había sido varios años sin comprender lo que significaba, que había vivido en una especie de sueño. Fue entonces cuando le pedí a Enrique que se fuera.

JULIÁN.— ¿Y él aceptó?

TERESA.— Sí.

JULIÁN.— ¿Y desde entonces?

TERESA.— Desde entonces he tratado de darte lo que he podido, Julián.

JULIÁN.— Pero lo quieres a él. (*Y repite con urgencia.*) Por favor, Teresa, contéstame. ¿Lo quieres?

TERESA.— Sí.

JULIÁN.— Durante diez años has tratado de vencer ese amor y no has podido.

TERESA.— No, no he podido, Julián. Pero cada vez me siento más fuerte.

JULIÁN.— ¿Para qué?

TERESA.— Para dar, para darte algo.

JULIÁN.— ¿Y qué puede uno dar fuera del amor? Nada... nada. Y amor no puedes darme, Teresa.

TERESA.— Pero yo sé que hay otras cosas que puedo...

JULIÁN.— No, Teresa, no.

TERESA.— Pero no sé cómo. Es tan difícil llegar hasta ti. Sin embargo con el tiempo...

JULIÁN.— (*Interrumpiendo, herido.*) ¡Con el tiempo...! ¿Por qué no te fuiste con él? ¿Por qué? Mamá tenía razón... Debiste haber partido.

TERESA.— No, Julián.

JULIÁN.— ¿Por qué no te fuiste con él?

TERESA.— Porque no.

JULIÁN.— Pero ¿por qué? ¿Por qué?

TERESA.— Porque soy tu mujer.

JULIÁN.— (*Después de un silencio.*) ¡Ése es el secreto entonces! ¿Te sientes atada a mí? ¿Por qué? ¿Por quién?

TERESA.— Julián...

JULIÁN.— Contéstame.

TERESA.— No sé, no sé.

JULIÁN.— (*Pensándolo recién.*) ¿Será porque un cura trazó una cruz sobre los dos? Nunca se me había ocurrido pensarlo... Pero ¡claro! Eso tiene que ser: te sientes atada a mí porque nos pusieron un anillo en los dedos.

TERESA.— ¡Julián!

JULIÁN.— A lo mejor eso es lo que vive dentro de ti, lo que descubro al mirarte. Esa verdad, ese... algo no es más que la sombra de una cruz trazada en el aire. ¡Y yo que creí que era algo que podías darme!

TERESA.— Escúchame...

JULIÁN.— Tu verdad no es más que miedo. Miedo a algo superior, a algo divino. ¡No seas tonta, Teresa! En esta pieza estamos los dos solos, tú y yo, nadie más, y todo lo que sucede es lo que nosotros dos fabricamos.

TERESA.— No sé, Julián.

JULIÁN.— No hay nadie más. Si hubiera alguien ¿sentiría acaso esta soledad?

TERESA.— Julián, a lo mejor te sientes solo, porque no has querido buscar.

JULIÁN.— He buscado. He esperado. He pedido.

TERESA.— A veces no es tan fácil.

JULIÁN.— ¡Ésa es la contestación de todos! ¿Por qué? ¿Es sordo acaso? ¿Es ciego? ¿Por qué entonces no mira y ve lo desgraciados que somos?

TERESA.— No sé, Julián, no sé.

JULIÁN.— Porque no hay nadie, Teresa. Nadie.

TERESA.— Yo sé que sí.

JULIÁN.— ¡No hay nadie! ¡Tienes que creerlo!

TERESA.— Cálmate, Julián.

JULIÁN.— Tengo que sacarte de esta mentira en que estás viviendo, en que todos ustedes viven...

Dime que no crees. Teresa, dime que no puedes creer.

TERESA.— Julián...

JULIÁN.— ¡Dímelo!

TERESA.— Julián...

JULIÁN.— *(Ahora habla sin detenerse y con angustia.)* Al fin sé que no hay verdad. Tú eras la única que parecía guardar algo. Y durante años traté de descubrirlo, de obtenerlo, de robártelo. ¡Ah! Tú no sabes lo que he sufrido por esa mirada, por ese silencio, por todo eso que creía que escondías... Y ahora me doy cuenta que no es nada. ¡Nada! Entonces no hay verdad... Ah, qué tranquilidad... No hay verdad. Mamá tenía razón: estamos solos y más allá de nosotros mismos no hay nada... Porque todo eso que tú pareces guardar no es más que el reflejo de lo que te enseñaron. ¡Verdades de catecismo! ¡Creencias de catecismo! Rosarios y Padrenuestros y Avemarías... Padre Nuestro que estás en los cielos... *(Ríe.)* ¿En qué cielos, Teresa, cuando la tierra es redonda y hecha de mármol?

TERESA.— Julián, tranquilízate. Escúchame...

JULIÁN.— *(Interrumpiendo.)* De mármol blanco que pudo ser hermoso, liso y resplandeciente si no fuera por las moscas. Por ti, por mí, por los demás... ¡Las moscas lo ensucian todo! *(En ese instante se escucha el corno de caza. Dos notas puras y mantenidas.)* ¡El corno! Eso es lo único limpio que ha sonado esta noche.

TERESA.— Julián, por favor, escúchame.

JULIÁN.— *(En voz baja y casi como una plegaria.)* ¡Que suene de nuevo! ¡Que suene de nuevo!

TERESA.— Julián, si por un momento, aceptaras creer...

JULIÁN.— ¿En quién? ¿En ti?

TERESA.— No.

JULIÁN.— ¿En quién entonces? Si no hay nadie más. Para mí siempre fuiste tú, tú y... y Enrique. Ustedes recibieron mi verdadero amor, lo único que he dado; pero me fallaron. ¡Me fallaron los dos! Ándate con él, Teresa, ándate. Corre por el camino y alcánzalo. Déjame solo una vez más, déjame solo como siempre... *(Vuelve a escucharse el corno.)* ¡De nuevo! ¡Toca! ¡Toca! A ver si logras limpiar el aire, a ver si logras matar unas cuantas moscas... ¡De nuevo! *(Vuelve a escucharse el corno.)* ¡La partie de chasse! Va a comenzar... ¡Hay que ir a avisarle a los demás! ¡Que se pongan sus gorros de papel! ¡Que agarren las escopetas! ¡Que se lancen a la siga del fantasma...! *(Se inmoviliza.)* Y no hay fantasma... Se nos fue, Teresa, se nos fue... No vamos a tener presa, no vamos a tener fantasma, esa cosa ya muerta que hay que matar de una vez por todas... ¿Y por qué no yo? ¿Por qué no el propio fantasma?

(Desprende uno de los tules que cuelgan del techo. Se envuelve en él y corre hacia afuera.)

TERESA.— ¡Julián! ¿Adónde vas? *(Julián no responde. Afuera se le ve correr entre los árboles que ya empiezan a diseñarse en la semiclaridad del amanecer. De pronto se escucha una descarga de tiros. Un silencio.)* Julián... *(Aparece Julián. A la altura del corazón, los tules están ensangrentados.)* Julián ¿qué ha pasado?

(Corre hacia él. Pero Julián se desploma. En ese momento entran dos peones y, segundos después, Amalia.)

AMALIA.— ¿Qué pasó? *(Ve a Julián.)* ¡Julián! *(Corre, se arrodilla a su lado.)* Julián, mi niño, ¿qué te pasó...? *(Ve la sangre.)* ¡Julián!

TERESA.— Apenas escuchó el corno se precipitó hacia afuera y...

AMALIA.— Cuidado, mi amor... Ne bouge pas... ¡Dios mío! Fais attention, chéri... *(A uno de los peones.)* Anda a buscar el auto ¡apúrate! *(Al otro.)* Y tú, ponte allá afuera, no dejes entrar a nadie... ¡A nadie! ¿Me oyes? *(Los dos obedecen.)* Julien, contéstame... dime algo, mi amor... dime algo...

TERESA.— Sería preferible...

AMALIA.— ¡Cállate! Está abriendo los ojos... Julien ¿cómo te sientes? ¿Qué te pasa, mi amor? Es mamie, es tu mamushka... Dime algo, Julián.

JULIÁN.— Teresa...

AMALIA.— ¿Qué pasó, mi amor? ¿Qué pasó?

JULIÁN.— ¿Dónde... está... Teresa?

TERESA.— Aquí, Julián.

JULIÁN.— Acércate... Teresa... quería... decirte...

AMALIA.— No hables tanto, mi niño. No te canses. Ya mandé buscar el auto y te llevaremos al pueblo.

JULIÁN.— Teresa...

TERESA.— Sí, aquí estoy, Julián.

AMALIA.— (*Interrumpiendo.*) ¿Qué pasa con ese auto? Anda a ver, Teresa, anda a ver... (*Teresa se levanta y sale.*)

JULIÁN.— ¿Dónde está Teresa?

AMALIA.— Fue a ver si venía el auto, Julien. Pero yo estoy aquí. ¿Qué es lo que quieres?

JULIÁN.— (*Con angustia súbita.*) ¡Mamá!

AMALIA.— ¿Sí, mi amor?

JULIÁN.— A lo mejor hay...

AMALIA.— ¿Qué, mi amor?

JULIÁN.— Algo... alguien... fuera de nosotros. Alguien que habríamos podido...

AMALIA.— ¿Qué dices, mi amor? No te canses.

JULIÁN.— Si verdaderamente hubiéramos querido...

AMALIA.— No hables tanto...

JULIÁN.— Alcanzar. (*Pausa.*) ¡Mamá!

AMALIA.— ¿Sí?

JULIÁN.— A lo mejor...

AMALIA.— Chit, callado... (*En ese instante se escucha música de Mozart lejana.*) ¿Escuchas? Es Mozart, mi amor. Ya es la mañana... Había dicho que tocaran apenas amaneciera... Ya pasó la noche... y muy pronto te vas a sentir mejor.

JULIÁN.— ...Estábamos... equivocados... (*Muere.*)

AMALIA.— Mozart, mi amor, y está amaneciendo. ¡Mira! Ya se divisan los árboles. Mira... (*A través de las puertas abiertas, esfumados en neblina, se ven los árboles del parque.*) Mira, Julien... (*Y se da cuenta de que ya no vive.*) ¡Julián...! Julián, mi niño, contéstame... Julián, mi amor, dime algo... (*Empieza a sollozar. Se escucha el ruido de un automóvil que se acerca.*)

TERESA.— (*Entrando.*) Aquí está...

AMALIA.— (*Gritando.*) ¡No! No te acerques. Es mío, mío, mío... No te acerques.

TERESA.— ¿Qué es lo que pasa?

AMALIA.— ¡No lo toques! Tú tienes la culpa de todo. De todo. (*Entran los dos peones y levantan el cuerpo de Julián. Lo sacan. Amalia lo sigue y Teresa se apronta a hacerlo.*) No, no vengas... Ahora es mío... Es mío mi niño, nada más que mío, nada más que mío, nada más que mío...

(*Y sale repitiendo la frase. Teresa permanece anonadada. El ruido de un motor que parte y se aleja. Segundo entra. Sostiene entre sus manos la escopeta. Permanece atrás, como preguntando lo que ha sucedido. Teresa levanta la mirada hacia arriba. Tiene los ojos llenos de lágrimas.*)

TERESA.— ¡Dios mío! Tanta incompreensión... tanta soledad...

TELÓN

VERSOS DE CIEGO

Obra en dos partes

(1961)

Personajes:

EL CIEGO
FANOR
ANA, LA ADIVINA
LA ABUELA
PERICO BURRO, SU NIETO
LAURA CANDELA
MARÍA CHICA
JUANA BUEY
OLIVERIO PASTOR
UNA RELIGIOSA
UNA MUCHACHA
DON MELITÓN
BUENAVENTURA
SEBASTIÁN, EL HUACHO

EN LA FERIA:

VENDEDORA DE FRUTAS
VENDEDORA DE FLORES
VENDEDORA DE CESTERÍA Y GREDA
VENDEDOR DE TURRONES Y PIRULINES
CARGADOR
YERBATERO
MANICERO
UN HUASO
SU MUJER
UNA EMPLEADA
El Cortejo:
LA MADRE
LOS ACOMPAÑANTES
LA LLORONA

EN CASA DE LAURA CANDELA:

CORA
ROSALÍA
LUCY
HOMBRES
CANTORAS

PRIMERA PARTE

(Hay un entrecruzarse de caminos frente a la panorámica y el escenario está lo más despejado posible. A través de toda la acción, el Ciego estará presente, visible o invisible, según lo precisen los hechos. Tiene una guitarra y del instrumento cuelga un pequeño recipiente de metal para la limosna. Su voz es aguda cuando canta, el tono desabrido.)

CIEGO.— (*Cantando.*) Este día es de feria
 Y mi cuento aquí comienza.
 Sin tropiezos ni impaciencia,
 Pues sabiendo que es muy seria
 No me apuro en la materia.
 Denme tiempo pa' cantarla
 Pa' que pueda relatarla,
 Esta historia de un camino
 Y de aquellos sin destino
 Que supieron encarnarla

(*En verdad ésta es la plaza de un pueblo. Y es día de feria. Los campesinos de los alrededores han traído sus carretelas cargadas de maderas y de animales recién sacrificados para vender. Otros tan sólo han venido a comprar y se pasean mirando, preguntando, comerciando, de vez en cuando se escucha un grito, el pregón de alguien que ofrece.*)

YERBATERO.— Yervas... las buenas yervas
 P'al corazón y el amor
 P'al riñón y el dolor
 Menta, boldo y cedrón
 Clavo de olor...

(*Es un grito único que rompe apenas la monotonía de los colores y un cierto desgano que todavía, por ser muy temprano, preside los movimientos. Muy pronto el lugar está lleno de sacos que se abren mostrando papas, porotos, arvejas y lentejas. También hay rumas de frutas o trozos de madera que muestran su pulpa anaranjada y las carnes de los animales con los cueros recién desgarrados de un tono violáceo, el de la sangre oxidada. Junto a ellos como una sibila está Ana, sentada en una silla de paja, con los ojos cubiertos por un pañuelo, leyendo los destinos de los demás. Es una mujer relativamente joven, delgada, con las manos juntas sobre la falda y la actitud hierática. A su lado un hombre bajo, con reloj de oro y aspecto de vivo, regenta el acto y le otorga categoría circense. Se llama Fanor.*)

FANOR.— ¡Pase, señorita! ¡Pase, caballero! Pase a consultar su suerte y su destino. Lo que está escrito en sus estrellas... Ana, la adivina, dirá lo que le espera... ¡Pase, señorita! No tenga susto de comprometerse... Por diez pesos sabrá su futuro y ¡además!... Ana le obsequiará una imagen de San Buenaventura, el único santo que trae la buena suerte... ¡Pase, caballero! ¡Pase!

(*El campesino se resiste. Todos lo imitan. En torno a Ana hay un espacio circular como si la magia se irradiara en una circunferencia inabordable. Fanor tiene anillos en las manos, todos con piedras multicolores, muy falsas. Junto a él sobre el suelo, hay una maleta con las imágenes de San Buenaventura.*)

FANOR.— Ana conoce todos sus secretos, señor. Los buenos y los malos. Le dirá cómo triunfar en la vida, cómo hacerse rico sin trabajar...

CAMPESINO.— Eso hasta yo lo sé, pues...

(*Los demás ríen. Fanor continúa imperturbable.*)

FANOR.— Cómo vencer las penas de amor, los males de salud. A ver... Silencio ahora... Ana va a decir algo... ¿Ana, me escuchas? (*Ana inclina la cabeza.*) ¿Estás ahí? (*Mismo juego.*) ¡Díenos algo entonces...! ¡Habla!...

(*Se produce un silencio y los campesinos retroceden y permanecen inmóviles. Sin hacer ningún gesto, la mujer comienza a hablar. Su voz es monacorde, destemplada casi, como el redoble de un tambor mal afinado y las palabras caen separadas las unas de las otras.*)

ANA.— Algo llegará
 Algo volverá.
 Estrella veo
 Como un deseo.
 Estrella veo
 Y en ella creo.

Sin otra pena

Ventura buena...

(Apenas Ana ha comenzado a recitar, Fanor ha dado muestras de impaciencia, y aprovecha esta oportunidad para interrumpirla.)

FANOR.— Que equivale a decir San Buenaventura... la imagen del santo que cada uno recibirá como un obsequio... ¡Pase, señorita!... ¡Pase, caballero! Por diez pesos sabrán todo lo que les va a pasar...

(Ya la feria está mucho más animada... Varios vendedores pregonan sus mercaderías.)

VENDEDOR I.— Hay papa terrona
Hay papa amarilla
Hay papa canela
Para su chiquilla.

VENDEDOR II.— Causeo le tengo
Con papas y ají
No se me vaya
Pase por aquí.

VENDEDOR III.— Pensamientos dobles
Por un par de cobres
Rosas fragantosas
Pa'su buena moza...

(No lejos se oye una canción. Es el Ciego quien canta. Nadie parece verlo, salvo un niño que se desprende de la muchedumbre acompañado por una anciana. El niño se llama Perico Burro. La anciana es su Abuela, casi tan pequeña como él, con el rostro arrugado y el cabello recogido en un moño chico y apretado.)

CIEGO.— (Cantando.) Cuentan así por contarlo
Qu'es como plaza este mundo
Con cuatro entradas y un rumbo
No siempre fácil pa'hallarlos
Y complicado pa'andarlo...

PERICO.— Abuelita, démosle un peso al ciego.

ABUELA.— ¿Cuál ciego?

PERICO.— Ése que está ahí cantando.

ABUELA.— No lo veo con tanta gente.

PERICO.— Démosle un peso.

ABUELA.— No, niño por Dios, que tu madre nos dio cien pesos para todo y yo quiero comprar un tambor.

PERICO.— Yo tengo uno chico en la casa. Se lo regalo. Deme un peso para el ciego.

ABUELA.— El tuyo es demasiado chico. No sirve para espantar ánimas. Ésas sólo se asustan cuando oyen un golpe sordo.

PERICO.— Le pegamos más fuerte, abuela. Yo le pego. Pero deme un peso para darle al ciego.

ABUELA.— ¿Qué te ha dado con el ciego? Déjalo que cante gratis.

PERICO.— No ve, ya paró...

ABUELA.— ¿Dónde está que no lo veo...?

PERICO.— Yo tampoco ahora. (Viendo un vendedor de pirulines.) ¡Abuela, cómprame un pirulín!

ABUELA.— ¡Buen dar con el chiquillo antojado! Vamos caminando, mira que de lo contrario vas a llegar tarde a la escuela.

PERICO.— ¿Para qué me lleva allá? Para que la señorita Fresia me mande al rincón y me diga: (imitando la voz) "Perico Burro, le haces honor a tu nombre. A pararte en el rincón". Vamos a comprar el tambor más mejor. Yo sé dónde venden unos grandes, que suenan tan fuerte que asustarán hasta a las ánimas que están penando en la casa del lado.

ABUELA.— No hay que jugar con esas cosas, Perico. Las ánimas son de respeto.

PERICO.— Allá. Allá, abuela...

(Se alejan. Aparece María Chica y Laura Candela, son dos prostitutas y en torno a ellas se produce un cierto revuelo. Laura es más grande y gorda.)

FANOR.— ¡Miren pues! Si es la María Chica.

LAURA.— ¡Y la Laura Candela! ¿Qué no me ve, don Fanor?

CAMPESINO.— ¿Cómo no la iba a ver si parece que tapan el sol? (*Risas.*)

LAURA.— Mírenlo... si hasta con gracia andan ahora.

FANOR.— Tan tempraneras que las han de ver. Yo creí que en las mañanas dormían.

MARÍA CHICA.— Casi siempre. Pero hoy nos levantamos antes que le gallo.

CAMPESINO.— ¿Cuál gallo? ¿No sería yo, m'hijita? (*Risas.*)

LAURA.— A lo mejor, pues. Uno que estira el cogote y canta. (*Rien más fuerte.*)

FANOR.— ¿Qué andan malos los negocios?

MARÍA CHICA.— ¿Por qué?

FANOR.— Como se levantaron al clarear. De costumbre a esa hora llegan los clientes.

LAURA.— ¿Y quien le ha dado permiso para andar intruseando los libros?

FANOR.— (*Mostrando a Ana.*) Es que somos adivinos, pues. ¿No quieren verse la suerte?

MARÍA CHICA.— (*Tentada.*) Este...

LAURA.— (*Interrumpiendo.*) ¿Para qué te vas a ver la suerte, María, si ya sabes lo que vamos a hacer?

MARÍA CHICA.— También es cierto.

LAURA.— (*A Fanor.*) Nos vamos de viaje...

CAMPESINO.— ¡De viaje...!

LAURA.— A cambiar de aire...

FANOR.— ¿Y para dónde se van...?

LAURA.— Para el Sur.

FANOR.— Habráse visto... Y yo que les tenía un cliente.

MARÍA CHICA.— Dígale que espere.

LAURA.— ¡Qué se aguante, hija! Si es que puede. (*Risas.*)

FANOR.— ¿Qué van a volver?

LAURA.— Es para refrescar el negocio, don Fanor. Si una se queda mucho tiempo, se avinagra la clientela.

MARÍA CHICA.— Vamos, Laura. Allá está el puesto que buscamos.

FANOR.— ¡Léanse la suerte para ver cómo les va a ir...!

LAURA.— Ni bien ni mal, pues. Como nos va siempre.

MARÍA CHICA.— (*Tironeándola.*) ¡Laura...! allá está el kiosko.

FANOR.— (*Interrumpiéndola.*) Aunque más no sea para que se vayan contentas.

LAURA.— ¿Y quien le ha dicho que andamos tristes...?

FANOR.— Más contentas entonces.

LAURA.— ¿Para qué más? Así nacimos y así nos quedamos.

(*Las dos se alejan. Mientras siguen conversando han aparecido Melitón, Buenaventura y el Huacho. Son tres músicos ambulantes e irrumpen en las plaza trayendo sus instrumentos. Melitón es el mayor. De contextura recia y un tanto imponente. Carga sobre sus hombros un inmenso tambor coronado por unos platillos. Como en sus manos lleva otros objetos acciona el tambor por medio de un cordel amarrado a uno de sus tobillos. Cada vez que mueve el pie, el platillo que está unido al cordel golpea el tambor que resuena en forma profunda. Buenaventura es más joven. Delgado, alto, moreno. De inmediato se percibe que es un conquistador de mujeres y aún cuando su ropa es tan harapienta como la de sus compañeros, está más consciente de ella y suele limpiarse alguna mancha o ajustarse al cuello la corbata. Carga un organillo y sobre él lleva una jaula con un loro verde. El Huacho, Sebastián, es el más joven de todos. Trae una bandeja con cancioneros y un triángulo del cual arranca notas muy cristalinas, muy independientes de las melodías que los otros interpretan. El Huacho es reconcentrado e intenso. Habla poco y su personalidad contrasta con la absoluta libertad que parece irradiar Buenaventura y la solidez que emana de Melitón. Sin embargo, entre los tres se adivina una relación profunda. Han recorrido muchos caminos juntos, han visto al unísono las mismas tierras y tienen idéntico polvo pegado a las ropas.*)

MELITÓN.— ¡Bueno! Aquí nos quedamos.

- BUENAVENTURA.— Pero tenemos la competencia de la adivina.
- MELITÓN.— Y nosotros vamos a tocar música. No vamos nada a sacar la suerte.
- BUENAVENTURA.— ¡Yo me volvería para el Norte!
- MELITÓN.— Déjate de hablar. Y ayuda al descargue.
- BUENAVENTURA.— Bah y ¿quién me ayuda a mí?
- HUACHO.— Yo le ayudo.
- BUENAVENTURA.— ¿De verdad que quieren quedarse aquí?
- MELITÓN.— Lo tengo decidido.
- BUENAVENTURA.— Pero hay que preguntarle el parecer al Huacho también. Por algo somos socios.
- ¡Eh, chiquillo! ¿No es verdad que tú también quieres seguir?
- HUACHO.— Estoy cansado.
- BUENAVENTURA.— ¿Y qué hay con eso?
- HUACHO.— Parece que no fuéramos a ninguna parte con tanto que nos movemos.
- BUENAVENTURA.— No somos hombres de ancla.
- MELITÓN.— Tiene razón el chiquillo. Aquí nos quedamos.
- BUENAVENTURA.— Pero...
- MELITÓN.— Nos quedamos aquí y aquí probamos suerte. ¿Cuánta plata nos queda, Sebastián...?
- ¡Sebastián...!
- HUACHO.— Mande...
- MELITÓN.— ¿Cuántos cobres te quedan en la alcancía?
- HUACHO.— Ayer quedaban doscientos.
- BUENAVENTURA.— Sí, y el año pasado tres mil.
- MELITÓN.— ¿Cuánto?
- HUACHO.— Si le sacamos los doscientos que gastamos anoche...
- BUENAVENTURA.— No queda ni un cobre.
- MELITÓN.— Por eso lo mejor es quedarse. Aquí no nos puede ir peor que en otra parte.
- BUENAVENTURA.— No me gusta nada por aquí.
- MELITÓN.— (Al Huacho.) Eh, chiquillo, ayúdame a descargar el tambor y ganémosnos por este ladito... ¡Cuidado con los platillos! Acuérdate que son de oro.
- BUENAVENTURA.— (Con sorna.) ¿De oro?
- MELITÓN.— Claro. Eran de mi bisabuelo. Y en ese tiempo todas las cosas amarillas eran de oro.
- (Mientras los músicos se instalan y los campesinos siguen circulando, aparece Oliverio Pastor. Es un profesor primario, vestido de oscuro, un poco calvo con los hombros espolvoreados de caspa y una cinta que indica un luto, reciente o antiguo y olvidado, en torno al brazo. Avanza leyendo un libro y cruza entre los demás sin darse verdaderamente cuenta de que la plaza está llena.)
- YERBATERO.— ¿Qué viene leyendo tan interesado, don Oliverio?
- OLIVERIO.— Esto de los hemípteros.
- YERBATERO.— ¿De quiénes?
- OLIVERIO.— De las moscas, pues. ¿Sabía que sólo viven veinticuatro horas?
- YERBATERO.— Y tanto que joden, ¿no? Para lo poco que viven digo...
- OLIVERIO.— Pero hay algunas tan bonitas. Ésas que tienen el cuerpo como un pedazo de botella, por ejemplo, con una llama azul adentro.
- YERBATERO.— ¿Ésas que meten tanto ruido?
- OLIVERIO.— ¿Y? ¿Me conseguiste las mariposas que te pedí?
- YERBATERO.— Yo las veo nomás, don Oliverio. No las cazo. Yo trabajo en yerbas.
- OLIVERIO.— ¿Pero qué te habría costado pillarme un par para la colección? Son de las pocas que me faltan. Se llaman Lynomorfás Tórpicas.
- YERBATERO.— ¡Ah!
- OLIVERIO.— Y se dan nada más que acá.
- YERBATERO.— La próxima semana se las traigo. Claro que le van a salir más caras que el boldo.
- Una planta se agarra y se saca. Un bicho en cambio hay que esperarlo y casi siempre se arranca.

OLIVERIO.— No te olvides nomás. Yo te las pago. (*Saluda y se aleja leyendo el libro.*)

YERBATERO.— Habráse visto... tan crecido y coleccionando bichos. Tiene las paredes de la pieza llenas y unos frascos con algodones y moscas de todos colores... Cada uno con su gusto. (*Y se aleja pregonando.*) Yervas... las buenas yerbas... etc.

BUENAVENTURA.— (*Al loro que está en la jaula.*) Oye, Pepito; ¡Pepito! Sabís qué más... ahora me echaría un plato de porotos al cuerpo y un litro de tinto... ¿ah? Si parece que se pusiera más verde nada más que con pensarlo. Con razón te querías quedar en ese pueblo. ¿Te acuerdas cuando te descolgué del árbol? Ahí tenías sombra, porque había sol. Estirabas el cogote y picoteabas los plátanos. Ésa sí que era vida ¿no? ¿Quién nos mandaría engancharnos con éstos? ¿Quién? Si no hay ni qué mirar por estos lados... (*Cerca del lugar donde se encuentra, pasa Juana Buey, una campesina de unos veinticinco años; trae un canasto.*) ¡Hola, m'hijita! ¿Dónde va tan apurada? (*La sigue entre los demás.*) ¡Y tan linda que l'han de ver! ¿Qué lleva en el canasto? ¿Que le comieron la lengua?

MELITÓN.— ¡Buenaventura! Vente que vamos a empezar... (*Mientras que los músicos se preparan, Fanor interpela a Oliverio.*)

FANOR.— ¿Qué me cuenta, don Oliverio?

OLIVERIO.— (*Levanta la mirada del libro.*) Aquí estoy con los chiquillos, pues.

FANOR.— ¿Cuáles chiquillos?

OLIVERIO.— Este rebaño, mis alumnos. Vamos al campo a tomar aire y a estudiar de lo vivo. Saluden niños... (*Se da vuelta para mostrárselos y se da cuenta que nadie lo acompaña.*) ¡Bah! ¿Dónde se habrán metido? Salí con ellos del colegio; pero se lo pasan arrancando.

FANOR.— ¿No se le vayan a perder de veras?

OLIVERIO.— Eran los chicos. Ésos nunca se pierden de verdad.

FANOR.— Ya decídase y déjese ver la suerte. ¡Pase la mano y los diez pesos...! Y ahora, Ana, dime lo que ves en la mano de este señor.

ANA.— (*Después de un momento de silencio.*) El caballero que ha permitido su mano tiene por nombre Oliverio. De profesión: profesor. De sexo: masculino. Y de perspectivas: muchas.

FANOR.— ¿No lo ve?

ANA.— El caballero que ha permitido su mano piensa recibir noticia pronto...

OLIVERIO.— No, si yo no...

FANOR.— A mí, don Oliverio, pregúnteme a mí.

OLIVERIO.— Si yo no quiero preguntar nada.

FANOR.— ¿No ve que la adivina está en trance, y no me oye sino a mí? (*A Ana con tono distinto.*) El caballero de nombre Oliverio pregunta de qué noticia se trata.

ANA.— El caballero recibirá noticia de viaje... y viajará, pero no por dinero sino por seguir.

OLIVERIO.— ¿Por seguir qué?

FANOR.— Otra pregunta quiere hacer el señor de nombre Oliverio...

ANA.— (*Interrumpiendo empieza a recitar.*) El que busca encontrará
Y buscando viajará
Y viajando llegará
A encontrar su gran verdad.

OLIVERIO.— ¿Qué dice?

FANOR.— Ana... Ana... ¿Me oyes? Ana.

ANA.— (*Sigue recitando.*) Estrella veo
Como un deseo
Estrella veo
Y en ella creo
Sin otra pena...

FANOR.— (*Interrumpiéndola.*) Está cansada. Lo mejor es que esperemos un rato.

OLIVERIO.— Es que usted la hace trabajar mucho, don Fanor. Estos asuntos del cerebro son agotadores.

FANOR.— Sí. Así debe ser. Tome... aquí tiene su imagen de San Buenaventura mientras tanto.

OLIVERIO.— Allí parece que veo a mis alumnos. No vaya a ser cosa que empiecen a hacer barrabasadas... (Se aleja.)

FANOR.— (*Se da vuelta hacia Ana. En voz baja.*) ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué son esas tonterías que te lo pasas diciendo? Ana... Contéstame. Diles las cosas que quieren oír, ¿entiendes?, las que les dices siempre... ¡Ana!... ¿Me oyes?

ANA.— (*En voz muy baja.*) Estrella veo
Como un deseo
Estrella veo
Y en ella creo.

FANOR.— ¡Déjate de tonterías!

(*El Huacho ofrece sus cancioneros y toca su triángulo. La muchacha que acompaña a la religiosa, deja a ésta conversando con una vendedora y se acerca al Huacho.*)

MUCHACHA.— ¿Qué es eso?

HUACHO.— Un triángulo. Lo hice yo mismo.

MUCHACHA.— (*Mostrando los cancioneros.*) ¿Y eso?

HUACHO.— Cancioneros... ¿Quiere comprar uno?

MUCHACHA.— ¿Qué más vende?

HUACHO.— Poco por el momento. Hay cancioneros, estos juguetes japoneses (*muestra una pelota amarrada a un elástico que hace saltar*) y también queda un sobre con sahumero.

MUCHACHA.— ¿Qué es eso?

HUACHO.— Un polvo que se quema y da olor.

MUCHACHA.— ¿Y para qué sirve?

HUACHO.— Ayuda. Ayuda a pedir cosas.

MUCHACHA.— ¿Cómo te llamas?

HUACHO.— Sebastián. ¿Y tú?

RELIGIOSA.— (*Desde lejos.*) ¿Por qué te quedaste aquí? Vamos, mi hijita. Se está haciendo tarde.

MUCHACHA.— Bueno, madre.

RELIGIOSA.— Vamos... vamos, que mañana tenemos viaje por delante.

HUACHO.— ¿Se va?

MUCHACHA.— Mañana nos llevan a ensayar el nacimiento.

HUACHO.— ¿Adónde?

MUCHACHA.— A otro convento. Es lejos de aquí.

RELIGIOSA.— (*Acercándose.*) Vamos, pues, mi hijita. ¿Qué está comprando?

MUCHACHA.— Nada, madre.

HUACHO.— ¿Y no la voy a volver a ver?

RELIGIOSA.— (*Tomándola por un brazo.*) Te he dicho que no te separes de mí. Estas ferias son muy peligrosas. ¿Qué es lo que te pasa?

MUCHACHA.— Nada, madre. ¿Por qué?

RELIGIOSA.— Estás tan rara. Como si hubieras visto algo.

MUCHACHA.— ¿Qué?

RELIGIOSA.— ¡Qué sé yo pues! Lo que ven ustedes las chiquillas. ¿Quién es ése con quien estabas hablando?

MUCHACHA.— No sé, madre.

HUACHO.— (*Mientras la ve alejarse.*) ¿Cómo te llamas?

(*Pero ya la muchacha y la religiosa han desaparecido. Los músicos comienzan a tocar con gran animación. El centro de atención se ha establecido en torno a ellos. Gritan algunos, ríen otros y flota en el aire un algo de fiesta. En ese momento desemboca en la plaza un cortejo funerario. Los deudos, tres hombres que llevan el ataúd, visten de negro y tras ellos avanzan mujeres de negro también. Las mujeres llevan el rostro cubierto por velos espesos y dos de ellas lloran sin cesar. Sobre el ataúd hay cruces de papel plateado y coronas de flores de cardo violeta. Llegan como una sombra súbita y de inmediato se establece el silencio. La mujer que no llora se acerca a uno de ellos y le susurra algo al oído. Mientras tanto dos vendedoras comentan. Comienza a oscurecer.*)

VENDEDOR I.— Debe ser el salteador. Ése que llamaban el Tordo.

VENDEDOR II.— ¿El que balearon ayer en el cerro Grande?

VENDEDOR I.— Dicen que murió torcido como una culebra.

VENDEDOR II.— Así había de ser cuando era tan remalo. Si ni a los pobres respetaba.

VENDEDOR I.— Menos mal que ahora lo van a enterrar. *(Señalando a la mujer que se ha separado de los otros.)* ¡Ésa debe ser la madre!

VENDEDOR II.— Pobrecita...

(El hombre a quien la mujer habló, se separa del cortejo y se acerca a los músicos.)

HOMBRE.— ¿Quién es el que manda?

MELITÓN.— Diga...

HOMBRE.— Queremos que siga con nosotros.

MELITÓN.— ¿Con el cortejo?

HOMBRE.— Sí. Quería un funeral con banda y no pudimos conseguir una.

MELITÓN.— ¿Quién quería?

HOMBRE.— El finado. Póngase a la cabeza y toque algo triste.

MELITÓN.— No... no podemos.

HOMBRE.— Plata hay. La que pidan.

MELITÓN.— No es por eso.

HOMBRE.— ¿Entonces?

MELITÓN.— No podemos.

BUENAVENTURA.— Pero, don Melitón, si nos están ofreciendo plata.

MELITÓN.— No vamos a ir.

BUENAVENTURA.— ¿Por qué?

MELITÓN.— Porque no somos banda de entierro.

BUENAVENTURA.— Y eso qué importa cuando se anda sin un cobre.

MELITÓN.— *(Con cierta fuerza a Buenaventura.)* No vamos a ir. *(Al hombre):* Lo lamento, oiga, y lo ayudamos a sentir.

(El hombre se vuelve al cortejo y habla en murmullos con la mujer. Deciden entonces seguir y el cortejo a traviesa como una corriente oscura por el centro de la plaza y se pierde. Los músicos vuelven a sus instrumentos. La música se reinicia; pero algo ha quedado en el aire; un desánimo, una especie de tristeza que hace que los campesinos se retiren. Guardan las mercancías en las carretelas y se van alejando del lugar donde los músicos tocan. Poco a poco la luz sigue decreciendo.)

VENDEDOR I.— Parece que fuera a llover.

VENDEDOR II.— ¡Qué va a llover! Mire el cielo; más limpio que un mantel.

VENDEDOR I.— ¿Y esta oscuridad que cae entonces?

VENDEDOR II.— Será la tinta que dejó este entierro. Dicen que la sangre de los malos tiñe hasta el aire.

(Ya han ido yéndose todos, salvo los músicos que siguen tocando y Fanor que recoge su mercadería junto a Ana. Al ver que los demás parten, los músicos interrumpen la melodía y sale el Huacho a perseguirlos extendiendo su sombrero.)

BUENAVENTURA.— Un pesito para la música... Un pesito, caballero... un pesito señorita...

HUACHO.— Para los músicos... Para alegrar el alma de los músicos.

(Vuelve con el sombrero vacío. Los músicos se quedan desilusionados y tristes. Es de noche completa.)

MELITÓN.— Eh, Buenaventura, ¿te dieron algo?

BUENAVENTURA.— Ni siquiera para hacer sonar el tarro.

MELITÓN.— Algo nos está pasando.

BUENAVENTURA.— Son estos pueblos. A la gente nada les baila en la sangre. Vienen a comprar y se van. Parece que ya no tuvieran ganas de entretenerse.

MELITÓN.— Antes las cosas eran distintas. Ahora la gente no halla a qué agarrarse y como no les gusta algo en lo que hay que creer, ni se empeñan en buscar. Por eso que ni nos miran. No se me ocurre qué podemos hacer.

BUENAVENTURA.— *(Al Huacho.)* ¡Eh, chiquillo! ¡Mira cómo me suenan las tripas!

HUACHO.— De hambre será.

BUENAVENTURA.— ¿Y de qué si no?

HUACHO.— A mí no me asusta el hambre.

BUENAVENTURA.— ¡De veras que fuiste monaguillo! Dicen que ésos apenas prueban la comida.

HUACHO.— No es verdad. ¡Lo que pasa es que éramos pobres!

BUENAVENTURA.— Por lo menos serías más rico que ahora.

HUACHO.— ¿Qué ahora?... A lo mejor. No sé. Siempre me ha faltado algo.

BUENAVENTURA.— ¡No necesitas decírmelo, chiquillo! Ganas son las que te faltan.

HUACHO.— No, no es eso.

BUENAVENTURA.— ¿Qué entonces?

HUACHO.— Me falta algo... o alguien. No sé...

MELITÓN.— ¿Y en qué se han quedado conversando ahí? Lo mejor será recoger los monos y seguir.

BUENAVENTURA.— Volvamos para el Norte mejor.

MELITÓN.— ¿Qué siempre te sientes mal?

BUENAVENTURA.— Hambreado me siento y no muy bien... Todavía en el día pasa. Pero en las noches cuando cae esa garúa...

HUACHO.— ¡Qué garúa!

BUENAVENTURA.— Una que cae de este mismo cielo. ¿Cortamos para el Norte entonces?

(Comienza un leve ruido que aumenta hasta que la estrella se hace visible.)

MELITÓN.— Supongo que para el Norte será mejor.

HUACHO.— ¡Miren, miren! ¡Vengan! ¡Vengan a ver!

BUENAVENTURA.— ¿No te decía que no andaba bien?

MELITÓN.— Deben ser las noches tan heladas. No está acostumbrado.

HUACHO.— ¡Vengan, pues! ¡Miren... allá...! ¿La ven?

BUENAVENTURA.— *(Sin mirar.)* ¿Qué cosa?

HUACHO.— Esa estrella... Allá...

MELITÓN.— *(Al Huacho.)* Y qué hay, si en las noches siempre se ven las estrellas.

BUENAVENTURA.— A lo mejor se nos pone a difariar.

MELITÓN.— Sería lo único que nos faltaba.

HUACHO.— ¿La ven?

BUENAVENTURA.— *(Acercándose a él.)* Sí, sí, pero vamos andando.

HUACHO.— ¡Mírela!

BUENAVENTURA.— ¿Y qué?... ¡oh!... *(Pero se interrumpe, él también permanece inmóvil y a su vez llama.)* Don Melitón... don Melitón...

MELITÓN.— ¿Qué pasa?

BUENAVENTURA.— Acérquese. Venga a ver.

MELITÓN.— Ya está bueno que dejen de estar mirando estrellas. Vamos caminando.

BUENAVENTURA.— ¡Mire don Melitón!

MELITÓN.— Buen dar...

(La luz de la estrella se hace visible al centro del escenario, los tres están en los practicables de espaldas al público. Sus siluetas se recortan en contraluz.)

HUACHO.— *(Después de un tiempo.)* ¿No les decía yo?

BUENAVENTURA.— ¿Tú crees que será?

HUACHO.— ¿Qué cosa?

BUENAVENTURA.— Estrella.

HUACHO.— ¿Y qué sino?

BUENAVENTURA.— ¿Qué se yo, pues?

HUACHO.— Es una estrella. Tiene forma de estrella. Brilla y alumbra como una estrella. Tiene que ser una estrella.

BUENAVENTURA.— Pero es tan regrandaza y brilla más que una estrella y... *(La voz se le ahoga en la garganta.)*

MELITÓN.— ¡Se mueve! *(Un silencio.)*

LOS OTROS.— ¡Se mueve, anda! (*Pausa.*)

MELITÓN.— Se mueve, tenemos que seguirla.

BUENAVENTURA.— ¿Por qué?

MELITÓN.— Porque cuando una estrella se mueve hay que seguirla.

BUENAVENTURA.— La cosas que se le ocurren.

HUACHO.— Porque es grande, porque brilla, porque está en el cielo...

MELITÓN.— Y porque se mueve.

BUENAVENTURA.— ¿Por qué no nos fuimos detrás del entierro mejor? También se movía.

MELITÓN.— Ya te lo dije. (*A Buenaventura mostrando el organillo.*) ¡Ven a ponerte esto!

HUACHO.— ¿No será la misma que dijo la adivina?

BUENAVENTURA.— ¿Y si yo no me fuera?

MELITÓN.— Te quedas.

BUENAVENTURA.— ¿Y no somos socios? Hay que preguntarle la opinión a cada uno.

MELITÓN.— ¿Has firmado algún papel? Somos socios de palabra. Y el que no está a gusto, se va.

BUENAVENTURA.— Pero somos tres. Por lo menos hay que juntar dos votos. ¿Qué opinas tú, chiquillo? ¿La seguimos o no?

HUACHO.— Yo digo lo que don Melitón. Sigámosla.

BUENAVENTURA.— ¡Ya sabía yo que este huailén me iba a fallar...! Y tú quieres seguirla porque lo dijo la adivina.

HUACHO.— No; porque se mueve y porque está ahí. Hasta ahora hemos andado caminando como ciegos a manotones... Eso... (*indicando al cielo*) por lo menos es una dirección.

BUENAVENTURA.— Pero miren hacia dónde se mueve. Va hacia allá.

HUACHO.— ¿Y qué hay con eso?

BUENAVENTURA.— Hacia allá están los cerros.

(*Empiezan a recoger sus cosas.*)

HUACHO.— Claro, vamos a los cerros.

BUENAVENTURA.— Pero en los cerros hace más frío.

MELITÓN.— Algo hay que perder.

BUENAVENTURA.— ¿Para qué?

MELITÓN.— Para ganar algo.

BUENAVENTURA.— ¿Pero qué es lo que vamos a ganar?

MELITÓN.— Vamos a seguir la estrella.

BUENAVENTURA.— ¿Y?

MELITÓN.— Y en el camino lo descubriremos.

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

MELITÓN.— Lo que vamos a ganar.

HUACHO.— Ya, pues, miren que apenas se divisa.

MELITÓN.— ¡Vamos!

BUENAVENTURA.— Bueno... vamos... Pero si por el camino no descubrimos nada, me vuelvo...

Mire que andar siguiendo estrellas...

(*Suben los practicables para desaparecer por el camino más alto. Salen los tres. Pequeña pausa. El Ciego emerge de las sombras por lateral derecho, primer plano, y canta con su guitarra.*)

CIEGO.— (*Cantando.*) Cuenta así por contarlo

Qu'es una plaza este mundo
Con cuatro entradas y un rumbo
No siempre fácil pa'hallar
Y complicado pa'andarlo
Pero en la noche profunda
Busca esa luz que te inunda
Sigue una estrella porfiada
Abre las puertas cerradas
Cruza los puentes que abundan.

(Termina su canción y atraviesa el escenario golpeando con su bastón el piso. Vuelve a esconderse el Ciego en las sombras. Entretanto los músicos entran por el practicable más alto del lado contrario al que salieron, atraviesan y sus siluetas se recortan. Van peregrinando. Al terminar de atravesar y detrás de ellos y siguiéndolos viene Fanor con Ana, que atraviesan por el mismo camino hasta desaparecer. Se oye entre cajas un comentario, es la discusión por la venta del organillo, entran y con ellos una luz. Discuten.)

FANOR.— Bueno, ¿se decide, compadre?

BUENAVENTURA.— No sabe lo que me cuesta.

FANOR.— Le estoy ofreciendo buen precio.

BUENAVENTURA.— Si no fuera por el hambre que tengo.

FANOR.— No va a encontrar ni un alma que le dé dos mil pesos por esa caja que ya ni suena.

BUENAVENTURA.— ¡Claro que suena! ¡Pruébela si quiere!

(Fanor trata de dar vuelta la manivela pero no logra arrancar ni un sonido.)

FANOR.— ¿No ve, pues? Tiene la cuestión trancada.

BUENAVENTURA.— ¡Qué va a estar trancada! Es que tiene maula. A ver, déjeme a mí... *(Da vuelta la manivela y arranca un sonido lastimero.)* ¿No ve?

FANOR.— Eso más que música, parece quejido.

BUENAVENTURA.— Es que tiene pena por la separación.

FANOR.— ¿Me lo vende, entonces?

BUENAVENTURA.— No me queda otra. Estoy embarcado en la aventura con éstos *(señala a sus compañeros)* y tenemos que seguir.

FANOR.— Mil quinientos dijimos entonces.

BUENAVENTURA.— ¡Épale! Dos mil habíamos dicho. No se venga a aprovechar de los hambrientos, don Fanor.

FANOR.— ¡Cómo se le ocurre! Dos mil entonces. Por aquí tengo unos billetitos nuevecitos.

BUENAVENTURA.— ¿Y ustedes a dónde van?

FANOR.— *(Mostrando a Ana.)* La llevo al Hospital. Siempre sigue con sus cuestiones. Si no fuera por eso, me iría con ustedes, a la busca del tesoro, porque es tesoro ¿no es cierto? *(Buena-ventura no contesta.)* ¡Aquí están! Nuevecitos ¿ve? Yo soy como hacha para los tesoros. Llego al lugar, pongo el ojo...

BUENAVENTURA.— *(Contando.)* Quinientos me faltan.

FANOR.— ¿Quinientos? Y cómo me fui a equivocar... Claro que como son tan nuevos se quedan pegados. Aquí están los otros... *(A los otros dos.)* ¿Y ustedes? ¿No tienen nada para vender?

HUACHO.— ¿Y qué nos va a comprar? ¿Qué no ve que estamos pelados?

FANOR.— A don Melitón todavía le queda el tambor. Por él, a lo mejor, me interesaría.

MELITÓN.— El tambor no se vende.

FANOR.— Todo se vende en la vida, don Melitón, todo. Es cuestión de ponerse de acuerdo en el precio.

MELITÓN.— Este tambor no se vende.

FANOR.— Bueno, pues, no se ofenda. A ver, por qué no me da una manito con el instrumento. Hasta la bajadita de la loma no más.

BUENAVENTURA.— Es que tenemos que seguir.

FANOR.— Usted es joven, pues. Ayúdeme hasta allá y vuelve.

BUENAVENTURA.— Bueno. *(Al ir a cargar el instrumento mira por última vez al loro.)* Mejor que te vayai. Aquí hace frío y ni hay árboles con sombra como los que te gustan... Quería decirte... Bueno... chao... *(Carga el instrumento en sus hombros y salen.)*

FANOR.— Ustedes parten para allá entonces. Es para allá que van a buscar la cuestión esa.

MELITÓN.— A lo mejor.

FANOR.— Voy a dejar ésta *(señalando a Ana)* al hospital y quizás vuelva.

MELITÓN.— Ya no estaremos aquí.

FANOR.— Podría ayudarlos, traer comida y además tengo algunos pesos.

MELITÓN.— Estamos bien así.

FANOR.— Como quiera. No les vaya a pesar después. Vamos, Ana...

(En el momento en que van a salir, Ana se da vuelta hacia ellos y con voz muy débil pronuncia la frase que ha estado murmurando entre dientes desde que se encontraron.)

ANA.— Estrella veo
Y en ella creo
Sigue la estrella
Síguela...

FANOR.— Ya, déjate de estar hablando. ¿Qué no ves que estamos de más? Uno les hace el favor y así es como...

(Ya han desaparecido tras Buenaventura.)

HUACHO.— *(Mirando los objetos que les quedan.)* Ya es poco lo que nos va quedando.

MELITÓN.— Así es.

HUACHO.— Ojalá alcancemos a llegar antes. Antes que nos agarre el hambre, quiero decir.

MELITÓN.— Este tambor era de mi bisabuelo.

HUACHO.— Quiero decir, que la estrella nos lleve a alguna parte.

MELITÓN.— Hay cosas que no se pueden vender.

HUACHO.— Lo mismo pienso, don Melitón. Debe haber.

MELITÓN.— Yo nunca conocí una casa. Un techo. ¿Me comprendes. Cuatro paredes y un techo. Mi abuelo era artista. Mi padre también y todos lo han sido, de padres a hijos, como si nos fuéramos entregando algo los unos a los otros. Como siempre viajábamos, nunca tuvimos una casa. Un pedazo de tierra ¿me comprendes? Algo que uno se pare a mirar y diga: esto es mío. Pero junto con el trabajo nos fuimos traspasando algunas cosas. Este tambor, por ejemplo, este tambor con sus platillos de oro. Nací viéndolo apoyado en la espalda de mi padre o en un rincón de la pieza que ocupábamos o contra un árbol cuando teníamos que dormir a cielo descubierto. ¿Me comprendes? Este tambor es como si fuera mi casa...

HUACHO.— Me gustaría...

MELITÓN.— ¿Qué cosa?

HUACHO.— Tener algo así. Algo que me recordara algo. Algo que durara.

BUENAVENTURA *(Entrando por donde salió.)* ¡Ya está! ¡Allá se fue ese mugriento con todo lo que nos ha ido robando!

(Se escucha una voz lejana que repite como un eco: "Chao... Chao...")

HUACHO.— Debe ser el lorito.

BUENAVENTURA.— Es, es...

(Hay un momento de silencio. Una débil luz se insinúa.)

MELITÓN.— Bueno, lo mejor es seguir. Ya está aclarando.

HUACHO.— Así es.

BUENAVENTURA.— ¿Y ahora que tenemos estos pitos no sería mejor bajar al pueblo y echarnos algo al cuerpo?

MELITÓN.— No hay tiempo.

BUENAVENTURA.— Tengo hambre.

MELITÓN.— La estrella está para ese lado.

BUENAVENTURA.— Tengo hambre. Oiga.

MELITÓN.— Todos tenemos hambre. Pero hay que seguir.

BUENAVENTURA.— ¿Y de qué me sirvió vender la cuestión esa, entonces?

MELITÓN.— Ya encontraremos un poblado.

BUENAVENTURA.— ¿Adónde? Si esto es un peladero.

MELITÓN.— Preguntaremos.

BUENAVENTURA.— ¿A algún tiuque que pase volando?

HUACHO.— Allá parece que viniera alguien.

BUENAVENTURA.— A ver...

MELITÓN.— Y viene hacia acá.

BUENAVENTURA.— Y trae un canasto. Puede ser que sea comida.

HUACHO.— ¡Eh... eh... señorita...!

(*Entra Juana Buey. Trae un canasto cubierto por una servilleta y avanza con ligereza. El Huacho es el primero que la ve.*)

HUACHO.— Oiga...

BUENAVENTURA.— Si hasta me parece conocida.

HUACHO.— ¡Señorita!

(*Juana se detiene asustada.*)

MELITÓN.— Por favor, señorita, no se asuste.

HUACHO.— ¿Qué es lo que trae en ese canasto?

JUANA.— Nada.

MELITÓN.— Déjeme hablarle a mí. (*Se acerca a ella.*) ¡Buenos días, señorita!

JUANA.— Buenos.

MELITÓN.— ¿Es éste el camino que lleva al pueblo?

JUANA.— ¿A cuál pueblo?

MELITÓN.— Al suyo.

JUANA.— Yo no soy nada del pueblo, soy del fundo.

MELITÓN.— ¡Ah! ¿Y queda muy lejos?

JUANA.— ¿Qué cosa?

MELITÓN.— El fundo.

JUANA.— No. A la vueltecita de la loma, nomás. Mire, no tiene más que seguir derecho, después dobla, después sigue derecho, después dobla de nuevo y ahí...

MELITÓN.— Ahí está el fundo...

JUANA.— No, ahí tiene que seguir derecho de nuevo. Y entonces sí que están las casas.

(*Mientras habla, Buenaventura y el Huacho han tratado de levantar la servilleta que cubre el canasto. Melitón los sorprende.*)

MELITÓN.— ¡Quédense quietos! Tiene que perdonarlos, señorita. Lo cierto es que tenemos mucha hambre.

JUANA.— ¡Ay, qué lástima que no les pueda dar nada...! Estas cosas son para el “piquis niquis”.

MELITÓN.— ¡Ah!

JUANA.— Voy para el tranque. Los patrones y los niños van a tener un “piquis niquis”. Me mandaron antes con las cosas, porque no cabían en el coche.

BUENAVENTURA.— ¿Y no nos podría dar algo, aunque más no fuera un pedazo de pan?

JUANA.— No traje pan. Está todo hecho sámbuche.

BUENAVENTURA.— Y un trago, más que no fuera de agua.

JUANA.— Tampoco hay agua. En los “piquis niquis” los patrones toman aloja. Pero la traen en el coche, porque dijeron que yo podía quebrar las botellas. ¿Ustedes son músicos...?

MELITÓN.— Artistas.

HUACHO.— ¿Le gustaría comprar un cancionero? Tengo todos los nuevos con las letras de las canciones modernas.

JUANA.— Yo siempre me las aprendo de memoria. Como no sé nada leer...

BUENAVENTURA.— (*Siempre a la siga del canasto.*) ¿Por qué no se sienta con nosotros? Un rato al menos...

JUANA.— Mire, mal no me vendría. La tirada desde las casas es sumamente larga y vengo más cansada que... que...

BUENAVENTURA.— Que un buey...

JUANA.— ¡Bah! ¿Y cómo lo adivinó?

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

JUANA.— Que me llamo así.

MELITÓN.— ¿Cómo?

JUANA.— Buey.

LOS TRES.— ¡Buey!

JUANA.— Bueno, lo cierto es que me llamo Juana Buey. Me viene de mi taita. Él se llama Arístides Espinoza; pero el patrón le puso Buey.

BUENAVENTURA.— ¿Y eso no le importa?

JUANA.— Por qué me había de importar. Si era el nombre de mi papá. Y la patrona dice... ¿Cómo es que dice? Dice que lo llevo con soltura, sí, eso es, porque soy tan quedada como mi taita. ¿Y ustedes qué andan haciendo?

MELITÓN.— Andamos siguiendo algo.

JUANA.— (*Con desconfianza.*) ¡Ah!

HUACHO.— ¡Andamos a la siga de una estrella!

BUENAVENTURA.— (*Hipnotizado por el canasto.*) ¿Usted cree que se enojaría mucho su patrona si me como uno de estos huevos?

JUANA.— ¡Ay, no sé! (*Lo mira y se siente transportada por la mirada del hombre. Buenaventura está muy cerca de ella y la mujer parece sentir su presencia inmediatamente.*) Claro que están contaditos, porque la patrona es muy fijada. (*Vuelve a mirarlo y ahora ya no puede desprenderse de la vista.*) Claro que uno... le podría decir que se me cayó del canasto... ¿no le parece?

BUENAVENTURA.— (*Mientras parte con gula el huevo.*) Así me parece.

JUANA.— (*A los otros.*) Yo nunca he seguido estrellas. La verdad es que nunca he seguido nada, salvo cuando la patrona me manda perseguir las gallinas que se lo pasan yendo del gallinero. Pero más mejor que no me dé a la conversa, porque soy muy habladora y se me puede pasar la hora y si no estoy en el tranque cuando lleguen los patrones...

HUACHO.— (*Interrumpiéndola.*) ¿Y no cree que le podría decir que se le cayeron dos huevos en lugar de uno?

JUANA.— (*Con susto.*) ¿De dónde?

HUACHO.— Del canasto, pues.

JUANA.— Ah... Bueno, comáselo no más. La castellana está ponedoraza. (*Acercándose a Melitón le pregunta.*) ¿Y dónde van con esa cuestión?

MELITÓN.— La vamos siguiendo.

JUANA.— ¡Ah!

MELITÓN.— Oiga, usted no cree que...

JUANA.— ¿Qué le podría decir que se me cayeron tres huevos?

MELITÓN.— No, ¿por qué no le dice que se le cayó el canasto entero?

JUANA.— Me mata pues.

MELITÓN.— Es que a lo mejor no tiene para que decírselo.

JUANA.— Ah, mire la gracia, como si no me fuera a ver.

MELITÓN.— Es que a lo mejor no la ve.

JUANA.— ¿Cómo?

MELITÓN.— ¡Véngase con nosotros!

JUANA.— ¿A la siga del astro? (*Él asiente.*) Pero si ni siquiera sé dónde van.

BUENAVENTURA.— Nosotros tampoco. Pero nos vamos todos juntos y eso es lo que importa.

JUANA.— Ah... tentada estoy... Pero, ¿qué me dirá la patrona? Siempre he hecho lo que ella me dice que haga.

BUENAVENTURA.— Véngase de una vez y olvídense de la patrona.

JUANA.— Es que allá tengo cama y comida. (*Piensa durante algunos segundos, los mira.*) ¿Con ustedes tendría casa y comida? (*Ellos no contestan.*) ¡Ah! ¿No ven, pues? Allá en el fundo tengo casa y comida.

BUENAVENTURA.— Algo hay que perder cuando se quiere ganar algo.

JUANA.— ¿Y qué es lo que vamos a ganar?

BUENAVENTURA.— Parece que eso se sabe después.

JUANA.— ¡Ay! Estoy sumamente tentada, no crean que no.

BUENAVENTURA.— Véngase entonces.

JUANA.— Ganas no me faltan.

HUACHO.— ¿Y qué espera...?

JUANA.— Sí, pues, qué es lo que espero...

BUENAVENTURA.— ¡Anímese!

JUANA.— (*Mira a Buenaventura, nuevamente se siente atraída.*) Bueno, pero con una condición.

BUENAVENTURA.— Nada de condiciones.

(Le arrebatan el canasto y corren a sentarse en un lugar donde se aprontan a comer. Juana está en el centro. Ríen. Gritan.)

JUANA.— Con una condición, oiga...

BUENAVENTURA.— Nada de condiciones. Acuérdesse que hay que perder algo.

HUACHO.— Claro, para ganar lo que se quiere ganar.

JUANA.— Ya, pues, déjenme algo a mí.

BUENAVENTURA.— Pero si usted debe haberse tomado su desayunito.

JUANA.— No había salido nada el pan todavía y cortada de hambre ando.

HUACHO.— Coma no más, hay para todos.

JUANA.— Es que no dejan ni ver.

BUENAVENTURA.— Ya no se queje más y coma. *(Le pasa la presa de pollo que él había estado comiendo.)* Tome.

JUANA.— Perro no soy, oiga. Estos son puros huesos.

BUENAVENTURA.— Partamos el otro pollito entonces. *(Risas de todos.)*

HUACHO.— Nunca había comido uno mejor.

JUANA.— De los huevos de la castellana, pues. *(De pronto se inmoviliza.)* ¡Ah! ¿Qué me irá a decir la patrona?

MELITÓN.— Nada, porque no la va a volver a divisar. *(Risas.)*

JUANA.— Tiene razón. ¡Me siento tan bien! ¡y tan contenta! Si hasta ganas de cantar tengo.

BUENAVENTURA.— ¿Y en qué topa?

JUANA.— Es que nunca he sabido. *(Se avergüenza después de esta confesión súbita.)* Siempre he querido y nunca he sabido.

HUACHO.— Yo le voy a enseñar.

BUENAVENTURA.— ¡Épale! Yo le voy a enseñar. No hay mejor profesor que este pechito.

JUANA.— De muy cerca viene la recomendación.

BUENAVENTURA.— Pruebe, pruebe, y si no le gusta le devuelvo la plata. *(De inmediato empieza a entonar la melodía que ha estado vibrando en el aire.)*

El que ganar quiere algo

Listo estará pa' perder

Porque en la vida, mi vida,

Siempre tendrás que escoger,

Ya que si gano

MELITÓN Y HUACHO.— *(Juntos.)* ¡Perdiendo!

BUENAVENTURA.— Gano las cosas...

MELITÓN Y HUACHO.— Sabiendo.

JUANA.— Miren qué bonito, ¿no?

BUENAVENTURA.— Usted ahora, repita: el que ganar quiere algo.

JUANA.— El que... ganar... quiere... algo...

BUENAVENTURA.— Listo estará pa' perder.

JUANA.— *(Con más confianza.)* Lista estará pa' perder.

BUENAVENTURA.— Porque en la vida, mi vida,

Siempre tendrás que escoger.

JUANA.— Eso sí que no lo entiendo.

BUENAVENTURA.— ¿Y qué importa si es canción no más? *(Risas.)*

(Empiezan nuevamente a cantar la canción. Juana se equivoca y la canción termina en un perseguirse y risotadas.)

JUANA.— *(Estallando con euforia al final.)* ¡Qué bien me siento! ¡Qué contenta estoy! ¡Si hasta puedo cantar! *(Y vuelve nuevamente a cantar un verso de la canción con voz aguda y destemplada.)* ¿Me oyeron? ¡Puedo cantar... puedo cantar! Allí en la casa los chiquillos me perseguían gritando: ¡Juana Buey...! cantas como buey... ¡Eso es verso!, ¿sabe? ¡Si me oyeran ahora!

MELITÓN.— ¡Bueno! ¡Nos vamos a tener que ir yendo!

JUANA.— Y por qué no se quedan un rato más. Lo estamos pasando tan bien.

BUENAVENTURA.— Pero si usted se viene con nosotros.

JUANA.— ¿Con ustedes?

BUENAVENTURA.— ¿Qué ya se nos echó para atrás?

JUANA.— Me han entrado todas las dudas.

HUACHO.— Yo creí que se había decidido.

JUANA.— No es tan fácil. Allá tengo una pieza, una cama, una patrona que me dice lo que tengo que hacer. Y acá...

BUENAVENTURA.— Acá me tiene a mí, pues...

JUANA.— Allá tengo un lugar que conozco y un asiento en la mesa. Y acá...

HUACHO.— Acá nos tiene a todos. (*Risas.*)

JUANA.— ¿Pero será para siempre? No vaya a ser cosa que me dejen botada por ahí.

MELITÓN.— Mírenos... ¿Nos halla cara para eso?

(*Los tres hombres están de pie frente a ella. Juana los mira.*)

JUANA.— (*Después de un tiempo.*) Ya. Me decidí. (*A Buenaventura.*) ¿Y usted no me dice nada?

BUENAVENTURA.— ¡Yo ya lo sabía!

JUANA.— ¡Mírenlo!

(*Salen cantando y riendo, cuando se escuchan las voces que llaman desde un coche que pasa a lo lejos, las de los patrones.*)

VOCES.— ¡Juana!, ¡Juana!

JUANA.— ¡Ya voy! (*Toma el canasto, mira a sus compañeros y murmura entre dientes.*) ¡Ya voy, ya voy!

(*Cuando han desaparecido, también por arriba y por el otro lado aparece el ciego y canta:*)

CIEGO.— (*Cantando.*) El que ganar quiere algo

 Listo estará pa' perder

 Porque en la vida, mi vida

 Siempre tendrás que escoger.

 Ya que si gano perdiendo

 Gano las cosas sabiendo.

(*Termina de cantar el ciego y comienza a anochecer. Los peregrinos han dado vuelta por detrás de la panorámica. Es de noche. A lo lejos se escuchan algunos truenos. Contra la panorámica se perfilan los personajes que avanzan. Vienen hablando. Entran por el practicable de abajo.*)

JUANA.— ¿Qué es eso?

MELITÓN.— Truenos que andan entre los cerros.

BUENAVENTURA (*Mirando el cielo.*) ¡Puchas! Me calló una gota.

JUANA.— ¿Adónde?

BUENAVENTURA.— Aquí en la nariz. ¿No me la ve? De seguro que se va a largar a llover.

JUANA.— ¿Y nosotros? ¿Nos quedamos a cielo descubierto?

BUENAVENTURA.— No pues, mi hijita, si le andamos trayendo un paraguas en el bolsillo. (*Esboza un gesto como si quisiera abrazarla.*)

JUANA.— Ya pues, déjese.

MELITÓN.— Será mejor que acampemos por acá. El aguacero es seguro.

HUACHO.— Allá hay unas rocas para allegarnos. Y podemos encender un fuego.

MELITÓN.— Buena idea. (*Sale.*)

JUANA.— Ya va siendo hora de comer.

BUENAVENTURA.— Hora será; pero de ahí que comamos...

VOZ DE MELITÓN.— ¡Sebastián!

HUACHO.— Mande...

VOZ DE MELITÓN.— Ven a ayudarme a descargar las cosas. (*Huacho sale.*)

BUENAVENTURA.— No sea arisca.

JUANA.— Arisca soy, porque así me enseñaron a portarme con los frescos.

BUENAVENTURA.— Le enseñaron mal.

JUANA.— ¿Ah, sí? ¿Y usted me va a aprender?

BUENAVENTURA.— Claro, pues, ¿no le enseñé la canción? ¿No soy buen profesor?

JUANA.— Ya, pues, déjese. Si me va a cantar otra canción, cántemela.

BUENAVENTURA.— Pero cuando quiera. Se la escribí a usted.

JUANA.— ¿A mí?

BUENAVENTURA.— De principio a fin.

JUANA.— ¿Y cómo dice?

BUENAVENTURA.— Dice:

Siento que el aire esta noche

Viene con mar y con sal

Veo que el cielo esta noche

Brilla como un raudal... Déjeme siquiera la manito.

Eso no le puede hacer mal.

JUANA.— La patrona me ha dicho que no.

BUENAVENTURA.— ¿Qué no qué?

JUANA.— Que no aguante ni que me toquen la mano. Que por ahí empiezan.

BUENAVENTURA.— ¡Bah! Y cuando la gente educada se saluda, ¿no se da la mano acaso?

JUANA.— Es que eso es la gente educada.

BUENAVENTURA.— ¿Y yo qué soy entonces?

JUANA.— (*Después de pensarlo.*) Bueno, le doy la mano. (*Él se la toma.*) Pero agárremela y me la devuelve. Tal como lo hacen los patrones.

BUENAVENTURA.— Después vamos por esas rocas. (*Juana asiente.*)

(*Entran Melitón y el Huacho. Han dejado lo que traían junto a las rocas.*)

MELITÓN.— Nos aguantaremos aquí hasta que pase el aguacero. (*Mirando el cielo*): Fuerte parece que va a ser. Las nubes están que amenazan.

JUANA.— No se nos vaya a nublar, oiga. No vaya a ser cosa que se nos pierda el astro.

HUACHO.— Eso no se pierde nunca. Siempre se ve.

JUANA.— ¿Siempre?

HUACHO.— De día y de noche. Y aún cuando va a llover y el cielo está con nubes, siempre hay una esquina por donde asoma. ¿Ve? ¡Allá está! (*Ruido muy leve de la estrella.*)

JUANA.— (*Mirando.*) ¿Adónde? No la veo... Hay tantísima nube... ¡Ah! (*La ha descubierto y queda muda*); ¡Qué grande! Si parece un hoyo en el cielo. No vaya a ser cosa que caiga un ángel por ahí.

(*Apenas ha pronunciado estas palabras, se escucha a lo lejos un trueno, luego la luz de un rayo los inmoviliza y una muchacha irrumpe, corriendo entre ellos. A primera vista, y mientras retumba el trueno, parece un ángel, un ángel con el vestido roto y las alas desgarradas. Permanece un instante en el centro de ellos. Parece un pájaro en una jaula. Trata de arrancar, pero los hombres se interponen en su camino.*)

JUANA.— ¡Miren!...

BUENAVENTURA.— ¿Quién será?

HUACHO.— ¿Qué le habrá pasado?

MELITÓN.— Lo mejor es ir a ver.

JUANA.— Espérenme... Con cuidado, déjenme a mí. (*Acercándose*): ¿Qué le pasa mi hijita?

MELITÓN.— ¿Adónde va?

HUACHO.— ¿Qué te pasa?

BUENAVENTURA.— ¿Te andas arrancando?

MUCHACHA.— Tengo miedo.

JUANA.— ¿De qué, mi pajarito?

MUCHACHA.— De... de... (*Comienza a llorar. Juana la toma entre sus brazos como a un niño.*)

JUANA.— Llore... llore no más, mi hijita. Desahóguese cuanto quiera. Eche su buen llanto que así se deshacen las penas, como terrones de azúcar... Eso es, mi hijita...

MUCHACHA.— (*Reponiéndose poco a poco.*) ¿No me vienen siguiendo?

JUANA.— ¿Quién, mi hijita?

MUCHACHA.— Los que venfan detrás.

JUANA.— Mírenla... si tiembla como un chincolito. ¿Quién venía detrás?

MUCHACHA.— Unos hombres vestidos de negro. Unas mujeres... Estábamos ensayando. Cerca del colegio. Es un nacimiento que hacemos para la Pascua, yo soy el ángel que les avisa a los pastores.

JUANA.— ¿Y entonces?

MUCHACHA.— De repente los vi. Traían un cajón. Negro también. Y se acercaban. Eran como gente mala.

JUANA.— Pero si ése es el entierro, hijita, que anda por estos lados. Pero ya lo meterán bajo la tierra y se acabará el mal.

MUCHACHA.— ¿Cierto? Quise gritar, pero tenía un nudo aquí... (*se toma la garganta*) y no podía. Los hombres venían callados, y las mujeres llorando... no supe qué hacer y eché a correr.

JUANA.— Hizo bien, pues.

MUCHACHA.— ¿No me vienen siguiendo?

JUANA.— Nadie, mi angelito. Y por lo demás nos encontraste a nosotros.

MUCHACHA.— (*Mirándolos por primera vez.*) ¿Quiénes son ustedes?

JUANA.— Ellos son artistas y yo soy la Juana Buey.

MELITÓN.— Lo mejor será que te quedes con nosotros. Juana, cuídala. Mientras iremos a buscar leña para encender un fuego. Vamos... Y después llévatela para... (*Melitón se aleja, Buenaventura lo sigue, El Huacho permanece mirando a la muchacha*): ¡Eh, Sebastián!

MUCHACHA.— (*A Juana.*) ¿Me van a llevar de vuelta al colegio?

JUANA.— Te vamos a llevar con nosotros.

MUCHACHA.— Pero es que tengo que volver.

JUANA.— ¿Por qué?

MUCHACHA.— Porque soy el ángel.

JUANA.— Ya no, pues, mi hijita. Si se arrancó, de seguro que han escogido a otra.

MUCHACHA.— ¿Usted cree?

JUANA.— Sí, alguien tiene que haber ido a avisar a los pastores.

MUCHACHA.— ¿Adónde van?

JUANA.— (*Mientras comienza a desprender las alas.*) Tras ese astro. ¡Mírelo! Ése que brilla más que los otros. (*La muchacha lo mira. Hay un instante de silencio.*) ¿No dices nada?

MUCHACHA.— ¡Chit...! Le estoy pidiendo una cosa.

JUANA.— ¿A la estrella? Pero si no es la primera, mi hijita.

MUCHACHA.— Pero es la más grande que he visto. Y estoy segura que me lo dará. Es demasiado grande para que no me resulte.

JUANA.— ¿Y qué es lo que pidió?

MUCHACHA.— ¡Chit...!

(*Durante el momento de silencio entra El Huacho. Ella al abrir los ojos lo ve. El Huacho trae algunos palos entre los brazos.*)

HUACHO.— (*Después de un tiempo.*) ¿Vas a seguir con nosotros?

JUANA.— Claro que sí. ¿No es cierto, mi hijita?

MUCHACHA.— ¿Qué?

JUANA.— Que se va a ir con nosotros, pues.

MUCHACHA.— No sé...

JUANA.— Ya pues, déjese de cosas. Mire que si no me voy a enojar y la vamos a dejar sola. (*La muchacha la mira asustada.*) Y gánese para acá para que terminemos de sacarle estas cuestiones.

(*Entra Melitón, trae un atado de leña.*)

MELITÓN.— ¿Todavía están aquí? ¿Que no les dije que se allegaran a las rocas?

JUANA.— Ya vamos, don Melitón. Ya vamos.

(*Melitón cruza y sale.*)

HUACHO.— (*A la muchacha mientras Juana termina de desprenderle las alas.*) ¡Vente!

MUCHACHA.— Allá me están esperando.

HUACHO.— Acá también. Te estábamos esperando para que siguieras con nosotros.

JUANA.— ¡Ya está! Las voy a guardar para lavarlas en el primer río que encontremos... Si están

buenas todavía... (*Inicia mutis hacia el lado donde está Buenaventura.*) ¡Y vengan de una vez que si no, don Melitón se va a enojar...! (*Salen.*)

HUACHO.— Yo ya te conocía.

MUCHACHA.— ¿Sí?

HUACHO.— Te había visto antes.

MUCHACHA.— ¿En la Feria?

HUACHO.— Entonces... ¿tú también te acordabas?

MUCHACHA.— Quiero decir que... (*Pero no encuentra palabras para mentir.*) Sí. Tú estabas en un rincón, tocando ese instrumento. (*Señala el triángulo que cuelga de su cinturón.*) y me mirabas todo el tiempo, como si te estuvieras asomando a una ventana chica.

HUACHO.— Quédate... ¡Mira! ¿No te ha contado la Juana? Mira lo que andamos siguiendo. ¿La ves? Camina a través del cielo y nosotros la seguimos.

MUCHACHA.— ¿Para qué?

HUACHO.— Para encontrarla. Un día tendrá que aparecer y nosotros alargaremos el brazo... así. (*Indica el astro.*) Y entre todos la descolgaremos.

MUCHACHA.— ¿Y?

HUACHO.— La habremos encontrado. Tendremos algo, ¿me comprendes? Algo que es cierto y que dura siempre. ¿Cómo te llamas?

MUCHACHA.— ¡Angélica!

(*Entre cajas se escucha a Juana y Buenaventura.*)

VOZ DE JUANA.— ¿Y para cuándo es la canción?

VOZ DE BUENAVENTURA.— Siento que el aire esta noche
Viene con mar y con sal
Veo que el cielo esta noche
Brilla como un raudal.

VOZ DE JUANA.— ¡Qué lindo, es para mí!

VOZ DE BUENAVENTURA.— Si todo se viste de fiesta
¿Por qué me miras así?
Que es fiesta lo que yo siento
Lo que siento por ti.

VOZ DE JUANA.— ¡Ay qué lindo! ¿Por qué no lo repite para los dos?

VOZ DE BUENAVENTURA.— En el silencio quedamos
¡Calla! Que el alma calló
Es porque juntos estamos
Juntos los dos, tú y yo.

VOZ DE JUANA.— ¡Por Dios que me gustó! (*Risas.*)

MUCHACHA.— ¿Oyes?

HUACHO.— Es Buenaventura que le está cantando a la Juana.

MUCHACHA.— Parece que estuviera triste.

HUACHO.— Es la canción.

MUCHACHA.— (*Después de un tiempo.*) Está tan callado todo.

HUACHO.— Es por la lluvia.

MUCHACHA.— ¿Por qué?

HUACHO.— Después que llueve todo se calla.

MUCHACHA.— ¡Mira el camino! Lleno de pozas.

HUACHO.— (*La mira un instante y luego también habla de otra cosa.*) Son las huellas de las carretas. El agua las llena siempre.

MUCHACHA.— ¿Y por qué no cantas tú también?

HUACHO.— No tengo con qué.

MUCHACHA.— ¿No quieres cantarme? Así como Buenaventura le canta a la Juana.

HUACHO.— No sé cantar sin instrumento.

MUCHACHA.— ¿Y el triángulo?

HUACHO.— (*Sin querer contestar la pregunta.*) ¡Mira! Después de un rato vas a oír cómo la tierra chupa el agua. Se parece al ruido de los grillos.

MUCHACHA.— ¿Y qué hiciste con el triángulo?

HUACHO.— Lo vendí.

MUCHACHA.— ¿Lo vendiste?

HUACHO.— Sí, para poder comer en el último pueblo. Era una de las últimas cosas que nos quedaban. Se lo vendí a Fanor.

MUCHACHA.— ¿Cuál? ¿Un hombre chico con una maleta llena de cosas?

HUACHO.— El mismo.

MUCHACHA.— No me gusta.

HUACHO.— A mí tampoco.

MUCHACHA.— (*Mientras la voz de Buenaventura se pierde, después de un tiempo.*) Ahora se quedó callado.

HUACHO.— Angélica, ahora me tienes a mí.

MUCHACHA.— Me gusta cómo se pone el aire cuando acaba de llover. Aquí hay una poza tan grande. (*Ha avanzado hacia la parte anterior del escenario y ahí parece mirar una poza. De pronto se inmoviliza.*) ¡Sebastián!

HUACHO.— ¿Qué?

MUCHACHA.— Ven.

HUACHO.— ¿Qué pasa?

MUCHACHA.— Apúrate.

(*El Huacho se acerca. Angélica está arrodillada junto a la poza y mira casi hipnotizada su hallazgo. El Huacho saltando entre los charcos, se ha colocado a su lado.*)

MUCHACHA.— Ten cuidado... ¡Mira!

HUACHO.— ¿Qué?

MUCHACHA.— Ahí al fondo.

HUACHO.— (*Después de mirar y con tono incrédulo y maravillado.*) ¡Es la estrella!

MUCHACHA.— ¿Quien iba a pensar que la encontraríamos en esta poza?

HUACHO.— Y tan brillante como en el cielo.

MUCHACHA.— Más brillante y más grande.

HUACHO.— Parece de plata.

MUCHACHA.— Y nosotros que pasábamos mirando el cielo.

HUACHO.— Tan cerca que está.

MUCHACHA.— Y tan quieta. Como si estuviera esperando que alguien la tomara.

HUACHO.— ¡Voy a ir a buscar a los otros...!

MUCHACHA.— ¡No! No lo vayas a buscar... Todavía. Nosotros la vimos primero.

HUACHO.— Pero...

MUCHACHA.— Tómala tú antes. Nada más que para mí.

HUACHO.— ¡Angélica!

MUCHACHA.— ¡Sí! ¡Nada más que para mí!

(*Durante unos segundos los dos permanecen inmóviles mirándose. El Huacho obedece. Se arremanga e introduce el brazo en el agua del charco. Busca durante algunos segundos y es posible ver cómo su mano palpa el fondo arenoso.*)

HUACHO.— No la encuentro.

MUCHACHA.— A ver, déjame probar a mí.

(*Introduce su mano en el agua y busca. Ahora las dos manos parecen dos peces dentro del agua fría. Dos peces que nadan sin tocarse.*)

HUACHO.— ¡Qué fría está el agua!

MUCHACHA.— Y el fondo es tan suave...

HUACHO.— ¿La encuentras?

MUCHACHA.— No...

(*De pronto las dos manos se encuentran bajo el agua.*)

Los Dos.— ¡Aquí!

(Cada uno coge la mano del otro creyendo que es la estrella y la sacan del agua. Se miran durante un segundo, van a reír, pero luego se avergüenzan. Bajan la vista hacia el charco.)

HUACHO.— ¡Mira... ahí está...!

(Y los dos comprenden que la estrella no es sino un reflejo en el agua. Miran hacia el cielo y la descubren allá arriba.)

MUCHACHA.— Allá...

HUACHO.— Y ése no es sino el reflejo.

MUCHACHA.— ¿Por qué no miré antes hacia arriba?

(El cortejo pasa por atrás entre truenos y relámpagos.)

HUACHO.— *(Con aprehensión.)* ¡Angélica! Una nube la va a cubrir.

MUCHACHA.— Es una nube negra. Se parece... se parece... a ésos que me persiguieron. ¡No! No quiero que la cubra.

HUACHO.— Ya casi no se ve.

MUCHACHA.— Tengo miedo.

HUACHO.— Se nos perdió.

MUCHACHA.— Sí. ¡Se nos perdió!

(Pausa. Desaparece la estrella. Se escuchan los gritos de Juana. Entra.)

JUANA.— ¡Don Melitón! ¡Don Melitón! ¿Dónde está don Melitón?

MELITÓN.— *(Apareciendo.)* ¿Quién me llama?

JUANA.— ¿Vio? ¿Vieron lo que pasó?

BUANAVENTURA.— Una nube grandaza se le puso por delante.

HUACHO.— Y la escondió.

JUANA.— Dios mío... la escondió y ya no se ve.

HUACHO.— No, no se ve...

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer?

BUENAVENTURA.— La nube no quiere moverse. ¡Miren!

JUANA.— ¡Pero miren! Corren que corren las otras. Y ésa se queda.

HUACHO.— Se queda y la esconde.

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer?

TODOS.— ¿Qué vamos a hacer?

(Se apagan las luces y al volver a encenderse sólo se ve al ciego que aparece y canta.)

CIEGO.— *(Cantando.)* En la noche que era bella
Se han quedado confundidos
Sin saber por qué ha venido
El cortejo por la huella
A esconderles esa estrella
Más la historia aquí descansa
Y los versos se arremansan
Es un soplo pa' este ciego
Que les dice como un ruego
Vuelvan pronto y sin tardanza.

Telón lento

SEGUNDA PARTE

(Se ve atravesar a los personajes por el fondo. Van siempre caminando. Pero ahora la luz ha cambiado. Hay una sombra como la que se encuentra bajo los árboles en los bosques. La Abuela y Perico Burro aparecen. La Abuela trae una de esas casitas para recordar a los muertos, que se ven en los caminos con algunas velas encendidas y otras que encenderá mientras habla. La Abuela está en primer plano. Perico Burro lleva un bonete con orejas de burro.)

ABUELA.— Ya pues, Perico.

PERICO.— Me cansé.

ABUELA.— Ya nos queda poco.

PERICO.— Me cansé, le digo.

ABUELA.— Haz un esfuerzo.

PERICO.— Estoy cansado.

ABUELA.— ¡Buen dar con el chiquillo porfiado! Si a veces me dan ganas...

PERICO.— La señorita Fresia me dijo que no me sacara este gorro.

ABUELA.— Ése es el gorro de los flojos. De los tontos.

PERICO.— Usted será la tonta.

ABUELA.— Ven, Perico. Mira que luego va a hacerse más oscuro.

PERICO.— Y la señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre.

ABUELA.— Eso te lo dice siempre, porque eres más burro que tu propio padre que se llama Burro por apellido. Ya pues, Perico... Mira si no te levantas y vienes conmigo, capaz que el ánima te venga a penar esta noche.

PERICO.— Yo no creo en las ánimas.

ABUELA.— ¡Ave María Purísima! Qué chiquillo tan descreído. No hay nada más cierto que un ánima.

Y la casa de tu padre está llena, porque él tampoco cree y así las criaturas aprovechan para pasearse como ratones por el entretecho. Vas a ver... Si no te vienes conmigo a construir la animita ahí donde acriminaron al finado, esta misma noche vendrá a tironearte de los pies...

PERICO.— No creo en las ánimas.

ABUELA.— Tú no crees en nada, porque eres un ignorante.

PERICO.— Así es como me dice la señorita Fresia.

ABUELA.— Ni siquiera te has podido aprender la lección del ojo. Hasta yo que nunca he sabido leer, me aprendí el ojo.

PERICO.— (*La mira un instante y luego.*) ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¿Qué?

PERICO.— ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¡Cara de burro!

PERICO.— ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¡Cara de burro!

PERICO.— ¡Cara de mono! Siempre una vez antes que tú, cara de mono.

ABUELA.— (*Se da cuenta que ha sido derrotada. Permanece muda durante algunos segundos y luego enhebra sus frases.*) Me voy a llevarle la casa a la animita para que tenga donde reposar y no ande merodeando por los caminos y las casas de los cristianos... (*Perico permanece imperturbable.*) Por algo me dicen la albañila, porque me lo paso haciendo animitas en todas las partes donde se han acriminado los demás. (*Esta historia la va contando a Perico y al público.*) (*Rezo*):

Animita blanca

Animita del camino

Ampara a tus peregrinos

Ayúdalos en el camino. ¿No conocen estos cerros? En cada vuelta hay una casita con unas pocas flores y una vela que vengo a cambiar una vez a la semana. Cuando sé el nombre del finado, se lo hago escribir al Tuerto Ramón, que no cree en estas cosas; pero le gusta ganarse un par de pesos. Nos venimos los dos de mañanita cuando el sol puntea detrás de la loma. El Tuerto dice que es ése el mejor momento. Entonces saca un vidrio grueso. Lo pone así... y así... (*va haciendo gestos a medida que habla*) hasta que pesca el rayo de sol, y la madera se va quemando en letras. Yo a veces me siento en el suelo y le miro el ojo a través del vidrio grueso. Se le ve grandazo, como uno de pescado. Y se lo miro mucho rato, porque al Tuerto le gustan los trabajos bien hechos. A veces se demora una mañana entera, o dos, según como esté el sol; pero así el finado queda con nombre y los que pasan pueden rezarle en persona. Y mientras más uno les reza, más se quedan en esas casitas y no vienen a visitarla a una. Es la única manera de mantenerlas lejos, eso o un tambor...

PERICO.— (*Interrumpiéndola.*) Un tambor.

ABUELA.— Cállate, chiquillo moledera. Si no quieres escuchar esta historia date vuelta para el otro lado. (*Enhebra nuevamente su monólogo.*) Un tambor es lo mejor para espantar ánimas. Mira, por el camino, te contaré la historia del finado... (*Nuevamente enhebra su monólogo, mirando al público como si estuviera contando un cuento.*) Le decían el Tordo, por el color creo yo. Por lo negra que tenía el alma. Si le robaba hasta a los pobres... Fue salteador desde chico, desde que se arrancó de su casa. Hay gentes que nacen así, con el mal adentro.

PERICO.— ¿Qué hizo, abuela?

ABUELA.— Nada. Ese Tordo era malo, el más malo de todos. Pero una no está para juzgar estas cosas. Una está para consolar a los muertos y hacerles la vida más llevadera a los que no se han podido ir al cielo. Bueno... cuentan que anteayer en el Cerro Grande...

PERICO.— ¿Y cómo sabe que éste no se fue al cielo?

ABUELA.— Raro sería; pero no imposible. Dicen que para todos los arrepentidos están abiertas las puertas del cielo. Pero yo me pregunto si ha tenido tiempo de arrepentirse. Seis carabineros lo andaban buscando, persiguiendo por los cerros. Y un hombre que se arranca no tiene tiempo para pensar en otra cosa... Porque lo cierto es que cuentan, que estando allá en al Cerro Grande...

(*Pero interrumpe su relato al ver aparecer el cortejo fúnebre.*)

HOMBRE.— ¿Queda muy lejos el cementerio, señora?

ABUELA.— A la vuelta de la loma, no más.

HOMBRE.— ¿Y éste es el camino?

ABUELA.— No tiene más que seguir derecho. Llega al pueblo, lo atraviesa y a la salidita está el cementerio. No hay como perderse...

HOMBRE.— Gracias, señora. (*Se aprontan para salir pero la Abuela los interrumpe.*)

ABUELA.— Mire lo que son las cosas. Justamente yo iba a hacerle una animita allá donde cayó.

MUJER I.— Falta le va a hacer, porque éste que llevamos a enterrar es el mal mismo.

ABUELA.— Si quieren los acompaño para mostrarles el camino.

HOMBRE II.— Véngase con nosotros, señora.

ABUELA.— ¡Con lo que me gusta acompañar los muertos!

HOMBRE II.— Véngase con nosotros, señora. Él quería un funeral grande.

(*La abuela se vuelve a Perico.*)

ABUELA.— Vamos, Perico.

PERICO.— No.

ABUELA.— Vente, chiquillo.

PERICO.— No me gustan los muertos.

ABUELA.— No seas tonto. Es como ir al desfile.

PERICO.— No quiero.

ABUELA.— Ya se me taimó. Vente de una vez por todas, moledera.

PERICO.— No voy a ni una parte.

ABUELA.— Entonces, espérame aquí. Pero no te vayas a mover, porque tu madre no me perdonaría... (*A los del cortejo*): Espérenme que ya voy... (*A Perico*): Espérame aquí mismo... (*Y sale corriendo tras el cortejo.*) Con lo que me gusta acompañar a los muertos...

(*Casi al instante aparece el ciego, quien conversa con Perico.*)

PERICO.— ¡Hola!

CIEGO.— ¡Hola, Perico!

PERICO.— ¿No vas a cantar ahora?

CIEGO.— No. Vine a conversar contigo.

PERICO.— La señorita Fresia de nuevo me puso un dos en lectura.

CIEGO.— Sí. Lo sé.

PERICO.— ¡Ah, de veras que lo vi mirando por la ventana! ¿Por qué nunca se viene a sentar con nosotros?

CIEGO.— A veces entro, pero no me gusta el ruido de la tiza.

PERICO.— ¿Cuándo chirría en el pizarrón?

CIEGO.— Sí.

PERICO.— Lo hacemos de adrede. (*Corre hacia el ciego*): Para molestar a la señorita Fresia.

CIEGO.— Es lo que me parecía.

PERICO.— A mí no me importa.

CIEGO.— ¿Qué cosa?

PERICO.— Ni el ruido de la tiza ni que la molesten. (*Pausa*): ¿Y para qué trajo la vigüela si no va a cantar?

CIEGO.— Siempre ando con ella.

PERICO.— ¿Me la presta?

CIEGO.— Tómala tú mismo... (*El niño la recibe y toca una o dos notas*): ¿Por qué no te fuiste con tu abuela y los otros?

PERICO.— No me gustan los muertos.

CIEGO.— ¿Por qué?

PERICO.— Es lo único que no me gusta... (*Toca otra nota*): ¿Se acuerda de ese chincol que tenía?

CIEGO.— Sí.

PERICO.— Lo ponía en la ventana y se entraba a la pieza. Lo ponía en la pieza y se salía a la ventana. Andaba para uno y otro lado, nunca para el que yo quería. Así era como me gustaba. (*Toca una nota.*) Después, cuando se murió, lo dejaba en la ventana y ahí se quedaba. O en la pieza y no se movía. (*Pausa.*) Lo enterré. (*Toca una última nota y le devuelve la guitarra.*) Tome. ¿Por qué no me canta algo?

CIEGO.— Porque estamos esperando a otros que van a llegar. Mira... creo que ya se acercan. ¿Los ves?

PERICO.— ¿Dónde?

CIEGO.— Allá en la vuelta. Van a ser amigos tuyos.

PERICO.— Yo no tengo amigos. La señorita Fresia dice que soy demasiado burro para tener amigos.

CIEGO.— Éstos van a ser amigos tuyos. Son como el chincol que tenías. No se quedan quietos en ninguna parte.

PERICO.— ¿Y qué andan haciendo por el camino?

CIEGO.— Buscando.

PERICO.— ¡Ah!

CIEGO.— ¿Los ves ahora?

PERICO.— Muy cansados parece que vinieran.

CIEGO.— Hace días que andan perdidos. Tres veces han pasado por este mismo cruce y no se ha dado cuenta.

PERICO.— También parece que trajeran hambre.

CIEGO.— Hambre y frío. ¡Estas últimas noches se han entumido, los pobres!

PERICO.— ¿Y ésa de blanco? Casi parece que se fuera a caer.

CIEGO.— Es la que está más enferma. ¡Pero, cuidado! Ya se acercan... Espéralos aquí.

(*El Ciego sale. Perico permanece en un rincón y los que llegan no lo ven en un principio. Los cinco personajes avanzan con cansancio, mirando de pronto hacia el cielo, gesticulando. Angélica parece muy cansada. El Huacho la sostiene. La ayuda a caminar.*)

HUACHO.— ¡Don Melitón!

MELITÓN.— ¿Qué hay?

HUACHO.— Angélica no está nada de bien.

JUANA.— ¿Qué es lo que le pasa?

BUENAVENTURA.— Hambre debe ser la que tiene.

JUANA.— (*Se acerca a ella.*) ¡Pobrecita...!

MELITÓN.— Tenemos que seguir.

HUACHO.— Pero si ya casi no puede avanzar. Descansemos un poco.

MELITÓN.— No hay tiempo.

BUENAVENTURA.— No ves, chiquillo. ¿No te lo decía? Ahora andamos peor que antes. A manotones con un cielo nublado.

JUANA.— (*Levantando la mirada hacia el cielo.*) ¿Cuándo irá a aparecer, Dios mío?

BUENAVENTURA.— Siguiendo algo que ni sabemos donde está...

JUANA.— (*Indicando hacia arriba.*) Allá está...

BUENAVENTURA.— ¿Y cómo lo sabes?

JUANA.— Don Melitón me lo dijo.

BUENAVENTURA.— Mírenla... Antes era la patrona y ahora es don Melitón. Escúcheme a mí de cuando en vez, pues.

(*Angélica tiene un desfallecimiento. Está a punto de caer.*)

HUACHO.— ¡Don Melitón!

(*Todos se juntan alrededor de Angélica.*)

MELITÓN.— Descansemos un rato. Veamos si se encuentra algo de comer en los alrededores.

BUENAVENTURA.— Usted cree que los árboles de acá son como los del Norte. De los que se estira la mano y...

JUANA.— Callado, que no ve que la niña no está bien.

BUENAVENTURA.— Las fuerzas se van acabando, pues. Y cuando las fuerzas...

(*Sigue murmurando entre dientes mientras descargan lo poco que les queda.*)

HUACHO.— (*A Buenaventura.*) Ya no se me ocurre qué vender. Pero algo tenemos que cambiar por comida.

BUENAVENTURA.— (*Señalando a Melitón.*) Debiera vender el tambor. Fanor dijo que le daría un buen precio...

HUACHO.— No quiere. El otro día conversé con él. Pero dice que lo está guardando para algo más importante.

BUENAVENTURA.— Más importante... ¡Cómo si morir de hambre fuera poco! Todos hemos vendido hasta las tiras que teníamos y él...

JUANA.— No hable así, oiga.

BUENAVENTURA.— Usted se calla, señora.

JUANA.— ¿Por qué, pues, si la boca es mía?

BUENAVENTURA.— (*Amenazándola con un gesto.*) ¡Callada que si no...!

JUANA.— Esto sí que está bueno... (*Juana esquiva el golpe, llora, en eso descubre a Perico Burro y lanza un grito.*)

PERICO.— (*Avanzando.*) No se asuste, señorita. Soy Perico Burro.

JUANA.— ¿Burro?

PERICO.— Claro, como los porotos.

BUENAVENTURA.— ¿Y qué andas haciendo por estos lados?

PERICO.— Vengo del colegio. La señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre, me puso este gorro y me mandó a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA.— ¿Y tú?

PERICO.— Voy a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA.— ¿Con bonete?

PERICO.— Claro. La señorita Fresia me recomendó mucho que no me lo sacara. (*Pasándole a Juana un pirulín que ha sacado del bolsillo*): Tome.

JUANA.— ¿Qué es?

PERICO.— Un pirulín. Para que se lo des a ella. (*Indica a Angélica*): Está un poco sucio, porque lo tenía en el bolsillo, pero chupándolo se limpia. (*Introduce la mano en su bolsillo y va sacando objetos que luego destruye.*) Pan... una manzana... éste es cordel, no más, la honda... Éste es pan también. Es más viejo, pero está bueno todavía... Una galleta... No, éste no, es una cuestión para cazar chincoles, no se come. Más pan...

BUENAVENTURA.— Oye, ¿y no tendrías un litrito de vino en ese bolsillo mágico?

JUANA.— Déjalo... Las gracias hay que darle... (*Extiende su mano.*) Yo soy la Juana Buey. (*En el momento de ir a estrechársela se detiene como hipnotizada.*) ¡Don Melitón! ¡Don Melitón! ¡Mire lo que tiene esta criatura en los ojos!... (*Perico los cierra.*) ¡No, no los cierres! ¡Vengan a ver!

MELITÓN.— ¿Qué cosa?

JUANA.— Dos luceros tan grandes como un puño, igualito al que andamos siguiendo.

(*Todos, excepto Angélica, lo rodean. Hablan a un tiempo.*)

BUENAVENTURA.— ¡De veras!

HUACHO.— Le llenan los ojos.

JUANA.— Si parece que brillaran como en el cielo.

PERICO.— (*Se desprende de los que lo rodean.*) No tengo nada en los ojos. Déjenme tranquilo.

JUANA.— No seas malcriado. ¿Qué no vez que te estamos mirando los ojos? ¿Para qué los cierras?

A ver, mi hijito, déjeme mirárselos...

HUACHO.— ¿Y no será la que nosotros veíamos allá arriba?

JUANA.— La misma que se habrá caído... y que este niño recibió en los ojos... ¿Qué dice usted don Melitón?

MELITÓN.— Perico, ¿no has visto allá arriba una estrella grandaza?

PERICO.— ¿Dónde?

MELITÓN.— Allá arriba, en el cielo.

PERICO.— Está lleno de nubes.

MELITÓN.— Ahora sí, pero antes ¿no la viste?

JUANA.— Ésa es la que nosotros estamos buscando.

PERICO.— ¡Ah!

JUANA.— ¿La vio, mi hijito? Contésteme. ¿No la vio brillando allá arriba? (*Perico se encoge de hombros*): En todo caso tras ella vamos.

PERICO.— ¡Ah!

JUANA.— ¿Y no te gustaría venir con nosotros?

PERICO.— (*Volviendo a encogerse de hombros.*) No sé...

JUANA.— Te va a gustar el paseo. Nos vamos por un camino y luego por otro. Se van viendo cosas, conociendo gente...

MELITÓN.— ¿No te quieres venir con nosotros, Perico?

JUANA.— Claro que quieres, ¿no es cierto?

MELITÓN.— ¿Quieres?

BUENAVENTURA.— ¡Vente!

PERICO.— No puedo moverme de aquí.

JUANA.— (*Un poco impaciente.*) ¿Estás pegado?

PERICO.— Estoy esperando a mi abuelita que se fue con unos al cementerio.

JUANA.— ¿Quién se le murió?

PERICO.— Los va acompañando nomás.

JUANA.— Entonces tiene que volver, pues. Y apenas vuelva le pedimos permiso para llevarte. ¿No le parece don Melitón? Tienes que seguir con nosotros y vas a ver lo bien que lo vas a pasar. Todos seremos amigos tuyos y te vamos a enseñar una canción.

PERICO.— Ah, no. Si hay que aprender algo, no.

MELITÓN.— ¿Cómo?

PERICO.— Prefiero quedarme. Además, mi abuelita no me daría permiso.

MELITÓN.— Yo se lo pediré.

PERICO.— No se lo va a dar tampoco.

MELITÓN.— Tienes que venirte con nosotros.

HUACHO.— ¡Vente con nosotros!

TODOS.— (*Rodeándolo.*) Sí, vente... vente... (*Se produce de pronto un silencio.*)

MUCHACHA.— (*Llamándolo con voz débil.*) ¡Perico...!

(*El niño se aleja del grupo y se acerca a la Muchacha con cierta curiosidad.*)

PERICO.— ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

MUCHACHA.— Angélica.

PERICO.— Pareces un ángel, pero roto.

MUCHACHA.— Perico vente... vente con nosotros...

VOZ DE ABUELA.— ¡Perico! ¡Perico...!

BUENAVENTURA.— Por allá, por el camino se divisa alguien.

MELITÓN.— ¿Será tu abuela?

VOZ DE ABUELA.— ¡Perico! ¡Perico...!

PERICO.— Es ella. (A Melitón): Háblele usted.

ABUELA.— (*Entrando.*) ¡Perico...! ¡Perico...! ¿Dónde te has metido? Ven para que te cuente todo lo que esa señora... (*Viendo a los demás.*) ¿Y quiénes son éstos?

MELITÓN.— (*Adelantándose.*) Buenas tardes, señora.

JUANA.— Buenas tardes. (*Su mirada se clava en el tambor.*)

MELITÓN.— Somos un grupo de artistas que andamos...

ABUELA.— (*Interrumpiendo.*) ¿Ese tambor es suyo?

MELITÓN.— Mío.

ABUELA.— ¿Y no lo vende?

MELITÓN.— ¿Por qué?

ABUELA.— Porque yo se lo compraría.

JUANA.— Don Melitón no vende su tambor.

MELITÓN.— ¿Cuánto me ofrece?

JUANA.— ¡Pero, don Melitón...!

MELITÓN.— Yo sé lo que hago, Juana. (A la Abuela:) ¿Cuánto me ofrece?

MUCHACHA.— ¡Don Melitón...!

BUANAVENTURA.— ¡Déjalo!

ABUELA.— ¿Pero para qué tanta historia? Yo lo único que le ofrecí fue comprarle el tambor.

MELITÓN.— ¿Y qué estaría dispuesta a dar por él?

(*Fanor aparece en ese momento, casi como si hubiera brotado de la tierra. Lo acompaña Ana que viene cargada con todo lo que Fanor ha ido comprando a través del viaje. Siempre lleva los ojos cubiertos y murmura entre dientes.*)

FANOR.— Ochenta pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— ¿Cómo dice?

ABUELA.— Que yo doy ochenta y cinco.

FANOR.— Cien pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Doscientos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Quinientos pesos y negocio terminado.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Mil.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— No sea empecinada, señora. Yo hace tiempo que ando comprándoles a estos caballeros.

Estoy seguro que me van a dar la preferencia. (A Melitón.) Tres mil pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Diez mil pesos. (*Asombro general.*)

ABUELA.— Y cinco. (*Alegría general.*)

PERICO.— (*Por lo bajo a la abuela.*) Dile cara de cuervo.

ABUELA.— (A Fanor.) Cara de cuervo.

FANOR.— Usted tendrá cara de cuervo, vieja hollejo.

ABUELA.— (*Imperturbable.*) Cara de cuervo. Siempre una vez antes que tú, cara de cuervo.

FANOR.— ¿De dónde salió esta vieja loca? ¿Y usted no dice nada, don Melitón? ¿A quién le va a vender su tambor?

MELITÓN.— A usted, no.

FANOR.— Pero si hace tiempo que ando interesado en él.

MELITÓN.— ¡Por eso mismo!

FANOR.— Yo he sido quien les ha ayudado. Volví a ver si necesitaban algo.

HUACHO.— Volvió a comprarme el triángulo por un par de pesos.

BUANAVENTURA.— Y a mí las pocas pilchas que me quedaban.

JUANA.— Y a mí las tiras con que me amarraba los chapes.

MELITÓN.— A usted no se lo vendería ni por cien mil pesos.

FANOR.— No tiene para qué hablarme en ese tono.

MELITÓN.— Yo hablo como se me antoja.

FANOR.— Le va a pesar.

MELITÓN.— Váyase de una vez... mejor...

FANOR.— ¡Desgraciado! Si no hubiera sido por mí se habrían muerto de hambre.

MELITÓN.— Tal vez habríamos encontrado alguien honrado que nos ayudara, en vez de venderle a usted los monos por un pedazo de pan duro.

FANOR.— Vámonos, Ana... Ya volverán estos muertos de hambre a pedirnos ayuda. Ya nos volveremos a encontrar...

JUANA.— Claro; cuando esté escondido detrás de las rocas para sacarnos la ropa del cuerpo...

PERICO.— ¡Cara de cuervo! ¡Cara de cuervo! *(Ya han desaparecido Fanor y Ana. Los demás siguen gritando.)*

MELITÓN.— Y ahora, señora, el tambor es suyo.

ABUELA.— ¿Pero cuánto me va a cobrar? Lo cierto es que a mí no me quedan más que cinco pesos.

MELITÓN.— No quiero ni un solo peso, señora. Se lo doy a cambio de un permiso.

ABUELA.— ¿Un permiso? ¿Qué permiso?

MELITÓN.— Que le de permiso a Perico para que venga con nosotros a la siga de una estrella que andamos buscando.

ABUELA.— Ándate con ellos entonces. Pero me lo traen de vuelta, ¿eh? Se los presto para que les ayude a buscar lo que andan buscando; pero usted me promete traérmelo de vuelta.

MELITÓN.— Le doy mi palabra, señora.

JUANA.— Como que me llamo Juana Buey.

MELITÓN.— Aquí tiene el tambor. *(Se lo entrega.)* ¿Le importaría si me quedo con los platillos?

ABUELA.— El tambor es lo que me interesa.

JUANA.— Entonces guárdese el tambor y véngase con nosotros, señora.

ABUELA.— Yo tengo que cuidar mis animitas. Por aquí los voy a estar esperando y cuando hayan descubierto la cuestión ésa, me vienen a contar.

MELITÓN.— Ya que estamos de acuerdo en todo, vamos andando. ¿Cómo te sientes, Angélica?

HUACHO.— Más alentada parece que estuviera.

MELITÓN.— ¿Te sientes con fuerzas para seguir?

MUCHACHA.— Sí.

MELITÓN.— Sigamos entonces... Tú, Perico, ponte a la cabeza y dinos hacia dónde caminamos.

PERICO.— En la escuela, la señorita Fresia siempre me pone al final de la cola.

JUANA.— Ya ves, con nosotros sales ganando.

PERICO.— Para allá, entonces.

ABUELA.— Para allá queda el pueblo.

MELITÓN.— Por el camino nos las iremos ingeniando. Lo importante es irse ahora. No perder tiempo.

TODOS.— Vamos... vamos...

(Todos se aprontan para partir. Recogen lo que les queda y van saliendo.)

ABUELA.— Perico... Perico... ¿no te vas a despedir de tu abuela?

PERICO.— Pero si voy a volver luego.

ABUELA.— Despídete de todas maneras.

PERICO.— Chao...

ABUELA.— Chao.

(Van saliendo cantando. La Abuela queda sola. Coge el tambor entre sus brazos y mira por última vez en dirección por donde los demás han salido.)

ABUELA.— Chao... chao... cara de burro. Siempre una vez antes que tú: cara de burro.

(Luego se escuchan los golpes que da sobre el tambor y sale. Entran María Chica y Laura Candela por la parte alta, arriba atrás.)

MARIA CHICA.— No sé por qué te hice caso, Laurita. No sé por qué siempre te hago caso. Allá en la feria, deberíamos habernos leído la suerte con la adivina de don Fanor.

LAURA.— ¿Y para qué?

MARÍA.— A lo mejor nos habría adelantado cómo iba a ser esto.

LAURA.— ¿Qué ya se te acabó el entusiasmo del viaje? ¿Qué le hallas a esto?

MARÍA.— No sé... lo imaginaba distinto. Con menos lluvias. Que sería más... bonito.

LAURA.— Es que tú te lo pasas creyendo que las cosas van a ser más bonitas. Son siempre iguales.

MARÍA, siempre... ¡Ya está! Lo único que faltaba. ¡Se me salió un taco!

MARÍA.— Trata de enderezar el clavo. A veces se arreglan.

LAURA.— ¡Qué se va a arreglar! Y no tengo más zapatos que éstos para cuando lleguemos a la casa.

MARÍA.— Mañana te compras.

LAURA.— Pero esta noche ya habrá fiesta. Le escribí a las chiquillas que tuvieran todo listo. Hay que empezar a hacer negocios desde hoy mismo.

(Pausa.)

MARÍA.— ¿Tú crees que la casa será...

LAURA.— ¿Bonita? Un barracón, pues, como todas. Con hartos gritos, con hartos tragos y el diablo sentado en cada pieza.

MARÍA.— ¡El diablo...!

LAURA.— El único que anda siempre entre nosotros. Un diablo de ojos abiertos y manos rápidas.

A veces me dan ganas de tenerlo frente a mí, para...

MARÍA.— No digas eso, Laurita. (Sube.) No sea cosa que se nos aparezca.

LAURA.— ¡Ojalá, hija! Así por lo menos podría pedirle algo a cambio del alma. Tú... ¿qué le pedirías?

MARÍA.— ¿Al diablo?

LAURA.— Claro. También es hombre y se le puede pedir.

MARÍA.— Bueno... si en verdad fuera un hombre, un caballero quiero decir, le pediría... que me contara algo, ¿comprendes? Que me hablara de algo que yo no conociera. Me gusta que me hablen de cosas en las que una puede creer...

LAURA.— ¡Claro! Para que te metan el dedo en la boca como lo hacen todos. Te das cuenta que de repente van a llegar los días malos y no vas a poder volverte para atrás? No seas tonta, no escuches tantos cuentos, trabaja y ahorra... ¡Ya está! Parece que así estuviera más o menos. (Vuelve a ponerse el zapato.) ¿Sabes lo que yo le pediría al diablo? (Riendo.) ¡Un par de zapatos a cambio del alma! Y vamos caminando que de no, no llegaremos nunca. ¡Esta María Chica! ¡Qué sería de ti, si no existiera la Laura Candela! (Ha iniciado el mutis.)

MARÍA.— (Permanece sola, piensa en voz alta.) Sí... ¿qué sería de mí...?

VOZ DE LAURA.— ¡Vamos!

MARÍA.— (La sigue.) Voy...

(Han salido y entra el Ciego y canta.)

CIEGO.— (Cantando.) El camino aquí se dobla
Y en su codo se ha plantado
Aquél árbol del pecado
Donde el vicio, precio cobra
Y el dolor come las sobras.
Casa es sin esperanza
Sin ventanas ni salidas
Y se cruza en toda vida
Sólo aquellos con templanza
Logran ir con los que avanzan.

(Apenas el Ciego ha terminado de cantar, hay un momento de silencio y luego el escenario se llena de luces cambiantes y estalla en su centro mismo una fiesta. Es un golpe brusco, casi como la iluminación que produce un rayo y nos encontramos en un lugar distinto. Se escuchan risas, gritos, música y vemos a cuatro mujeres: María Chica, Laura Candela, Rosalía y Cora, perseguidas por un hombre (Fanor) que lleva una máscara de diablo pintarrajeada. Otras parejas bailan o se abrazan por los rincones.)

MARÍA CHICA.— *(Perseguida por el hombre con máscara.)* ¡El diablo! ¡El diablo! *(Las otras prostitutas corren a refugiarse.)*

LAURA CANDELA.— ¡No se asusten! ¡Si no es más que el diablo...!

HOMBRE I.— Eso es... Cánsalas no más... Que después entremos a tallar nosotros...

HOMBRE II.— ¡Claro! Si ahora tenemos al mismo diablo para que nos haga el trabajito fino...! *(Grandes risotadas.)*

ROSALÍA.— ¡Ay, me va a tocar!

CORA.— ¡Ay, si parece que tuviera electricidad...!

(De pronto en su carrera el hombre de la máscara queda frente a Laura Candela. Ella lo enfrenta.)

LAURA.— ¡Épale! Que aquí estoy yo... *(El hombre se detiene y los demás se separan. Igual que lo hacen los espectadores en torno a dos personas que van a luchar.)* ¡Atrévete conmigo! Por algo me llaman la Laura Candela. Porque soy capaz de encender los bosques rociados... A ver... a ver... ¡Atrévete conmigo...!

HOMBRE I.— ¡Miren la Laurita!

HOMBRE II.— ¡Esta sí que salió con agallas...!

MARÍA CHICA.— Cuidado Laura, que a lo mejor es peligroso...

(Están como dos luchadores en el centro de una pista. El hombre da un paso, extiende la mano como para agarrarla.)

LAURA CANDELA.— ¡Pásame esa mano! *(Se la agarra.)* ¡Miren las manos del diablo! Ni pezuñas tiene... *(Risas. El hombre retira la mano.)* ¡Pero olor a azufre sí que deja... *(Se huele la propia mano.)* ¡Ese olor que marea más que no sé qué...!

MARÍA CHICA.— ¡Cuidado, Laura!

ROSALÍA.— ¡No sabemos ni quién es!

HOMBRE I.— ¡Voy por la Laurita!

HOMBRE II.— ¡Vamos, Laurita!

(Vuelven a enfrentarse los contendores. Avanzan y retroceden igual que si estuvieran presos en los movimientos de algún ritual.)

LAURA.— Ven, diablo, ven para que te saque esa cara y ver la que tienes de verdad.

HOMBRE I.— ¡Así me gusta, Laurita! ¡Búscale camorra!

ROSALÍA.— ¡No vaya a ser cosa que no tenga cara...!

LAURA.— ¡Ven...! Hasta ahora siempre te he visto de noche y tan requete cerca que ni sé cómo eres.

HOMBRE II.— ¡Sácale la cara... sácasela!

(Con un movimiento brusco Laura Candela le arranca la máscara. Aparece Fanor.)

MARÍA CHICA.— ¡Don Fanor!

HOMBRE I.— ¿Qué ya se conocían?

HOMBRE II.— ¡No vale así!

LAURA.— ¡Mírenlo, si es don Fanor en persona...! ¿Y de dónde viene?

FANOR.— ¡De la fiesta de la Diablada!

LAURA.— ¡Pásenle un trago de ponche! ¡Y la ponchera también...! para que le eche malicia que falta le hace.

CORA.— Es re viejo... no me gusta.

LAURA.— Pasemos para la otra pieza, don Fanor. Allá está el ponche como lo piden.

(Salen hacia la derecha arrastrando a Fanor. Oliverio permanece en el lugar. Mirando siempre y escondida entre las sombras, Ana. Al ir a desaparecer con los demás, María Chica se da vuelta. Se escucha música en el interior.)

MARÍA CHICA.— *(A Oliverio.)* No se quede ahí con esa cara, mire que nos agua la fiesta.

OLIVERIO.— Estoy mirando, pues.

MARÍA CHICA.— ¿Y por qué no viene a probar el ponche?

OLIVERIO.— Luego voy a tener que irme.

MARÍA CHICA.— ¿Adónde se va a ir a esta hora? Aquí nadie viaja de noche. Los bosques son demasiado oscuros.

OLIVERIO.— Justamente. A esa hora es cuando aparece.

MARÍA CHICA.— ¿Qué cosa?

OLIVERIO.— Una mariposa que ando persiguiendo.

MARÍA CHICA.— ¿Una mariposa?

OLIVERIO.— Una que se da en esta zona. A lo mejor usted la ha visto. Tiene las alas blancas y una estrella pintada en cada una.

MARÍA CHICA.— ¿Una estrella? Ésa que está allá (*señala a Ana*) se lo pasa hablando de una estrella.

OLIVERIO.— Pero ésa será del cielo.

MARÍA CHICA.— Del cielo digo yo, aunque ésas hace días que no las vemos. Ha estado todo cubierto y sin un soplo de viento para correr las nubes. Llueve, eso sí. Todo el tiempo. (*Bruscamente cambia de tono.*) ¿Es bonita?

OLIVERIO.— ¿No quiere ir a buscarla conmigo?

MARÍA CHICA.— No puedo. A esa hora trabajo.

OLIVERIO.— No trabaje por hoy.

MARÍA CHICA.— Es que a lo mejor pierdo de ganar.

OLIVERIO.— Pero gana viendo la mariposa. Como dicen, algo tiene que perder uno...

MARÍA CHICA.— ¿Para ganar algo?

OLIVERIO.— Eso es.

MARÍA CHICA.— (*Tras algunos titubeos.*) No, mejor que no. Tengo que ahorrar para los días malos. La Laurita me lo pasa diciendo: "Economiza para cuando vengan los días malos...". ¿Y sabe una cosa? Aquí en medio del frío y de la lluvia, me he dado cuenta que puede haber días malos...

(*Aparecen Rosalía, Laura y Fanor.*)

FANOR.— ¡Don Oliverio! ¡Usted por estos lados...!

OLIVERIO.— Así es don Fanor.

FANOR.— No ve pues. ¿No le dijo la Ana que iba a viajar?

OLIVERIO.— Así no más fue.

FANOR.— (*Acercándose y guiñándole.*) ¡Haber sabido antes que le gustaba la remolienda! Allá lo habría llevado a un lugar que conozco...

OLIVERIO.— Cuestión que me invitara, don Fanor. Siempre digo que sí cuando me invitan.

FANOR.— ¿Siempre? No vaya a ser cosa que caiga en un traspíe de repente.

OLIVERIO.— Caigo y me levanto, pues...

FANOR.— (*Riendo.*) ¡Se levanta...! ¡Este don Oliverio! ¡Si hasta su chiste tiene!

ROSALÍA.— (*A Oliverio.*) Por ahora venga a bailar con nosotros. Venga un rato, qué más da... Un cuarto de hora... Vamos María Chica.

(*Salen Oliverio, Rosalía y María Chica.*)

LAURA CANDELA.— ¡Mire, parece que vinieran otros clientes! ¡Rosalía, trae un vaso para alegrar a los recién llegados!

FANOR.— (*Los mira.*) Mejor que la encuentren sola. No vaya a ser cosa que yo los corra.

(*Sale.*)

LAURA.— (*Fanor ha desaparecido. Ella se da vuelta hacia los recién llegados que son Buenaventura y El Huacho.*) Pasen... pasen... ¡Pero qué cara traen! Si parecen aparecidos... (*Llaman-do.*) ¡Rosalía!

BUENAVENTURA.— Andamos buscando un lugar donde pasar la noche.

LAURA.— Éste es el que les conviene, entonces. Aquí se pasa la noche hasta la mañana misma...

HUACHO.— (*A Buenaventura.*) Vámonos mejor.

LAURA.— ¿Qué tiene miedo? (*Entra Rosalía con los dos vasos de ponche*): ¡Aquí están los refuerzos! Un trago de éstos y se vuelan todos los miedos.

BUENAVENTURA.— La verdad es que mal no nos vendría.

LAURA.— Entonces, ¿qué espera?

BUENAVENTURA.— ¡Salud, pues!

HUACHO.— Vamos, Buenaventura. ¡Vamos a buscar a los otros que se quedaron allá!

LAURA.— Mire que ha salido terco su compañero.

BUENAVENTURA.— Es que es huaina. ¡Va a tener que avisármelo!

LAURA.— Déjemelo a mí. ¡Y usted descanse y entreténgase que para eso es esta casa! (*Llama*):
¡Cora! ¡Lucy! ¿Dónde se han metido todos? ¡Vengan a recibir a los recién llegados! (*Aparecen todos y cantan estribillo de la cueca.*)

CANTORA.— Se pide Saber que siempre,
Nadita se consigue
Mi vida Si no se pierde.
Si no se pierde ¡Ay sí!
Mi vida Lo que se tiene,
Y se espera hasta el fin
Se espera Lo que se quiere.
¡Ay sí! Que lindo juese
Si juese lo que juera.
Para subir al cielo.
Al cielo Se necesita
Saber poner los pieses
Mi vida De subidita.
De subidita ¡Ay sí!
Mi vida Y sin temores,
Caminar hasta el fin
Mi vida Por donde toque.
Dale pues caminando
Ay sí, ay Y no te importe.

LAURA.— ¡Vamos! ¡Hay que animar la fiesta...! ¡Un poco de música! ¡Y échenle más fruta al ponche, más vino y más malicia! A ver si encendemos la casa como un faro en medio de esta lluvia que no para...! ¡Eso es! ¿Que no ven que después de acá se acaba la tierra y comienzan las nieves? ¡Aquí por lo menos hay ruido! ¡Que se oiga! (*Se incorpora a la fiesta y cantan y bailan.*)

(*Fanor aparece en ese instante. Nuevamente se ha puesto la máscara.*)

ROSALÍA.— (*Chillando en broma.*) ¡El diablo! ¡El diablo!

(*La mujeres gritan perseguidas por Fanor. Ríen ahora y van desapareciendo. El escenario queda vacío durante algunos segundos mientras se apagan los ruidos de la fiesta. Aparecen arriba:* Melitón, Juana, Angélica y Perico Burro.)

MELITÓN.— ¿Estás segura que cortaron hacia este lado?

JUANA.— Perico los vio. Y a él lo andamos siguiendo.

MUCHACHA.— Tengo miedo...

JUANA.— Quédese tranquila, mi hijita. Deben andar buscando un lugar donde pasar la noche.

MELITÓN.— ¡Y esta lluvia que no para! Gánese para acá que está más protegido.

JUANA.— Ven, Perico, no te vayas a constipar.

PERICO.— No me enfermo nunca. Es en lo único que tengo buena nota: en asistencia.

JUANA.— De todas maneras... Mira que yo me hice responsable con tu abuelita.

MELITÓN.— No los diviso por estos lados.

PERICO.— Le podemos preguntar al ciego si los ha visto.

JUANA.— ¿A cuál ciego?

PERICO.— A ese que está allá.

JUANA.— ¿Dónde? Que no lo veo con esta lluvia.

MUCHACHA.— Allá parece que hubiera alguien.

JUANA.— ¿Dónde, mi hijita?

MUCHACHA.— Allá...

MELITÓN.— ¡Cuidado...! Alguien viene...

(*Aparecen María Chica y Oliverio.*)

MARÍA.— ¿Es verdad que tiene que irse?

OLIVERIO.— Se me está haciendo tarde.

MARÍA.— Me gustaría tanto ir a ver la mariposa.

OLIVERIO.— ¿Y por qué no me acompaña entonces?

MARÍA.— No puedo...

OLIVERIO.— Hay que hacer lo que uno tiene ganas...

MARÍA CHICA.— No siempre se puede. Acá estoy... no sé... acostumbrada. Es mi trabajo, ¿comprende? Me da miedo buscar otra cosa.

OLIVERIO.— No se le dé nada. Yo volveré a mostrársela.

LAURA.— (*Desde adentro.*) ¡María, María!

MARÍA.— ¿De veras?

LAURA.— ¿Dónde te has metido?

MARÍA.— Tengo que irme ahora. (*Antes de salir se detiene*): Ojalá vuelva, ¿ah?... Ojalá... (*Desaparece.*)
(*Oliverio permanece un segundo mirándola y luego se decide a partir. Desde lo alto hablan los que están mirando.*)

JUANA.— ¿No ves que no era el ciego?

PERICO.— El ciego es otro. Allá anda.

JUANA.— ¿Dónde que no lo veo?

PERICO.— Anda con nosotros todo el tiempo.

(*Durante este diálogo Oliverio se ha aprontado para partir. Angélica baja corriendo hacia él.*)
(*Aparecen abajo Laura Candela y Buenaventura y luego todos lo que están en la fiesta. Entre risas y gritos. Fanor con la máscara. Melitón, Juana y Perico contemplan de lo alto. Angélica ha quedado mezclada entre los de la fiesta.*)

JUANA.— (*Ahogando un grito.*) ¡Don Melitón!

MELITÓN.— ¿Qué pasa?

JUANA.— ¡Miren quién está ahí...! ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA.— (*Deteniéndose un instante.*) Parece que alguien me llamó.

LAURA.— Ideas... Entre para adentro y tómeselo otro traguito y me cuenta de eso que andan buscando.

JUANA.— ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA.— (*El hombre se da vuelta y ve a Juana.*) ¡Juanita!

(*Hay un momento de silencio. Juana baja hacia Buenaventura.*)

LAURA.— ¿Y de dónde salió esta huasa?

JUANA.— Usted mejor que se quede callada.

LAURA.— Mírenla... con chapes y dando órdenes. ¡Huasa deslavada!

JUANA.— (*Reteniéndose.*) Mejor que no me haga hablar...

LAURA.— Quédate callada, ¡china mugrienta!

JUANA.— ¡Deslenguada!

LAURA.— ¡Huasa tonta!

JUANA.— ¡Sinvergüenza!

LAURA.— ¡Huasa bruta!

PERICO.— ¡Dile, cara de mono pintado!

JUANA.— ¡Cara de mono pintado!

LAURA.— Tú tendrás...

JUANA.— (*Gritando.*) ¡Cara de mono pintado! ¡Cara de mono pintado...!

(*Laura Candela se lanza sobre ella y las dos mujeres se traban en combate. Los demás tratan de separarlas. Hay gritos, algunos de estímulo. Otros para tranquilizar. Y en ese instante pasa el cortejo fúnebre. En medio del silencio se escucha el grito de Angélica que corre a refugiarse en los brazos del Huacho.*)

MUCHACHA.— ¡Ésos son...!

HUACHO.— ¿Quiénes?

MUCHACHA.— Los que me andan persiguiendo.

HUACHO.— Quédate tranquila, ahora. Estás conmigo. No debíamos habernos separado nunca.

(*El cortejo se detiene. Uno de los hombres del cortejo se adelanta y dice.*)

HOMBRE.— Nos habían dicho que para llegar al cementerio había que atravesar el pueblo.

HOMBRE I.— Un poco más allá compadre. Aquí todavía estamos vivos.

MARÍA CHICA.— ¡No sea irrespetuoso! Que no ve que llevan un muerto.

HOMBRE CORTEJO.— ¿Falta mucho?

MARÍA.— No, ya están por llegar.

LAURA.— (*Arreglándose el peinado.*) ¿No quieren pasar a refrescarse? Traen cara de cansados.

HOMBRE CORTEJO.— Queremos llegar antes que nos cierren las puertas del cementerio.

LAURA.— Ésas no las cierran nunca. Pasen a servirse un trago, más que sea.

HOMBRE CORTEJO.— ¿Están de fiesta?

ROSALÍA.— Aquí se está de fiesta todos los días.

HOMBRE CORTEJO.— Nosotros andamos de duelo.

LAURA.— Paremos la zandunga un rato, pues. (*Protestas de los hombres.*) Más no faltaba. Si en esta casa se comprende el dolor.

HOMBRE CORTEJO.— Bueno, un trago les acepto. Uno para reponer las fuerzas.

LAURA.— Uno y después cuando vuelvan, otro. Porque van a volver, ¿no es cierto?

HOMBRE CORTEJO.— A lo mejor. Sobre todo si ustedes nos acompañan.

LAURA.— ¿Hasta el cementerio?

FANOR.— (*Sacándose la máscara.*) ¿Y por qué no? Entre todos podemos ayudarlos a sentir... y después volvemos...

HOMBRE CORTEJO.— ¡Don Fanor! No lo sabía por estos lados.

FANOR.— ¡El mismo, pues! Para servirlo.

LAURA.— Conforme. ¡Vamos! (*Se acerca a los músicos.*) ¡Y ustedes váyanse cuanto antes! ¡No quiero volver a verlos!

JUANA.— ¡Mírenla!

LAURA.— ¡Llévense a sus rotos! Que para nada sirven.

MELITÓN.— (*Reteniendo a Juana.*) ¡Juana...!

LAURA.— Sí, eso es. ¡Váyanse! Y nosotros vamos, chiquillas...

MARÍA.— No quiero ir, Laurita.

LAURA.— No seas tonta. ¿Que no ve que andan cargados de plata?

MARÍA.— Sí, pero es que...

LAURA.— ¿Te dan miedo los muertos? Piensa en los días malos entonces y no seas tonta. En este trabajo hay que aprender a no tener ni miedo ni esperanza. ¡Vamos!

(*El hombre del cortejo vuelve a juntarse con los demás y las prostitutas sacan velos negros con los que se cubren la cabeza y van saliendo tras el cortejo. Oliverio se queda atrás. Fanor se lleva a Ana tras el cortejo.*)

FANOR.— Vamos, Ana.

ANA.— (*Regresando con cierta angustia.*) Algo llegará
Algo volverá
Estrella veo...

(*Fanor la obliga a seguir con los del cortejo y en el momento de partir dice a Oliverio*)

FANOR.— Ya pues, don Oliverio, que nos vamos yendo.

OLIVERIO.— ¿Adónde?

FANOR.— Con ellos, pues, de ida y de vuelta. (*Indica el cortejo que se aleja.*) Es una invitación, don Oliverio. Y usted me dijo que nunca las rechazaba.

ANGÉLICA.— (*Corriendo hacia Oliverio.*) ¡No se vaya con ellos!

OLIVERIO.— ¿Cómo?

ANGÉLICA.— Tengo algo que decirle. Por favor no se vaya.

FANOR.— ¿Viene, don Oliverio?

OLIVERIO.— No, don Fanor. No voy en esa dirección.

(*Fanor se encoge de hombros y sigue a los del cortejo que ya han desaparecido.*)

JUANA.— ¿Sigue con nosotros entonces?

OLIVERIO.— Depende hacia donde vayan.

ANGÉLICA.— Andamos siguiendo una estrella.

OLIVERIO.— ¿Con este cielo? Tendrán que esperar que se corran las nubes.

(*Se produce de pronto un gran silencio. Todos vuelven a mirar el cielo y se dan cuenta que sigue*

cubierto casi sin remisión. Se reparten por el lugar, vagando. Juana se acerca a Perico Burro que se ha quedado adormilado y lo toma entre sus brazos. Buenaventura se le acerca.)

BUENAVENTURA.— ¡Juanita!

JUANA.— ¿Qué hay?

BUENAVENTURA.— ¿Está enojada?

JUANA.— ¡Chit! que el niño tiene sueño.

BUENAVENTURA.— Pero contésteme... ¿está enojada?

JUANA.— ¿Con quién?

BUENAVENTURA.— Conmigo, pues, por lo de endenante.

JUANA.— Son esas mujeres que tienen la culpa de todo.

BUENAVENTURA.— Así es, de todo. Pero para mí, usted es la única.

JUANA.— ¿De veras?

BUENAVENTURA.— Como que me llamo Buenaventura. *(Le toma la mano.)* La única y para siempre.

JUANA.— *(Mirando hacia el cielo, muy suavemente.)* ¡Ay, cuando me dice esas cosas, me parece que la veo...! *(Mira a Buenaventura.)* ¿Pero, qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde vamos a ir?

BUENAVENTURA.— *(Se encoge de hombros.)* ¡Chit...! Parece que el niño se ha quedado dormido.

JUANA.— Así es nomás... Quizás con qué estará soñando...

(Angélica y Huacho en otro lugar del escenario.)

HUACHO.— A veces, cuando estoy así, contigo, me parece que la veo. Miro y todo está oscuro, cerrado como una puerta, y de repente, no sé por qué me parece que la veo...

MUCHACHA.— ¿Por qué la perdimos, Sebastián? ¿Por qué se nos fue? ¿Qué vamos a hacer ahora?

HUACHO.— Tal vez debíamos preguntarle a don Melitón.

MUCHACHA.— O al ciego... Uno que Perico dijo que nos andaba siguiendo. Pero ahora no lo veo. ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Adónde vamos a ir?

JUANA.— *(A Buenaventura.)* Míralo... si parece que tiene una sonrisa. Debe estar soñando con algo agradable.

MUCHACHA.— *(Al Huacho.)* ¿Escuchaste? Me pareció un ruido...

HUACHO.— ¿No será el viento? Ah... si viniera y barriera todas estas nubes...

MUCHACHA.— No, no es el viento... ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Qué vamos a hacer?

JUANA.— Y ahora se le nubló la carita, igual que el cielo... ¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí, solos, en medio de la oscuridad. Don Melitón... don Melitón...

MELITÓN.— ¿Qué hay...?

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer ahora...? Mírenos... Mire cómo estamos... ¿Qué es lo que vamos a hacer?

(Pausa.)

MELITÓN.— Seguir.

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

MELITÓN.— La estrella.

BUENAVENTURA.— Pero si la perdimos hace rato.

MELITÓN.— *(Indicando el cielo.)* Pero está allá.

Buenaventura.— En el cielo, sí, pero... ¿dónde?

JUANA.— ¿Y hacia dónde camina?

HUACHO.— Volverá a aparecer.

ANGÉLICA.— ¿No la habremos perdido?

MELITÓN.— Las estrellas no se pierden. Están como clavos allá arriba.

JUANA.— ¿Cómo lo sabe?

MELITÓN.— Lo sé.

JUANA.— *(Después de un silencio.)* ¿Vamos a seguir caminando entonces...? *(Perico se ha despertado.)*

MELITÓN.— Sí. Hacia allá. Hacia donde nos llevaba la estrella. Hay que seguir, porque seguir es lo único que podemos hacer.

Lo de atrás, ya está andado, nada nos trajo y nada nos traerá si lo volviéramos a caminar.

Hay que seguir, buscar y seguir, tratar de encontrarla y otra vez.

Con ella íbamos.
Y adónde íbamos debemos llegar (*Pausa.*)
Debemos decidir ahora
Quedarse o con los otros proseguir
Pero quien con nosotros siga
Lo hará con juramento
Con palabra y con fe.

BUENAVENTURA.— ¡Un juramento!

MELITÓN.— El de seguir hasta el final. Sobre estos platillos habremos de jurar.

Es lo único que nos queda.

Lo más santo también. (*Los va nombrando.*) Sebastián, Angélica, Buenaventura...

BUENAVENTURA.— (*A Juana.*) ¿Tú, qué quieres?

JUANA.— Seguir.

BUENAVENTURA.— Entonces yo también.

(*Se acercan todos y lo rodean. Juana sostiene a Perico de la mano.*)

MELITÓN.— Aquí, juntos. Repitan conmigo... Juro por lo más santo que tengo.

TODOS.— Juro por lo más santo que tengo.

MELITÓN.— Seguir caminando.

TODOS.— Seguir caminando.

MELITÓN.— Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

TODOS.— Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

MELITÓN.— Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar.

TODOS.— Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar...

(*Mientras continúa el juramento aparece Oliverio Pastor. Separado de los demás.*)

OLIVERIO.— ¡Niños... niños...! No se vayan todavía. Acabo de ver una Lynomorfa Tórpida y aunque es tarde tenemos que hablar de ella... Eso es... escuchen con atención. Las Lynomorfas Tórpidas pertenecen a la familia de las Lynomorfas Stellum y son muy difíciles de encontrar. Tienen las alas blancas y, como su nombre lo indica, una estrella va trazada en las alas... ¿La ven? Acérquense, pues... eso es...

(*Por el extremo ha entrado María Chica. Lo mira, él extiende hacia ella su mano con la mariposa. Ella la contempla y después de un segundo dice.*)

MARÍA CHICA.— ¡Qué bonita...! Y es verdad, tiene una estrella pintada en las alas.

(*Se escucha el ruido de la estrella.*)

HUACHO.— ¿Oyen?

BUENAVENTURA.— ¿Qué?

HUACHO.— Allá a lo lejos.

JUANA.— Parece un ruido.

BUENAVENTURA.— ¿Tú crees que será?

HUACHO.— Se acerca.

BUENAVENTURA.— Yo también lo oigo.

HUACHO.— Cada vez más cerca.

BUENAVENTURA.— ¡Ya está aquí!

MELITÓN.— Es el viento.

JUANA.— El viento que corre a través de los cerros, el viento que brinca, que toca campanas, que barre las nubes...

MUCHACHA.— ¡Miren...! ¡La estrella...! (*Se da vuelta hacia Oliverio Pastor y le dice.*) Venganse... venganse con nosotros... Eso era lo que tenía que decirle... Venganse con nosotros detrás de la estrella.

(*Se apagan las luces del escenario y cuando vuelve la luz está el Ciego solo en el escenario y canta.*)

CIEGO.— (*Cantando.*) Quedan unos pocos versos
Pa' contar qu'ellos siguieron
Cuando allá arriba la vieron

Aclarando el cielo adverso
 Por un viento tan disperso
 Y por el camino van
 Como antes buscarán
 Y es posible que buscando
 Por el mundo caminando
 Algún día encontrarán.

TELÓN

299

EL PALOMAR A OSCURAS

Drama en tres actos

(1962)

Personajes:

CONSTANZA, 24 años

JOSÉ, 28 años

SERGIO, 20 años

JOAQUÍN, 40 años

MELANIA, 55 años

ANTONIA, 22 años

(La acción transcurre en un fundo, a unos 200 kilómetros de Santiago.)

PRIMER ACTO

(El salón de una casa de campo. Al descorrerse las cortinas, la escena está vacía. Después de algunos segundos, se escuchan unos tiros.)

VOZ DE CONSTANZA.— ¿Qué es eso?

ANTONIA.— *(Apareciendo.)* No sé, señora. Disparos parece que fueron...

CONSTANZA.— *(Apareciendo.)* ¿Disparos? ¿Adónde?

ANTONIA.— No sé, para el lado del parque diría yo.

CONSTANZA.— Anda a ver.

ANTONIA.— Sola no me atrevo.

MELANIA.— *(Entra corriendo.)* No se asuste, señora... Es el Joaquín que le anda disparando a una paloma.

CONSTANZA.— ¿Joaquín?

MELANIA.— Sí, allá anda, cerca del palomar.

CONSTANZA.— Dile que venga.

(Melania sale y se escucha su voz llamando a lo lejos: "Joaco... Joaco... la señora te llama...".)

CONSTANZA.— Siempre me ha parecido que ese palomar estaba vacío.

ANTONIA.— Así es no más.

CONSTANZA.— ¿Y cómo Melania dijo que Joaquín le estaba disparando a una paloma?

ANTONIA.— Alguna que ha vuelto.

CONSTANZA.— ¿Que ha vuelto? ¿De dónde?

ANTONIA.— De quizás dónde, señora. ¿No ve que don Sergio las mató a todas?

CONSTANZA.— ¿Don Sergio?

ANTONIA.— Claro. Él y el Joaco se escondieron entre las ramas de la encina y apenas se acercaba una... ¡Le disparaban!

CONSTANZA.— ¿Cuándo fue eso?

ANTONIA.— Antes que se lo llevaran a la clínica, como un año antes.

CONSTANZA.— ¿Y don José lo supo?

ANTONIA.— Cómo no lo iba a saber si el suelo amaneció sembrado.

CONSTANZA.— ¿Y no le dijo nada?

ANTONIA.— ¿Cuándo le ha dicho algo don José a don Sergio? Le soporta todos sus caprichos. Si más parece hijo que hermano. Y en ese entonces le dejaba hacer todo lo que se le antojara. No ve que si no a don Sergito le daban esos ataques de nervios, se encerraba en su pieza, días a veces, sin hablar con nadie, sin probar bocado.

(Entran Melania y Joaquín. Este último trae una paloma con el pecho ensangrentado entre las manos.)

MELANIA.— Entra... que la señora quiere hablarte. ¡Entra de una vez!

JOAQUÍN.— Me llamaba, señorita.

CONSTANZA.— ¿Tú eras el que estaba disparando?

JOAQUÍN.— Yo, señorita (*Esconde la paloma tras él.*)

CONSTANZA.— ¿Qué es eso?

JOAQUÍN.— ¿Qué cosa?

CONSTANZA.— Eso que escondiste.

JOAQUÍN.— ¿Dónde?

CONSTANZA.— ¡Muéstramelo! (*Joaquín lentamente muestra la paloma.*) ¿Tú la mataste?

JOAQUÍN.— Yo, señorita.

CONSTANZA.— ¿Por qué?

JOAQUÍN.— Son órdenes del patrón.

CONSTANZA.— ¿De don José?

JOAQUÍN.— De don Sergito...

CONSTANZA.— Don José es tu patrón.

JOAQUÍN.— Y don Sergito también. Yo era el que le ensillaba el caballo desde niño y salía con él. Don Sergito es mi patrón. Y a él no le gustan las palomas. Y como hoy día llega...

CONSTANZA.— Le voy a decir a don José que andas disparando sin su permiso.

JOAQUÍN.— Permiso tengo, señorita.

CONSTANZA.— ¿Quién te lo dio?

JOAQUÍN.— El mismo don José. ¿No ve que le estoy preparando a don Sergito la pieza en el palomar? Y yo sé que a él no le gustan las palomas.

CONSTANZA.— ¿Qué pieza?

ANTONIA.— El palomar. Don Sergito pasaba el día allá antes que se lo llevaran. Había mandado los libros, los cuadros... A veces hasta se quedaba a dormir.

CONSTANZA.— Pero ahora se va a alojar aquí en la casa. ¿Quién te dijo que prepararas el palomar?

JOAQUÍN.— Don José. Ayer, antes de partir. Prepara el palomar, Joaco... Así fue que me dijo. Por si a don Sergio se le ocurre ir.

CONSTANZA.— (*A Antonia.*) ¿A ti te dijo algo?

ANTONIA.— Ni una palabra, señora.

CONSTANZA.— ¿No ves? Llévate eso...

JOAQUÍN.— Pero a mí don José me dijo...

CONSTANZA.— Llévate eso y entiérralo en alguna parte. A ver... (*Súbitamente se acerca al hombre y coge la paloma entre las manos. La acaricia.*) ¿Qué es esto que tiene en la pata?

MELANIA.— Debe ser una de las palomas mensajeras.

CONSTANZA.— ¿Qué cosa?

ANTONIA.— Antes... antes que las matara, don Sergio tenía palomas mensajeras.

CONSTANZA.— ¿Palomas mensajeras?

JOAQUÍN.— Sí, de esas que se les amarra un papel en la pata y se echa a volar.

CONSTANZA.— ¿Y a quién le mandaba mensajes?

JOAQUÍN.— A nadie. Las echaba a volar no más. Entre los dos las echábamos a volar.

CONSTANZA.— A ver... déjame ver. (*Saca el papel y lo extiende.*)

JOAQUÍN.— Esta debe ser una de esas. Ha vuelto después de todos estos años. Y yo que creía que les había disparado a todas...

CONSTANZA.— (*Leyendo.*) Esta noche me siento muy solo (*Durante un segundo permanece muda; pero luego reacciona.*) Llévatela y entiérrala.

(*Joaquín sale.*)

MELANIA.— Pobrecita... Me trajo tantos recuerdos verla. Como esa mañana... Me acuerdo que yo me asomé a la ventana y le dije a la Antonia: Mira, Antonia, parece que hubiera florecido algo... cuando las descubrimos a todas con el pecho rojo de sangre. Me acuerdo...

ANTONIA.— (*Interrumpiendo.*) Ándate a la cocina. Hay mucho que hacer todavía.

MELANIA.— Ya está todo cociéndose.

ANTONIA.— Ándate que ya no tardan en llegar.

(Melania sale.)

CONSTANZA.— Voy a terminar de arreglar la pieza. Súbeme las sábanas.

ANTONIA.— Sí, señora.

CONSTANZA.— Y esa lámpara que hay en el escritorio de don José.

ANTONIA.— Sí, señora.

CONSTANZA.— Es para el velador. Parece que a don Sergio le gusta leer de noche.

ANTONIA.— Muy bien, señora.

CONSTANZA.— Antonia...

ANTONIA.— ¿Señora?

CONSTANZA.— ¿Hace tiempo que tú conoces a don Sergio, no es cierto?

ANTONIA.— Lo vi nacer, señora. Y yo misma lo crié. ¿No ve que la señora, que Dios la tenga en su santa gloria, murió al darlo a luz?

CONSTANZA.— ¿Cómo es don Sergio?

ANTONIA.— (Se encoge de hombros.) Así...

CONSTANZA.— José me ha hablado tan poco de él. ¿Hace tiempo que está enfermo?

ANTONIA.— Estuvo enfermo, señora. ¿No ve que ahora lo traen de vuelta a la casa?

CONSTANZA.— Sí, pero quiero decir... antes de que se lo llevaran a la clínica.

ANTONIA.— Siempre fue muy nervioso. Desde niño. Yo siempre he dicho que nació marcado. La señora se murió cuando él abrió los ojos. Y el caballero al mes... No hubo más que funerales alrededor... ¡Cómo quieren que eso no lo haya afectado!

CONSTANZA.— Y cuando se lo llevaron... a la clínica quiero decir, ¿qué es lo que había hecho?

ANTONIA.— Nada. Lo mismo de siempre.

CONSTANZA.— ¿Qué?

ANTONIA.— Se había encerrado en el palomar.

CONSTANZA.— Y don José...

ANTONIA.— Don José había ido al pueblo. No volvió a comer... Parece que don Sergio pasó la noche esperándolo...

CONSTANZA.— ¿Y cuando regresó, don Sergio ya estaba en el palomar?

ANTONIA.— Ni siquiera contestó a los llamados. Don José se asustó entonces y mandó a llamar al doctor.

CONSTANZA.— ¿A cuál doctor?

ANTONIA.— Uno que ha venido otras veces. Claro que cuando llegó don José había forzado ya la puerta.

CONSTANZA.— La puerta del palomar.

ANTONIA.— Sí, yo le ayudé. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz le temblaba. Cuando por fin la abrió, se abrazó a don Sergio como un loco.

(A lo lejos se escucha el ruido de un automóvil que llega.)

CONSTANZA.— Ahí parece que viene el auto de don José.

ANTONIA.— Ellos tienen que ser.

CONSTANZA.— Voy a subir a terminar de arreglar el cuarto.

(Rápidamente sube mientras se escucha el ruido del automóvil que se acerca. Melania cruza la escena a la carrera y junto con Antonia salen a recibir a los que llegan. Constanza queda sola, titubea, y en vez de ir a acoger a los que llegan, desaparece al interior de la casa. Se escuchan voces, gritos de bienvenida. Y por último, entran a la pieza don José y don Sergio, seguidos por los empleados que traen las maletas.)

SERGIO.— (Deteniéndose en el centro del cuarto.) A ver, quédense todos callados... Nada, nada, nada se ha movido. El mismo cenicero en la misma mesa, la planta allá (Cierra los ojos y se da vuelta.) Y allá debe estar colgado el impermeable que nunca nadie se ha puesto (los abre.) ¡Helo ahí! Es como ver al fondo de un acuario conocido, José. Al silencio de un acuario, donde los peces se entrechocan sin herirse, a un mundo callado, lento, seguro... ¡Estoy tan contento, José! Tan contento...

JOSÉ.— (Un poco molesto.) ¿Por qué no te sientas? Debes estar cansado después del viaje.

SERGIO.— ¡Cansado! Podría bailar toda la noche, encender yo mismo las lámparas de parafina. ¿Hay

todavía lámparas de parafina? Y colgarlas del techo, de las murallas, de todos los rincones... ¡Y bailar! Bailar... (*Enlaza a Antonia.*) ¿No es cierto, Toña? ¿No es cierto que podríamos bailar toda la noche? (*La mujer se ríe, alcanza a decir: Este don Sergito...*) ¡Organicemos una fiesta! ¿Quieres, José? Una fiesta grande, como cuando tú volviste de Santiago después de haberte recibido de ingeniero agrónomo... Te veo de pie en la puerta, con el título bajo el brazo, gritándome: Sergio, se terminaron los estudios. ¡Dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino! Dile ahora, José, dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino... (*Se coloca en la puerta e imita a su hermano.*) Eh, José, se terminaron las enfermedades. Dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino...

JOSÉ.— Lo mejor será que empieces por tomarte un trago. Anda, Antonia.

(*Antonia obedece. Melania desaparece con las maletas. Los dos hermanos quedan solos.*)

SERGIO.— Me siento tan bien, José. Y estoy tan contento de estar de vuelta.

JOSÉ.— Tómalo con calma. Acuérdate que el doctor te recomendó tomar las cosas con calma.

SERGIO.— ¿Qué no estoy bien acaso?

JOSÉ.— Claro que sí.

SERGIO.— ¿Entonces?

JOSÉ.— Pero hay que tomar las cosas con calma.

SERGIO.— Estoy contento, eso es todo. Contento de volver a lo mío, a lo tuyo, a todo esto que es nuestro. Si supieras lo aburrido que es vivir durante un año en unas piezas de paredes blancas, con un catre blanco y una enfermera blanca, blanca, blanca... ¡Qué bueno poder hundir los ojos en todos estos rincones oscuros! Aquí donde estamos tanto nosotros dos, ¿no es cierto, José?

(*Entra Antonia con una bandeja con vasos y una botella.*)

ANTONIA.— Aquí está, don José.

JOSÉ.— Déjala en la mesa.

SERGIO.— ¿Qué es lo que me trajiste, vieja bruja? Apostaría que una de tus pócimas ¿ah? Se me van a caer los dientes, me voy a enamorar de lo primero que vea o voy a sentir un dolor tan, tan, tan fuerte en el corazón...

ANTONIA.— No va a sentir ningún dolor, don Sergito. Esto es para curar todas las penas.

SERGIO.— Las penas no se curan, Antonia. Se cubren, lo que es muy distinto.

ANTONIA.— (*Riendo.*) ¡Este don Sergito!

JOSÉ.— (*Que se ha acercado a la mujer, en voz baja.*) ¿Y dónde está la señora?

ANTONIA.— Preparándole la pieza a don Sergito quedó.

JOSÉ.— Dile que... No, no le digas nada.

SERGIO.— ¿Qué es lo que están murmurando? ¿Algún secreto? ¿Alguna sorpresa que me tienen preparada? ¿Qué? ¿Qué?

JOSÉ.— Nada. No seas tonto (*Antonia sale. José sirve dos vasos.*) Toma.

SERGIO.— ¿Por qué vamos a brindar, José?

JOSÉ.— ¿A brindar?

SERGIO.— Claro. Tenemos que brindar. Después de todo: el hijo pródigo vuelve al hogar. El cuadro que había en el palomar, ¿te acuerdas? El hijo de túnica desgarrada y sandalias, con la cabeza caída y la mirada baja. Y el padre abriendo los brazos como un dios, como un gran confesionario de caoba...

JOSÉ.— A propósito de palomar, le dije a Joaquín que limpiara un poco, por si se te ocurría volver.

SERGIO.— ¿Al palomar? Pero cómo se te ocurre, José Pepe. Es contigo con quien quiero estar. Lo más posible. Todo el día si es que se puede... Te juro que me levantaré al alba, con el canto del gallo, como tú, y me subiré al caballo y te acompañaré a inspeccionar los potreros, aunque no entienda una sola palabra, y hablaré de riegos y de rulos, de cosechas y de sacos. No, no quiero volver al palomar. Esos eran otros tiempos, José. Eso ya pasó.

JOSÉ.— Me alegro.

SERGIO.— Porque estoy mejor, ¿no es cierto?

JOSÉ.— Claro que sí.

SERGIO.— Y todo... eso, en fin, todo lo que me pasó... pasó ¿no es cierto?

JOSÉ.— Ya te dije que conversé largamente con el doctor y me dijo que estabas perfectamente bien.
 SERGIO.— ¡Qué bueno! Me he hecho tan mala sangre, José, pensando en todos los trastornos que te he dado, las molestias.

JOSÉ.— No seas tonto, Sergio.

SERGIO.— Sí, sí. Una razón más para estarte agradecido. Nunca imaginaste que ibas a tener que echarte sobre los hombros un hermano como éste, ¿no? ¡Pobre José Pepe! Soy la cruz que te tocó.

JOSÉ.— Bien sabes...

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) ¡Tomaste!

JOSÉ.— ¿Qué?

SERGIO.— Tomaste antes de haber brindado.

JOSÉ.— Perdóname, no me di cuenta.

SERGIO.— Hay que deshacer el sorbo, si no va a traernos mala suerte.

JOSÉ.— ¿Cómo?

SERGIO.— Deshacer el sorbo. Fue algo que me enseñó un compañero que había allá...

JOSÉ.— ¿Dónde?

SERGIO.— En la clínica.

JOSÉ.— ¿Qué te pasa?

SERGIO.— Nada: ¿por qué?

JOSÉ.— No sé... De pronto te pusiste triste.

SERGIO.— ¿Triste yo? ¡Cómo se te ocurre! Matías se llamaba. Era ruso, polaco, eslavo en fin, alguien que habían hecho sufrir mucho y se le notaba en los ojos. Los tenía llenos de sombras, como si fuera a llorar en cualquier momento. Fue él quien me enseñó a deshacer los sorbos, a beber al revés... ¡Mira! (*Le arranca el vaso de las manos.*) Hay que dar vuelta el vaso, inclinarse sobre él y tomar como si uno estuviera al revés, quiero decir con los pies en el aire y la cabeza en la tierra...

JOSÉ.— Déjate de niñerías, Sergio. Y brindemos así.

SERGIO.— Como quieras.

JOSÉ.— No te enojés.

SERGIO.— ¡Cómo se te ocurre que voy a estar enojado! El primer día que te veo...

JOSÉ.— ¿Cómo así? Si me veías todas las semanas.

SERGIO.— El primer día que te veo estando libre.

JOSÉ.— ¡Sergio! Ni que hubieras estado preso.

SERGIO.— Era un poco la sensación que tenía, ¿sabes? En esa pieza blanca me sentía como esos presos de las novelas que leíamos cuando chicos, esos a quienes les mandaban una lima adentro de un pedazo de pan. Todos los días cuando entraba el dragón blanco con el almuerzo, partía el pan con cuidado por si tú, disfrazado de panadero, blanco de harina, no de limpieza hospitalaria, sino de harina, me habías mandado el instrumento de la liberación.

JOSÉ.— ¿De cuál liberación?

SERGIO.— De ésta. De sentirme libre. Contigo. Libre.

JOSÉ.— Ya sabes que te fui a buscar apenas el doctor te autorizó para venirte.

SERGIO.— Sí, lo sé. Y también sé que ibas a verme todas las semanas. No te estoy reprochando cosa alguna, José Pepe. Más bien tendría que reprocharme a mí mismo el ser así... no sé; tan... tan poco hallado en este planeta.

JOSÉ.— Ahora las cosas van a cambiar. Antes vivías demasiado encerrado con todo... con... en fin, con lo que te pasaba. Ahora vas a cambiar.

SERGIO.— ¿Tú crees?

JOSÉ.— Antes, cuando ibas a encerrarte en el palomar, yo no sabía qué hacer.

SERGIO.— Eso se terminó.

JOSÉ.— ¿No lo ves? Entonces todo va a cambiar.

SERGIO.— ¿Tú lo crees? ¿Lo crees verdaderamente?

JOSÉ.— Estoy seguro. Sobre todo si es cierto lo que acabas de decirme con respecto al fundo. Si

verdaderamente te interesas por saber cómo se administra y cómo... en fin, tú me comprendes. Nos podemos ocupar juntos, Sergio.

SERGIO.— ¡Juntos, sí! Eso es lo que quiero. Voy a aprender, José Pepe, te lo prometo, te lo juro...

JOSÉ.— Y ahora brindemos (*Ríe.*) Se nos puede enfriar el trago...

SERGIO.— Sí. Brindo... (*y alza su copa en un gesto teatral.*) Brindo para que ya no me sienta más solo. (*Beben en silencio. Y luego prosigue un instante en que ambos no hablan.*)

JOSÉ.— Sergio...

SERGIO.— ¿Sí?

JOSÉ.— Hay... algo que quiero decirte.

SERGIO.— ¿Alguna buena noticia? Tiene que ser buena, José Pepe, porque hoy día me siento especialmente capacitado para oírlas.

JOSÉ.— Bueno... no sé muy bien por dónde comenzar...

SERGIO.— Ya estás lleno de titubeos. A ver, yo te voy a ayudar un poco.

JOSÉ.— Es que a lo mejor va a sorprenderte.

SERGIO.— ¡Sorpréndeme entonces! Ah... tengo tantas ganas de ser sorprendido otra vez. Como cuando chico, cuando uno abría la puerta de una pieza esperando cada vez encontrar el milagro.

JOSÉ.— ¿El milagro?

SERGIO.— Lo distinto, José. Todo lo que cambia es milagroso. Si supieras lo aburrida que era la vida allá... lo monótona. Todas las cosas, todos los días a la misma hora. Con Matías inventábamos circunstancias, creábamos pequeños dramas, ¿sabes? Nada más que para entretenernos, para sorprendernos el uno al otro.

JOSÉ.— Escúchame, Sergio. Lo que voy a decirte podrá parecerte un poco... bueno, no acierto a encontrar la palabra... absurdo, supongo. Sí, eso es, un poco absurdo.

SERGIO.— ¿Qué ha pasado?

JOSÉ.— Nada, nada grave. No te intranquilies.

SERGIO.— Dime, dímelo al instante.

JOSÉ.— Fue algo que pasó a penas tú te... fuiste.

SERGIO.— ¿Cuándo me llevaron allá quieres decir?

JOSÉ.— Sí.

SERGIO.— ¿Qué pasó?

JOSÉ.— Bueno, fue en el tren, al volver. Conocí a... a una muchacha. Constanza se llama.

SERGIO.— ¿Y?

JOSÉ.— Venía a visitar a unos parientes que vivían en esta misma zona. Ella es de Santiago. Sus padres vivían allá. Separados. Ella pasó su niñez entre el uno y el otro.

SERGIO.— ¿Y?

JOSÉ.— Mientras estubo acá nos seguimos viendo a menudo. Yo me sentía muy solo como tú comprenderás. Estaba preocupado, te sabía enfermo y lejos. Me sentía muy culpable por no poder dejar el fundo y estar a tu lado.

SERGIO.— ¿Y?

JOSÉ.— Pero no me lo digas así, Sergio.

SERGIO.— ¿Qué no te diga qué?

JOSÉ.— Que no me hables así. Como si estuvieras encerrándote. Igual que antes.

SERGIO.— ¿Yo? no seas absurdo José. Continúa.

JOSÉ.— Bueno... al cabo de algunas semanas ella volvió a Santiago. Es estudiante, artista como tú. Estudias escultura. Y las clases recomenzaron. Yo fui varias veces a verla. Vivía sola. Sus amigos eran muy raros. Pajarracos algunos, gente que me hablaba cosas que yo no comprendía, pero... me divertían. Y Constanza tenía... no sé, era llena de cosas delicadas. Me ayudaba.

SERGIO.— ¿Estás tratando de decirme que te enamoraste? ¡Hermano! No sería la primera vez.

JOSÉ.— No, no es eso, Sergio.

SERGIO.— ¿Entonces qué?

JOSÉ.— Bueno, sí, me enamoré. Pero mucho. Esta vez es en serio, Sergio, no como las otras y... y me casé.

SERGIO.— ¿Cómo?

JOSÉ.— Nos casamos hace tres meses. Constanza vive aquí ahora. Va a vivir con nosotros.

SERGIO.— ¿Pero qué estás diciendo? ¿Te casaste? ¿Te casaste mientras yo estaba encerrado? ¿Te casaste y ni siquiera me lo dijiste?

JOSÉ.— El médico me recomendó que no lo hiciera.

SERGIO.— ¿El médico?

JOSÉ.— Sí, lo conversé con él. Me dijo que no era indicado para tu tratamiento. Me explicó que no había que producirte emociones...

SERGIO.— ¡Emociones! Pero te das cuenta lo que esto significa para mí.

JOSÉ.— Comprendo, Sergio.

SERGIO.— ¿No te das cuenta?

JOSÉ.— La noticia tiene que sorprenderte. Dicha así, sin preparación. Pero, tú me conoces, Sergio, nunca he sabido hablar. Parece que en la familia tú fuiste el que se llevó toda la verba... Durante el viaje traté de adelantarte algo. No sé si te diste cuenta... me pareció que no querías escucharme.

SERGIO.— Cómo iba a imaginarlo...

JOSÉ.— Pero no tienes para qué tomarlo así, Sergio. Debería haberte avisado, lo sé. Pero ésas eran las circunstancias.

SERGIO.— ¿Y por qué no me lo dijo alguien? Qué sé yo... el doctor, alguien.

JOSÉ.— Él insistió para que fuese yo mismo quien te diese la noticia. Por eso traté de quedarme en Santiago un día más... para poder hablar, explicarte...

SERGIO.— Y yo que soñaba con venirme lo más pronto posible. Para encontrar lo que era nuestro, contigo, de los dos. Para sentirme seguro nuevamente.

(Súbitamente esconde el rostro entre las manos y empieza a sollozar. José se detiene junto a él y no sabe qué hacer.)

JOSÉ.— Vamos, Sergio. No te pongas en ese estado... No seas niño... Aquí tengo esas píldoras que me dio el doctor. ¿No quieres tomarte una?

SERGIO.— Bueno...

JOSÉ.— Voy a llamar a Antonia para que traiga un vaso de agua.

SERGIO.— No, deja... lo tomaré con el trago... Será como una especie de brindis... *(Toma la pastilla.)*

JOSÉ.— ¿Te sientes bien?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— ¿No quieres ir a tu pieza a tenderte un rato antes de la comida?

SERGIO.— ¿Y tu mujer? ¿Cómo es que se llama?

JOSÉ.— Constanza.

SERGIO.— Sí, Constanza. ¿Cuándo voy a conocer a Constanza?

JOSÉ.— Luego. A la hora de la comida.

SERGIO.— ¿Tú le diste orden de que no apareciera hasta entonces?

JOSÉ.— ¡Cómo se te ocurre! Es un poco tímida. No debe haberse atrevido a venir sin que yo la llamara.

SERGIO.— Llena de delicadeza, Constanza. Llena de timidez también...

JOSÉ.— Sergio...

SERGIO.— Perdóname. Voy a ir a mi pieza. ¿Es siempre la misma?

JOSÉ.— Claro que sí.

SERGIO.— Pensé que tal vez...

JOSÉ.— ¿Qué?

SERGIO.— Nada.

(Sergio sale. José enciende un cigarro y al ir a lanzar el fósforo por la ventana, descubre a Joaquín.)

JOSÉ.— ¿Qué estás haciendo ahí?

JOAQUÍN.— Nada, patrón.

JOSÉ.— ¿Y para qué estás al lado de la ventana entonces?

JOAQUÍN.— Venía a entregarle la llave del palomar a don Sergio.

JOSÉ.— Dámela a mí.

JOAQUÍN.— Dejé todo listo como antes.

JOSÉ.— Don Sergio me dijo que no iba a ocuparlo por ahora.

JOAQUÍN.— Y yo que lo dejé todo como a él le gusta.

JOSÉ.— ¿Qué es lo que tienes en las manos?

JOAQUÍN.— ¿Adónde?

JOSÉ.— Déjame ver... (*Le arranca la paloma muerta de las manos.*) Una paloma...

JOAQUÍN.— Debe ser una de las que quedaron.

JOSÉ.— ¿Dónde la encontraste?

JOAQUÍN.— Esta tarde, poco antes de que ustedes llegaran, la derribé. Es una de las mensajeras.

JOSÉ.— ¿Cómo lo sabes?

(*Sin ser vista Constanza aparece.*)

JOAQUÍN.— Porque tenía un papel amarrado en la pata. Quizás de cuándo.

JOSÉ.— ¿Dónde está?

JOAQUÍN.— La señora lo guardó.

JOSÉ.— ¿La señora?

CONSTANZA.— Sí, yo, José. Escuché unos tiros e hice venir a Joaquín.

JOSÉ.— ¿Disparaste?

JOAQUÍN.— Sí, patrón. Como usted me había dicho que alistara el palomar, y a don Sergito no le gustan las palomas...

JOSÉ.— Está bien. Puedes irte.

(*Joaquín sale.*)

CONSTANZA.— ¿Qué significa todo esto?

JOSÉ.— ¡Cosas de Joaquín! Tú sabes que no hay que tomarlo mucho en cuenta. Siempre ha tenido rarezas.

CONSTANZA.— ¿Pero qué significa todo esto del palomar? ¿Qué significan esos disparos?

JOSÉ.— Nada.

CONSTANZA.— ¿Por qué no me habías contado?

JOSÉ.— Son cosas que ya pasaron, Constanza. Lo mejor es no removerlas.

CONSTANZA.— Como quieras. ¿Y Sergio?

JOSÉ.— Está en su pieza. Estaba un poco cansado con el viaje. Le dije que te conocería a la hora de la comida.

CONSTANZA.— ¿Qué tal el viaje?

JOSÉ.— Muy bien. Y tú ¿cómo has estado?

CONSTANZA.— Bien.

(*José se acerca a ella y la besa. Constanza se retira después de algunos segundos.*)

JOSÉ.— ¿Qué te pasa?

CONSTANZA.— Nada, nada. ¿Por qué?

JOSÉ.— Me pareció que estabas nerviosa.

CONSTANZA.— Fueron esos disparos.

JOSÉ.— Sergio me dijo que tenía muchas ganas de conocerte. Pero estaba un poco cansado.

CONSTANZA.— ¿Cuándo le diste la noticia?

JOSÉ.— Durante el viaje. Él no quiso quedarse un día más en Santiago. Quiso venirse a palomar sin tardanza. Supongo que te habrán dado mi mensaje.

CONSTANZA.— Sí, mandaron un hombre a caballo a avisar del fundo de al lado. Aquí el teléfono sigue malo. ¿Y cómo reaccionó?

JOSÉ.— ¿Quién?

CONSTANZA.— Sergio. Con la noticia.

JOSÉ.— Bueno, se sorprendió naturalmente. Es una persona muy sensible, Constanza, y vas a tener que acostumbrarte a él.

CONSTANZA.— José...

JOSÉ.— ¿Sí?

CONSTANZA.— ¿Por qué me has hablado tan poco de tu hermano?

JOSÉ.— ¿Poco?

CONSTANZA.— Sí, apenas sé de él. Esta tarde, por ejemplo, toda esa historia del palomar...

JOSÉ.— ¿Qué?

CONSTANZA.— Antonia me estuvo contando cómo él y Joaquín se habían subido a los árboles para dispararle a las palomas que se acercaban.

JOSÉ.— Cosas de niño... Yo lo reté naturalmente; pero ya estaban todas las palomas muertas y las que no, huyeron.

CONSTANZA.— ¿Cómo no lo impediste?

JOSÉ.— Porque... porque yo no estaba aquí.

CONSTANZA.— ¿Y dónde estabas?

JOSÉ.— Escúchame, Constanza, voy a decirte la verdad. No me gusta mentirte. La verdad es que estaba aquí, y más aún, escuché todos los disparos y vi caer una a una a las palomas.

CONSTANZA.— ¿Entonces?

JOSÉ.— No pude impedirlo.

CONSTANZA.— ¿Por qué?

JOSÉ.— No pude.

CONSTANZA.— Si has empezado a contarme la verdad, hazlo hasta el fin.

JOSÉ.— Bueno, pero voy a tener que contarte un secreto.

CONSTANZA.— ¿Tuyo?

JOSÉ.— Sí. Pero prométeme que nunca me lo echarás en cara. ¿Prometido? Bueno, lo cierto es que yo estaba dentro del palomar.

CONSTANZA.— ¿Tú?

JOSÉ.— Sí. Es una historia un poco larga y bastante absurda. Pero supongo que ahora tendré que contártela. Ese palomar ¿ves tú? Era el sitio donde Sergio y yo jugábamos cuando niños. En esa época mi tío administraba el fundo y nosotros pasábamos las vacaciones acá. El palomar era nuestra especie de fortaleza, nuestro torreón... en fin, todas esas cosas que inventan los niños. Después yo me fui a estudiar a Santiago y cuando regresé era demasiado grande para jugar en el palomar.

CONSTANZA.— ¿Y?

JOSÉ.— ¡Qué curioso! Dijiste eso en la misma forma que Sergio hace un rato.

CONSTANZA.— Sigue.

JOSÉ.— Espera... lo cierto es que he llegado a la parte comprometedora del cuento y no sé cómo decirte lo... Bueno, cuando yo volví a hacerme cargo del fundo, teníamos otros vecinos. Los Guzmán, una pareja joven con dos niños, que se aburrían tanto como yo, ella sobre todo y naturalmente...

CONSTANZA.— ¿Qué?

JOSÉ.— Bueno, sucedió lo que tenía que suceder.

CONSTANZA.— Y se encontraban en el palomar supongo.

JOSÉ.— Sergio en esa época apenas iba y decidimos escogerlo como lugar de cita.

CONSTANZA.— ¿Y ese día?

JOSÉ.— Fue una noche. Nos habíamos demorado más que de costumbre y de repente empezamos a oír disparos. Nos asomamos a la ventana y ahí vimos lo que pasaba... Una a una fueron cayendo las palomas que volvían a dormir. Y naturalmente que nosotros no nos atrevimos a salir. Comprenderás que no podía desenmascarar a Elisa.

CONSTANZA.— ¿Elisa?

JOSÉ.— Elisa Guzmán, mi vecina.

CONSTANZA.— Comprendo. ¿Y por qué lo hizo?

JOSÉ.— ¿Quién?

CONSTANZA.— Sergio.

JOSÉ.— No sé... Al día siguiente cuando descubrimos las palomas debajo de los árboles, le pregunté y me dijo que le molestaban para su trabajo.

CONSTANZA.— ¿Y tú le creíste?

JOSÉ.— No sé... (*Se encoge de hombros.*) Preferí no ahondar en el asunto.

CONSTANZA.— ¿Por miedo a que él supiera?

JOSÉ.— ¿Qué cosa?

CONSTANZA.— Lo de Elisa.

JOSÉ.— ¿Tú crees que lo supo?

CONSTANZA.— Es lo que te estoy preguntando.

JOSÉ.— No sé... verdaderamente no lo sé. Por lo demás ya todo eso pasó. Los Guzmán se fueron y las palomas no han vuelto al palomar.

(Sergio ha aparecido.)

SERGIO.— Buenas noches.

JOSÉ.— ¡Sergio! Creí que estabas descansando en tu pieza.

SERGIO.— Vine a conocer...

JOSÉ.— Constanza, éste es... Sergio...

CONSTANZA.— ¿Cómo está?

(Al darse la mano, ambos permanecen durante algunos segundos inmóviles.)

SERGIO.— ¡Qué curioso! Usted me recuerda a alguien.

CONSTANZA.— A usted mismo tal vez.

SERGIO.— ¿A mí?

CONSTANZA.— Antonia me lo dice a menudo. Dice que nos parecemos como dos gotas de agua.

JOSÉ.— ¿Y saben que tiene razón? Nunca lo había pensado... pero ahora que los veo juntos...

SERGIO.— Espero que me permitirá felicitarla. Digo, que no sea demasiado tarde para hacerlo. Me habría gustado...

JOSÉ.—(Interrumpiendo.) ¿Por qué no nos tomamos otro trago? ¿Nos va a buscar un poco de hielo, mi hijita?

SERGIO.— Me habría gustado poderla felicitar en el momento oportuno.

JOSÉ.— Anda a buscarnos un poco de hielo, Constanza. Y de paso pregunta si la comida está lista.

(Constanza sale. Hay un largo silencio. José está impaciente por conocer la reacción de Sergio que permanece callado.)

JOSÉ.— ¿Y? ¿No me dices nada?

SERGIO.— ¿A propósito de qué?

JOSÉ.— De Constanza. ¿Qué te ha parecido?

(Constanza vuelve a entrar.)

CONSTANZA.— Aquí está el hielo. ¿Usted quiere otro trago, Sergio?

SERGIO.— No, gracias.

JOSÉ.— ¡Creí que le pedías a Antonia treinta y cuatro botellas de vino!

SERGIO.— Eso era antes.

JOSÉ.— Yo creo que voy a tomar otro.

CONSTANZA.—(Sirviéndoselo.) Toma.

JOSÉ.— Gracias.

CONSTANZA.— ¿No está muy cansado con el viaje, no? La comida ya va a estar lista.

SERGIO.— No, no estoy cansado. Gracias.

CONSTANZA.— José me había dicho que estaba reposando en su cuarto.

SERGIO.— ¿Eso le dijo?

JOSÉ.—(Interrumpiendo.) Tienes que mostrarle tu trabajo a Sergio, Constanza. (A Sergio.) Constanza esculpe y dice que acá en el fundo ha encontrado las mejores gredas... Claro que yo no entiendo lo que hace... (Ríe.) Pero estoy seguro que ustedes van a saber criticarse... (A Constanza.) Porque como sabes, Constanza, mi hermano también es artista. Pinta.

SERGIO.— Hace mucho tiempo que no pinto.

JOSÉ.— Pero volverás a hacerlo. Aquí en el campo, con la tranquilidad... estoy seguro que volverás a hacerlo. Hasta podemos construir un taller para los dos... ¡Será el fundo más artístico de la región!

CONSTANZA.— Siempre he pensado que ese palomar que hay al fondo del parque se podría transformar en un taller perfecto.

SERGIO.— ¿Lo conoce?

CONSTANZA.— Por fuera.

JOSÉ.— No, Sergio me acaba de decir que no quiere volver a entrar... No, construiremos uno

nuevo... con un gran ventanal, de madera habrá que hacerlo... Mañana mismo daré orden para que derriben algunos árboles y...

CONSTANZA.— ¿No quiere volver a entrar al palomar?

JOSÉ.— No, no quiere. Mañana mismo le daré orden a Joaquín para que saque todo lo que hay adentro. Fue ahí donde guardamos tus cuadros. Le diré que los traiga para acá...

SERGIO.— No. No le digas nada.

JOSÉ.— ¿Por qué?

SERGIO.— Tal vez Constanza tenga razón. Tal vez debamos volver al palomar.

Telón

SEGUNDO ACTO

(En el interior del palomar. Joaquín y Sergio están en escena. Joaquín sostiene en su mano una jaula con una paloma.)

SERGIO.— *(Tomando la jaula.)* ¡Perfecto! ¡Esto es justo lo que necesitamos! Una paloma blanca, absolutamente blanca, para que puedas verla volar en la noche. ¿La verás, no es cierto? Como una línea que atraviesa el cielo. Súbitamente. ¿Me comprendes? Tú estarás ahí, de pie, aguardando, sin moverte, sin chistar, y de pronto la verás salir por la ventana, como si yo te mandara un mensaje. ¿Comprendes? como si estuviera llamándote y diciéndote: ¡Ya! ¡Ahora! *(Introduce su mano dentro de la jaula.)* No, no te asustes, no voy a hacerte daño, nadie te va a matar esta vez... Y es toda blanca, ni la más mínima sombra, nada. La pureza absoluta, Joaco. Lo incontaminado. Lo único verdaderamente incólume. *(Saca la paloma de la jaula y la acaricia.)* ¿De dónde la sacaste?

JOAQUÍN.— Son cosas que yo consigo, don Sergio.

SERGIO.— Para mí, ¿no es cierto? ¿Que consigues para mí? *(El hombre no responde.)* ¡Contesta! Que consigues para mí, ¿verdad?

JOAQUÍN.— Así es, don Sergio.

SERGIO.— Y no lo olvidaré, Joaquín. *(Con voz súbitamente seria.)* Las buenas acciones se premian. Y yo siempre te he premiado ¿no es cierto, Joaco? No puedes quejarte. Te he premiado... ¡Ah! Qué poco expresado eres, Joaco. Te conozco desde chico, entonces me tenías las riendas del caballo para que me subiera, le ponías la montura ¿te acuerdas? Le frotabas el lomo a la Torcaza para que brillara como un espejo. “Mírese, don Sergio, mírese”, me decías, mostrando el anca con el dedo... Eso era todo lo que podías decir. Parece que no supieras más palabras. Parece que no pudieras expresar todo eso que se está revolviendo dentro de ti, como el mar, como el agua en una redoma... Ah, qué horrible debe ser sentir todo eso y no poder echarlo a volar con las palabras. Qué horrible... pero que solución. Porque las personas hablan de repente. Hablan y uno las descubre. Se sabe. Hay cosas que uno intuía, que se sospechaban. Pero cuando las oyes, Joaquín, brota una luz que te ciega. Y ya no puedes dejar de pensar que... *(Vuelve a colocar la paloma dentro de la jaula.)* Y ahora vas a escucharme con toda atención. ¿Me estás oyendo? *(Joaquín inclina la cabeza.)* ¡Contesta, Joaco! Di por lo menos sí.

JOAQUÍN.— Sí, don Sergio.

SERGIO.— Eso está mejor. Escucha ahora... vas a bajar, vas a salir al parque, vas a ir a buscar la carabina y vas a volver. ¿Comprendido?

JOAQUÍN.— Sí, don Sergio.

SERGIO.— Pero no vas a volver a entrar acá. Te vas a quedar allá abajo, junto a la encina... o más bien, vas a subirte a la encina, entre las ramas, ¿te acuerdas? como lo hacíamos antes, cuando le disparábamos a las palomas.

JOAQUÍN.— Pero don José no quiere que les dispare más.

SERGIO.— Lo sé.

JOAQUÍN.— Hace una semana, esa misma tarde que usted llegó, le disparé a una. Y el patrón se enojó.

SERGIO.— Lo sé.

JOAQUÍN.— Yo estaba limpiando acá arriba, cuando la vi aparecer. Era una de esas cosas con un papel amarrado en la pata.

SERGIO.— Lo sé, lo sé. Un papel que decía: Esta noche me siento muy solo. La señora Constanza me lo contó.

JOAQUÍN.— Fue ella la que lo leyó.

SERGIO.— Escúchame, Joaco. Pero escúchame con toda atención lo que voy a decirte. Cuando estés arriba de la encina, verás que esta ventana se abre ¿comprendes? y luego verás salir por ella a una paloma blanca (*Señalando la jaula.*) Ésta. Y entonces, dispararás.

JOAQUÍN.— Pero, don José...

SERGIO.— ¡Cállate! No le dispararás a la paloma. En el mismo momento verás que la puerta se abre y dispararás a la luz que sale de ahí.

JOAQUÍN.— ¿A la luz?

SERGIO.— Le harás puntería a la luz que sale de adentro y dispara... dispara una y dos veces.

JOAQUÍN.— ¿Pero no me dijo que la paloma saldrá por la ventana?

SERGIO.— Justamente. Tú dispararás hacia la puerta. Así don José no te dirá nada.

JOAQUÍN.— ¿Nada?

SERGIO.— Nada. Tú mismo verás cómo la paloma se vuela hacia... hacia el cielo, supongo. La paloma blanca volando hacia el cielo.

JOAQUÍN.— Pero aunque no la mate, don José se va a enojar. Me dijo que no disparara más.

SERGIO.— Yo le diré que te dije lo contrario.

JOAQUÍN.— Pero es que...

SERGIO.— ¿Qué? ¿No me tienes confianza? ¿No te he defendido siempre?

JOAQUÍN.— Sí, don Sergito, pero...

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) Vas a hacer lo que te mando. Lo vas a hacer, porque yo te lo mando.

(*Durante un segundo los dos hombres se enfrentan. Por último, el sirviente baja la mirada. En ese instante se escucha la voz de José que sube.*)

VOZ DE JOSÉ.— Sergio... ¿estás allá arriba?

(*Sergio reacciona súbitamente. Esconde la jaula tras unas cortinas.*)

SERGIO.— Sí... aquí estoy. (A Joaquín.) Anda ahora y no se te olvide lo que te dije.

JOSÉ.— (*Apareciendo.*) Ah... hacía años que no subía estas escaleras. Se me había olvidado que eran tan empinadas. ¿O será que yo me estoy poniendo viejo?

(*Joaquín sale.*)

SERGIO.— ¿Y Constanza? Creí que era ella quien iba a venir.

JOSÉ.— ¿Constanza?

SERGIO.— Sí. Le dije que viniera a ver los cuadros.

JOSÉ.— ¿Y a mí no me invitaste?

SERGIO.— No pensé que te interesaría.

JOSÉ.— ¡Estos artistas! Lo cierto es que iba a trabajar un poco en la contabilidad; pero preferí dejarla para mañana... No sé, esta noche no me siento con ganas de trabajar... ¿no me vas a decir que me quede?

SERGIO.— Sí, por supuesto.

JOSÉ.— Parece que no tuvieras ganas.

SERGIO.— José...

JOSÉ.— Sí, ya sé; ya sé. A ustedes los artistas les gusta estar solos. Constanza es lo mismo. Nunca me muestra lo que hace. Ni me pide una opinión.

SERGIO.— Tal vez tú nunca te hayas interesado lo suficiente para dársela.

JOSÉ.— ¿Cómo se defienden el uno al otro! Creo que durante esta semana se han aliado contra mí.

SERGIO.— ¿Te molesta?

JOSÉ.— ¡Sergio! ¿Cómo había de molestarme? Era lo único que deseaba. Si supieras lo... lo pre-ocupado que estuve, quiero decir... no sabía cómo ibas a reaccionar.

SERGIO.— Ya lo ves: reaccioné muy bien.

JOSÉ.— Así es. Y estoy muy contento. ¿Salieron a caminar juntos esta tarde?

SERGIO.— No, hoy no.

JOSÉ.— (*Camina un poco alrededor de la pieza.*) ¡Ah! Qué de recuerdos me traen todas estas cosas.

SERGIO.— ¿No viste a Constanza?

JOSÉ.— Creo que estaba en la cocina dándole algunas órdenes a Melania. ¿Te acuerdas, Sergio?

¿Te acuerdas todo lo que nos contábamos acá adentro, los secretos, los proyectos...?

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) Ojalá no se demore mucho.

JOSÉ.— ¿Quién?

SERGIO.— Constanza. No quisiera acostarme muy tarde. Estoy un poco cansado.

JOSÉ.— ¿No te sientes bien? Ayer cuando volviste de ese paseo con Constanza, te noté muy pálido.

SERGIO.— Me siento muy bien. Estoy un poco cansado, eso es todo.

JOSÉ.— Creo que el aire de campo te ha hecho bien. Yo le decía al doctor... en fin, allá ¿sabes? Le decía: Déjeme llevármelo, doctor. Estoy seguro que allá se restablecerá del todo.

SERGIO.— Sí, el campo me ha hecho bien. Supongo que será el aire, la tranquilidad. Volver a las cosas que se conocen.

JOSÉ.— Las cosas que se conocen... Eso es lo que he tratado de decir toda la noche.

SERGIO.— ¿Decirle a quién?

JOSÉ.— A mí mismo. ¿Cómo explicarte? Durante la comida... no sé qué me pasó... De repente me puse a pensar en el pasado, en las cosas de antes, las cosas que se conocen como tú acabas de decir y... no sé... no sé explicarlo...

SERGIO.— ¿Quieres que te muestre los cuadros?

JOSÉ.— Lo que siempre me ha impresionado contigo, Sergio, es esa facilidad para... para decir lo que sientes con palabras. Yo me paso horas tratando de buscar y... ¿tú me comprendes, no es cierto?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— Y ahora, por ejemplo, desde la comida, y después cuando me senté en la oficina y traté de sumar y... pero no pude. Andaba buscando algo, cómo explicarlo quiero decir. Y de repente porque sí, sin ninguna razón, tú dices: Las cosas que se conocen. ¡Y eso era todo lo que yo quería expresar!

SERGIO.— Me alegro por una vez de ser útil.

JOSÉ.— ¿Qué te pasa, Sergio?

SERGIO.— Nada. ¿Por qué?

JOSÉ.— ¿Por qué te siento tan... tirante esta noche? Como si no quisieras acercarte a mí.

SERGIO.— ¿Acercarme a ti?

JOSÉ.— Quiero decir, conversar.

SERGIO.— ¿Sobre qué?

JOSÉ.— ¿Qué sé yo? Antes conversábamos, ¿te acuerdas? Nos contábamos lo que nos pasaba, lo compartíamos todo.

SERGIO.— (*De pronto.*) José...

JOSÉ.— ¿Sí?

SERGIO.— Nada. Te voy a mostrar los cuadros.

(*Va a un rincón donde se amontonan.*)

JOSÉ.— ¿Y no vas a esperar a Constanza?

SERGIO.— A lo mejor se le ha olvidado.

JOSÉ.— ¿Sabes algo?

SERGIO.— ¿Qué?

JOSÉ.— Me gustaría que se le hubiese olvidado.

SERGIO.— ¿Por qué?

JOSÉ.— No sé... tengo ganas de pasar un rato largo a solas contigo, como lo hacíamos antes.

SERGIO.— ¿Y Constanza te molesta?

JOSÉ.— ¡Sergio! Cómo puedes decir eso... ¿Molestarme? No, no es eso. Quiero estar contigo, tranquilo, hablar de las cosas que se conocen. Este lugar me trae... no sé, tantos recuerdos.

SERGIO.— Yo lo pinté ¿sabes?

JOSÉ.— ¿Qué cosa?

SERGIO.— Esto. El palomar.

JOSÉ.— ¿Ah, sí? Un cuadro. A ver, muéstramelo.

SERGIO.— No uno sino muchos. Pinté centenares de cuadros del palomar, de esta pieza, de la escalera de caracol, de los baúles...

JOSÉ.— A ver, muéstrame, muéstrame.

SERGIO.— No los tengo aquí. Los pinté allá... donde estaba.

JOSÉ.— ¿En la clínica?

SERGIO.— Sí. Era lo único que pintaba. El... el doctor me hizo traer un caballete, unos lienzos. Dijo que sería bueno para la ¿cómo se llamaba? La terapéutica.

JOSÉ.— ¿Y por qué nunca me los mostraste?

SERGIO.— No sé.

JOSÉ.— Pero todas las semanas, cuando iba, cómo es que nunca los vi.

SERGIO.— Los escondía.

JOSÉ.— ¿Por qué?

SERGIO.— No creí que te interesaran.

JOSÉ.— ¡Sergio!

SERGIO.— No eran más que retratos del palomar. El palomar, el palomar y el palomar.

JOSÉ.— Justamente. Las cosas que se conocen. ¿Cómo no me iba a gustar verlas, Sergio? Es... ¿cómo explicarte? Hace unos minutos, cuando te dije que tenía ganas de estar solo contigo, era porque... porque cuando los dos estamos solos, no hay necesidad de explicar las cosas... no hay que decir qué es qué, ni quién es quién... Uno dice... el palomar, por ejemplo... y de inmediato tú y yo comprendemos de cuál palomar se trata, qué es lo que sucedía ahí, cuando veníamos... en fin, todo. ¿Me comprendes?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— No hay necesidad de explicar.

SERGIO.— No, no hay necesidad.

JOSÉ.— Pero con los demás. Incluso Constanza... hay que empezar por detallarle, por ubicar, por... en fin. Y no creo que nunca llegue a comprender lo que esto significa verdaderamente.

SERGIO.— No. No creo.

JOSÉ.— No es por falta de interés ¿sabes? Ni de cariño. Es... no sé. ¿No dices nada?

SERGIO.— ¿Qué quieres que te diga? Siento lo mismo, eso es todo. Pienso que podría durar para siempre.

JOSÉ.— Claro que sí.

SERGIO.— No me entiendes. Pienso que podríamos quedarnos los dos... aquí... para siempre.

JOSÉ.— (*Riendo.*) ¡En el palomar! Acuérdate que soy hombre casado.

SERGIO.— Justamente. Bastaría que...

JOSÉ.— ¿Qué?

SERGIO.— Nada. No hagas caso de lo que te digo. Estoy... ido esta noche. (*Hay un instante de silencio.*)

JOSÉ.— Como yo hace un rato... En el comedor, me... me fui. Tú sabes cuando pasa eso. Y me acordé, no sé por qué, de esa noche que peleamos.

SERGIO.— ¿Cuándo?

JOSÉ.— Esa noche que peleamos por la Torcaza, ¿no te acuerdas?

SERGIO.— No recuerdo haber peleado contigo.

JOSÉ.— Es una manera de hablar... Sin embargo, esa vez fue cuando más cerca estuvimos... ¿No te acuerdas? Tú debes haber tenido doce años, o tal vez menos. El tío Alejandro todavía se ocupaba del fundo ¿no te acuerdas?

SERGIO.— Hay muy pocas cosas que he olvidado, José. Casi nada.

JOSÉ.— Fue a la hora de comida cuando empezamos a discutir. Tú decías que tú ibas a montarla, y yo que... La acababan de amansar, ¿te acuerdas de la torcaza?

SERGIO.— Hace un rato apenas. Tenía las ancas como espejos.

JOSÉ.— Y de repente tú me acusaste de algo, no recuerdo de qué. Y el tío Alejandro se enojó. Todavía me acuerdo que se levantó de la mesa, golpeó con los puños y me prohibió que montara...

SERGIO.— Te acusé de que andabas en el pajar con la hija del llavero.

JOSÉ.— La hija del llavero... ¿Cómo te acuerdas de esas cosas? Y entonces me dio una rabia tremenda. Si hubiera podido lanzarte uno de los cuchillos lo habría hecho... Después de comida, desapareciste ¿no es cierto?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— Te busqué por todas partes.

SERGIO.— Estaba aquí.

JOSÉ.— Sí, de repente se me ocurrió que te habías escondido en el palomar. Vine a buscarte ¿no es cierto? ¿Y qué pasó después?

SERGIO.— Empezamos a pelearnos, a puñetes. Era la primera vez que lo hacíamos, la primera vez que yo había peleado a puñetes con nadie. Ni siquiera encendimos la lámpara, sino que en la pieza oscura empezamos a golpearlos, como si cumpliéramos algún rito.

JOSÉ.— Tú estabas tan raro.

SERGIO.— Me daba la impresión de que no era yo el que trataba de pegarte. Me daba la impresión de que yo estaba mirando a otras dos personas que se peleaban.

JOSÉ.— Y tuve la impresión... ¡qué cosa más rara! Que dejabas que yo te pegara, que... ¿cómo explicarte? que no te defendías, que esperabas que yo te pegara. (*Pausa.*) Creo que fue eso mismo lo que me hizo detenerme.

SERGIO.— ¿Y después?

JOSÉ.— ¿Después?

SERGIO.— Después, sí. ¿No te acuerdas de lo que pasó después?

JOSÉ.— Supongo que te habré pedido perdón.

SERGIO.— Mejor aún. Nos sentamos en el suelo, ahí mismo donde nos habíamos estado pegando, y nos pusimos a conversar. Fue la noche que más hablamos. Fue la primera vez que me atreví a contarte de que sería pintor.

JOSÉ.— ¿Que te atreviste?

SERGIO.— Antes siempre tenía miedo de que te rieras de mí.

SERGIO.— ¡Sí! Es verdad. Fue esa noche cuando me lo contaste. Ahora me acuerdo perfectamente. Estábamos ahí (*indica un lugar en el suelo*) y la ventana, abierta y... ¿no entró una paloma en ese momento?

SERGIO.— Sí.

(*Hay un silencio.*)

JOSÉ.— Fue antes de que se te ocurriera matarlas. ¡Qué raro cómo las cosas vuelven! ¡Qué raro...!

SERGIO.— ¿Sabes por qué las maté, José Pepe?

JOSÉ.— ¿Por qué?

SERGIO.— Porque ese lugar ya no nos pertenecía. El palomar ya no era nuestro. Tú habías dejado entrar... a otras personas.

JOSÉ.— ¿Lo sabías entonces? Fue lo que Constanza me dijo el otro día.

SERGIO.— ¿Qué?

JOSÉ.— Me dijo que tú habías muerto las palomas porque yo estaba aquí adentro con... en fin, con alguien.

SERGIO.— ¿Te dijo eso?

JOSÉ.— ¿Es cierto? (*Sergio no responde.*) Supongo que tendrá que ser así. Eras tan niño entonces...

SERGIO.— Me sentí tan solo, José.

SERGIO.— ¿Solo?

SERGIO.— Sí, solo. Cuando lo supe. Me sentí... dejado.

JOSÉ.— Pero, Sergio, si tú sabes que yo siempre...

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) No, no lo digas.

JOSÉ.— ¿Qué cosa?

SERGIO.— Lo que ibas a decir. No lo digas esta noche.

JOSÉ.— ¿Qué te pasa? Te he notado raro todo el día, o más bien desde ayer, cuando volvieron en la tarde con Constanza... ¡Mira! Creo que fue eso lo que me hizo cambiar a mí también.

Por eso me acordé, quiero decir. ¿Te pasa algo?

SERGIO.— No, nada.

SERGIO.— ¿Te sientes mal? Prefieres que le vaya a decir a Constanza que venga mañana.

SERGIO.— No, no. No me pasa nada. Por lo demás, no creo que Constanza venga ya.

JOSÉ.— Tienes razón. Algo debe haberle sucedido. Voy a verla.

SERGIO.— *(En el momento en que José va a salir.)* José...

JOSÉ.— ¿Sí?

SERGIO.— Dime, estás muy... quiero decir, ¿la quieres mucho?

JOSÉ.— ¿A Constanza?

SERGIO.— No, no me contestes mejor.

JOSÉ.— Pero si no es ningún secreto. Sí, Sergio. La quiero mucho. Tal como te dije el otro día: esta vez es en serio.

SERGIO.— Sí, ya me lo habías dicho.

JOSÉ.— Tú todavía no la conoces, Sergio... Quiero decir, que no has alcanzado a conocerla. Es extraordinaria, Sergio. A ratos no la comprendo y a ratos me parece que hemos vivido juntos desde siempre. Parece que tuviera un poder para adivinar cuando uno sufre. A lo mejor es porque ella misma cuando chica... en fin, si supieras cómo me ayudó cuando tú... en fin, me ayudó tanto... tiene algo maravilloso, Sergio, algo que no sé explicar, algo que se me escapa...

(Durante la última réplica ha aparecido Constanza.)

SERGIO.— Constanza...

JOSÉ.— Justamente estábamos hablando de ti.

CONSTANZA.— No me digan lo que conversaban. Estoy segura de que no era nada bueno.

SERGIO.— Te equivocas.

CONSTANZA.— ¿Mi marido estaba alabándome?

JOSÉ.— Tu marido y tu cuñado. Los dos. ¿No es cierto, Sergio?

CONSTANZA.— Perdónenme que me haya atrasado tanto; pero en la cocina había un pequeño drama... familiar también. Joaquín no ha aparecido a comer y Melania se negaba a guardarle...

SERGIO.— Yo lo mandé.

JOSÉ.— ¿Adónde?

SERGIO.— Lo mandé al pueblo, a buscar unas cosas que necesitaba.

CONSTANZA.— ¿A esta hora?

SERGIO.— No, hace rato.

CONSTANZA.— ¡Qué raro! Me pareció verlo después que nosotros habíamos comido.

JOSÉ.— Te has confundido, eso es todo. ¿Y se solucionó el drama?

CONSTANZA.— Sí. A la postre, pesó más la opinión de Antonia, más que la mía incluso, y Melania le guardó un plato.

JOSÉ.— ¡Perfecto! Ya ves como todo se arregla. Y ahora los dejo.

CONSTANZA.— ¿Por qué?

JOSÉ.— Voy a irme a acostar. Parece que Sergio quería mostrarte sus cuadros.

CONSTANZA.— ¿Y por qué no te quedas tú también?

JOSÉ.— *(Riendo.)* Porque a ustedes los artistas no les gusta la presencia de los... ¿cómo es que los llaman? Profanos. ¿No es eso? No, no, no... no se molesten por mí. Les comprendo todas sus manías. Además mañana tengo que levantarme temprano. Tengo que ir a ver unos potreros al otro lado del fundo. *(Al ir a salir, se detiene, se da vuelta hacia Sergio.)* Gracias...

SERGIO.— ¿Gracias?

JOSÉ.— Por todo. Me sacaste un peso de encima. Hay noches en que uno está así... no sé...

CONSTANZA.— ¿Te sientes mal?

JOSÉ.— No. Estoy más cansado que de costumbre. Y de repente uno necesita... no sé. En fin, tú me comprendes... Buenas noches...

CONSTANZA.— Veamos esos cuadros...

SERGIO.— ¿No preferirías dejarlo para mañana?

CONSTANZA.— No.

SERGIO.— La luz no es muy buena.

CONSTANZA.— No importa.

SERGIO.— Y estoy un poco cansado.

CONSTANZA.— ¿También? Parece que todos están cansados esta noche. ¿Cuáles son?

SERGIO.— (*Mostrándolos.*) Ésos.

CONSTANZA.— Salvo yo.

SERGIO.— ¿Tú qué?

CONSTANZA.— Yo no estoy cansada. A ver, ayúdame.

SERGIO.— ¡Cuidado! Deben estar llenos de polvo.

CONSTANZA.— (*Descubriendo la jaula al tomar uno de los cuadros.*) ¿Qué es esto?

SERGIO.— ¿Qué cosa?

CONSTANZA.— Esta jaula que hay aquí.

SERGIO.— (*Súbitamente.*) Déjala. No la toques.

CONSTANZA.— Estás muy nervioso.

SERGIO.— Dámela.

CONSTANZA.— (*Llevándola hacia la luz.*) Y tiene una paloma...

SERGIO.— Dámela, por favor.

CONSTANZA.— ¿Por qué? ¿No puedo verla acaso?

SERGIO.— Es mía.

CONSTANZA.— ¿Y para qué quieres una paloma?

SERGIO.— Dámela (*Le arrebatla la jaula de las manos.*) Dámela.

CONSTANZA.— Creí que no te gustaban las palomas.

SERGIO.— ¿A mí?

CONSTANZA.— Como las hacías matar...

SERGIO.— (*Mostrando un cuadro.*) Éste es uno de los primeros.

CONSTANZA.— (*Siempre con la jaula entre las manos.*) Es toda blanca. Como la que Joaquín...

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) De los primeros que pinté quiero decir.

(*Ella lo mira. Deja la jaula sobre la mesa.*)

CONSTANZA.— Hm.

SERGIO.— Cuando apenas sabía cómo se tomaba un pincel.

CONSTANZA.— Hm. Hm.

SERGIO.— Y estos son posteriores.

CONSTANZA.— Después tomaste clases.

SERGIO.— ¡No! ¿Cómo quieres? Aquí en el fundo...

CONSTANZA.— ¿Por qué no te fuiste a Santiago?

SERGIO.— ¿Solo?

CONSTANZA.— José estaba allá.

SERGIO.— No. Ya había vuelto. Había terminado sus estudios. Vivíamos aquí los dos.

CONSTANZA.— Solos. (*Él no responde.*) A ver... a ver ése...

SERGIO.— (*Mostrando un cuadro.*) Es un apunte. En ese bosque donde fuimos a caminar... (*Súbitamente enmudece.*)

CONSTANZA.— ¿Ayer?

SERGIO.— Sí. éste es el camino que nosotros tomamos.

CONSTANZA.— ¿Es de los primeros, no?

SERGIO.— ¿Cómo?

CONSTANZA.— Te pregunto si es de los primeros que pintaste.

SERGIO.— Sí... quiero decir no.

CONSTANZA.— ¿Qué te pasa?

SERGIO.— ¿A mí? Nada. ¿Por qué?

CONSTANZA.— No sé. Me pareció que algo te sucedía.

SERGIO.— ¿A mí?

CONSTANZA.— Debe haber sido una falsa impresión (*Vuelve a mirar el cuadro.*) Me gusta. Me gusta la composición.

SERGIO.— Constanza...

CONSTANZA.— ¿Qué?

SERGIO.— No, nada.

CONSTANZA.— Los árboles... y ese camino apenas diseñado. Como si fuera a esconderse al bosque.

SERGIO.— Constanza...

CONSTANZA.— ¿Qué te pasa, Sergio?

SERGIO.— ¿Por qué me contaste esas cosas ayer?

CONSTANZA.— ¿Qué cosas?

SERGIO.— Todo lo que me dijiste. En fin...

CONSTANZA.— Son cosas que te conté.

SERGIO.— Pero ¿por qué?

CONSTANZA.— Tal vez porque ayer yo estaba... ¿cómo es que dijo José hace un rato?... cansada.

SERGIO.— Sí, pero por qué me lo contaste a mí.

CONSTANZA.— ¿Y por qué no?

SERGIO.— No comprendo.

CONSTANZA.— No importa. Sígueme mostrando.

SERGIO.— Pero, Constanza...

CONSTANZA.— Sígueme mostrando (*Él obedece.*) No tan rápido. No alcanzo a ver... Espera. Ése también es interesante. Tiene algo. ¿Es el mismo bosque, verdad?

SERGIO.— El mismo.

CONSTANZA.— Es curioso cómo algunos temas inspiran más que otros. Hacen salir cosas, quiero decir.

SERGIO.— Cuando chicos íbamos muy a menudo a ese bosque.

CONSTANZA.— ¿Íbamos?

SERGIO.— José, quiero decir. Y yo.

CONSTANZA.— ¿Y no has pintado este palomar?

SERGIO.— No.

CONSTANZA.— ¡Qué raro! Sin embargo el palomar parecía muy importante en toda esa vida.

SERGIO.— ¿José te ha contado algo?

CONSTANZA.— No.

SERGIO.— ¿Entonces por qué lo dices?

CONSTANZA.— Imagino.

SERGIO.— Sí. Era muy importante.

(*Constanza lo mira un segundo, sorprendida tal vez por el desafío en su voz. Permanecen los dos mudos.*)

CONSTANZA.— (*Mirando uno de los cuadros.*) Ése no me gusta. Es blando. Yo tenía un profesor... me pregunto qué le habrá pasado... que me enseñó a despreciar todo lo que era blando. A veces, cuando estaba modelando se acercaba por detrás y hundía su espátula en la greda que uno trabajaba. ¡Es blando!, gritaba. Blando, empieza de nuevo. Y creo que desde entonces odio todo lo que es blando...

SERGIO.— Constanza, ¿por qué me contaste todo eso ayer?

CONSTANZA.— ¡Por Dios! De repente tienes voz de fiscal.

SERGIO.— ¿Por qué me lo contaste?

CONSTANZA.— Tranquilízate.

SERGIO.— ¿Por qué? ¿Por qué?

CONSTANZA.— No sé por qué, Sergio. Supongo que sería porque tenía ganas de contárselo a alguien.

SERGIO.— Pero ¿por qué a mí?

CONSTANZA.— ¿A tí? No, a tí no, Sergio. A alguien que estuviera cerca. Hay días en que eso sucede. Ayer por ejemplo. Cuando íbamos caminando sentí la súbita necesidad... no sé. Pero ¿para qué volvemos a hablar de todo eso, Sergio? Es un tema que tanto tú como yo preferimos olvidar ¿no es cierto?

SERGIO.— ¿Olvidar? ¿Tú crees que uno olvida algo?

CONSTANZA.— Tal vez no. Pero se puede pensar en otras cosas. Qué sé yo... alejar recuerdos... *(Se ha detenido frente a la jaula. Mira la paloma.)* Qué blanca es... ¿Nunca se te ha ocurrido dibujarlas? Las palomas quiero decir. Lograr este blanco debe ser muy difícil. Tiene... no sé, me parece... algo de azul, algo de negro. Eso me ha impresionado siempre. Uno dice el nombre de un color: blanco por ejemplo, o verde, o negro y ni siquiera piensa que en él se esconden tres, cuatro o más colores...

SERGIO.— *(Interrumpiendo.)* Constanza, te voy a pedir que te vuelvas a la casa. Por favor, vuélvete. Por favor...

CONSTANZA.— No seas niño, Sergio.

SERGIO.— Por favor ándate y llévate esa jaula.

CONSTANZA.— Vamos a volver los dos juntos.

SERGIO.— No.

CONSTANZA.— Tú estás muy nervioso esta noche. Lo mejor es que te vayas a acostar.

SERGIO.— No, no. No. Ándate, Constanza, y déjame solo.

CONSTANZA.— Sergio...

SERGIO.— ¿Para qué me contaste todo eso ayer? Todo habría sido más simple... ¿para qué? ¿No te das cuenta que soy tu cuñado? ¿El hermano de tu marido?

CONSTANZA.— Sí, Sergio.

SERGIO.— ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta?

CONSTANZA.— Eres mucho más que eso. Mucho más. Eres mucho más que el hermano de mi marido.

SERGIO.— ¿Qué quieres decir?

CONSTANZA.— Nada.

SERGIO.— ¿Será acaso que me elegiste a mí de adrede? ¿Para herirme?

CONSTANZA.— Ya te he dicho que no te elegí.

SERGIO.— Para herir a José a través de mí.

CONSTANZA.— Y eso no lo puedes aceptar, ¿verdad? No puedes aceptar nada que lo hiera.

SERGIO.— No.

CONSTANZA.— Ni que lo toque siquiera.

SERGIO.— No. Nada.

CONSTANZA.— Nada que no seas tú. Que no sea tuyo.

SERGIO.— No, no, no.

CONSTANZA.— De todos modos jamás llegará a saberlo.

SERGIO.— ¿Cómo?

CONSTANZA.— No vas a ser tú quien se lo diga.

SERGIO.— ¿Estás segura?

CONSTANZA.— Sí.

SERGIO.— Tal vez tengas razón. Pero después...

CONSTANZA.— ¿Después? ¿Después de qué?

SERGIO.— De nada.

CONSTANZA.— ¿Qué es lo que quisiste decir?

SERGIO.— Nada. Nada.

CONSTANZA.— ¿Después de qué, Sergio?

SERGIO.— No sé, no sé... Ándate, Constanza, por favor ándate.

CONSTANZA.— Cálmate, Sergio. Nada sacamos con gritarnos.

SERGIO.— *(Cada vez con más exasperación.)* Ándate, Constanza. Ándate antes que sea demasiado tarde. Ándate y llévate esta jaula.

CONSTANZA.— ¿Tarde?

SERGIO.— ¡Tarde sí!

CONSTANZA.— ¿Pero qué es lo que te pasa?

SERGIO.— *(Extendiéndole la jaula.)* Toma... ¡Toma!

(Le arroja la jaula y ésta cae al suelo. La puerta se abre y la paloma vuela por la ventana. Casi al mismo instante se escuchan unos disparos.)

CONSTANZA.— ¿Qué es eso? *(Sergio de pronto se ha inmovilizado. No responde.)* ¿Disparos...?

¿Quién disparó?

(Rápidamente baja. Sergio permanece solo, anonadado en el lugar donde estaba. Se escuchan gritos que vienen de la casa, voces.)

VOZ DE JOSÉ.— *(A lo lejos.)* Constanza... Constanza...

VOZ DE CONSTANZA.— Sí... aquí estoy, en el palomar.

VOZ DE JOSÉ.— ¿Qué es lo que pasa?

VOZ DE CONSTANZA.— No sé... Disparos... Había una paloma...

VOZ DE JOSÉ.— Espérame ahí... ya voy... ¿Dónde está Sergio?

(Sobreviene un silencio. Lentamente Constanza sube por la escalera de caracol. Se detiene en lo alto de ella. Mira a Sergio.)

CONSTANZA.— Dispararon contra la puerta y no contra la paloma... ¿Será posible, Sergio, por lo que yo te conté ayer...? Pobre, pobre Sergio... ¿Para eso te sirve el palomar ahora? ¿Para inventar crímenes de pacotilla?

Telón

TERCER ACTO

(El salón de la casa. Antonia entra trayendo unas maletas. A los pocos segundos aparece Melania.)

MELANIA.— ¿Se va?

ANTONIA.— Sí. Me dijo que trajera las maletas.

MELANIA.— ¿Y el patrón sabe?

ANTONIA.— No. Me parece que no.

MELANIA.— Cómo había de saber, cuando salió temprano esta mañana y todavía no ha vuelto.

ANTONIA.— Yo no sé lo que se va a armar cuando vuelva.

MELANIA.— ¿Sería por lo de los tiros de anoche?

ANTONIA.— ¿Qué cosa?

MELANIA.— Que se va.

ANTONIA.— ¡Vaya a saber una!

MELANIA.— Llegó como lienzo anoche. Traía la cara blanca y los ojos asustados.

ANTONIA.— ¿Qué dónde estabas tú?

MELANIA.— En la cocina, pues. ¿No ve que le estaba guardando comida al Joaquín?

ANTONIA.— Otro que desapareció...

MELANIA.— Sí, pues. Desde anoche. Para mí que él es el que disparó.

ANTONIA.— ¿Y quién si no?

MELANIA.— ¿Usted cree?

ANTONIA.— Claro... ¿Para qué iba a desaparecer entonces?

MELANIA.— Y el patrón ya le había dicho...

ANTONIA.— Todavía queda una maleta. Anda a buscarla.

MELANIA.— ¿En la pieza está?

ANTONIA.— Sí, pues. Anda a buscarla.

MELANIA.— ¿Me dejará entrar?

ANTONIA.— No está nada ahí. Anda en el jardín.

(Melania sale.)

ANTONIA.— (*Asomándose a la puerta.*) ¡Eh... Ruperto! ¿Está listo el coche?

VOZ DE RUPERTO.— Listo.

ANTONIA.— Hay que cargar las maletas entonces.

(*Constanza entra por las puertas que conducen al jardín.*)

CONSTANZA.— ¿No ha vuelto don José?

ANTONIA.— No, señorita. Pero todo está listo. El Ruperto ya está cargando.

CONSTANZA.— ¿No tienes idea adónde habrá ido?

ANTONIA.— ¿El patrón?

CONSTANZA.— Sí.

ANTONIA.— Creo que esta mañana le of decir que iba para el potrero de La Estrella.

CONSTANZA.— ¿Queda lejos?

ANTONIA.— Lejazo. Por eso no ha vuelto, digo yo.

(*Melania entra con la maleta.*)

MELANIA.— Aquí está.

ANTONIA.— Llévalas con las otras para afuera. El Ruperto está cargando.

CONSTANZA.— ¿Y don Sergio?

ANTONIA.— Para el jardín lo vimos salir. A ver, Melania, toma ésta que es más pesada.

(*Entre las dos sirvientes cargan las maletas y salen. Constanza se pasea nerviosamente durante algunos segundos. Enciende un cigarrillo y decide salir por las puertas que conducen al jardín. Pero al ir a hacerlo, se detiene. Vuelve a la pieza y pretexto arreglar un ramo de flores. Entra Sergio. Cuando la ve, pretende ignorarla y atraviesa la estancia en dirección a la puerta que comunica con las habitaciones...*)

CONSTANZA.— Sergio...

SERGIO.— ¿Qué hay?

CONSTANZA.— José no ha llegado todavía.

SERGIO.— ¿Y?

CONSTANZA.— Te vas a ir así, sin ni siquiera haberlo dicho...

SERGIO.— Él sabe dónde encontrarme.

CONSTANZA.— De todos modos...

SERGIO.— ¿Qué te pasa, Constanza? Tienes miedo de repente.

CONSTANZA.— ¿Miedo?

SERGIO.— Sí, miedo que sepa la razón por la cual me voy.

CONSTANZA.— No seas tonto, Sergio.

SERGIO.— Pierde cuidado. No se la diré. Ya nunca tendré que decirle nada a nadie. Nunca más.

Allá donde voy uno se puede enterrar con sus secretos.

CONSTANZA.— Escúchame, Sergio... Pero escúchame con calma.

SERGIO.— ¿Qué quieres?

CONSTANZA.— ¿No sería mejor acaso que te detuvieras un instante?

SERGIO.— ¿Y?

CONSTANZA.— Que miraras las cosas de frente. Que te dieras cuenta.

SERGIO.— ¿De qué?

CONSTANZA.— De que estamos obligados a vivir juntos.

SERGIO.— ¿Obligados?

CONSTANZA.— Sí. Por muchas razones.

SERGIO.— ¿Qué quieres decir?

CONSTANZA.— Durante una semana, tú y yo, los dos, lo reconozco, hemos hecho grandes esfuerzos. Hemos conversado, hemos salido a caminar juntos, hemos tratado de ajustarnos el uno al otro. ¿Para qué vamos a destruir todo lo que hemos ganado? En cuanto a la absurda escena de anoche... bueno, yo estoy pronta a olvidarla.

SERGIO.— Pero yo no. Ya te lo dije: nunca he sabido olvidar.

CONSTANZA.— Qué irreal eres, Sergio. Qué niño.

SERGIO.— Por favor, Constanza.

CONSTANZA.— No, Sergio. Tienes que hacer el esfuerzo. Ya no tienes edad para sentirte solo y desgraciado.

SERGIO.— ¿Edad?

CONSTANZA.— Ya no puedes sentarte a escribir mensajes que digan: esta noche me siento muy solo y amarrarlos a las patas de las palomas.

SERGIO.— No es cuestión de edad, Constanza, sino de raza.

CONSTANZA.— No te comprendo.

SERGIO.— Yo no pertenezco a esa raza. No puedo ni sé abrir los ojos y mirar.

CONSTANZA.— Pero algún día tendrás que hacerlo.

SERGIO.— ¿Por qué? Allá donde voy lo único que te piden es que no abras los ojos. Te dicen el día entero que descanses, que te ocupes de cosas que te distraigan, que no pienses.

CONSTANZA.— Eso es por un tiempo, Sergio.

SERGIO.— Es para siempre.

CONSTANZA.— ¿Qué?

SERGIO.— Me vuelvo a la clínica para siempre.

CONSTANZA.— Son cosas que uno dice...

SERGIO.— Hay sólo dos lugares en el mundo donde yo podía vivir, Constanza. Aquí... y en la clínica.

CONSTANZA.— Escondiéndose.

SERGIO.— Sí, Constanza, escondiéndose. O más bien no... escondiéndose no. Sintiendo protegido que es muy distinto. A pesar de todo, en esa pieza blanca que detesto, blanca, helada, perfecta, no sé por qué me siento protegido. Me doy cuenta ahora: me voy a la clínica porque quiero sentirme protegido.

CONSTANZA.— Todo ha sido demasiado fácil, eso es lo que pasa. Todo te fue dado porque sí.

SERGIO.— Yo no tengo la culpa.

CONSTANZA.— No, claro que no.

SERGIO.— Tengo que sentirme protegido. No puedo vivir en otra forma. A cada cual se le ordena la vida de distinta manera. A mí se me ordenó así.

CONSTANZA.— Pero eso no quiere decir que no pueda cambiar. Ahora, por ejemplo, se te pide que hagas un esfuerzo, que mires, que trates de reaccionar y lo único que se te ocurre hacer es correr a esconderte ¡en una clínica o jugando a los bandidos en un palomar!

SERGIO.— Sí, Constanza, ¡jugando a los bandidos en un palomar!

CONSTANZA.— ¡Ah, si hubieras tenido que enfrentarte con las cosas que yo tuve que enfrentarme! Si hubieras tenido que abrirte camino como yo...

SERGIO.— Habría sido distinto, Constanza. O me habría muerto. No sé, pero lo cierto es que esas cosas no me sucedieron.

CONSTANZA.— Tenía que seguir viviendo.

SERGIO.— Y sacrificar a José.

CONSTANZA.— Pero ¿por qué sacrificarlo? ¿Por qué dices eso? Él me quiere.

SERGIO.— Sí, él te quiere y mucho más de lo que tú imaginas. Eso es lo horrible. Él está tan enamorado de ti y tú sólo te casaste con él porque... *(Se detiene al borde de las palabras.)*

CONSTANZA.— *(Con voz firme.)* Porque estaba esperando un niño. Sergio, un niño de alguien que no se quería casar conmigo.

SERGIO.— ¿Cómo pudiste?

CONSTANZA.— No sé. Pero ésa es la verdad.

SERGIO.— ¿Cómo pudiste engañarlo?

CONSTANZA.— Nada saco con mentirme a mí misma ahora.

SERGIO.— Si él lo supiera... Si supiera cómo perdiste a ese niño cuando ya estabas casada, cuando no había nada que hacer. Si supiera que nunca lo quisiste de verdad...

CONSTANZA.— Sí. Tal vez no me perdonaría.

SERGIO.— Más que eso. Lo destruirías.

CONSTANZA.— Quizás sea como tú dices. Lo destruiría. *(Con un cierto cansancio en la voz.)* Ustedes son tan blandos, Sergio. Los dos. Parece que el uno sin el otro no alcanzarán a sumar un hombre.

SERGIO.— La mayor parte de la gente es así, Constanza. Incompleta en cierta forma. Incapaz. Desvalida.

CONSTANZA.— No todos, Sergio. Aun José se salva a ratos porque le gusta el amor. Es curioso, la pasión lo enciende de repente y se transforma en hombre. Pero son sólo momentos.

SERGIO.— Qué tremendamente duras pueden ser las mujeres cuando no quieren a un hombre y hablan de él.

CONSTANZA.— ¿Dura? No, Sergio, estoy tratando de comprender. Yo siempre he creído que comprendiendo se puede salir adelante.

SERGIO.— A costa de los demás, Constanza. Siempre se termina hiriendo a alguien.

CONSTANZA.— No creo que lo hiera. Ahora no por lo menos.

SERGIO.— ¿Lo quieres acaso...? Contéstame: ¿lo quieres?

CONSTANZA.— No... Por lo menos no en la forma que tú lo entiendes.

SERGIO.— ¿Entonces por qué te quedas con él?

CONSTANZA.— Por que es algo que está hecho, Sergio. Una decisión que tomé. Mi vida debe seguir adelante en esta forma. ¿No me comprendes? ¿Por qué no haces un esfuerzo y tratas de mirar las cosas bajo otro ángulo, el mío? ¿Por qué no tratas de comprender?

SERGIO.— Ya es demasiado tarde, Constanza.

CONSTANZA.— ¿Por qué?

SERGIO.— Comprender no cambiaría nada.

CONSTANZA.— ¿Por qué? ¿Porque nunca podrás perdonarme el que me haya casado con José?

SERGIO.— A lo mejor.

CONSTANZA.— (*Con cierto desprecio.*) Pobre Sergio...

SERGIO.— Eso es lo que debieras haber dicho desde el comienzo, Constanza. Pero en otro tono.

VOZ DE ANTONIA.— ¡Señora! ¡Señora...! Allá parece que viene el caballero.

(Sergio inicia el mutis.)

CONSTANZA.— ¿Adónde vas?

SERGIO.— A mi pieza.

CONSTANZA.— ¿No quieres ver a José?

SERGIO.— Tengo que arreglar algunas cosas todavía.

CONSTANZA.— No, Sergio. Te quedarás aquí esperándolo. Tú mismo le dirás la decisión que has tomado.

(Constanza sale. Y aparece Antonia.)

ANTONIA.— Señora, ya llegó... ¿No estaba aquí la señora?

SERGIO.— Se acaba de ir a su pieza.

ANTONIA.— El caballero viene llegando. Le voy a ir a avisar.

(Antonia sale. Al permanecer solo y mientras se escuchan las voces de José y Ruperto afuera, Sergio piensa retirarse. Pero por último permanece en el cuarto. Entra José.)

JOSÉ.— (*Llamando desde afuera.*) ¡Sergio! ¡Sergio...! (*Aparece.*) Sergio ¿qué es lo que me dice Ruperto? ¿Qué vas a irte?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— Pero ¿por qué? ¿Dónde? ¿Dónde te vas?

SERGIO.— Me vuelvo a la clínica.

JOSÉ.— ¿Por qué? ¿No te has sentido bien? Era lo que pensaba. Estos últimos días has andado con muy mala cara.

SERGIO.— No, no me siento muy bien.

JOSÉ.— ¿Qué es lo que sientes?

SERGIO.— Lo mismo.

JOSÉ.— ¿Y será prudente viajar a esta hora? ¿No sería preferible llamar al doctor y preguntarle?

SERGIO.— No, José. Déjame... Yo sé lo que hago.

JOSÉ.— Tal vez debieras tomarte una de esas pastillas.

SERGIO.— Ya lo tomé.

JOSÉ.— ¿Y no te hizo efecto?

SERGIO.— Sí, sí me hizo. Pero... ¿cómo explicarte? No es que me sienta verdaderamente mal; pero creo que es preferible que me vaya.

JOSÉ.— ¿Fue lo que te recomendó el doctor?

SERGIO.— Sí, eso es. Fue lo que me recomendó el doctor. Que apenas sintiera la menor molestia...

JOSÉ.— Tal vez fui yo quien desencadenó todo esto.

SERGIO.— ¿Tú?

JOSÉ.— Sí, anoche. No sé qué me pasaba... Tal vez no debí ir a verte al palomar.

SERGIO.— No te preocupes, José Pepe. Tú nada tienes que ver en el asunto.

JOSÉ.— Es que uno se siente tan... tan inútil contigo. No sé qué hacer...

SERGIO.— Nada, José Pepe, nada. ¿Qué vas a hacer?

JOSÉ.— Ayudarte... no sé... En fin, voy a ir a cambiarme de ropa y te llevo.

SERGIO.— No, no quiero que me vayas a dejar.

JOSÉ.— ¿Qué?

SERGIO.— Ya hice cargar las maletas en el auto para que me lleve a la estación. Voy a tomar el tren.

JOSÉ.— ¿Por qué?

SERGIO.— Por que quiero irme en tren.

JOSÉ.— No seas tonto, Sergio. Yo te iré a dejar en auto.

SERGIO.— (*Gritando de pronto.*) ¡Quiero irme en tren! (*Se retiene.*) Perdóname. Quiero irme solo. Estoy perfectamente bien y quiero irme solo. Mandé un telegrama a la clínica e irán a buscarme a la estación.

JOSÉ.— (*Desplomándose en un asiento.*) ¿Qué es lo que te pasa, Sergio? ¿Qué es lo que te pasa? Explícame al menos...

SERGIO.— No me pasa nada.

JOSÉ.— Hace una semana, cuando llegaste, me dijiste que nunca volverías a esa clínica... que no podías, que... Y ahora te vuelves.

SERGIO.— Me equivoqué. Creí que al volver iba a... acostumbrarme aquí, donde siempre he vivido. Pero parece que mi estadía en la clínica fue demasiado larga, José.

JOSÉ.— ¿Qué quieres decir?

SERGIO.— Es allá donde tengo que vivir.

JOSÉ.— ¿Vivir? Nadie vive en una clínica, Sergio.

SERGIO.— Muchas más personas de las que te imaginas. Matías hace más de quince años que está allá.

JOSÉ.— ¿Matías?

SERGIO.— Ese amigo que te conté que tenía. También le telegrafí. Va a estar contento cuando sepa que yo vuelvo.

JOSÉ.— Sergio, no puedes estar hablando en serio. ¿Qué son esas ideas ahora? ¿Qué es eso de irse a vivir a la clínica?

SERGIO.— Es algo que he decidido.

JOSÉ.— Tú no puedes decidir cosa alguna. El doctor dirá.

SERGIO.— Tienes razón: el doctor dirá.

JOSÉ.— Y por lo demás, todo eso es un absurdo. Ésta es tu casa. Aquí están tus cosas, la gente que te quiere, lo tuyo.

SERGIO.— Ya parece que no, José.

JOSÉ.— ¡Ah! ya sé. Lo dices por Constanza. Apostaría a que tuvieron una pelea y por eso te has precipitado...

SERGIO.— No, José.

JOSÉ.— ¿Es eso, no es cierto? ¿Es eso?

SERGIO.— No, José, no. No hemos peleado.

JOSÉ.— Tal vez pelear no; pero encuentras difícil organizar tu vida acá con una persona extraña. Al fin y al cabo nosotros siempre estuvimos acostumbrados a estar solos. Juntos, quiero decir, pero solos. Es cuestión de tener un poco de paciencia, Sergio. Ya verás cómo todo se arregla. Constanza te quiere tanto como yo.

SERGIO.— ¿Constanza?

JOSÉ.— Sí, ella me lo ha dicho. Me lo ha dicho cien veces desde que tú llegaste. ¿No me crees? Tal vez ¿quieres que la llame para preguntarle delante de ti?

SERGIO.— No, José.

JOSÉ.— Pero es la verdad. ¿O será que... crees que yo...? ¿Es eso, Sergio? Tal vez no me he preocupado suficiente, ¿te has sentido solo?

SERGIO.— Solo... Sí quizás me he sentido solo.

JOSÉ.— ¡Lo sabía! Ahora mismo, mientras volvía de La Estrella me lo estaba diciendo. A lo mejor Sergio se siente solo. Tengo que acompañarlo más.

SERGIO.— Me has acompañado mucho.

JOSÉ.— He tenido tanto que hacer en el fundo. Y además...

SERGIO.— ¿Además?

JOSÉ.— Ahora soy un marido, Sergio, no tienes que olvidarlo y debo... en fin, tú me comprendes ¿no es cierto?

SERGIO.— Sí. Te comprendo.

JOSÉ.— Pero eso no quiere decir que he dejado de... quererte como siempre.

SERGIO.— ¿Querermé?

JOSÉ.— No sé qué otra palabra emplear.

SERGIO.— ¿Qué quiere decir: querermé?

JOSÉ.— Te he querido siempre, Sergio. A pesar de lo distintos que somos. Siempre me he sentido unido a ti por algo fuerte.

SERGIO.— ¡Cuidado, José! Cuidado con las palabras que empleas.

JOSÉ.— ¿Cuáles palabras, Sergio?

SERGIO.— Querer, por ejemplo. ¿Tú crees que uno puede querer verdaderamente a más de una persona?

JOSÉ.— Ah, Sergio... ¿Para qué complicar todo? Ya sabes que soy incapaz de seguirte en esos... en esos... en esa manera que tienes de analizar las cosas, de deshacerlas, de hurguearlas. Yo no soy así, Sergio. Sé que te quiero porque eres mi hermano y eso es todo.

SERGIO.— Desgraciadamente.

JOSÉ.— ¿Cómo?

SERGIO.— Desgraciadamente, eso es todo. Todo para ti, José.

JOSÉ.— Escúchame, Sergio... Tratemos de ver esto con tranquilidad. Ante todo no te vayas esta noche. Mañana, si todavía lo juzgas necesario, yo mismo iré a dejarte a la clínica, hablaremos con el doctor y veremos lo que se puede hacer. Quizás un viaje... qué sé yo... en fin, él dirá. ¿Qué te parece?

SERGIO.— Voy a irme en el tren de esta noche, José.

JOSÉ.— ¿Lo tienes absolutamente decidido?

SERGIO.— Sí.

JOSÉ.— ¿Y no quieres que te acompañe?

SERGIO.— No, José. Perdóname.

JOSÉ.— ¿Ni siquiera quieres que te vaya a dejar a la estación?

SERGIO.— No, José. Voy a tener que ir a mi pieza ahora. Tengo que arreglar algunas cosas todavía. *(Sergio sale. José permanece anonadado. Constanza entra después de algunos segundos y, sin decir una sola palabra, viene a sentarse junto a su marido.)*

JOSÉ.— *(Después de un tiempo.)* Se va, Constanza. Vuelve a la clínica.

CONSTANZA.— Sí.

JOSÉ.— ¿Tú lo sabías?

CONSTANZA.— Sí. Lo supe esta tarde.

JOSÉ.— ¿Por qué, Constanza? ¿Por qué?

CONSTANZA.— No sé.

JOSÉ.— ¿Tienen algún disgusto? Alguna pelea...

CONSTANZA.— No.

JOSÉ.— Tú sabes cómo es... yo había tratado de explicártelo.

CONSTANZA.— Apenas, José.

JOSÉ.— Es que ni yo mismo lo entiendo. Lo quiero, lo quiero, Constanza, y no lo entiendo.

CONSTANZA.— Lo sé.

JOSÉ.— A lo mejor has dicho algo... algo de lo cual ni siquiera te acuerdas.

CONSTANZA.— No, José. No he dicho nada. Nada pasó.

JOSÉ.— Si al menos hubiese alguna razón...

(*Entra Sergio. Trae una maleta de viaje pequeña en la mano.*)

SERGIO.— Creo que todo está listo.

JOSÉ.— Sergio, no hay nada...

SERGIO.— (*Interrumpiendo.*) Voy a pedirte un favor, José. Cuando vuelva Joaquín, no le hagas nada, por lo de los disparos quiero decir. No sabe y... y en un tiempo me ayudó mucho.

JOSÉ.— ¿No quieres verdaderamente que te acompañe? ¿Aunque más no sea hasta la estación?

SERGIO.— No, José. (*Extendiendo la mano hacia Constanza.*) Adiós, Constanza

(*Constanza le estrecha la mano sin hablar.*)

JOSÉ.— ¿Podremos ir a verte, no es cierto? El próximo domingo quiero decir... ¿podremos ir a verte... allá?

SERGIO.— Tendrán que preguntarle al doctor. Yo le diré que les escriba. Bueno... hasta luego, José Pepe...

(*José lo abraza largamente. Sergio trata de liberarse del abrazo y lo logra. Sale.*)

JOSÉ.— Te llamaré esta noche. Quiero decir, que iré donde los vecinos y telefonearé al doctor...

(*Sigue a Sergio hacia fuera. Se escucha su voz.*) Él me podrá decir. ¿No es cierto? Y ojalá que podamos ir a verte el domingo... iremos de todos modos. La otra vez fue distinto.

Ahora estás bien... quiero decir que... en fin, tú me comprendes.

(*Se escucha el ruido de un motor que parte. Las voces que se despiden, el motor, el ruido del automóvil que se aleja. Durante algunos segundos reina un gran silencio. Y luego aparece José en la puerta. Constanza, que durante toda la escena ha permanecido en la pieza, lo mira.*)

JOSÉ.— No sé... tenía una mirada tan rara ¿Te fijaste? No era como la otra vez... no sabría decir; pero algo tenía en los ojos.

CONSTANZA.— ¿Quieres tomar algo?

JOSÉ.— No, no gracias. Me miró... cuando se subió al auto, quiero decir y... fue una vez que peleamos, la otra noche lo recordamos, entonces también me miró así, cómo... ¿cómo explicarte? Como si esperara que yo lo golpeará... ¿no te fijaste en la mirada que tenía?

CONSTANZA.— No, José.

JOSÉ.— ¿Qué hora es?

CONSTANZA.— Las siete más o menos.

JOSÉ.— El tren no llegará a Santiago hasta las nueve y media. De ahí a la clínica... como a las diez puedo llamarlo. Iré después de comida a llamarlo.

CONSTANZA.— Diré que te tengan la comida a la hora.

JOSÉ.— Y antes... no sé... antes, creo que iré a dar un paseo por el parque. Sí, eso es... un paseo. Hasta el palomar y vuelvo.

CONSTANZA.— ¿Quieres que te acompañe?

JOSÉ.— No, no, gracias. Esta noche no. Esta noche me siento muy solo.

(*Se dirige hacia la puerta.*)

TELÓN

EL ABANDERADO

Obra en dos partes

(1962)

Personajes:

ALFÉREZ DE "COLIGÜE BAJO"
OTRO ALFÉREZ DE "COLIGÜE BAJO"
MUJERES DE "COLIGÜE BAJO" (3)
HOMBRES DE "COLIGÜE BAJO" (4)
CORNELIA
CABO GONZÁLEZ
CORNELIO TORREALBA
BRUNA
ZÚÑIGA
JUAN ARANEDA, ALIAS EL "ABANDERADO"
OTROS HOMBRES DEL BAILE DE "COLIGÜE BAJO" (6)
PEPA DE ORO
"EL TORDO"
YALA
DORIS
ESTELA
CHELA
SONIA
CANTANTE
GUITARRISTA
OTROS GUITARRISTA
CLIENTES (2)
VENDEDOR
OTROS VENDEDORES (2)
VECINAS (7)
VECINOS (5)
ALFÉREZ DE "LA CALAVERA"
HOMBRES DEL BAILE DE "LA CALAVERA" (5)
ALFÉREZ DE "PEÑAS BLANCAS"
DONOSO
RIQUELME
OTROS POLICÍAS

PRIMERA PARTE

ESCENA 1ª

(En las afueras de un pueblo. Las mujeres están adornando una cruz con guirnaldas y faroles, mientras los hombres, capitaneados por un alférez, ensayan bailes y cantos. Éstos van acompañados por sonidos de flautas y redobles de tambores.)

ALFÉREZ.— (*Cantando.*) Buenos días, santo leño,
 Con la mayor devoción
 Te saludo, cruz bendita,
 Donde padeció el Señor.
 Donde padeció el Señor,
 Lo digo desesperado,
 Donde padeció y sufrió
 Pa'salvarnos del pecado.
 Ahí derramó su sangre.
 Pa'salvarnos del pecado
 Lo digo muy retumbante
 En este sagrado leño.

MUJER I.— (*A Mujer II.*) ¡Cuelga ese farol del brazo!

MUJER II.— Pero si ya tiene una guirnalda.

MUJER I.— No importa. hay que ponerle ropa aparente.

HOMBRE II.— ¡Mírenla! ¿Y qué más le van a colocar?

MUJER I.— De un todo, pues. Hay que vestir bien la cruz este año.

HOMBRE III.— Para que se vea tan bonita como Ud.

MUJER I.— Ya, pues, déjese...

HOMBRE III.— ¡Beh! Tan arisca de un de repente.

(*Vuelven a sonar las flautas y los hombres ensayan saltos del baile. Aparecen González y Torrealba, dos policías rurales.*)

HOMBRE II.— ¡Ahí viene mi cabo González!

HOMBRE.— ¡Cabo! Teniente hay que decirle. ¿No ves que lo ascendieron?

GONZÁLEZ.— A cabo no más. Hay que ir despacito por las piedras. Teniente es todavía mi teniente Bruna... ¿Y en qué andan los brutos? Bailando como chuscas... con el perdón de las señoras.

ALFÉREZ.— Preparando la partida, pues.

GONZÁLEZ.— ¿Y adónde se van ahora?

ALFÉREZ.— Al pueblo de La Calavera para la fiesta de la Cruz de Mayo.

GONZÁLEZ.— ¿Todo el baile se va?

ALFÉREZ.— Entero, pues. Como todos los años.

GONZÁLEZ.— Pero déjenme que les presente... Torrealba. Acaba de llegar esta mañana y ya le tocó pega. (*Todos lo saludan.*)

ALFÉREZ.— ¿Qué ha habido algún disturbio?

GONZÁLEZ.— ¿Que no oyeron?

ALFÉREZ.— ¿Qué cosa?

GONZÁLEZ.— No lo saben entonces...

HOMBRE III.— No, pues. ¿Qué?

GONZÁLEZ.— (*Hace una pausa, se da tiempo.*) Anoche cayó el Abanderado.

ALFÉREZ.— ¿El saltador?

GONZÁLEZ.— El mismo.

VARIOS.— ¿Y cómo? ¿Dónde? Cuéntenos, pues...

GONZÁLEZ.— Si me dan algo para refrescar la garganta antes. La traemos seca con el polvo. (*Una de las mujeres va a buscar una botella con vino. Mientras a Torrealba.*) Aprovecha para soltarte los cordones... (*A los otros.*) Todavía no se halla con los bototos.

(*Torrealba obedece con gran alivio. Todos se acercan rodeando a González.*)

HOMBRE I.— Cuéntenos, pues. No se haga de rogar.

GONZÁLEZ.— (*Después de beber.*) Ahí está mejor. Como lija la tenía...

HOMBRE II.— ¿Lo mataron?

GONZÁLEZ.— Todavía no, pues. Si cayó anoche no más.

HOMBRE I.— ¿Adónde?

MUJER I.— Apostaría que fue en el Cerro Pardo donde dicen que tenía su escondite.

GONZÁLEZ.—Despacito... Soy yo el que voy a contar. Anoche, como a eso de las nueve, mi teniente Bruna recibió noticias de que habían visto al Abanderado.

MUJER II.— ¡Ave María Purísima! Si hacía meses que no se sabía de él.

MUJER I.— Ya creíamos que se había ido a otro lugar.

GONZÁLEZ.— Le vinieron a decir que estaba donde la Pepa de Oro.

MUJER II.— Remoliendo.

HOMBRE II.— Pero si la Pepa de Oro es la madre del Abanderado.

MUJER I.— Así es, pues. Miren lo que fue a echar al mundo.

MUJER II.— Ella no es mejor. Pero es amiga de la policía, por eso que no le cierran el negocio y no la encierran a ella... (*De pronto se da cuenta que está hablando frente a los policías.*) Sin ofender a nadie ¿ah?

GONZÁLEZ.— Hable no más, señora.

MUJER II.— Era sin mala intención.

GONZÁLEZ.— Hable no más; pero si quieren saber lo que pasó, déjenme meter basa a mí.

ALFÉREZ.— Cuéntenos no más, mi cabo.

GONZÁLEZ.— Bueno, le vinieron a decir a mi teniente Bruna que estaba donde la Pepa de Oro. A nosotros nos pareció raro. Hace la punta de años que no se ven. Se arrancó cuando era cabo. Y la Pepa ni siquiera desea oír hablar de él. Dicen que lo borró de su memoria.

MUJER II.— ¿Entonces?

GONZÁLEZ.— Raro nos pareció; pero fuimos de todos modos.

ALFÉREZ.— ¿Y quién se lo vino a decir?

GONZÁLEZ.— Ésa es la cuestión. El que se lo vino a decir era uno que llaman el Tordo, uno que anduvo con el Abanderado un tiempo, salteador también... pero ya cumplió condena.

HOMBRE I.— Uno que lo conocía entonces.

GONZÁLEZ.— Así es. Por eso mi teniente Bruna y yo le dimos fe.

ALFÉREZ.— ¿Y?

GONZÁLEZ.— Nos fuimos donde la Pepa de Oro con mi teniente y el Tordo. Golpeamos por la puerta de atrás. Adentro estaba la fiesta que ardía... pero no pudimos hablar con la dueña.

MUJER I.— ¿Por qué?

GONZÁLEZ.— Había ido para el Sur, a la ciudad, a buscar una pensionista nueva que le llegaba. Y ahí nos quedamos los tres... No nos atrevimos a entrar así, de golpe, por miedo a que se nos arrancara, y como no lo conocíamos...

ALFÉREZ.— ¿No lo conocían?

GONZÁLEZ.— No, pues. ¿No ve que hace tantísimos años que anda arrancando? Y sin conocerlo, no podíamos agarrarlo.

HOMBRE I.— ¿Y qué hicieron entonces?

GONZÁLEZ.— A mi teniente Bruna se le ocurrió una treta. Es medio pije; pero no se le puede negar que es recontra ocurrente. Le dijo al Tordo que entrara y, como él conocía al Abanderado, que se acercara a saludarlo y a brindar... Nosotros, por la ventana, estaríamos agauaitando... A ver si me alcanzan otro traguito para refrescarme...

ALFÉREZ.— (*Irrumpe con un canto monocorde.*) El Iscariote altanero
sin tenerle compasión
propuso en su corazón
entregar al Verdadero.

GONZÁLEZ.— ¿Qué le pasa a ése?

ALFÉREZ.— Se me acaba de ocurrir un verso para la procesión. Oyéndolo cantar se me ocurrió. (*Y vuelve a cantar:*) Para entregarlo preso
se marchó con paso fijo
así, al Divino Hijo,
se atracó y le dio un beso.

GONZÁLEZ.— Bueno, soy yo o usted el que va a contar lo que pasó.

ALFÉREZ.— Perdóneme, mi cabo... A veces los versos escasean y hay que agarrarlos al vuelo.
Siga, siga no más.

GONZÁLEZ.— ¿No hay más interrupción?

ALFÉREZ.— Ninguna.

GONZÁLEZ.— Sigo entonces. ¿Dónde iba?

MUJER II.— Estaban aguaitando por la ventana.

GONZÁLEZ.— Vimos a Tordo acercarse a uno y ofrecerle un trago. Nosotros entramos con las carabinas cargadas. Comprenderán la trifulca que se armó. La putas chillaban como lauchas, la cantora quedó con el grito pegado en la garganta y no sé quién retrocedió chocando con la ponchera que se rompió como un espejo... Ése fue el momento que aprovechó el Abanderado para arrancar. Se lanzó por la ventana... y nosotros detrás. Se fue para el lado del Cerro Pardo... y nosotros siempre detrás. Por ahí anduvimos perdiendo la huella, y tuvimos que retroceder hasta que lo oímos cruzando el río. Lo seguimos claro: hubo un tiroteo. ¡Hay que ver cómo se defendía el hombre! Pero nosotros siempre detrás. Vadeamos el río, lo vimos trepar el Cerro Grande... y nosotros detrás. Cruzamos el caserío que hay en la loma... los ladridos de los perros nos iban diciendo por dónde se escurría... y nosotros detrás, siempre detrás, como perros también persiguiendo la presa. Entonces se le ocurrió cortar por el tranque y nosotros...

HOMBRE III.— Detrás.

GONZÁLEZ.— No, ahora nos pusimos por delante. Cortamos por la quebrada y lo sorprendimos en la ribera del tranque. Ahí cayó de rodillas, como un penitente. Mudo estaba y con la mirada de fiera.

MUJER II.— ¿Y?

GONZÁLEZ.— Nada más. Lo amarramos y lo llevamos al retén donde ahora está.

MUJER I.— ¡Mire lo que son las cosas! Cayó el Abanderado.

MUJER II.— ¡Y en buena hora!

GONZÁLEZ.— ¿Les queda algo para tomar?... Quedé seco.

MUJER I.— Gánese a la sombra mejor. Acá tenemos un chuiquito y acá nos puede terminar de contar... *(Se alejan. Salvo Torrealba que ha aprovechado de sacarse los zapatos durante el relato y ahora se apresura en volvérselos a poner. Junto a la cruz, hay una muchacha, casi una niña, Cornelia, que ríe al verlo confundido.)*

CORNELIA.— ¿Le duelen?

TORREALBA.— Un poco. Me acaban de poner de servicio y todavía no me acostumbro con estas cuestiones...

CORNELIA.— Hay que echarle un poco de cera. Aguarde.

(Saca una vela de uno de los faroles que cuelgan de la cruz y con ella empieza a frotar el interior de los zapatos.)

TORREALBA.— ¿Es eso lo que hay que hacer?

CORNELIA.— ¿No lo sabía?

TORREALBA.— Son cosas que uno nunca sabe. Sin la mujer el hombre anda como perdido. *(Pausa.)* ¿Y qué van a hacer con esa cruz?

CORNELIA.— La estamos vistiendo.

TORREALBA.— ¿Para qué?

CORNELIA.— Porque en Mayo siempre se visten. ¿No lo hacían así donde usted vivía?

TORREALBA.— No. Yo vengo de lejos. Del Sur y para el interior.

CORNELIA.— Es para una fiesta. Primero hay procesión y después, fiesta.

TORREALBA.— ¿Usted va a ir?

CORNELIA.— ¿Adónde?

TORREALBA.— A la fiesta.

CORNELIA.— A lo mejor. *(Pasándole un zapato.)* Pruébese éste. ¿Cómo le queda?

TORREALBA.— Mejor. Mucho mejor.

CORNELIA.— Páseme el otro entonces.

GONZÁLEZ.— ...Y arrastrado lo tuvimos que llevar hasta el retén. Y allá lo tenemos. Pero mi tiente Bruna dice que el lugar no es seguro... Se nos han arrancado otros, y por eso tenemos que llevarlo...

CORNELIA.— ¿Usted ya lo vio?

TORREALBA.— ¿Al preso? No, todavía no. ¿No ve que recién acabo de llegar?

CORNELIA.— ¿Y adónde lo llevan?

TORREALBA.— No me acuerdo del nombre de la ciudad. Primero vamos con mi cabo a Los Coligües, creo, al retén, a buscarlo. ¿Queda lejos?

CORNELIA.— Hay que atravesar el caserío y después seguir derecho.

TORREALBA.— Lejos es entonces.

CORNELIA.— ¿Y qué cree que le harán?

TORREALBA.— ¡Quién sabe! Mi cabo dice que es peligroso.

CORNELIA.— (*Con cierta vehemencia.*) No. No lo creo. Por lo menos no lo parece.

TORREALBA.— ¿Usted lo conoce?

CORNELIA.— Lo he visto... de lejos. Como todos. Siempre lo veía cuando era más chica, flameando como una bandera al viento cuando galopaba por la loma. Por eso le dicen Abanderado.

TORREALBA.— ¿Cómo así?

CORNELIA.— Porque parecía bandera. Algo rojo como sangre usaba y un pañuelo blanco amarrado en la cabeza. De lejos, todo eso ondeaba, como en los días de fiesta, como dicen que se ven los barcos cuando entran al puerto.

TORREALBA.— ¿Usted conoce el puerto?

CORNELIA.— Queda demasiado lejos.

TORREALBA.— Yo tampoco lo conozco.

CORNELIA.— Pero así me dijeron que eran los barcos.

TORREALBA.— Así debe ser.

CORNELIA.— Y así es como siempre lo veía. En las tardes, cuando iba a pasar el tren de las siete... desde lejos oía el pito y me asomaba entonces. “¿Qué estás mirando, Cornelia?” me decía mi mamá. “Nada, nada”; pero el corazón se me helaba cuando lo veía atravesar el cerro...

TORREALBA.— Usted se llama Cornelia.

CORNELIA.— Sí.

TORREALBA.— Yo también. Quiero decir, Cornelio, Cornelio Torrealba. No es nombre común.

CORNELIA.— No, no es.

TORREALBA.— Mi padre se llama Cornelio. Cornelio Torrealba.

CORNELIA.— Como el mío. Quiero decir, que el mío también se llama Cornelio, Cornelio Salas. Siempre quiso tener un hijo para que llevara su nombre; pero yo fui única.

TORREALBA.— Y por eso le puso Cornelia.

CORNELIA.— Por eso.

GONZÁLEZ.— (*Desde atrás.*) ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo. (*Rápidamente se yergue con un solo zapato. Ella trata de ponerle el otro.*) Aquí estoy, mi cabo.

GONZÁLEZ.— Nos vamos a tener que ir yendo.

ALFÉREZ.— Tómese uno por el camino, mi cabo. Es mayo; pero el sol pica más que en verano.

GONZÁLEZ.— Torrealba, ven tú también a hacerle honor a este trago. No hagas desaires... Mírenlo, apenas llegado y ya tiene a las hembras a sus pies.

TORREALBA.— (*Turbado.*) Este...

GONZÁLEZ.— Nada de cuentos. Tómate un trago y sigamos. No vaya a ser cosa que te enredes el primer día y ni llegues al retén. (*A los demás.*) ¡Hasta pronto! Y que les vaya bien en la festividad.

ALFÉREZ.— A lo mejor nos cruzamos, mi cabo.

GONZÁLEZ.— ¿Dónde?

ALFÉREZ.— Por el camino, quiero decir. ¿Que no se llevan al Abanderado hacia Pueblo Bajo?

GONZÁLEZ.— Así es.

ALFÉREZ.— Y nosotros vamos a La Calavera. Los caminos se cruzan.

GONZÁLEZ.— Cuando menos entonces, pues.

ALFÉREZ.— Y a lo mejor hasta lo entusiasmos para que nos acompañe a la festividad.

GONZÁLEZ.— Usted sabe que a mí me gusta otro tipo de fiesta, alférez.

HOMBRE III.— Ésta también va a ser regada.

HOMBRE II.— Claro, después de la procesión.

MUJER II.— Y este año sí que no se la puede perder, mi cabo. Doña Paula Bernal va a prestar su Cristo Agonizante.

MUJER I.— Lo van a pasear en andas.

MUJER II.— Tiene las costillas perforadas y el corazón a la vista. ¡Baila con el viento!

GONZÁLEZ.— Quién sabe, pues, quién sabe. Es cosa conocida que el servidor público no es dueño de su tiempo.

ALFÉREZ.— ¡Trate al menos!

TORREALBA.— (A Cornelia.) Hasta luego, y gracias.

CORNELIA.— De qué, pues.

TORREALBA.— A lo mejor nos vemos luego.

CORNELIA.— A lo mejor.

(*Se despiden y salen González y Torrealba.*)

HOMBRE III.— ¡Se fueron los servidores públicos!

MUJER II.— ¡Chit! Que los pueden oír.

ALFÉREZ.— (*Cantando.*) Todos le daban maltrato
Aquellos hombres sin credo
Lo pasean como a preso
Desde Herodes a Pilatos.

MUJER I.— (A Cornelia.) ¿Qué te pasa?

CORNELIA.— ¿A mí?

MUJER I.— Sí. ¿Por qué te has quedado mirando?

CORNELIA.— Por nada.

ALFÉREZ.— (*Irrumpiendo.*) Lloren, flautas, mis hermanos
Donde se murió el Señor
Yo doblaré mi bandera
Al redoble del tambor.

(*Suenan algunas flautas. Hay un redoble prolongado de tambor.*)

ESCENA 2ª

En el retén de Los Coligües

(*El teniente Bruna está terminando de afeitarse. El ordenanza, Zúñiga, permanece de pie junto a él. Sostiene en su mano derecha un lavatorio lleno de agua y, en la izquierda, un espejo en el cual se mira el teniente. De pronto, Bruna aleja la mano que sostiene el espejo y mira el rostro del ordenanza, como si fuera un espejo, como si en verdad viera su imagen reflejada ahí. Zúñiga tiene un rostro joven muy ingenuo, casi el de un niño.*)

BRUNA.— Es una lástima, Zúñiga, que no tengas un espejo en vez de cara.

ZÚÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— Y además, al verte, podría creer que la vida no me ha marcado con todas estas pequeñas cosas que descubro en el verdadero espejo. ¿Me comprendes?

ZÚÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— Las pequeñas arrugas, el gesto cada vez más cansado de los labios, esta mirada sin luz, esta mirada que ya nada espera, lo que va sucediendo, en fin.

ZÚÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— No contestes todo el tiempo. Los espejos, los realmente buenos, no hablan. A lo más repiten lo que uno dice. Lo repiten en forma inaudible. ¿Me comprendes? Ah... no... contestes.

ZÚÑIGA.— Muy bien, mi teniente.

BRUNA.— Eso está mejor. Muy bien, mi teniente. Un espejo que lo aprobara todo. Muy bien, mi teniente. Nada ha pasado, mi teniente. El tiempo está detenido, mi teniente. Cuando me trasladen, Zúñiga, si es que me trasladan, pediré que me dejen llevarte. ¿Te gustaría?

ZÚÑIGA.— Muchas gracias, mi teniente.

BRUNA.— Porque algún día tienen que trasladarnos. Los castigos no son eternos y yo creo haber cumplido en forma más que suficiente mi condena. ¡Dos años en este hoyo! Porque Los Coligües es un hoyo, Zúñiga. Aquí uno se pudre sin darse cuenta. Igual que el agua al fondo de las norias. Al cabo de un tiempo nadie quiere beberte. ¿Qué tal mi imagen?

ZÚÑIGA.— Muy bien, mi teniente.

BRUNA.— Tienes que conocer las ciudades, Zúñiga. Cómo se vive en las ciudades. No las conoces ¿no es cierto?

ZÚÑIGA.— No, mi teniente.

BRUNA.— Es allí donde a uno le suceden cosas en la cara. Esas arrugas de las cuales te hablaba, esas canas, esas miradas, lo que delata en una palabra. Y por eso te voy a necesitar, Zúñiga, mi espejo, para que me ayudes a ignorarlas. Pero quédate tranquilo. ¿Qué es lo que te pasa?

ZÚÑIGA.— Nada, mi teniente.

BRUNA.— Dilo sin miedo. Vamos, habla, hombre.

ZÚÑIGA.— Es que me apretan los zapatos, mi teniente.

BRUNA.— ¡Otro! Eres igual a ese nuevo ¿cómo es que se llama?

ZÚÑIGA.— Torrealba, mi teniente.

BRUNA.— Ah, ése...

ZÚÑIGA.— A los dos nos apretan los zapatos. Es por la falta de costumbre.

BRUNA.— ¿Y por qué? ¿Qué usaban antes?

ZÚÑIGA.— Nada, mi teniente.

BRUNA.— ¿Nada?

ZÚÑIGA.— Nada. Caminábamos con los pies no más.

(*Se escuchan ruidos afuera.*)

BRUNA.— ¿Qué es lo que pasa ahora?

GONZÁLEZ.— (*Apareciendo.*) Permiso, mi teniente.

BRUNA.— ¿Qué hay?

GONZÁLEZ.— Estamos listos para llevarnos al detenido.

BRUNA.— ¡Ah! González, ha habido un cambio que me notificaron esta mañana. Ya no van al Pueblo Bajo, porque desde ahí tienen que hacer traslado de tren. Ya no van a Pueblo Bajo sino a La Calavera.

GONZÁLEZ.— ¿A La Calavera, mi teniente?

BRUNA.— ¿Que no me oíste?

GONZÁLEZ.— Usted manda, mi teniente. A La Calavera será entonces. Claro que en La Calavera...

BRUNA.— ¿Qué sucede?

GONZÁLEZ.— Hay fiesta, mi teniente. La Cruz de Mayo toca este año.

BRUNA.— ¿Y?

GONZÁLEZ.— Es que yo pensaba...

BRUNA.— Ya le he dicho que no piense, mi cabo. Mientras menos piense, mejor.

GONZÁLEZ.— A sus órdenes, mi teniente.

BRUNA.— Trae al detenido antes de partir.

(*González se cuadra y sale. Bruna ya ha terminado de afeitarse; pero sigue mirando al ordenanza como si se contemplara en el espejo.*)

BRUNA.— Una responsabilidad menos... Dentro de un rato veremos partir al preso y nos habremos descargado de una responsabilidad. ¡Mejor así! Que por lo menos Los Coligües tenga sus compensaciones. No hay gente, no hay vida, no hay nada; pero tampoco hay responsabilidades... ¿No te parece? Así no se cometen errores y las cosas prosiguen su paso a paso... ¿Dónde está el jabón? (*El ordenanza se lo pasa.*) El preso... ¿cómo es que se llama?

ZÚÑIGA.— Abanderado, mi teniente.

BRUNA.— El Abanderado como tú lo llamas tiene algo de hombre peligroso. Algo en la mirada, algo aquí... (*Esboza un gesto en torno a la mandíbula.*) El rostro del que carga demasiadas culpas. Porque las culpas se van acumulando. Aquí (*Se toca el corazón*) o a veces aquí (*Se toca el cerebro*) y poco a poco, una vez que se llenan esos recipientes, salen a luz; se

disponen como una máscara... aquí (*Hace un gesto con las manos jabonosas sobre el rostro.*) Una máscara de pequeñas arrugas, de gestos mínimos, de miradas sobre todo. Es entonces cuando uno necesita espejos con tu cara, Zúñiga, espejos que no permiten ver esas culpas. Porque el peor castigo es ver esas culpas. El peor castigo, Zúñiga, es reconocerse. Y para que eso no suceda se necesitan espejos que reflejen lo que uno era... antes. ¡Antes, Zúñiga!

(*Se escuchan ruidos de pasos, gritos y órdenes. Entran González y Torrealba trayendo al Abanderado.*)

BRUNA.— (*Mientras sigue lavándose las manos.*) Quiero que sepas que el cabo González tiene órdenes estrictas de disparar por si se te ocurriera arrancarte. Por eso te recomiendo que no lo intentes. Ya estás acusado de muchos delitos y no tienes para qué alargar la lista. Por si se te ha olvidado alguno, voy a refrescarte la memoria... ¡González!

GONZÁLEZ.— Mande, mi teniente.

BRUNA.— ¿Dónde está la carta?

GONZÁLEZ.— Aquí la llevo, mi teniente.

BRUNA.— Déjeme verla (*González se acerca con ella. Bruna, sigue lavándose las manos mientras la lee.*) Juan Araneda López, alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado:

De asalto y robo en San Alfonso.

De robo a mano armada en los pueblos de Ritoque, Mauco y Pachacama.

Y de otras ofensas que aquí van anotadas.

Con fecha veinticuatro de Enero recién pasado, robó, atacó e incendió la propiedad situada en la altura de Venecia.

En la noche que seguía, arrasó las cosechas y robó el ganado de don Pedro Mejías Real.

En Coligüe se le busca por robo; en San Isidro, por violación y hay pruebas de que estuvo implicado en la muerte de Anselmo Segundo Molina, acaecida en el camino de Peñas Blancas en la noche del tres de Noviembre.

En total, veinticuatro denuncias.

Apresado en esta zona en la noche del treinta de Abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde se le envía para que sea juzgado, sentenciado y condenado.

¿Oíste? ¿Oíste de lo que se te acusa? (*El Abanderado no contesta.*) ¿Tienes algo que decir antes de irte?

(*El Abanderado lo mira algunos segundos y luego lo escupe el pleno rostro. Primero hay un momento de estupor e inmovilidad y luego González reacciona y se apronta a golpearlo, pero Bruna lo detiene.*)

BRUNA.— Déjalo... Llévenselo.

(*Salen los policías llevándose al Abanderado.*)

BRUNA.— ¿Ves, Zúñiga? ¿Ves cómo cuesta soportar que a uno le digan lo que ha hecho? Las cosas duelen y el pasado pesa como una cruz. (*Se da vuelta hacia el ordenanza y lo mira como si buscase su imagen en un espejo. Se lleva la mano al rostro, ahí donde fue escupido.*) Eres el mejor espejo, Zúñiga. Me miro y ni siquiera veo lo que me acaban de hacer. Todos los espejos debieran ser como tú.

ESCENA 3ª

En el embarcadero de la balsa

(*El Baile de Coligüe Bajo, es decir, cinco hombres capitaneados por el Alférez se acercan al lugar. Traen unos arcos de hojas de palmera.*)

HOMBRE I.— Por acá, por este lado debe estar el embarcadero.

ALFÉREZ.— Alléguese entonces y esperemos. Ya no ha de tardar la balsa. Alléguese por este lado que para allá es muy traicionero el terreno.

HOMBRE I.— Allí parece que viniera.

HOMBRE III.— ¿Adónde?

HOMBRE II.— Allí.

ALFÉREZ.— Ésa no es la balsa.

HOMBRE II.— ¿Qué es entonces?

ALFÉREZ.— Que no ven que es neblina que corre sobre el río.

HOMBRE II.— Miren... si parece que hubiera visto hasta el remero allá.

ALFÉREZ.— A ése se le oye antes de verlo, pues, compadre. No ve que se lo pasa gritando: "Aho-oora...". (*Grandes risotadas. Luego de algunos segundos aparece el cabo González siguiendo por Torrealba y el Abanderado.*) ¡Pero que no es mi cabo González! Mire que venimos a encontrar en el embarcadero.

GONZÁLEZ.— Así atravesamos juntos.

ALFÉREZ.— ¡El gusto es nuestro!

GONZÁLEZ.— Continúa que después llevamos el mismo camino.

ALFÉREZ.— ¿Cómo? ¿También van para La Calavera?

GONZÁLEZ.— Así es.

ALFÉREZ.— ¿Pero que no iban para el Pueblo Bajo?

GONZÁLEZ.— A último momento nos cambiaron las órdenes. Y como el servidor público no está más que para obedecer...

ALFÉREZ.— ¡Me alegro! Más vale viajar acompañado. (*Señalando al Abanderado.*) ¿Es ése?

GONZÁLEZ.— Ése.

ALFÉREZ.— ¿Y cómo se le ha portado?

GONZÁLEZ.— Hasta ahora, mudo. Mudo como piedra. Pero mírele los ojos.

ALFÉREZ.— Revueltos los tiene. (*Viendo al Abanderado que avanza.*) Cuidado, mi cabo. Dígale que se quede ahí no más. El terreno es muy pantanoso.

GONZÁLEZ.— ¡Torrealba! Quédate allí no más con el preso.

TORREALBA.— Está bien mi cabo.

ALFÉREZ.— Y ustedes no pierdan el tiempo. A ver si me terminan los arcos antes que llegue la balsa.

HOMBRE II.— ¡Eh, Abanderado! ¿Te gusta andar con las manos amarradas?

HOMBRE I.— Déjenlo. ¿No ven que se le acabó el viento?

HOMBRE II.— Parece bandera con mástil ahora.

HOMBRE III.— Y el mástil es mi cabo González.

(*Celebran la salida con risotadas.*)

GONZÁLEZ.— (*Llevándolos lejos de donde está el preso en voz baja.*) Callados, déjenlo tranquilo mejor. Miren que es recontra peligroso... ¿No saben lo que le hizo a mi teniente Bruna?

(*El grupo de hombres comienza a cuchichear. Torrealba se da vuelta para ver si González lo puede ver y saca un paquete de cigarrillos. Enciende uno y lo aspira. Luego mira al Abanderado y decide ofrecerle. El detenido lo mira con cierta incredulidad. Torrealba repite su gesto, saca un cigarrillo del paquete, lo coloca entre los labios del otro y lo enciende. Ambos fuman durante algunos minutos en silencio.*)

ABANDERADO.— ¿Adónde me llevan?

TORREALBA.— A La Calavera.

ABANDERADO.— ¿Para qué?

TORREALBA.— Son órdenes.

(*Siguen fumando en silencio.*)

ABANDERADO.— (*Después de un rato.*) Gracias ¿ah?

TORREALBA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— (*Mostrando con un gesto el cigarrillo que sostiene entre las manos atadas.*)

Por esto.

TORREALBA.— Hace bien.

ABANDERADO.— Sí.

TORREALBA.— Yo fumo desde que era cabro. Me iba a la estación a buscar a mi abuelo que traba-

jaba en las vías y, por el camino, recogía las colillas. *(Pausa.)* No soy de acá. Soy del Sur y para el interior... *(Pausa.)* Vengo llegando... *(Pausa.)* Me llamo Cornelio Torrealba.

ABANDERADO.— A mí me dicen Abanderado.

(Una gran risotada que proviene del grupo de hombres interrumpe la conversación.)

ALFÉREZ.— ¡Este cabo González!

HOMBRE II.— ¡Hay que ver las historias que sabe!

HOMBRE I.— A ver pues, cuéntese otra.

GONZÁLEZ.— Y aquí ando trayendo la carta con las denuncias... *(La saca de su bolsillo y uno de los hombres trata de tomarla.)* ¡Epa!, éstas son cuestiones oficiales. Yo se las voy a leer...

(En voz baja, de modo que sólo algunas palabras son audibles lee la carta.)

ABANDERADO.— Cornelio dijo que se llamaba.

TORREALBA.— Sí. ¿Por qué?

ABANDERADO.— No sé, el nombre me recuerda algo.

(El Abanderado escucha durante algunos segundos la lectura de la carta.)

ABANDERADO.— ¿Sabe por qué lo hice?

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Por qué lo escupí *(Hace el gesto de escupir.)* Porque me dio vergüenza.

TORREALBA.— ¿Vergüenza?

ABANDERADO.— Sí, cuando empezó a leer esa lista, no sé, parecía que me estuviera sacando las pilchas, el cuero, el pellejo, todo. Me sentí como un hueso al sol.

TORREALBA.— ¿Cuando se lo leyó mi teniente?

ABANDERADO.— Tenía algo en la voz ese futre, una especie de risa.

TORREALBA.— ¿Que no era cierto lo que decía?

ABANDERADO.— Cierto. Todo cierto. Y hay más todavía. Cuestiones que no se han sabido, que no han quedado en papeles ni en libros. Todo está hecho. Pero cuando él lo leyó... *(Hace un gesto como si quisiera desprenderse de algo sucio.)* Las cosas que iba leyendo, las vi todas juntas, de golpe. Y me pesaban encima. Si no hubiera tenido las manos amarradas, le rompo la cara.

HOMBRE III.— Ya, mi cabo, decídase.

HOMBRE II.— Claro, qué le importa una horita.

HOMBRE IV.— Y ahí armamos la fiesta.

HOMBRE I.— Ésta es la hora cuando empiezan a animarse las cosas donde la Pepa de Oro.

HOMBRE II.— Sobre todo que ahora han llegado refuerzos.

GONZÁLEZ.— Es que no sería cumplir con las órdenes.

ALFÉREZ.— Las cumple, mi cabo, lo único que las cumple con un poco de atraso.

Hombre III.— ¡Decídase!

HOMBRE I.— Ni siquiera tenemos que desviarnos. La Pepa de Oro es a la bajadita de la balsa no más.

GONZÁLEZ.— ¿Y qué hacemos con el detenido?

ALFÉREZ.— Lo llevamos también.

GONZÁLEZ.— Es que lo hallo peligroso. Ya estuvo una vez ahí. Ahí fue donde lo agarramos. Claro que ese día no estaba la Pepa de Oro.

HOMBRE II.— ¿Qué no es la madre?

GONZÁLEZ.— Claro que es la madre, por eso mismo...

HOMBRE III.— Razón de más para que pase a despedirse.

GONZÁLEZ.— Claro, antes que se vaya a mejor vida.

(Todos celebran con risotadas.)

ALFÉREZ.— Decídase, mi cabo.

GONZÁLEZ.— Bueno, ya me convencieron. Pero un trago no más.

ALFÉREZ.— ¡Uno no más!

GONZÁLEZ.— Y después seguimos.

REMIERO.— *(A lo lejos.)* ¡Ahooooor!... ¡Ahora!

ALFÉREZ.— Ésa sí que es la balsa.

HOMBRE II.— ¡Cuidado con los arcos!

ALFÉREZ.— Acarreen los instrumentos.

GONZÁLEZ.— ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo.

GONZÁLEZ.— Vamos a ir a tomar un trago a la bajada de la balsa para quitarnos un poco el frío del sereno... Mira, si traemos las mantas empapadas.

ALFÉREZ.— ¡Vamos, mi cabo!

GONZÁLEZ.— Sígueme entonces con el detenido y, ten cuidado, acuérdate que es liebre saltona. No vaya a ser cosa que se tire al agua y nade hasta la orilla. No le despintes la vista cuando crucemos.

(Ya todos se alejan.)

TORREALBA.— Bien, mi cabo. *(Pausa.)* Vamos.

ABANDERADO.— No quiero volver a esa casa.

TORREALBA.— Vamos a pasar a calentarnos el cuerpo no más. ¡Cuidado! Mire que está muy resbaloso. Déjeme que lo ayude.

ABANDERADO.— No necesito ayuda.

(Desaparecen hacia la balsa.)

REMEROS.— ¡Ahora! ¡Ahoora!...

ESCENA 4ª

Donde la Pepa de Oro

(Se ve, a un tiempo, la fachada y parte del interior de la casa. La dueña del establecimiento está sentada en el centro. A sus pies, casi arrodillado en el suelo y con la cabeza hundida en la falda de la mujer está el Tordo. Por la pieza deambulan otras prostitutas. Traen vasos y botellas o bailan con alguna pareja o simplemente esperan. En un rincón, una cantante toca acordes en una guitarra, de vez en cuando Pepa de Oro bebe de una botella que hay junto a ellos.)

PEPA DE ORO.— ¡Grande era! Grandaza... La ponchera más grande que yo haya visto. Más grande que tu amistad. Y yo la quería más que lo que tú querías a tu amigo. Tan grande como un barco, y toda de cristal. Como un velero era, con las velas al viento y así *(alza los brazos en un gesto amplio)* como si estuviera navegando sobre la mesa... Pero cuéntame tus penas. Para eso estás aquí. Desahógate a ver si logras echar la pena fuera. Cuenta pues... Tenías un amigo ¿Y? Lo entregaste a la policía ¿Y? ¿Qué más? Habla, habla de una vez...

CANTANTE.— *(Entona de pronto.)* ¡Ay! Amor

Me queda una mariposa

La otra me la llevaron

Sobre una blanca rosa.

PEPA DE ORO.— Son cosas que pasan, cosas... Una está aquí sentada en el salón, con los espejos de oro y los muebles colorados, una está aquí sentada escuchando cantar y diciendo que ya nada va a pasar... Y de un repente...

CANTANTE.— *(Empieza a entonar y sigue cantando mientras habla Pepa de Oro.)*

¡Ay! Amor

Me queda una mariposa

Etc.

PEPA DE ORO.— Esa ponchera... era lo primero que había comprado, hace ya muchos años. Antes que los espejos y las camas para las niñas. La vi un día que fui a la ciudad, de cristal tras el cristal, y no sé... se me antojó que esa ponchera era mi barco. Cosas... el barco donde tenía que hacer navegar mi negocio. Cosas que pasan. Así como tú te acercaste a él para ser su amigo. Dentro cabían doce botellas de a litro. Yo misma las contaba. Doce, ni una más ni una menos, y al vaciarlas me parecía estar echando un río dentro del mar. ¡Y los duraznos! Una noche pelé más de medio ciento y los eché adentro, trozados, como islas con el corazón de pura sangre.

Y el azúcar y la malicia y un poco de amargo, porque sin amargo el trago no es nunca bueno... ¡Mírenlo, si de pura tonta la Pepa de Oro te está dando la receta de su ponche!

CANTANTE.— (*Que ha seguido entonando.*) Sus alas azul y verde
Perfumadas de jazmín
No volverán a gozar
Las flores de mi jardín.

PEPA DE ORO.— Verde sí, sentí una rabia verde cuando llegué y me dijeron, para engañarme, para que no sufriera tanto, que la habían trizado... ¡Trizado! Rota estaba. Ahí, en mil, en diez mil, en requetecontra mil pedazos... Y no había por dónde empezar a recogerlos ni cómo pegarlos. Todas estas brutas los habían dejado en el suelo, ahí mismo donde se estrelló, y me pasé la noche recogiendo astillas, con los dedos sangrando y una pena adentro, una pena... Cuando los tuve juntos en un montón, no supe qué hacer. Te juro que algo se me rompió adentro. Como a ti ahora. Me habían roto mi barco, le habían quemado las velas... Como a ti ahora que lloras por lo que hiciste...

YALA.— (*Que ha estado mirando por la ventana.*) Parece que allá viniera alguien.

PEPA DE ORO.— ¿Quién?

YALA.— Es un grupo... Parece que fuera el cabo González.

PEPA DE ORO.— (*Irguiéndose.*) Llévense a éste para adentro entonces. No quiero que el cabo vea borrachos en mi casa... Y tú, tráeme una peineta... Rápido... (*Súbitamente se cumplen sus órdenes. Dos mujeres arrastran hacia afuera al Tordo y otra trae una peineta y un espejo.*) ¡Acuéstenlo! Pero no en las piezas... Se pueden ocupar más tarde. Llévelo a la del fondo que está desocupada. (*Aparecen los hombres, el Alférez y González, Torrealba y el Abanderado permanecen afuera. Cuando entran los hombres, las mujeres lanzan gritos de bienvenida.*)

YALA.— (*Llevando a González hacia un rincón.*) Oiga, mi cabo, quisiera pedirle un favor. No le diga a la señora lo de la otra noche. Nosotras no nos atrevimos a contárselo. ¿No ve que no quiere saber nada con su hijo?

GONZÁLEZ.— Razón de más para que ella sepa ahora. Si ya está arrestado, no corre peligro.

YALA.— Pero va a saber que nosotras lo dejamos entrar. ¿No ve que le tenía prohibida la entrada? Ya van para los veinte años que no lo ve.

GONZÁLEZ.— Ni una palabra entonces...

PEPA DE ORO.— Pasen, pasen. Están como en su casa... A ver, niñas, vengan a atender a estos caballeros. (*A la cantante.*) Música... ¿Qué quieren servirse? Traigan una ponchera... (*Se detiene compungida.*) Me la quebraron, mi cabo. ¿Se acuerda esa ponchera de cristal que tenía? Me fui por un rato a la ciudad y quizás qué armaron éstas acá, porque cuando volví me lo tenían todo patas arriba y la ponchera hecha polvo.

GONZÁLEZ.— Son cosas que pasan.

PEPA DE ORO.— Cosas sí. (*Reaccionando.*) Pero no estamos aquí para llorar ¿no es cierto?, mi cabo. A ver, Estela, tráiganle un vasito del fuerte, del que le gusta a mi cabo... (*A los demás.*) ¿Y ustedes tan adornados? ¿Van para la Cruz de Mayo?

ALFÉREZ.— A la Cruz de Mayo, vamos.

PEPA DE ORO.— Miren que me gusta tanto la festividad que soy capaz de ir.

ALFÉREZ.— A La Calavera.

PEPA DE ORO.— ¡Eso es lejazo!

HOMBRE III.— ¡Anímese!

PEPA DE ORO.— A lo mejor me animo.

HOMBRE III.— ¡Véngase con nosotros!

PEPA DE ORO.— ¿De a pie?

HOMBRE II.— ¡Nosotros la llevamos en anda!

PEPA DE ORO.— ¡No soy nada de liviana!

HOMBRE II.— Entre todos...

HOMBRE I.— Y así nos va acompañando. Igual que el cabo González y el preso.

PEPA DE ORO.— ¿Cuál preso?

GONZÁLEZ.— Uno que llevamos a La Calavera.

PEPA DE ORO.— ¡A La Calavera! Debe ser gordo el pez que cayó. ¿Quién es?

GONZÁLEZ.— Usted no lo conoce.

(*Grandes risotadas.*)

PEPA DE ORO.— De seguro. Si es preso, no lo conozco. A mi casa no viene más que gente respetable.

GONZÁLEZ.— ¡Como nosotros!

PEPA DE ORO.— ¡Si usted lo dice! ¿Y dónde lo tienen?

GONZÁLEZ.— ¿A quién?

PEPA DE ORO.— Al preso, pues.

GONZÁLEZ.— Afuera lo dejamos.

PEPA DE ORO.— ¿Solo?

GONZÁLEZ.— No, pues. Lo está cuidando mi ordenanza.

PEPA DE ORO.— ¡Miren las cosas que da el ascenso! A ese ordenanza, ¿no lo van a dejar divertirse?

GONZÁLEZ.— La suerte de los sometidos, pues. Todos pasamos por ahí.

PEPA DE ORO.— Pero un vaso de algo no le puede hacer mal, ¿no? (*Llamando.*) ¡Doris! Llévale un vaso de vino al policia que está afuera.

DORIS.— ¿Para el lado de la calle?

PEPA DE ORO.— Búscalo tú.

DORIS.— Bueno.

PEPA DE ORO.— Pero encuéntralo, ¿ah? Y vuelves, mira que estos caballeros necesitan distracción... ¿No es cierto?

(*Todos ríen. Y estalla una música alegre. Las luces decrecen en el interior y se ve a Torrealba y el Abanderado afuera.*)

ABANDERADO.— ¿Sabe de quién es esta casa?

TORREALBA.— Sí.

ABANDERADO.— Hacía años que no volvía. Hasta que se me ocurrió el otro día.

TORREALBA.— Fue aquí donde lo agarraron, ¿no es así?

ABANDERADO.— Ni sé por qué vine. Me entraron ganas de repente.

TORREALBA.— (*Con un gesto.*) ¿De volverla a ver?

ABANDERADO.— (*Se encoge de hombros.*) No sé.

(*Aparece Doris con un vaso de vino.*)

DORIS.— Oiga... Venga para acá. Esto le mandan.

TORREALBA.— Gracias. Pero ando de servicio.

DORIS.— ¿Y qué hay con eso?

TORREALBA.— No se puede.

DORIS.— Tómelo no más.

TORREALBA.— Un trago, para no despreciárselo.

DORIS.— ¿No le gustaría irse a divertir adentro?

TORREALBA.— ¿Con usted?

DORIS.— ¿Y por qué no, pues?

TORREALBA.— Ganas no me faltan. Pero... otro día. Ahora tengo que quedarme acá. Son órdenes de mi cabo.

DORIS.— ¡Si viera al cabo! Ni va a saber que usted ha entrado... Véngase. Hay una puerta allá, por atrás. Lo voy a estar esperando. Ni siquiera lo verán entrar... ¿De verdad que no quiere tomar más trago?

TORREALBA.— De verdad.

(*Doris sale. Torrealba se acerca al Abanderado.*)

TORREALBA.— Parece que la fiesta está que arde adentro.

ABANDERADO.— Lo mismo que cuando yo era cabo...

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Cuando yo era cabo, metían la misma bulla. De noche. La metían siempre.

TORREALBA.— ¿Que a usted lo tenían viviendo acá?

ABANDERADO.— ¿Y dónde si no?

TORREALBA.— ¿Lo tenían todo el tiempo?

ABANDERADO.— Todo. De día, me dejaban con las putas para que ellas me cuidaran. Y de noche, me escondían.

TORREALBA.— ¿Lo escondían?

ABANDERADO.— Para que no molestara. Me subían al entretecho y ahí me dejaban toda la noche, hasta la mañana, hasta que se hubiera ido el último... A través de las tablas me llegaba la bulla, los gritos, la remolienda... Y a ratos también me llegaba el silencio. Esos silencios donde algo está pasando.

TORREALBA.— ¿Y usted qué hacía?

ABANDERADO.— Esperaba. Escuchaba. Esperaba.

TORREALBA.— ¿Qué cosa?

ABANDERADO.— Hasta que un día descubrí un rasgón en las tablas. Entonces ahí pegaba el ojo y miraba. El entretecho daba sobre la pieza de una de las putas. Y el rasgón sobre la cama. Una cama grande, deshecha siempre, con barrotes de bronce, como han de ser las prisiones... Y entonces yo pegaba el ojo y miraba.

TORREALBA.— ¿Y? *(Hay en él una gran curiosidad. Luego explica.)* Yo soy un poco lerdo en estas cuestiones. Me crié entre trenes. De ahí pasé al servicio.

ABANDERADO.— Es rejoyen usted. ¿Qué edad tiene?

TORREALBA.— Ando en los diecinueve.

ABANDERADO.— A esa edad, hacía rato que yo ya me había ido.

TORREALBA.— ¿Adónde?

ABANDERADO.— A recorrer. Por mi cuenta...

(Quedan silenciosos y vuelve a iluminarse el interior de la casa.)

GONZÁLEZ.— Oiga...

PEPA DE ORO.— ¿Qué le pasa mi cabo?

GONZÁLEZ.— ¿Y dónde está ese refuercito que me dice que fue a buscar?

PEPA DE ORO.— Adentro está, pues, y se la tengo reservada.

GONZÁLEZ.— Preséntemela.

PEPA DE ORO.— Llamen a la Sonia, que quieren conocerla...

ESTELA.— *(Llamando.)* Sonia... Sonia...

PEPA DE ORO.— ¿Y no quiere que haga entrar un rato a su ordenanza?

GONZÁLEZ.— Es un cabo apenas.

PEPA DE ORO.— Por eso mismo, pues. Les hace bien.

GONZÁLEZ.— Y además anda con plata. Le pagaron recién el sueldo. No ve que es nuevo... *(Sonia se acerca.)*

PEPA DE ORO.— La plata es para gastarla, mi cabo...

GONZÁLEZ.— *(Viendo a Sonia.)* Mucho gusto, pues, mucho gusto. Así es que usted es nueva por estos lados.

SONIA.— Llegué anteayer.

GONZÁLEZ.— ¿Del Norte?

SONIA.— No. De Valparaíso.

GONZÁLEZ.— Ah... ¿Y dónde trabajaba allá? Conozco mucho por esos lados.

SONIA.— No, si allá yo no trabajaba. Quiero decir que no trabajaba en esto.

GONZÁLEZ.— ¿Y por qué se vino para acá entonces?

SONIA.— *(Después de una pausa. Un recuerdo súbito le llena los ojos de lágrimas.)* Me enamoré.

GONZÁLEZ.— No ve, pues. Las cosas que hace el amor. Pero no sé le de nada. Yo la voy a consolar.

(Mientras Sonia se aleja con González las luces vuelven a decrecer.)

ABANDERADO.— Oiga, Cornelio... Me dijo que su nombre era Cornelio, ¿no?

TORREALBA.— Así es.

ABANDERADO.— Hace un rato... ¿Por qué hizo eso?

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— En el embarcadero. ¿Por qué me tendió la mano?

TORREALBA.— ¿Cuando le hablé?

ABANDERADO.— Sí, eso y... ¿por qué lo hizo?

TORREALBA.— No sé.

ABANDERADO.— No tengo la costumbre.

TORREALBA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— De que me tiendan la mano. Yo siempre he sido solo y desde chico me las valía por mí mismo. Desde que me encerraban allá arriba, entre las vigas. Me lo pasaba escuchando los cantos y rumiando...

TORREALBA.— ¿Qué cosa?

ABANDERADO.— La penas, pues. Las que se rumian solo. Y después cuando me fui...

(*Aparece Pepa de Oro en la puerta.*)

PEPA DE ORO.— Oiga, acérquese.

TORREALBA.— ¿Quién llama?

PEPA DE ORO.— ¿Le trajeron un vaso de vino?

TORREALBA.— Sí. Gracias.

PEPA DE ORO.— Acércate.

TORREALBA.— No estoy nada solo.

PEPA DE ORO.— ¿Que no es preso el otro?

TORREALBA.— Sí.

PEPA DE ORO.— ¿Y no está amarrado?

TORREALBA.— Así es.

PEPA DE ORO.— Acércate entonces. ¡Acércate! (*El hombre obedece.*) ¿Cómo te llamas?

TORREALBA.— Torrealba. Cornelio Torrealba.

PEPA DE ORO.— Anda a divertirse adentro, Cornelio ¿No andas con plata?

TORREALBA.— Es que mi cabo me mandó que me quedara aquí.

PEPA DE ORO.— ¿No andas con plata acaso?

TORREALBA.— Algo me queda.

PEPA DE ORO.— ¿En qué te dilatas entonces? Deja al preso seguro y vente para adentro. Adentro te están esperando.

TORREALBA.— ¿Quién? ¿La que me trajo el vaso de vino?

PEPA DE ORO.— ¿Te gustó la Doris? Ésa es la que te está esperando... me lo dijo ahora recién. Me dijo: Vaya para afuera y dígame que lo estoy esperando, que empuje la puerta no más. Es la segunda a mano izquierda, en el pasillo.

TORREALBA.— Pero es que...

PEPA DE ORO.— ¡No hay peros que valgan! Entra y yo te cuido al preso mientras tanto.

TORREALBA.— ¿Usted?

PEPA DE ORO.— Claro. Déjeme la carabina. Aquí me voy a sentar y si lo veo moverse...

TORREALBA.— ¿Pero qué irá a decir mi cabo?

PEPA DE ORO.— ¿Y quién le va a ir a contar? No se está divirtiendo él acaso... Entra, mira que a la Doris no le gusta esperar.

TORREALBA.— ¿Es cierto que le dijo eso?

PEPA DE ORO.— La segunda a mano izquierda. (*Lo empuja hacia adentro. Ella queda con la carabina entre las manos. Hablándole al Abanderado de lejos.*) ¡Eh, tú! No se te vaya a ocurrir moverte. Acuérdate que tengo esto... (*Muestra la carabina.*) Lo mejor es que te quedes tranquilo y hasta soy capaz de darte un trago más rato si no me das disgustos...

(*Se sienta. Deja la carabina a su lado. Empieza a contar un falo de billetes. Ha traído una botella de la cual bebe de vez en cuando. Pepa de Oro y el Abanderado están separados por una gran distancia. Y se hablan a través de ella.*)

PEPA DE ORO.— Diez, veinte... menos mal que aquí está más fresco. Ese aire que viene del río... cien, ciento cincuenta. Adentro está caldeado. Si parece que a una se le llenan los pulmones de humo cuando respira... trescientos, trescientos veinte... Parece que conté mal (*Vuelve a beber. El Abanderado se yergue.*) ¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

ABANDERADO.— A ninguna parte.

PEPA DE ORO.— ¿Por qué te mueves entonces?

ABANDERADO.— Para estirarme un poco.

PEPA DE ORO.— ¿Te traen de muy lejos?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— ¿Y también te llevan a La Calavera?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Sí, sí... Me parece conocida.

ABANDERADO.— ¿Qué cosa?

PEPA DE ORO.— La voz. ¿Te conozco? Aunque eres preso y yo no conozco a los presos. ¿Te conozco acaso? *(Durante un segundo, y separados por la misma distancia, ambos miran. Desde adentro, muy lejos, se escucha la melodía y las palabras de la canción. Pero luego el Abanderado rompe la quietud, negando con la cabeza.)* ¿Entonces por qué te quedas ahí, parado, mirándome así?

ABANDERADO.— ¿Cómo?

PEPA DE ORO.— Como si me fueras a reconocer. No me gusta que me confundan.

ABANDERADO.— No la confundo.

PEPA DE ORO.— *(Riendo.)* ¿Y no te gusto? ¿Me hallas vieja? Ándate para adentro entonces. Allá están los jóvenes. *(Vuelve a beber.)*

ABANDERADO.— Me quiero quedar aquí.

PEPA DE ORO.— Quédate entonces. *(Mostrando el dinero.)* Pero es mío. No se te vaya a ocurrir avivarte... *(Cuenta en silencio y, de pronto, en forma casi instintiva, toma la botella y bebe.)* ¿Quieres un trago?

ABANDERADO.— Ando con las manos amarradas.

(Pepa de Oro toma la botella y cruza hacia él. Acerca la botella a sus labios y él bebe con fruición.)

PEPA DE ORO.— ¡Me gusta ver a un hombre tomar de una botella! ¡Si parece que se la fuera a tragar! ¿Sabes? Así es como los distinguía yo: los que eran hombres y los que no. Les pasaba una botella ¡Toma! les decía y los miraba cómo apretaban la boca al gollete, cómo se atropellaban... ¡Si parece que se iban a ahogar! Y después la dejaban, de golpe, sin derramar una gota y se limpiaban la boca con la mano... *(Él ha dejado de beber y la mira. La palabras de ella disminuyen en potencia y vitalidad. Por un instante lo mira intensamente.)* Así era... cómo... los distinguía... *(Pero luego, rechazando el pensamiento, vuelve a acercarle la botella a los labios. Él bebe con glotonería, como escudándose en el gesto.)* ¡Tú parece que aprendiste desde niño! *(Y comienza a reír. Él la imita, como si tratara de acercarse a ella. Pareciera que a través de la risa van a encontrarse. Pero súbitamente ella se aleja.)* ¿Por qué andas preso? *(Él se encoge de hombros y le da la espalda.)* ¿Robaste?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Sí, sí, sí... Yo conocí a uno que siempre decía sí cuando le preguntaban algo. Siempre sí, y después hacía lo que se le antojaba... *(Ha vuelto a su lugar y comienza nuevamente a contar.)* Se fue lejos... lejos... ¿Quieres otro trago?

ABANDERADO.— *(Mostrando con un gesto sus manos amarradas.)* ¿Cómo?

PEPA DE ORO.— Acércate entonces. *(Él obedece y cruza hacia ella. Esta vez la mujer acerca la botella a sus labios con gran dulzura.)* Y ahora vuélvete allá. Déjame sola que estoy sacando las cuentas.

ABANDERADO.— ¿Y no puedo quedarme aquí?

PEPA DE ORO.— *(Se encoge de hombros. Él se sienta cerca de ella. Ella sigue contando.)* ¿Te duelen las manos?

ABANDERADO.— Un poco.

PEPA DE ORO.— Apenas dos mil quinientos. ¡Y así quieren que una viva! Todo cuesta ahora y todo parece que se va perdiendo más luego.

PEPA DE ORO.— *(Después de un rato durante el cual vuelve a escucharse la canción que viene de adentro.)* Todas las noches me siento aquí y me pongo a contar los billetes. Uno a uno... Antes los tiraba dentro de la caja del té y de ahí iba sacando a medida que necesitaba. Dicen que cuando uno se va a morir, se pone a contar cosas.

ABANDERADO.— Así dicen. Uno se pone a pensar hacia atrás. A buscar.

PEPA DE ORO.— ¿A buscar qué?

ABANDERADO.— Algo para llevarse. Nadie se quiere ir solo. Algo bueno.

PEPA DE ORO.— ¡Bueno! ¿Y qué va quedando de bueno? Todo se triza, todo se rompe, todo se pierde. Uno siente cuando la muerte se acerca. Hay como un ruido en el aire.

ABANDERADO.— Como el pitazo de un tren.

PEPA DE ORO.— Sí, eso es. Como uno de esos pitazos que se cuelan por los postigos a la hora en que mis niñas están durmiendo la siesta. Agudos son y no dejan pegar los ojos.

ABANDERADO.— Es el ruido de la bala.

PEPA DE ORO.— ¿De cuál bala?

ABANDERADO.— De la con que me van a disparar.

PEPA DE ORO.— ¿Te van a matar?

ABANDERADO.— Esta mañana, cuando me leyeron todas las cosas que había hecho, empecé a escucharlo... Ese ruido, el pitazo... y supe que me iban a matar. *(De pronto.)* Tengo miedo. *(Súbitamente se refugia en la falda de la mujer. El primer impulso de la Pepa de Oro es abrazarlo. Pero se retiene. Piensa luego alejarlo; pero también deshace su gesto y, sin tocarlo, le habla.)*

PEPA DE ORO.— Tranquilo, tranquilo... Cuéntame lo que te pasa, cuéntame... ¿Te duelen mucho las manos? Mira... si las tienes desgarradas con la soga. ¡Hay que ver los animales!... Voy a soltártelas un poco, nada más que un poco. Pero me vas a prometer ¿ah? Me vas a prometer... *(Y sigue hablando en tonos inaudibles.)*

ABANDERADO.— *(La mira mientras afloja la amarra.)* ¿Por qué nunca antes...?

PEPA DE ORO.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Antes. Nunca.

PEPA DE ORO.— ¿Estás mejor así?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Cuenta ahora. Echa la pena afuera. Es lo mejor. Echala y cuéntame...

ABANDERADO.— Esta mañana me dio miedo, traté de buscar algo mientras el futre hablaba. Algo distinto en qué pensar. Algo que no me recordara lo que él estaba diciéndome. Algo que yo hubiera hecho y que no estuviera escrito en ese papel. Algo que yo no más supiera. Algo limpio... Pero no había nada...

PEPA DE ORO.— Son cosas...

ABANDERADO.— Ni una sola vez... nada.

PEPA DE ORO.— Yo me vengo a sentar aquí todas las noches y miro... miro lo que he dejado, lo que ahora tengo. Todo lo veo igual, igual a lo que llevo adentro. El alma tiñe...

ABANDERADO.— Eso será.

PEPA DE ORO.— El alma tiñe las cosas del mismo color que ella tiene. Y por más que una busca... busca, busca, es como estar en una pieza oscura, con espejos oscuros, mirándose y viendo nada más que lo oscuro.

ABANDERADO.— Eso es.

PEPA DE ORO.— Pero a veces ¡antes! Me acordaba. Tenía ahí en la pieza al lado algo que me hacía olvidar todo lo demás. Era limpia, clara como un trozo de estrella, y con solo recordarla, se disipaban todas las oscuridades. Pero se rompen tantas cosas. Una ponchera hecha harina. El barco que se hunde. Y la oscuridad que vuelve, que se queda.

ABANDERADO.— Que se queda y trae miedo.

PEPA DE ORO.— ¿Miedo? ¿Será el miedo?

ABANDERADO.— Cuando leyó las cosas que estaban escritas en ese papel, me dio miedo. Miedo como ese día cuando era niño y usted me soltó la mano para mostrar la ponchera...

PEPA DE ORO.— ¿De qué estás hablando?

ABANDERADO.— De esa tarde, en esa calle, cuando usted la descubrió en la vitrina...

PEPA DE ORO.— No entiendo nada.

ABANDERADO.— Y de repente me soltó la mano... Y me dejó solo. Sí. Y yo sentí un ruido, un ruido como el de esa bala que me anda buscando.

PEPA DE ORO.— No entiendo nada. No quiero saber más.

ABANDERADO.— Y volvimos. Usted con la ponchera entre los brazos y yo atrás, solo... Me dijo que subiera al entretecho, que esa noche iban a celebrar, que no bajara, que no bajara nunca más...

PEPA DE ORO.— *(Interrumpiendo con un grito.)* ¿Por qué me cuentas cosas que parece que me fuera a acordar? No quiero volver para atrás... No quiero acordarme nunca más... ¡No quiero! ¡No quiero! *(Hay un instante de silencio durante el cual ambos se miran y luego viene de adentro la melodía y ella algo triza en el aire. Pepa de Oro vuelve a beber. Y su gesto cambia, su voz también, es nuevamente la prostituta.)* ¡Tú estás de paso aquí, como todos! Háblame como ellos, dime nada más que lo que ellos me dicen.

ABANDERADO.— Entonces déjame estar aquí, callado.

PEPA DE ORO.— Como quieras.

ABANDERADO.— Callado, aquí afuera, al aire...

(Inclina su cabeza sobre la falda de la mujer. La mano de la Pepa de Oro, instintivamente sube hacia los cabellos, pero se retiene. Deja caer los brazos a lo largo del cuerpo y, después de algunos segundos comienza a cantar. Su voz, fría en un comienzo, poco a poco va tomando las entonaciones de alguien que arrulla un niño.)

PEPA DE ORO.— Sus alas azul y verde
Perfumadas de jazmín
No volverán a gozar
Las flores de mi jardín.
¡Ay, amor!
Me queda una mariposa
La otra me la llevaron
Sobre una blanca rosa.

(Desde el interior se escucha la voz del Tordo que llama.)

TORDO.— ¿Dónde se han metido todos? ¿Por qué me dejaron solo? ¿Por qué me dejaron durmiendo allá adentro?... Me desperté allá adentro, solo en esa pieza vacía. Me desperté, pero siempre parecía que estaba soñando. Miré el techo. Había un rasgón en las tablas. Me pareció que por ahí me miraban. Un niño me miraba. Me acusaba porque yo lo iba a entregar a él, porque yo iba a entregar a mi amigo... *(Sale de la casa y divisa a la Pepa de Oro que aún permanece sentada con el Abanderado en su regazo.)* ¿Por qué me dejó solo? Me había prometido...

(Al escuchar la voz, el Abanderado se yergue de un salto.)

ABANDERADO.— Desgraciado...

PEPA DE ORO.— Cabo González... Cabo González.

(Los hombres se miran como dos animales prontos a atacarse. De un solo movimiento, el Abanderado se desprende de la soga y traba una lucha cuerpo a cuerpo con su contrincante. Al escuchar ruidos, de la casa emergen los otros hombres, y las mujeres a mitad vestidas. Se produce una gran confusión.)

GONZÁLEZ.— *(Desde adentro.)* ¿Qué pasa?

DORIS.— ¡El Tordo y el Abanderado!

YALA.— Se encontraron...

ESTELA.— Hay que separarlos...

HOMBRE I.— Cuidado que pueden estar armados.

GONZÁLEZ.— *(Desde adentro.)* ¡Torrealba!

YALA.— *(Con un grito.)* ¡El Tordo tiene un cuchillo!

(El Tordo se lanza sobre el Abanderado y lo hiere en la mano.)

ABANDERADO.— Desgraciado...

TORDO.— *(A González que acaba de aparecer.)* ¡No te acerques! Un paso y te marco... *(Mientras lo mantiene a distancia con el cuchillo.)* Ahora, mi cabo... ¡Agárrelo ahora!

(Los hombres rodean al Abanderado en semicírculo. Se van acercando. El preso busca por dónde arrancar. Pero no halla.)

ABANDERADO.— ¡Cornelio!

(Los hombres caen sobre él, lo agarran.)

GONZÁLEZ.— *(A Torrealba que aparece en ese instante.)* ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo.

GONZÁLEZ.— ¿Dónde te habías metido? Amarra al preso y sigamos... ¡Sigamos!

(Torrealba obedece y llevan al preso hacia el camino. Al pasar frente a la Pepa de Oro, se detiene un instante. Ambos se miran.)

PEPA DE ORO.— *(Con una angustia casi insoportable.)* Llévenselo... Llévenselo... Llévenselo de una vez... ¡Llévenselo! *(Los hombres salen. Ella permanece sólo con las prostitutas. Se domina y ahora les grita con voz entera.)* Y ustedes para adentro... Para adentro, les digo.

Fin de la primera parte

SEGUNDA PARTE

ESCENA 1ª

En la plaza de La Calavera

(Están llegando los diferentes bailes que van a tomar parte en la procesión. Fuera de los curiosos que se han reunido, de los comerciantes ambulantes y de los vecinos en general, está el baile del pueblo de La Calavera con su alférez (Alférez Primero) que recibe a los que arriban. Hay gran animación. Gritos de vendedores. Revolotear de personas. Y ya se ven, llevadas en andas, algunas de las imágenes para la procesión; las cruces vestidas, el Cristo de doña Paula Bernal con el corazón al aire y una imagen de la Virgen del Rosario prestada por otra vecina. Luego aparecen algunos hombres precedidos por su alférez (Alférez Segundo.) Proceden a saludarse.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Cómo está, mi buen alférez,
 Cómo está, cómo le va,
 Me alegro de verlo bueno
 Sin ninguna novedad.

ALFÉREZ DE COLIGÜE.— Vengo bien, mi buen amigo
 Lo digo de corazón
 El Baile de Coligüe Bajo
 Les hace saludación.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Muchas gracias, buen alférez,
 Cantando por lo sublime
 Este simple hermano suyo
 Les hace un saludo muy simple.

ALFÉREZ DE COLIGÜE.— Está bien, mi buen amigo,
 De acuerdo completamente
 Al Baile Calaverino
 Hoy lo saludo igualmente.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Agradecido, mi alférez,
 Yo le canto a lo profano,
 Es cortito mi saludo:
 ¿Por qué no nos damos la mano?

ALFÉREZ.— Coligüe. Está bien, mi buen amigo
 Es deseo muy humano
 La mano a mí me conviene
 También estoy atrasado.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Muchas gracias, buen alférez
 De un confín a otro confín,

Aquí doblo mi bandera
Vengan sus cinco jazmín.

(Se dan la mano y se abrazan. Otro tanto proceden a hacer los otros integrantes del baile.)

MUJER I.— Mire, señora, allá viene el Tordo.

MUJER II.— ¡Santo Dios! El aspecto que trae.

MUJER I.— Hay que avisarle al señor cura. Capaz que se le ocurra mezclarse a la procesión.

MUJER II.— ¡Qué se le va a ocurrir! ¿Qué no ve que anda curado?

MUJER I.— Razón de más, pues.

MUJER II.— Dicen que anda curado desde el día que entregó a su amigo.

(El Tordo se ha acercado al vendedor y comienza a intrusar la mercadería.)

VENDEDOR.— Ya pues, ya pues... Déjeme tranquila la mercadería.

TORDO.— ¿Y no tengo derecho a mirar acaso? Para eso ando con plata... Puedo comprar lo que se me antoje.

VENDEDOR.— Pero no ve que ensucia todo...

TORDO.— Se lo pago. Para eso ando con plata.

MUJER.— La plata que le dieron los policías será...

TORDO.— Ésa, pues. ¿Y qué de malo tiene? Es plata como la otra.

MUJER II.— No le hable mejor, señora.

TORDO.— *(Remedándola.)* No le hable mejor señora... ¿Y por qué no me había de hablar si tiene ganas? ¡Los invito a todos! A todos los invito un trago... Tengo plata para todos.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Mejor que siga, oiga. Si no, vamos a llamar a los guardianes.

TORDO.— Los guardianes son mis amigos... ¡Y ustedes también! Vengan a tomar un trago para festejar esta fiesta de La Calavera... ¿No se llama así este pueblo? Yo también quiero celebrar la fiesta de la Cruz de Mayo en La Calavera... Pero no se vayan... No me dejen solo... ¿Que no ven que no quiero quedarme así? ¡Quiero invitar a los amigos!

MUJER III.— ¡Quédese callado, mejor! ¡Usted no es amigo de nadie!

MUJER I.— ¡Cállese!

MUJER II.— Ya, no moleste más.

TORDO.— Plata tengo... la que quieran... No me dejen solo... No dejen a un amigo solo... Plata hay. Toda la que quieran...

MUJER VI.— Déjenme a mí. Yo me voy a ocupar de él. Yo no le hago asco a ninguna plata. Vamos... *(Salen.)*

(Aparece otro baile, precedido siempre por un Alférez de Peñas Blancas.)

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS.— Vengo tarde, buen amigo

Por el libro tan sagrado

Bien me puede perdonar

Que haya llegado atrasado.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— No importa, mi buen alférez,

La Jerusalén ingrata,

Dentro de la devoción

A cualquier cantor le pasa.

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS.— Conforme, mi respetado

Y en mi mente escrito está

A usted y a sus vasallos

Le pedimos la pasá.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Al instante, buen alférez,

Se la doy con prontitud

Pa' que vaya a dar saludo

A la santísima cruz...

(De pronto los saludos se interrumpen. Un murmullo recorre la concurrencia: "El Abandera-do... El Abanderado..." y la multitud se abre para dejar pasar a González y Fuenzalida que llegan con el Abanderado. González se acerca a uno de los vendedores. Éste de inmediato saca del bolsillo unos papeles.)

VENDEDOR.— Aquí tengo el permiso municipal y la patente y mis papeles en orden.

GONZÁLEZ.— ¿Para qué lado queda la Comisaría?

VENDEDOR.— Yo no soy nada de acá. Vengo a vender no más.

GONZÁLEZ.— Pero sabrás donde queda la Comisaría.

VENDEDOR.— Vengo por el día y... *(Al ver la expresión de González.)* Para ese lado, creo que queda.

GONZÁLEZ.— ¿Lejos?

VENDEDOR.— Regular. Hay que seguir derecho y después doblar.

GONZÁLEZ.— Mejor que nos acompañes.

VENDEDOR.— Pídale a otro... pues, mi teniente. ¿No ve que me va a echar a perder el negocio?

GONZÁLEZ.— Vamos caminando. Nos llevas y te vuelves...

(Protestando el vendedor sale llevándose su mercadería. También se van González, Fuenzalida y el Abanderado. Queda en el aire un cierto desasosiego.)

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS.— Está bien, mi respetado

Ya pasó el incidente

Para ir a la santa cruz

Deme paso pa' mi gente.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Con gusto, mi buen alférez,

Pongo el pueblo por testigo,

Yo le voy a dar la mano

A un fiel y querido amigo.

(Y mientras empiezan a saludarse, los demás bailes inician sus danzas y la procesión se organiza.)

ESCENA 2ª

En la Comisaría de La Calavera

(González cuadrado frente al teniente Donoso. Tras él se encuentra Fuenzalida con el Abanderado.)

DONOSO.— En mal momento llegaron a esta comisaría.

GONZÁLEZ.— Lo mismo digo yo, mi teniente.

DONOSO.— ¡Qué idea hacerlos llegar el mismo día de la Cruz de Mayo! Apostaría que fue Bruna el que dio la orden.

GONZÁLEZ.— Él fue, mi teniente.

DONOSO.— ¡Claro!

GONZÁLEZ.— Y le mandó esto.

DONOSO.— Una carta. Típico de Bruna. Miren que mandar una carta en vez de un parte policial. *(Mientras rompe el sobre.)* No pudo escoger peor día. El pueblo está que hierve y hay que embarcar al detenido esta misma tarde.

GONZÁLEZ.— ¿Embarcarlo, mi teniente?

DONOSO.— En el tren de las siete. *(Mira al Abanderado.)* ¿Qué te pasa?

ABANDERADO.— Nada.

DONOSO.— ¿Para qué te mueves entonces? Quédate quieto. Aquí te vamos a enseñar que hay disciplina. No como en otras partes. Veamos lo que dice Bruna... ¡Una carta! Si debiera archivarlas. *(Empieza a escucharse el ruido de campanas que van aumentando a través de la escena.)* ¿Las campanas, ahora? Lo único que faltaba... Cuando al cura le da con las campanas... *(Llama.)* ¡Riquelme!

RIQUELME.— *(Entrando.)* Mande, mi teniente.

DONOSO.— ¿Saldría ya la patrulla?

RIQUELME.— Voy a preguntar, mi teniente.

DONOSO.— Que no dejen de echar un vistazo a las calles laterales. Siempre hay pillaje en estos días... ¡Esas campanas! Riquelme...

RIQUELME.— Mande, mi teniente.

DONOSO.— Dígle al sargento que destaque dos hombres para que acompañen la procesión

hasta la misma cruz. Nunca deja de haber molestias a la subida del cerro. Parece que los genios se exaltan con tanto subir y bajar lomas. (*Dándose vuelta hacia González.*) Así es como se organiza un cuartel, mi cabo. ¿Se da cuenta? Aquí hay organización, disciplina... Veamos lo que me cuenta Bruna en su carta...

GONZÁLEZ.— Mi teniente...

DONOSO.— ¿Qué hay?

GONZÁLEZ.— Mejor sería que no la leyera delante del detenido.

DONOSO.— ¿Y quién te pregunta lo que debo hacer?

GONZÁLEZ.— Lo digo por... por lo que pasó con mi teniente Bruna.

DONOSO.— ¿Qué pasó?

GONZÁLEZ.— Lo... lo escupió, mi teniente.

DONOSO.— (*Riendo.*) ¡Lo escupió! Ésas son cosas que le pasan a Bruna no más... Vamos a ver, mi cabo, si conmigo se atreve. Vamos a ver. (*Leyendo.*) Juan Araneda López alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado: de asalto y robo en San Alfonso. De robo a mano armada en los pueblos de Ritoque, Mauco y Pachacama. Y de otras ofensas que aquí van anotadas. Con fecha veinticuatro de enero recién...

(*A medida que habla, las luces van decreciendo en intensidad. La voz se va distanciando y el sonido de las campanas aumenta... Las luces se concentran sobre el rostro del Abanderado.*)

ABANDERADO.— Fue en la tarde... poco antes que pasara el tren de las siete... Y también había campanas... (*Sobreviene una oscuridad total durante la cual continúa escuchándose el ruido de las campanas. Al volver la luz, se descubre un trozo de campo. Es el atardecer y dos hombres están sembrando sobre una altura. En un plano más bajo, Cornelia lava ropa y canturrea.*)

CORNELIA.— Yo me subí a un alto pino

Por ver si te divisaba

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba... (bis)

PRIMER CAMPESINO.— ¿Que no son las campanas ésas?

SEGUNDO CAMPESINO.— Campanas parece que fueran.

PRIMER CAMPESINO.— Ni me había dado cuenta...

SEGUNDO CAMPESINO.— El sol está que se pone.

(*Dejan de laborar y empiezan a recoger sus aperos.*)

PRIMER CAMPESINO.— ¡Eh... Cornelia!

SEGUNDO CAMPESINO.— ¡Cornelia! ¿Sorda la cabra, ah?

PRIMER CAMPESINO.— ¡Cornelia!

CORNELIA.— ¿Qué hay?

PRIMER CAMPESINO.— ¿Te vuelves con nosotros?

CORNELIA.— Me falta el mantel.

SEGUNDO CAMPESINO.— Mejor que te vuelvas. Después se viene la noche.

CORNELIA.— No he terminado.

PRIMER CAMPESINO.— ¿Te vas a quedar aquí?

CORNELIA.— Hasta que termine no más.

SEGUNDO CAMPESINO.— ¿Sola?

CORNELIA.— ¿Y con quién si no?

PRIMER CAMPESINO.— Ya sabes que este lugar no es seguro.

CORNELIA.— ¿Por qué si el agua no trae corriente?

PRIMER CAMPESINO.— Miren la diabla... Por el Abanderado, pues.

CORNELIA.— ¿Y qué me van a hacer a mí? (*Los hombres ríen.*) No soy nada rica. (*Los hombres ríen más fuerte.*)

SEGUNDO CAMPESINO.— ¿Quién sabe?

PRIMER CAMPESINO.— Nosotros no hemos probado.

SEGUNDO CAMPESINO.— No vaya a ser cosa que se le ocurra platicar.

CORNELIA.— ¿A quién?

SEGUNDO CAMPESINO.— Al Abanderado.

CORNELIA.— Le contesto, pues.

SEGUNDO CAMPESINO.— Ya, vente con nosotros.

CORNELIA.— Todavía no he terminado de lavar y me dijeron que llevara todo limpio.

PRIMER CAMPESINO.— Mañana sigues.

CORNELIA.— Mañana el río ya no trae la misma agua.

SEGUNDO CAMPESINO.— Ésta tiene contestación para todo.

PRIMER CAMPESINO.— Bueno, si no quieres venirte te dejamos.

CORNELIA.— Detracito me voy.

SEGUNDO CAMPESINO.— De todos modos queda el Gavilán.

CORNELIA.— ¿Dónde anda?

SEGUNDO CAMPESINO.— Persiguiendo perdices debe andar. Pero si le silbas, viene.

CORNELIA.— Váyanse no más. Yo no me dilato nada.

(Los hombres salen. Cornelia empieza a canturrear. De vez en cuando mira hacia los lados como si supiera que alguien va a aparecer. A los pocos segundos aparece el Abanderado tal como fue descrito al comienzo de la obra por Cornelia, con un pañuelo blanco amarrado en torno a la cabeza.)

CORNELIA.— *(Cantando.)* Yo me subí a un alto pino

Por ver si te divisaba,

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba. (bis)

En el pino me decía

Qu'en llegar te demorabas

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba. (bis)

Yo me quedé en ese pino

Sabiendo que no llegabas

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba. (bis)

(El Abanderado se ha acercado a ella.)

ABANDERADO.— ¿Estás esperando a alguien?... Contesta: ¿a quién estás esperando?

CORNELIA.— Si era canción no más.

ABANDERADO.— ¿Y qué andas haciendo por estos lados?

CORNELIA.— Lavando.

ABANDERADO.— ¿Tan tarde?

CORNELIA.— Es que me atrasé.

ABANDERADO.— Ya todos se han vuelto.

CORNELIA.— ¿Cómo lo sabe?

ABANDERADO.— Porque los vi por el potrero. Hace rato que se fueron los demás y los dos que estaban acá... ¿Y quién te manda preguntar cosas a ti? Eres demasiado cabra para preguntar nada.

CORNELIA.— Ando en los quince.

ABANDERADO.— No pareces tanto... A ver, acércate.

CORNELIA.— ¿Adónde?

ABANDERADO.— Aquí, pues. ¿Adónde va a ser? *(Ella obedece.)* Eres menos delgada de lo que parecías... Acércate otro poco. ¡Acércate, te digo! *(La toma por la muñeca y la acerca a sí.)* ¿Cómo te llamas?

CORNELIA.— ¿Por qué?

ABANDERADO.— Para decirte por el nombre.

CORNELIA.— Cornelia.

ABANDERADO.— *(Como si el nombre lo obligara a soltarle el puño.)* Cornelia... No conozco a nadie que se llame así.

CORNELIA.— Es el nombre de mi padre.

ABANDERADO.— ¿Eres de por aquí?

CORNELIA.— De allá, del otro lado del cerro.

ABANDERADO.— Está relejos tu casa entonces. Se te va a hacer noche antes que llegues.

CORNELIA.— Así va a ser.

ABANDERADO.— Te vas a tener que ir yendo entonces.

CORNELIA.— No. Todavía no. No he terminado el lavado.

ABANDERADO.— ¿Y no te da miedo?

CORNELIA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— Qué se yo... De quedarte aquí sola.

CORNELIA.— Ando con el Gavilán. Si silbo, viene.

ABANDERADO.— A ver, silba.

CORNELIA.— *(Titubea durante algunos segundos y luego confiesa.)* No sé.

ABANDERADO.— ¿Quieres que lo llame yo?

CORNELIA.— No.

ABANDERADO.— ¿Por qué?

CORNELIA.— Porque no tengo miedo.

(Él la mira durante un segundo, dudando si su inocencia es coquetería o verdaderamente inocencia.)

ABANDERADO.— ¿Sabes cómo me llamo?

CORNELIA.— Sé cómo le dicen. Abanderado, ¿no es cierto?

ABANDERADO.— Abanderado. Ése es mi nombre. No tengo otro.

CORNELIA.— Sí, así es como le he oído nombrar.

ABANDERADO.— Me conoces entonces.

CORNELIA.— Lo he visto cruzar la loma.

ABANDERADO.— Y ahora me estabas esperando aquí... *(Imperativo.)* ¡Contesta! ¿Me estabas esperando?

CORNELIA.— Sí.

ABANDERADO.— ¿Para qué?

CORNELIA.— Quería verlo. De cerca.

ABANDERADO.— Acércate más entonces. ¡Acércate! ¿Qué no ves que soy yo el que te lo estoy diciendo?

(Ella avanza con toda naturalidad hacia él. Pero el aire está tenso, la atmósfera cargada. De pronto suena el pitazo de un tren. Se inmovilizan.)

CORNELIA.— El tren de las siete.

ABANDERADO.— No me gusta ese ruido.

CORNELIA.— ¿Por qué?

ABANDERADO.— Parece que me fuera a llevar lejos.

CORNELIA.— Es la hora en que me asomo para mirarlo, me paso todo el día trabajando en una pieza oscura... Pero no importa, porque a esa hora yo sé que usted pasa.

ABANDERADO.— Galopo para no oírlo. Nunca me ha gustado ese ruido.

CORNELIA.— No es más que un tren. *(Súbitamente rompe la inmovilidad.)* Venga, venga a verlo.

Desde acá se divisa. Venga... *(Ahora es él quien obedece y se coloca a su lado, sobre una altura, desde donde miran el tren.)* Allá va... ¿Lo alcanza a ver? Allá, bordeando el cerro...

Dicen que ese tren va hacia el mar, ¿usted lo conoce?

(Él ha estado observando a la muchacha por la espalda y súbitamente ella se da vuelta y lo enfrente con su pregunta.)

ABANDERADO.— *(Sin haber escuchado la pregunta.)* ¿Qué?

CORNELIA.— Le pregunto si conoce el mar. Yo nunca he llegado más allá del río. ¿Cómo es?

ABANDERADO.— Es como el río. Pero más grande. No se ve el otro lado. *(Transición súbita.)*

Volvamos allá abajo. Allá se está mejor.

(Descienden en silencio. Al llegar al sitio donde antes estaban, ella se separa dirigiéndose hacia el montón de ropa. Quedan a ambos costados del escenario.)

ABANDERADO.— ¿Adónde vas? Vente para acá...

CORNELIA.— Tengo que terminar el mantel.

ABANDERADO.— ¡Vente para acá! Quiero que te estés aquí conmigo.

CORNELIA.— Tengo que terminar...

ABANDERADO.— *(Súbitamente fiero.)* Ven, te digo... *(Y cruza para obligarla, pero Cornelia súbitamente lanza el mantel al aire y lo extiende entre los dos.)*

CORNELIA.— Tengo que terminar el mantel.

(Ahora ambos están separados por el mantel. Ella se arrodilla junto al mantel y el Abanderado hace otro tanto.)

CORNELIA.— Así me imagino las velas de los buques.

ABANDERADO.— ¿De cuáles?

CORNELIA.— De esos que dicen que hay en el mar. A veces, cuando lo veo a usted pasar por la loma, pienso en el mar. Ese pañuelo que usa en la cabeza... es como dicen que son las velas, cuando sopla el viento. No sé, me parece que todo puede ser así cuando lo veo pasar...

ABANDERADO.— ¿Cómo?

CORNELIA.— Como con viento. ¿Sabe una cosa? Un día me gustaría galopar así, contra el aire, con un pañuelo blanco en la cabeza.

(Se produce un silencio. Durante un segundo él la mira. La luz ha ido decreciendo.)

ABANDERADO.— Ya está anocheciendo. Mejor será que te vuelvas.

CORNELIA.— ¿No quiere que me quede otro rato?

ABANDERADO.— No.

CORNELIA.— Tengo que enjuagar el mantel.

ABANDERADO.— Llama al perro y ándate mejor.

CORNELIA.— ¡Chit! Escuche lo callado que está todo. Ya ni se oyen las campanas.

(Vuelve a producirse un pequeño silencio. Ella se levanta, entonces, se aleja algunos pasos, le da vuelta la espalda.)

CORNELIA.— Aquí tengo algo... yo misma lo hice...

ABANDERADO.— ¿Qué?

CORNELIA.— Un pañuelo. Le bordé una inicial. No es muy bonita, porque nunca me enseñaron. Pero se entiende. Es para usted.

ABANDERADO.— ¿Para mí?

CORNELIA.— Sí, para cuando se le ponga viejo el que tiene.

ABANDERADO.— ¿Me lo hiciste a mí?

CORNELIA.— En las noches, porque en el día no hay tiempo. En la noche, mientras los otros dormían, yo me ponía a bordarlo. *(Pausa.)* Quisiera que una tarde... cuando me asome y lo vea galopando por la loma...

ABANDERADO.— ¿Qué cosa?

CORNELIA.— Es mío, voy a decir... Es mío ese pañuelo blanco. *(Recoge rápidamente las ropas que ha estado lavando.)* Gavilán, Gavilán, Gavilán...

ABANDERADO.— Cornelia...

CORNELIA.— *(Que ha ido desapareciendo.)* Gavilán, Gavilán...

(El Abanderado mira durante algunos segundos el pañuelo y luego lo cambia por el que tenía en la cabeza. Hay un momento de silencio y luego irrumpen nuevamente las campanas y las luces disminuyen paulatinamente. Vuelve a producirse la oscuridad total durante la cual se escuchan las campanas. Luego la luz vuelve, primero sobre el rostro del Abanderado y luego sobre la escena.)

DONOSO.— *(Terminando de leer.)* En total, veinticuatro denuncias. Apresado en esta zona en la noche del treinta de abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde... *(Acercándose al Abanderado.)* ¿Oíste? ¡Contesta! ¿Qué no me oyes?

ABANDERADO.— Sí.

DONOSO.— *(Dándose vuelta hacia González.)* ¿No ve, mi cabo? Todo es cuestión de saber manejar a éstos... Es cuestión de tener dedos para organista y no todos los tienen. Vamos ahora a la oficina para que le dé órdenes. Ustedes lo van a llevar a la estación... y ahí va a haber un relevo. Todo está planeado con criterio militar... Ah, también habrá que hacer un parte... ¡Miren que mandar una carta! Ésas son cosas que se le ocurren a Bruna no más. Típico de Bruna.

(Salen Donoso y González.)

ABANDERADO.— ¿Qué dijo?

TORREALBA.— Que lo tenemos que llevar a la estación. Va a tomar el tren.

ABANDERADO.— Antes. ¿Qué fue lo que dijo antes?

TORREALBA.— Leyó lo mismo de ayer.

ABANDERADO.— No lo oí.

TORREALBA.— Lo mismo que leyó mi teniente Bruna.

ABANDERADO.— Me estaba acordando... ¿De dónde será que salen estas cuestiones?

TORREALBA.— ¿Cuáles cuestiones?

ABANDERADO.— Las que uno se acuerda de repente. Si parece que vinieran de muy hondo.

TORREALBA.— No le entiendo.

ABANDERADO.— Había algo después de todo, algo que no estaba escrito en ese papel.

TORREALBA.— ¿Qué le pasa? No se preocupe todavía. Según mi cabo González nada estaba decidido. Se lo van a llevar y allá lo juzgarán. Estoy seguro que le va a ir bien. Mi cabo González me dijo que no tenía por qué tener miedo.

ABANDERADO.— No tengo miedo, Cornelio. Ahora no tengo nada de miedo.

TORREALBA.— ¿Y por qué está tan blanco entonces?

ABANDERADO.— Me estaba acordando. Deben haber sido las campanas. Me estaba acordando.

TORREALBA.— ¿De qué?

(Entra Riquelme.)

RIQUELME.— Dice mi teniente Donoso que hay que irse yendo.

TORREALBA.— ¿Y mi cabo González?

RIQUELME.— Allá afuera lo está esperando. Vamos...

(Sale Riquelme. Y en el momento en que lo van a seguir Torrealba y el Abanderado, este último se detiene.)

ABANDERADO.— Cornelio...

TORREALBA.— ¿Diga?

ABANDERADO.— ¿Qué se habrá hecho un pañuelo blanco?

TORREALBA.— ¿Cuál?

ABANDERADO.— Uno que andaba trayendo... Se debe haber caído para el lado del tranque...

Sí, allá debe haber quedado, para el lado del tranque donde me agarraron... o para el lado del río...

ESCENA 3ª

En las afueras de La Calavera

(El Tordo está en el lugar, borracho y con aspecto de hombre perseguido. Casi inmediatamente irrumpe la procesión que ahora ya está completamente formada y va camino a la cruz. Al ver al Tordo, algunos de los integrantes lo alejan. Al mismo tiempo, se realizan diversas danzas. Se les ve efectuar grandes saltos al son de flautas y tambores. La procesión está totalmente formada y llevan las imágenes en andas. Es una escena de gran vitalidad. Aparecen los policías con el detenido. Al verlos, el Tordo de inmediato se escabulle, se esconde entre los demás. En el centro del grupo que recién ha entrado, viene el Abanderado y rodeándolo González, Torrealba, Riquelme, más otros policías. Vuelve a caer sobre la procesión un silencio súbito. Pero ahora de pronto, se escucha la voz de la Mujer V que grita.)

MUJER V.— ¡Asesino!

MUJER II.— ¡Incendiario!

MUJER III.— ¡Criminal!

(La multitud se amotina, se aglomera en torno a él. La procesión pierde su orden. Los policías tratan de hacerlos retroceder con sus carabinas.)

GONZÁLEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

RIQUELME.— ¡No se acerquen!

GONZÁLEZ.— ¡Atrás, que si no disparamos!

MUJER II.— ¡Llévenselo! ¡Llévenselo! ¿No te bastó con incendiarme la casa? ¿Con quemar la cosecha? ¿Para qué vienes a ensuciar ahora este lugar santo? ¿Que se lo lleven! Si no, lo mato...

VARIAS.— *(Al mismo tiempo.)* ¡Que se lo lleven! ¡Que lo maten! ¡Incendiario! ¡Asesino!

MUJER III.— ¡Criminal! Todo lo has pisoteado. Ni siquiera te acuerdas del daño que me hiciste. ¡Criminal!

VARIAS.— *(Al mismo tiempo.)* ¡Llévenselo de aquí! ¡Llévenselo! ¡Llévenselo!

MUJER I.— Éste es un lugar santo...

MUJER I.— ¡Ladrón!

MUJER IV.— ¡Ladrón! ¡Ladrón!

(Hay un movimiento hacia él. Los policías rechazan y Torrealba se yergue entre ellos.)

TORREALBA.— ¡No pueden dejarlo tranquilo! Que no ven que el hombre va preso. ¡No ven que ya va a pagar! ¿No pueden quedarse callados y dejarlo seguir su camino? Si éste es lugar santo, tengan al menos caridad...

MUJER IV.— ¡Ladrón! ¡Ladrón!

GONZÁLEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás les digo! Que estas cuestiones están cargadas... Y tú, Torrealba, quédate callado. Soy yo quien va al mando de esto... *(Al pueblo.)* ¡Atrás! ¡Atrás les digo!

MUJER IV.— ¡Es un ladrón! Ni vergüenza tenía de robarle a los pobres... ¡Ladrón! Debieran cortarle las manos por ladrón...

MUJER I.— ¡Llévenselo! Éste es un lugar santo...

MUJER V.— ¡No! ¡Que se quede! ¡Que lo maten!

MUJER IV.— Acuérdate cuando robaste en Coligüe.

MUJER III.— ¡Y del crimen en Peñas Blancas!

MUJER II.— ¡En Pachacama!

MUJER IV.— ¡En Rautén!

MUJER III.— ¡En Artificio!

MUJER I.— ¡En Nogales!

GONZÁLEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjennos seguir!

VARIAS.— *(Al mismo tiempo.)* ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Incendiario!

HOMBRE I.— ¡Incendió Pucalán! ¡Que se lo lleven a Pucalán! ¡Que lo ajusticien en Pucalán!

HOMBRE II.— ¡En Mauco!

HOMBRE III.— ¡En Hijuelas!

HOMBRE I.— ¡En Cabildo, en Ingenio, en Guayacán!

TODOS.— ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Criminal! ¡Que lo maten! ¡Criminal!

(En ese instante, González dispara al aire. Tras el tiro, se produce un súbito silencio. Los policías ahora logran abrirse paso y arrastran al Abanderado hacia afuera. Durante toda la escena anterior, éste ha permanecido tranquilo, extrañamente tranquilo. Recibiendo todos los gritos como si éstos no lo tocaran. Apenas ha salido, la procesión vuelve a organizarse. Se reanudan los bailes, los cantos, el Tordo se hace visible entonces. Mira hacia el lugar por donde se ha alejado el Abanderado. De pronto un gran sollozo lo estremece y cae, de rodillas al suelo, llorando. La procesión evoluciona en torno a él y desaparece.)

ESCENA 4ª

La estación de La Calavera

(El Abanderado está de pie exactamente en el lugar que ocupaba el Tordo en el cuadro anterior. Torrealba está junto a él. Riquelme entra seguido por el otro policía.)

RIQUELME.— Vamos a tener que registrarlo... Órdenes de mi teniente Donoso. No vaya a ser cosa que ande trayendo un arma escondida.

TORREALBA.— Ya se hizo en Coligüe.

RIQUELME.— Sí, pero allá era bajo las órdenes de mi teniente Bruna. Y mi teniente Donoso dijo que él no confiaba en eso...

TORREALBA.— Pero si no trae nada.

RIQUELME.— ¿Cómo lo sabes?

TORREALBA.— Me lo habría dicho.

RIQUELME.— (*Con ironía pesada. En cierta forma imita a Donoso.*) ¡Te lo habría dicho! Hay que ver el angelito... Mejor será que te vayas avivando, cabro. En de no, no tienes futuro en esta profesión... ¡Se lo habría dicho! Hazte a un lado mejor... Aflójate la trilintroya... ¡La camisa!

(*Riquelme y el otro policía despojan al Abanderado de su camisa y le registran los bolsillos. El Abanderado no se mueve.*)

RIQUELME.— ¡Tenías razón! Anda más pelado que un hueso... (*Mirando al Abanderado.*) ¡Y éste era el famoso Abanderado! Uno crece oyendo hablar de estos saltadores y después no son más que esto... Tan bravos que parecen de lejos, y de cerca, ¡puro viento no más! (*Al policía.*) Anda a preguntarle al cabo González si llegó el relevo y le trajeron las esposas... (*El policía sale.*) Esto es para que aprendas una lección, cabro. No te dejes embaucar por lo que te diga el preso. Como dice mi teniente Donoso: un buen policía siempre comprueba... (*Vuelve a entrar el policía con las esposas.*) ¡Ah! Ya llegaron... A ver, pásamelas... (*El policía se las entrega, se cuadra y sale.*) A ver las manos, Abanderado, a ver si te gustan estas pulseras... Mejor que las que robaste, ¿ah?

GONZÁLEZ.— (*Desde afuera.*) ¡Cabo Riquelme!

RIQUELME.— (*Gritando.*) Voy, mi cabo... (*Pasándole las esposas a Torrealba.*) Colócaselas tú mismo. Y sin soltarle el cordel. El cordel lo aflojas después que le hayas colocado las cuestiones... ¡Toma, cabro! Beh... ¿qué te da miedo el Abanderado?... No seas lesa. No ves que ahora ya no tiene ni soplo para hablar... (*Sale.*)

TORREALBA.— Voy a tener que ponérselas... (*El Abanderado extiende las manos.*) No sé... me habría gustado poderle... poderle prestar ayuda...

ABANDERADO.— Haga no más. Es su deber. (*Torrealba se las coloca.*) Hace un rato, cuando me gritaron todo eso... todo lo que me gritaron... no sé, me sentí como si me estuviera sacando las pilchas... igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel...

TORREALBA.— (*Señalando las esposas.*) ¿Le apretan mucho...? Aguántese... a veces con una piedra dicen que ceden un poco...

(*Busca una piedra y con ella golpea el metal. El Abanderado sigue hablando.*)

ABANDERADO.— Igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel. Pero ahora no me daba vergüenza, no... Ahora me sentía más liviano. Parecía que al gritarme esas cosas, me las iban sacando de adentro. Me iban dejando vacío. No, vacío no... No sé cómo.

TORREALBA.— (*Golpeando siempre sobre las esposas.*) Aguántese un poco. Al comienzo le va a doler; pero después se sentirá recontra aliviado.

ABANDERADO.— Y ahora, cuando me arrancó la camisa, fue como si me hubiera limpiado de repente...

(*Se escuchan de pronto los cánticos de la procesión. Son las décimas de la Cruz. Sólo se escuchan algunos versos, y luego la escena continúa. Teniendo las décimas como música de fondo.*)

TORREALBA.— Son los de la procesión. Ya llegaron a la Cruz.

ABANDERADO.— Cuando miraba cualquier cosa, la veía como yo... Cuando uno anda con algo revuelto adentro, todo lo ve así, revuelto... Negras parece que fueran las cosas... aunque estén limpias y no sean negras. Uno echa el alma para afuera. Y como el alma tiene su tinte, el alma tiñe. (*Se detiene de pronto, como si hubiera recordado algo.*) Pero, a veces uno piensa... piensa en algo todo blanco ¿claro como un trozo de estrella no fue que dijo? Y con solo recordarlo, se disipan todas las oscuridades... Eso fue lo que ella dijo; pero ahora me doy cuenta que eso no es todo y que ella sólo tenía razón a medias. Me doy cuenta que hay que pensar en algo que no se pueda

trizar ni romper, en algo que no es una cosa, en algo que uno guarda adentro, no sé bien dónde, y que es más cierto que una cosa, más cierto que lo que se mira y se toca. Es algo como un pensamiento. Sí, eso podría ser. El pensamiento de algo todo blanco... *(Hay un silencio durante el cual vuelven a escucharse los cánticos con nitidez.)* Cornelio...

TORREALBA.— ¿Me llamaba?

ABANDERADO.— Sí, lo estaba llamando.

TORREALBA.— ¿Qué desea?

ABANDERADO.— Pedirle un favor. Cuando vuelva y si pasa por donde mi... por la casa de la Pepa de Oro, dele un recado ¿quiere?

TORREALBA.— El que usted mande.

ABANDERADO.— Dígale que yo encontré algo que no se rompe.

(Luego de un cortísimo silencio, se escuchan afuera las voces de mando.)

GONZÁLEZ.— *(Desde afuera.)* ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo.

GONZÁLEZ.— *(Desde afuera.)* Ya llegó el relevo. Sígueme con el preso.

TORREALBA.— Nos vamos a tener que ir yendo.

ABANDERADO.— ¿Se acordará de lo que le dije?

TORREALBA.— Sí, me acordaré, Juan... ¿Le importa que lo llame así?

ABANDERADO.— ¿Por qué? Así es como me llamo: Juan Araneda López.

(Los hombres salen y aún se escuchan los cánticos mezclados a las voces de mando.)

ESCENA 5ª

Un lugar en la montaña, cerca de La Cruz

(La procesión está reunida al pie de ella y cantan la "Despedida". En ese instante se escucha el pito prolongado de un tren y casi de inmediato se oscurece el cielo y comienza a caer una lluvia. La procesión se dispersa, se escuchan voces.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— ¡Aguántense! No es más que un chubasco...

MUJER II.— Son esas nubes negras.

MUJER III.— Ya luego pasarán.

MUJER IV.— No hay ninguna parte donde guarecerse.

HOMBRE I.— Aguántense. Esto pasa luego...

(Vuelve a escucharse el pito del tren. Esta vez es sumamente desgarrador.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Ése es el tren...

MUJER I.— ¡Por fin se llevan al Abanderado!

MUJER III.— Que se lo lleven lejos...

(La tempestad amaina. Hay un momento de silencio.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Volvamos a formar la procesión y sigamos con la despedida...

(Comienza a cantar.)

Será hasta la vuelta del año

Volveré con mi bandera

Si estoy vivo en este mundo

Y si piso aquí la tierra.

TODOS.— Si estoy vivo en este mundo

Y si piso aquí la tierra.

ALFÉREZ.— Y si piso aquí la tierra

Con la mayor humildad

Porque en esta vida somos

Sólo una sombra pará.

TODOS.— Porque en esta vida somos

Sólo una sombra pará.

ALFÉREZ.— Sólo una sombra pará
Por el libro de Jacob
Porque en este mundo somos
Hoy sí y mañana no.

TODOS.— Porque en este mundo somos
Hoy sí y mañana no.

(La procesión ha ido desapareciendo lentamente. Aún durante un rato se escuchan las voces a lo lejos. Cornelia ha permanecido sola en el lugar y después de algunos segundos aparece Torrealba que llega corriendo. Se detiene. Se miran.)

CORNELIA.— ¿Y el Abanderado?

(Antes que él responda se escucha el pito del tren.)

TORREALBA.— En ése se lo llevan... allá.

CORNELIA.— *(Mirando el tren que se aleja.)* Me va a hacer falta... Me gustaba saber que alguien podía galopar en la tarde, libre como una bandera, con ese pañuelo... *(Con una súbita transición.)* ¿Y el pañuelo blanco? ¿Lo llevaba todavía?

TORREALBA.— No. Me dijo que lo había perdido.

CORNELIA.— ¿Dónde?

TORREALBA.— No se acordaba. Fue cuando lo agarraron. No sabía si era para el lado del tranque o para el lado del río.

CORNELIA.— ¿Del río? Ojalá haya sido para el lado del río.

TORREALBA.— ¿Para qué?

CORNELIA.— Para que siga, y llegue al mar.

(Ya muy lejano se escucha el pitazo del tren. Ambos lo contemplan. Las luces disminuyen lentamente.)

TELÓN

BUENAVENTURA I

“El año repetido”

(1962)

(Una pieza de hotel en Valparaíso. Los muros del cuarto están tapizados en papel rojo oscuro. De ellos, cuelgan cuadros, afiches, estantes con figuras religiosas, lo que indica que la persona que aquí vive no está de paso sino que ocupa esta pieza desde hace algún tiempo. Hay una cama con barrotes de bronce, un ropero, un lavatorio y, junto a él, algunas maletas. También hay un velador, una mesa y una silla. A través de las ventanas se alcanza a divisar la estación, o mejor dicho, los cables eléctricos de los trenes y, más allá, un trozo de mar. Al comienzo la pieza está oscura. Sólo se distinguen, en las murallas, la fosforescencia de algunos cuadros hechos con alas de mariposas. Después de algunos segundos, estallan en la bahía numerosos fuegos artificiales, luces de distintos colores inundan alternativamente el cuarto y descubren a Rea acostada sobre la cama. Al mismo tiempo, se escucha la sirena larga, mantenida, enervante. Es la que anuncia que se inicia un nuevo año.

Rea permanece inmóvil durante algunos segundos y luego, sin encender luces, se levanta, va hacia la ventana y la cierra. Los ruidos se acallan. Una luz verde inunda la pieza y en medio de ella la mujer se detiene, como un insecto atrapado.)

REA.— *(Murmurando.)* A patadas echaría este año... *(Pero de inmediato se repone y empieza a cantar.)*

A Buenaventura me voy

Bailando rumba, mi amor,

A Buenaventura me voy

Dicen que es mucho el calor...

(Sin ningún apuro, saca del ropero diversas cajas, una taza y un anafé de alcohol que coloca sobre la mesa y empieza a preparar café. A ratos canturrea la canción y, a ratos también, se escucha la sirena, muy distante, es cierto, que llama. Después de algunos segundos se oyen golpes en la puerta. Rea los ignora. Pero los golpes se hacen más insistentes y a ellos se unen ruidos y una voz que llama.)

REA.— No hay nadie.

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame... ábrame... ábrame...

REA.— Hoy no se abre. Hoy no se trabaja. Hoy es fiesta...

VOZ DE HOMBRE.— ¡Ábrame!

(Rea sigue preparando su café. Los golpes persisten. Por último, ella se levanta y grita a través de la puerta cerrada.)

REA.— Váyase de una vez... ¿Qué no ve que va a despertar toda la casa? Váyese que si no voy a llamar a la policía...

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame...

REA.— Me asomo por la ventana y llamo.

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame por favor...

(Rea se inmoviliza durante algunos segundos y luego abre. En el corredor se descubre un hombre aparentemente bien vestido y borracho.)

REA.— ¿Qué es lo que quieres?

HOMBRE.— Vivo en la pieza de al lado.

REA.— ¿Y?

HOMBRE.— *(Súbitamente violento.)* Y estoy solo. Muy solo.

REA.— Es Año Nuevo.

HOMBRE.— Déjeme ver su pieza... *(Entra.)* Déjeme verla...

REA.— Oiga...

HOMBRE.— Es igual a la mía. Redonda como la mía.

- REA.— Ésta no es redonda. Tiene cuatro muros y es más bien cuadrada.
- HOMBRE.— Es redonda. Me llamo Antonio.
- REA.— ¿Por qué no se va?
- HOMBRE.— (*Dándose vuelta hacia ella.*) No me eche. Por favor, no me eche.
- REA.— ¿Quiere una taza de café? Estoy preparando café. ¿Quiere una taza?
- ANTONIO.— ¿Cómo se llama?
- REA.— ¿Yo? Rea.
- ANTONIO.— ¿Qué quiere decir?
- REA.— Es un nombre. ¿Quiere café?
- ANTONIO.— Bueno, Rea. Gracias, Rea. Estoy tan solo, Rea.
- REA.— Siéntese.
- ANTONIO.— No me deje.
- REA.— No. Ya está adentro. Pase nomás.
- ANTONIO.— (*Mirando los afiches de las murallas.*) ¿Usted es artista?
- REA.— Era.
- ANTONIO.— ¿Qué pasó?
- REA.— Los años, el tiempo, qué se yo... ¿Cómo le gusta el café?
- ANTONIO.— No quiero café. Nunca he podido tomar café. Me hace mal. Desde niño. Cuando niño vivía en una casa grande con mi madre y una hermana...
- REA.— (*Interrumpiéndolo.*) No, no me cuente historias. Todos queremos contar algo en Año Nuevo. Todos tenemos tanto que contar. Pero no lo cuente.
- ANTONIO.— Feliz...
- REA.— ¿Qué?
- ANTONIO.— Feliz Año Nuevo... (*Esconde el rostro entre las manos y comienza a llorar.*)
- REA.— Ya, no sea tonto.
- ANTONIO.— He llorado toda la noche, solo en mi pieza.
- REA.— Y ha tomado también.
- ANTONIO.— También. ¿Por qué? Encuentra que no debiera...
- REA.— Eso es cosa suya.
- ANTONIO.— Si quiere no tomo más.
- REA.— Haga como quiera.
- ANTONIO.— Pero no me va a dejar solo.
- REA.— Se va a ir a dormir.
- ANTONIO.— (*Con un tono levemente afectado.*) Como un niño obediente.
- REA.— ¿Qué?
- ANTONIO.— Se va a ir a dormir como un niño obediente. Así me decían cuando chico.
- REA.— Y es lo mejor que puede hacer ahora.
- ANTONIO.— Pero no me deje solo esta noche, y de ahora... en adelante. Yo tenía una hermana que me decía... me decía cuando mi madre se murió: Nunca te voy a dejar solo, nunca. Y un día pasó un primo... psst... se fue como el gas de una botella. ¿Dónde? A vivir con el primo. Yo los miré por el ojo de la cerradura: estaban acostados en la pieza del fondo, en la misma cama, y a Flora se le había deshecho el moño... tenía los cabellos atados en un moño duro lleno de orquillas y ahora los tenía deshechos. Parecía que estuviera flotando en medio de sus cabellos... como si se estuviera ahogando en el barro... en la mugre, en la mugre, en la mugre con el primo.
- REA.— ¿Qué le puedo ofrecer en vez de café?
- ANTONIO.— No me deje solo.
- REA.— ¿Y por qué no se fue usted con una prima? El mundo está lleno de primas.
- ANTONIO.— Todas tenían trenzas rubias y uñas largas. (*Ríe.*) Voy a ir a buscar la botella a mi pieza. ¡Tenemos que brindar! ¡Tenemos! (*Se encamina hacia la puerta.*) No me la cierre... Por favor... (*Sale y vuelve a aparecer.*) No me cierre la puerta...
- (*Sale. Rea permanece sola durante algunos segundos. Por un momento va a ir a cerrar la puerta; pero luego se contiene. Se sirve una taza de café. Antonio vuelve con la botella.*)
- ANTONIO.— Tenían las uñas largas y cuando en el verano jugábamos en la casa que habíamos

construido encima del árbol, me las enterraban... Así... así... (*Ha tomado el brazo de Rea y le entierra las uñas.*)

REA.— Déjeme.

ANTONIO.— ¿Le dolió?

REA.— Claro que me dolió.

ANTONIO.— Perdóneme. No quise hacerle daño. En verdad que no quise. Le duele mucho...

REA.— Déjeme tranquila.

ANTONIO.— No se enoje.

REA.— No estoy enojada.

ANTONIO.— Mire... (*La pieza vuelve a inundarse con una luz verde.*) Verde... verde dicen que es la esperanza.

REA.— Así dicen.

ANTONIO.— ¿Y usted cree que es verde?

REA.— ¿Qué tiene en esa botella?

ANTONIO.— No sé. Pero quema.

REA.— Déjeme ver.

ANTONIO.— ¿Quiere probarlo?

REA.— (*Destapa la botella y huele su contenido.*) No sé lo que es.

ANTONIO.— Yo nunca tomo. Pero compré esto, para pasar el Año Nuevo, solo, solo, solo... ¿Usted lo había pasado sola antes?

REA.— No me acuerdo. Le doy un consejo: no se acuerde usted más tampoco.

ANTONIO.— Déjeme que yo le sirva: a Flora siempre le servía. Una copa de vino añejo... añejo como ella, como yo... y dulce, como un terrón de azúcar en la lengua y lo dejábamos ahí... O le robábamos el bicarbonato a la mamá y humedecíamos un algodón, lo empapábamos en bicarbonato y lo chupábamos como un caramelo...

REA.— (*Bebiendo.*) No es malo.

ANTONIO.— El bicarbonato es exquisito.

REA.— No. Este trago.

ANTONIO.— ¡Feliz Año!

REA.— ¿Y por qué no? Feliz Año...

ANTONIO.— ¿Qué nos traerá este año?

REA.— ¿Y a quién le importa? (*Bebiendo de nuevo.*) Es más bien bastante bueno.

ANTONIO.— El año pasado me sucedieron tantas cosas.

REA.— Tiene un gustito a anís.

ANTONIO.— Era la primera vez que quedaba solo.

REA.— (*Probando de nuevo.*) No. No es anís. Es a...

ANTONIO.— Una mañana me dijo que se iba y que yo no podía irme con ellos. Ellos dijo, como si ya estuvieran casados. Ellos...

REA.— Es algo como anís. Pero no es anís.

ANTONIO.— Y ahora deben estar acostados.

REA.— ¿Quiénes?

ANTONIO.— Flora... y mi primo.

REA.— Antonio está en cama al otro lado del mundo.

ANTONIO.— Yo me llamo Antonio.

REA.— Yo conocí a un Antonio.

ANTONIO.— ¿Dónde?

REA.— Hace mucho tiempo. Muy lejos. Pero ésa es una historia larga, aburrida... No se la voy a contar... Oiga ¿qué es lo que tiene este trago? Si parece que hierve en el estómago.

ANTONIO.— Y todo se ve verde... verde, color de esperanza...

REA.— No hay esperanza. Todo es... es como esta pieza, cuadrada y no redonda.

ANTONIO.— Pero los años vuelven.

REA.— Se repiten.

ANTONIO.— Se repiten...

REA.— Hay un Antonio que le dice...

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Que hay un lugar que se llama Buenaventura. Que allá la va a llevar, que vivirán juntos...

ANTONIO.— Buenaventura...

REA.— (*Canturreando.*) A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor...

ANTONIO.— ¿Qué es eso?

REA.— Lo que cantaba, cuando era artista. ¿No conoce los versos?

ANTONIO.— No.

REA.— ¿Quiere que se los cante?

ANTONIO.— ¿Cómo es? A ver...

(*Ella empieza a cantar. Ya está un poco borracha también.*)

REA.— A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor...
A Buenaventura me voy
Dicen que es mucho el calor.
Pero si el negro se va
Tras él su negra irá,
Cantando así para él:
A Buenaventura me voy...

(*Juntos cantan el estribillo, con voz fuerte. Pero de pronto Antonio se yergue y grita.*)

ANTONIO.— ¿Qué? ¿Qué es lo que me pasa?

REA.— Estás solo.

ANTONIO.— ¿Qué es lo que necesito? ¿Por qué estoy así?

REA.— Venga. Cállese ahora. Quédese callado.

ANTONIO.— ¿Por qué de repente me hablas así, tan suave?

REA.— Callado ahora... callado.

ANTONIO.— Estoy solo.

REA.— Todos lo estamos.

ANTONIO.— Solo, solo, solo... No me dejes aquí, así...

REA.— No te voy a dejar. No te voy a dejar.

(*Él avanza hacia ella y la abraza. Rea lo toma entre sus brazos como un niño.*)

ANTONIO.— Dime algo... Sigue cantando...

REA.— No sé... No me acuerdo de ninguna canción de cuna... Ay, las cosas son demasiado grandes. No me acuerdo de ninguna. Ven...

(*Lo lleva hacia la cama y lo tiende. Lo toma luego entre sus brazos y comienza a cantarle la misma melodía que había estado cantando; pero ahora con el ritmo de una canción de cuna.*)

REA.— A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor,
A Buenaventura...

ANTONIO.— Rea... Rea... Rea ¿qué es lo que me pasa?

REA.— Nada, mi niño, nada. Duérmase ahora y nos iremos...

ANTONIO.— ¿Qué es lo que me pasa? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que necesito?

REA.— Ternura necesita. Lo de todos.

(*Una gran luz inunda la pieza y permanece dentro de ella un instante. Descubre a los dos abrazados, él como un niño apegado a ella, en el lecho. Al mismo tiempo, Rea sigue cantando la canción de cuna y la luz va disminuyendo lentamente. Hay un instante de total oscuridad y luego, al volver a hacerse claro, han pasado algunas horas. Antonio está de pie junto a la ventana por la cual ya se divisa alguna claridad. Parece que hubiera estado hablando durante mucho rato. Rea todavía está en el lecho.*)

ANTONIO.— ...y teníamos una casa al fondo del jardín, en un árbol inmenso. La habíamos amarrado entre las ramas... como un velero... El viento soplaba a veces, se hinchaban las velas y nos parecía ir navegando sobre el jardín, sobre las casas... Flora y yo...

- REA.— ¿Por qué no te vienes a tender otro rato?
- ANTONIO.— Flora era el capitán.
- REA.— ¡Qué idea!
- ANTONIO.— ¿Qué?
- REA.— Tener a una mujer de capitán. Los hombres son capitanes. Los hombres mandan.
- ANTONIO.— Flora siempre fue el capitán. Ella era quien decidía a qué íbamos a jugar, escogía, daba órdenes. Flora nació capitán. ¿La conoces?
- REA.— Cómo quieres que la conozca.
- ANTONIO.— Tiene la mirada decidida. Y una vez me agarró por los brazos... me acuerdo que estábamos en el velero sobre la encina, me miró y me dijo: tú no te vas a poder ir nunca. Tú eres de aquí y conmigo te quedarás... (*Hay un momento de silencio. Rea se yergue.*) Y ahora me dejó solo. (*Viéndola.*) ¿Adónde vas?
- REA.— Voy a preparar una taza de café.
- ANTONIO.— ¿De nuevo?
- REA.— Me gusta el café.
- ANTONIO.— ¿No quieres escucharme entonces?
- REA.— Habla, habla. Te estoy escuchando.
- ANTONIO.— No. Estás aburrida.
- REA.— ¿Tú quieres café?
- ANTONIO.— ¿Queda algo en la botella?
- REA.— Un concho.
- ANTONIO.— Dámelo.
- REA.— ¿Te hará bien?
- ANTONIO.— ¡Dámelo!
- (*Ella se lo pasa y él bebe de un trago.*)
- REA.— No creo que te haga bien.
- ANTONIO.— ¿Por qué se habrán terminado las luces?
- REA.— ¿Cuáles?
- ANTONIO.— Ésas que iluminaban la pieza. Las verdes...
- REA.— Está aclarando.
- ANTONIO.— ¿Y?
- REA.— ¿De qué sirven los fuegos artificiales en la mañana?
- ANTONIO.— Entonces... ya estamos en otro año.
- REA.— Sí. Otro año.
- ANTONIO.— (*Desplomándose en una silla.*) ¿Qué voy a hacer?
- REA.— (*Cambiando de tema.*) El agua está hirviendo.
- ANTONIO.— (*Después de un rato.*) ¿Por qué no quieres pensar?
- REA.— ¿Qué?
- ANTONIO.— Te pregunto por qué no quieres pensar.
- REA.— ¿En qué?
- ANTONIO.— En todo... en lo que pasa... en lo que pasó... en lo que nos ha sucedido. ¿Por qué no sufres? (*La agarra por los brazos.*) ¿Por qué? ¿Por qué?
- REA.— (*Desasiéndose.*) ¡Déjame!
- ANTONIO.— ¿Tienes miedo?
- REA.— Si no te quedas tranquilo, te voy a echar a tu pieza.
- ANTONIO.— ¿Tienes miedo? ¡Contéstame! Tienes que contestarme. ¿Tienes miedo de dar vuelta la cara, de mirar? ¿Tienes miedo!
- REA.— No tengo para qué mirar. Estoy bien así.
- ANTONIO.— Pero mira hacia afuera. Mira cómo el cielo se va poniendo claro. Mira esa casa... las paredes están sucias, las puertas abiertas. ¿De quién es esa casa?
- REA.— Cómo quieres que lo sepa. ¿Café? Perdón... de veras que no tomas café.
- ANTONIO.— Rea... no podemos mirar todo esto. No podemos. Salgamos, ¿quieres? Salgamos a la calle y busquemos un lugar donde todavía se pueda tomar algo. Un lugar pintado de verde

con las murallas limpias... Compremos una botella y salgamos... o volvamos, como quieras... Pero por favor no me dejes solo... sobre todo hoy. Nunca he visto una mañana más gris, más sucia... No puedo mirarla. Parece que el Año Nuevo arrastra todos los Años Nuevos anteriores, todos los desperdicios de Años Nuevos... Rea, Rea... ¡No me dejes solo en el medio de los desperdicios!

REA.— Quédate callado de una vez por todas.

ANTONIO.— Salgamos. A ver... *(Va hacia el ropero y lo abre.)* Ponte algo... cualquiera de estos vestidos... ¿Qué es esto?

REA.— Déjalos. Son mis vestidos.

ANTONIO.— *(Retrocede sosteniendo entre los brazos un alto de vestidos de fantasía que ha sacado del ropero.)* ¿Qué es esto? Los vestidos de Piel de Asno... todos, todos juntos en un solo lugar. ¿Te acuerdas de la historia de Piel de Asno? Flora me la contaba siempre... Había una vez...

REA.— ¡Cuidado con esos vestidos!

ANTONIO.— Ponte uno. Nada más que uno. ¡Éste!

REA.— No sea...

ANTONIO.— Por favor... Pero ¿qué es esto? Si brillan como si una de esas luces se hubieran caído aquí adentro.

REA.— ¡Déjalos! Son mis vestidos. Los que uso cuando actúo. Hay que tratarlos con cuidado. El capital de una vedette son sus vestidos. Y yo siempre me compré los mejores.

ANTONIO.— ¿Quien te los pagaba? ¿Un primo? *(Ella lo golpea rudamente en la mejilla.)* Flora le compró dos docenas de camisas de seda a Ignacio.

REA.— Perdóname.

ANTONIO.— Qué curioso. No tengo ganas de llorar. Antes, cuando me pegaban siempre lloraba.

REA.— Perdóname... No sé por qué lo hice.

ANTONIO.— *(Extendiendo uno de los vestidos.)* Ponte éste.

REA.— Antes... había luces. Y muchos dicen que en las candilejas se puede trucar y que no es necesario hacerse ropa fina. ¡Trucar! Son las luces más despiadadas.

ANTONIO.— ¿Cuáles?

REA.— Las de las candilejas. No se puede engañar con ellas. Hay que tener siempre lo mejor. Y yo siempre tuve lo mejor.

ANTONIO.— Ponte éste Rea, por favor. Nada más que para vértelo.

REA.— Hace años que no me los pongo.

ANTONIO.— Razón de más.

REA.— Desde que dejé de cantar. *(Y de repente confiesa.)* Yo era vedette con cartel francés. ¿Sabes lo que quiere decir?

ANTONIO.— No; pero ponte este vestido.

REA.— Colocan tu nombre al final de los otros; pero coronados con una "y". *(Como si estuviera leyendo.)* "Y Rea del Oro". Es casi más destacado que estar al principio.

ANTONIO.— ¡Póntelo! ¡Póntelo!

(Se sienta en una silla y empieza a aplaudirla. Ella lo mira durante un segundo y parece transfigurarse, tal vez la pieza se llena de aplausos, de gritos, de vítores. Es como una súbita alucinación y luego pasa.)

REA.— Bueno. Pero no me mires. El secreto de un vestido es que sea visto de golpe... De repente... *(Él se da la vuelta mientras ella se coloca el vestido. Y después de algunos segundos empieza a monologar.)*

ANTONIO.— En la casa había una pieza... la pieza oscura la llamábamos, porque ahí nos encerraban cuando nos portábamos mal y con Flora descubrimos una caja llena de disfraces... Eran los restos de bailes de fantasía... y desde entonces, desde que encontramos ese tesoro, nos portábamos mal de adrede para que nos encerraran... y pasábamos horas mirando vestidos... Flora se disfrazaba de diablo... había un traje de diablo colorado... y me metía miedo en la pieza oscura... ¿Por qué no podremos volver a todo eso? ¿Por qué? Yo viviría feliz en esa pieza oscura con un diablo de verdad, y la caja llena de disfraces...

(Rea ha emergido de detrás del biombo donde se cambió el vestido. Es un disfraz de "rumbera" en negro y rojo, con plumas y lentejuelas. En cierta forma recuerda el convencional vestido de los diablos de carnaval.)

ANTONIO.— ¿Me puedo dar vuelta...? *(Lo hace.)* ¡Flora!

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— No... no me metas miedo, Flora. Yo sé que no eres el diablo sino tú, Flora... *(Ella se acerca a él y él huye a través del cuarto.)* No, Flora, déjate... Cuando vengan a sacarnos de la pieza oscura, te voy a acusar. Le voy a decir a la mamá que tú te vestiste de diablo y me perseguiste... No, Flora, Flora... No, no... *(Ríe y grita a la vez, asustado y contento de estarlo, como un niño que goza cuando lo asustan.)* ¡No! No... Flora. *(Poco a poco, Rea va entrando en el juego. Ríe también y lo persigue. Se escuchan unos ruidos como de disparos y ambos se inmovilizan. La pieza se llena de colores, Antonio corre hacia la ventana.)* Ya, mamá, aquí estamos... Ya nos castigó suficiente. Venga a sacarnos.

REA.— Son fuegos artificiales.

ANTONIO.— Alguien prendió la luz dentro de la pieza oscura.

REA.— Están disparando nuevamente fuegos artificiales.

ANTONIO.— Te voy a acusar... Te voy a acusar...

REA.— ¿Por qué creía yo que no se verían en la mañana?

(A lo lejos, mientras siguen escuchándose los ruidos de los fuegos artificiales y la pieza se llena de luces multicolores, se oye el ruido de unas campanas y lentamente las luces van decreciendo. Cuando vuelven a encenderse, Antonio está tendido sobre el lecho y Rea está de pie junto a la ventana. Se ha sacado las plumas y su aspecto es el de un clown cansado. Está hablando y pareciera que lo hace desde hace mucho tiempo. La imagen es muy parecida a la del comienzo del cuadro anterior, salvo que los personajes están cambiados.)

REA.— ...y también me ofreció que nos fuéramos... lejos... a Buenaventura me dijo. Parece que es fuera la ciudad donde todos querían vivir. Es un puerto, me han dicho... con un hotel grande, con balcones de fierro y entre los fierros cuelgan niños y monos. Y se puede hacer fortuna en Buenaventura...

(Una luz verde ilumina la escena.)

ANTONIO.— Verde...

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— El color de la esperanza.

REA.— Yo estaba trabajando entonces. Fue el año que estrené la canción esa. Tenía mucho éxito... Me aplaudían, Antonio, y todas las noches me llegaba el ruido como si me estuvieran dando algo... ¿Te han aplaudido alguna vez? Una se siente tan llena... tan fuerte, tan importante... Ves las manos, algunas caras y escuchas ese ruido, como el eco de la lluvia, que te traspasa y te completa... Es amor que te dan todos. Como hacer el amor con el mundo, sin comprometerse.

ANTONIO.— Entonces...

REA.— Entonces lo dejé todo. Rompí el contrato, incluso tuve que pagar una suma de dinero, lo perdí todo, todo por irme a Buenaventura...

ANTONIO.— ¿Y?

REA.— No llegó. Me acuerdo que estaba en una pieza como ésta, con las maletas hechas y todo listo. Me senté a esperar; pero no llegó.

ANTONIO.— ¿Y te dolió?

REA.— Al principio. Después me acostumbré.

ANTONIO.— ¿A qué?

REA.— A seguir.

ANTONIO.— Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede uno seguir? A mí me parece que a veces la vida se pone angosta y que nada volverá a ensancharla de nuevo.

REA.— Yo pensaba lo mismo. Pero después me di cuenta que no importaba.

ANTONIO.— Eso es cierto. Te lo has repetido tantas veces que crees que te has convencido. Pero no es cierto. ¿Qué es lo que pasa en la vida, Dios mío? ¿Por qué estamos hoy aquí, los dos,

cuando ni siquiera nos conocíamos ayer? ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué es lo que nos ha pasado? Antes uno sentía que guardaba las riendas entre las manos, que frenaba los caballos, que los hacía partir, que hacía... o deshacía. ¿Qué es lo que pasa, Dios mío? ¿Qué es lo que pasa?

REA.— Se crece.

ANTONIO.— Pero eso nada significa. ¿Cómo es que te has dado cuenta que no importa? ¿Cómo te has resignado? ¿Cómo y por qué?

REA.— Porque comprendí.

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Que había crecido.

(*En el silencio que sigue, se escuchan las campanas de una iglesia.*)

REA.— Son las campanas de la Matriz. Están llamando.

ANTONIO.— Y entonces... Sígueme contando.

REA.— Comprendí que no iba a venir a buscarme. Saqué las cosas de la maleta y las fui colgando en el ropero. ¡Qué curioso! Eso es lo que mejor recuerdo... Tenía un vestido con lentejuelas plateadas y una se desprendió cuando lo coloqué en la percha. Me senté encima de la cama a coserla y recuerdo perfectamente que me dije: No vendrá. Yo nunca iré a Buenaventura... Se me había terminado el contrato. Me costó conseguir otro. Trabajé durante unos meses; pero andaba con "jetta". Uno de los cabarets cerró y otro lo clausuró la policía. Cada vez trabajé menos y así... me tuve que dar cuenta que había perdido algo. Eso parece ser lo que nos pasa a todos, crecemos y perdemos algo, crecemos otro poco y perdemos algo más. Y de repente, cuando somos verdaderamente adultos, lo hemos perdido todo, y sin embargo seguimos.

ANTONIO.— Rea, ¿y si nosotros nos fuéramos a Buenaventura?

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— A Buenaventura. Yo tengo un poco de dinero. Cuando Flora se fue con mi primo, nos separamos lo que nos había dejado la mamá. Lo mío está en el banco... ¿Por qué no habríamos de usarlo?

REA.— No seas tonto.

ANTONIO.— No. Te lo digo en serio. ¿Por qué no? Tú estás sola, yo también. ¿Por qué no habríamos de hacer algo los dos?

REA.— Ya se divisan los barcos en el puerto.

ANTONIO.— Te lo digo en serio, Rea.

REA.— Desde allá deben haber disparado los fuegos artificiales.

ANTONIO.— Rea, contéstame. Rea...

REA.— No. No es posible...

ANTONIO.— ¿Por qué?

REA.— Porque no nos vamos a ir.

ANTONIO.— Pero ¿por qué, Rea? Yo estoy solo, libre. Tú también.

REA.— No, Antonio, no quiero volver nuevamente a...

ANTONIO.— ¿A qué?

REA.— A todo lo de antes. Eso se terminó. Se terminó.

ANTONIO.— Yo no te ofrezco nada posible. Es un hecho palpable, concreto. Vámonos juntos. Vivamos juntos.

REA.— No... (*Se domina y trata de cambiar de tema.*) ¿Qué vas a hacer hoy día?

ANTONIO.— Voy a ir al banco a buscar el dinero.

REA.— Los bancos están cerrados.

ANTONIO.— Mañana entonces.

REA.— Mañana habrás cambiado de opinión.

ANTONIO.— No, Rea. ¿No me crees? (*Están el uno frente al otro. Ella lo mira. Duda.*) Contéstame. ¿No me crees?

REA.— Sí. Te creo.

ANTONIO.— Entonces ¿te quieres ir conmigo? ¿Te irás?

REA.— No sé, no sé, no sé...

ANTONIO.— ¿Qué te pasa?

REA.— Me parece que ya he dicho todas estas cosas antes. Me parece que estoy caminando en círculos, que no puedo saltar a otro, que me repito, que me repito...

ANTONIO.— Pero no crees, ¿no es cierto?

REA.— No quiero creerte. No quiero.

ANTONIO.— Vámonos, Rea. A Buenaventura o donde quieras. Vámonos.

REA.— No quiero...

ANTONIO.— Tú sabes que no puedo mentir. Tú sabes que te necesito.

REA.— Qué cerca está uno siempre... qué cerca...

ANTONIO.— Vámonos.

REA.— Qué cerca... qué cerca... qué cerca...

(Y mientras sigue repitiendo la palabra "cerca", las luces bajan. Las luces se encienden luego, súbitamente. Hay un aire de fiesta en la pieza. Rea está sola guardando cosas en las maletas. Todos sus vestidos de fantasía están sobre el lecho y los va guardando en una de las maletas. Es de noche afuera.)

REA.— *(Cantando en voz baja.)* A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor...

(Antonio entra. Trae provisiones entre los brazos y un par de billetes de navegación.)

ANTONIO.— Creo que lo traigo todo... El pan, el jamón, el vino y ¡mira!

REA.— *(Leyendo los billetes.)* S. S. Ardano con destinación a Buenaventura.

ANTONIO.— Zarpa en pocos días más, lo necesario para arreglar los pasaportes. Pero ¿qué te pasa?
¿Por qué te quedas callada? ¿Estás triste?

REA.— Estoy muy contenta.

ANTONIO.— ¿Por qué no comemos? Destapo la botella de vino... ¿Qué son todas estas cosas?

REA.— Son mis vestidos. No sé si llevarlos o no.

ANTONIO.— Claro que sí. Tienes que llevarlos. Hay que llevarlo todo. Hay que borrar nuestras huellas, no hay que dejar nada atrás. ¿Qué es esto?

REA.— ¿Qué no ves? Son unas sábanas.

ANTONIO.— ¿Y para qué tienes sábanas?

REA.— Son... no sé, hace tanto tiempo.

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Cuando me fui de mi casa. Mi madre me las dio. Me dijo que si algún día me casaba...

ANTONIO.— Son iguales a las que teníamos.

REA.— ¿Quiénes?

ANTONIO.— Yo... y Flora.

REA.— ¿Qué te pasa? Ahora tú te has quedado callado.

ANTONIO.— Son iguales a las que teníamos antes. Las que colgábamos entre las ramas.

REA.— ¿Las del barco?

ANTONIO.— Sí.

REA.— ¿Y qué hay con eso? Éstas son nuestras.

ANTONIO.— Sí.

REA.— No tienes que pensar en todo eso, Antonio. Esas cosas ya pasaron.

ANTONIO.— Pero ¿por qué será que todo vuelve? Que uno vive perseguido por detalles. Cuando fui a comprar el vino, me ofrecieron uno que era el preferido de Flora y cuando crucé el muelle, sonó la sirena de un barco... Cuando niños, veraneábamos en la costa y, en el dormitorio, en las noches, cuando oíamos una sirena, Flora siempre decía: ¿Cómo estará nuestro barco en la encina? Hoy también me acordé de eso.

REA.— Tenía velas ¿no es cierto? Como éstas... como estas sábanas *(las extiende con un gesto amplio.)* Mira... *(Amarra un trozo de cáñamo en uno de los extremos y cuelga el cáñamo en la lámpara. Iza las sábanas como velas y el centro de la pieza queda transformado en una especie de velero. Arregla los muebles en torno a ellos como la quilla de un barco. Antonio participa en todo esto también. Poco a poco ambos se van transformando en un*

par de niños que juegan. Finalmente el barco está listo.) Aquí lo tienes... y podemos viajar.

ANTONIO.— ¿Los pasajes?

REA.— Toma... *(Le da los billetes y ambos se colocan dentro del barco.)*

ANTONIO.— Pero ¿quién va a dar las órdenes?

REA.— Tú.

ANTONIO.— ¿Yo?

REA.— Claro. Tú eres ahora el capitán.

ANTONIO.— No... no sé...

REA.— Claro que sabes.

ANTONIO.— ¿Tú crees? *(Con voz tímida que cada vez se va haciendo más segura.)* ¡Ancla! Cuarenta y cinco grados este... Viento noreste... ¡Adelante!

REA.— Antonio... ¡Eres el capitán! Tú eres el capitán.

ANTONIO.— Sí, yo soy el capitán.

REA.— ¿Y adónde vamos?

ANTONIO.— Dirección: Nornoreste. Destinación: Buenaventura.

(Empiezan a cantar la melodía y no las palabras de la canción: A Buenaventura, etc., mientras la luz se concentra sobre ellos y luego va disminuyendo lentamente. Cuando las luces vuelven, Antonio está solo en la pieza. Está escribiendo una carta. Algunos segundos después irrumpe Rea en la pieza. Trae los brazos cargados de paquetes. Al sentirla, Antonio esconde la carta.)

REA.— ¿Me demoré mucho? Tenía que comprar varias cosas antes del viaje. ¿Dónde has estado? Me habría gustado tanto salir de compras contigo. Es tan aburrido hacerlo sola. ¿No te parece? Compré ropa y escobillas de diente... ¡una docena! porque a uno siempre se le quedan en los hoteles... Yo creo que he perdido más escobillas de dientes en mi vida que... ¿Qué es lo que te pasa?

ANTONIO.— Nada.

REA.— Y te traje un regalo. ¡Mira! ¿Dónde lo dejé? Es uno de estos paquetes... Después te voy a mostrar las cosas que compré. Tenía unos pesos guardados... para cualquier eventualidad... Una de mis tías siempre me aconsejaba cuando yo era chiquilla: guarda unos dinerillos, hija, escóndelos donde nadie te los pueda sacar. Algún día te harán falta... Y así siempre lo he hecho... Esto parece que fuera. *(Desenvuelve una gorra de marino.)* ¡Mira! ¿No me dices nada? ¿Qué es lo que te pasa?

ANTONIO.— Rea...

REA.— Déjame ponértela.

ANTONIO.— ¡Rea!

REA.— ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué es eso que tienes ahí?

ANTONIO.— *(Escondiendo la carta.)* Nada.

REA.— Déjame ver. *(Le arrebatla la carta. Lee.)* "Rea, no sé cómo explicarte lo que ha sucedido..." ¿Qué es lo que ha sucedido?

ANTONIO.— Rea, en el banco, cuando fui a retirar el dinero, encontré una carta.

REA.— *(Riendo.)* ¿Una carta?

ANTONIO.— Flora me escribió.

REA.— ¿Flora?

ANTONIO.— Sí. Le han sucedido muchas cosas. Parece que mi primo la abandonó. Habían venido a pasar el Año Nuevo en Valparaíso y él la abandonó.

REA.— Ella está aquí. ¿La viste?

ANTONIO.— No. Volvió a la casa. Está muy sola y me necesita.

REA.— ¿Y?

ANTONIO.— Quiere verme.

REA.— ¿Y tú qué le contestaste? ¿Le contestaste?

ANTONIO.— Se ha quedado sola, Rea.

REA.— ¿Qué le contestaste?

ANTONIO.— Me necesita. (*Rea permanece muda.*) Si vieras lo que me dice...

REA.— Y tú ¿qué piensas hacer?

ANTONIO.— ¿Qué me queda por hacer, Rea?

REA.— No sé yo. Eso es lo que te estoy preguntando.

ANTONIO.— No sé... había pensado...

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— Ir a verla, por unos días, tal vez pueda ayudarla.

REA.— Y eso era lo que me ibas a decir en la carta. (*Él no contesta.*) ¿Era eso?

ANTONIO.— Sí.

REA.— Ni siquiera me ibas a esperar para decírmelo.

ANTONIO.— Rea...

REA.— ¿Y el viaje? ¿Y nosotros? Y todo, todo...

ANTONIO.— Tendremos... tendrás... Rea, quisiera que tú te quedaras con los billetes.

REA.— ¿Y qué quieres que haga con ellos?

ANTONIO.— Que hagas el viaje, que vayas por fin a Buenaventura.

REA.— Sola. Pero. ¿Tú crees que una va sola a alguna parte?

ANTONIO.— Siempre has querido ir.

REA.— ¿Es cierto todo esto?

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— ¿Es verdad que te vas a ir?

ANTONIO.— Ya te lo dije, Rea... recibí esa carta y...

REA.— Y no supiste qué hacer sino volver.

ANTONIO.— Flora es mi hermana.

REA.— ¿Y yo?

ANTONIO.— Por favor, Rea.

REA.— Conmigo también habías aprendido a vivir. Comíamos juntos, nos hablábamos juntos, dormíamos juntos. Algo le debe uno a la persona con que duerme y come.

ANTONIO.— Te estoy muy agradecido.

REA.— Agradecido... Pero no comprendes que estás es deuda conmigo. Sí, en deuda. Yo estaba tranquila en esta pieza. Contenta. Sola. Tú fuiste quien vino a golpear, a rasguñar, a llorar contra la puerta... Tú fuiste quien insistió y me convenció de nuevo... Yo te creí, Antonio, te creí. No piensas que eso me da alguna fuerza... alguna importancia... algún derecho... ¡Ah...! ustedes los pobres, los que necesitan protección, los pobres, pobres desvalidos... Al diablo los mandaría a todos. ¡Al diablo! ¡Al diablo!

ANTONIO.— Rea, por favor, escúchame.

REA.— Y yo creí que te había hecho hombre. ¡Capitán creía! Creí que te había infundido agallas y coraje. Que te olvidarías de todo lo de más y viviríamos juntos para siempre...

ANTONIO.— Para siempre... Yo nunca podré vivir con nadie para siempre, Rea, salvo con Flora.

REA.— Pero ella no es más que tu hermana.

ANTONIO.— Tú misma lo dijiste, Rea. Uno de repente comprende que ha crecido y sabe lo que quiere... o más bien sabe de lo único que es capaz. Yo no puedo sino vivir con ella.

REA.— Ándate entonces. Ándate de una vez. Vuelve a las polleras de tu solterona, refúgiate ahí, ya que debes refugiarte; pero déjame sola.

(*Antonio se levanta y va hacia la puerta. Cuando va a llegar, un grito de Rea lo detiene.*)

REA.— ¡No! No te vayas... Esta noche no, no te vayas. Mañana.

ANTONIO.— Mejor que sea ahora. Ya tengo mi maleta en la estación. La llevé esta tarde. Es mejor que me vaya ahora.

REA.— ¿Ahora? ¿Me vas a dejar sola ahora?

ANTONIO.— Tengo que irme esta noche.

REA.— Pero por más que no sea sino en recuerdo de cómo tú estabas. No me puedes dejar ahora, no puedes...

ANTONIO.— Lo tengo decidido.

REA.— ¡No me dejes sola! No me dejes sola aquí... Entre los desperdicios...

ANTONIO.— Adiós, Rea,

(Antonio sale.)

REA.— Por favor... por favor...

(Se pone a sollozar. Pero una sirena ahoga su voz. Vuelve entonces al centro de la pieza. Durante algunos segundos se ve que no sabe qué hacer. Por último, descuelga las sábanas y empieza a doblarlas. Abre las maletas y vuelve a colgar la ropa en el ropero. De pronto, al sacar uno de los vestidos, rueda por el suelo un objeto. Es una luz de bengala. Se sienta sobre el lecho y la enciende. La pieza se llena de reflejos verdosos y ella mira la luz sin pestañear.)

REA.— Te... te había comprado esta luz verde... para encenderla allá...

(El fuego de artificio se ha ido deshaciendo en su mano. Ella lo mira y ve cómo se apaga.)

REA.— Era verde... verde...

TELÓN

BUENAVENTURA II

“El mar en la muralla”

(1962)

(Una salita de un departamento de un empleado. Está rutinariamente amueblada con un sillón, una mesa, algunas sillas y un trinchero. Sobre éste hay una fotografía de una niña, ante la cual hay un ramo, muy pequeño, de flores. Hay una puerta a la izquierda que comunica con la cocina, y otra, a la derecha, con el dormitorio. La ventana se abre sobre un pequeño balcón y, desde él lo único que se ve es una pared de cemento.)

Octavio y Rebeca acaban de cenar. La mujer está retirando los platos, va y viene entre la cocina y la salita. El hombre permanece sentado junto a la mesa, sin moverse.)

REBECA.— *(Después de un tiempo.)* ¿No trajiste el diario?

OCTAVIO.— No. Olvidé comprarlo.

REBECA.— ¿Qué, no lo vendían en la esquina donde esperaste el bus?

OCTAVIO.— No sé. No me fijé.

REBECA.— *(Entrando hacia la cocina.)* ¿Cómo? *(Pero él no contesta, no quiere gritar, espera hasta que ella haya salido de la pieza.)* ¿Cómo?

OCTAVIO.— No sé. No me fijé.

(Hay un largo silencio.)

OCTAVIO.— Hace calor ¿no?

REBECA.— Sí. Mucho.

OCTAVIO.— En la oficina hacía mucho calor hoy día. No pudimos abrir la ventana porque la señora González está resfriada.

REBECA.— ¿Todavía?

OCTAVIO.— Sí.

REBECA.— Debiera hacerse examinar.

OCTAVIO.— Creo que se hizo examinar. Pero a su edad, da un poco lo mismo. Las enfermedades se pegan.

REBECA.— Parece que este verano va a ser muy caluroso.

OCTAVIO.— Así decía en el diario, creo.

REBECA.— ¿En cuál diario?

OCTAVIO.— En uno que compré el otro día.

REBECA.— Ahora parece que ya no te interesa mucho leer el diario.

OCTAVIO.— No mucho. Son siempre las mismas noticias. Cuando se ha leído el diario durante una vida, las noticias se repiten.

REBECA.— Así es. *(Sale a la cocina y desde allá se escucha su voz; pero las palabras son inaudibles.)*

OCTAVIO.— *(Sin alzar la voz.)* No te oigo.

(Rebeca sigue hablando y él no hace ningún esfuerzo por contestar. Después de un rato entra a la pieza.)

REBECA.— ...Y entonces yo le dije que a fines de mes podríamos pagarle una nueva cuota, ¿no te parece?

OCTAVIO.— Sí, así me parece.

REBECA.— Voy a abrir la ventana. A lo mejor entra un poco de aire.

OCTAVIO.— En este barrio nunca se siente aire. Como no hay árboles...

REBECA.— Hagamos la prueba de todos modos.

OCTAVIO.— ¿Quieres que la abra yo?

REBECA.— No. No te molestes. Debes estar cansado. *(Abre la ventana y sale al balconcito a mirar.)* Mira, allá hay un hombre.

OCTAVIO.— ¿Ah, sí?

REBECA.— Sí. Al pie del muro de enfrente.

OCTAVIO.— Parece que entrara más calor.

REBECA.— Es diciembre.

OCTAVIO.— Fines de diciembre. La época en que empezábamos a hacer planes.

REBECA.— ¿Para qué?

OCTAVIO.— Para las vacaciones.

REBECA.— (*Obviamente cambiando de tema.*) Octavio, esta mañana estaba pensando: ¿Qué es lo que se hizo tu colección?

OCTAVIO.— ¿Cuál colección?

REBECA.— La de sellos.

OCTAVIO.— Por ahí debe estar.

REBECA.— Antes te entretenías mucho con ella.

OCTAVIO.— Sí.

REBECA.— Te pasabas la tarde ordenándolos, agrupándolos. ¿Te acuerdas?

OCTAVIO.— Sí. Me acuerdo.

REBECA.— ¿Por qué no empiezas de nuevo?

OCTAVIO.— ¿A coleccionarlos?

REBECA.— ¿Quieres que te los busque?

OCTAVIO.— Era entretenido, ¿te acuerdas? A Rebequita le gustaba mucho ver cómo los ponía en agua para separar los sellos del papel. Se quedaba horas mirándolos en el lavatorio... cómo flotaban... yo creo que se imaginaba que eran barcos... barcos de colores...

(*Al escuchar la palabra "Rebequita", Rebeca se inmoviliza, mira el retrato de la niña y una sombra muy distinta cruza, por su rostro. Hasta ahora había estado esforzándose para hablar, ahora el mismo desánimo que invade a su marido la gana. Hay un largo silencio. La mujer permanece junto a la ventana y el hombre en su silla, recordando. La oscuridad va llenando lentamente la pieza.*)

OCTAVIO.— (*Después de un tiempo.*) No sé... Parece que les hubiera perdido el interés. Ni siquiera recuerdo dónde guardé el álbum. La última vez que lo vi fue cuando ordenamos todo, después de la m...

REBECA.— Octavio...

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— No hables de esas cosas. (*Hay un silencio.*) ¿Qué estará haciendo ese hombre?

OCTAVIO.— ¿Cuál?

REBECA.— Ése, junto a la muralla. Parece que estuviera esperando. Mira, ven a ver. (*Octavio se levanta y va a la ventana.*)

OCTAVIO.— Tiene un tarro y parece que estuviera esperando.

(*Rebeca hace un esfuerzo por recobrar su antiguo estado de ánimo. Desaparece hacia la cocina y vuelve con un ramo de flores, tan pequeño como el que está colocado junto al retrato, y empieza a cambiar las flores. Es todo un ritual: trae el florero a la mesa, deja las flores antiguas en un papel diario que ha colocado sobre el mantel y va disponiendo las nuevas flores con gran minuciosidad. Hay un largo silencio mientras todo esto se lleva a cabo. Pero de pronto un sollozo la recorre y la mujer hunde el rostro entre los brazos y solloza amargamente.*)

OCTAVIO.— (*Yendo hacia ella.*) Rebeca... Rebeca... Mira cómo te pones... Te he dicho que no cambies las flores a esta hora. Hazlo en la mañana, cuando hay sol, cuando estás más alegre, cuando tienes otras cosas que hacer; pero ahora... Cálmate... Nada sacas con llorar...

REBECA.— ¿Por qué se nos tendría que ir, Octavio? ¿Por qué? Era lo único que teníamos, lo único...

OCTAVIO.— Fue mejor así, Rebeca. Era tan enferma...

REBECA.— Yo la habría cuidado toda una vida. A mí me gustaba tenerla en la casa.

OCTAVIO.— Sufría, Rebeca. Acuérdate los dolores que tenía y cómo lloraba al final.

REBECA.— Pero una siempre esperaba, esperaba que algo sucediera. Que descubrieran un remedio, una operación, algo... Se esperaba... En cambio ahora...

OCTAVIO.— Ya está... ya está... Sécate las lágrimas y pongamos un poco de música. ¿No te gustaría escuchar otro capítulo de esa comedia que oíamos anoche? Rebeca, tienes que hacer un esfuerzo.

REBECA.— Cuando hablaste recién... la vi, Octavio, la vi mirando el agua del lavatorio y riéndose ¿te acuerdas cómo se reía?

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— Yo habría sido capaz de cuidarla toda una vida, porque era lo único que teníamos para esperar, lo único que nos preocupaba, lo que nos hacía seguir adelante. En cambio, ahora...

OCTAVIO.— Cálmate...

REBECA.— Ahora ya nunca podremos tener nada, porque estamos demasiado viejos.

OCTAVIO.— *(Después de un largo silencio.)* Sí, estamos demasiado viejos.

(Va hacia la radio y la conecta. Se escucha una música característica y luego la voz, en sordina, de un locutor que explica lo que ha sucedido en el capítulo anterior. Pero ninguno de los dos lo escucha. Octavio va hacia la ventana y mira. Rebeca, mientras tanto, se ha enjugado los ojos, ha terminado de disponer las flores y, habiendo colocado el florero junto al retrato, sale a la cocina con las flores viejas. Después de un rato vuelve...)

OCTAVIO.— Mira... Ha llegado otro hombre. Parece que lo estaba esperando a él. Éste trajo unos palos ¿ves?

REBECA.— *(Va a pararse junto a él, cerca de la ventana.)* ¿Quiénes serán?

OCTAVIO.— Obreros, parecen.

REBECA.— Se diría que ha refrescado.

OCTAVIO.— ¿Encuentras?

REBECA.— Octavio... he estado pensando algo.

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— A propósito de las vacaciones...

OCTAVIO.— ¿Para qué hablamos de eso, Rebeca? Ya sabes que no podremos salir este año, ni el próximo.

REBECA.— Es que justamente...

OCTAVIO.— Por favor, Rebeca.

REBECA.— Déjame hablar. Fui a ver al doctor Prado esta mañana. Le expliqué la situación, le dije todos los gastos en que había incurrido con la enfermedad de Rebequita y luego con la... Es un hombre muy comprensivo, Octavio. Me escuchó con toda atención y me dijo que él no tenía ningún inconveniente.

OCTAVIO.— Pero, Rebeca, si no es al doctor Prado a quien le debemos dinero. A él le pagamos la cuenta y para hacerlo tuvimos que pedir un préstamo a la Caja. Es a la Caja a quien tenemos que pagarle las mensualidades.

REBECA.— ¿Y no podríamos hablar con la Caja? ¿Con alguien en la Caja?

OCTAVIO.— Rebeca, no hablemos más de eso. Es un hecho: debemos ese dinero y la única manera en que podemos pagarlo es privándonos de ir a veranear.

REBECA.— Pero a ti te gusta tanto el mar. Te hace tanto bien. ¿Te acuerdas lo mucho que nos gustaba pasarnos el día en la playa, a ti, a Rebequita y a mí?

OCTAVIO.— Sí, pero ahora no podemos hacerlo.

REBECA.— A ti te hace tanto bien. Y quiero que vayas.

OCTAVIO.— Después volveremos.

REBECA.— ¿Después?

OCTAVIO.— Cuando hayamos terminado de pagar.

REBECA.— Después...

OCTAVIO.— Están clavando los palos en la pared. ¿Qué es lo que irán a hacer?

REBECA.— Después... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

OCTAVIO.— ¡Qué idea venir a clavar a esta hora!

REBECA.— Octavio...

OCTAVIO.— Dime.

REBECA.— Octavio ¿tú crees que algún día volveremos a ir al mar?

OCTAVIO.— Quién sabe...

(Se escucha el ruido de los martillazos mezclado a la música que viene del radio y las luces van

disminuyendo lentamente. Al volver a encenderse las luces, Rebeca está colocando las tazas y platos en la mesa. Es de mañana.)

REBECA.— Octavio...

VOZ DE OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— Ya va a estar listo el desayuno.

VOZ DE OCTAVIO.— Ya voy.

(Rebeca va hacia el cuarto de donde ha salido la voz, mira y luego vuelve a la salita, se acerca a la fotografía de la niña y, besándose la punta de los dedos, los aplica sobre el vidrio. Hace todo esto en forma muy rápida, como si temiera ser sorprendida, sale luego hacia la cocina. Entra Octavio.)

OCTAVIO.— Ya estoy listo.

VOZ DE REBECA.— Siéntate mientras, ya llevo el café.

(Octavio mira hacia la cocina y cuando percibe que Rebeca no lo ve, va hacia la fotografía y hace los mismos gestos que su mujer. Luego va a la ventana y la abre. Se queda mirando la pared.)

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— *(Entrando.)* ¿Sí?

OCTAVIO.— ¡Ya sé lo que van a hacer!

REBECA.— ¿Dónde?

OCTAVIO.— En la pared. Van a colocar una propaganda.

REBECA.— ¿Una propaganda?

OCTAVIO.— Claro. Hace uno o dos años lo hicieron. ¿No te acuerdas?

REBECA.— ¿Ese neumático que pusieron?

OCTAVIO.— Ése.

REBECA.— Parecía que lo iba a aplastar a uno cada vez que se salía a la terraza.

OCTAVIO.— Pueda ser que no coloquen el mismo.

REBECA.— Ven a tomarte el café antes de que se te enfríe.

OCTAVIO.— Ya voy.

REBECA.— Ojalá que la propaganda no tenga colores muy brillantes. El sol pega muy fuerte sobre ese muro.

OCTAVIO.— Este café es mejor que el otro.

REBECA.— Es el mismo.

OCTAVIO.— Lo debes haber preparado de otra manera entonces.

REBECA.— No. Igual. ¿Te gusta?

OCTAVIO.— Sí. Lo encuentro mejor que el otro. *(Beben el desayuno durante un rato y no hablan.)*

Hay algo distinto en el aire hoy día.

REBECA.— ¿Qué?

OCTAVIO.— No sé... Se siente el verano. Como cuando nos casamos ¿te acuerdas?

REBECA.— Pero, Octavio, si nos casamos en agosto.

OCTAVIO.— Pero ese año se adelantó el verano. Ya en agosto se le olía.

REBECA.— *(Riendo.)* ¡Se le olía! Cualquiera diría que el verano tiene olor.

OCTAVIO.— Claro que sí. Tiene el mismo olor del mar.

REBECA.— Estamos tan lejos del mar acá.

OCTAVIO.— ¿Te acuerdas de esa playa donde pasamos la luna de miel?

REBECA.— ¿Sofiaste anoche?

OCTAVIO.— Sí, creo que sí.

REBECA.— ¿Qué soñaste?

OCTAVIO.— No sé. No me acuerdo. ¿Por qué?

REBECA.— Estás tan lleno de recuerdos.

OCTAVIO.— Bajamos a la playa y ahí creo que fue la primera vez que vi el verano. ¿Te acuerdas, Rebeca? Tú te estabas sacando los zapatos para irte a mojar los pies y encontraste un sello en la arena...

REBECA.— ¿Un sello? No me acuerdo.

- OCTAVIO.— Claro que sí. Un sello de Colombia, con una vista de Buenaventura. Es uno de los más raros de mi colección.
- REBECA.— ¿Crearás que no me acuerdo?
- OCTAVIO.— Claro que sí, tú me lo pasaste. *(Le toma la mano entre las suyas y hace que ella la tienda hacia él.)* Toma, me dijiste, toma un regalo de primer día.
- REBECA.— ¿Un regalo de primer día? ¿Qué querría decir?
- OCTAVIO.— Ahora me acuerdo... He estado soñando con el mar toda la noche.
- REBECA.— Es la época. Antes siempre te pasaba lo mismo. Con los primeros calores, te ponías a soñar con el mar. Me hacías escribir a la pensión para reservar piezas, yo sacaba la ropa de verano y tú pedías tu feriado en la oficina.
- OCTAVIO.— ¿Y si lo pidiera, Rebeca?
- REBECA.— ¿Qué cosa?
- OCTAVIO.— El feriado. Nadie se interesa por salir en diciembre y me lo darían. Tal vez sería una buena idea.
- REBECA.— ¿Para qué?
- OCTAVIO.— Para cambiar un poco. Nunca he salido de vacaciones en diciembre.
- REBECA.— Pero después el verano se te hará mucho más largo.
- OCTAVIO.— Y qué importa si no vamos a salir a ninguna parte.
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— *(Interrumpiéndola.)* A ninguna parte, Rebeca. *(Se levanta.)* Yo seguiría comprando de este mismo café. Es mucho mejor que el otro.
- (Él se acerca a la ventana y ella recuerda.)*
- REBECA.— Te pasé una estampilla y te dije: toma un regalo de primer día...
- OCTAVIO.— *(Mirando por la ventana.)* ¡Mira! Los hombres van a empezar a pegar los papeles... Haz una manda para que no sea un neumático *(Ríe y se apronta a salir hacia su pieza.)*
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué?
- REBECA.— He estado pensando. Anoche, mientras nos dormíamos. El año pasado nos sobró algo de dinero y si lo juntamos a lo que nos sobre este año, podrías ir a pasar una semana a la playa.
- OCTAVIO.— Pero, Rebeca, son unos pocos miles no más. No nos bastaría ni para tomar el tren.
- REBECA.— Es que he pensado que tú podrías ir solo. A ti te gusta tanto el mar. Yo me quedaría acá. Tú has trabajado todo el año, lo necesitas y si ahora dices que vas a pedir feriado en diciembre, los precios de la pensión no son tan caros como en febrero y...
- OCTAVIO.— ¿Solo? Pero qué quieres que haga solo durante una semana en la playa. ¿Te has vuelto loca, Rebeca? ¿Qué haría durante una semana sin ti?
- (Desaparece hacia la pieza y ella lo mira irse. Se cubre la boca con la mano y comienza a sollozar dulcemente, mientras afuera se escuchan los martillazos. Las luces se apagan lentamente. Cuando vuelven a encenderse, las cortinas están corridas y es de noche. La pieza está vacía y después de algunos segundos entra Octavio.)*
- OCTAVIO.— *(Llamando.)* Rebeca... Rebeca...
- (Va y enciende las luces. A los pocos segundos aparece Rebeca corriendo.)*
- REBECA.— Estaba donde la señora Eugenia. No te sentí subir. ¿Hace rato que llegaste?
- OCTAVIO.— No. Recién. Pedí mis vacaciones, Rebeca. Me las otorgaron sin ninguna dificultad.
- REBECA.— Te tengo una sorpresa.
- OCTAVIO.— ¿Cuál?
- REBECA.— Mira...
- (Descorre las cortinas y abre las ventanas. En el muro del frente se divisa un mar pintado y sus reflejos verdiazules invaden la pieza.)*
- OCTAVIO.— Es un mar.
- REBECA.— Sí.
- OCTAVIO.— Parece de verdad.
- REBECA.— ¿No es cierto? Es lo que estábamos diciendo con la señora Eugenia.

OCTAVIO.— Esa ola... Uno diría que se va a romper en cualquier momento.

REBECA.— Verdad.

OCTAVIO.— ¿Y qué es lo que hay allá abajo? Parece una palabra.

REBECA.— Es una propaganda. Dice: Tan fresca y pura como el mar. Beba agua mineral Buenaventura...

OCTAVIO.— ¿Buenaventura?

REBECA.— Sí, es el nombre del agua. Como el de ese lugar que había en el sello.

OCTAVIO.— ¿Ves tú? Ese día tú me dijiste que iríamos a Buenaventura.

REBECA.— ¿Yo te dije eso?

OCTAVIO.— Sí. "Toma un regalo de primer día". Después miraste el sello, leíste la palabra Buenaventura y agregaste: "Algún día iremos ¿no es cierto?".

REBECA.— Y ya lo ves. ¡Estamos en Buenaventura!

OCTAVIO.— Y el viaje fue casi gratis.

REBECA.— Sin maletas, sin preocupaciones, sin nada... Nos trajeron el mar a la ventana.

OCTAVIO.— *(Riendo.)* Reparto a domicilio.

(Ambos ríen. La pieza en cierta forma ha cambiado. Se le nota menos sórdida ahora, con más magia envuelta en todos esos colores verdes y azules.)

REBECA.— Siéntate ahora. Te voy a ir a buscar algo especial que te preparé.

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— Unas cervezas. Se me ocurrió que te gustaría tomarte una cerveza. Como antes... Ya vuelvo.

(Octavio queda solo. Va hacia el radio y lo enciende. Se escuchan los acordes de "El Mar", de Debussy. Poco a poco la pieza se oscurece y el mar dibujado sobre la pared de enfrente parece adquirir vida. Al compás de la música, uno creería que las olas se alzan y bajan, una tras otra. Esto dura algunos segundos y cuando Rebeca vuelve con la bandeja, también se detiene presa en la magia.)

OCTAVIO.— Rebeca... Rebeca... ¿sabes algo? Habría jurado que esa ola se rompió, tal cual lo hacen en la playa...

REBECA.— Sí, parece que ésa fuera otra. Una nueva...

(La música crece en intensidad y las luces se apagan de golpe. Luego vuelve el silencio y poco a poco, las luces. Es de mañana. Las cortinas están corridas, pero a través de ellas se distingue el resplandor verde del mar. Toda la pieza parece llena de una alegría que antes no tenía. Las puertas de la cocina y del dormitorio están abiertas. Al comienzo sólo se escuchan las voces de Rebeca y Octavio.)

VOZ DE OCTAVIO.— ¡Rebeca!

VOZ DE REBECA.— ¿Octavio?

VOZ DE OCTAVIO.— Me va a traer el agua caliente para afeitarme, señora.

VOZ DE REBECA.— Ya voy, señor.

(Octavio entra en bata de levantarse, con la cara enjabonada, listo para afeitarse. Por la otra puerta aparece Rebeca con un jarro de agua hirviendo entre las manos. Ambos parecen más jóvenes.)

OCTAVIO.— Por fin.

REBECA.— Aquí está.

OCTAVIO.— Nunca había dormido tan bien, desde hacía años... Si parece que el aire estaba más fresco, más puro.

REBECA.— Aféitate aquí. Antes me gustaba tanto mirarte cuando te afeitabas. Una siempre cree que va a aparecer otra cara bajo el jabón.

OCTAVIO.— ¿Otra cara?

REBECA.— Una distinta.

OCTAVIO.— Ya te aburrí la mía.

REBECA.— No seas tonto. Otra cara, igual pero distinta. Una cara ¿cómo explicarte? Cambiada, con otra expresión, nueva, joven...

OCTAVIO.— Ya. Me estás diciendo viejo.

REBECA.— No, no es eso. Ah... no comprendes nada.

- OCTAVIO.— Lo comprendo todo. Y para demostrártelo, voy a darte un beso, así, con la boca llena de jabón, como lo hacía antes.
- REBECA.— No, Octavio, no seas absurdo. (*Él se acerca a ella y ella arranca; corren a través de la pieza, hasta que por fin él la toma entre sus brazos y la besa.*) Octavio... Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué vamos a hacer hoy día?
- REBECA.— No sé. ¿Qué quieres hacer tú?
- OCTAVIO.— Lo mismo de ayer. ¿Qué te parece?
- REBECA.— Me parece muy bien.
- OCTAVIO.— Voy a sacar la silla a la terraza y me tenderé al sol. ¿Me trajiste el diario?
- REBECA.— Sí. Aquí está.
- OCTAVIO.— El mundo parece que se estuviera renovando, Rebeca. Ayer todas las noticias eran distintas, nuevas, como las caras que aparecen debajo de los jabones de afeitarse.
- REBECA.— ¿Y después?
- OCTAVIO.— Después vamos a almorzar en la terraza, mirando el mar.
- REBECA.— Y después una siesta.
- OCTAVIO.— Como ayer.
- REBECA.— Pero ahora no te voy a dejar abrir las cortinas.
- OCTAVIO.— Un poco sí.
- REBECA.— Ni un poco. Entra mucho calor.
- OCTAVIO.— Pero así puedo ver el mar.
- REBECA.— El mar... el mar. Han sido como unas verdaderas vacaciones ¿no te parece? Como estar junto al mar...
- OCTAVIO.— Sí, unas verdaderas vacaciones. ¿Ves como tuve razón en pedir mi permiso para estos días? Si no, ¿cuándo habría tenido estos quince días de mar y de sol de playa?
- (*Los dos se toman de la mano y ríen.*)
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué?
- REBECA.— A veces me pregunto si será posible que uno vaya retrocediendo en el tiempo.
- OCTAVIO.— ¿Retrocediendo? ¿Cómo?
- REBECA.— Como si una fuera desandando los años. ¿Me comprendes? Ayer tuve la impresión que desandábamos años, que volvíamos hacia atrás.
- OCTAVIO.— Sí, yo también la tuve.
- REBECA.— Estábamos todos en la playa, tú al sol y yo tejiendo y la niña... (*se inmoviliza durante un segundo*) y la niña todavía no se había muerto. Todo eso es tan feliz, Octavio. Todos los recuerdos son felices. ¿Por qué será? Como si del pasado uno no hubiese retenido más que... que los momentos dichosos... ¿Será ésa la única manera de ser feliz, Octavio? ¿Será ésa?
- OCTAVIO.— ¿Cuál?
- REBECA.— Recordando.
- (*Octavio permanece un segundo pensativo y luego se saca el batón de casa y aparece vestido con una camisa de colores y un pantalón de verano.*)
- OCTAVIO.— Yo estoy listo para irme a la playa.
- (*Rebeca hecha la cabeza hacia atrás y ríe.*)
- OCTAVIO.— ¿Qué es lo que pasa?
- REBECA.— Nada, nada... Es que de pronto te vi muy divertido.
- OCTAVIO.— ¿Encuentras que esta camisa es demasiado... extravagante?
- REBECA.— No, claro que no. Y además... esta playa (*muestra el balcón*) es privada, privadísima. Es nuestra.
- OCTAVIO.— Me voy a mis posesiones entonces. ¿Tú vas a venir?
- REBECA.— Me voy a vestir y te acompaño. ¡Cuidado con asolearte demasiado! Tienes el aceite, y los anteojos, y el sombrero...
- (*A medida que ella nombra los objetos, él los va mostrando.*)
- OCTAVIO.— Soy el veraneante perfecto.

REBECA.— Perfecto.

(Octavio sale al balcón. Rebeca recoge los restos del agua caliente y va a salir hacia la cocina cuando él la detiene.)

OCTAVIO.— Hazme un favor, Rebeca, cierra bien la cortina... Hay una corriente muy fuerte. (Ella va a hacer lo que él le pide.) Y ven pronto... si vieras lo agradable que está la playa esta mañana.

(Rebeca corre las cortinas y al quedar sola en la pieza, murmura.)

REBECA.— Dios mío, haz que esto dure... haz que esto sea cierto y para siempre.

OCTAVIO.— (Solo se escucha su voz tras la cortina.) Rebeca... ven luego. Ven a acompañarme. Me aburre estar solo.

REBECA.— Ya voy... ya voy...

(Sale hacia la terraza y las luces se apagan. En la oscuridad, se escucha música. "El Mar", de Debussy, que proviene del radio encendido y cuando la pieza vuelve a hacerse visible, ha adoptado un aspecto absolutamente mágico. Octavio está sentado junto a la mesa, ocupado con su colección de sellos y Rebeca está en la ventana, con una bandeja sobre la cual hay dos botellas de cerveza.)

REBECA.— Todas las noches tocan esta música.

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— ¿Te gusta?

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Ahora sí me acuerdo... Yo tenía un vestido del mismo color de estas botellas, esa tarde quiero decir.

OCTAVIO.— ¿Cuál tarde?

REBECA.— Cuando bajamos a la playa. Yo tenía un vestido así, de este color... Nunca supe cómo se llamaba...

OCTAVIO.— ¿Cuál color?

REBECA.— El de estas botellas.

OCTAVIO.— (Se da vuelta y la mira.) ¿Qué es eso?

REBECA.— La cerveza. Como todas las noches. Están heladas, las tenía en la heladera de la señora Eugenia. ¿Quieres que las tomemos ahora?

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Era a esta misma hora ¿no es cierto? Y el mar estaba así ¿no es cierto? De ese color, así igual... Tú me ayudaste a bajar a la playa...

OCTAVIO.— Mira, Rebeca... Ven, ven acá. Te quería mostrar esto. Estos sellos que compré ayer. Es una serie que siempre había querido tener. No sé por qué pasé años sin comprarlos.

REBECA.— Había árboles ¿no es cierto? Estaba todo lleno de árboles y se me enredó el vestido en una de las ramas... ¡Cuidado! ¡Cuidado, Rebeca! Cuidado con caerte... Yo me sentía muy frágil, porque la noche anterior la había pasado contigo... por primera vez me sentía como si llevara algo adentro... Rebequita no era más que un pensamiento entonces ¿no es cierto? Algo que imaginábamos, algo que podría llegar a ser...

OCTAVIO.— ¿Vas a destapar las botellas? Tenemos que aprovechar este día. Mañana se me terminan las vacaciones.

REBECA.— Claro que sí. Por un momento todo me pareció tan cierto, como si estuviera sucediendo ahora... ahora...

OCTAVIO.— Y tengo dos meses por delante en esa oficina calurosa.

REBECA.— Pero te vendrás temprano en las tardes ¿no es cierto? Te vendrás y nos sentaremos en la terraza, a mirar el mar.

OCTAVIO.— Sí. ¡Qué agradable es tener algo que esperar al final del día! Estar en la oficina y decirse de repente: llegaré a casa y nos sentaremos a mirar el mar.

REBECA.— (A través de los últimos parlamentos ha destapado las botellas y al ir a arrojar las tapas, al inclinarse hacia la calle, se detiene paralogizada.) ¡Octavio!

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Octavio, ven a ver.

OCTAVIO.— (*Sin levantar la vista de sus sellos.*) ¿Qué es lo que pasa?

REBECA.— (*Se retiene.*) Nada. ¿Dónde quieres tomarte la cerveza?

OCTAVIO.— ¿Voy a la terraza... perdón, a la playa?

REBECA.— No... Quédate ahí. Yo te la llevaré.

(*Ella se acerca con las dos copas llenas de cerveza y le pasa una. Él la va a beber de golpe, sin mirarla, cuando se retiene y hace chocar el cristal de las dos copas.*)

REBECA.— (*Después que han bebido.*) Yo tenía un vestido de ese color ¿te acuerdas? Pero ¿qué nos dijimos? ¿Qué hablamos? ¿Cómo volver a repetir las mismas cosas, los mismos gestos, las mismas palabras...?

OCTAVIO.— (*Sorprendido ante la intensidad de su expresión.*) ¿Qué te pasa?

REBECA.— Nada. ¿Por qué?

OCTAVIO.— ¿Que no estás contenta? Con el mar, con todo lo que nos ha sucedido. ¿No sientes tú también que algo nos ha sucedido?

REBECA.— Sí.

OCTAVIO.— Yo antes tenía la sensación de que me había detenido. Rezagado, sí, eso es. Los demás seguían, los demás avanzaban y yo me quedaba anclado en un sitio... En cambio ahora... ¿Sabes una cosa, Rebeca? Ayer, cuando fui a comprar sellos a esa tienda del centro, de repente me sentí caminando con los demás, no sé hacia qué, pero de repente me sentí caminando con los demás, no sé hacia qué, pero caminando... ¿No sientes tú lo mismo?

REBECA.— Sí. Sí.

OCTAVIO.— Dime lo que te pasa.

REBECA.— Nada. Muéstrame los sellos.

OCTAVIO.— ¡Mira! Éste es el que tú me regalaste.

REBECA.— ¿Cuándo?

OCTAVIO.— El que me regalaste esa tarde. El de Buenaventura. ¿Te acuerdas?

REBECA.— A ver...

OCTAVIO.— ¿Qué vas a hacer?

REBECA.— (*Sacando el sello del álbum.*) Quiero verlo...

OCTAVIO.— Tiene un paisaje, el mar y unos árboles... Deben ser palmeras.

REBECA.— Palmeras deben ser,

OCTAVIO.— Dámelo.

(*Rebeca va hacia la terraza. Su nerviosidad ha aumentado. Por un momento trata de jugar con él, haciendo que él la persiga; pero en el balcón se detiene y se da vuelta hacia él. Con voz angustiada dice.*)

REBECA.— Toma un regalo de primer día.

OCTAVIO.— Ahora me acuerdo de tu vestido.

REBECA.— Toma un regalo de primer día. (*Lee el sello.*) Buenaventura... Sí... aquí entre las palmeras dice Buenaventura.

OCTAVIO.— Y yo me agaché para desenredártelo del arbusto donde se había agarrado. Pensé que tenía que protegerte, que ahora siempre viviríamos juntos, que a lo mejor íbamos a tener un hijo...

REBECA.— (*Con una voz muy distinta, como si en verdad hubiese retrocedido en el tiempo.*) Algún día iremos ¿no es cierto? Algún día iremos a Buenaventura.

OCTAVIO.— ¿Qué te pasa, Rebeca?

REBECA.— Toma... toma un regalo de primer día. (*Extiende el sello. Cuando él lo va a tomar, ella lo rompe en pedazos y sopla los pedazos en su rostro.*) ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— No hay primer día. El tiempo no se detuvo, no se detuvo, no se detuvo...

OCTAVIO.— (*Mientras ella se agarra a la balastrada del balcón y llora.*) ¿Qué te pasa, Rebeca? Cálmate... Dime al menos lo que ha sucedido.

REBECA.— ¿Qué no ves? Mira... Han venido los hombres y se están llevando el mar. Se lo están llevando, Octavio, se lo están llevando...

(*Y mientras ella sigue llorando, las luces se apagan. La música se detiene de golpe. La mañana*

siguiente. El mar ha desaparecido. A través de la ventana, sólo se ve el muro blanco. Octavio está sentado junto a la mesa del desayuno y Rebeca, apoyada contra el muro de la ventana, mira.)

REBECA.— Acaban de sacar la última esquina... ésa, allá abajo, donde estaba escrita la palabra

Buenaventura... Están recogiendo los papeles ahora.

OCTAVIO.— Ven a tomar una taza de café, Rebeca.

REBECA.— Son los mismos hombres. Los mismos que vinieron a colocarlo.

OCTAVIO.— Te va a hacer mal estar ahí de pie. La mañana está fresca.

REBECA.— Tantos papeles que tienen que recoger, y los palos y el tarro de engrudo.

OCTAVIO.— Ven a sentarte, Rebeca.

REBECA.— Ahora se suben a sus bicicletas. Se van alejando... ya... Doblaron por la esquina...

OCTAVIO.— Rebeca... no te quedes ahí junto a la ventana. Te va a hacer mal. Ven... ven a sentarte.

(Se da vuelta hacia Octavio y va a sentarse junto a él en la mesa. Lo mira. Mira el cuarto. Se nota que hace un gran esfuerzo para volver a la vida que los rodea. Octavio le sirve una taza de café. Ella lo rechaza.)

REBECA.— No quiero.

OCTAVIO.— Trata de calmarte. Mira... ¿por qué no te arreglas y bajamos a hacer las compras juntos?

REBECA.— Vas a llegar tarde a la oficina.

OCTAVIO.— No voy a ir hoy día.

REBECA.— ¿Cómo?

OCTAVIO.— Mañana daré cualquier excusa.

REBECA.— ¿No vas a ir...?

OCTAVIO.— No. Quiero quedarme contigo. Quiero que nos quedemos juntos. Ven... Voy a cerrar las cortinas. La luz está muy fuerte. Pega el sol sobre... Rebeca... te... te quería dar las gracias.

REBECA.— ¿Por qué?

OCTAVIO.— Por este veraneo, por estos días, por todo...

REBECA.— Pero se nos acabó, Octavio, se nos acabó. Nos llevaron el mar.

OCTAVIO.— A lo mejor este otro año vuelven a poner otro.

REBECA.— ¿Tú crees? ¿Tú crees que volveremos a ver el mar?

OCTAVIO.— Así lo espero, Rebeca. Así lo esperamos ¿no es cierto?

(Hay un silencio. Rebeca se acerca entonces al retrato de la niña y comienza a cambiar las flores. Repite casi como un eco.)

REBECA.— Así lo esperamos ¿no es cierto?

TELÓN

BUENAVENTURA III

“Arpeggione”

(1962)

(Una sala de ensayo. Es una pieza de paredes oscuras y desnudas. Un lugar donde la gente pasa, no se queda. Tal vez en un rincón habrá una litografía que representa algún músico. Eso es todo. En el centro del cuarto, y un poco a la izquierda, hay un piano, algunas sillas. En cambio, a la derecha se encuentran varios atriles de metal. Se yerguen casi como los árboles de un bosque, rígidos, formando un conglomerado. Sobre ellos cae una luz verdosa que proviene de una claraboya alta. En esta forma, la sala queda dividida en dos zonas determinadas: una más real a la izquierda y otra, a la derecha, donde se presiente una cierta magia. Esta diferencia se irá acentuando a medida que transcurre la obra. La obra está trazada en torno a la “Sonata en La menor” para Violoncello y Piano, de Schubert. Es esa música la que se oirá a través de la acción. A veces y en los momentos en que los personajes piensan, la música deberá proseguir, aún cuando el personaje que reflexiona en voz alta se levante, y accione.)

Rosa está sentada junto al piano y descifra en la partitura los primeros compases de la “Sonata”. Es una mujer no muy joven que, sin embargo, guarda en torno a ella un aire de muchacha. Se viste de colores claros, con un vestido de otra época; pero es sobre todo en su actitud, una especie de ingenuidad que a esa edad ya es patética, donde resalta ese rasgo.

Después de algunos segundos entra Lorenzo. Es un hombre un poco mayor que ella. Frío, exteriormente impasible. Trae un violoncello en su caja.)

LORENZO.— Buenos días.

ROSA.— Oh... buenos días. Perdóneme... parece que llegué un poco adelantada.

LORENZO.— No. Soy yo el que estoy atrasado.

ROSA.— No tiene ninguna importancia. Cada día es más difícil llegar a los lugares... quiero decir, la locomoción y... ¿vive muy lejos?

LORENZO.— Veo que mi agente le entregó la partitura.

ROSA.— Sí, sí. Aquí está. *(Con un gesto, la toma y al hacerlo varias hojas caen al suelo.)* Ah... mire lo que hice. *(Se arrodilla para recogerlas. Él, que ha estado sacando el violoncello, no la ayuda.)*

Soy tan torpe... quiero decir, torpe para estas cosas. Desde niña siempre me dijeron que...

LORENZO.— *(Interrumpiendo.)* Supongo que mi agente le habrá dicho de qué se trataba.

ROSA.— Sí, me llamó ayer. El señor Landa es muy amigo mío, quiero decir de mi familia, en fin, de mi padre. Fueron amigos desde jóvenes. Y siempre se acuerda de nosotros cuando se trata de..., en fin, de algún trabajo... Ayer cuando llamó, no puede imaginarse la emoción que sentí. Yo ni siquiera sabía que usted estaba acá.

LORENZO.— Estoy de paso.

ROSA.— Yo siempre lo he admirado tanto.

LORENZO.— Supongo que conocerá la partitura.

ROSA.— Pasé toda la noche estudiándola.

LORENZO.— No es difícil.

ROSA.— No. Ya casi me la sé de memoria.

LORENZO.— La parte del piano casi no cuenta.

ROSA.— En verdad es un poco... ¿cómo podríamos llamarla?

LORENZO.— El piano está al servicio del otro instrumento.

ROSA.— Sí, eso es.

LORENZO.— Por eso no creo que tenga mayores dificultades. Además el señor Landa me dijo que usted era muy profesional para su trabajo.

ROSA.— ¿Eso le dijo?

LORENZO.— Y justamente es eso lo que necesito.

ROSA.— ¿Eso no más le dijo?

LORENZO.— Alguien que me ayude a repasar la partitura. Mi acompañante, como usted sabe, se le ocurrió irse de viaje.

ROSA.— Sí, fue lo que el señor Landa me dijo. Es una lástima, ¿no? Yo siempre he pensado, al escucharlos, quiero decir, que ustedes se complementan tanto.

LORENZO.— Así es.

ROSA.— Pero va a volver, ¿no es cierto? *(Lorenzo ha estado ajustando su instrumento. De pronto se detiene, la mira y ella repite su pregunta.)* ¿Va a volver?

LORENZO.— ¿Por qué no habría de volver?

ROSA.— *(Riendo un poco molesta.)* No... lo que quiero decir es que se van a reunir... antes del concierto me refiero... De modo que puedan ensayar juntos.

LORENZO.— No vamos a tener mucho tiempo.

ROSA.— Fue lo que me dijo el señor Landa.

LORENZO.— ¿Le importaría que empezáramos?

ROSA.— ¡Ay, sí! Perdón... Soy tan habladora. Tiene que llamarme la atención todo el tiempo *(ríe.)* Cuando chica en mi casa siempre me decían que nada más que por hablar, era capaz de repetir lo que los otros decían.

LORENZO.— *(Interrumpiendo.)* Creo que lo mejor es atacar desde el comienzo. Ahí iremos viendo.

ROSA.— Sí, ahí iremos viendo...

(Se sientan y comienzan a interpretar la "Sonata". Después de algunos segundos, ella lo mira y comienza a hablar en voz alta. La música no se detiene.)

ROSA.— Quisiera no equivocarme. Quisiera tocar la "Sonata" de comienzo a fin sin equivocarme.

Quisiera que él, al final, se diera vuelta y me dijese: Muy bien. Mañana empezamos de nuevo. Mañana seguimos.

LORENZO.— *(Dándose vuelta hacia ella y dejando de tocar.)* No... No, señorita. Eso es bemol.

ROSA.— Oh, perdón. Tiene razón: es bemol.

LORENZO.— Claro que sí.

ROSA.— Voy a hacer una pequeña anotación. Le prometo no equivocarme más. Espere... aquí debo tener un lápiz. *(Abre su cartera y busca.)* Mi padre siempre me enseñó que un músico debía tener un lápiz a mano. *(Ríe.)* Para las anotaciones. El encerraba las notas con una especie de halos. Todas sus partituras están llenas de halos. *(Ríe.)* Como un santoral.

LORENZO.— Bemol entonces.

ROSA.— *(Insistiendo.)* Sí, sí. Bemol con un halo.

LORENZO.— Tomemos desde el tercer compás.

(Vuelve a escucharse la música. Y luego, después de algunos segundos, ella vuelve a mirarlo y comienza a hablar.)

ROSA.— No sé cómo llegar hasta él. Me gustaría encontrar una palabra, algo, que fuese como una llave. Que yo dijera... no sé, cualquier cosa y que él se abriera como... como cuando una abre la puerta de una pieza y adentro todo está lleno de sol... Eso es. Cuando pequeña siempre iba por el pasillo oscuro, el que lleva de la puerta de calle al salón y me daba miedo. Miedo que alguien se escondiera ahí, y me agarrara las piernas o me pusiera una mano fría sobre la boca. *(Ríe.)* Y cuando escuchaba el piano. "Papá" decía... y la puerta de la sala de música se abría como si mi palabra fuese una llave. Se abría sola. Y ahí estaba él, de espaldas a la ventana, con todo el sol por detrás, como un Dios en un tríptico... ¡Qué agradable era volver a casa y escuchar el piano! *(Hay una nota falsa en el piano. La música se interrumpe.)* Oh, perdón... ¡Qué tonta soy! Eso también es bemol.

LORENZO.— Así es.

ROSA.— No sé lo que me pasa. Anoche, cuando practicaba, no me equivoqué ni una sola vez.

LORENZO.— Ensayamos de nuevo.

ROSA.— Tiene que tener un poco de paciencia. *(Ríe.)* A pesar de lo que le dijo el señor Landa, en verdad no soy profesional.

LORENZO.— Sí, lo sé.

ROSA.— A nosotras, somos cuatro hermanas usted sabe, cuatro hermanas, ningún hermano, una casa

llena de mujeres. (*Ríe.*) De mujeres un tanto inútiles, a nosotras nos enseñaron a tocar el piano porque sí, porque en esa época se enseñaba, porque mi padre era un gran músico y...

LORENZO.— Lo sé.

ROSA.— Pero ninguna de nosotras fue *profesional*.

LORENZO.— Lo sé.

ROSA.— Por eso va a tener que perdonarme.

LORENZO.— En arte no valen las excusas.

ROSA.— (*Después de un brevísimo silencio durante el cual recibe la frase de Lorenzo casi como una bofetada.*) Era lo que siempre decía mi padre.

LORENZO.— Y tenía razón. Volvamos a empezar.

(*Nuevamente la música se enhebra.*)

ROSA.— (*Monologando.*) Claro que tenía razón. En arte no valen las excusas. En nada valen las excusas. Y sin embargo, ¿qué puede hacer una? (*Lo mira.*) Se me ocurre todopoderoso. Como cuando mi padre se sentaba al piano. Solo con su instrumento, alejado, bastándose a sí mismo. Procreando en sí...

LORENZO.— No con tanta fuerza, señorita.

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— Es un Allegro moderato. Tiene que tener una cierta pausa, una cierta medida.

ROSA.— Tiene razón.

LORENZO.— Si en algo le puede ayudar, señorita, le diré que para mí todo este movimiento tiene un sentido vegetal.

ROSA.— ¿Vegetal?

LORENZO.— Como internarse lentamente en un bosque.

ROSA.— En un bosque... (*Él ha vuelto a iniciar la melodía. Ella también. Sin embargo, mira hacia el lugar donde están los atriles y repite.*) Como un bosque... (*La música sigue escuchándose y lentamente Rosa se levanta y atraviesa el cuarto, llega hasta el lugar donde se yerguen los atriles y se pierde entre ellos como en un bosque.*) ¿Te acuerdas del bosque, papá? Todos los días, a eso del mediodía, me gritabas: "Rosina, vamos a caminar al bosque..." Y yo partía tras de ti. Era como éste, ¿te acuerdas? Con los árboles altos y esa luz verde que se colaba entre las ramas. Y yo te seguía y, tras de mí, el perro. Y nos internábamos cada vez más y, cada vez, te ibas distanciando de nosotros, de mí y del perro, cada vez más lejos, cada vez más inaccesible, cada vez más todopoderoso. Te encerrabas en ti mismo. Sacabas un trozo de papel del bolsillo, un lápiz y junto con silbar la melodía, la iba anotando... Y yo... yo me quedaba sola. No, sola no. Llamaba al perro. Buenaventura, le decía, Buenaventura... Me han dejado sola, Buenaventura. Ven a acompañarme. ¿No lo ves allá, creando como un pequeño Dios? Nosotros no somos así, Buenaventura. Nosotros somos lo creado, los pobres mortales, los que se quedan aquí, los unos con los otros. Ven a acompañarme entonces, Buenaventura. Permanezcamos el uno junto al otro mientras papá, mientras él (*muestra a Lorenzo*), mientras los artistas del mundo crean... ¿Dónde te has metido, Buenaventura? ¿Dónde? Buenaventura. Buenaventura, Buenaventura...

(*Y mientras sigue llamando, las luces bajan y la "Sonata" sigue tocando, los envuelve y se aleja. Cuando vuelve la claridad, Lorenzo está nuevamente sentado con el instrumento entre las manos y ella se está sacando el sombrero junto al piano.*)

ROSA.— Soy yo quien tengo que excusarme ahora.

LORENZO.— En realidad creí que le habría sucedido algo.

ROSA.— Me atrasé. Cada día es más difícil llegar a los lugares... quiero decir la movilización y...

Yo vivo muy lejos. Conservamos la casa que teníamos antes. Es inmensa, pero la conservamos por el recuerdo, ¿usted sabe? Claro que la ciudad se ha movido para otro lado. Nosotros quedamos allá, como una isla.

LORENZO.— ¿Trajo la partitura?

ROSA.— Mañana le prometo que estará antes que usted. (*Ríe.*) Como el primer día.

LORENZO.— Lo mejor es comenzar cuanto antes, señorita.

ROSA.— Llámeme Rosina.

LORENZO.— Creí que su nombre era Rosa. Por lo menos fue lo que me dijo Landa.

ROSA.— Mi padre me puso Rosina. Por el "Barbero", ¿sabe? En mi familia todo fue siempre muy musical.

LORENZO.— ¿Empezamos?

ROSA.— Sí, sí. Un momento por favor mientras ordeno mis cosas... ¿Ha tenido alguna noticia?

LORENZO.— ¿De quien?

ROSA.— De su acompañante.

LORENZO.— No.

ROSA.— El señor Landa tampoco ha sabido nada.

LORENZO.— ¿Quien se lo dijo?

ROSA.— El mismo, el señor Landa. Le pregunté esta mañana. Me dijo que no había tenido ninguna noticia.

LORENZO.— No, no ha tenido.

ROSA.— Ojalá vuelva. Quiero decir, ojalá vuelva para que puedan ensayar juntos. Antes de la gira, quiero decir.

LORENZO.— Creo que es mejor empezar por el Adagio.

ROSA.— Por el Adagio, sí. Ayer casi no alcanzamos a verlo. Espérese... déjeme encontrarlo. *(De pronto ríe.)*

LORENZO.— ¿Qué pasa?

ROSA.— Nada. Perdóneme. Es que el nombre de esta "Sonata" siempre me da risa... No sé por qué.

LORENZO.— ¿Arpeggione?

ROSA.— Sí. *(Vuelve a reír.)* Eso... Siempre ha habido ciertas palabras que me hacen reír. Desde chica. La palabra crisálida por ejemplo. Y zanahoria. Y renúnculo.

LORENZO.— Arpeggione es una especie de violoncello.

ROSA.— Sí, lo sé. Una mezcla entre violoncello y guitarra. ¿No es cierto?

LORENZO.— Sí. Es un instrumento que ya no existe.

ROSA.— ¡Qué pena!

LORENZO.— ¿Por qué?

ROSA.— Me encantaría verlo.

LORENZO.— Una vez vi uno.

ROSA.— ¿Dónde?

LORENZO.— En un museo.

ROSA.— ¿Y cómo era?

LORENZO.— Como una especie de guitarra; pero con algo de cello.

ROSA.— ¡Qué raro! ¿Qué tenía de guitarra y qué de cello?

LORENZO.— Es difícil explicar.

ROSA.— Es lógico que haya desaparecido, ¿no le parece?

LORENZO.— ¿Por qué?

ROSA.— Porque como decía mi papá, nada de lo que es híbrido dura.

LORENZO.— Su padre parece haber sabido muchas cosas.

ROSA.— Muchas. Era un hombre realmente extraordinario. Y yo tuve la dicha de poder compartir algunas de esas cosas. Mi madre fue siempre un ser muy diferente a él. Jamás llegaron a comprenderse. Pero yo era su hija preferida. A través suyo comprendí lo que realmente significa ser un artista. Es así un don del cielo, ¿no? Algo que les ha sido dado porque sí.

Y a la postre el artista es el único que se salva, ¿no le parece?

LORENZO.— ¿Se salva? ¿De qué?

ROSA.— De lo que sucede acá. De lo que pasa. *(Ríe.)* De la vida.

LORENZO.— Su padre también le dijo eso.

ROSA.— No. Eso lo comprendí yo misma.

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— *(Mirándolo a él.)* Mi padre tenía la facultad de irse, de arrancarse dentro de sí mismo.

LORENZO.— ¿De refugiarse?

ROSA.— No, no, no. No era refugio lo que buscaba. Emprendía largas aventuras dentro de sí mismo, consigo mismo. Y entonces se hacía invulnerable. Como usted cuando toca su instrumento.

LORENZO.— (*Cambiando de tema.*) ¿Encontró ya el Adagio?

ROSA.— Ayer lo contemplé de repente, lo vi tan fuerte.

LORENZO.— El Adagio.

ROSA.— Los débiles somos los que tenemos que quedarnos acá, ¿no es cierto? Ustedes en cambio... ¿cómo decirle?, prosiguen. Sí, eso es, siguen adelante.

LORENZO.— El Adagio, el Adagio por favor.

(*Comienzan a tocar el Adagio. Después de algunos segundos, él empieza a hablar. La música prosigue.*)

ROSA.— Sí, sí... el Adagio. Perdóneme. (*Ríe.*) Ya le dije que era muy conversadora.

LORENZO.— ¿Cómo se salva uno? (*Pausa.*) Debo mantenerme solo y fuerte en esa soledad. (*Pausa.*) No quiero volver atrás. (*Pausa.*) Y sin embargo esta mañana cuando no recibía la carta... (*Pausa.*) Si no me equivoco en esta frase musical, si logro llegar hasta el final del Adagio sin equivocarme una sola vez, cuando vuelva al hotel, en mi casillero, habrá una carta... (*La música se interrumpe de pronto.*)

ROSA.— Yo creo que ahí hay que ligar.

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Perdóneme.

LORENZO.— ¿Qué?

ROSA.— No. Nada.

LORENZO.— (*Con cierta violencia.*) ¿Qué dijo?

ROSA.— Yo creo que debió ligar.

LORENZO.— ¿Dónde?

ROSA.— Ahí, en el segundo compás. Pero por cierto que usted debe saber...

LORENZO.— (*Interrumpiendo.*) Sí, debí ligar. ¿No lo hice?

ROSA.— No.

LORENZO.— Entonces quiere decir que me equivoqué antes de llegar al final.

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— Nada. (*Vuelve a tomar el tema del Adagio y durante algunos segundos se escucha la música.*) No tengo que retroceder ahora. No puedo seguir esperando. Llevaré a cabo la gira tal cual la había previsto. Si es necesario, como le dije a Landa esta mañana, me llevaré a esta mujer para que me acompañe. (*Se da vuelta y la mira. Rosa al sentirse observada levanta también el rostro y le sonríe, turbada. Muy a lo lejos se escucha el ruido de una sirena, puede ser lo que anuncia un incendio o bien la de la asistencia que va a buscar a un accidentado. Sin dejar de tocar, ambos intercambian algunas frases.*) ¿Qué será?

ROSA.— Un incendio.

LORENZO.— Un accidente.

ROSA.— Como si llamaran.

LORENZO.— Como si fueran a buscar a alguien.

ROSA.— Un grito.

LORENZO.— Falta el eco. (*Dejan de mirarse. Cada cual se concentra en la melodía de su instrumento. A los pocos segundos, y mientras continúa el Adagio, Lorenzo se levanta y camina hacia el lugar donde están los atriles, se interna entre ellos como si se perdiera en un bosque.*) Tengo que vencer el miedo y volver a entrar al bosque. Igual que antes. Tengo que recordar eso. Yo siempre fui solo, desde niño. Aún cuando había gente alrededor mío, siempre fui solo. Un artista es un hombre solo. Tiene que hacerse fuerte en esa soledad. Tengo que acordarme cómo antes entraba en este bosque. Los otros se habían quedado allá, junto al tranque, bañándose, chapoteando en el agua, gritando, riendo... "Dejen a Lorenzo solo... Déjenlo que se vaya". Y yo seguía avanzando cada vez más rápido, más y más adentro en ese bosque donde la oscuridad misma me ayudaba a tener valor. Y una vez en el centro, ahí

rodeado de árboles, escogía una palabra fuerte, una palabra sonora, algo que hiciera estremecerse el aire y la gritaba: ¡Buenaventura! ¡Buenaventura! Subía como un lagarto por los árboles, trepaba de rama en rama, llegaba al cielo abierto sin un eco, sin una respuesta, nada. Y yo como ahora recién me decía: si nadie me contesta quiere decir que puedo ir más lejos yo, solo y fuerte en esa soledad. (*Vuelve a sentarse y ahora dice.*) En los bosques nunca hay eco.

ROSA.— ¿Cómo? (*Interrumpe la melodía.*)

LORENZO.— (*Mirándola.*) ¿Qué?

ROSA.— Creí que había dicho algo.

LORENZO.— ¿Yo?

ROSA.— Sí.

LORENZO.— Estoy un poco cansado. Será mejor que interrumparamos el ensayo.

ROSA.— ¿Se siente mal?

LORENZO.— No, no es eso.

ROSA.— ¿Quiere que le traiga algo?

LORENZO.— No, voy a volver al hotel.

ROSA.— ¿Por qué no se viene a tomar una taza de té a mi casa? A esta hora mis hermanas siempre preparan té y se conversa... en fin, se hacen las cosas que se hacían antes. (*Ríe.*) Venga.

LORENZO.— No.

ROSA.— ¿Por qué?

LORENZO.— No, gracias. Tengo un compromiso.

ROSA.— ¿Pero que no dijo que iba a volver a su hotel?

LORENZO.— Tengo un compromiso más tarde.

ROSA.— Venga un rato entonces. Los hoteles son tan tristes.

LORENZO.— Sí, son tristes.

ROSA.— Sobre todo cuando una está sola. Una vez me tocó alojarme en un hotel. Tuve que ir a arreglar unos asuntos de mi padre, cuando él todavía... en fin, me alojé en un hotel de provincia, con una cama ancha y unas cortinas que habían sido azules. (*Ríe.*) Cuando el propietario abrió la puerta, una barata corrió a esconderse debajo de la cama. No pegué los ojos en toda la noche.

LORENZO.— Sí. Son muy tristes.

ROSA.— Végase a tomar el té con nosotras entonces. Mis hermanas estarán encantadas de conocerlo. Les he hablado tanto de usted.

LORENZO.— No. Verdaderamente no puedo...

ROSA.— Qué lástima...

(*Durante un momento de silencio ella recoge la partitura y él guarda el instrumento dentro de la caja. Ella ríe súbitamente.*)

ROSA.— Es la palabra: Arpeggione. Es como... como si me hiciera cosquillas.

LORENZO.— También se llamaba guitarra de amor.

ROSA.— ¡Qué lindo! Parece algo mitológico. Como esos instrumentos que tocaban los dioses.

LORENZO.— ¿Le interesa la mitología?

ROSA.— Cuando chica, en vez de matemáticas y física, nos enseñaron mitología. (*Ríe.*) Mi padre decía que era la única manera de conocer la vida.

LORENZO.— (*Ríe también.*) Es posible.

ROSA.— Por eso, para mí, todo tiene, ¿cómo explicarle? Un significado. Quiero decir que... me remonto a la mitología. Y cuando usted recién dijo guitarra de amor... fue como revivir el Olimpo. (*Ríe. Él la imita. Durante un segundo las risas parecen unirlos. Él se siente relajado en medio de ellas.*) Como una guitarra que en vez de expresarse en música, hablara de amor. (*Pausa.*) Por eso a lo mejor se terminó. (*Pausa.*) Nadie se interesa mucho por el amor hoy día.

LORENZO.— (*Cambiando de tema.*) Nos juntamos mañana entonces.

ROSA.— ¿A la misma hora?

LORENZO.— Sí.

ROSA.— A lo mejor... mañana... tiene noticias.

LORENZO.— ¿De quién?

ROSA.— De su acompañante.

LORENZO.— No se le olvide de traer la partitura.

ROSA.— Cuídese... Quiero decir, descanse.

LORENZO.— Hasta mañana.

ROSA.— Hasta mañana. (*Sale. Él permanece un instante pensativo y luego se dirige al piano, abre la tapa y se apronta a tocar algunos compases, cuando ella vuelve a entrar.*) Se me olvidó...

LORENZO.— ¿Qué?

ROSA.— Un... un lápiz. El lápiz que siempre llevo dentro de la cartera.

LORENZO.— ¿Dónde lo dejó?

ROSA.— Ahí. (*Mostrando el piano.*) Estoy segura que lo dejé ahí. Es un lápiz pequeño de plata. No me gustaría perderlo, es un recuerdo.

LORENZO.— No lo veo.

ROSA.— (*Abriendo la cartera.*) A lo mejor... ¡Qué tonta! Aquí está. Bueno, me voy entonces... a lo mejor sí... si su acompañante no vuelve...

LORENZO.— ¿Sí?

ROSA.— (*Evidentemente cambiando el giro de su pensamiento.*) A lo mejor le escribe diciendo dónde se pueden encontrar.

LORENZO.— Es posible.

ROSA.— Adiós entonces.

LORENZO.— Hasta mañana.

(*Ella sale. Y ahora sí él toca los últimos acordes del Adagio y, con ellos, las luces van decreciendo lentamente. Luego, durante la oscuridad, se escucha la "Sonata" con mucho volumen y, al volver a encenderse las luces, ambos están entre los atriles, vagando, como dos perdidas en un bosque que no logran hallarse. Hablan en forma absolutamente independiente.*)

ROSA.— Todavía no logro encontrar esa palabra.

LORENZO.— En los bosques nunca hay eco.

ROSA.— Como una llave.

LORENZO.— El mundo es como un bosque.

ROSA.— Como algo que abriera.

LORENZO.— Nadie responde.

ROSA.— Tal vez si la encontrara, él pensaría...

LORENZO.— Y yo aprendía a no depender de nadie.

ROSA.— Llévame.

LORENZO.— Y ser así, solo.

ROSA.— ¡Llévame! No he tenido a nadie desde...

LORENZO.— Desde que era niño, en ese bosque, lo aprendí.

ROSA.— Desde que murió mi padre.

LORENZO.— Bajo los árboles aprendí a ser solo, y fuerte.

ROSA.— Si al menos me escuchara.

LORENZO.— ¿Por qué habría de sentirme amenazado ahora?

ROSA.— ¿Cómo hacérselo saber, Buenaventura?

LORENZO.— ¿Por qué habría de sentirme amenazado porque alguien se va?

ROSA.— Pero nos dejan solos.

LORENZO.— Mi vida es otra cosa.

ROSA.— Solos, Buenaventura.

LORENZO.— Lo decidí hace tiempo. Debo volver al bosque, igual que antes. Buscar una palabra dura, igual que antes. Gritarla, igual... igual que antes.

ROSA.— (*Casi con un grito.*) Guitarra de amor, llévame.

LORENZO.— Aprender que uno es solo.

ROSA.— (*Riendo suavemente.*) Arpeggione, llévame.

LORENZO.— Fuerte.

ROSA.— Dame la llave.

LORENZO.— El eco.

ROSA.— Mi padre.

LORENZO.— La soledad.

ROSA.— La salvación.

LORENZO.— *(Con un grito.)* ¡Buenaventura!

ROSA.— *(Llamando en voz más suave.)* Buenaventura.

LORENZO.— ¡Buenaventura! ¡Buenaventura!

ROSA.— *(Como un eco.)* Buenaventura...

(La música se interrumpe de pronto. Ambos están inmóviles. Como si se hubiesen presentado. Entre los atriles, él alarga con cierto temor y con esperanza a la vez su mano. Ella hace lo mismo. Cuando las manos están a punto de tocarse, se apaga de pronto la luz y, en la oscuridad, cuando se interrumpe la "Sonata", vuelve a escucharse la sirena y las voces de ambos.)

ROSA.— ¿Qué pasa?

LORENZO.— La luz.

ROSA.— Se cortó.

LORENZO.— Escuche...

ROSA.— La sirena.

LORENZO.— Puede ser un incendio.

(Vuelve la luz de golpe. Ambos están sentados en sus respectivos lugares, ella ante el piano y él junto al cello. La sirena se aleja.)

ROSA.— Ah... volvió. Una se siente como aturdida, ¿no? Cuando vuelve la luz, quiero decir.

LORENZO.— Me gustó.

ROSA.— ¿Qué cosa?

LORENZO.— Como tocamos ese trozo.

ROSA.— ¿Cuál?

LORENZO.— Ése que acabamos de tocar.

ROSA.— ¿Antes que se apagara la luz?

LORENZO.— Creo que por primera vez estábamos logrando... ¿cómo explicarle?

ROSA.— ¿Sí?

LORENZO.— No sé. A lo mejor nos estamos acostumbrando a tocar juntos.

ROSA.— ¿No es cierto?

LORENZO.— ¿Usted no lo sintió más... más verdadero?

ROSA.— Sí.

LORENZO.— Landa tenía razón. Usted toca como una profesional.

ROSA.— *(Riendo con una coquetería que de inmediato se hace patética.)* A lo mejor nací para acompañar. ¡Qué bueno sería haberlo descubierto!

LORENZO.— ¿Qué cosa?

ROSA.— Saber para lo que una nació. Nunca he tenido verdadero talento. A lo más, puedo repetir lo que los otros ya han hecho. Pienso que a lo mejor podría... acompañar. Eso ya sería una razón.

LORENZO.— ¿Para qué?

ROSA.— Para estar aquí, sobre la tierra quiero decir.

LORENZO.— ¿Le preocupa eso?

ROSA.— Mucho. Siempre he querido tener una, ¿cómo podríamos llamarla? Una justificación.

LORENZO.— ¡Qué curioso! Yo nunca he pensado en eso.

ROSA.— Usted es un artista. *(Pronuncia la palabra con cierta reverencia.)*

LORENZO.— ¿Y?

ROSA.— Ésa es su justificación. ¿Por qué me mira así?

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Como si dudara.

LORENZO.— *(Cambiando de tono.)* ¿Qué le parece si repetimos el trozo?

ROSA.— Sí, sí... repitémoslo. *(Ríe súbitamente.)* Tome su arpeggione... quiero decir su cello.

LORENZO.— Podría ser un arpeggione, ¿no?

ROSA.— Podría. Pero no vuelva a decir la palabra. Ya sabe que... *(Y no termina la frase. Una risa muy liviana la destruye. Él se siente desarmado. Ríe también, ahora con verdadero gusto. Durante algunos segundos se escuchan las risas dentro del cuarto y la atmósfera cambia del todo.)*

LORENZO.— *(Súbitamente.)* Vendrá mañana, ¿no es cierto?

ROSA.— ¿Adónde?

LORENZO.— A ensayar conmigo.

ROSA.— Claro que sí.

LORENZO.— Mañana empezamos de nuevo entonces. Mañana seguimos...

(No vuelve a hablar. Ambos toman los instrumentos y la "Sonata" se enhebra. Sobre ellos parece descender una gran tranquilidad. Y con ella, disminuyen también las luces. Se pierde la música. Después de algunos instantes de silencio, vuelve la luminosidad y vemos a Rosa de pie tras los atriles. Tiene un sombrero nuevo, alegre, lleno de flores y, vista así, a través de los atriles que semejan árboles, parece una ninfa mitológica. Avanza entre los atriles. En ese instante entra Lorenzo. Ha cambiado en cierta forma. Parece más joven. Más alegre.)

LORENZO.— ¡Buenos días!

ROSA.— Buenos días.

LORENZO.— *(Mirándola.)* Pero, ¿qué le ha sucedido?

ROSA.— ¿Por qué? *(De pronto recuerda el sombrero y lleva la mano a él.)* Ah... debe ser esto. Me lo hizo una de mis hermanas anoche. Descubrimos una caja llena de flores.

LORENZO.— Es muy bonito.

ROSA.— Comenzamos a jugar con ellas.

LORENZO.— Me recuerda algo.

ROSA.— *(Mostrando el sombrero.)* Y resultó esto.

LORENZO.— ¡La ninfa Eco!

ROSA.— ¿Qué?

LORENZO.— Eso es lo que me recuerda: un cuadro que vi una vez en un museo.

ROSA.— Usted va mucho a los museos.

LORENZO.— Mucho.

ROSA.— Siempre he pensado que los museos son sitios donde se refugian los que ni tiene a nadie.

LORENZO.— Es posible.

ROSA.— Y ese cuadro, ¿cómo era?

LORENZO.— Representaba un bosque...

ROSA.— Un bosque...

LORENZO.— Y entre los árboles avanzaba la ninfa Eco. ¿Usted conoce la historia de la ninfa Eco?

ROSA.— *(Riendo.)* Ya le dije que me nutrieron de mitología.

LORENZO.— *(Ríe a su vez.)* Fue la que castigó Hera, ¿se acuerda? La castigó por celos. Le dijo: "Siempre tendrás la última palabra. Pero nunca lograrás hablar..."

ROSA.— *(Completando la frase.)* La primera.

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Nunca lograrás hablar la primera.

LORENZO.— Sí, eso es. La transformó en eco. Pero en los bosques no hay eco. Por eso el pintor la imaginó emergiendo de un bosque.

ROSA.— Claro que hay eco en los bosques.

LORENZO.— No hay.

ROSA.— Sí.

LORENZO.— No.

(De pronto ríen los dos, sin razón.)

ROSA.— Le aseguro que sí. El otro día, sin ir más lejos, me estaba acordando. Mi padre nos llevaba, a mí y a mi perro, a pasearnos a un bosque y yo recuerdo con mucha claridad que llamaba al perro y, antes que el ladrido, me respondía el eco. Le decía: Buenaventura y todavía no terminaba de...

LORENZO.— *(Interrumpiendo.)* ¿Buenaventura?

ROSA.— Así era como se llamaba.

LORENZO.— Nunca he visto un perro que se llama Buenaventura.

ROSA.— Mi padre le puso ese nombre. Dijo que traía buena suerte. Teníamos un gato también. Se llamaba Pesadilla. *(Ríe.)*

LORENZO.— *(Riendo.)* ¿Por qué?

ROSA.— No sé.

(Ambos vuelven a reír.)

LORENZO.— El día está espléndido afuera.

ROSA.— Sí. Hasta parece que hubiera más luz aquí adentro. Hasta los árboles del bosque están más iluminados.

LORENZO.— ¿Cuáles árboles?

ROSA.— *(Mostrando los atriles.)* Éstos. Siempre que veo atriles así, juntos, pienso en un bosque.

LORENZO.— Ensayemos el Allegro hoy día.

ROSA.— Es lo único que todavía no hemos repasado.

LORENZO.— Estoy contento.

ROSA.— Qué bueno.

LORENZO.— No sé, el aire está tan claro afuera, han amarrado banderas en los tomacorrientes de los tranvías. Parece que toda la ciudad fuera a emprender el vuelo.

(Ella atraviesa la zona de los atriles, cruza la sala con gran ligereza, va hacia el piano donde está la partitura. Mientras tanto él abre la caja del cello. De pronto ella ríe. Su risa es aguda, corta el aire como un pájaro. Él la mira.)

ROSA.— Es por el nombre... Nunca podré acostumbrarme.

LORENZO.— Tomemos en el cuarto compás. Ahí donde el Adagio súbitamente se transforma en Allegro.

ROSA.— Espérese... espérese...

(Pero él ya ha comenzado a tocar. Parece lanzarse con gran regocijo en la melodía. A ella, al comienzo le cuesta seguirlo; pero luego encuentra el lugar y, riendo siempre, se une a la euforia que demuestra Lorenzo. Tocan durante algunos segundos en silencio y luego él, sin detener la música le habla.)

LORENZO.— Estoy tan contento, Rosina. Hay días en que uno amanece así. Como... como si el mundo de repente se hubiera ordenado. Todo vuelve a ocupar su lugar. Las cosas parece que tuvieran una razón de ser y uno también... *(Aquí la música se detiene.)*

ROSA.— *(Recita con mucha simplicidad.)* Y todo, hasta el más pequeño astro que tú mires, gira, y al girar, canta con música de ángeles.

LORENZO.— Abrí las ventanas: todo era perfecto. Golpearon la puerta. Cuatro golpes, cuatro golpes exactos y equidistantes. Había una carta en la bandeja.

ROSA.— *(Con una cierta premonición.)* ¿Una carta?

LORENZO.— Ah sí, había olvidado decirle. Hasta recibí una carta de mi acompañante esta mañana. ¿Ve cómo el mundo está de acuerdo? Estaba muy molesto, porque no sabía cómo cumplir mis contratos. Después de todo estamos acostumbrados a tocar juntos. Un acompañante forma parte de la vida de un músico, como su instrumento, como sus horas de ensayo, como su personalidad. El acompañante tiene que estar al servicio del artista, ¿no le parece...? ¿No le parece?

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— ¿Qué le pasa?

ROSA.— Nada. ¿Quiere que empecemos de nuevo?

LORENZO.— Ahora por lo menos estoy seguro que vuelve.

ROSA.— ¿Vuelve?

LORENZO.— Bueno, nos vamos a juntar en la mitad de camino y de ahí emprenderemos la gira.

ROSA.— La mitad del camino.

LORENZO.— Demoraría mucho en volver hasta acá.

ROSA.— ¿Volver?

LORENZO.— Espero que usted encuentre trabajo... Otro trabajo, quiero decir. Espero que Landa no haya alcanzado a decirle...

ROSA.— Alcanzó a decírmelo.

LORENZO.— ¿Qué yo había pensado en usted como acompañante?

ROSA.— Sí. Anoche me lo dijo. Después que habló con usted.

LORENZO.— Pero no habrá deshecho compromisos por eso.

ROSA.— ¿Compromisos?

LORENZO.— Quiero decir, alguna otra posibilidad. De todos modos le diré a Landa que la indemnice.

ROSA.— ¿Indemnice?

LORENZO.— Sí, no sé cómo se hace en estos casos. El es agente. El sabrá.

ROSA.— Él sabrá...

LORENZO.— Aquí, en el quinto compás, hay un bemol.

ROSA.— ¿Dónde...? Ah, sí, veo. ¿No lo toqué acaso? Espere... voy a hacer una anotación. *(Se levanta.)*

LORENZO.— ¿Dónde va?

ROSA.— A buscar mi lápiz. Lo dejé en la cartera, allá... *(Ríe, pero ahora su risa es muy penosa.)*
Al otro lado del bosque.

(Lorenzo empieza a tocar algunos acordes del Allegro, mientras ella vuelve a acercarse al lugar donde están los atriles. Se interna entre ellos y, al hacerlo, un sollozo le sacude los hombros, como una anciana. Las luces disminuyen gradualmente y en la oscuridad todavía se escuchan algunos acordes del Allegro. Cuando vuelven las luces, están en escena Rosa y Lorenzo. La mujer se ha cambiado de sombrero. Permanece entre los atriles y durante la escena no saldrá de ahí. Ambos ahora parecen estar en mundos diferentes, con iluminaciones distintas.)

LORENZO.— *(Mostrando una postal que tiene en la mano.)* Ayer, al ordenar mis papeles, encontré esto. Pensé que le interesaría.

ROSA.— ¿Qué es?

LORENZO.— Una fotografía de ese instrumento. El que le conté que había visto en ese museo. El arpeggione.

ROSA.— *(Repitiendo como un eco.)* El arpeggione...

LORENZO.— ¿No le da risa ahora la palabra?

ROSA.— *(Riendo muy débilmente.)* Sí, claro...

LORENZO.— ¿Quiere guardarla?

ROSA.— ¿Me la regala?

LORENZO.— Si usted la quiere...

ROSA.— Gracias.

LORENZO.— *(Alargándola.)* Tome.

ROSA.— *(Súbitamente.)* Lorenzo, los artistas son muy fuertes, ¿no es cierto?

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Quiero decir, los artistas se salvan. ¿verdad?

LORENZO.— *(Después de un segundo de silencio.)* No sé.

ROSA.— Pero ellos, al irse, algo dejan, ¿no es cierto? Algo dejan para los que ese quedan, algo tienen que dejar.

LORENZO.— ¿Usted en verdad cree en los artistas, Rosina?

ROSA.— ¿Y en quién sino?

LORENZO.— *(Con firmeza en la voz, como dándole confianza.)* Sí. Algo dejan.

ROSA.— ¡Lo sabía! Por eso, a la larga, todo es soportable... Por eso hay alguna razón, alguna justificación, creo yo, para todos nosotros.

LORENZO.— ¿Ustedes?

ROSA.— Los que nos quedamos acá. *(Ríe súbitamente.)* Perdidos en el bosque. *(Hay un largo silencio.)* Ojalá... ojalá que le vaya bien.

LORENZO.— Gracias.

ROSA.— Espero que el señor Landa le habrá devuelto la partitura. Se me olvidó borrar los halos de los bemoles. Su acompañante tendrá que acostumbrarse a leer las notas así, con halos.

LORENZO.— La sabe casi de memoria.

ROSA.— Así debe ser.

LORENZO.— Bueno... le deseo mucha suerte. *(Extiende su mano.)* ¡Buenaventura! ¿No decía su padre que esa palabra traía suerte? ¡Buenaventura, Rosina!

(Ella trata de avanzar para estrechar su mano; pero tropieza con uno de los atriles que cae entre ellos, separándolos.)

ROSA.— Oh... mire lo que hice.

LORENZO.— Déjeme ayudarla.

ROSA.— No. Déjeme a mí. Déjeme... Usted ya está atrasado.

LORENZO.— Bueno... *(Se siente muy torpe de pronto.)* A... adiós entonces...

(Sale precipitadamente. Ella permanece durante algunos segundos sujetando la tarjeta en su mano. Tal vez en forma muy lejana, como algo que se intuye más que se escucha, surgen los acordes de la "Sonata". Rosa se inclina entonces para recoger el atril pero, al hacerlo, tropieza con otro que a su vez también se desploma. Al caer arrastra a su vecino y así uno a uno van cayendo los atriles con un ruido ensordecedor y ante ellos Rosa permanece absolutamente inmóvil como ante algo inevitable. Por último, cuando ya ha caído el último y vuelve el silencio se escucha su voz, muy débil.)

ROSA.— Buenaventura... Buenaventura, ayúdame...

TELÓN

EL TONY CHICO

Drama en dos actos

(1964)

Personajes:

LANDA	El Tony
BARÓN	Malabarista del circo
BARAHONA	Malabarista del circo
RUCIA	Artista circense, esposa del Capitán
SONIA	Artista amante del Capitán
JUANUCHO	Mandadero, Tony chico
CAPITÁN	Director del circo
EMPERATRIZ	Dueña del circo
MARITA	Prostituta
MARÍA LUISA	Prostituta
MARÍA CLARA	Prostituta

PRIMERA PARTE

(Unas voces muy claras, como si estuvieran desprendidas de todo lo humano, se escuchan en un comienzo. Entonan "El Pregón". No se distinguen las palabras, tan sólo las melodías. Entonces vemos un cabezón en el centro del escenario. Su inmensa figura es la única que está iluminado y avanza con dificultad. Tras él, sobre la panorámica, crúzanse nubes, reflejos, colores: un cielo cambiante.)

LANDA.— He estado caminando durante mucho tiempo. Los caminos no me asustan. Voy de uno a otro tratando de encontrar lo que una vez entreví.

Fue una mañana, creo.

Yo iba en un tren.

Y tenía un dolor fuerte en la cabeza.

Y un dolor sordo, aquí, por todo lo que había ido perdiendo.

De pronto, vi allá a lo lejos una vereda llena de presencias blancas, como ángeles, y escuché sus cantos y me llamaban y tenían alas en torno a la cabeza y llevaban algo entre las manos y me lo ofrecían.

El tren iba hacia ellos.

Supe que al encontrarlos, las cosas se ordenarían y que el dolor sordo que tenía en el corazón por todo lo que había perdido, se disiparía como una neblina.

Pero debe haber habido una curva en la vía, algo.

El tren entró de pronto en un túnel muy oscuro y sólo vi mi propia imagen reflejada en el vidrio como en un espejo.

Cuando volvió la luz del día, ya no se escuchaban los cantos ni se veían mis ángeles.

Estaba solo otra vez, en otro camino, continuando siempre.

Pero los había visto. Sé que existen mis ángeles.

Y desde entonces los busco.

(Las luces disminuyen sobre él y ahora se divisa en lo alto, entre las cuerdas de la carpa, a Barón y a Barahona que están terminando de colocar las lonas. Amarran cordeles, disponen los trapecios y de pronto dejan caer las telas blancas, formando el decorado. Al mismo tiempo que realizan este trabajo, cantan. Barón y Barahona son muy semejantes y visten igual.)

BARÓN.— Un camino es cosa larga

Pues la tierra ha de cruzar

Y el hombre con su carga
Paso a paso lo ha de andar

Ten confianza
Ten paciencia
Que al final está la mar

(Entra la Rucia seguida a cierta distancia por Sonia y Juanucho. La Rucia es una mujer de cierta edad que debió ser hermosa. Ahora tiene los cabellos teñidos y dispuestos en bucles como los de una colegiala. Tiene los labios pintados de un rojo intenso y cuando los entreabre deja ver unas encías en las que faltan muchos dientes. Viste una bata de artista circense con plumas ya un tanto mustias en las mangas. Sonia es más joven, más gorda también, más voluptuosa. Morena con el pelo decolorido por el sol y la permanente. Tiene todavía una cierta atracción. Las dos mujeres traen baldes en las manos.)

RUCIA.— *(Gritando hacia arriba.)* ¡Eh, Barón!

BARÓN.— ¿Qué hay?

RUCIA.— Vamos al río a buscar agua.

BARÓN.— Estamos amarrando estas cuestiones acá arriba.

RUCIA.— Acompáñenos. No tenemos fuerza para traer tantos baldes.

BARAHONA.— Ya vamos.

JUANUCHO.— Yo las puedo acompañar.

SONIA.— ¿Qué no oíste lo que te dijo la señora Emperatriz? Te tienes que quedar cuidando el león.

JUANUCHO.— Pero si está durmiendo.

SONIA.— Está enfermo, que es distinto.

(Ya han bajado Barón y Barahona, toman los baldes y salen acompañados de las mujeres. Juanucho inicia el mutis en dirección opuesta cuando descubre en un rincón a Landa, siempre con el traje de "cabezón" de espaldas sobre el suelo, con los brazos en cruz. Juanucho mira hacia arriba como si creyera que el hombre hubiese caído desde el cielo y en ese momento se escuchan sus quejidos, los quejidos de un hombre semiborracho.)

LANDA.— ¡Ay! ¡ay...! ¿Dónde se han escondido? ¿Dónde están...? ¿Por qué no vienen a socorrerme ahora...? ¿Dónde? ¿Dónde se perdieron?

(Juanucho se acerca a él. No se siente atemorizado. Se arrodilla junto a él y toma entre las suyas una de las manos del "cabezón".)

JUANUCHO.— Señor...

LANDA.— ¿Quién está ahí?

JUANUCHO.— Yo, señor.

LANDA.— ¿Quién eres?

JUANUCHO.— Juanucho.

LANDA.— ¿Ellos te mandaron?

JUANUCHO.— ¿Quiénes?

LANDA.— *(El niño lo mira sin responder.)* ¿Fueron ellos? ¿Dónde se escondieron? Dime... *(Con cierta dificultad se levanta. Su figura se recorta inmensa contra el cielo. El niño permanece arrodillado a sus pies.)* Para ese lado estaban... para allá... La última vez que los vi estaban todos aleteando en una hilera, en una estación, en una especie de camino largo... largo... *(De súbito pierde el equilibrio y cae nuevamente de rodillas: se comprende entonces que está borracho.)* ¿Tú no los has visto?

JUANUCHO.— No, señor.

LANDA.— Un día... de repente... los verás como yo. y entonces todo cambiará y no podrás seguir viviendo bajo el cielo... Tendrás que vivir encima. ¡Encima! O si no acostumbrarte a vivir con este dolor sordo... aquí. *(Se toca el corazón.)* Ayúdame a salir de aquí adentro... ¡Ayúdame!

(El niño forcejea durante algunos segundos y logra desprenderle parte de la cabeza.)

LANDA.— ¿Estás solo?

JUANUCHO.— El Capitán le está arreglando algo al motor del camión.

LANDA.— ¿Quién es el Capitán?

JUANUCHO.— Los demás fueron a buscar agua al río.

LANDA.— ¿Podrían ser ellos?

JUANUCHO.— A mí me dejaron cuidando al león.

LANDA.— Yo los vi una mañana, Juanucho. ¿No dijiste que te llamabas Juanucho? ¿O fue un medio-día? El aire estaba lleno de luz, eso sí. Los vi y se me perdieron. Pasaron...

JUANUCHO.— No ha estado nada de bien.

LANDA.— ¿Quién?

JUANUCHO.— El león.

LANDA.— ¡El león! (*Ríe de pronto, sin razón.*) Imagínate si va a estar bien un león cuando los hombres andamos como... Pásame la botella.

JUANUCHO.— ¿Cuál?

LANDA.— Una que traía. ¿Dónde la dejaste?

JUANUCHO.— Yo no la he tomado, señor.

LANDA.— Búscala, búscala... búscala allá entre las matas.

JUANUCHO.— (*Buscando.*) No hay nada por acá.

LANDA.— (*Se yergue nuevamente y la cabeza de cartón piedra y un trozo del cuerpo cgen: se ve su propia cabeza, muy pequeña, coronando la figura.*) Tú me la robaste... ¡Chiquillo de porquería! ¡Devuélvemela! (*Agarra a Juanucho por el brazo.*) ¡Devuélvemela!

JUANUCHO.— Yo no he tomado nada. Yo no he tomado nada.

LANDA.— ¿Ves? ¿Ves como todos me abandonan? ¿Por qué se perdieron, Dios mío? ¿Por qué?... ¡Devuélveme esa botella!

(*Se escucha el gruñido del león. Aparece el Capitán, hombre corpulento, fuerte, un tanto brutal. Usa botas y trae el torso desnudo, embadurnado de aceite.*)

CAPITÁN.— ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es ese griterío que hasta han despertado al león? (*Ve a Landa.*) ¿Quién es éste?

JUANUCHO.— Yo lo encontré nomás.

CAPITÁN.— (*Mostrando la cabeza.*) ¿Metido adentro de eso?

JUANUCHO.— Metido estaba.

CAPITÁN.— ¿Y por qué está llorando como una gallina ahora? (*Juanucho se encoge de hombros.*) ¿Le pegaste, Juanucho? (*Ríe.*) ¿Le pegaste como te dije que había que pegarle a los que te molesten? Eh... (*Se detiene frente a Landa.*) Oiga... (*Agarra al hombre por los brazos y lo obliga a incorporarse: aún dentro del traje del "cabezón", Landa parece más pequeño que el Capitán.*) Oiga, ¿quiere callarse de una vez y decirme lo que le pasa?...

LANDA.— ¿Usted es... el Capitán?

CAPITÁN.— ¿Y quién otro da órdenes aquí?

LANDA.— Me llamo Landa.

CAPITÁN.— Y yo soy el director de todo esto.

LANDA.— Vengo de allá... de la ciudad. Me debo haber perdido por el camino.

CAPITÁN.— ¿Qué vende?

LANDA.— No vendo nada. Soy propaganda. Ayudo a vender. Me paseo por las calles con esta cabeza... (*Lleva su mano hacia su sien y se sobresalta al no encontrar la antigua cabeza.*) ¿Dónde está?

CAPITÁN.— (*Con un gesto.*) Ahí.

LANDA.— Devuélvemela.

CAPITÁN.— ¡Ahí está, pues!

LANDA.— (*Vuelve a ponérsela y ahora se yergue frente al Capitán casi de igual a igual.*) Me paseo por las calles y agito esta bandera. ¿Ve? (*Extiende una bandera donde se lee: Dolores de cabeza: Sanaral.*) Ayudo a vender cosas para el dolor de cabeza con esta cabeza. (*La inclina como saludo.*) Más grande que la de cualquiera... esta cabeza que me duele... esta cabeza que me pierde... esta cabeza que me arrastra... (*Diciendo estas frases ha comenzado a bailar una especie de zarabanda agitando los brazos y las piernas en torno al Capitán. Juanucho ríe y lleva el compás con las manos. Pero de pronto el Capitán parece enojarse y con un solo golpe de la mano hace volar lejos la cabeza de cartón piedra.*)

CAPITÁN.— No me gusta que se rían de mí.

LANDA.— (*Se saca la cabeza al hablar.*) No... no me estaba riendo... Es lo que hago en las calles, en los barrios, ¿sabe? No me estaba riendo de usted. Sino de mí. De mí.

(*A lo lejos se escuchan las voces de un grupo que canta. Se acercan. Al escucharlas, Landa se inmobiliza.*)

CAPITÁN.— (*Encontrando una botella vacía.*) Eso es lo que pasa por ponerle más de la cuenta. Hay que saber aguantar el trago, oiga, antes de probarlo. Está curado, ¿ah?

LANDA.— Estoy enfermo.

CAPITÁN.— Es lo mismo.

LANDA.— Pero no del trago. Estoy enfermo de lo que hay aquí, aquí abajo. Estoy enfermo con el aire.

CAPITÁN.— Claro que sí. Lo pescó el aire, ¿ah? (*Ruge el león.*) Anda a ver, Juanucho, lo que le pasa a ése. (*Juanucho sale.*) Y usted lo mejor es que se vaya caminando, compañero.

LANDA.— ¿Queda algo?

CAPITÁN.— Ni un concho. Y aunque quedara... este pedazo de tierra es mío y no quiero curados aquí.

LANDA.— ¿Suyo?

CAPITÁN.— Mientras tenga plantada la carpa del circo. La ley dice que el artista es dueño de la tierra donde trabaja.

LANDA.— ¿La ley? ¿Cuál ley?

CAPITÁN.— La mía. Y no se me venga a poner machito, mire que con un solo hualetazo, lo hago volar lejos... vamos, caminando. Si quiere seguir tomando, vaya al otro pueblo.

(*Los cantos han ido aumentando en intensidad y ahora vemos desembocar en el lugar a la Rucia, Sonia, Barón y Barahona que traen baldes llenos de agua.*)

CORO.— El agua del río

¡Qué clara!

Pasa y no pasa más.

Así es mi vida

¡Qué pena!

El amor llegó y se fue

El agua del río

¡Tan pura!

No se puede retener

Y el momento que pasa

¡Y pasa!

Pasó y no volverá.

Las cosas del mundo

¡Mi vida!

Suelen engañarnos más

Más las aguas del río

¡Que siguen!

Llegan siempre al verde mar.

LANDA.— (*Corre hacia el lugar de donde vienen los cantos. Pero al verlos aparecer se aleja.*) No... ésa no era la canción que cantaban. No era ésa.

RUCIA.— ¿Quién es éste?

CAPITÁN.— Uno que se confundió de camino.

RUCIA.— Y para qué grita tanto. ¡Uf, la subida desde el río es muy parada!

LANDA.— Eran blancos como una bandada de gaviotas, y parecía que en todo momento se iban a volar. Llevaban rumbo hacia el mar...

(*La Rucia mira al Capitán y se lleva una mano a la sien preguntando si está loco.*)

CAPITÁN.— Curado nomás.

LANDA.— No... ustedes no son como ellos... ¡No son! ¡No son!

CAPITÁN.— (*Agarrando uno de los baldes y lanzando el contenido sobre Landa.*) ¡Tome, para que se tranquilice! (*Hay un momento de silencio.*)

RUCIA.— Tú tendrás que ir a buscar otro balde. Yo no pienso bajar de nuevo.

CAPITÁN.— (*Tratando de agarrar el balde que Sonia sostiene.*) Parece que van a ser dos los que necesita para que se despercudá.

SONIA.— ¡No! Déjalo... ¿Qué no ven que está chorreando?

CAPITÁN.— ¡No se vaya a constipar!

SONIA.— Déjalo.

RUCIA.— Algo le está pasando.

CAPITÁN.— Se le espantó la mona, pues.

(*Barón y Barahona lanzan una risa corta, casi como un saludo y salen con sus baldes.*)

SONIA.— ¿Qué van a hacer con él?

CAPITÁN.— ¿Nosotros? Nada. ¿Por qué habíamos de hacer algo nosotros?

SONIA.— No se le puede dejar botado aquí.

RUCIA.— ¿Y por qué no? ¿Te interesa acaso?

CAPITÁN.— Que se las arregle solo. Así como llegó, que se vaya.

RUCIA.— Déjalo que la Sonia lo ayude.

CAPITÁN.— (*A Landa.*) Vamos, caminando. No quiero verlo más por estos lados.

RUCIA.— No te metas. Deja que la Sonia lo ayude.

CAPITÁN.— Ándate para el carro, Rucia.

RUCIA.— Mejor será que vayas a buscar otro balde de agua.

CAPITÁN.— Estoy ocupado con el camión. Mandaremos al Juanucho. (*Se detiene antes de salir.*)
¿Vienes, Sonia?

RUCIA.— Déjala tranquila.

SONIA.— Ya voy.

(*Salen la Rucia y el Capitán. Landa y Sonia permanecen mudos. El hombre está en cuclillas sobre el suelo, empapado y súbitamente lúcido.*)

LANDA.— ¡Oiga! ¿No tendría... no tendría un trago que darme?

SONIA.— ¿No estará bueno ya?

LANDA.— No, me hace falta.

SONIA.— Déjese de tonterías. Y sáquese esas ropas que están empapadas.

LANDA.— (*Obedeciendo.*) Es que soy propaganda, ¿sabe? Ayudo a vender estas píldoras para el dolor de cabeza.

SONIA.— Contra el dolor será.

LANDA.— Eso será. En la ciudad, ¿sabe? Me paseo por las calles. Me llaman... me gritan: “Cabezón”. Los obreros sobre todo, los albañiles. Ésos con gorro de papel de diario me gritan desde lo alto de las escaleras: ¡“Cabezón”! ¡“Cabezón”! Y se ríen. Parece que hay un chiste... Pero a mí no me importa, porque aquí adentro me siento más grande que ellos y puedo hacer cosas que nunca he hecho o nunca me atrevería a hacer.

SONIA.— ¿Qué cosas?

LANDA.— Las cosas que hacen los que son fuertes... como ese Capitán, por ejemplo. Él siempre hace lo que quiere, ¿no es cierto?

SONIA.— No sé.

LANDA.— ¿Que usted no trabaja aquí también?

SONIA.— Sí, pero nunca sé lo que hacen los demás. No me gusta meterme en esas cosas.

LANDA.— ¿Cómo se llama?

SONIA.— Sonia.

LANDA.— Sonia...

SONIA.— No es mi verdadero nombre.

LANDA.— ¿Y cómo se llama entonces?

SONIA.— De otra manera. Pero ahora me dicen Sonia. Me lo puse cuando entré al circo. Mejor que se saque esos pantalones también. Están empapados.

LANDA.— Estoy bien.

SONIA.— ¡Sáqueselos! ¿Que no tiene nada debajo?

LANDA.— No. No es eso.

SONIA.— Sáqueselos, no se le dé nada. Aquí estamos acostumbrados a ver cómo la gente se desnuda entre número y número.

LANDA.— ¿En el circo quiere decir?

SONIA.— Claro. Como somos tan pocos, tenemos que hacer más de un número y los cambios son rápidos. Yo tengo un par de minutos para sacarme la malla de trapecista y ponerme el vestido de bailarina. Bailo mambo. Después del número del tony.

LANDA.— ¿Cuál es el tony?

SONIA.— Ahora no tenemos. Se nos fue la semana pasada. Falta de paga.
(*Aparece Juanucho, trae un balde en la mano.*)

JUANUCHO.— Señorita Sonia...

SONIA.— ¿Qué pasa?

JUANUCHO.— Dice la señora que lleve su balde con agua.

SONIA.— Ya voy.

JUANUCHO.— Parece que quiere lavar antes de que empiece la función.

SONIA.— (*Molesta.*) Ya voy, te dije.

JUANUCHO.— Yo voy a buscar más. (*Juanucho sale en dirección al río.*)

LANDA.— Parece que asustó al cabro.

SONIA.— No se asusta con nada. Está acostumbrado. Como todos lo mandan para uno y otro lado...

LANDA.— Él fue quien me encontró.

SONIA.— ¿Y de dónde viene?

LANDA.— De esa ciudad que hay allá. Pasé dando vueltas todo el día.

SONIA.— ¡De seguro que hizo sus aros en las cantinas!

LANDA.— Me acuerdo que vi un camino de repente, un camino que parecía que llevaba a alguna parte. Lo tomé. Y parece que me perdí.

SONIA.— Nos encontró a nosotros. (*Ríe.*) Que es lo mismo que perderse. Es como si hubiera caído dentro de una trampa.

LANDA.— ¿Qué quieres decir?

SONIA.— Este circo es redondo como el mundo, con todos adentro atrapados como moscas en el engrudo. El que cae aquí adentro ya no sale.

LANDA.— ¿No le gusta el circo?

SONIA.— Ya ni sé.

LANDA.— ¿Y por qué no se va entonces?

SONIA.— ¿Adónde?

(*Hay un silencio bastante largo. A lo lejos se escuchan voces que todavía cantan la canción anterior y Rucia que grita.*)

VOZ DE RUCIA.— ¡Sonia..., Sonia!

SONIA.— Voy a tener que irme. (*Pausa.*) Para ese lado queda la ciudad.

LANDA.— No sé si quiera volver.

SONIA.— ¿Va a seguir por ese camino que encontró?

LANDA.— ¿Por qué lo dice como si estuviera riendo?

SONIA.— No me di cuenta.

LANDA.— ¿Por qué me ayudo hace un rato?

SONIA.— ¿Cuando le iban a tirar el otro balde de agua?

LANDA.— Sí.

SONIA.— No sé... porque no me gusta que le peguen a los que ya están en el suelo.

LANDA.— Gracias.

SONIA.— (*Con ironía, incapaz de retener la risa.*) De nada. Y váyase ahora antes de que se le haga de noche.

LANDA.— ¿No necesitan ayuda por estos lados?

SONIA.— Como ser, ¿qué?

LANDA.— ¡Qué se yo!

SONIA.— ¿Que quiere quedarse?

LANDA.— A lo mejor.

SONIA.— No. Siga por el camino mejor. Saldrá ganando.

LANDA.— ¿Por qué no le pregunta a su Capitán?

SONIA.— (*Reaccionando.*) ¿Mi Capitán? No es mío. Ni yo tampoco soy de nadie. Aquí adentro cada cual se defiende con sus uñas. ¿Por qué habría de ser distinto el circo?

LANDA.— Sí. ¿Por qué? Hasta tiene cielo.

SONIA.— Claro. ¿No ve las roturas? Cuando una está en el trapecio, se divisa a veces el cielo, un cielo, así, a pedazos.

LANDA.— No sé por qué quiero quedarme.

SONIA.— ¡Bah!

LANDA.— Pero me gustaría.

SONIA.— Quédese entonces. ¿Qué es lo que sabe hacer?

LANDA.— Lo que venga.

SONIA.— ¿Pero qué es lo que ha hecho hasta ahora?

LANDA.— De todo un poco. He trabajado en lo que he podido, y en todo me ha ido mal... ¡Tony podría ser, ahora!

SONIA.— (*Riendo.*) A lo mejor.

LANDA.— ¿Qué no dijo que se les había ido? Anduve un tiempo con un circo y el tony me enseñó algunos de sus trucos. Además con esto del “Cabezón” he tenido cierta experiencia.

SONIA.— Pregúntele.

LANDA.— ¿Al Capitán?

SONIA.— Capaz que lo tome.

LANDA.— ¿Y por qué no también?

SONIA.— Sobre todo si acepta que le paguen tarde, mal y nunca.

LANDA.— Tengo paciencia.

SONIA.— Va a tener que ser mucha paciencia.

LANDA.— Estoy aburrido de andar solo.

SONIA.— Aquí no será compañía lo que le falte.

LANDA.— Me gustaría probar.

SONIA.— Pruebe entonces. De chica me enseñaron que nunca había que quedarse con las ganas.

LANDA.— ¿Adónde estará el Capitán?

SONIA.— A esta hora debe estar en la boletería.

LANDA.— ¿Para ese lado?

SONIA.— Esa casucha que hay allá. ¿La ve? (*Landa inicia mutis.*) Aunque... espérese. Casi sería mejor que hablara con la señora Emperatriz antes.

LANDA.— ¿Quién es?

SONIA.— La que manda.

LANDA.— ¿La dueña?

SONIA.— Más o menos. Si le cae en gracia, le dirá al Capitán que lo tome.

VOZ DE RUCIA.— ¡Soniaaaaaaaaaa!

SONIA.— (*Gritando.*) Ya voy. (*A Landa.*) Venga.

LANDA.— Cuando... cuando sigan camino ¿para qué lado irán?

SONIA.— (*Indicando en el sentido inverso al lugar donde está la ciudad.*) Para allá.

LANDA.— ¿No van para el lado de la ciudad entonces?

SONIA.— No. De allá venimos. ¿Usted quería volver?

LANDA.— No. De allá vengo también. No hay nada.

SONIA.— Ya verá que aquí hay menos.

LANDA.— Pero por lo menos seguirán hacia el sur.

SONIA.— Hacia la costa, sí. En uno o dos días. No creo que este pueblo dé para más.

LANDA.— Haré un aro con ustedes entonces. Y después... seguiré con ustedes.

SONIA.— Claro que sí. ¿Qué no le dije que el que cae aquí adentro ya no sale? Seguirá con nosotros hacia la costa. Hacia allá (*indica en dirección opuesta a la ciudad.*) está Valparaíso.

LANDA.— (*Comprendiendo mal de adrede.*) ¿El Paraíso? (*Ríe.*) Pues detrás de ustedes me voy. Hacia el mar. Al Paraíso.

(Ella ríe. Toma su balde y sale. Él agarra sus cosas y la sigue. Mientras esto sucede, las luces se han encendido sobre otra zona del escenario y descubrimos a una mujer, Emperatriz, sentada en una silla de inválida. No es una silla común y corriente, sino una especie de trono desvencijado del que cuelgan collares y cadenas de oro, recuerdos, y el todo está coronado por un quitasol que en algo remeda las roturas de la carpa. Emperatriz es una mujer vieja, llena de arrugas, pero con la mirada clara, alerta y penetrante. A pesar que sus piernas están paralizadas, conserva pleno dominio de sus brazos los que agita al hablar como las alas de un pájaro próximo a alzar el vuelo y en cierta forma imposibilitado para hacerlo. En medio de todo el boato de su trono, viste muy simplemente, de negro tal vez, como esas imágenes de santos pobres colocados en un altar demasiado rico. En un comienzo sólo se le ve a ella y a medida que su parlamento avanza, descubrimos a Landa sentado no lejos. A Juanucho y, por último, a Barón y Barahona que practican sus ejercicios de malabarismo en el fondo. Se lanzan anillos de colores con gran facilidad. Hay en torno a ellos una sensación de gran equilibrio.)

EMPERATRIZ.— Sí, hacia allá vamos. Todos lo años, en esta época, vamos hacia el mar, donde el invierno es menos crudo. Y hay un lugar, no lejos de aquí, donde ya se le huele. El camino se estrecha, las montañas parece que se hicieran más altas y el aire se llena de sal y de viento de mar. Antes, cuando tenía mis piernas, subía al cerro, me empinaba, trataba de verlo... Pero todavía no. Desde allí no se le alcanzaba a divisar. Se le huele no más. Y a veces, esto era antes también, no nos deteníamos a pasar la noche en el camino sino que seguíamos, seguíamos dándoles a los caballos, haciéndolos galopar entre las rocas y los pinos que nos decían que el mar no estaba lejos. Y al amanecer, llegábamos a Valparaíso. La bahía estaba llena de neblina, arrinconada ahí durante la noche y junto con las casas, con los cerros, con las calles y los lamentos nos precipitábamos hacia el mar, abriéndonos como un río que desemboca. ¡Ah, la alegría! Los cascos de los caballos sobre el pavimento húmedo. Las ventanas apenas abiertas. El aire frío. Esa ciudad que nosotros despertábamos de pronto con el ruido del circo. Y Doménico sentado a mi lado con el látigo en alto, Doménico que entonces aún vivía, me miraba diciéndome: “¡Guarda, Imperatrice, guarda la val del Paradiso, la val del Paradiso per lei!...”. Nunca supo llamarlo de otra forma. A mí me gustaba que se equivocara, porque era algo que los dos ambicionábamos y así, con un nombre equivocado, nos parecía más nuestro. Era algo... algo hacia lo cual siempre queríamos volver. Por eso a veces, en las noches, antes de dormimos, después del amor, ya sea en la montaña o en algún pueblo donde ni siquiera habíamos ganado lo suficiente para comer, Doménico me tomaba entre sus brazos y me decía: “La val del Paradiso, Imperatrice, per lei, per noi...”. Y yo cerraba los ojos y veía florecer una ciudad de luces, como si el cerro mismo antes de hundirse en el mar mostrara una vez y por última vez, todos los tesoros que la tierra en otro tiempo tuvo.

(Hay un corto silencio al cual se enhebran las palabras de Barón y Barahona que se lanzan los anillos. Sus parlamentos tienen un cierto ritmo, algo del sonsonete de una canción.)

BARÓN.— Verde.

BARAHONA.— Verde.

BARÓN.— Azul, blanco, negro.

BARAHONA.— Negro, blanco, azul.

BARÓN.— Amarillo, azul.

BARAHONA.— Verde.

BARÓN.— Azul, amarillo.

BARAHONA.— Verde.

LANDA.— Nunca he estado en Valparaíso.

EMPERATRIZ.— Razón de más para que venga con nosotros entonces.

LANDA.— Una vez iba camino al puerto. Iba en un tren...

EMPERATRIZ.— ¿Y?

LANDA.— Nunca llegué. Algo me debe haber pasado.

EMPERATRIZ.— *(Riendo.)* ¡A los hombres siempre les pasa algo! Cuando llega el momento, les hacen falta alas para volar. Doménico tenía un par de muñones en la espalda; pero nunca le crecieron alas de verdad. Tenía el impulso, eso sí. Y hacía volar los caballos por el camino, o la lona de la

carpa, cuando la alzaba, como un volantín... Pero él se quedaba atrás, con las riendas o los cordeles. Y un día... lo agarró la muerte.

BARÓN.— Azul.

BARAHONA.— (*Como un eco.*) Azul, azul, azul...

EMPERATRIZ.— Pero no estamos aquí para contarnos las penas. ¿Habló con el Capitán?

LANDA.— Todavía no.

EMPERATRIZ.— Yo le hablaré entonces. La Sonia me dijo que usted podría ser tony.

LANDA.— Puedo probar.

EMPERATRIZ.— Me gusta su cara. No sé por qué. No tiene nada especial. Y a mí siempre me gustaron los hombres buenos mozos. Pero tiene algo de... de "conmovente". Pueda ser que no lo pierda como tony.

LANDA.— Trataré.

EMPERATRIZ.— Se queda con nosotros entonces.

LANDA.— ¿No sería mejor preguntarle al Capitán?

EMPERATRIZ.— Yo soy la dueña, Landa. Yo mando aquí.

LANDA.— ¿Y el Capitán?

EMPERATRIZ.— Desde que me pasó esto (*muestra las piernas*), poco después de la muerte de Doménico, él es administrador. Lo dejo que organice porque sabe imponer orden. Pero la carpa es mía. (*A Juanucho.*) Anda a llamar al Capitán. Dile que quiero hablar con él. (*Juanucho sale.*) Ese niño tiene algo parecido a usted en la mirada.

LANDA.— ¡Qué curioso!

EMPERATRIZ.— (*Roza su mejilla con una de sus manos.*) Aquí. Como si tuviera una herida en los ojos. Los hombres cuando han visto algo y lo han perdido tienen la mirada así.

LANDA.— ¿Y usted cree que el niño tiene esa misma mirada?

EMPERATRIZ.— Sí, esa mirada de esperanza y nostalgia. Pero la esperanza y la nostalgia tienen a veces el mismo color, ¿no es cierto? ¿No es cierto, Barón? ¿Barahona? ¿No es cierto?

(*Hay un silencio profundo. Los hombres no responden. Lo único que se mueve son los anillos de los malabaristas.*)

LANDA.— ¿No le habrán oído?

EMPERATRIZ.— Casi nunca contestan.

LANDA.— ¿Y para qué les pregunta entonces?

EMPERATRIZ.— Porque a alguien tiene que dirigirle una las preguntas.

LANDA.— Así es.

EMPERATRIZ.— ¡Mírelos! Suspendidos entre el cielo y la tierra, jugando con anillos, semejantes, casi perfectos. Se parecen a lo primero que fue creado en el mundo. ¿A quién sino a ellos podría preguntarles?

LANDA.— Y a veces, ¿le contestan?

EMPERATRIZ.— A veces.

LANDA.— ¿Y qué le dicen?

EMPERATRIZ.— Casi siempre lo mismo.

LANDA.— ¿Qué?

EMPERATRIZ.— Espere, aguarde, espere.

BARAHONA.— Negro, blanco, azul.

BARÓN.— Azul, blanco, negro.

LANDA.— Espere. Aguarde. Espere.

(*Entra el Capitán seguido a cierta distancia por Juanucho.*)

CAPITÁN.— ¿Me llamaba, señora?

EMPERATRIZ.— Quería saber cómo están las cosas.

CAPITÁN.— ¿Qué cosas?

EMPERATRIZ.— El camión. ¿Pudiste arreglarlo?

CAPITÁN.— Sí.

EMPERATRIZ.— ¿Nos vamos esta noche, entonces?

CAPITÁN.— No, nos quedamos hasta mañana.

EMPERATRIZ.— ¿Para qué? Anoche ni siquiera sacamos con qué pagar los gastos.

CAPITÁN.— Pero he oído decir que esta noche vendrá más gente. Parece que los del fundo piensan venir.

EMPERATRIZ.— Yo sería de opinión de seguir.

CAPITÁN.— Ya está anunciada la función, señora.

EMPERATRIZ.— En ese caso... Tenía urgencia, no sé por qué, de llegar a la costa.

CAPITÁN.— Pasado mañana verá el mar.

EMPERATRIZ.— Así tendrá que ser.

CAPITÁN.— ¿Eso es todo?

EMPERATRIZ.— Además quería decirte que acabo de contratar un tony.

CAPITÁN.— ¿A quién? (*Mostrando a Landa.*) ¿A éste?

EMPERATRIZ.— Sí.

CAPITÁN.— Eso no es tony, señora.

EMPERATRIZ.— Ya lo contraté.

CAPITÁN.— Supongo que le habrán contado cómo lo encontramos.

EMPERATRIZ.— No me interesa.

CAPITÁN.— Yo no quiero peloterías aquí, señora. Y esta clase de tipos no hacen más que revolver las cosas.

EMPERATRIZ.— Déjeme a mí, Capitán, yo tomaré las decisiones.

CAPITÁN.— Además no tenemos con qué pagarle.

EMPERATRIZ.— Un circo necesita un tony.

CAPITÁN.— Un circo necesita muchas cosas; pero uno no puede darse siempre el lujo de tenerlas.

EMPERATRIZ.— Ya te he dicho que yo tomo las decisiones.

CAPITÁN.— Me voy a salir aburriendo también. Le he de decir, señora, que si las cosas siguen así, va a tener que buscarse otro director...

EMPERATRIZ.— Otro administrador será. La única que dirige acá soy yo.

CAPITÁN.— Como quiera. A mí no me van a seguir viendo por mucho tiempo.

EMPERATRIZ.— ¿Y adónde vas a ir?

CAPITÁN.— Hay otros circos.

EMPERATRIZ.— Claro que sí.

CAPITÁN.— Y puedo reensayar el número que tenía con la Rucia.

EMPERATRIZ.— No vaya a ser cosa que te quedes sin trabajo, como antes... Y tengas que volver, como antes.

CAPITÁN.— Ahora nos contratarían al tiro. A mí y a la Rucia.

EMPERATRIZ.— No se te olvide llevarte a la Sonia también.

CAPITÁN.— Métase en sus asuntos, señora.

EMPERATRIZ.— Son asuntos míos.

CAPITÁN.— En el trabajo me puede dar órdenes. En lo demás, métase en lo suyo.

EMPERATRIZ.— Todo lo que sucede bajo esta carpa me incumbe.

CAPITÁN.— Si es así, levántese de la silla y amarre usted misma los cordeles.

EMPERATRIZ.— Ten cuidado, Capitán.

CAPITÁN.— ¡Por lo menos así será verdaderamente suya esta carpa!

EMPERATRIZ.— ¡Basta, basta, basta!

CAPITÁN.— Si me paga para que todo esto marche, déjeme hacer las cosas a mi manera y no se meta en lo que no le importa.

EMPERATRIZ.— ¡Me importa! Me importa porque un día puede suceder algo, no quiero que suceda en mi circo, bajo mi carpa. ¿Qué no te das cuenta que estás corriendo demasiados riesgos? La otra noche los pillé aquí mismo.

CAPITÁN.— ¿Y quien le manda andarnos espiando?

EMPERATRIZ.— ¡No los ando espiando! Y la prueba es que me quedé callada para no meter escándalo. A la hora que la Rucia llega a saber...

CAPITÁN.— Déjeme que yo me las arregle con la Rucia, señora. Para eso es mi mujer.

EMPERATRIZ.— Arréglenselas entre ustedes entonces.

CAPITÁN.— Eso es lo que hago.

EMPERATRIZ.— Viven así, como perros.

CAPITÁN.— Cada cual vive como puede.

EMPERATRIZ.— ¡Juanucho!

JUANUCHO.— Mande, señora.

EMPERATRIZ.— Acompáñalo donde Sonia. A ver si a ella se le ocurrió guardar algunas ropas del otro tony. Que se las preste. (A Landa.) No se demore mucho, oiga. La función es en un rato más y lo mejor será que debute esta misma noche.

LANDA.— ¿Ahora?

EMPERATRIZ.— ¿Y por qué no?

LANDA.— Sí. ¿Por qué no? (Sale con Juanucho.)

CAPITÁN.— Ya veo que tiene todas sus decisiones tomadas. ¿Eso era todo lo que quería?

EMPERATRIZ.— Todo. Salvo que te acuerdes de no decir mentiras.

CAPITÁN.— ¿Qué mentiras?

EMPERATRIZ.— Que no me conocías antes del accidente. Me conocías. Me conociste antes que a la Rucia. Me conociste cuando aún tenía mis piernas y podía subirme al trapecio. Me conociste cuando Doménico, lo único bueno que sucedió en mi vida, acababa de irse y me sentía muy sola. ¿No te acuerdas?

CAPITÁN.— ¿Me necesita para algo más?

EMPERATRIZ.— Para nada más. (El Capitán inicia el mutis.) Capitán...

CAPITÁN.— ¿Qué quiere?

EMPERATRIZ.— (Después de un segundo.) Nada. (El Capitán sale. La mujer hace girar su silla y contempla a los malabaristas que no han cesado de lanzarse los anillos.) El mundo está todo descoyuntado. Hace falta que llegue un gran viento que limpie toda esta porquería para que alguien construya de nuevo... Pero, ¿quién? Barón... Barahona... ¿quién? Hay hombres que han tenido una visión. Que han visto el orden de repente. Y la belleza. Como éste que acaba de llegar por ejemplo. O como Doménico. Hombres que lo llevan escrito en la frente y en los ojos, como si los hubiera tocado una luz. Tal vez ellos podrían reconstruir el mundo si tuvieran la oportunidad de hacerlo, si logran agarrar lo que entrevieron y pudieran hacerlo visible ante los ojos de los demás... Pero en medio de la búsqueda casi siempre lo agarra la muerte.

Con Doménico sucedió así.

La muerte cortó su vuelo.

Y la imagen que perseguía quedó... ¿Dónde?

¿Qué pasó con toda esa belleza? ¿Dónde quedó?

¿Dónde, Barón? ¿Dónde, Barahona?

Ustedes mis malabaristas, ustedes que equilibran los anillos sin mucha razón, ustedes que se hablan y se contestan las mismas palabras, ustedes que han encontrado una especie de armonía en un juego tan estéril, díganme qué pasa con la visión cuando el visionario muere. ¿Se pierde en el aire?, ¿se evapora, se hace nada? Contéstenme ustedes, mis malabaristas...

(Los hombres no la miran. Las luces van decreciendo lentamente y lo último que vemos es la imagen de los dos hombres lanzándose anillos.)

BARÓN.— Amarillo, azul.

BARAHONA.— Verde.

BARÓN.— Azul, amarillo,

BARAHONA.— Verde.

(Ya en la oscuridad distinguimos una pareja abrazada, besándose. Son Sonia y el Capitán. Parecen haberse agazapado entre las sombras. Tras ellos, el cielo presenta fuertes pinceladas rojas.)

SONIA.— Ten cuidado que alguien puede vernos.

CAPITÁN.— Nadie viene para este lado. (Vuelve a besarla.)

SONIA.— Nunca se sabe. La vieja se lo pasa... (Él la besa, la interrumpe.) con su silla de un lado para otro.

CAPITÁN.— Acabo de hablar con ella y dejé las cosas en claro.

SONIA.— ¿Sospecha algo?

CAPITÁN.— ¡Tendría que ser ciega para no sospechar!

SONIA.— ¿Qué te dijo?

CAPITÁN.— Yo le dije que se metiera en lo que le importa.

SONIA.— ¿Y tú crees que la Rucia...?

CAPITÁN.— No, ella no. Por lo menos no se lo pasa espiando como la otra. (*Trata de besarla nuevamente.*)

SONIA.— No quiero meterme en ninguna pelotera. Te lo dije desde un comienzo: no me gustan las complicaciones.

CAPITÁN.— ¿Y en qué pelotera está metida? ¿Que no está conmigo? ¿No se siente segura?

SONIA.— Apenas me dé cuenta que algo pasa, corto todo y me voy para otro lado.

CAPITÁN.— (*Tratando de besarla.*) Empecinada también.

SONIA.— Así soy yo. (*Él termina por besarla largamente.*)

CAPITÁN.— Nos encontraremos esta noche entonces.

SONIA.— ¿Esta noche?

CAPITÁN.— Donde mismo. Después de la función.

SONIA.— (*Separándose.*) Alguien viene.

CAPITÁN.— Nos vemos más tarde entonces.

(*Sale y casi al mismo tiempo entra la Rucia. Trae un canasto lleno de ropa entre los brazos. La escena ya está muy oscura.*)

RUCIA.— ¿Quién anda ahí?

SONIA.— Soy yo.

RUCIA.— ¿Qué están haciendo acá?

SONIA.— Vine a buscar unas cosas que dejé aquí esta tarde.

RUCIA.— ¿Qué cosas?

SONIA.— Unas que trajimos con el Juanucho. Se las debe haber llevado de vuelta al carro.

RUCIA.— ¿Estás sola?

SONIA.— ¿Y con quien había de estar?

RUCIA.— Me pareció oír voces.

SONIA.— Ideas. (*Pausa. Camina... Después habla...*)

RUCIA.— Ayúdame a colgar esta ropa.

SONIA.— Tengo que irme a preparar para la función.

RUCIA.— Hay tiempo.

SONIA.— Además quiero ir a ver que pasó con ese hombre.

RUCIA.— ¿El que llegó recién? Parece que va a quedarse.

SONIA.— ¿Quién te lo dijo?

RUCIA.— Mientras estaba lavando, Juanucho vino a buscar al Capitán. Le dijo que la señora Emperatriz quería hablarle.

SONIA.— Yo le recomendé que hablara con ella primero.

RUCIA.— ¿Qué quieres, que se quede?

SONIA.— ¿Por qué?

RUCIA.— Te pregunto.

SONIA.— Me da lo mismo.

RUCIA.— A lo mejor lo contratan como tony, en vez del otro.

SONIA.— A lo mejor.

RUCIA.— Y a lo mejor termina gustándote, como el otro. (*Ríe con una cierta histeria contenida.*)

Es mejor que nosotros, ¿te diste cuenta? Habla mejor, se ve mejor... No me parece que sea artista, de circo por lo menos. Me parece que es, ¿cómo explicarte? Mejor...

SONIA.— Métete en lo que te importa, Rucia.

RUCIA.— ¿Qué quieres decir?

SONIA.— Deja tranquilos a los demás.

RUCIA.— (*Con súbita violencia.*) Entonces tú deja tranquilo al Capitán.

SONIA.— ¿Qué...?

RUCIA.— Lo que oíste.

SONIA.— ¿Qué tengo yo que ver con el Capitán?

RUCIA.— Anoche, después de la función, ¿adónde fuiste?

SONIA.— ¿Anoche?

RUCIA.— Sí.

SONIA.— Ni me acuerdo.

RUCIA.— Te vi conversando con él. Después los dos desaparecieron. Él se demoró horas en volver.

SONIA.— No andaba conmigo.

RUCIA.— ¿Estás segura?

SONIA.— Claro que estoy segura. Le pedí a Juanucho que me acompañara al pueblo.

RUCIA.— ¿Al pueblo?

SONIA.— A comprar horquillas.

RUCIA.— ¿A esa hora?

SONIA.— Hay un boliche que no cierra hasta tarde. Pregúntale a Juanucho. No veo por qué tengo que estar dándote explicaciones, por lo demás.

RUCIA.— (*Con cierta súplica en la voz.*) No quiero que se me vaya, Sonia. Que se me aleje.

SONIA.— ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

RUCIA.— Es lo único que he encontrado.

SONIA.— Qué tengo que ver yo...

RUCIA.— Todas las noches, desde hace un tiempo, lo espero. Lo espero. Horas. La noche entera a veces. Espero. Me acuesto en esa cama, entre baúles y las maletas, y lo espero. Minuto tras minuto, hora tras hora: la noche entera. Antes también solía dejarme así, sola, esperándolo. Pero cuando volvía, sin decir una palabra, sin siquiera darme una explicación, se acostaba a mi lado me tomaba entre sus brazos y me hacía conocer la única forma de felicidad que he conocido... Ahora eso también ha cambiado. Vuelve sí, pero como si viniera satisfecho ya. Se tiende ahí. Se duerme... y sin yo saber por qué me deja mucho más sola que cuando lo esperaba.

SONIA.— No sé para qué me cuentas esas cosas.

RUCIA.— Porque desde que te has quedado sola, he notado que te ronda, que te mira, que te busca.

SONIA.— Yo no me he dado cuenta.

RUCIA.— Ten cuidado, Sonia.

SONIA.— ¿Cuidado de qué?

RUCIA.— Ten cuidado, que sería capaz de hacer...

SONIA.— No me gusta que me amenacen.

RUCIA.— Ten cuidado.

SONIA.— ¡A mí nadie me amenaza!

VOZ DE JUANUCHO.— ¡Señorita Sonia!... Señorita Sonia...

SONIA.— ¿Qué hay?

VOZ DE JUANUCHO.— ¿Dónde está?

SONIA.— Acá. Por el lado del camino.

(*Entran Juanucho y Landa. Traen una luz.*)

JUANUCHO.— La señora Emperatriz me dijo que viniera a pedir unas ropas para el señor Landa.

LANDA.— Me acaban de contratar como tony.

SONIA.— ¿Habló con el Capitán?

LANDA.— La señora habló con él.

SONIA.— ¿Ve cómo mi consejo no era malo?

LANDA.— Parece que tengo que debutar en la función de esta noche y me mandaron a verla para que me diera unas ropas que usted tiene.

RUCIA.— ¡Deben ser las que el otro dejó en tu carro!

SONIA.— (*Enfrentándola.*) Está bueno, Rucia.

RUCIA.— Anda, Juanucho, anda a ayudarla a traerlas.

(Sonia y Juanucho *salen.*)

LANDA.— ¿Hijo suyo?

RUCIA.— No tenemos hijos.

LANDA.— ¿De quién es hijo entonces?

RUCIA.— ¡Quién sabe! Un día llegó al circo. No se acordaba muy bien de dónde venía.

LANDA.— ¿Y nadie ha venido a reclamarlo?

RUCIA.— Nadie.

LANDA.— Increíble.

RUCIA.— ¿Qué cosa?

LANDA.— Que alguien haya tenido un hijo, lo haya dejado irse, lo haya perdido así para siempre.

RUCIA.— A muchos no les gusta tener hijos. Complican las cosas y, si no hay hijos, se tiene que trabajar menos. Usted ¿en qué trabaja?

LANDA.— Voy a ser tony.

RUCIA.— Pero antes...

LANDA.— Fui de todo.

RUCIA.— ¿Y?

LANDA.— Después me agarraron las cosas. Pero pienso que si hubiera tenido un hijo, habría perseverado, y buscar no me habría resultado tan difícil, ¿me comprende?

RUCIA.— ¿Buscar, qué?

LANDA.— Lo que uno anda buscando.

RUCIA.— Pero, ¿qué?

LANDA.— Lo que se vio de repente. Algo que podría ser cierto para siempre.

RUCIA.— No lo entiendo.

LANDA.— Con un hijo, ¿ve? Los caminos parecerían mucho menos largos. Hay tanto que mostrar, tanto que darle mientras uno va buscando... A veces, los domingos, cuando voy a algún parque y veo pasar a un padre con su hijo, tomados de la mano, pienso que ésa es la mayor fuerza, la única verdadera pareja, el eslabón... Los veo alejarse por el camino o encumbrar un volantín o leer el diario y me digo que así este largo caminar sería mucho más llevadero. Y entonces eso que uno entrevió se podría compartir... Sí, yo se lo podría contar a mi hijo y él, en verdad, sería el único que me comprendería, porque sería como contármelo a mí mismo, a un yo más chico que me mirara con ojos idénticos a los míos, y que recibiría mi historia como un hecho cierto, algo que sería cierto para él, ¡para mí! (*Hay un silencio.*)

RUCIA.— ¿Y quién no tiene un hijo?

LANDA.— ¿Cómo?

RUCIA.— ¿Quién se lo impide?

LANDA.— Ya no.

RUCIA.— ¿Por qué?

LANDA.— Una vez estaba por casarme; pero después pasaron cosas. Ahora es como si ya fuera muy tarde.

RUCIA.— ¿Se cree viejo? Si los hombres demoran mucho en ponerse viejos en esta clase de asuntos.

LANDA.— No es eso.

RUCIA.— ¿Qué entonces?

LANDA.— No sé... Parece que todo me hubiera pasado por encima y que ya no tuviera fuerzas para nada. Solamente a veces, a ratos... entre la bruma a uno le parece ver esos ángeles.

RUCIA.— (*Mirando con extrañeza.*) ¿Cuáles ángeles?

LANDA.— Lo que uno anda buscando.

RUCIA.— ¿Es eso lo que anda buscando? ¿Ángeles?

LANDA.— ¿Y qué si no?

(*Entran Sonia y Juanucho. Traen ropas y una caja llena de pinturas.*)

SONIA.— Éstas son las cosas. Ojalá encuentre algo.

LANDA.— Gracias.

SONIA.— Va a tener que apurarse. Falta poco para la función.

RUCIA.— Sobre todo que parece que hoy día tendremos público.

SONIA.— ¿Hay entradas vendidas?

RUCIA.— Ocho galerías, parece, y quince plateas.

SONIA.— ¡Quince plateas!

RUCIA.— Vinieron los del fundo. Y trajeron unos amigos.

SONIA.— Ésos son los que vienen a entretenerse gritándonos cosas.

RUCIA.— Entonces es mejor que se apure, oiga. El tony es el único que puede contestarles a esos pijes.

(Atraviesan por el fondo Barón y Barahona. Visten uniformes de músicos descoloreados y llevan instrumentos en las manos.)

BARÓN.— ¡Apurarse!

BARAHONA.— ¡Apurarse!

BARÓN.— La función ya va a comenzar.

BARAHONA.— Comenzar... *(Desaparecen.)*

LANDA.— ¿Qué no son malabaristas?

SONIA.— Y los músicos también. Ya le dije que en este circo todos tienen que hacer más de una cosa.

LANDA.— ¿Yo también?

SONIA.— El tony no alcanza a cambiarse de ropa. El tony es tony nomás.

RUCIA.— Hasta más rato.

VOZ DE CAPITÁN.— ¡Rucia! ¡Rucia!

RUCIA.— *(Gritando.)* ¡Ya voy!

SONIA.— Vamos.

RUCIA.— Es a mí a la que llaman.

(Sonia no responde. Sale y a los pocos segundos la sigue la Rucia. Hay en la lejanía un ir y venir de personas, algunos ruidos, el afinar súbito de instrumentos y tal vez el rugido intermitente del león.)

LANDA.— ¿Y tú no tienes que trabajar?

JUANUCHO.— No, señor.

LANDA.— ¿No haces ningún número?

JUANUCHO.— El Capitán trató de enseñarme; pero no pude aprender.

LANDA.— ¿Qué cosa?

JUANUCHO.— Unas cuestiones con equilibrio; pero me caía siempre.

LANDA.— Quizás habrías podido aprender otra cosa.

JUANUCHO.— No quiso.

LANDA.— ¿Y qué haces entonces?

JUANUCHO.— Me tienen para los mandados.

LANDA.— Mejor que te vayas para allá entonces.

JUANUCHO.— Al Capitán no le gusta verme durante la función. Dice que lo pongo nervioso. *(Landa comienza a buscar entre las ropas, inconscientemente tararea una canción—la que más tarde será la del pregón— mientras el niño sigue hablando.)* Me quedo acá cuidando al león mejor. ¿No ve que está enfermo? Hace días que está así... Se me hace que es porque lo tienen en la jaula.

LANDA.— *(Poniéndose una chaqueta larga, se da vuelta hacia el niño.)* ¿Cómo me queda esta chaqueta?

JUANUCHO.— Se ve tan raro como con esa cuestión que tenía puesta cuando lo encontré.

LANDA.— ¿La ropa del "cabezón"?

JUANUCHO.— Yo creí que era así.

LANDA.— ¿Cómo?

JUANUCHO.— Así de verdad. Con la cabeza grande.

LANDA.— Se me pone así. ¡Los domingos! Los sábados empieza a crecerme... y crece y crece hasta que agarro un sombrero. *(Toma un sombrero del montón.)* Me lo pongo y lo atravieso con un alfiler. ¡Así!

(Encuentra un largo alfiler y semeja enterrarlo en el sombrero con fuerza. Al mismo tiempo, en

pantomima, hace como si se desinflara. Juanucho ríe espontáneamente, como lo haría cualquier niño frente a un tony. Envalentonado por esto, Landa comienza a agregar detalles a su vestimenta. No lejos se escucha la "banda" del circo. Al vestirse Landa realiza algunas pantomimas mientras el niño ríe y aplaude.)

LANDA.— No nos tenemos que demorar... ¡Eh, ayudante!

JUANUCHO.— Mande.

LANDA.— ¿Dónde dejaste la caja con pinturas?

JUANUCHO.— Aquí está.

LANDA.— Voy a hacerme una boca grande, colorada, ¿Habrà pintura colorada?

JUANUCHO.— Aquí.

LANDA.— Con las puntas levantadas como si me estuviera riendo.

JUANUCHO.— El otro tony tenía una boca chica.

LANDA.— Pero Landa la tendrá grande. Para hablar poco. *(Empieza a colocarse la pintura frente a un espejo que sostiene el niño, nuevamente tararea la melodía —el pregón— de pronto se detiene.)* ¿Qué es eso?

JUANUCHO.— ¿Qué?

LANDA.— Eso que estaba cantando.

JUANUCHO.— Canción será.

LANDA.— Sí, pero, ¿dónde la he escuchado antes? Pásame el negro.

JUANUCHO.— Aquí está.

LANDA.— Me voy a pintar dos líneas negras bajo los ojos, como si hubiera llorado carbón... Y lo demás todo blanco... blanco...

JUANUCHO.— ¡Blanco!

LANDA.— *(De pronto.)* ¡Era lo que ellos cantaban! Claro... *(Tararea la melodía.)* Eso era lo que cantaban.

JUANUCHO.— ¿Quiénes, señor Landa?

LANDA.— Esos ángeles que entreví. Algún día te contaré.

JUANUCHO.— Si ya me lo contó hace un rato.

LANDA.— ¿Te lo conté?

JUANUCHO.— Claro. Dijo que se le habían perdido y que los andaba buscando.

VOZ DE CAPITÁN.— ¡Landa! ¡Landa! Ya vamos a empezar...

LANDA.— ¡Voy!

(Poco a poco, a medida que transcurre la escena anterior, Landa se ha ido metamorfoseando en tony. Y ahora cuando se yergue bajo la luz, habla con el tono alto y monocorde de un tony.)

LANDA.— ¡Señor Juanucho!

JUANUCHO.— Mande.

LANDA.— ¡Le apuesto cinco pesos que no sabe en qué se parece un bombero a una naranja y a mi tía!

JUANUCHO.— ¿Una naranja... a un bombero y a mi tía?

LANDA.— No, no, no... a mi tía.

JUANUCHO.— ¿A su tía? Este...

LANDA.— A la una.

JUANUCHO.— ¿Un bombero?

LANDA.— A las dos.

JUANUCHO.— ¿A una naranja?

LANDA.— ¡Y a las tres! Perdió, señor, perdió, perdió... En que un bombero tiene casco y una naranja tiene cascos. ¿Ve? Perdió, perdió, perdió...

JUANUCHO.— ¿Y su tía?

LANDA.— Está bien, gracias. *(Ríe y de pronto con un gesto instintivo, traza sobre la mejilla del niño una línea con un pincel que tenía en la mano...)* Oye, cabro, ¿y si te transformara en tony?

JUANUCHO.— ¿A mí?

LANDA.— ¡Sí! Un tony más chico... que me contestara. Podríamos trabajar juntos.

JUANUCHO.— El Capitán dice que no puedo aprender nada.

LANDA.— Es que él no ha sabido enseñarte. ¿Te gustaría aprender?

JUANUCHO.— Sí, señor.

LANDA.— Vas a tener que llamarme, señor Landa. Los tonies tienen nombre.

JUANUCHO.— *(Con algo de la entonación del tony en su voz.)* Sí, señor Landa.

LANDA.— Ahora abre los ojos. ¡Y no te vayas a olvidar el tony que acabas de ver! Escoge ahí la chaqueta que tenía... *(El niño obedece y se pone una chaqueta.)* Y tenía una peluca, ¿no es cierto? *(El niño asiente. El hombre le coloca una.)* Y tenía una nariz... ¿cómo?

JUANUCHO.— Gorda. Como un botón de abrigo.

LANDA.— *(Colocándole una nariz con un elástico.)* Como un botón de abrigo, señor Juanucho. ¿Y qué más? ¿Qué más?

JUANUCHO.— Un paraguas. De éstos que se abren y se dan vuelta.

LANDA.— Un paraguas, señor Juanucho. ¡Dos paraguas! Uno para usted y otro para yo.

JUANUCHO.— *(Encontrando los paraguas.)* Uno para usted y otro para yo.

LANDA.— ¿Y qué más? ¿Qué más?

JUANUCHO.— Guantes, señor Landa.

LANDA.— ¡Claro! Guantes. Todo caballero bien educado se saca los guantes. *(Pausa.)*

(Cada uno se coloca un par de guantes. Los de Landa son inmensos. Ahora los dos están de pie y se asemejan mucho. Landa ensaya algunos pasos dentro del círculo que desparrama la luz. El niño lo imita. Hay un corto tiempo de pantomima muda mientras, a lo lejos, la banda del circo sigue tocando.)

LANDA.— ¡Ve, señor Juanucho! ¡Ve! Hay poca luz aquí. A ver, señor Juanucho, agrande esa luz. Por favor.

JUANUCHO.— ¿Cómo, señor Landa?

LANDA.— Tire el borde, pues. A ver, usted, señor Juanucho, tire de aquel borde y yo de éste.

(Se colocan en los bordes de la zona iluminada, se inclinan, parecen agarrar algo y tiran hacia atrás. Casi como por arte de magia, la zona de luz crece y el lugar se transforma en una verdadera pista de circo. El niño ríe de pronto, corre alrededor de la zona luminosa. Landa lo imita. Hay en ambos la expectación de un sentimiento idéntico: la expectación que se produce ante un juego nuevo. En ese instante se escucha un redoble de tambor y ambos penetran en la pista, tal cual lo harían dos tonies en un circo.)

LANDA.— ¡Señor Juanucho!

JUANUCHO.— ¡Señor Landa!

LANDA.— ¿Qué le parece que como el día está tan soleado y la luna está tan grande...

JUANUCHO.— Tan grande.

LANDA.— ...¿Diéramos una vueltecita en bote?

JUANUCHO.— Mire, mal no me parece, señor Landa.

LANDA.— Sobre todo que yo soy náutico.

JUANUCHO.— ¡Ah! Es náutico.

LANDA.— Náutico, y tengo un áutico.

JUANUCHO.— Fantaústico entonces, señor Landa.

LANDA.— Tenga cuidado, señor Juanucho, cuando se suba al bote.

JUANUCHO.— A la una...

LANDA.— Salte largo.

JUANUCHO.— A las dos...

LANDA.— Si no lo agarro.

JUANUCHO.— ¡Y a las tres!

LANDA.— Muy bien, muy bien. Y ahora yo... A la una...

JUANUCHO.— Mi fortuna.

LANDA.— A las dos.

JUANUCHO.— Un reloj.

LANDA.— Y a las tr... Señor Juanucho, pase adelante y tenga cuidado.

(En verdad Landa da un traspié y cae. Hay un ir y venir de los tonies tratando de subirse al bote)

y cayéndose el uno mientras el otro se sujeta. Pantomima. Por último, ambos quedan instalados como si estuvieran en un bote. Reman con los paraguas.)

LANDA.— Y adónde le gustaría ir, señor Juanucho.

JUANUCHO.— *(Olvidándose de su papel de tony.)* Al mar.

LANDA.— Hacia allá vamos entonces. ¿Has estado alguna vez?

JUANUCHO.— ¿Cómo es?

LANDA.— Grande. Verde en el día. Con olas y espuma que vuela por encima. *(Retomando el papel del tony.)* Siga remando, señor Juanucho. Mire que el camino es largo y el Paraíso queda lejos.

JUANUCHO.— ¿Allá vamos?

LANDA.— Allá parece. *(Pero pronto pierde su voz de tony. Parece recordar.)* Parece que allá están todos los tesoros que la Tierra en otro tiempo tuvo.

VOZ DE CAPITÁN.— ¡Landa! Adónde se ha metido, carajo. La función ya va a empezar.

LANDA.— *(Irguiéndose mientras la luz vuelve a su antigua superficie y ahora se distinguen nuevamente los contornos del circo.)* Voy... *(Luego se vuelve a Juanucho.)* Vamos.

JUANUCHO.— ¿Conmigo?

LANDA.— *(Con la voz del tony.)* Claro que sí, señor Juanucho. Con usted.

(Extiende su mano. El niño titubea durante algunos segundos y termina extendiendo la suya. En ese instante, la "banda" ataca una típica marcha de circo y se escuchan los aplausos y los silbidos con que se inician las funciones de los circos pobres. El hombre y el niño avanzan hacia el lugar donde se divisan los resplandores del circo.)

SEGUNDA PARTE

(Emperatriz está sola escuchando los ruidos que provienen de la carpa. Se oyen los compases de una marcha que de pronto interrumpe un pitazo.)

VOZ DE CAPITÁN.— El Circo Internacional ha tenido el placer de presentarles su sensacional espectáculo con artistas de fama mundial... Madame Cleopatra venida de Egipto a revelarles su futuro *(aplausos)* ...la extraordinaria trapecista contratada especialmente por la Empresa del Circo Internacional, la señorita Sonia... *(redoble de tambores, aplausos)* ...los célebres malabaristas Barón y Barahona *(aplausos)* ...y sus amigos de siempre... el señor Landa... y el señor Juanucho *(aplausos, silbidos, redoble de tambores.)* Con esta función el Circo Internacional se despide de los habitantes de La Calavera, recordándoles que regresará el próximo año con nuevos artistas y números de categoría...

(Vuelve a escucharse la marcha. Nuevos aplausos. Silbidos. Pocos segundos después aparece Juanucho siempre vestido de tony. Da una voltereta y se encuentra frente a frente a Emperatriz; se detiene como temeroso. La mujer extiende sus brazos hacia él, lo hace avanzar y lo besa en la frente como si lo estuviera coronando.)

EMPERATRIZ.— Doménico habría estado orgulloso de ti. Él sabía reconocer a los artistas.

(En ese instante empiezan a aparecer los otros artistas. Rodean al niño y lo felicitan.)

LANDA.— No ve, señor Juanucho, no ve como podía hacerlo.

SONIA.— Muy bien, Juanucho.

RUCIA.— ¡Quién lo iba a decir!

BARÓN.— Y toda esa gracia que la tenía escondida, ¿ah?

JUANUCHO.— No sé yo...

BARAHONA.— ¿Cómo es que no lo habías dicho?

JUANUCHO.— No sé yo...

SONIA.— ¡Ahora hay que felicitarlo! Si hasta a mí me hizo reír...

TODOS.— Sí... sí... ¡Hay que felicitarlo! ¡Muy bien, Juanucho!

CAPITÁN.— *(A Landa.)* Parece que fue usted quién le enseñó al chiquillo.

LANDA.— Lo ayudé a vestirse, nomás. Lo demás lo hizo solo.

CAPITÁN.— Salió bien gallo entonces.

LANDA.— Así parece.

CAPITÁN.— Nunca pensé que este cabro tuviera condiciones para tony.

LANDA.— Ahora si usted quiere podemos ensayar algunos números juntos.

CAPITÁN.— ¿Se piensa quedar?

LANDA.— A menos que haya algún inconveniente.

CAPITÁN.— La plata es el único inconveniente.

LANDA.— Le haremos empeño durante algún tiempo.

CAPITÁN.— Usted sabrá... Por mí, que se quede. Un circo no es circo sin tony.

LANDA.— Y con este número, a lo mejor se arregla la situación.

CAPITÁN.— Nunca se sabe... Lo que es yo, ni pensé que el chiquillo tuviera condiciones.

EMPERATRIZ.— Es un artista, Capitán.

CAPITÁN.— Así debe ser.

EMPERATRIZ.— Y los artistas tienen condiciones para todo.

CAPITÁN.— Es lo que dicen.

EMPERATRIZ.— Y tú debieras poder reconocerlas, Capitán. Con los años de circo que llevas...

CAPITÁN.— Mire, señora, no estoy con ánimo de pelea esta noche.

EMPERATRIZ.— No estoy peleando.

CAPITÁN.— Pero desde esta tarde me anda buscando. No se vaya a encontrar conmigo nomás.

EMPERATRIZ.— No sería la primera vez.

CAPITÁN.— (*Sin escuchar lo que ella dice.*) Esta noche hay que celebrar el triunfo. ¿Qué le parece,

Landa? ¿Nos vamos a tomar un par de tragos?

RUCIA.— No se te olvide que tiene mala cabeza.

CAPITÁN.— Para eso estoy yo.

RUCIA.— ¡Cómo si la tuvieras tan buena!

CAPITÁN.— Puchas que está pesada la atmósfera. Ni siquiera se ponen contentos con los aplausos.

¿Cuándo los habían aplaudido como hoy? Sean agradecidos al menos. ¿Qué dicen ustedes? ¿No están contentos?

BARÓN.— Muy contentos.

BARAHONA.— A lo mejor con esto se arreglan las cosas.

SONIA.— ¿Y por dónde?

CAPITÁN.— Por donde menos uno piensa, pues. Pero mejor me voy... si no hasta las ganas de tomar un trago se me van a quitar. Vamos, Landa.

LANDA.— Ya voy. Tengo que sacarme estas cuestiones antes. (*Barón y Barahona han salido.*)

CAPITÁN.— No se demore. (*Al iniciar su mutis, se detiene un instante junto a Sonia.*) Te espero adonde mismo.

SONIA.— No voy a ir.

CAPITÁN.— ¿Qué es lo que te pasa ahora?

SONIA.— No me gusta andar sola por caminos.

CAPITÁN.— Lleva al chiquillo entonces. Como anoche.

SONIA.— No...

CAPITÁN.— Y bueno también...

(*Sale. La Rucia ha sorprendido la escena desde la distancia.*)

EMPERATRIZ.— Ven, Juanucho.

LANDA.— Yo creo que entre los dos podemos tener un buen número, ¿no le parece?

EMPERATRIZ.— Claro que sí. Le pediremos a Barón y Barahona que le enseñen algunos trucos. Los tonies tienen destreza. ¿No es así, Barón? (*Los busca.*) ¿Se fueron?

RUCIA.— (*Acercándose a Sonia.*) ¿Qué te dijo?

SONIA.— ¿Quién?

RUCIA.— ¿Quién había de ser?

SONIA.— Nada, Rucia.

RUCIA.— Pero te habló.

SONIA.— Sí. Me habló.

RUCIA.— ¿Qué te dijo?

SONIA.— Algo de mi número. Cosas que no te importan.

RUCIA.— (*Con una súbita violencia.*) Mira, Sonia... Te aseguro que si...

EMPERATRIZ.— ¿Qué es lo que pasa?

SONIA.— Nada.

EMPERATRIZ.— ¿Por qué están gritando entonces?

RUCIA.— ¡Por nada. Por nada! Y déjame tranquila. Quiero que todos me dejen tranquila. (*Sale.*)

EMPERATRIZ.— Ésa anda con la sangre envenenada.

LANDA.— Así pareciera.

EMPERATRIZ.— Y tengo la impresión que esto no va a terminar en nada bueno.

SONIA.— Yo no tengo la culpa.

EMPERATRIZ.— ¿He dicho algo?

SONIA.— ¿Por qué me mira entonces?

EMPERATRIZ.— Miro adonde me da la gana. ¿Dónde se metieron Barón y Barahona? Saben que me gusta conversar con ellos después de la función. Sonia... ¿Adónde vas?

SONIA.— A mi carro.

EMPERATRIZ.— Si los ves, diles que los estoy esperando (*Sonia sale.*) ¿Le molesta que me quede aquí?

LANDA.— ¿Por qué habría de molestarme?

(*Juanucho ha ido a buscar unos recipientes con agua y ahora ambos proceden a sacarse el maquillaje. Esta operación se prolonga a través de la escena siguiente y en todo momento el niño copia los gestos del hombre.*)

EMPERATRIZ.— No me gusta quedarme sola a esta hora.

LANDA.— Acompáñenos entonces. (*A Juanucho.*) Por qué habría de molestarnos, ¿no es cierto, Juanucho? Espera... primero te pones esta crema... un poco, eso es, y la refriegas bien...

EMPERATRIZ.— Cuando acaba de terminar la función, hay como una especie de vacío, ¿no le parece?

LANDA.— Es el silencio. Después de los aplausos.

EMPERATRIZ.— Es como una "solicitude". Por eso me gusta estar con Barón y Barahona. Los miro mientras ensayan sus ejercicios...

LANDA.— Como esta tarde...

EMPERATRIZ.— Y me da una tranquilidad... Es como si una pudiera mirar el mundo desde lejos, ¿sabe? Mirarlo desde arriba, girando entre los otros planetas en vez de estar metida adentro.

LANDA.— (*A Juanucho.*) No, con ese trapo no, Juanucho. Así, ¿ves? Suave...

EMPERATRIZ.— Usted sabe lo que es eso, ¿no es cierto?

LANDA.— ¿Qué?

EMPERATRIZ.— Mirar las cosas desde una altura. Sí, usted tiene que saberlo.

LANDA.— ¿Por qué?

EMPERATRIZ.— Ya se lo dije antes: tiene algo en la mirada, lo mismo que tenía Doménico, la mirada del que ha vivido un momento en esa región de la que le hablo. ¿Es verdad no es cierto?

LANDA.— No sé, señora.

EMPERATRIZ.— Y dicen que desde esa altura, todo se ve ordenado, limpio, perfecto, tranquilo.

LANDA.— ¿Usted lo ha visto?

EMPERATRIZ.— No. Pero Doménico me contó. Él lo vio una vez llegando a ese puerto, de noche, con todas esas luces y el mar como una sombra... ¡La val del Paradiso!... Por eso siempre quería volver. Por eso siempre estaba yendo y viniendo.

LANDA.— ¿Y usted?

EMPERATRIZ.— Yo lo acompañaba. Tal vez eso entorpecía su búsqueda.

LANDA.— ¿Cómo así?

EMPERATRIZ.— Porque yo permanecía acá abajo, ¿comprende? Yo en todo momento le recordaba lo que había acá, el desorden, el caos y la visión se le nublaba y el mundo llegaba a ser lo que es para todos nosotros: un planeta arrojado al azar en el cual debemos permanecer.

LANDA.— Y usted cree que desde esa altura todo adquiere sentido.

EMPERATRIZ.— Claro que sí. Los caminos se ordenan. Cortan los campos en espacios regulares y las montañas se engarzan como eslabones de una cadena y todo va a desembocar en un mar que, desde allá arriba, no tiene ni ruido ni oleaje sino que es como un cielo, aún más quieto que el cielo, más profundo y más definitivo.

LANDA.— ¿Y las personas?

EMPERATRIZ.— Allá arriba uno está solo, Landa. Por lo menos eso es lo que dicen.

LANDA.— Y no se ve a nadie.

EMPERATRIZ.— A nadie.

LANDA.— Yo estoy cansado de estar solo. De andar solo. De buscar solo. (*Hunde de pronto su rostro en la vasija de agua y Juanucho lo imita. Ambos permanecen con los rostros chorreando agua, muy inmóviles, mientras Landa sigue hablando.*) Es... ¿Cómo explicarle? Me parece que con tanto andar de un lado a otro, he perdido algo y no he encontrado nada. ¿Cómo explicarle? Como si se me hubiera escapado lo que las cosas son. Lo que la vida en verdad esconde. Pienso... pienso que siempre he mirado desde una altura, como usted dice, y nunca he llegado a comprender lo que sucede entre los demás... acá abajo... ¿Cómo explicarle? Esta tarde cuando llegué acá y los vi a ustedes, me pareció que después de mucho tiempo veía cosas reales... cosas que en realidad sucedían, que estaban ahí frente a mí, que podía encontrar y tocar. Todo lo otro es algo que ha estado dentro de mi cabeza durante mucho tiempo, girando ahí, haciéndose cada vez más vago... más impreciso. Ahora quiero vivir con ustedes.

EMPERATRIZ.— Landa...

LANDA.— (*Interrumpiendo.*) No, señora. Quiero vivir aquí. Trabajar aquí. Seguir con ustedes. Salir a tomar con el Capitán. Enseñarle a Juanucho. Volver a ser como era antes.

EMPERATRIZ.— ¿Antes?

LANDA.— Antes que me agarraran las cosas. Antes que me sucediera lo que me sucedió.

EMPERATRIZ.— ¿El amor?

LANDA.— Sí, me enamoré. (*Súbitamente.*) Una vez estuve por casarme.

EMPERATRIZ.— ¿Y?

LANDA.— No me casé.

EMPERATRIZ.— ¿Y siempre siguió enamorado?

LANDA.— ...nunca volví a ser el mismo.

EMPERATRIZ.— No se engañe Landa. No le eche la culpa a nadie, ni siquiera al amor. Usted nunca fue como los demás. Estoy segura que de niño también subía a la cima de las montañas y miraba desde allí.

LANDA.— Es cierto.

EMPERATRIZ.— Y la mirada siempre iba dirigida hacia el horizonte. Y en las noches salía a caminar solo. O hablaba en voz alta y algo dentro de usted mismo le contestaba.

LANDA.— ¿Cómo lo sabe?

EMPERATRIZ.— Cuando uno ha querido a un hombre como yo quise a Doménico, Landa, la vida de ese hombre llega a ser la de una.

LANDA.— (*Dándose vuelta hacia Juanucho.*) Ahora hay que secarse la cara, Juanucho. Con este paño... así...

EMPERATRIZ.— No... no se engañe. Pareciera que entre los hombres hay dos razas: los que están detenidos y los que buscan. Nacen así y así se quedan.

LANDA.— Nosotros vamos a detenernos, ¿no es cierto, Juanucho? (*Súbitamente con voz de tony.*) ¡Señor Juanucho!

JUANUCHO.— ¡Señor Landa!

LANDA.— Deme su mano.

JUANUCHO.— ¿Cuál mano?

LANDA.— La que tenga cinco dedos.

JUANUCHO.— Ésta entonces.

LANDA.— (*Agarrándole la mano.*) ¿Ve cómo estoy anclado, señora? ¿Ve? No me puedo mover...

(*Entra el Capitán.*)

CAPITÁN.— ¿Estamos listos?

LANDA.— Listos. Una última enjuagada... (*Hunde las manos en la palangana, se lava el rostro.*) ¡Brrr!

JUANUCHO.— (*Imitándolo.*) ¡Brrr!

CAPITÁN.— Voy a darle un vistazo al león antes...

LANDA.— Vamos... (*Viendo que el niño lo sigue.*) ¡Épale! Tú te quedas acá, Juanucho. Estas cosas todavía no son para ti. Sácate esa ropa y ándate a la cama. Mañana me despiertas a primera hora para que ensayemos otros números... ¿ah?

JUANUCHO.— Muy bien, señor Landa.

(*El Capitán ya ha salido y en el momento en que Landa inicia el mutis, Emperatriz lo detiene.*)

EMPERATRIZ.— Landa...

LANDA.— Dígame.

EMPERATRIZ.— No vaya.

LANDA.— ¿Cómo?

EMPERATRIZ.— No vaya le digo. No salga con el Capitán.

LANDA.— ¿Por qué?

EMPERATRIZ.— Siga su camino. No se quede con nosotros.

LANDA.— Pero si usted me contrató.

EMPERATRIZ.— Ahora le pido que se vaya.

LANDA.— ¿No le gustó lo que hicimos?

EMPERATRIZ.— No es por eso.

LANDA.— Entonces...

EMPERATRIZ.— No tiene nada que ver con eso.

LANDA.— No le entiendo.

EMPERATRIZ.— Váyase antes que sea tarde.

VOZ DE CAPITÁN.— ¡Landa!... ¡Landa!...

LANDA.— Me llaman.

EMPERATRIZ.— No vaya.

LANDA.— Déjeme decidir a mí, señora.

EMPERATRIZ.— Landa...

VOZ DE CAPITÁN.— ¿En qué se quedó?

LANDA.— Voy, voy.

(*Sale. Se escucha desde ya la canción "La paloma negra" con que se inicia el cuadro siguiente.*)

EMPERATRIZ.— Landa... ¡Ah! si pudiera levantarme de aquí, lo agarraría y... ¡Landa! ¡Landa! (*La mujer permanece silenciosa algunos segundos y luego mira al niño.*) Tal vez tú pudieras haberlo detenido... Mira, todavía tienes pintura en la cara. (*Toma el trapo que el niño guarda entre las manos y le limpia el rostro.*) Cuando se dé cuenta que debiera haber seguido ya será demasiado tarde... ¡Qué sordo! Sordo, sordo... El mundo es sordo y descoyuntado y confuso... ¿Por qué no querrá salir esta mancha?... ¿Y por qué seguimos en él entonces? ¿Por qué nos aferramos a él? ¿Dónde está esa esperanza que nos obliga a quedarnos?... ¿Dónde? (*Mira al niño.*) ¿En ti? ¿En uno tal vez? ¿En cada uno? Algo como un recuerdo antiguo, como algo que se perdió hace tiempo... una nostalgia, eso es lo que viene a ser la esperanza: una especie de nostalgia.

(*Ahora la canción se hace más intensa y las luces disminuyen sobre Emperatriz y Juanucho. Vemos entonces algunas mesas en otro rincón del escenario y algunas sillas: es la canción de las tres Marías. María Luisa y María Clara están sentadas esperando mientras Marita canta con voz desabrida.*)

MARITA.— (*Cantando.*) El día en que la vimos

La paloma negra, negra

Era amor lo que creímos

Que en sus alas nos traía.

Ay, amor, tan engañoso

Tan cruel y doloroso.

No era amor lo que traía

La paloma negra, negra
Sino sombra suspendida
De otro mundo que el olvido
Ay, amor, tan... etc.
En la noche que esparcía
La paloma negra, negra
El amor se nos moría
Y el olvido se quedaba.
Ay, amor, tan... etc.

(Al comenzar la tercera estrofa, aparecen el Capitán y Landa. El Capitán se ha colocado la cabeza del "cabezón" y la canción se interrumpe.)

MARÍA LUISA.— ¡Ave María Purísima!

MARITA.— Sin pecado concebida.

CAPITÁN.— (Lanza una inmensa risotada.) ¡Ah! ¿Se asustaron las diablitas, no? (Se saca la cabeza.) No le decía, Landa, que con esta cabeza nos iban a recibir bien.

MARÍA LUISA.— ¡Miren el chistoso!

MARÍA CLARA.— Él tenía que ser, pues.

MARÍA LUISA.— Ya llegó a molestar de nuevo.

LANDA.— No me parece que nos reciben bien.

CAPITÁN.— No les hagas caso. Les gusta quejarse.

MARÍA CLARA.— Ya pues, ya pues, guarde las manos tranquilas.

CAPITÁN.— ¿Qué no le gusta que la saluden?

MARÍA CLARA.— A mí nadie me saluda así.

CAPITÁN.— Voy a tener que enseñarle entonces. (A Landa.) Alléguese una silla, compañero. ¿Qué se sirve?

LANDA.— Una caña será.

CAPITÁN.— Dos entonces. A ver usted, mi hijita si nos canta algo.

MARITA.— (Iniciando el estribillo.) Ay, amor, tan engañoso. Tan cruel y doloroso...

CAPITÁN.— (Imitando.) Ay, amor, tan engañoso... ¿No saben hablar más que de amor las lesas?

MARITA.— ¿Y de qué si no?

CAPITÁN.— ¡Qué sé yo! De todas las otras cuestiones que lo joden a uno.

MARÍA CLARA.— ¡Mírenlo! Cualquiera diría que está jodido.

MARÍA LUISA.— No le hables mejor, Clarita.

CAPITÁN.— ¿Y por qué no habría de hablarme si tiene ganas? Para eso pago.

MARÍA LUISA.— Paga para el trago y nada más.

CAPITÁN.— ¡Ya! No se me bote a regodiona.

MARÍA LUISA.— Si quiere lo demás, pague además.

CAPITÁN.— ¡Ah! ¿Así que también tengo que pagar la compañía? Si vengo acá es porque necesito compañía. Si no, tomaría solo.

MARÍA LUISA.— ¿Y quién se lo impide?

CAPITÁN.— ¿Y quién se lo impide? Mira que te...

MARÍA CLARA.— Ya, ya, ya... Se acabaron las peleas. Cántanos otra cosa, Marita

CAPITÁN.— Pero que no sea con esa cuestión del amor.

MARITA.— No sé ningún canto que no sea de amor.

CAPITÁN.— Ya me tiene cabreado con eso. Que el amor para acá, que el amor para allá. El amor se guarda entre las piernas, mi hijita. Y mientras menos se hable de él, mejor.

MARÍA LUISA.— ¡Grosero!

CAPITÁN.— ¡Y deme otra caña! Y tráigase una para el compañero también.

LANDA.— Todavía no termino ésta.

CAPITÁN.— ¿Y qué lo está demorando?

MARÍA LUISA.— No le sirvas más, Clarita.

CAPITÁN.— Mire usted, métase en lo que le importa, ¿ah?

MARÍA CLARA.— (Mujer de negocios.) Uno más, María Luisa. Uno más no puede hacerle mal.

MARITA.— Sé una que no es de amor. Trata de la muerte... Ay, pero también parece que fuera amor, porque es una niña que se muere, pero se muere porque se enamora.

CAPITÁN.— Lo mismo nomás, mi hijita. ¿Que no ve que todas las canciones fueron escritas por tipos que se lo pasan soñando con el amor en vez de hacerlo?

MARÍA CLARA.— Por algo son “podetas”.

CAPITÁN.— ¡“Podetas”! Capados, eso es lo que son.

MARÍA CLARA.— Aquí está la caña y quédese callado mejor.

CAPITÁN.— ¿No ve que el mundo está dividido entre los que pueden y los que no pueden? Los que pueden, hacen. Y los que no pueden, hablan y hablan.

MARITA.— Pero hablan bonito.

CAPITÁN.— Claro.

MARITA.— A mí me gustan los “podetas”. Una vez vino uno acá.

CAPITÁN.— ¿Y se quedó a pasar la noche contigo?

MARITA.— No se quedó nada.

CAPITÁN.— ¿No ve, pues?

MARITA.— Pero me enseñó esta canción, la de la paloma negra. (Pausa.) Era muy flaco y tenía como agua en los ojos.

CAPITÁN.— ¡La mirada aguada entonces! En cambio, yo los tengo de fuego. Alléguese, mi hijita, y míremela.

MARÍA LUISA.— No te acerques, Marita. No tienes por qué acercarte.

CAPITÁN.— Y si se le antoja, ¿ah? Si tiene ganas...

MARÍA CLARA.— Mire si ha venido a buscar camorra, lo mejor es que se vaya. No nos gusta la pelotera.

CAPITÁN.— Pero a mí me gusta sacarles pica. Parece que el vino tuviera más gusto así.

MARÍA LUISA.— ¡Mírenlo, pues! Se cree que la entretención es gratis.

CAPITÁN.— Salud, compañero.

LANDA.— ¡Salud!

CAPITÁN.— Apúrese con ésa para que le echemos una probada a otra.

LANDA.— Ya sabe que no tengo muy buena cabeza.

CAPITÁN.— Para eso la dejó en el suelo, pues. (Muestra la cabeza del “Cabezón” y lanza una risotada.) Fue re bueno traerla. ¿No vio cómo se asustaron? El miedo les hace bien a las mujeres.

LANDA.— ¿Cómo así?

CAPITÁN.— Las erizan y se esponjan como gallinas cuando ven al gallo.

LANDA.— ¿Y?

CAPITÁN.— Y así están más preparadas para recibirnos.

LANDA.— Así debe ser.

CAPITÁN.— Más adelante les hacemos un empenito, ¿ah? ¿Está listo para el otro?

LANDA.— ¡Listo!

CAPITÁN.— ¡Clarita!... Lo mismo. (A Landa.) A ver si con éste se le espanta la pena.

LANDA.— ¿Cuál?

CAPITÁN.— La que parece que tiene. Ojalá no sea de amor. Ésas son las más duras de aguantar. (A Clarita, que trae los tragos.) ¿No es cierto, mi hijita? El amor, compañero, es una jodienda y mientras más lejos lo maneje, mejor.

LANDA.— (Ya un poco borracho.) Una vez... me enamoré. O por lo menos creí que... no sé.

CAPITÁN.— ¿Qué pasó?

LANDA.— Me iba a casar y toda la cuestión.

CAPITÁN.— ¿Y?

LANDA.— Fue cuando estudiaba.

CAPITÁN.— Bueno, ¿y qué pasó?

LANDA.— Cosas.

(Entran Barón y Barahona.)

BARÓN Y BARAHONA.— (Juntos.) Buenas noches.

MARÍA LUISA.— ¡Buenas noches! Adelante. Pasen, pasen.

CAPITÁN.— ¡Miren los aparecidos! Ni los sabía amigos de las cantinas.

BARÓN.— Nos gusta tomar un trago. A veces.

BARAHONA.— A veces. Sí.

CAPITÁN.— Adelante entonces. Tomen asiento. Aquí la cosa está que se pudre de aburrida. A ver, Marita, cánteles algo a los recién llegados.

MARITA.— Es que estoy tratando de acordarme de algún canto que no sea de amor.

MARÍA CLARA.— ¿Qué se sirven?

CAPITÁN.— (*Viendo que los hombres se van a sentar en otra mesa.*) Pero, ¿adónde van? Vénganse para acá.

BARÓN.— Gracias. Acá estamos de lo más bien.

CAPITÁN.— No nos van a despreciar.

MARÍA LUISA.— Déjenlos sentarse a donde quieran.

CAPITÁN.— Usted no se meta en lo que no le importa.

MARÍA CLARA.— (*Con voz más alta.*) ¿Qué se sirven?

BARÓN.— Una pilsener, por favor

BARAHONA.— Una pilsener para mí también.

(*Se sientan en una mesa un poco más alejada de las demás y permanecen como espectadores durante gran parte de la escena.*)

CAPITÁN.— No andamos con suerte esta noche, compañero. Ahora nos desprecian.

LANDA.— Una vez quise casarme.

CAPITÁN.— Claro que sí. A todos nos pasa. Nos entra el comidillo y... A ver, Clarita, tráigase dos cañitas más.

MARÍA CLARA.— ¿Qué no ve que estoy ocupada con las pilsener de los caballeros?

LANDA.— ¿No sería mejor que me fuera?

CAPITÁN.— ¿Y adónde se va a ir ahora? No será detrás de su novia.

LANDA.— La quería mucho.

CAPITÁN.— Capaz que ahora la encuentre toda chuñusca.

LANDA.— Siempre la imaginaba vestida de blanco. Casi no me atrevía a tocarla.

CAPITÁN.— ¿Y?

LANDA.— Se casó con otro. Con un amigo.

CAPITÁN.— ¡De seguro con uno que se atrevió a tocarla!

(*Hay un pequeño silencio. Marita de pronto canta.*)

MARITA.— (*Cantando.*) Hay tortas de miel y hojuelas

Hay dulces de pura azúcar...

(*Pero antes de que haya podido terminar, la interrumpe una carcajada del Capitán.*)

CAPITÁN.— No ponga esa cara, amigo. Son cosas que pasan... (*A María Clara.*) ¿Y en qué quedó el trago?

MARÍA CLARA.— Ya va, ya va. No soy nada rayo.

CAPITÁN.— Ya está protestando de nuevo. En eso se lo pasan. (*Súbitamente se encoleriza.*) ¡Y me voy a cabrear también! (*Golpea sobre la mesa.*) ¿Dónde está el trago?

MARÍA CLARA.— Puchas que es apurón, oiga.

MARITA.— Yo te voy a ayudar, Clarita.

MARÍA LUISA.— Déjela tranquila. (*Enfrenta a los hombres.*) Al que no le gusta cómo se atiende aquí se va a otra parte.

CAPITÁN.— ¡Como si hubiera tantas!

MARÍA CLARA.— (*Colocando los vasos sobre la mesa.*) Aquí está. Y no hable más, oiga.

CAPITÁN.— ¡Salud, pues!

LANDA.— Salud...

CAPITÁN.— No está nada de malo, ¿no es cierto? Por estos lados tienen buen vino.

LANDA.— ¡Qué falta me hacía un trago!

CAPITÁN.— (*Irónico.*) Porque hace tanto que no toma, pues.

LANDA.— Así es.

CAPITÁN.— ¡Épale! No se olvide que yo lo encontré esta tarde.

LANDA.— Fue Juanucho quien me encontró.

CAPITÁN.— También es cierto. ¡Salud por el cabro! Harto diablo que salió.

LANDA.— Salud... Dicen que el chiquillo es solo, ¿ah?

CAPITÁN.— ¿Cómo así?

LANDA.— Bueno, que no tiene a nadie.

CAPITÁN.— ¿Lo quiere pa' usted? ¡Lléveselo! Y así se une al circo y se queda con nosotros para siempre... ¿Ah? ¿Qué me dice? ¡Salud entonces! Tráigase dos cañitas más, Clarita. (*Mostrando lo que queda de vino.*) No es nada de malo, ¿no es cierto?

LANDA.— Es bueno.

CAPITÁN.— ¡Miren el compañero Landa! Si ya tiene otra cara. Parece que le faltan sus traguitos, ¿ah?

BARÓN.— (*Llamando.*) Señorita...

CAPITÁN.— ¡Puchas que es bien educado, oiga!

MARÍA CLARA.— Así da gusto servir.

BARÓN.— Otra pilsener, por favor.

BARAHONA.— Para mí lo mismo.

MARÍA LUISA.— Yo los atenderé caballeros. Y tú ocúpate de ese par que ya me están aburriendo.

CAPITÁN.— (*A Marita.*) Cántenos algo, mi hijita. ¿No ve que el caballero acá (*mostrando a Landa*) como dicen en la mesa del fondo, es nuevo por estos lados y hay que festejarlo?

LANDA.— Tal vez debería seguir, ¿no?

CAPITÁN.— ¿Dónde?

LANDA.— Seguir. No quedarme acá. Tal como me lo recomendó...

CAPITÁN.— ¿Quién?

LANDA.— La señora Emperatriz.

CAPITÁN.— No se meta con ella, oiga. Quiere que le dé un consejo de amigo: métase lo menos posible con ella. Es enredadora y se lo pasa hablando.

LANDA.— ¿Usted cree?

CAPITÁN.— Si se lo digo es por algo, pues.

LANDA.— Que usted y ella...

CAPITÁN.— No pregunte tanto, compañero, y tómese otro trago.

LANDA.— A lo mejor... tiene razón.

MARÍA CLARA.— Aquí están los tragos.

CAPITÁN.— ¡Salud!

LANDA.— (*Bebe y de inmediato se ve que el licor le hace efecto.*) Lo cierto es que...

CAPITÁN.— ¿Qué?

LANDA.— ¿Qué iba a decirles?

CAPITÁN.— Cómo voy a saberlo yo, pues, compañero.

LANDA.— Lo cierto es que no está nada de malo... no, ya me acordé. Lo que quería decirles es que tengo que seguir, porque tengo que encontrar algo.

CAPITÁN.— ¡Y qué va a encontrar fuera de aquí! Aquí está todo lo que uno puede encontrar en esta tierra. Eche una mirada: una pieza redonda como dicen que es el mundo. Trago, comida si quiere y las Tres Marías. Una para cada edad, una para cada gusto. ¿Qué más puede pedir? ¡Ah, sí! Música tal vez. ¿Por qué no nos canta algo, Marita? Pero fuera de todo esto, ¿qué más se puede buscar? Plata para comprar el trago y la música y las tres Marías. ¿No será plata lo que anda buscando?

LANDA.— Es algo que vi.

CAPITÁN.— ¡Algo con polleras!

LANDA.— En este mismo camino. Hace tiempo.

CAPITÁN.— ¿La novia? Pero no me dijo que se había casado con su amigo.

LANDA.— Algo que tengo que encontrar antes que sea tarde.

CAPITÁN.— Si fue hace tiempo a lo mejor lo acepta de nuevo.

LANDA.— Tengo que encontrarlo antes de morirme.

CAPITÁN.— No, pues, compañero. Aquí no se viene a hablar de esas cosas. Mire que ponerse a difariar sobre la muerte. Vamos a ver si alegramos esto un poco.

(*Se levanta y va donde Marita. Le pide que cante algo. Y luego sigue donde María Luisa que está*

ocupada con Barón y Barahona. Landa continúa bebiendo. De pronto Marita comienza a cantar el pregón con voz muy aguda, casi como si lo estuviera entonando al aire. La canción tiene una cualidad sobrenatural.)

MARITA.— (Cantando.) Hay tortas de miel y hojuelas.

Hay dulces de pura azúcar.

Los empolvadoooooooooos...!

(Landa al escucharla alza la cabeza y demora algunos segundos en descubrir de dónde proviene la canción. Mientras tanto el Capitán conversa con María Luisa.)

MARÍA LUISA.— ¿Y qué es lo que quiere ahora?

CAPITÁN.— Le venía a pedir... no se me ponga arisca antes que le hable, pues... le venía a pedir que pusiera la vitrola y echáramos un bailecito.

MARÍA LUISA.— Ésta no es casa de fiestas.

CAPITÁN.— ¿Ah, no? ¿Y cómo se llama entonces? Un bailecito no puede hacerle mal a nadie.

MARÍA LUISA.— ¿Anda con plata?

CAPITÁN.— Algo me queda.

MARÍA LUISA.— Estas cosas cuestan caras.

CAPITÁN.— Cuestión de cerrar las puertas nomás, mi hijita, y armamos la fiesta.

BARÓN.— Señorita...

CAPITÁN.— ¿Qué no ve, Barón, que estamos platicando?

BARÓN.— Disculpe. Hable no más. No tenemos apuro.

BARAHONA.— No tenemos ningún apuro.

(La conversación entre el Capitán y María Luisa se hace inaudible.)

LANDA.— (A Marita.) ¿Qué es eso?

MARITA.— Un pregón.

LANDA.— ¿Dónde lo aprendió?

CAPITÁN.— (Yendo hacia Landa.) Oiga, compañero, estoy a punto de llegar a un arreglo con la dueña; pero me hacen falta algunos pesos. ¿Usted anda con algo?

LANDA.— ¿Cómo dice?

CAPITÁN.— Para armar una fiesta, pues. Esta noche todos la necesitamos.

LANDA.— No tengo un cobre.

CAPITÁN.— (Volviéndose hacia Barón y Barahona.) Entonces ustedes van a tener que completar la suma.

BARÓN.— Nosotros estamos por irnos.

CAPITÁN.— Se quedan, pues. Y así somos más para la fiesta. Mientras más, mejor. A ver, Clarita, ¡tráigase un par de pilsener para los caballeros!

BARAHONA.— Gracias. Nunca tomamos más de dos.

CAPITÁN.— ¡Pero hoy día van a tomar! (Golpea la mesa. Su actitud, aun cuando conserva cierta dosis de broma, es amenazante.) Siéntense y veamos cómo se van arreglando las cosas...

(María Luisa sirve las pilsener a Barón y Barahona. Le trae más vino al Capitán. Ella misma se ve más alegre, súbitamente contenta con la idea de remolienda. Landa se acerca a Marita que sigue cantando.)

LANDA.— ¿Dónde aprendió ese pregón?

MARITA.— Me lo enseñó mi tía. Vivía con ella antes de venirme a trabajar con mis hermanas. Ella iba a vender dulces a la estación.

LANDA.— Claro... un andén largo con una pared color tierra detrás.

MARITA.— Sí, así era.

LANDA.— Y llegaban todas vestidas de blanco.

MARITA.— Y salían al andén cuando venía el tren.

LANDA.— Con unas tocas blancas en la cabeza.

MARITA.— (Entonando.) Hay tortas de miel y hojuelas.

Hay dulces de pura azúcar.

Los empolvadoooooooooos...!

LANDA.— Creo que en las tardes los escuchábamos. Salíamos a caminar, tomados de la mano y oíamos esos cantos y no sabíamos de dónde venían. Y ella conoció a mi amigo después...

Y cuando me lo contó no hizo más que llorar. No me dijo casi nada. Lloraba nomás, en una pieza oscura, y yo comprendía... sí comprendía que me había quedado solo. Que de golpe los había perdido a los dos para siempre.

MARITA.— (*Cantando siempre muy suave.*) Hay tortas..., etc.

LANDA.— Y cuando salí de esa pieza, de esa casa, el mundo se había cerrado como una caja. Era la tarde, como otras veces... pero no había cantos ahora... nada.

MARITA.— Yo le ayudaba a planchar el delantal blanco a mi tía. Y las tocas blancas que eran como alas...

LANDA.— (*Interrumpiendo.*) ¡Como alas, sí! Yo las vi... pero fue mucho tiempo después... mucho...

Cuando ya el dolor que me había dejado esa tarde, un dolor aquí, se había hecho sordo y para siempre. Yo venía... apoyado contra el vidrio, con los ojos cerrados, cuando escuché...

(*Una carcajada muy potente que proviene de María Luisa, el Capitán y María Clara interrumpen la escena anterior.*)

MARÍA CLARA.— ¡Mírenlo! Si tiene más manos que un pulpo.

CAPITÁN.— Me crecen cuando la veo a usted, pues, mi hijita.

MARÍA CLARA.— ¡Embelequero!

CAPITÁN.— ¿No ve como la cosa puede estar buena? ¿Cerremos la puerta, ah? Sírvase otra caña.

Una para mí y otra para el compañero acá. (*Mostrando a Landa.*) Eh, Landa, ¿en qué se ha quedado? Mira que para este lado está la fiesta y ya va a empezar.

LANDA.— ¿Para qué lado queda la estación, Marita?

CAPITÁN.— Deje la cantora tranquila. ¿Que no ve que ella tiene que trabajar? Venga, amigo, venga...

LANDA.— Voy a tener que irme.

CAPITÁN.— ¡Dale! Pero qué le ha dado a todos con irse. ¡Ni que el barco se estuviera hundiendo!

Nada de eso, compañeros, la cosa está que ya empieza. (*Yendo hacia Landa con un vaso.*)

A ver, amigo, hágale un empeño con esto para que se le tranquilicen las ideas.

LANDA.— No. Tengo que irme. De verdad...

CAPITÁN.— Tómese lo.

(*Landa obedece y ahora sí se emborracha del todo. En ese instante María Clara ha colocado un disco. Es una melodía rechinante, monótona y cuyo ritmo se va acelerando a medida que la escena continúa. Barón y Barahona se levantan.*)

BARÓN.— Nosotros...

CAPITÁN.— ¡Nadie se mueve! Cierra las puertas, Clarita. ¡Tráncalas! Y vamos sirviendo las cañas.

Traigan botellas, chuicos, barriles, lo que encuentren... ¡Ésta va a ser fiesta grande! Como las que me gustan a mí...

(*Barón y Barahona vuelven a sentarse sin ningún resentimiento. Contemplan. De vez en cuando beben un sorbo corto mientras el Capitán continúa con los preparativos.*)

MARÍA CLARA.— (*Descubriendo la cabeza del "Cabezón".*) ¿Y para qué sirve esto?

CAPITÁN.— Pregúntele al caballero. (*Mirando a Barón y Barahona.*) ¡Ah! de veras que éstos no más son caballeros.

MARÍA CLARA.— ¿Para qué sirve?

CAPITÁN.— Se usa como cabeza.

(*Las tres mujeres se han agrupado en torno a la cabeza y gesticulan y gritan.*)

MARÍA CLARA.— ¡Ay! Póngasela.

MARÍA LUISA.— A ver cómo le queda.

MARITA.— A mí me da como miedo.

MARÍA CLARA.— Póngasela, póngasela.

CAPITÁN.— ¿Qué no oye, compañero?

LANDA.— (*Un tanto brumoso con el alcohol.*) ¿Cómo?

CAPITÁN.— ¿Qué no oye el pedido de estas damas? Quieren que se ponga la cabeza.

LANDA.— Me siento bien con esa cabeza.

CAPITÁN.— ¿No ve, pues?

MARÍA LUISA.— Póngasela, póngasela...

LANDA.— Me siento más grande.

CAPITÁN.— A ver, alléguese para acá... (*Landa titubea.*) ¡Puchas que lo pescó fuerte el trago, camarada!

(Entre risas, las mujeres llevan la inmensa cabeza en alto, como una verdadera imagen y tratan de colocársela a Landa.)

MARÍA CLARA.— Ya pues, no sea mañoso.

MARÍA LUISA.— Quédese tranquilo...

LANDA.— Tengo que irme... Tengo que ir a buscarlos... Tengo que volver a encontrar mis ángeles... Con ellos se borró el dolor...

CAPITÁN.— ¡Qué ángeles ni que perro muerto! Aquí adentro están todos los angelitos que necesitamos. ¿No es cierto, chiquillas? *(Griterío de las mujeres.)* Aquí tenemos de todo... Y afuera no queda nada. Más allá no hay nada. Esto es lo que el mundo ofrece y esto es lo que hay que agarrar antes que se nos escape... ¿No es cierto, chiquillas? ¡Ah, Clarita? ¿Y qué me dice, María Luisa? ¿Que no me conoce, mi sargento?

MARÍA LUISA.— A mí nadie me pone nombre.

CAPITÁN.— Pero yo sí, porque la quiero.

MARÍA LUISA.— ¡Habrás visto! Ya pues, Clarita, ponle la cabeza...

LANDA.— ¿Para qué lado queda la estación?

CAPITÁN.— ¿Que quiere jugar a los trenes?

LANDA.— ¿Dónde está ese andén largo?

MARÍA CLARA.— Ya. Se la puse. *(Ha logrado colocarle la cabeza a Landa.)* ¡Se la puse!

MARÍA LUISA.— ¡Qué lindo se ve!

CAPITÁN.— Parece locomotora. Ahora sí que podemos jugar a los trenes. ¡Agárrense de las manos y... adelante!

(La música ha aumentado en intensidad y ritmo. Parece ahora el jadear de un tren y los personajes se toman de la mano y evolucionan a través del lugar gritando, riéndose, llamando.)

MARÍA LUISA.— *(A Barón y Barahona.)* Vengan, caballeros... Vengan a bailar con nosotros... *(Los arrastra por la mano y los obliga a unirse a la ronda. En cierta forma, sin embargo, ellos no logran reaccionar en idéntica forma que los otros.)* ¡Éste sí que es tren! Como cuando éramos chicas...

MARÍA CLARA.— ¡Ay! Déjese...

CAPITÁN.— ¿Qué no es de fierro, pues, mi hijita? Pitos nos hacen falta... Así como hacen los trenes cuando atraviesan los campos... A ver ustedes... chiflen... ¡Chiflen como chiflan cuando nos llaman en las calles! ¡Chiflen!

(Las mujeres comienzan a chiflar. El lugar se llena de ruido, se une a la música. Se transforma casi en el pitazo de un tren. Landa ha sido arrastrado por los demás y de vez en cuando repite.)

LANDA.— ¿Dónde está la estación, Marita?... ¿Dónde quedaron mis ángeles?

CAPITÁN.— ¡Eso es! ¡Chiflen no más! ¡Abran las jaulas! ¡Suelten las fieras! Que la carpa se llene con todo lo que tiene adentro... Suelte los tigres, mi hijita, los leones, la pantera... ¡Chiflen no más! Sea como es... Suelte las bestias que tiene adentro y olvídense de la jaula... ¡Chifle! Incéndielo todo... ¡Hagan del mundo lo que en verdad es!

(Durante algunos segundos siguen bailando, gritando, riendo; y de pronto Landa se detiene en el centro de ellos y lanza un grito. La escena se inmoviliza.)

LANDA.— *(Alzando la cabeza desproporcionada hacia el cielo.)* ¡Mis ángeles... Mis ángeles! ¿Por qué me habrán abandonado?

(La luz se apaga súbitamente. Hay un instante de silencio atravesado por algo que parece ser el viento. A lo lejos comienza a escucharse una canción y cuando las luces vuelven, vemos a Barón y Barahona balanceándose en dos trapecios que están colocados a cierta altura del suelo. Los hombres flotan en una atmósfera lechosa.)

BARAONA.— *(Cantando.)* Por el rostro va su huella,
Que otro puede caminar,
Si no alcanza a ver su estrella,
El que sigue la ha de hallar.

BARÓN.— Porque el hombre es un comienzo
De otro hombre que vendrá,
Y el que sigue así lo pienso,
Seguirá y encontrará.

BARÓN Y BARAHONA.— Ten confianza... etc.

(Emperatriz ha entrado durante la canción y los contempla.)

EMPERATRIZ.— ¿Dónde se habían escondido?

BARÓN.— Aquí estábamos.

EMPERATRIZ.— Hace horas que los ando buscando. De repente todos me dejaron sola con esa mujer que no hacía más que chillar.

BARÓN.— ¿La Rucia?

EMPERATRIZ.— Tuve que darle tres tazas de yerba milagrosa para que se quedara callada.

BARAHONA.— ¿Y la Sonia no la ayudó?

EMPERATRIZ.— Ésa partió detrás de ustedes. Se llevó al chiquillo también. Dijo que le daba miedo la oscuridad, ¡ja! Yo creo que a ésa ni el mismo diablo le mete miedo. ¿No la cruzaron por ahí?

BARAHONA.— No.

BARÓN.— No, no la cruzamos.

EMPERATRIZ.— Detrás del Capitán debe andar.

BARÓN.— Nosotros estábamos con él.

EMPERATRIZ.— ¿Con el Capitán?

BARAHONA.— Sí. Donde las tres Marías.

EMPERATRIZ.— ¿Ustedes?

BARAHONA.— Sí. Allá nos fuimos después de la función. Allá estaba el Capitán.

EMPERATRIZ.— Pero, ¿qué fueron a hacer ahí? Esos no son lugares para mis malabaristas. (Ríe.)
¿Lo pasaron bien? Donde las tres Marías, quiero decir.

BARÓN.— Muy bien hasta que al Capitán se le ocurrió organizar una fiesta.

BARAHONA.— Y de repente, cuando las cosas empezaban a ponerse peligrosas, nos echaron a todos a la calle.

BARÓN.— Cerraron las puertas.

BARAHONA.— Con trancas.

BARÓN.— Y cada cual se fue para su lado.

BARAHONA.— Nosotros nos vinimos acá.

EMPERATRIZ.— Donde pertenecen... ahí donde están ahora. Suspendidos entre el cielo y la tierra.
Mirando, mirándonos.

(Las luces disminuyen sobre ellos y escuchamos nuevamente las voces de Barón y Barahona cantando.)

BARÓN Y BARAHONA.— (Juntos.) Ten confianza.

Ten paciencia,

Que al final está la mar.

(Nuevamente los vemos suspendidos en sus trapecios. Entra la Rucia.)

EMPERATRIZ.— ¿Qué es lo que te pasa ahora?

RUCIA.— Nada.

EMPERATRIZ.— ¿Por qué te levantaste entonces?

RUCIA.— No podía dormir.

EMPERATRIZ.— (Viendo que los hombres descienden de los trapecios.) ¿Se van?

BARÓN.— Ya está amaneciendo.

BARAHONA.— Es hora de ir a acostarse.

EMPERATRIZ.— Nadie ha podido dormir esta noche. Parece que hubiera algo en el aire. Es algo oscuro que anda rondando igual que la noche que murió Doménico.

RUCIA.— ¿Qué no saben hablar más que de la muerte esta noche?

EMPERATRIZ.— Nadie ha hablado de la muerte.

RUCIA.— Todos hablan. Y se miran. ¿Por qué?

EMPERATRIZ.— Mejor es que vuelvas a acostarte.

RUCIA.— Déjeme tranquila.

BARÓN.— Y luego saldrá el sol y es hora de ir a acostarse.

(Salen Barón y Barahona. Hay un corto silencio.)

EMPERATRIZ.— Y tú, ¿adónde vas?

RUCIA.— A dar una vuelta. ¿Ha visto al Capitán?

EMPERATRIZ.— ¿Lo andas buscando?

RUCIA.— Le pregunto si lo ha visto.

EMPERATRIZ.— No. No lo he visto. (*En el momento en que la Rucia va a salir.*) Rucia...

RUCIA.— ¿Qué?

EMPERATRIZ.— Hace un rato estaba donde las tres Marías.

RUCIA.— ¡Ah!

EMPERATRIZ.— ¿Lo vas a ir a buscar?

RUCIA.— No.

EMPERATRIZ.— ¿No te importa que esté allá?

RUCIA.— No puede hacerle mal.

EMPERATRIZ.— Te has puesto muy comprensiva.

RUCIA.— Eso es asunto mío.

EMPERATRIZ.— ¡Hablan igual!

RUCIA.— ¿Quiénes?

EMPERATRIZ.— Tú y el Capitán. Ayer me dijo lo mismo.

RUCIA.— ¿Que se metiera en lo suyo?

EMPERATRIZ.— Sí.

RUCIA.— ¿A propósito de qué?

EMPERATRIZ.— No me acuerdo.

RUCIA.— (*Con cierta violencia.*) ¿De qué?

EMPERATRIZ.— Eso es asunto mío.

RUCIA.— ¿De la Sonia?

EMPERATRIZ.— A lo mejor.

RUCIA.— ¿Qué le dijo?

EMPERATRIZ.— Cosas que a ti no te importan.

RUCIA.— Entonces usted también sospecha de ellos.

EMPERATRIZ.— No veo por qué dices eso.

RUCIA.— Se gustan, sí. ¿Cómo no había de gustarle? Es más joven, ¿no es cierto?

EMPERATRIZ.— ¿Que tú?

RUCIA.— Sí.

EMPERATRIZ.— Supongo que sí.

RUCIA.— ¿Cómo no había de gustarle entonces? Además esa mujer *sabe*. Basta mirarla para darse cuenta.

EMPERATRIZ.— A lo mejor.

RUCIA.— Tiene algo en la mirada. Pero debajo hay algo...

EMPERATRIZ.— Es posible.

RUCIA.— Sí, estoy segura que no era artista antes. Una vez me contó.

EMPERATRIZ.— A mí nunca me habla.

RUCIA.— A mí sí. Y algo me dijo una vez, cuando recién había llegado. Dígame, ¿usted cree que hay algo entre ellos?

EMPERATRIZ.— No dices tú que no.

RUCIA.— Le estoy escuchando a usted.

EMPERATRIZ.— No lo sé.

RUCIA.— Esta noche los sorprendí cuchicheándose. Ya van dos o tres veces que los he sorprendido. Y anoche el Capitán no volvió hasta el amanecer... ¿Y dónde anda la Sonia ahora?

EMPERATRIZ.— Hace rato que salió.

RUCIA.— ¿Salió?

EMPERATRIZ.— Hace rato.

RUCIA.— ¿No está en su carro?

EMPERATRIZ.— No te digo que salió hace rato.

RUCIA.— ¿Sola?

EMPERATRIZ.— Sí.

RUCIA.— Puede haberse ido a juntar con ese que recién llegó. Aunque...

EMPERATRIZ.— ¿Qué?

- RUCIA.— Ése parece que no mirara a nadie. No creo que le interese la Sonia.
- EMPERATRIZ.— No, no creo.
- RUCIA.— Cuando menos se ha ido a juntar...
- EMPERATRIZ.— ¿Con quién?
- RUCIA.— ¿Por qué partió?
- EMPERATRIZ.— No sé. Yo estaba contigo en el carro.
- RUCIA.— Es posible que se hayan ido a encontrar.
- EMPERATRIZ.— Es posible.
- RUCIA.— ¿Usted sabe dónde?
- EMPERATRIZ.— ¿Cómo quieres que lo sepa?
- RUCIA.— Porque estoy segura de que usted los espía igual que yo.
- EMPERATRIZ.— ¿Yo?
- RUCIA.— Sí.
- EMPERATRIZ.— ¡Estás loca!
- RUCIA.— No, no estoy loca. El Capitán me lo contó todo.
- EMPERATRIZ.— ¿Qué? ¿Qué te contó?
- RUCIA.— Antes del accidente.
- EMPERATRIZ.— No puede haberte contado nada.
- RUCIA.— Me contó que habían sido amantes.
- EMPERATRIZ.— Mentira.
- RUCIA.— Desde que se conocieron. Pocos días después que él llegó al circo contratado por su marido.
- EMPERATRIZ.— Mentira. Cuando llegó al circo, Doménico ya había muerto.
- RUCIA.— No.
- EMPERATRIZ.— *(Con una cierta debilidad en la voz.)* Sí, sí. Había muerto y por eso contraté al Capitán. Para que hubiera un hombre que administrara.
- RUCIA.— ¿Para qué se empecina? El Capitán me lo contó todo.
- EMPERATRIZ.— Te contó mentiras entonces.
- RUCIA.— No lo creo.
- EMPERATRIZ.— *(Entregándose.)* Fue cuando Doménico ya había muerto. Yo estaba muy sola. Fue por soledad.
- RUCIA.— No se mienta. Fue cuando su marido todavía vivía y fue porque le gustó el Capitán.
- EMPERATRIZ.— No, no, no es así. Tú no puedes comprender.
- RUCIA.— ¿Qué es lo que no puedo comprender? ¿Toda la historia que usted se ha inventado con su Doménico? Esa historia de felicidad que ha terminado por creer cierta.
- EMPERATRIZ.— Fue cierta.
- RUCIA.— ¿Por qué había usted de ser distinta a los demás? Por más que hable y se invente historias, es como todos. Miente como todos, se engaña y lo engañó a él...
- EMPERATRIZ.— No...
- RUCIA.— Es verdad y por eso duele.
- EMPERATRIZ.— Cállate, cállate. Métete en tus asuntos y déjame tranquila.
- RUCIA.— ¿Ve? Habla como todos también. Todos dicen y hacen las mismas cosas aquí. ¡Qué porquería!
- EMPERATRIZ.— ¡Qué porquería, sí! Pero por lo menos yo sé que estoy metida en ella. Sé que hace falta algo, alguien que limpie toda esta mugre, que nos lleve a todos, que nos queme... En cambio tú eres la más ciega.
- RUCIA.— ¿Ciega?
- EMPERATRIZ.— Ni siquiera te das cuenta de lo que pasa.
- RUCIA.— ¿Qué?
- EMPERATRIZ.— El Capitán te engaña noche a noche.
- RUCIA.— ¿Con la Sonia?
- EMPERATRIZ.— ¿Y con quién si no?
- RUCIA.— ¿Cómo lo sabe?
- EMPERATRIZ.— Porque los he visto.

RUCIA.— Usted...

EMPERATRIZ.— Noche a noche los he visto.

RUCIA.— ¿Dónde?

EMPERATRIZ.— En cualquier parte, acostados como perros en la oscuridad.

RUCIA.— ¿Dónde? ¿Dónde?

EMPERATRIZ.— Búscalos.

RUCIA.— No...

EMPERATRIZ.— ¿Tienes miedo? Búscalos tú misma. Párate al otro lado del camino. Deja que pase un auto. Deja que los focos los iluminen de repente y los verás entre los arbustos, como perros te digo...

RUCIA.— Sería capaz de...

EMPERATRIZ.— ¿Qué?

RUCIA.— De matarlo.

EMPERATRIZ.— (*Viendo que la Rucia se aleja.*) Rucia, ¿adónde vas? Rucia... (*Pero la mujer ha desaparecido. Emperatriz gira en su silla de ruedas. Parece buscar algo, como un insecto ciego que evoluciona en un espacio demasiado pequeño, incapaz de volar, prisionero. Se acerca a uno de los trapecios, alza los brazos y trata de agarrar los cordeles. No lo consigue al comienzo: su gesto es torpe, angustioso. Se percibe que la parte interior de su cuerpo la ancla a la tierra. Por último consigue asirse a los cordeles y con un gran esfuerzo se yergue de la silla. Permanece ahí como sin fuerzas, alza entonces el rostro hacia el cielo. Cuando habla su voz tiene algo de sollozo.*) ¿Para qué dijo esas cosas? Para qué revolvió todo lo que ya estaba olvidado... Estaba olvidado, ¿no es cierto, Doménico? Doménico... Doménico...

(*Las luces van disminuyendo sobre la figura de la mujer suspendida y, en la oscuridad, se escuchan las voces de Barón y Barahona que cantan la canción. Las voces tienen algo de sobrehumano. Y luego se ilumina otro extremo del lugar y vemos a Landa también con el cuerpo en cierta forma anclado en la tierra, sostenido por Sonia y el niño.*)

SONIA.— Ya casi llegamos. Haz un último esfuerzo y puedes llegar a la carpa.

LANDA.— No puedo.

SONIA.— Un último esfuerzo.

LANDA.— No puedo... Déjame aquí afuera...

SONIA.— (*A Juanucho.*) Anda a buscar algo para taparlo, entonces. (*Juanucho obedece.*)

LANDA.— (*Agarrándola por un brazo.*) ¿Te vas a quedar conmigo?

SONIA.— Sí, sí. ¿Que no ves que estoy contigo?

LANDA.— Tú, no estabas allá adentro, ¿no es cierto? Tú no estabas en esa pieza llena de chiflidos donde alguien me habló de los ángeles.

SONIA.— Te encontramos en el camino.

LANDA.— ¿Y Juanucho? ¿Estuvo allá adentro?

SONIA.— Tampoco. (*Rodeándolo con la manta que ha traído Juanucho.*) Tranquilo ahora... quédate tranquilo.

LANDA.— Tengo un dolor sordo... aquí. (*Se toca la región del corazón.*) Como si me hubieran herido...

SONIA.— Debes estar todo machucado. Estabas en la mitad del camino, botado.

LANDA.— Y un dolor atrás en la espalda, como si me hubieran atravesado con una lanza... (*Ella se ha arrodillado a su espalda y comienza a acariciarla con mucha suavidad.*)

SONIA.— ¿Estás mejor así?

LANDA.— Sonia... Sonia...

SONIA.— ¿Qué?

LANDA.— Había alguien que se llamaba Sonia.

SONIA.— Así dijiste.

LANDA.— A ti a lo mejor te podría contar.

SONIA.— Mejor que te quedes callado.

LANDA.— Necesito alguien que me escuche, que verdaderamente quiera oírme.

SONIA.— Quédate callado ahora. Trata de dormir.

LANDA.— Antes... antes el mundo todavía no estaba tan lleno de chiflidos. Y era tan limpio como la

mirada con que yo lo miraba... La perdí junto con mis ángeles y ahora voy a irme sin haber encontrado nada... nada... nada...

SONIA.— No te vas a ir a ninguna parte.

LANDA.— Sí, me voy a ir. En algún lugar esta noche alguien está... está gestando, sí, eso es, gestando mi partida mi partida. Y me voy a ir sin haber encontrado nada... *(Con una angustia súbita.)* ¡Sonia! Quiero contártelo... lo que vi quiero contártelo... Quiero que lo guardes como algo tuyo... Sonia, quiero regalarte esto a ti... por favor escúchame.

SONIA.— Mañana.

LANDA.— No, ahora, por favor déjame.

SONIA.— *(Acariciándole siempre la espalda.)* Mañana, mañana.

LANDA.— Por favor... *(Mientras Landa habla, aparece el Capitán al fondo. Sonia lo presiente y se da vuelta para mirarlo. Él le hace una señal casi imperceptible, llamándola. Ella pretende ignorarlo; pero se comprende que no está escuchando las palabras de Landa sino que tiene el pensamiento fijo en la presencia del otro hombre.)* Un día... No recuerdo de dónde venía. O hacia dónde iba. Pero estaba en un tren, en un tren, sí, porque recuerdo el trepidar de algo vivo, alrededor, y la cabeza apoyada contra un vidrio, tibio ahí donde estaba mi mejilla, frío el resto, muy frío. Debo haber estado dormitando. Tal vez había tomado más de la cuenta. La cabeza pesada. Los ojos pesados. La boca seca. *(Sonia se levanta y avanza hacia el Capitán. Salen.)* Sonia..., ¡Sonia! ¿Qué pasa?

(No se da vuelta para mirarla. Permanece con la vista fija en la lejanía, con todo el sopor del borracho. Es Juanucho ahora quien se acerca a él, se arrodilla y copia los gestos de Sonia.)

LANDA.— Sí... así. Sigue. Pareciera que el dolor se hiciera menos intenso. Menos... *(Y de pronto canta.)*

"Hay tortas de miel y hojuelas,

Hay dulces de pura azúcar..."

Era un canto, ¿sabes? Un canto de repente.

Venía de lejos y sólo yo lo oía y era como un llamado.

Ahí estaban mis ángeles. ¡Ahí!

Vestidos de blanco, con alas alrededor de la cabeza, vibrantes, temblorosos, inquietos, como un centenar de gaviotas blancas prontas a alzar el vuelo.

Y me llaman, me tienden sus manos, me ofrecen algo y sé que si voy hacia ellos, si los encuentro, este dolor sordo que tengo por ser quien soy y por estar donde estoy, se disipará de golpe.

"Hay tortas de miel y hojuelas,

Hay dulces de pura..."

Y el canto se pierde. De repente. Tal como llegó. Estamos en un túnel. Y recuerdo la oscuridad y luego esa luz donde no hay más que un trozo de campo visto a través de un vidrio chorreado, nada más, mis ángeles, ni el canto, ni esa luz de antes, nada sino el mismo dolor sordo, aquí... y el deseo de retroceder.

(A medida que las luces disminuyen paulatinamente sobre el hombre y el niño, se iluminan los trapecios que ahora cuelgan vacíos del espacio y la canción se oye a lo lejos. La imagen de los trapecios persiste durante algunos segundos y de pronto se escucha un grito, luego los rugidos del león, el ladrado de los perros. A lo lejos. El lugar se llena de luces cambiantes y aparecen Barón y Barahona, la Emperatriz, Landa y Juanucho. Los dos primeros traen lámparas de parafina en la mano y los reflejos que éstas arrojan trazan sobre la lona de la carpa sombras extrañas.)

EMPERATRIZ.— ¿Qué pasa?

BARÓN.— Parece que alguien gritó.

EMPERATRIZ.— Yo escuché los rugidos del león. Vayan a ver qué le pasa.

BARAHONA.— Venía de este lado.

BARÓN.— Del lado del camino.

BARAHONA.— Era un grito.

(En ese instante se escucha un segundo grito. Entra Sonia. Viene desgredada, a mitad vestida.)

SONIA.— ¡La Rucía va a matar al Capitán! Anda con un revólver... ¡Lo va a matar!

(Barón, Barahona y Landa *salen.*)

EMPERATRIZ.— ¿Para qué lado anda?

SONIA.— Cerca del camino.

EMPERATRIZ.— (*Gritando a los hombres que han salido.*) ¡Para el lado del camino!

(*Pero en ese instante se escuchan las invectivas de la Rucia. Pocos segundos después, a través de los lienzos de la carpa, vemos al Capitán perseguido por la Rucia y a los tres hombres que tratan de retener a la mujer que se defiende como una fiera; pero esta lucha sólo se ve a través de los lienzos proyectándose las sombras como figuras monstruosas.*)

BARÓN.— ¡Tengan cuidado!

RUCIA.— ¡Desgraciado... Desgraciado!

BARAHONA.— Traten de quitarle el revólver.

CAPITÁN.— Ten cuidado, Rucia...

RUCIA.— ¡Te voy a matar, desgraciado!

LANDA.— ¡Agárrenle del brazo!

BARÓN.— ¡Cuidado!

BARAHONA.— El revólver...

(*Se escucha un grito ahogado de alguien que ha sido herido. Y luego un silencio. Las sombras se inmovilizan sobre la lona.*)

EMPERATRIZ.— ¿Qué pasó?

SONIA.— (*En un rincón.*) Dios mío...

EMPERATRIZ.— ¿Qué pasó? Les pregunto. ¿Qué pasó?

(*Barón y Barahona entran sosteniendo el cuerpo semiexánime de Landa. El hombre tiene las manos a la altura del estómago donde ha sido herido.*)

BARÓN.— Lo alcanzó.

BARAHONA.— Fue cuando quiso quitarle el revólver.

EMPERATRIZ.— Desgraciados... Esto tenía que terminar así.

BARÓN.— Lo mejor es llevarlo cuanto antes al hospital.

CAPITÁN.— Voy a buscar el camión.

EMPERATRIZ.— ¡A ti te deberían haber matado!

CAPITÁN.— Esperen aquí. Voy a buscar el camión.

EMPERATRIZ.— Éste es un inocente que no tenía ninguna culpa.

(*El Capitán sale. Rucia se ha quedado afuera.*)

LANDA.— Juanucho...

EMPERATRIZ.— Quédese callado mejor. No haga ningún esfuerzo. (*A Barón.*) ¿Está perdiendo mucha sangre? (*Barón inclina la cabeza.*)

BARAHONA.— Parece que quiere decir algo.

BARÓN.— No queda muy lejos el hospital.

EMPERATRIZ.— ¡Menos mal! Lo dejaremos ahí y nosotros seguiremos camino... Este pobre inocente no debiera haberse enredado con nosotros...

LANDA.— Tengo que llevarme...

EMPERATRIZ.— ¿Qué cosa?

LANDA.— Mi... traje...

EMPERATRIZ.— ¿Qué le pasará a ése con el camión?

LANDA.— El traje que... que tenía cuando llegué...

BARAHONA.— Debe ser esa cabeza inmensa con que llegó.

EMPERATRIZ.— ¿Tú sabes dónde está, Juanucho?

JUANUCHO.— Sí, señora.

EMPERATRIZ.— Anda a buscarla entonces. (*Juanucho sale.*)

LANDA.— Me siento... bien... con ese traje. Me siento menos... menos chico... ante el mundo demasiado grande... Y pareciera... pareciera que ese dolor sordo que tengo, aquí... se hiciera más chico en un cuerpo tan grande.

EMPERATRIZ.— ¡Qué diablos pasa con ese camión!

BARÓN.— Ayer tenía algo malo en el motor.

EMPERATRIZ.— Lo único que falta ahora es que no parta.

LANDA.— *(Con un grito súbito.)* Mis ángeles... me voy sin haberlos visto... con el mismo dolor... y sin haber dejado...

EMPERATRIZ.— Tranquilo ahora.

LANDA.— Ni siquiera le enseñé a Juanucho... ¡Me voy sin haber dejado nada!

(En ese momento se escucha el ruido del camión.)

EMPERATRIZ.— Ahí viene. *(Al ver que Barón y Barahona lo alzan.)* Con cuidado, con cuidado les digo... *(Emperatriz y Sonia los siguen. Durante algunos segundos el lugar permanece vacío. A través de las lonas se divisa la claridad de la mañana. A lo lejos se escucha el ruido del motor del camión, las voces de los demás, el camión que se aleja. Juanucho ha entrado sosteniendo entre sus manos la cabeza del "Cabezón". Permanece inmóvil, como preso de una cierta magia y de pronto se escuchan los cantos. Son voces de mujeres, muy puras, muy lejanas, casi sobrenaturales.)*

MUJERES.— *(Cantando.)* Hay tortas de miel y hojuelas,

Hay dulces de pura azúcar,

Los empolvadoooooo...!

(Lentamente las lonas de la carpa comienzan a descender y vemos el cielo pálido del amanecer y el niño frente a ese cielo. Se perfilan tres mujeres de blanco, con grandes cofias en las cabezas y canastos al brazo. Apenas se las distingue, son como imágenes imprecisas de algo que va a suceder. Permanecen a cierta distancia y cantan. Juanucho se da vuelta hacia ellas y avanza.)

JUANUCHO.— ¡Hola!

TELÓN

CUENTOS Y CANCIONES DE LA MAMA

Espectáculo en torno a cuentos
y canciones de nuestro folclore

(1965)

Personajes:

MAMA

PAJARERO

ROSA ESTER

LORO

JUANITO

CABALLO

REY

REINA

PRINCESA

REMIGIO Y

MAESTROS

PRIMERA PARTE

(La Mama, una mujer envuelta en un chal oscuro, está en cuclillas junto a un pesebre rústico con figuras toscamente talladas y pintadas en colores vivos. Frente al Nacimiento, hay varios juguetes y ofrendas. Entre ellos, una media repleta de sorpresas, caramelos, juguetes. La Mama la recoge.)

MAMA.— Dicen que muy luego va a ser Pascua, por eso tengo arreglado este pesebre. Belenes, como los llamamos en mi pueblo, y los quiero invitar a todos a celebrar el Nacimiento del Niño. Miren lo que les tengo: una media llena de juguetes, de sorpresas, de golosinas... ¿Quieren que la abra? ¿Y les reparta lo que hay adentro? ¿Y saben cómo lo haré? Si es un cuento lo primero que pillo..., lo cuento. Si es una canción..., la canto... ¿Ah? ¿Qué les parece? Y ustedes van a tener que ayudarme todo el tiempo. Bueno..., estos son los cuentos de la media..., ¿para qué demorarnos más? *(Comienza a desatar la media a medida que recita.)* Para saber y contar y contar para saber: y' st' era una rana muerta que me quería comer; como yo estaba grande me sabía defender; tiré por debajo de lo espino; punta y arao pa' arar en lo pelao, punta y mansera pa' arar en la cordillera; tajo por debajo del refajo; corte por debajo del monte; no hay que echarle mucha mucharacha, porque la vieja es muy lacha; esterilla pa' secar perilla; esterone para secar orejone.

(Éste era un pajarero que vendía pájaros y se llamaba Juan.

Aparece un muchacho que trae en sus manos pájaros amarrados a cordeles que se hacen volar en círculos y producen un ruido. Y canta.)

PAJAJERO.— Re, relindas las codornices,
con, con un moñito en la nuca,
con un moñito en la nuca.
Bien, bien saltones los chincoles,
y har, y harto cantoras la diucas.

¡Chirigües también le tengo,
comen tocinos y yales,
y especial para las niñas,

chincolitos y zorzaes
chincolitos y zorzaes!

En mi tramperito cacé un chincol.
¡Ay, cupe chincolito más recantor! (bis)

Si vos, negrita, querís mi amor,
pisa el palito como el chincol,
como el chincol.

¡Pájaro, los pajaritos,
pájaros, el pajarero!

(Cuando ha concluido la canción, aparece en otra esquina del escenario, una muchacha campesina que les viene a dar de comer a unos pollos (imaginarios).)

MAMA.— Y' sta es mi ahijá, la Rosa Ester. *(Rosa Ester les da de comer a los pollos cantando.)*

ROSA ESTER.— Los pollitos dicen:

Pío, pío, pío,
cuando tienen hambre
cuando tienen frío.

La gallina busca
el maíz y el trigo,
les da la comida
y les pone abrigo.

Bajo sus dos alas
acurrucaditos
hasta el otro día
duermen los pollitos.

MAMA.— Andaba en los quince, era muy hacendosa, pero un tanto quedá. *(Entrando en la historia.)* Rosa Ester... ¡Rosa Ester! ¿Dónde te has metido, niña por Dios?

ROSA ESTER.— Aquí estoy, madrina.

MAMA.— ¿Adónde? Que con tanto pollo no te veo.

ROSA ESTER.— Para el lado de los ponaderos, madrina.

MAMA.— ¿Y qué andái haciendo ahí? Toavía no es hora de recoger los huevos.

ROSA ESTER.— Vine porsiaica.

MAMA.— ¡Porsiaica! Cuándo vai a aprender, chiquilla por Dios, que las gallinas se ponen antojás si uno las mira too el día.

ROSA ESTER.— ¿Y cómo quiere que les dé de comer a los pollos entonces?

MAMA.— Con la mano, como les dai siempre. Pero de lejos. Pa' no molestar a las gallinas.

ROSA ESTER.— Con la mano les doy, pues. *(Riendo como tonta.)* Ay, esta madrina... Con qué había de darles... Con la mano..., y con qué si no... Ay, esta madrina...

MAMA.— *(Dándose vuelta hacia el público.)* Así era. Cualquier cosa y se largaba a reír... Tentá le ecía mi hermano, que también era el padre de la Rosa Ester. Pero yo más que tentá la hallaba pasmá. Porque la niña andaba en los quince y toavía le podían pasar gato por liebre... o, como sucedió en este cuento, chincol por gallo. *(Entrando en la historia.)* Oye, Rosa Ester, ¿y le diste de comer al Chicoco?

ROSA ESTER.— Entuavía no, madrina.

MAMA.— ¿Y qué estai esperando?

ROSA ESTER.— Les estaba dando a los pollos primero.

MAMA.— Hay que darle al Chicoco primer. Cuántas veces te voy a ecir que el Chicoco es lo más importante del gallinero. Si no fuera por él... *(Dándose vuelta hacia el público.)* Ustedes saben que así como no hay mar sin sal, tampoco hay gallinero sin gallo... Y hartó me había costado encontrar uno que mantuviera entretenidas a todas las gallinas del gallinero. Como tenfa tantas..., porque nosotros vivimos de los huevos del día..., la Rosa Ester y yo.

Toos los días recogimos un canasto lleno de huevos con cáscara y dos o tres azules, que son los que mejor se venden, porque las señoras creen que los han puesto gallinas vírgenes como dicen ellas, y los llevamos al pueblo y los vendemos y compramos la harina para el ulpo... Por eso no nos duraba ningún gallo.

A los pocos meses se les ponía la cresta triste y las gallinas se lo pasaban cacareando en las noches y no amanecía huevo en los ponederos, ni los con cáscara ni los azules. Hasta que un día encontré al Chicoco... Ustedes no lo conocen, ¿no es cierto? Pero debo decirles que por estos lados es más conocido que... *(A medida que su voz se apaga y decrecen las luces, vemos proyectado en un ecrán estampas que ilustran la canción "Cocoroco".)*

Revolvía el gallinero

un gallo de la pasión

porque aunque muy chiquitito

era de gran corazón. (bis)

Éste es el cuento

del gallo pelao

que al saltar la tapia

se quedó enredao. (bis)

MAMA.— Bueno, así no más eran las cosas. El gallo revolvía el gallinero, pero parece que revolutura hacía bien, porque ahora llevábamos dos canastos al pueblo cada día. *(Aparece Rosa Ester con dos canastos y se los pasa a la madrina.)* ¿Los contaste?

ROSA ESTER.— Sí, madrina.

MAMA.— ¿Y cuántos hay?

ROSA ESTER.— Hay tres de estas manos *(Mostrando la izquierda.)* y una y media de esta otra *(Mostrando la derecha.)*

MAMA.— ¡Ave María Purísima! ¿Cuándo vas a aprender, Rosa Ester? Tres manos de ésta son diecinueve, porque en cada mano hay seis dedos. *(Dándose vuelta al público.)* ¿No es cierto? A ver..., ayúdenme ustedes... *(Contando los dedos.)* Uno..., dos..., tres, cuatro, cinco... ¡Beh! Y me falta uno. Empecemos de nuevo... A ver, ayúdenme... Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¿Y dónde estará el sexto? Habría jurado que la otra vez conté seis... Bueno, de toas maneras son diecinueve, ¿y cuántas manos de las otras dijiste?

ROSA ESTER.— Una y media, madrina.

MAMA.— Eso ya es más complicado. Y parece que no hay nadie aquí que nos pueda ayudar, así es que pásame los canastos mejor y ponte derecha para que te dé las recomendaciones.

ROSA ESTER.— Bueno, madrina.

MAMA.— Es muy importante que me escuches con atención.

ROSA ESTER.— Bueno, madrina.

MAMA.— Y que entiendas, Rosa Ester, lo que te voy a decir.

ROSA ESTER.— Bueno, madrina.

MAMA.— *(Cantando.)* Cuando te quedís sola
deja la puerta cerrá,
guarda los ojos abiertos
y las cejas levánta.
Porque hay ladrones,
salteadores,
Por que rateros
tan rastreros,
que en este mundo redondo
más vale estar asegurá.

Cuando te quedís sola
piensa en la Inmaculá,
ella te dará sosiego
y te sentirís resguardá.

Por que hay los malos
que son malos
y los buenos
que son peores,
y en este mundo redondo
más vale estar asegurá.

Cuando te quedís sola
piensa que eres mi ahijá,
y como madrina me debes
respeto, tacto y caridá.

Por que hay los frescos,
los añejos,
los del medio
y los demás
y en este mundo redondo
más vale estar asegurá.

ROSA ESTER.— Pierda cuidado, madrina. Haré todo lo que usted me diga.

MAMA.— Y sobre too, Rosa Ester, no dejís que nadie se acerque al gallinero. Mira que le pueden echar el ojo al Chicoco y ¡zas! se nos termina el negocio.

ROSA ESTER.— Pierda cuidado, madrina.

MAMA.— Sabís que ese gallo es casi mágico.

ROSA ESTER.— Sí, madrina.

MAMA.— Yo voy y vuelvo.

ROSA ESTER.— Bueno, madrina.

MAMA.— (*Haciendo mutis.*) Y no se te vayan a olvidar las recomendaciones, porque...

ROSA ESTER.— No se preocupe, madrina. Aquí me voy a estar con la puerta cerrá, rezándole a la Inmaculá y acordándome que soy su ahijá. (*Apenas ha salido la madrina, Rosa Ester se acerca al Pajarero y lo hace entrar.*) Pase no más, caballero. Hace rato que lo estoy viendo merodear. ¿Qué se le ofrece?

PAJARERO.— Soy pajarero.

ROSA ESTER.— Ah.

PAJARERO.— Vendo pájaros.

ROSA ESTER.— Ah.

PAJARERO.— Los cazo yo mismo.

ROSA ESTER.— (*Riendo como tonta.*) No me diga.

PAJARERO.— Le digo, pues. Me levanto temprano y salgo antes que claree...

ROSA ESTER.— (*Riendo siempre, coqueta.*) Ay, no me diga...

PAJARERO.— Y me voy al potrero con árboles y pongo esta cuestión en las ramas y aguaito y espero, aguaito y...

ROSA ESTER.— ¡Ay! Así es que aguaita y espera, aguaita y espera. (*Ríe más.*) Mire las cosas que se le ocurren, ¿no?... Mire que salir a poner cuestiones en las ramas...

(*De pronto la escena entre los dos se paraliza y aparece la Mama en primer plano.*)

MAMA.— Ya está. Se puso a reír la lesa. De ahí para adelante no hay quien la pare. Claro que yo no vi naa de esto, porque iba camino al pueblo con mis dos canastos con las cuatro y media manos de huevos... Confiá iba. Confiá como buena tonta. Sin pensar siquiera en lo que iba a suceder...

(*Vuelve a escucharse la risa de Rosa Ester. La madrina se esfuma y continúa la escena anterior.*)

ROSA ESTER.— Mírenlo, ¿no?... ¿Y qué pájaros son los que vende?

PAJARERO.— De un todo hay. Codornices, chincoles, diucas... Pero para las niñas tengo estos chincolitos especiales... Para las niñas buenamozas.

ROSA ESTER.— Ya, pues...

PAJARERO.— Traen suerte y hasta traen novio a veces.

ROSA ESTER.— Ya, gánese para allá.

PAJARERO.— ¿Para qué?

ROSA ESTER.— Voy a cerrar la puerta. Mi madrina me recomendó que cerrara la puerta.

PAJARERO.— Ya..., no sea veleidosa y cómpreme un chincolito.

ROSA ESTER.— ¿Y con qué?

PAJARERO.— ¿No tiene nada de plata?

ROSA ESTER.— Na.

PAJARERO.— Lo cambio por otra cosa también.

ROSA ESTER.— ¿Ah, sí? Gánese para allá para que cierre la puerta. A ver si nos palabreamos con la puerta en medio.

PAJARERO.— (*Acercándose.*) No sea así... ¿Que no le gusta que conversemos juntos? ¿Para qué me quiere echar al otro lado de la puerta? ¿No ve, pues? ¿No ve estos chincolitos? ¿No le parece que son recontras lindos? Ah... ¿Qué le pasa? ¿Por qué no me contesta?

ROSA ESTER.— ¡Chít! Le estoy rezando a la Inmaculá.

PAJARERO.— Tamién los cambio por cosas. A ver..., mire todas esas gallinitas que tiene ahí. Hasta sería capaz de cambiárselo por una gallinita. ¿Ah? Qué me dice: un chincol por una gallinita.

ROSA ESTER.— Ay, no sé, oiga. ¿De veras que el chincol trae novio?

PAJARERO.— ¡Claro, yo me vendo con él!

ROSA ESTER.— No sea lesa. Un novio de verdá.

PAJARERO.— ¿Y yo de qué soy?

ROSA ESTER.— Siempre he querido tener un novio de verdá. Cuando se casó la señorita Marta, le habían puesto un vestido blanco y una corona...

PAJARERO.— ¿Y? ¿Qué me dice? ¿Hacemos el cambio o nó? ¡Beh! ¿Sabe una cosa? Le cambio el chincol por ese gallo de la pasión.

ROSA ESTER.— ¡Por el Chicoco!

PAJARERO.— ¿Cuál Chicoco?

ROSA ESTER.— Así es como se llama el gallo.

PAJARERO.— Ah. Se lo cambio por él.

ROSA ESTER.— Ni muerta.

PAJARERO.— ¿Por qué?

ROSA ESTER.— Porque el Chicoco es casi mágico.

PAJARERO.— ¿Ah, sí?

ROSA ESTER.— Es el único gallo al que no se le ha queido la cresta aquí en el gallinero. Todos icen qu'es porque tiene gran corazón.

PAJARERO.— Se lo cambio por el chincol.

ROSA ESTER.— No..., tal vez por una gallina. Aunque la madrina las tiene tan contás.

PAJARERO.— No, ahora no quiero cambiárselo por la gallina. Por el gallo o por na.

ROSA ESTER.— No se puede.

PAJARERO.— Me voy entonces.

ROSA ESTER.— ¡No!... No se vaya. Aguántese un poco.

PAJARERO.— No tengo más que hacer aquí.

ROSA ESTER.— Aguántese...

PAJARERO.— Se me está haciendo tarde.

ROSA ESTER.— ¿De veras que el chincol trae novio?

PAJARERO.— Claro. ¿Que no ve que pisan el palito? Allá atrás dejé a tres niñas esperando novio y estoy seguro de que cuando vuelva ya lo deben de haber encontrado.

ROSA ESTER.— Bueno. Ya está. Voy a cerrar los ojos y usted agarra una gallina.

PAJARERO.— Agarro al Chicoco.

ROSA ESTER.— Es que soy ahijá.

PAJARERO.— ¿Y qué tiene que ver eso?

ROSA ESTER.— Y tengo madrina.

PAJARERO.— ¿Y qué importa si no está?

ROSA ESTER.— Y me ijo que le debía caridá. Es decir..., que lo que era de ella, era de ella.

PAJARERO.— Pero si es un gallo no más.

ROSA ESTER.— Es el Chicoco.

PAJARERO.— Razón de más para que ni lo vea cuando me lo llevo.

ROSA ESTER.— (Riendo.) Mírenlo... Miren las cosas que dice. ¿Quién le enseñó...

(Mientras sigue riendo el Pajarero se introduce en el gallinero (imaginario) y toma entre sus brazos el gallo (imaginario) y sale. A los pocos segundos se escucha a la Mama.)

MAMA.— ¡Así fue como la engatusó! Por la risa. Se llevó el gallo. Le dejó el chincol y cuando volví con los canastos... (Entrando en la historia.) ¡Rosa Ester! ¿Dónde te habís metido, chiquilla?

ROSA ESTER.— Aquí estoy, madrina.

MAMA.— ¿Qué es lo que te pasa? Ya está oscuro y toavía andas afuera... Ni siquiera habís prendido el brasero ni has puesto las ollas... ¡Rosa Ester! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué tenís esa cara?

ROSA ESTER.— No pueo cerrar la puerta, madrina.

MAMA.— (Hacia el público.) Pero yo no iba a dejar que las cosas se quearan así. No, pues. Miren que dejar un chincol en vez de un gallo. La Rosa Ester propuso que lo pusiéramos en el gallinero y de un pisotón de la castellana pasó a mejor vida... Disminuyó de golpe la producción de huevos y yo llamé a la Rosa Ester y le dije (Entrando nuevamente en la historia.) “Mira, Rosa Ester, ahora vos misma vai a salir a buscar a ese sinvergüenza y le vai a quitar al Chicoco. No volvai sin el Chicoco”.

(Se inicia de inmediato la canción “El Gallito” y Rosa Ester permanece en el escenario cantándola. La historia se va viendo reflejada en proyecciones de diapositivas sobre el ecrán. Así se ven los viajes de Rosa Ester y los diferentes gallos que encuentra en los diferentes países: Alemania, China, Rusia, Panamá, etc. Cuando finaliza la canción vemos aparecer un gran letrado que dice: “Hoy... gran pelea de gallos... hoy”, y vemos aparecer al Pajarero muy elegante, con sombrero y anillos en los dedos.)

CANCIÓN.— Se ha perdido mi gallito, la, la, (bis)

pobrecito, la, la,
mi gallito, la, la,
y no lo puedo encontrar.

Tiene plumas amarillas, la, la, (bis)

aletea, la, la,
picotea, la, la,
y dice quiquiriquí.

Tiene cresta colorada, la, la, (bis)

y camina, la, la,
con un paso, la, la,
que parece un general.

Lo he buscado en Alemania, la, la, (bis)

en la China, la, la,
en la Rusia, la, la,
y también en Panamá.

Si lo encuentra usted, comadre, la, la, (bis)

lo acorralla, la, la,
me lo pillá, la, la,
y lo trae para acá.

ROSA ESTER.— ¡Pajarero! (Él no reacciona.) ¡Pajarero!

PAJARERO.— ¿A quién busca, señorita?

ROSA ESTER.— A usted, pues. ¿Qui no es el pajarero que me cambió el gallo por un chincol?

PAJARERO.— ¡Ah, sí? No me acuerdo. Ahora soy dueño de gallos de pelea. Tengo una fortuna. La hice con uno de mis campeones, el Chicoco.

ROSA ESTER.— ¡El Chicoco!

PAJARERO.— Sí, un gallito de la pasión que es un verdadero lince. Donde pone el ojo, clava la cuestión.

ROSA ESTER.— Lo mismo hacía en el gallinero.

PAJARERO.— ¿Era suyo entonces?

ROSA ESTER.— Claro. ¿No se acuerda que me lo cambió por un chincol?

PAJARERO.— Ah..., sí..., a lo mejor.

ROSA ESTER.— Un chincol que usted dijo que me traería un novio.

PAJARERO.— ¿Y se lo trajo?

ROSA ESTER.— No, pues.

PAJARERO.— No se le dé nada. Yo voy a ser su novio.

ROSA ESTER.— ¿Usted?

PAJARERO.— Claro. Ya estoy cansado de ganar tanta plata. Quiero retirarme a la vida tranquila.

ROSA ESTER.— Pero ¿y el Chicoco dónde está? La madrina dijo que no podía volver sin él.

PAJARERO.— Hoy día va a pelear. Es su última pelea. Si gana, cobro una fortuna y nos retiraremos a vivir al campo.

ROSA ESTER.— Y nos llevamos al Chicoco de vuelta al gallinero.

PAJARERO.— Bueno.

ROSA ESTER.— ¿Y por qué no nos vamos antes de la pelea?

PAJARERO.— Ya empezó.

ROSA ESTER.— Entonces le voy a rezar a la Inmaculá. No vaya a ser cosa que algo le pase al Chicoco...
(*Sobre el écran se proyecta la pelea de gallos en imágenes rápidas. El Chicoco gana.*)

PAJARERO.— ¡Y ganó el Chicoco!

ROSA ESTER.— Es que le recé a la Inmaculá. ¡Cómo va a estar de contenta la madrina! Al tiro le va a aumentar la producción de huevos. El Chicoco es el único que le ha dado resultado.

PAJARERO.— Y sobre todo ahora que es campeón.

(*Se escuchan vitores y aparece el Chicoco (un actor disfrazado de gallo, con el brazo en cabestrillo, el rostro y la cresta cubiertos de teatralísticas como un boxeador que acaba de terminar un match.) Los tres cantan "Cocorocó".*)

LOS TRES.— Revolvía el gallinero
un gallo de la pasión
porque aunque muy chiquitito
era de gran corazón. (bis)

Este es el cuento
del gallo pelao
que al saltar la tapia
se quedó enredao. (bis)

MAMA.— Pero cuando volvieron, la fiesta fue mucho mejor adentro del gallinero que afuera. Yo saludé al pajarero, que se llamaba Juan y que ahora estaba muy rico, y me prometió que íbamos a inaugurar un negocio más grande. Y le dije que sí cuando me dijo si se podía casar con la Rosa Ester, que de nuevo había recobrado, ¡Dios la bendiga!, su risa... Pero tal como les decía, la fiesta dentro del gallinero estaba que ardía...

(*De pronto la iluminación cambia y estamos dentro del gallinero. La fiesta es muy parecida a lo que se describe: "el loro aguafiestas". Todos los actores están disfrazados estilizadamente de "gallina clueca", "patos bolseros", "chincol y chincola", etc. Y mientras se canta la canción se mima lo que sucede. Por último aparece el loro y los espanta.*)

CANCIÓN.— Una gallina clueca
muy buenaza pa' la farra
entonaba una cueca
escarbando una guitarra,

y unos patos bolseros,
cua, cua, cua, cantaban fiero,
mientras que en un zapallo
tamboreaba una chicharra
una gallina clueca
muy buenaza pa' la farra.
Aprovechando el canto
un chincol y una chincola
zapateaban la cueca
cual cucarras pirinolas,
aprovechando el canto
un chincol y una chincola,
cual pirinola, sí,
llegó el loro muy bellaco,
que al verse tan de verde
quiso dárseles de paco,
que al verse tan de verde,
ay, qué loro más bellaco,
y de puro aguafiestas
se llevó presa a la orquesta.

(Quedan en el escenario sólo el Loro y la Mama.)

MAMA.— Hasta aquí llegó el cuento y se terminó. Pero aquí viene otro.

LORO.— *(Sujetando un espejo.)* ¿Quién es el rey de la casa? ¿Quién es más lindo que yo? El perro ya está tan viejo, hediondo y sopla al dormir. Y el canario... es un latoso, que canta y se ha puesto de un amarillo atroz. En cambio yo... ¿Quién es el rey de la casa? ¿Quién es más lindo que yo? Ah..., y el gato, el gato que se cree tanto... *(Cuando pronuncia estas palabras entra el gato y se acerca a él, pero el Loro no lo ve, interesado como está mirándose al espejo.)* Miren..., miren estas plumas verdes. En cambio el gato tiene un pelaje *(con asco)*, ¡aj!, un pelaje de un gris muerto... Y mis ojos, sí redondos y preciosos; en cambio el gato tiene esos ojos alargados, horribles... Y yo ando en dos pies y el gato, ¡bah!, en cuatro... Y mi cola: yo tengo una cola que se abre en un abanico. En cambio el gato tiene una larga y flaca que se le mueve sin que él sepa, ¡qué atroz! ¡Qué horrible es el gato! Y lo peor es que se cree... ¡Ja! Se cree el rey de la casa, porque el perro está tan viejo. ¡Ja! Se cree y se cree. Pero ¿quién es el rey de la casa? *(En ese momento levanta la vista del espejo y ve al gato detenido frente a él mirándolo amenazador. El Loro se pone aún más verde, traga saliva.)* ¡Ja!... Miren las tonterías que dice uno cuando está curado... ¿No?

(Y sale rápidamente. El gato queda solo ahora y se escucha la canción "El Señor Don Gato". Toda esta canción será mimada por los personajes que se mencionan en ella. También se podría introducir un intermedio de danza, una especie de "Pas de Deux" satírico entre los dos gatos.)

CANCIÓN.— Estaba el señor don Gato
sentadito en su tejado
calzando medias de seda
y zapatitos dorados,
cuando llegó la noticia
que había de ser casado
con una gatita parda,
hija de un gato romano.

Llegó la gatita nueva
con vestido bien planchado,
con mediecitas azules
y sombrero colorado.
El gato con la alegría

subió a bailar al tejado,
pero con tan mala suerte
que cayó tejado abajo.

Se rompió siete costillas
y se descompuso un brazo,
se partió media cabeza
y la puntilla del rabo.

A las doce de la noche
está don Gato muy malo.
Llamaron a los doctores,
médicos y cirujanos.

Queriendo hacer testamento
llamaron al abogado;
dejó a la gatita parda
un cuarto de charqui asado.

Con el golpe y las heridas
se murió el señor don Gato;
le llevaron a enterrar
cuatro gatos colorados.
Sobre la cajita iban
siete ratones bailando
al ver que se había muerto
aquel enemigo malo.

Decían: "Gracias a Dios
que murió este condenado
que nos hacía correr
con el rabito parado".

MAMA.— Para saber y contar
mentira nu' ha de faltar.

Me jui por una orilla
dando varilla.

Me jui por un rincón
dando trompón.

Éste era una vez un rey. Tenía una reina. Entonces la reina tuvo un princesito. Y en el fondo del palacio había una casa de un amo. Y el amo tenía una yegua. Y al princesito le pusieron Juanito. A los tres días falleció la reina. Entonces, en vista de que era la misma edad que tenía el princesito con el potrillito, se lo llevaron de regalo al rey. En el palacio había una mujer bruja; quería matar al potrillito. Entonces el potrillito dijo al príncipe Juanito...

(Aparece el Caballo, que debe ser blanco y muy simpático. Con rasgos que no se olvidan. Por el extremo opuesto aparece Juanito. Ambos se miran.)

JUANITO.— Hola.

CABALLO.— Hola.

JUANITO.— Yo soy princesito.

CABALLO.— Y yo potrillito.

JUANITO.— Yo nací ayer.

CABALLO.— Y yo también.

JUANITO.— Somos hermanos entonces.

CABALLO.— Así parece. ¿Cómo te llamas?

JUANITO.— Juanito. Juanito Quinto. Porque mi papá se llama Juanito Cuarto.

CABALLO.— ¿Por qué?

JUANITO.— Porque hubo tres Juanitos antes que él.

CABALLO.— ¿Adónde?

JUANITO.— En este reino.

CABALLO.— ¿Y por qué todos se llamaban Juanito? Habría sido más fácil ponerles nombres distintos.

JUANITO.— Es por la... la tradición.

CABALLO.— (*Relincho.*) ¡Ah!...

JUANITO.— Es muy importante la... la tradición, según dice mi papá.

CABALLO.— (*Relincho.*) ¡Ah!...

JUANITO.— Mi papá me dijo esta mañana que es por la... la tradición que la gente sigue siendo gente.

CABALLO.— (*Relincho.*) ¡Ah!...

JUANITO.— ¿Y por qué haces ¡ah!... (*imitando el relincho*) todo el tiempo?

CABALLO.— Es que me salió de repente. Y me resulta más fácil que decir palabras. Prueba.

JUANITO.— (*Tratando de imitar un relincho.*) No... no puedo.

CABALLO.— Trata. Pon la lengua así..., detrás de los dientes..., después suéltala y deja que se golpee... (*Lanza un poderoso relincho.*) ¡Ah!...

JUANITO.— (*Después de ensayar.*) No puedo.

CABALLO.— A lo mejor yo no más puedo hacerlo. A lo mejor ésa es mi..., ¿cómo la llamabas?, mi tradición. Tenemos tradiciones distintas. Pero somos hermanos, ¿no es cierto?

JUANITO.— Sí. ¿Cómo te llamas?

CABALLO.— No sé. Mi mamá no me dijo.

JUANITO.— Pero tienes que tener un nombre. A ver... No se me ocurre ninguno. ¿Y a ti?

CABALLO.— (*Relincha negativamente.*) ¡Ah!...

JUANITO.— Eso no es un nombre. ¿No ves que ni siquiera yo lo puedo pronunciar? A ver... ¿Por qué no les preguntamos a los amigos si se les ocurre alguno?

(*Cuando uno de los niños grita un nombre, se adapta a la canción, que debe ser coreada por los niños.*)

JUANITO.— ¡José! ¿Qué te parece José? Veamos..., todos juntos:

José se llamaba el padre

Josefa la mujer,

y al hijo que tuvieron

le pusieron...

José se llamaba el padre...

(*Terminaría la canción con baile, casi de antiguo vodevil entre Juanito y el Caballo.*)

CABALLO.— Pero nos vamos a tener que ir yendo.

JUANITO.— ¿Por qué?

CABALLO.— Porque en el palacio debe haber una mujer bruja que me quiere matar.

MAMA.— A lo mejor piensas que yo soy la bruja. Me voy a ir un rato para que el cuento pueda seguir. Hasta otro rato... (*Sale.*)

JUANITO.— Pero yo no me puedo ir porque soy princesito.

CABALLO.— Razón de más para que me acompañes ahora que me quieren matar. Los "príncipes" tienen que estar con sus "súbitos".

JUANITO.— Pero todos me van a reconocer. ¿No ves que ayer cuando nací, salió mi retrato en el diario?

CABALLO.— Hazte una "cara de guata" entonces. Te subes a mí y partimos a andar por el mundo.

JUANITO.— ¿Y cómo me hago una "cara de guata"?

CABALLO.— Piensa en la que tiene tu papá, el rey Juan Cuarto. A todos los viejos se les pone "cara de guata". Date vuelta y piensa.

(*Juanito obedece. Se da vuelta y se coloca una máscara de goma que le distorsiona el rostro "como una guata".*)

CABALLO.— Muy bien. Si hasta dan ganas de comer. Pero ahora súbete y affírmate bien, mira que

allá abajo hay unos bandidos y nos van a matar, pero no tengas cuidado, que tú no te vas a dar cuenta cuando vamos a pasar por allí.

(Empieza la escena del galope (en pantomima.) Tal vez, tras ellos, haya un panorama pintado que a través del mecanismo de un rodillo se vaya dando vuelta, cada vez más rápido, de modo que dé la sensación de que van avanzando. Este rodillo puede incluso ser manipulado por la Mama, que se transformaría en "sirvienta de teatro chino". Y se canta la canción "Galopa, Galopa".)

CANCIÓN.— Cuando voy pa' la querencia
galopando en el overo,
llega a relinchar de gusto
porque sabe que la quiero,
aunque el camino es muy largo
y hay que cruzar el estero,
a mí no me importa nada,
si voy montando mi overo.
Galopa.
Galopa, galopa, galopa, overito,
galopa, galopa, galopa no más,
que ya la distancia se acorta, se acorta,
galopa, galopa, galopa no más.

JUANITO.— *(Al término de la canción.)* ¿Y dónde están los bandidos?

CABALLO.— ¿Cuáles bandidos?

JUANITO.— Los que nos iban a matar.

CABALLO.— Esos los dejamos atrás hace mucho tiempo. Hace más de diez años..., mucho más de diez años.

JUANITO.— ¡Diez años!

CABALLO.— Claro, cuando se galopa el tiempo pasa muy rápido.

JUANITO.— Mire lo que son las cosas. Y yo debo de haber crecido entonces.

CABALLO.— Claro que sí. Hasta tienes la "cara de guata" más grande ahora. Y ahora tienes que trabajar para que te cases, que yo te acompañaré cuatro años más; más no te acompañaré.

JUANITO.— Y de qué voy a trabajar. Yo nací princesito y no sé hacer nada.

CABALLO.— Tienes que aprender, pues. Y te vas a ocupar de puro jardinero no más.

JUANITO.— ¡De jardinero!

CABALLO.— Claro, porque a mí me gustan mucho más las flores que el pasto que me daban en el palacio. Siempre me iba en las noches a comerme las rosas de la reinata, tu mamá.

JUANITO.— Pero entonces no nos va a durar nada el empleo.

CABALLO.— ¡Chit! Ya veremos. Aquí hay una casa. Golpea. *(Aparece un Rey.)*

JUANITO.— Pregúntale tú.

CABALLO.— ¿Necesita jardinero?

REY.— Nopo comprendopo.

CABALLO.— Habla en raro. Y como es rey, a lo mejor tú le entiendes. Pregúntale tú.

JUANITO.— ¿Necesita jardinero?

REY.— Tienepe que hablarpá en jeperipigonpozapa.

JUANITO.— Le entiendo mucho menos que tú. Lo mejor será que probemos en otra parte.

CABALLO.— No. ¿Que no ves que tiene un jardín muy grande y muy descuidado? Asímate.

REY.— ¡Epepapa! Nadiepe entrápá en mi casapa.

VOZ DE REINA.— ¡Octávico! ¡Octávico! ¿Qué pasápica?

REY.— Nadapa, mipi Roposapa.

VOZ DE REINA.— *(Más cerca.)* ¡Octávico! A lo mejor es el jardinérico que dijeron que me iban a mandar de la agencia. Ojalápica, ojalápica... Mira que todas las flóricas del jardín se están secando...

CABALLO.— A ella le entiendo un poco más.

JUANITO.— A lo mejor podríamos hablar con ella.

CABALLO.— ¡Chit! Aquí viene.

- REINA.— (*Apareciendo.*) ¡Es el jardinérico!
- REY.— Nopo, mipi Roposapa, este acabapa de golpearpa lapa pupu... la pupu... la puertapa.
- REINA.— Cuántas vecíticas tendré que decirte, Octávico, que no abras tú la puértica. No es digno de un réyico. Para eso tenemos esclavíticas.
- REY.— Sípi, mipi Roposapa.
- REINA.— Y además, si vas a hacerlo, deja la corónica en la antesálica, ya que cualquiera, de un manotónico, te la puede llevar. Y sin corónica, ¿qué haríamos? ¿Ah?... ¿Ah?
- REY.— ¿Ahpa?
- REINA.— ¿Ah?
- REY.— ¿Ahpa?
- REINA.— (*A Juanito.*) Nos entendemos un póquico no más. Porque él es de la línea Jeperipigonpozapa y yo soy de la Borbónica-Ónica.
- CABALLO.— ¡Ah... pa'!
- REY.— (*Al Caballo.*) ¡Bravopo! ¿Hablapa en jeperipigonpozapa?
- REINA.— (*A Juanito.*) Pero en la vidítica una tiene que conformarse con póquico.
- JUANITO.— Ojalápica.
- REINA.— ¿Ah? Usted conoce a los Borbónico-Ónico.
- JUANITO.— Un poquítico.
- REINA.— Entonces lo tomo de inmediático. Pase adentro. Encontrará el delantático, las tijéricas, y la podadórica.
- REY.— La... la popo... podadorapa, mipi Roposapa.
- REINA.— Sí, Octávico. Mas ahora, calladítico.
- REY.— Un momentopo.
- REINA.— ¿Qué pasápica?
- REY.— El jardineropo puede pasarpa; pero el caballopo, no.
- REINA.— ¡Qué ideático!
- JUANITO.— ¿Qué dijo?
- REINA.— Que usted puede pasar, mas el caballítico no.
- JUANITO.— Entonces yo tampoco paso. Donde va José, voy yo.
- REINA.— Entonces lo mejor será que mandemos a Octávico a freír moníticos a otra parte. ¡Upsica, Octávico!
- REY.— ¿Qué papasapa?
- REINA.— (*Haciéndole un gesto para que se vaya.*) ¡Upsica! ¡Upsica! Anda..., anda a contar cuánto dinero te queda en el tesórico.
- REY.— Lo contépe esta mañanapa.
- REINA.— ¿Y cuántopo había?
- REY.— Nadapa.
- REINA.— ¿Nadapa? No es posibilítico. Anda a ver de nuevopo. No vaya a ser cosa que las esclavíticas te lo estén huachipiándico.
- REY.— ¿Tú lo creespe?
- REINA.— Sípi. (*A Juanito.*) A veces tengo que caer en la jerigonza para que las cosas vayan más rápidas. Va contra mi linajítico; pero en la vidítica hay que conformarse con póquico. (*Al Rey.*) Anpadapa..., anpadapa (*Lo empuja hacia fuera.*) Y ahora, pase con su caballítico... y arrégleme las flóricas.
- JUANITO.— ¿Dónde dijo que estaban las herramientas?
- REINA.— Allá para ese ládico. (*Al salir el Caballo se da vuelta*)
- CABALLO.— Hasta más rático.
- (*La Reina queda sola y canta "La niña que quiere..."*.)
- REINA.— (*Cantando.*)
- La niña que quiere a un pático
es cochina y come bárrico,
tiene estómago de pérrica
y entrañas de marisópica.

Por lo pisiútico,
por lo flemático,
por lo honorífico
y aristocrático.

A mí me llaman la reínica,
la reínica de esta comárquica,
todos comen trabajándico
y yo como sin trabajárico.

Por lo pisiútico...
En los tiempos apostólicos
los hombres eran barbáricos
subían a los arbólicos
y mataban los pajáricos.
Por lo pisiútico...

(*Aparece la Mama.*)

MAMA.— No, todavía no se ha terminado el cuento. Va por la mitad no más. Así es que tenemos a Juanito con su caballo de jardinero. Claro que todo no fue tan simple, porque el rey fuera de hablar en difícil, era muy antojao y se le puso que el caballo no podía dormir en palacio... Lo cierto es que le había dado contra el caballo. Dijo: "Pero con ese caballo yo no te recibo; en la pesebrera entonces dormiré". Pero Juanito, que era muy fiel, contestó: "No, mi rey; donde duermo yo, dormiré él". Y el rey tuvo que agachar el moño de su corona no más... Entonces en la mañana temprano se despertó Juanito (*entra Juanito desperezándose*) y miró las flores y todo el trabajo que tenía que hacer. Y de atrás venía el caballo...

(*Entra el Caballo desperezándose.*)

JUANITO.— Éste debe ser el jardín. ¿Qué te pasa, José? (*Al verlo que se detiene como un perro de caza.*)

CABALLO.— ¡Cuántas flores, princesito!

JUANITO.— ¿Y?

JUANITO.— Sí, pero no te vas a comer éstas, porque son las del jardín del palacio. Éstas las vamos... ¿Cómo fue que dijo la reinata? A podárlas y arreglárlas. Me dijo que juntara las rosas con las dalias y... ¡Ay, José! Ni siquiera sé cuáles son las rosas y cuáles las dalias.

CABALLO.— Yo te voy a ayudar.

JUANITO.— Yo te dije que no debía haberme empleado de jardinero.

CABALLO.— Yo te voy a ayudar.

JUANITO.— ¿Tú las conoces?

CABALLO.— No, pero por el gusto las reconozco al tiro. Es cuestión de que las pruebe no más.

JUANITO.— Pero...

CABALLO.— Déjame... (*Arranca una flor y comienza a comérsela con gran gula.*) Ésta parece rosa... aunque no estoy muy seguro. A ver, déjame probar otra. Sí..., ésta parece que fuera una rosa blanca. Pero también hay otros colores. Déjame probar ésta... Sí, ésta es muy diferente... Ésta es una rosa de las que llaman té. ¡Ay, qué rica!

JUANITO.— Pero, José, qué va a decir el rey.

CABALLO.— ¿Qué no quieres saber cuáles son cuáles? Además el reypepelpe nopo vapa a saber... A ver, a ver... Ésta parece que fuera violeta... Hmmm. (*A medida que sigue probando las flores aparece el Rey y durante un rato nadie lo ve. El Caballo sigue comiendo y Juanito tratando de disuadirlo. Escena muda. Por último el Rey estalla.*)

REY.— ¡Esto nopo sepe puedepe soportarpa! Todopo elpe mundopo me dice que tu caballopo se comepe las florepes. Y yopo nopo lo puedopo soportarpa...

JUANITO.— ¿Qué estará diciendo?

CABALLO.— No tengo la más remótica.

JUANITO.— Por lo menos con la reina uno se puede entender a medias.

REY.— ¡Nopo lo voy a soportarpa!

CABALLO.— Enojado sí que está.

JUANITO.— Así parece.

CABALLO.— Déjame a mí. *(Enhebra un parlamento que será “ad libitum” pero en el cual colocan de vez en cuando las partículas con “P” de modo que suene muy parecido al lenguaje del Rey. El parlamento debe ser relativamente extenso y cada vez que el Rey trata de interrumpirlo, él redobra sus fuerzas. Finalmente termina, por ejemplo con una pregunta.)* ¿Eспенотропитиподипитупулоpopipi? ¿Ah?

REY.— *(Declarándose vencido.)* Sípi.

CABALLO.— Y ahora mejor que nos arranquemos, porque quizás qué le habré dicho.

(De inmediato Juanito se sube encima del Caballo y se inicia la canción “galopa, galopa”, con pantomima.)

MAMA.— De modo que se fue Juanito con su caballo otra vez. Llegó a un palacio. Había un rey. *(El mismo Rey aparece ahora, pero caminando en las manos; se ha transformado como las figuras en los naipes.)* Y tenía tres hijas. Dos hijas del rey, dos princesas, se reñan de Juanito al ver esa cara tan fea que tenía. Pero la menor *(aparece la menor)* no tomó en cuenta eso y pensó: “Así no debe ser esto no más”.

PRINCESA.— Así no debe ser esto no más. A mí no me engañan así no más. Caras de guata yo he visto muchas, pero quién sabe... Y hay tal escasez de partidos en este reino que bien vale correr el riesgo... Buenos días, joven.

JUANITO.— Buenos días, princesa.

REY.— Hombre, te daré trabajo aquí todos los días: les cambiarás agua a los maceteros para que crezcan las flores. *(Sale caminando, en las manos.)*

PRINCESA.— ¿De dónde vienes?

JUANITO.— De lejos.

PRINCESA.— ¿A caballo?

JUANITO.— Él es mi hermano. Venimos juntos.

PRINCESA.— Nadie es hermano de un caballo.

JUANITO.— Nosotros sí. Nacimos el mismo día.

PRINCESA.— ¿Por qué me miras así?

JUANITO.— ¿Cómo?

PRINCESA.— Como si tuviera una cosa rara en la cara. Tú eres el que tiene cara de...

JUANITO.— ¡No lo diga!

PRINCESA.— ¿Qué cosa?

JUANITO.— Lo que iba a decir.

PRINCESA.— No sabes lo que iba a decir. Iba a decir que tienes cara de tener otra cara debajo.

JUANITO.— A lo mejor.

PRINCESA.— Júrame que tienes otra debajo.

JUANITO.— ¿Por qué?

PRINCESA.— Porque todo sería más simple. Me podría casar contigo y nadie se reiría de que me casara con un hombre que tiene cara de guata.

JUANITO.— ¿Quiénes se ríen?

PRINCESA.— Todos. Pero yo no. Yo me digo: “Así no debe ser esto no más” *(El Caballo relincha.)* ¿Qué le pasa?

JUANITO.— Siempre hace así cuando está contento. Es su bendición.

PRINCESA.— Mírame por... Mira, aquí hay una rosa. Es tan clara como un pensamiento. Júrame por esta rosa que tienes otra cara debajo.

JUANITO.— Aquí hay un clavel y de pura vergüenza está colorado.

PRINCESA.— Júralo por el clavel entonces.

JUANITO.— Deja que ellos lo juren.

(Ambos se arrodillan en el suelo sujetando la rosa y el clavel. Hay en el escenario una especie de escenario más pequeño, como si fuera para títeres. Las luces decrecen, las flores se hacen fosforescentes y se escucha la canción.)

La rosa,

La rosa con el clavel,
 ¡mi vida!, hicieron,
 hicieron un juramento,
 ¡mi vida!, hicieron,
 hicieron un juramento,
 ¡mi vida!, y se pusie
 y pusieron por testigo,
 ¡mi vida!, a un jazmín,
 a un jazmín y un pensamiento.
 ¡Mi vida!, la rosa,
 la rosa con el clavel.
 No me tires con rosas,
 ¡ay, ay, ay, que tienen espinas!,
 tírame con violetas,
 ¡ay, ay, ay, que son más finas!
 Que son más finas, sí,
 ¡ay, ay, ay, rosa con dalia!,
 dónde irá mi negrita,
 ¡ay, ay, ay, que yo no vaya!
 Anda rosa con dalia,
 ¡ay, ay, ay, que no vaya!

(Al terminar la canción y al encenderse las luces, los dos están arrodillados, tomados de la mano, y no lejos el Caballo se está comiendo las flores.)

JUANITO.— José.

CABALLO.— (Con un relincho.) Están ricas.

PRINCESA.— Mi papá se va a poner furia.

CABALLO.— ¡Otro!

PRINCESA.— ¿Cómo?

JUANITO.— Tenemos especialidad en reyes furiosos.

PRINCESA.— Lo mejor será que vuelvas a plantar otras rápidamente. Y yo voy a volver a palacio.

JUANITO.— ¿A qué hora te veo?

PRINCESA.— De repente.

JUANITO.— Eso no es hora.

PRINCESA.— De reloj, no. Pero quiere decir todo el tiempo. (Al salir se detiene.) Así no debe ser esto no más. (Juanito suspira, muy enamorado. El Caballo relincha.)

CABALLO.— Hasta aquí no más te acompaño.

JUANITO.— ¿Cómo?

CABALLO.— Ya te lo había dicho, princesito, que apenas pasaran cuatro años más tendría que irme.

JUANITO.— Pero si me dijiste eso anteayer.

CABALLO.— Cuando se galopa el tiempo pasa rápido. Y nosotros hemos galopado mucho.

JUANITO.— Pero no me puedes dejar solo.

CABALLO.— Ya se cumplió mi plazo de estar aquí en la tierra.

JUANITO.— Entonces yo también me iré. Nacimos el mismo día, somos hermanos, nos vamos el mismo día.

CABALLO.— No. Tú ahora encontraste novia. Tienes que seguir con ella.

JUANITO.— No, José. No es mi novia. Dice que tengo cara de guata.

CABALLO.— Algo de razón tiene... Pero también es la única que no se ríe de ti.

JUANITO.— Pero yo no quiero que te vayas.

CABALLO.— No llores. Qué sacas con llorar.

JUANITO.— No quiero que te vayas... Por favor, no te vayas. No quiero quedarme solo.

CABALLO.— No te quedarás solo. Yo siempre andaré cerca. Somos amigos y los amigos, princesito, es lo único que a veces dura.

JUANITO.— Pero no te veré.

CABALLO.— Claro que me verás. Muchas cosas te harán pensar en mí... Mira..., ¿ves esa nube blanca que corre por el cielo? Cada vez que veas una nube blanca dirás: "Allá a lo mejor va José".

JUANITO.— Pero no podré hablarte cuando quiera.

CABALLO.— También podrás. ¿Te acuerdas de la canción que cantamos cuando partimos?

JUANITO.— *(Comenzando a tararear muy bajo.)* Galopa, galopa...

CABALLO.— *(Mientras Juanito sigue cantando.)* Cada vez que la cantes será que yo ando cerca...

Y a veces te contestará el viento entre los árboles o las aguas del estero o los pajaritos que se asustan cuando tranqueo por el bosque... Siempre te contestaré.

(Ahora la canción se ha enhebrado en forma definitiva. Los dos la cantan, el Princesito y el Caballo, pero en un tono más susurrado que la primera vez. A medida que esto sucede, el Caballo se va retirando lentamente y desaparece. Al final de la canción Juanito queda solo durante algunos segundos. Entra la Princesa.)

PRINCESA.— ¿Qué te pasa?

JUANITO.— Tengo pena.

PRINCESA.— ¿Por qué?

JUANITO.— Porque se fue mi amigo.

PRINCESA.— ¿Ese caballo que andaba contigo?

JUANITO.— Se llama José. Y era tan blanco como esa rosa por la cual juramos.

PRINCESA.— Ya volverá.

JUANITO.— Fue lo que el dijo... Mira..., ¿ves esa nube que va corriendo allá en el cielo? *(Ambos levantan la mirada y contemplan un instante la nube. Juanito mirando siempre la luna.)*
Te voy a enseñar una canción.

PRINCESA.— Pero antes tienes que prometerme que no te pondrás más triste. No me gusta que la gente esté triste cuando anda conmigo.

JUANITO.— No estoy triste. No sé por qué. Tengo pena, pero no estoy triste.

PRINCESA.— Y además tienes que hacer algo.

JUANITO.— ¿Qué?

PRINCESA.— Tienes que sacarte esa guata que tienes en la cara.

JUANITO.— ¿Tú crees que podré?

PRINCESA.— Sí. Mírame.

(Juanito la mira. Entre ambos se produce un extraño silencio. Las luces decrecen y se ve atravesar por el fondo del escenario, es lo único que se ve, una nube blanca casi imperceptible, al mismo tiempo que se escucha la canción tarareada. Cuando las luces vuelven, Juanito y la Princesa ocupan las mismas posiciones, Juanito ya no tiene cara de guata.)

PRINCESA.— Bien me decía yo que así no debía ser esto no más. *(Llamando.)* ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!
(Entrando el Rey, caminando en las manos siempre, y algunos personajes de la corte.) Yo me caso con el jardinero, padre, aunque todos me lo quiten.

MAMA.— Fueron lindas las bodas que hubo en ese palacio: más lindas que nada fueron las bodas de Juanito y la Princesa menor del Rey. *(Entran los personajes tomados de la mano, en ronda, cantando "Arroz con leche".)*

Arroz con leche,
me quiero casar
con una niñita
del Portugal.

Con ésta sí,
con ésta no,
con ésta sí
que me caso yo.

(En un momento dado se interrumpe la ronda, todos quedan paralizados y la Mama agrega esta parte:)

MAMA.— Y no me quisieron convidar. Se pusieron muy ingratos después que los crié.

CABALLO.— *(Apareciendo.)* No se le dé nada, señora. Yo voy a bailar con usted.

MAMA.— ¿De veras?

MAMA.— Bueno, pero con una condición.

CABALLO.— ¿Cuál?

MAMA.— Que se porte como un caballero y que no se coma el ramo de la novia.

CABALLO.— B... b... bueno. Aunque me cuesta mucho porque me gustan mucho las florcitas blancas. *(Se inicia nuevamente el "Arroz con leche" y la Mama y el Caballo se unen a la ronda mientras cae el telón.)*

SEGUNDA PARTE

(La Mama ya está en escena al descorrerse las cortinas y mantiene en sus manos la media a mitad llena.)

MAMA.— A ver, a ver niños, quedarse callados, que se está haciendo tarde y no sé si tendremos tiempo para ver lo que nos queda en la media... ¿Qué hora será? *(Se escuchan algunas campanadas.)* Beh, tan tarde ya... Tardón se está haciendo porque tenemos que ir a preparar el pesebre a la casa, ¿no?, y cantar algunos villancicos y cocinar los pavos y los pollos, preparar sus mistelitas y helados de canela... Así es que apurémonos y veamos que nos toca en la media esta vez... *(Introduce una mano y saca algo entre los dedos.)* Ah..., es una pulga... *(Introduce la otra mano y la saca con igual gesto.)* Y esto parece un piojo... ¡Tengan cuidado, porque los dos pican! Y ustedes me van a tener que ayudarme a cantarla. Cada vez que yo diga "pichique", ustedes repiten conmigo... Por ejemplo *(Ensaya una estrofa de la canción.)* ¿Comprendieron? Vamos entonces... *(Cantando.)*

La pulga y el piojo, pichique,
se quieren casar,
y ya no se casan, pichique,
por falta de pan.

Contesta la hormiga, pichique,
desde el hormigal:
"que se hagan las bodas, pichique,
que yo pongo el pan".

Ya no es por el pan, pichique,
porque lo tenemos;
ahora es el vino, pichique,
¿de'onde lo sacaremos?

El gato contesta, pichique,
del medio'el camino:
"Que se hagan las bodas, pichique,
que yo daré el vino".

Ya no es por el vino, pichique,
porque lo tenemos;
ahora quien cante, pichique,
¿de'onde sacaremos?

Contesta la araña, pichique,
Del medio'el barrial:

"Que se hagan las bodas, pichique,
que yo iré a cantar".

Ya no es por quien cante, pichique,
Porque lo tenemos;
Ahora quien baile, pichique,
¿de'onde sacaremos?

Contesta la araña, pichique,
del medio' del telar:
"Que se hagan las bodas, pichique,
que yo iré a bailar".

Ya no es por el baile, pichique,
porque lo tenemos;
ahora padrino, pichique,
¿de'onde sacaremos?

Contestó el ratón, pichique,
de'onde está escondido:
"Que amarren al gato, pichique,
yo seré el padrino".

Se acaban las bodas, pichique,
se toman el vino,
desatan al gato, pichique,
se comen al padrino.

¡Huy! Que se nos está haciendo tarde. Pero me parece que todavía tenemos tiempo para un cuento más. ¿Ah? Uno cortito antes que se vayan. Aquí está y se llama "El Canario de Oro"...

Para saber y contar
mentira nu' ha de faltar;
para pasara un estero
hay que sacarse el sombrero;
para pasar un chorrillo
hay que liar un pitillo;
un poco di' afrecho
para el ataño que está en el techo;
asta'e vaca y ast'e güey,
este es el cuento y vamos por él.

Éste era un caballero tan rico que nu' hallaba qué hacerse con la plata... (*Entra el caballero que se llama don Remigio arrastrando sacos de plata. Por el camino se le caen las monedas, las recoge, se le vuelven a caer, las tira lejos y vuelven a él como si estuvieran amarradas a elásticos.*) Y como no hallaba que hacerse con la plata, decidió poner un letrero que decía: "Con mi plata hago lo que quiero". (*Remigio saca un letrero donde está escrita esa frase y lo vuelve a colgar en la puerta de su casa.*) Y fue entonces cuando lo supo un rey que vivía por ahí cerca y que vino a verlo. (*Entra el Rey al son de unas trompetas. Se detiene, mira al público.*)

REY.— Yo soy el rey de por aquí cerca. Y me han contado de este hombre que puso un letrero en la puerta de su casa donde dice que él hace lo que quiere con su plata. Vamos a ver si es cierto. (*Golpeando.*) ¿Hay alguien?

REMIGIO.— (*Desde dentro.*) ¿Quién es?

REY.— El rey.

REMIGIO.— (*Desde adentro.*) ¿Cuál rey?

REY.— El rey de por aquí cerca.

REMIGIO.— (*Apareciendo.*) Ah..., mi rey. Pase, pase; entre, usted perdóneme que lo haya hecho esperar, pero con tanto rey que pasa por mi casa a molestar, ya estoy un poco curtido... En cambio, con el rey de por aquí cerca es otra cosa. Yo siempre he sabido que usted es muy buen vecino.

REY.— Dígame...

REMIGIO.— Llámeme Remigio.

REY.— Dígame, Remigio, he oído decir que usted dice que con su plata hace lo que quiere.

REMIGIO.— Dígame...

REY.— Llámeme rey.

REMIGIO.— Dígame, rey, ¿no sabe usted leer?

REY.— ¿Qué quieres decir?

REMIGIO.— Es pregunta no más, mi rey. No se enoje. Es pregunta porque aquí, en este cartel, está escrito lo que usted dice.

REY.— Muy bien. ¿Estás seguro de que lo que dices ahí es verdad?

REMIGIO.— Seguro.

REY.— Entonces te voy a desafiar. Tengo una hija..., princesa tendrá que ser, porque es hija del rey..., pero también es muda. La tengo en el palacio encerrada bajo siete llaves que tienen mis siete chambelanes.

REMIGIO.— Está de lo más guardada entonces.

REY.— Así es. Pero a mí lo que más me importa es que es muda... Te desafío..., tú que dices que con tu plata haces todo lo que quieres, te desafío a que, antes de tres meses, la hagas hablar en presencia mía, de los chambelanes y de la corte.

REMIGIO.— Pero es que...

REY.— ¿Qué? ¿No dice ahí: "Con mi plata hago lo que quiero"?

REMIGIO.— Sí, pero...

REY.— No hay peros que valgan. Si antes de tres meses no la haces hablar, te corto la cabeza. Y si la haces hablar, me la corto yo. ¿Tienes algo que agregar?

REMIGIO.— Yo creo, rey..., que es mejor que nos olvidemos de todo. ¡Cómo se va a cortar usted mismo la cabeza!

REY.— Eso es asunto mío.

REMIGIO.— Una cabeza con corona, mi rey.

REY.— Asunto mío, te digo. Si no querías meterte en líos, no deberías haber puesto ese letrado donde está. Acuérdate: en tres meses más, si no habla. (*Traza una línea sobre el cuello de Remigio.*) ¡Cric! Y si habla (*Suenan las trompetas. Sale el Rey. Remigio se desploma.*)

REMIGIO.— ¡Ayyyyyyy! ¡Ayyyyyyy! ¿Qué voy a hacer?... (*Sigue llorando*)

MAMA.— Y así fue como sucedieron las cosas. Ahí estaba el caballero que no hallaba qué hacerse pensando cómo respondería al desafío del rey. ¡Miren que hacer hablar a una princesa muda y, para más, encerrada bajo siete llaves! El caballero empezó a pedir consejo por todas partes, pero nadie le podía decir qué hacer... Y la plata no le sirvió de nada...

(*Remigio está desesperado, llorando. La Mama entra en la historia.*)

MAMA.— Güenos días, caallero.

REMIGIO.— Güenos... ¿Quién eres?

MAMA.— Soy una vieja honrá que viene a ofrecerte su ayuda.

REMIGIO.— ¿Qué me vas a poder ayudar tú cuando he ido a consultar, con mi plata, a los sabios más famosos y nadie me ha podido ayudar?

MAMA.— A ver, haga la prueba. ¿Qué es lo que le pasa?

REMIGIO.— ¿Qué saco con contártelo?

MAMA.— Prueba, pues.

REMIGIO.— (*Lloriqueando siempre.*) Puse ese letrado que ves ahí diciendo que podía hacer lo que quisiera con la plata... Vino un rey y me dijo que si era cierto lo que yo decía, que él entonces me desafiaba. Tiene una hija muda, encerrada bajo siete llaves, y quiere que la haga hablar... ¿Cómo la voy a hacer hablar digo yo, cuando ni siquiera puedo acercarme a ella? Y lo peor es que me dio tres meses y si en tres meses no la hago hablar... ¡Cric!

(Traza una línea sobre su cuello.)

MAMA.— ¿Cric?

REMIGIO.— ¡Cric! Y de los tres meses no me quedan sino dos semanas... ¿Ves? ¿Ves lo que me pasa por ser arrogante? ¿Por colgar letreros y creer que puedo hacerlo todo? ¡Ayaa-
yyyyy!

MAMA.— ¿Y por eso se aflige tanto?

REMIGIO.— ¿Y le parece poco?

MAMA.— Déjelo todo por mi cuenta.

REMIGIO.— ¿Y qué es lo que me pides en cambio?

MAMA.— Un peso.

REMIGIO.— ¡Uno!

MAMA.— Claro, que no dices que tus pesos dan crías. Con uno me basta.

REMIGIO.— Toma.

MAMA.— Gracias.

REMIGIO.— ¿Y qué es lo que me aconsejas que haga?

MAMA.— ¿Sabe cantar, caallero?

REMIGIO.— ¿Cantar? Claro que sé cantar. Hasta “pueta” dicen que era... Pero ¿qué saco con saber cantar?

MAMA.— Si sabe cantar estamos al otro lado. Mándese a hacer un canario de oro, tan grande que usted quepa adentro, con ruedecitas lo mismo que un coche.

REMIGIO.— ¡Un canario de oro! ¿Y para qué?

MAMA.— No haga preguntas y haga lo que le digo.

REMIGIO.— Es que de oro va a ser carazo. ¿No podría ser de algo que pareciera oro?

MAMA.— ¿Y para qué tiene toda esa plata entonces? Lo que no es de oro, se nota. ¡De oro tiene que ser!

REMIGIO.— De oro entonces.

MAMA.— Y tan grande que usted quepa adentro.

REMIGIO.— Así se hará

MAMA.— Y con ruedecitas, como un coche. ¡Dé las órdenes!

REMIGIO.— (Cantando.) ¡Eh! Maestro carpintero.

Y vos, el de gorra colorá.

Ustedes los hojalateros

Vengan todos para acá.

Yo los quiero contratar

Sin temor ni dilación

y plata les he de pagar

Si m'hacen esta cuestión.

(Los Maestros han entrado, Maestros típicos con gorros de papel de diario, y construyen a medida que la canción se desarrolla.)

REMIGIO.— Vamos a hacer un trabajito

MAESTROS.— Sencillito
muy bonito

REMIGIO.— Un canario de oro purito

MAESTROS.— Sencillito
muy bonito

REMIGIO.— Del porte de un cochecito

MAESTROS.— Sencillito
muy bonito

REMIGIO.— Y con ruedas pa' rodar

MAESTROS.— Y con ruedas pa' rodar

UN MAESTRO.— Ha resultado un trabajazo

MAESTROS.— Guapazo
muy grandazo

UN MAESTRO.— Este canario qu'es un caso

MAESTROS.— Guapazo

muy grandazo

UN MAESTRO.— Más grande que un chapazo

MAESTROS.— Guapazo

Muy grandazo

UN MAESTRO.— Y con ruedas pa' rodar.

MAESTROS.— Y con ruedas pa' rodar.¹

REY.— ¿Qué no ves que soy rey?

MAMA.— Ciento cincuenta entonces.

REY.— A los reyes no se les cobra nada.

MAMA.— ¿Y por qué, pues? Son hasta más ricos que los pobres.

REY.— Toma entonces.

MAMA.— (*Contándolos.*) Faltan diez.

REY.— ¡Qué raro!

MAMA.— Pero por ser rey lo perdono. Canta, canta, canarito. (*El canario canta una estrofa del "Chiu, chiu".*)

MAMA.— Y ahora me lo llevo.

REY.— ¡No te vayas! Tengo una hija encerrada bajo siete llaves y se aburre mucho porque es muda. Me gustaría que ella lo oyera. Déjame el canario aquí hasta mañana.

MAMA.— No se puede.

REY.— Te doy otros cien pesos.

MAMA.— Más puede. Me voy con mi canario.

REY.— Te doy mil pesos.

MAMA.— Pero luegoito, ¿no?

REY.— Te doy un saco de oro.

MAMA.— Tengo que ir... ¿Un saco dijo?

REY.— De oro.

MAMA.— ¿De qué porte?

REY.— Del que tú quieras.

MAMA.— Tenga. (*Al público.*) Me ha salido recontrabueno este negocio. Aquí le dejo al canario. Mañana vengo a buscarlo. ¿Para qué lado quedan los sacos?

REY.— Para allá. Y ustedes los chambelanes abran las siete puertas con las siete llaves y llevemos al canario donde la princesa.

(*Salen todos llevándose al canario. Por el otro extremo aparece la Princesa, que es muy bonita, pero muda. Se escucha el ruido de siete puertas que se abren y por último entra el canario empujado por algunos chambelanes y el Rey.*)

REY.— Hija, hija, mira la sorpresa que te traigo. (*La Princesa apenas lo mira.*) Es un canario de oro que te he traído para que te diviertas... ¿No te gusta?... Bueno, entonces lo vamos a llevar (*La Princesa comienza a sollozar en forma muda.*) ¡Ah! Me gusta... ¿Quieres que te lo deje aquí?...

(*A los chambelanes.*) Salgan ustedes y vuelvan a echar las siete llaves a las siete puertas...

(*Salen dejando el canario. Hay un largo silencio y luego el canario empieza a cantar "Chiu, chiu". Al comienzo la Princesa ni siquiera lo nota, luego se levanta a inspeccionarlo, lo toca, tratando de encontrar por dónde canta, y, por último, comienza a bailar al son de la música. De pronto ella también comienza a cantar y así vemos que no es muda. Cuando termina la canción ella quiere que siga cantando y comienza a tocar al canario hasta que de pronto una puertecita se abre y vemos a Remigio adentro con la guitarra.*)

REMIGIO.— Así es que usted, princesa, no es muda.

PRINCESA.— Soy muda cuando quiero.

¹ N. del E.: falta una página en el libreto original.

- REMIGIO.— ¿Y por qué?
- PRINCESA.— Porque soy taimada.
- REMIGIO.— ¡Mírenla, pues! Con lo bonita que es. De ahora en adelante va a tener que hablar.
- PRINCESA.— ¡Bah! ¿Y por qué?
- REMIGIO.— Porque yo sé que no es muda.
- PRINCESA.— ¿Y quién le va a creer cuando yo no quiera chistar ni palabra?
- REMIGIO.— ¿Se va a hacer la muda de nuevo?
- PRINCESA.— Claro, porque soy taimada.
- REMIGIO.— Voy a llamar a su papá para que le dé una azotaña y va a recobrar la palabra al tiro.
- PRINCESA.— El papá no me pega, ¿no ve que es rey?
- REMIGIO.— ¿Y qué hay con eso?
- PRINCESA.— Un rey es caballero y no le pega a una princesa.
- REMIGIO.— Pero es que si usted no habla, a mí me cortan la cabeza.
- PRINCESA.— Eso es asunto suyo.
- REMIGIO.— Y si me cortan la cabeza, no podría casarme con usted.
- PRINCESA.— ¡Mírenlo!
- REMIGIO.— Porque a usted no le gustaría tener un novio sin cabeza, ¿no es cierto?
- PRINCESA.— ¿Y quién le ha dicho que me casaría con usted, con o sin cabeza?
- REMIGIO.— Yo, porque me enamoré. Apenas la vi me enamoré de usted.
- PRINCESA.— Tan de repente.
- REMIGIO.— Así soy yo... ¡Bah! Ahora sí que se ha quedado muda. ¿Qué le pasó?
- PRINCESA.— No me pasó nada.
- REMIGIO.— ¿Será que usted también me quiere un poco? Cuando llegue su papá, póngase a hablar y así él de puro contento me dará permiso para casarme con usted. Voy a llamarlo.
- PRINCESA.— Llámelo si quiere; pero yo no voy a abrir la boca. Nací taimada y si no he dicho ni chus ni mus durante diecisiete años, ¿por qué voy a decirlo ahora?
- REMIGIO.— Voy a llamarlo de todas maneras.
- PRINCESA.— Llámelo no más. Así le cortará la cabeza al tiro.
- REMIGIO.— ¿Cómo así?
- PRINCESA.— Claro, por haber entrado a mi pieza... ¿Ve? ¿Cómo le va a explicar que está aquí? *(Ahora Remigio se queda mudo.)*
- PRINCESA.— Yo me voy a dormir.
- REMIGIO.— *(Cuando ella va a salir.)* ¿Pero me quiere... un poquito? *(Ella hace gestos diciendo que es muda. Remigio se sienta a los pies del canario, muy apesadumbrado. Las luces decrecen lentamente y la Mama aparece en primer plano)*
- MAMA.— Así lo hallé de triste cuando fui a buscar el canario al día siguiente. Pero yo le dije que no tenía por qué entrarle pensión y le dije lo que tenía que hacer... e hizo lo que yo le dije que hiciera; es lo que ustedes van a ver ahora.
- (Cambian las luces. Nuevamente está Remigio frente a su casa donde cuelga el letrero. Entra el Rey seguido por sus chambelanes y trae a su hija.)*
- REY.— ¿Está por aquí, Remigio? Ah..., aquí estabas. Bueno... Se han cumplido los tres meses y mi hija sigue tan muda como antes... Así es que yo he ganado y vengo a cobrarte lo prometido: tu cabeza. *(Se adelanta un chambelán.)*
- REMIGIO.— Bueno..., yo...
- REY.— Ni siquiera has logrado acercarte a mi hija, que es ésta, y tanta facha que te tirabas con el asunto de que con "Mi plata hago lo que quiero", como dice ese letrero. Ni siquiera logras entrar a la pieza donde estaba guardada con siete llaves y, tal como te digo, está tan muda como antes. Así es que... ¡adelante con la ejecución!
- (Dos chambelanes lo agarran por los brazos y el del hacha está próximo a bajarla.)*
- MAMA.— Ahora, caballero, ahora.
- REMIGIO.— Un momento, rey. Quiero pedirle un último favor.
- REY.— ¿Qué?

REMIGIO.— Que me deje tocar mi guitarra una última vez.

REY.— Supongo que a un moribundo no se le puede negar nada. ¡Tócala! Pero que sea corto. *(Remigio empieza a tocar los primeros compases del “Chiu chiu”. El Rey aguza el oído y la princesa también da muestras de haber reconocido la melodía.)* Me parece tan conocida... ¿Qué es lo que es?

REMIGIO.— *(Al público.)* Vamos a ver si ahora la princesa canta como cantó la última vez. Aunque es más taimada... Pero yo me quiero casar con ella y si no la hago hablar me cortan la cabeza y ahí se terminó el asunto. De modo que ustedes *(al público)* me van a ayudar cantando también, a ver si entre todos logramos que se ponga a hablar.

(Sigue la escena durante la cual Remigio canta la canción, ayudado por el público. La Princesa se niega a cantar. Luego se le ve cada vez más débil, imposibilitada de resistir la magia de la melodía, y por último se une al coro.)

REY.— ¡Está hablando! ¡Está hablando! ¡Mi hija está hablando!...

REMIGIO.— Claro, pues, rey, si era de puro taimada que se había tragado la lengua.

REY.— ¡Milagro! ¡Milagro! ¿Y cómo lo sabías tú?

REMIGIO.— Es que yo ya estuve con la princesa.

REY.— ¿Cómo? ¿Entraste a su pieza, a pesar de las siete llaves?

MAMA.— *(Entra empujando el canario sobre sus ruedecitas.)* Entró escondido aquí dentro, con guitarra y todo. Le cantó. La princesa se entusiasmó. Y así todos supimos que se estaba haciendo la muda no más.

REY.— He de reconocer, Remigio, que has ganado. Claro, que más que tu dinero te sirvió tu ingenio...

MAMA.— Gracias, rey.

REMIGIO.— Sí, debo reconocer, rey, que fue a esta vieja a quien se le ocurrió la estratagema.

REY.— Denle otro saco de oro entonces, y yo, cumpliendo mi palabra, voy a cortarme mi propia cabeza.

PRINCESA.— Ay, no papá, no se la corte. Le queda tan bien.

REY.— ¿Sí es cierto? Yo también hallo que es una lástima. Pero una promesa es una promesa.

REMIGIO.— Yo no soy rencoroso, rey, y lo perdono. Es decir, olvidémonos del desafío y quédese con su cabeza.

REY.— Gracias, súbdito.

REMIGIO.— Sobre todo que la va a necesitar para darme permiso para casarme con su hija.

REY.— ¡Casarte!

MAMA.— ¿Te querías casar con esa taimá?

REMIGIO.— Yo le agacharé el moño. Lo cierto es que estoy muy enamorado. Apenas la vi detrás de las siete puertas con siete llaves, me enamoré de ella.

REY.— Bueno: ¡Cásense!

REMIGIO.— Y a ti, buena vieja, te quiero dar las gracias.

MAMA.— No hay de qué, caballero. Por lo demás, no tiene por qué agradecerme, yo estoy muy contenta con todo lo que he sacado. Un peso que da cría... Un saco de oro, y ahora, según parece, otro saco de oro... y este canario... Ya no sé qué hacer con toda la plata que tengo.

REMIGIO.— No vaya a ser cosa que le empiece a molestar, igual que a mí antes.

MAMA.— No, pues, caallero, eso no me va a pasar a mí, porque yo la voy a gastar *(Dándose vuelta al público.)* Primero, voy a invitarlos a todos a hacer un viaje..., un viaje muy largo y donde se van a entretener mucho... ¡Vamos a subirnos todos a un coche y todos me van a ayudar a cantar, ¿ah?

(Comienza a cantar “Alicia va en el coche”. Van apareciendo los diversos personajes del cuento. Forman una especie de coche imaginario, con el Caballo a la cabeza, y todos cantando avanzan.)

Alicia va en el coche, ¡carolín!,

Alicia va en el coche, ¡carolín!,

a ver a su papá,

¡carolín, cacao, leolao!

¡Qué hermoso pelo tiene, carolín!,

¡qué hermoso pelo tiene, carolín!,

¿quién se lo peinará?,
¡carolín, cacao, leolao!

Se lo peinará su tía, carolín,
se lo peinará su tía, carolín,
con peine de cristal,
¡carolín, cacao, leolao!

(Al finalizar la canción, aparece otro grupo, los personajes de otros cuentos, que avanzan cantando un villancico.)

Señora doña María,
aquí le traigo unas peras;
aún no están bien maúras,
pero cocidas son buenas.

Vamos, vamos, vamos a Belén;
vamos, vamos, que vamos a ver,
a ver al Niño Jesús
la Virgen y San José.

MAMA.— ¿Y ustedes pa'dónde van?

UNO.— Vamos a celebrar el nacimiento del Niño. ¿Nos quieren acompañar?

MAMA.— Por qué no también... *(Se juntan y todos salen cantando el villancico.)*

TELÓN

Impreso en los talleres
digitales de RIL editores®
Teléfono 2254269
ril@rileditores.com
Santiago de Chile, septiembre de 2002

Perteneciente a la llamada “Generación del ’50” y una de las figuras más importantes del teatro chileno del siglo XX, la producción dramática de Luis Alberto Heiremans (1928-1964) se abre a las múltiples interpretaciones que tiene el alma humana para enfrentar la vida, así como a la complejidad de las relaciones interpersonales. Es así como advertimos en sus obras el profundo y a veces laberíntico mundo psicológico y espiritual del ser humano contemporáneo. Temas universales de la literatura, tales como el amor, la soledad, la búsqueda de un sentido de la vida, del devenir del hombre, son abordados por Heiremans desde su particular visión de mundo, reflejo tanto del momento histórico que le tocó vivir, como de su extraordinaria sensibilidad, donde combina el realismo con lo poético y simbólico, otorgándole un sello propio e identificable a su creación. Es precisamente su búsqueda en los temas esenciales del ser humano lo que hace que su obra sea de permanente actualidad.

Norma Alcamán Rizzo, estudió en el Colegio del Sagrado Corazón, Monjas Inglesas, de Reñaca. Es Doctora (c) en Literatura Chilena e Hispanoamericana por la Universidad de Chile, Magíster en Literatura Hispánica por la Universidad Católica de Valparaíso, Diplomada en Administración Cultural por la Pontificia Universidad Católica de Chile y Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de Chile.

Trabaja en la Universidad Adolfo Ibáñez, donde ocupa el cargo de Directora del Departamento de Literatura.

Como investigadora publicó el libro *Dramaturgia Religiosa Chilena* (Umbral Editores, Valparaíso, 1995). Con este segundo libro, al recuperar un patrimonio literario chileno como es la obra dramática de Luis Alberto Heiremans y presentarla para su lectura, estudio, investigación y difusión tanto nacional como internacional, la autora realiza un nuevo aporte a la cultura, avalado por la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile.

ISBN 956-284-210-X



9 789562 842105